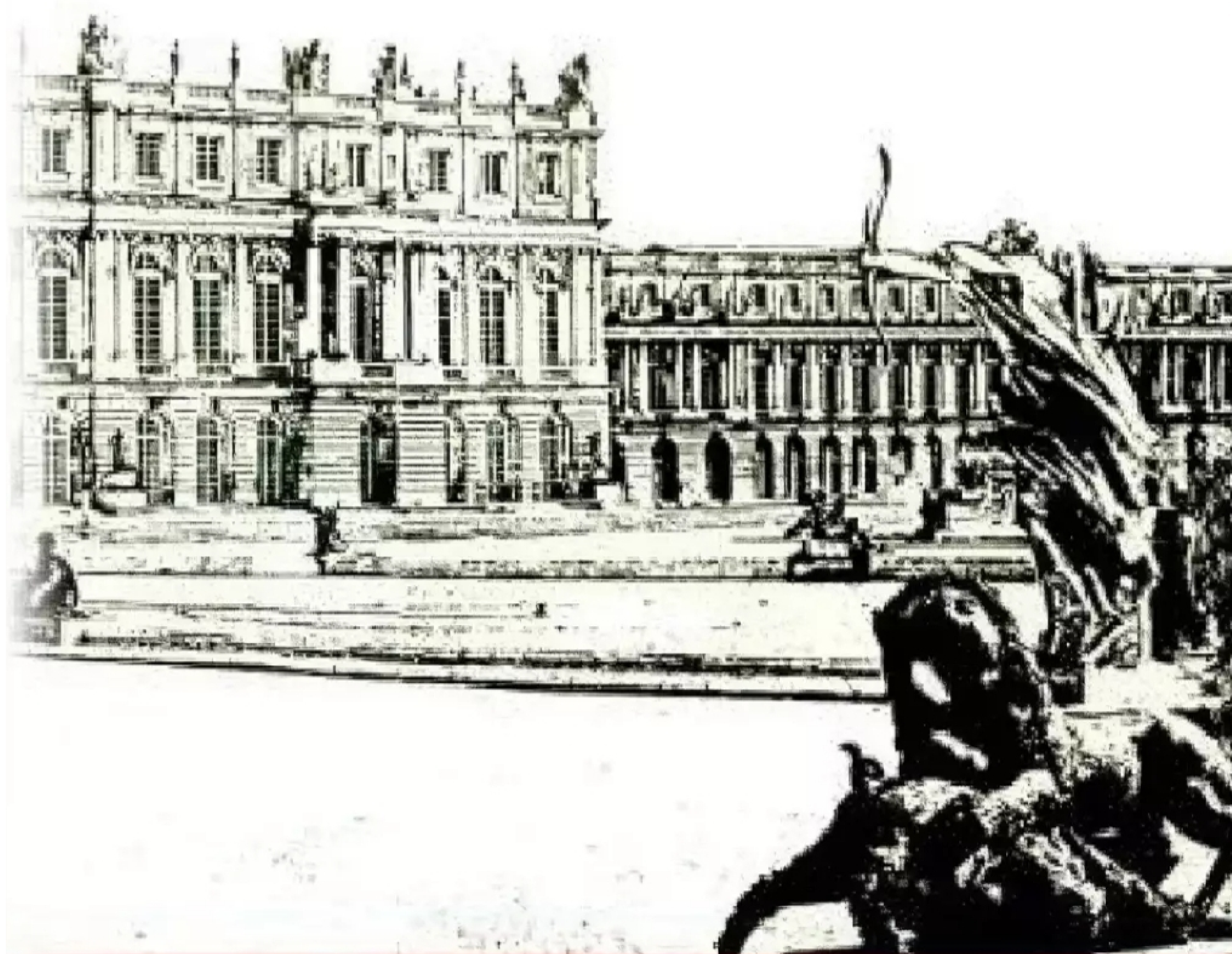
HITLER

NACE EN VERSALLES



LEON DEGRELLE

HITLER, BORN AT VERSAILLES

By:
Léon Degrelle

The English Edition of this book (translated from the author's original French edition) published October, 1987 - by the Institute for Historical Review:

"More than 70010 of Communist leaders in Russia were Jews and practically all the Communist bosses who would appear across Europe in the following weeks would also be Jews."

CHAPTER XLIV, The Armistice: a Fraud

Prologo a la Edicion en esta Biblioteca

Es todo un honor para nosotros, Nacionalsocialistas de Argentina, poder dar a conocer este texto del gran General de las SS Leon Degrelle, el hombre con más condecoraciones en las Waffen SS y amigo personal del Führer Adolf Hitler y gran Camarada.

En su larga y provechosa vida, siempre mantuvo en alto las banderas de su dignidad y su honor, aun cuando muchos necios lo acusen de traidor a su patria, "invadida " por las tropas de la Werhmacht, esos necios nunca entenderan el gran proyecto que implicaba la creación de un gran estado paneuropeo, que deje atrás los nacionalismos de patria chica y diese vida la Gran Nacion Europea, donde cada Nacion, entendida como lo hacemos nosotros y la unica nocion valida, tendria su propio espacio, bajo el liderazgo de una Alemania poderosa y noble. Millones se horrirzarian ante esto, pero no sienten resquemor de haber vivido bajo la tutlea marxista o el actual tutelaje del sionismo, quien a travez de sus brazos ejecutores, dominan y deciden sobre la vida de millones, todo en beneficio de unos pocos elegidos.

Nada de esto hubiera sido ocurrido de haber triunfado el Nacionalsocialismo.

En este libro, ya escrito hacia el final de su vida, Degrelle inicio los 14 volumenes de "The Hitler Century", una cronica del siglo pasado dando espacio a la version que los libros de historia usualmente no relatan, demas esta decir que estos textos no son leidos en las universidades ni citados por esos enjundiosos catedraticos que se dedican a borronear toneladas de papel con las mismas mentiras sobre Hitler, el Tercer Reich y cualquier cosa relacionada con el Nacionalsocialismo.
El estadista y militar belga comenzó a trabajar sin descanso en una serie de catorce volúmenes con el titulo genérico de "The Hitler Century", centrándose, obviamente, sobre el papel de Adolf Hitler en el siglo XX y su influencia posterior.

Degrelle siempre deseo tener la oportunidad de hablar libremente y valoro profundamente la oportunidad de poder expresar sus sentimientos en ingles, para un público que, ciertamente, nunca había tenido ni una sola oportunidad de escuchar "la otra versión de la historia", expresada en el lenguaje vibrante y sentido de alguien que estuvo allí. Degrelle señalaría irónicamente que…:

"…cada vez que oigo la versión de los "Aliados", me acuerdo de un periodista al que enviaron a informar sobre una pelea De manera escrupulosa, registro todos los golpes dados por uno de los contrincantes, y ninguno de los del otro. Su historia puede ser verídica, porque tiene testigos de la agresión por un lado, y de la victima por el otro. Pero esta mintiendo por omisión.

No niego nada de lo que Hitler pudiera haber hecho, pero también quiero señalar lo que hicieron los comunistas y sus aliados occidentales, y dejar que el publico sea el juez."

Degrelle recibió la garantía de que recibiría los fondos necesarias para el proyecto, y en poco tiempo, el primer volumen estaba acabado. Un hermoso libro publicado por el Institute of Historical Reveiw, desde su base en Torrance, California, donde Degrelle los había encontrado en 1978. El Institute of Historical Review es una de las principales fuerzas motrices, por no decir la mas importante, detrás de lo que se conoce como

movimiento de revisionismo historico.

El primer volumen de Degrelle, una indiscutible obra maestra, se titulo “Hitler, born at Versailles”. Basado en la premisa de que:

“Nunca habria existido un Hitler, sin un Tratado de Versalles.”

y de que la historia de Adolf Hitler y de Alemania solo puede entenderse dentro del contexto del Tratado de Versalles y de la dura subyugación a la que el país fue sometido por sus implacables enemigos. El volumen escrito por Degrelle, investiga las intrigas anglo-francesas en los asuntos de Europa Central, la traicion sistematica a cada uno de los “Catorce puntos” del Presidente Wilson, los acuerdos secretos que condenaron al fracaso la mision de Wilson, incluso antes de comenzar, y la cinica division de vastos territorios llevada a cabo por las grandes potencias sin tener en consideración la voluntad de los millones de desventurados habitantes de esos territorios, arrancados a Alemania y a Austria-Hungría, y que obligaron a millones de alemanes, alemanes étnicos, austriacos y húngaros, a vivir bajo el hostil gobierno de sus rencoroso vecinos.

Ampliamente aclamado tras su publicación, el primer volumen escrito por Degrelle sentó las bases de la siguiente serie de libros que habrían de completar la obra. Los títulos propuestos para los siguientes volúmenes fueron: “Hitler, demócrata”; “Hitler y los alemanes”; “Hitler y la iglesia”; “Hitler y los Estados Unidos”; “Hitler y Stalin”; “Hitler e Inglaterra”; “Hitler y Francia”; “Hitler y los bancos”; “Hitler y los comunistas”; “Hitler y los judíos”; “Hitler, el político”; “Hitler, el estratega militar”; y “Hitler y el Tercer Mundo”.
El general estaba entusiasmado con su nuevo proyecto y su dedicación personal al mismo fue notable. A los setenta y nueve años, Degrelle había abordado un proyecto que muy pocos hombres de cualquier edad habrían tenido el valor de encarar. En 1993, Leon Degrelle ya había completado seis volúmenes mas.

Leon Degrelle falleceria en Malaga, el 31 de marzo de 1994, a los 87 años de edad.

En una ocasión, un periodista le pregunto al general Leon Degrelle si se arrepentía de algo de lo que había hecho durante la 2ª Guerra Mundial. El general respondió:

“Solo de que perdiéramos.”

Este es el primer volumen de esa colección, y lamentablemente es el unico que se encuentra digitalizado, hasta este humilde servidor sabe.

Fue extraido del sitio RadioIslam y maquetado y diseñando por mi.

I introducción

Para la mayoría de los estadounidenses, la catástrofe mundial que llamamos Segunda Guerra Mundial no es ahora una cuestión de experiencia personal ni de memoria, sino de pulpa de madera y celuloide, libros y películas. Más grande aún es la mayoría para quienes la catastrófica Primera Guerra Mundial - una vez llamada "La Gran Guerra" - es historia antigua, un anticuado preludio de lo que a quienes participaron en ella a veces les gusta llamar "La Grande". Para la mayoría de nosotros, quizás, las dos guerras se comparan al igual que las películas contrastantes de las dos épocas. Nuestra imagen de la Primera Guerra Mundial es breve, granulada, silenciosa, con doughboys en blanco y negro, herky-jerky doughboys "pasando por encima"; imaginamos al Segundo como panorámico, tecnicolor, reverberando con sonido estereofónico y furia, armadas de barcos, aviones y tanques avanzando hacia el destino.

Se puede encontrar una mayor disparidad en la valoración histórica y política popular, tal como es, de las dos guerras. La mayoría de los estadounidenses sin duda todavía cree que la clave de la Segunda Guerra Mundial es simple: un megalómano demoníaco, Adolf Hitler, se levantó para llevar a Alemania a la dominación mundial y, en cambio, llevó a su pueblo a la ruina bien merecida. Sin embargo, la opinión de los estadounidenses de hoy sobre la Primera Guerra Mundial, es seguro decirlo, es bastante más tibia que los sentimientos candentes de muchos de sus abuelos en 1917, cuando "100 por ciento estadounidenses" se agitaron para "¡Cuelguen al Kaiser!" y las turbas saquearon las oficinas de los periódicos y las imprentas alemanas en el peor brote de intolerancia étnica en la historia de nuestro país. Para la generación contemporánea, los orígenes y el curso de la Primera Guerra Mundial son turbios y oscuros.

La evidente falta de interés incluso del público estadounidense alfabetizado en la primera "famosa victoria" de su país de este siglo ha sido reflejada en cierta medida por los historiadores profesionales del establecimiento liberal de izquierda, que por supuesto domina en los colegios y universidades. no solo de Estados Unidos sino de todo el mundo occidental. Sin embargo, los profesores tienen sus razones. Los más competentes son conscientes de que poco después de la Primera Guerra Mundial, en un logro destacado de la erudición histórica, los escritores revisionistas de este país y de Europa desenmascararon la propaganda mendaz difundida por los gobiernos británico, francés, ruso zarista y estadounidense.

Profesores como Sidney Bradshaw Fay, Max Montgelas, Georges Demartial y el incomparable Harry Elmer Barnes derribaron los fundamentos historiográficos y morales del veredicto expresado en el artículo 231 del oneroso Tratado de Versalles, que Alemania y sus aliados habían impuesto una guerra de agresión. la Triple Entente y por lo tanto cargó con toda la responsabilidad por la calamidad. El inglés Arthur Ponsonby demostró de manera tan convincente que las acusaciones de atrocidad contra los alemanes, incluidas las patrañas como una "fábrica de cadáveres" para el jabón y cosas por el estilo de los cadáveres de soldados alemanes caídos, fueron fabricadas y difundidas por equipos de talentosos fabricantes, no por un pocos de ellos, como Arnold Toynbee, hombres académicos de renombre aparentemente dedicados a la búsqueda de la verdad.

La escuela moderna de ofuscadores históricos, propagandistas más que eruditos, y por lo tanto conscientes de la necesidad de un patrón consistente de "culpa" y "agresión" alemanas

A lo largo de este siglo, hace mucho tiempo se comprometió a retroceder y suprimir los logros de la erudición revisionista sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Inspirados por el renegado alemán Fritz Fischer, cuyo Griff nach der Weltmacht (La candidatura de Alemania a la potencia mundial) (1961), elogiaron con alivio histérico, han rechazado con desdén soberano la idea de que potencias como Francia, el Imperio Británico, la Rusia zarista , o Serbia podría haber estado motivada por diseños agresivos. Los profesores han empleado un segundo truco de prestidigitación contra los hallazgos revisionistas. Su táctica ha sido separar de manera bastante artificial los orígenes y el curso de la guerra de su resultado, los tratados de paz de París, sobre todo el de Versalles, y de las consecuencias ineludibles que se derivaron de ese resultado. Para ellos,

Nuestros educadores de izquierda también han sido expertos en eludir una evaluación honesta del terror rojo que se extendió por Europa central y oriental a raíz del colapso alemán, aunque han derramado copiosas lágrimas detrás de sus anteojos rosas por el aplastamiento de las juntas comunistas en Baviera. Berlín y Budapest. Sin embargo, el deliberado fracaso de los profesores para dar sentido a los catastróficos acontecimientos de 1914-1920 en Europa ha sido reparado ahora por un hombre de erudición y acción, un confidente de estadistas y un digno camarada de héroes: el exiliado belga León. Degrelle.

Leon Degrelle, quien nació en 1906 en la tranquila y pequeña ciudad de Bouillon, ahora un remanso en la provincia de Luxemburgo de Bélgica, pero que una vez fue la sede de Godefroy de Bouillon, primer rey cruzado de Jerusalén, habla con una voz con la que pocos estadounidenses estarán familiarizados. Francófono, católico, europeo con una perspectiva continental, no insular, el hombre que casi derrocó la élite del poder corrupto de su país en la década de 1930 piensa en una perspectiva ajena a nuestra (relativamente reciente) herencia intelectual de pragmatismo, positivismo e ilimitado fe en la inevitabilidad del "progreso". Antes que todo un hombre de acción, Degrelle está en una tradición de vitalismo, que combina un ímpetu innato y una caballerosidad con una comprensión instintiva y de mirada dura del cálculo que determina la política, la actividad en relación con el poder, hoy extranjera, en su mayor parte,

Fue precisamente la voluntad de Degrelle de actuar heroicamente en defensa de Europa y sus valores lo que lo llevó a levantar una fuerza voluntaria de sus compatriotas francófonos, muchos de ellos seguidores de su movimiento político rexista de preguerra, y a aliarse con su país. conquistador, Adolf Hitler, en una cruzada europea contra el comunismo y la ciudadela del comunismo, la Unión Soviética. Degrelle, quien ha relatado inigualablemente su papel en esa lucha (Campaign in Russia: The Waffen SS on the Eastern Front, Institute for Historical Review, Torrance, CA, 1985), inició el proyecto al que este volumen es la introducción a finales de los setenta. . Desde la posición ventajosa que le ofrecen décadas de reflexión en su exilio español, el exlíder político carismático y veterano de combate altamente condecorado ha emprendido nada menos que la búsqueda minuciosa,

Aquellos inclinados a descartar la objetividad de Degrelle al examinar la vida de su comandante en jefe con una mueca desdeñosa pronto tendrán la obligación para los eruditos del establishment de mencionar el temible nombre. De hecho, ya existe un amplio material de comparación en el nombre adulador. De hecho, ya existe un amplio material de comparación en los aduladores homenajes biográficos ofrecidos a Roosevelt y Churchill por sus antiguos cortesanos y hagiógrafos autorizados, sin mencionar los panegíricos serviles ofrecidos al aliado de los líderes occidentales y al compañero de bendición, Stalin, por sus aduladores (no pocos de ellos residentes y ciudadanos de las "democracias" occidentales).

Hay lectores que criticarán este primer volumen del ambicioso proyecto de Degrelle, que demuestra la bancarrota moral e intelectual de la dirección burguesa de Occidente y su inevitable responsabilidad por el ascenso de Hitler. Algunos objetarán que podría haber sido más académico, mientras que otros objetarán que debería haber reconocido las tendencias más recientes en la historiografía de la Primera Guerra Mundial. Tales críticas pierden el sentido de la obra de Degrelle, para llegar al público más interesado e inteligente con un enfoque que los franceses han denominado alta vulgarización, es decir, popularización de alto nivel.

De hecho, Hitler: Nacido en Versalles, al abarcar los turbulentos años 1914-1920, cuenta con una unidad temática que pocos, salvo Degrelle, podrían haber aportado a la época. Porque al hacer una crónica de los turbios complots y complots de los regímenes europeos antes de la guerra, los horribles baños de sangre de los frentes occidental y oriental, y la caída de los imperios y el surgimiento del comunismo después de la guerra, Degrelle cuenta el colapso del siglo XIX. Europa - su liberalismo económico, su democracia parlamentaria, su imperialismo satisfecho de sí mismo, su fe irracional en la razón y el progreso.

Además, está golpeando sin piedad a los insignificantes sucesores de los Poincarés, los Lloyd Georges y los Wilson, los "liberales" y "conservadores" actuales que dominan los gobiernos, las academias y los medios de comunicación: ensartando sus nefastas mentiras uno a uno.

Degrelle sabe que hay poco más despreciable que la postura de nuestros académicos, que lloriquean su amor por la paz en todos los casos en los que significa una supina aquiescencia al último avance del comunismo o al salvajismo atávico bajo la bandera de la "autodeterminación". o alguna otra mentira tan transparente, pero que dilatan con sanguinario entusiasmo la "necesidad" de los baños de sangre que marcaron las dos guerras mundiales de este siglo. ¡Cómo a los profesores y publicistas les encanta reprender a Chamberlain y Daladier, los líderes británicos y franceses en Munich en 1938, por su "apaciguamiento" al intentar evitar otra guerra fratricida! Quizás solo un veterano curtido en el combate como Degrelle, en términos íntimos con los horrores de la guerra, pueda ser un verdadero hombre de paz.

Es el deseo apasionado de Degrelle de una Europa y un Occidente unidos por encima de los orgullos y rencores nacionalistas del pasado, lo que lo lleva a lo que para muchos revisonistas de ambos lados del Atlántico considerarán su postura más controvertida: su firme y a veces condena estridente de la política de equilibrio de poder del Imperio Británico. El lector debe tener en cuenta que la hostilidad de Degrelle no está dirigida a las naciones inglesas, escocesas o galesas, sino a los gobiernos que han hecho la política británica durante este siglo, con resultados tan catastróficos no solo para Occidente, sino para la gente de Gran Bretaña también.

En cualquier caso, esta introducción panorámica a la vida y la época de Adolf Hitler, la figura clave de este siglo, es un gran comienzo para un proyecto digno de Degrelle, el belga que buscó el Toisón de Oro como el Cáucaso al servicio de su nación y su cultura hace casi cincuenta años.

Theodore J. O'Keefe
Junio de 1987

Prefacio del autor

Un asesinato que podría no haber sido más que un incidente escandaloso en la historia del terrorismo ha tenido, en cambio, un impacto decisivo y desastroso en el siglo XX. Provocó la "Gran Guerra" de 1914-1918; hizo posible la Revolución de Octubre de los Soviets en 1917; permitió el ascenso de Hitler al poder en 1933 y, posteriormente, una Segunda Guerra Mundial; y sobre todo, el enfrentamiento de los dos gigantes contemporáneos, la URSS y los Estados Unidos, con como tema, tarde o temprano, una devastadora Tercera Guerra Mundial.
Lo que al principio parecía una noticia transitoria, aunque importante, el asesinato del archiduque Franz Ferdinand de Austria-Hungría y su esposa en Sarajevo, Bosnia, el 28 de junio de 1914, se revelaría en varios días como el fruto de un complicado complot político. Al principio, el asunto parecía limitado a Austria y Serbia, vecinos notoriamente pendencieros. Pero al cabo de cuatro semanas, estaba claro que los serbios, en el umbral de los Balcanes, habían sido astutamente manipulados por los paneslavistas en la corte imperial rusa.
Por su parte, el gobierno austriaco se unió a Alemania mediante una alianza política y militar. A su vez, el gobierno ruso estaba vinculado por un tratado militar a los gobernantes de Francia, desesperados por recuperar Alsacia-Lorena de Alemania, que había anexado esas provincias en 1871. Además, el establishment británico, indignado por el surgimiento del poder económico de Alemania y la expansión de su flota, se había acercado cada vez más a Francia y su reciente rival, Rusia, en los últimos años. El escenario estaba así preparado para un cataclismo que sacudiría al mundo blanco con una furia sin precedentes.
Dentro de cinco semanas, gracias a varias balas disparadas por una nada en una tranquila ciudad balcánica, las grandes potencias de Europa estarían en el cuello de los demás. Entonces, sin la Triple Entente de Gran Bretaña, Francia y Rusia ni la Alianza Dual de Alemania y Austria-Hungría capaces de obligar al otro a ceder, las naciones en guerra no encontrarían otra solución que arrastrar a otros diecinueve países a la matanza. En virtud de promesas tan falsas como contradictorias, las partes en competencia ofrecerían el mismo botín de guerra en pactos secretos con dos y, a veces, tres naciones diferentes. Millones de personas serían subastadas, sin su conocimiento o consentimiento, como botín para los rivales más acérrimos de sus naciones.
Para despertar el odio anti-alemán a un punto álgido, los poderes de la Entente acusaron a los alemanes de las atrocidades más vergonzosas, provocando una furia vengativa que, junto con la codicia miope y la estupidez de los vencedores, desembocaría en el Tratado. de

Versalles. Este tratado, que aplastó a Alemania, la principal potencia de Europa, bajo una carga de vergüenza y reparaciones, que amputó territorios vitales del cuerpo de la nación y la dejó indefensa contra enemigos internos y externos, al final sólo logró provocar una nueva y nueva. inevitable guerra europea.
Las mentes inteligentes de Europa previeron las consecuencias de este tratado incluso antes de que fuera impuesto. Uno de los principales negociadores, el británico David Lloyd George, advirtió a los firmantes del tratado en París en 1919: "Si se logra la paz en estas condiciones, será el origen de una nueva guerra". Y así fue, porque sin el Tratado de Versalles, el ascenso de un soldado de infantería desconocido, nacido en Austria y endurecido en el frente occidental al poder absoluto en Alemania, habría sido imposible. Adolf Hitler vino al mundo en Braunau-am-Inn, pero políticamente nació en Versalles.
El 29 de junio de 1919, el día en que se firmó el tratado, no solo puso fin a la Primera Guerra Mundial, sino que comenzó la Segunda.

Emboscada en Sarajevo

CAPÍTULO I

Mano negra en Sarajevo

El 28 de junio de 1914 fue un día cálido y soleado en toda Europa. Pocos podrían haber sospechado que este día de verano aparentemente tranquilo estaría escrito con sangre en el calendario de la historia, y que este fatídico día de junio sería el precursor de tantos días de junio rojo sangre para Europa en este siglo, desde la conclusión de la Tratado de Versalles en junio de 1919 a la rendición de Francia en 1940 a los desembarcos del "Día D" de 1944 al desmantelamiento del antiguo orden europeo en Potsdam en junio de 1945.
En ningún lugar de ese fatídico día los rayos del sol cayeron más implacablemente que en Sarajevo, una tranquila ciudad balcánica en Bosnia. Antigua sede de una provincia del imperio otomano, tenía un aspecto oriental, con mezquitas con minaretes blancos que se elevaban sobre las sinuosas calles del bazar. Administrado por el Imperio Austro-Húngaro desde 1878, anexado por completo en 1908, era un lugar donde poco fuera de lo común sucedía.

Sin embargo, ese día estaba de visita el hombre más importante del Imperio austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando. Era el heredero del trono de los Habsburgo en el que se sentaba el anciano Franz Joseph, quien, a los ochenta y seis, después de sesenta y seis años de gobierno, había sido agotado por la enfermedad y los cuidados. El archiduque era un hombre robusto, su pecho tintineaba con medallas, su casco ricamente emplumado, un ardiente cazador que había llenado los palacios y pabellones de caza de Europa con sus trofeos con astas.
El heredero había venido a Sarajevo en su calidad de comandante en jefe del ejército austrohúngaro, para observar las maniobras que se llevaban a cabo a varias millas de distancia. Franz Ferdinand y su consorte, Sophie, cabalgaron a lo largo del muelle junto al río Miljach de Sarajevo prácticamente sin protección en su camino hacia el ayuntamiento. Su procesión de cuatro coches apenas estaba en marcha cuando un joven terrorista apuntó con una bomba al archiduque.

La bomba rebotó en la parte trasera del auto del archiduque y explotó debajo del siguiente vehículo, hiriendo a dos oficiales, uno de los cuales fue trasladado de urgencia a un hospital cercano. Franz Ferdinand y su esposa, conmocionados pero ilesos, continuaron hasta el ayuntamiento, donde el archiduque reprendió airadamente al alcalde por la falta de hospitalidad de su ciudad. Luego, la pequeña caravana partió hacia el hospital en el que estaba siendo atendido el joven oficial herido.

El coche de cabeza, en el que estaba sentado el alcalde, dio un giro equivocado y el coche del archiduque lo siguió. El gobernador militar de Bosnia, el general Potiorek, alertó al conductor para que retrocediera y regresara a la ruta planificada. Cuando el conductor frenó, un joven se adelantó, apuntó con cuidado y disparó dos tiros al auto abierto.
Un disparo alcanzó a Franz Ferdinand en el cuello. El otro golpeó a su esposa Sophie, la dueña de Hohenberg, en el estómago. Mientras ella se desplomaba contra su esposo, su túnica verde cubierta de sangre, él murmuró: "Sophie, vive por nuestros hijos". La pareja murió pocos minutos después del ataque.

* * *

La noticia del asesinato de su sobrino y heredero fue recibida por el emperador Francisco José en su palacio de Viena, el Hofburg, con una frialdad indecorosa. El anciano le guardaba rencor a Franz Ferdinand, quizás en parte porque el archiduque había sucedido al propio hijo de Franz Josef, Rudolf, quien murió en un trágico suicidio dual con su amante, Marie Vetsera, en el pabellón de caza real de Mayerling veinticinco años antes. .
Más importante aún, la esposa de Franz Ferdinand, Sophie, aunque era una condesa de una antigua familia checa, era muy inferior en sangre y rango a los estándares prescritos por la costumbre y la ley para una emperatriz Habsburgo. Cuando Franz Ferdinand se casó con ella en 1900, se vio obligado a renunciar a toda posibilidad de que su esposa o sus futuros hijos asumieran el trono de los Habsburgo.

¡Un matrimonio morganático, un crimen imperdonable en la profesión monárquica! Sin duda, a las cabezas coronadas se les permite amantes e incluso bastardos, "aventuras amorosas" perfectamente permisibles. Pero si un Rodolfo de Habsburgo, un Francisco Fernando, un Eduardo VIII de Inglaterra o un Leopoldo III, rey de los belgas, no limitan su elección al coto principesco de los cónyuges obligatorios, ¡que tenga cuidado!
Así fue que en el funeral de estado del archiduque Francisco Fernando y su esposa en Viena, la pareja asesinada se separó, en coches fúnebres separados, el archiduque es un majestuoso asunto adornado con plumas negras y tirado por caballos negros, seguido por una procesión de dignatarios de Estado y corte, Sophie la sigue, notablemente menos magnífica. En la catedral, su ataúd se colocó un escalón por debajo del de su esposo. En lugar de una corona, el ataúd de la esposa del Archiduque fue adornado por el abanico de una simple dama de la corte. El anciano seguía avergonzado de la consorte de su sobrino, incluso en la muerte.

Franz Josef tenía otra razón para no estar demasiado perturbado por el violento fallecimiento de su heredero. Las ideas políticas del archiduque y sus nociones para reformar el imperio eran anatema para el viejo monarca, que con cada año que pasaba se volvía cada vez más conservador. En 1867, Franz Josef se vio obligado por las circunstancias (la derrota de Austria ante Prusia el año anterior) a conceder a los húngaros un papel casi igual en lo que se convirtió en la monarquía dual de Austria-Hungría. En las décadas siguientes, los Slays sometidos al dominio de los Habsburgo habían comenzado a clamar por un mayor reconocimiento, y se sabía que Franz Ferdinand simpatizaba con ellos, tal vez incluso dispuesto a ir tan lejos como para instituir una monarquía de "prueba" o de tres vías. .

Para el reaccionario Franz Josef, así como para los orgullosos magiares, celosos de sus prerrogativas, el trialismo representaba una grave amenaza para el imperio. Había fuerzas más allá de las fronteras del imperio que también encontraban amenazantes las ideas del archiduque.
Serbia, al otro lado del Danubio desde Austria-Hungría, fue el más vigoroso y agresivo de los países balcánicos. Sujeto al dominio de los turcos otomanos durante siglos, muchos de sus pueblos se convirtieron al Islam, las tierras balcánicas (Serbia, Bulgaria, Albania, Rumania y Grecia) habían logrado su independencia en el transcurso del siglo XIX y principios del XX. Una vez libres, habían dedicado sus energías a tratar de dominarse mutuamente, peleando por mezcolanzas étnicas y religiosas tan inextricables como Macedonia y Tracia con un celo bárbaro a la vez asesino e infatigable.
Brevemente unidos en 1912, los países balcánicos habían logrado liberar al resto de los Balcanes del dominio turco, haciendo retroceder a los turcos a las afueras de Constantinopla, el último puesto de avanzada turco en suelo europeo. Al año siguiente, serbios y búlgaros se enfrentaron con salvaje abandono, cada uno decidido a gobernar Macedonia. Los mismos macedonios desafortunados habían soportado la peor parte de la lucha, miles de ellos masacrados, y aún más arrastrados a los ejércitos invasores de los serbios y búlgaros. Serbia triunfó, ya que se había ganado el respaldo de un poderoso mecenas, que estaba decidido a utilizar el pequeño estado balcánico como punto de apoyo para su avance hacia el sur y el oeste: el poderoso Imperio Ruso.
Derrotado y humillado por Japón en 1905, los imperialistas zaristas habían sido frustrados en su avance hacia el este. Atrás quedaron los días de los siglos anteriores cuando los cosacos barrieron invenciblemente las nieves cristalinas de Siberia y el gran oso avanzó hacia Alaska y la costa de California. La armada rusa se había mostrado enormemente ineficaz y anticuada. Después de una extraña aventura en el Mar del Norte, en la que barcos rusos habían disparado contra barcos pesqueros ingleses creyendo que eran destructores japoneses, la flota rusa había navegado 10,000 millas solo para ser enviada al fondo por la flota japonesa del almirante Togo en el estrecho de Tsushima. en mayo de 1905. Los ejércitos de Rusia habían sido derrotados por los japoneses en Manchuria, con la consiguiente pérdida para el zar de Port Arthur y el resto de Manchuria.

A partir de entonces, los imperialistas del Imperio Ruso habían cambiado de estrategia, buscando explotar las esperanzas y los temores de sus primos eslavos en los Balcanes, sobre todo los serbios y los búlgaros, cuyos países ofrecían fácil acceso al Adriático y ese antiguo objetivo del zares, las cúpulas multicolores y las almenas de Constantinopla, puerta de entrada a las cálidas aguas del Mediterráneo.

* * *

En 1908, todavía doloridos por su desastre en el Lejano Oriente, los imperialistas rusos y sus protegidos serbios se vieron obligados a aceptar, en el Congreso de Londres, la anexión por Austria-Hungría de Bosnia-Herzegovina, un territorio eslavo al oeste de Serbia y codiciado durante mucho tiempo por los serbios. El control serbio de la región habría traído a sus amos zaristas acceso a los puertos del Adriático, pero los rusos se sentían demasiado débiles militarmente para presionar el tema.
Castigado pero no desanimado, el círculo imperialista en torno al zar Nicolás Il, los "pan-eslavistas", intensificó su actividad. Nicolás, peligroso precisamente por su débil voluntad y su eterna vacilación, les dio rienda suelta. El régimen de San Petersburgo agitó el caldero de los Balcanes, que ya estaba hirviendo, cada vez con más fuerza. Agentes rusos y asesores rusos dieron las órdenes y proporcionaron los medios para los serbios en su creciente disputa con Austria. Como el ministro ruso en Serbia, Nicolai Hartwig, indiscretamente

comentó al ministro rumano Filaliti el 12 de noviembre de 1912: "Rusia cuenta con hacer de Serbia, ampliada por las provincias balcánicas de Austria-Hungría, la vanguardia del pan-eslavismo".
Hartwig, el embajador del zar, era el amo indiscutible de Belgrado, el hombre a quien el embajador francés, Descos, llamaba "el verdadero soberano de Serbia". Otros se refirieron a Hartwig simplemente como "el virrey".
En teoría, el jefe de estado era el rey de Serbia, Pedro I, pero el rey Pedro, nieto de un comerciante de cerdos, debía su acceso al trono a una camarilla de conspiradores serbios que habían asesinado al rey anterior, Alejandro Obrenovich, y a su reina, Draga, en un espeluznante doble asesinato en 1903. La familia del rey Pedro, los Karageorgeviche, había mantenido una disputa con sus rivales de Obrenovich durante la mayor parte del siglo anterior, en un incidente en el que el jefe del clan de Obrenovich había presentado la cabeza cuidadosamente salada. de uno de los Karageorgeviches al sultán en Estambul.
El primer ministro de Pedro I, Nicolás Pashich, era un hombre astuto y maleable que había pasado sin remordimientos de conciencia de ser el primer ministro de Alejandro un día a encabezar el gobierno del rey elevado por los asesinos al día siguiente. Temía a los tizones que habían asesinado a la pareja real; estaba dispuesto a servir como herramienta de los poderosos e influyentes rusos.

El interrogatorio de los asesinos del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo llevó, lenta e inexorablemente, a la implicación de los más altos consejos del régimen serbio. Al principio con los labios apretados, los dos terroristas, Chabrinovich, que había arrojado la bomba que no alcanzó al archiduque pero hirió a su oficial, y Gavrilo Princip, quien disparó los tiros fatales, negaron cualquier conspiración mayor. Dejaron escapar un solo nombre. Cuando se les preguntó quién les había enseñado a disparar, respondieron: "Ciganovich". De hecho, Milan Ciganovich, funcionario del Ferrocarril Servio y miembro del grupo terrorista secreto "La Mano Negra", era un agente personal del primer ministro Pashich.

CAPITULO DOS

Europa reacciona

Si el gobierno serbio se hubiera sentido por encima de toda sospecha, habría iniciado de inmediato una investigación pública de un crimen grave en el que habían estado involucrados cinco de sus ciudadanos. Abstenerse de realizar una investigación o incluso de emitir una declaración pública solo podría fortalecer la creciente sospecha en Austria de la participación oficial de Serbia.
De hecho, Pashich había sabido de la trama semanas antes del 28 de junio. Como escribiría más tarde el historiador inglés George Malcolm Thomson:
Este hombre alto y apuesto, cuya barba digna y presencia imponente disfrazaban a uno de los zorros más astutos de los Balcanes, se enteró del asesinato proyectado casi tan pronto como fue planeado. Quizás se había enterado por accidente, a través de algún fisgón en uno de los pocos cafés de Belgrado donde se hablaba de política. Lo más probable es que un agente suyo, un empleado ferroviario llamado Gaginovich, que también era miembro de la Mano Negra, le transmitiera la noticia. (Los Doce Días, p. 48)

Por lo tanto, la conspiración podría haberse frustrado de antemano. En ese caso, sin embargo, Pashich ciertamente habría incurrido en la venganza de la Mano Negra. Dado que el viejo político barbudo valoraba su piel, temía sofocar abiertamente el complot.
Por otro lado, Pashich estaba ansioso por cubrirse de cualquier acusación de complicidad por parte de Austria. Dio con el expediente de entregar una advertencia velada y délfica a los austriacos, que fue entregada por el embajador serbio en Viena al ministro de Finanzas austríaco, León Bilinski, un polaco de Galicia, entre cuyas funciones estaba la de administrar Bosnia. Bilinski, que no era un partidario leal del imperio austrohúngaro (iba a desertar durante el curso de la guerra), o hizo poco de la advertencia indirecta del embajador serbio de que el archiduque podría sufrir un percance en su visita a Bosnia, o , si estaba mejor informado, no actuó en función de la información. No se tomaron medidas de protección; Franz Ferdinand fue a su perdición.
De hecho, hubo más participación serbia con los conspiradores antes del asesinato: el príncipe heredero serbio, Alejandro, se había reunido con uno de los asesinos en Belgrado.

¿Quién había concebido y dirigido la operación? El culpable no era otro que el jefe de inteligencia militar, el coronel Dragutin Dimitrievich, un terrorista empedernido y el principal feroz de Rusia en los Balcanes. Cuando era un joven capitán, Dimitrievich había participado en el asesinato de la pareja real de Serbia once años antes. Más tarde planearía asesinar al káiser Guillermo II de Alemania, así como a los reyes de Bulgaria y Grecia. A sueldo del embajador de Rusia, Hartwig, Dimitrievich se duplicó como el creador y líder de la Mano Negra secreta, que llevó a cabo el trabajo sangriento de Serbia y los titiriteros rusos de Serbia contra Austria-Hungría.

* * *

Inmediatamente después del ataque, los austriacos sospecharon del papel del gobierno serbio, pero nada de una posible participación rusa. Por prudencia, pero también por debilidad, se pasaron semanas preciosas en una minuciosa investigación del crimen, en la medida de lo posible, dados sus orígenes al otro lado de la frontera.
Si Austria, prácticamente segura de la participación de Serbia, hubiera exigido una explicación después de unos días, cuando la indignación europea todavía estaba en un punto álgido por el espeluznante crimen, fácilmente podría haber dominado al pequeño estado balcánico sin protestas de las grandes potencias. Por provocaciones cien veces menos flagrantes, los británicos habían bombardeado Copenhague en 1801 y 1807. Cuando el enviado de Francia a Argel fue aplastado con el abanico del dey en 1830, los franceses desembarcaron tropas y anexionaron el país. Viena, sin embargo, era la capital de viejos parloteadores y poltroons dandificados. Su emperador, Franz Josef, que todavía inspiraba un gran respeto y tenía una inmensa influencia, era un viejo fantasma desgastado, que ya no era políticamente competente.

El ministro de Relaciones Exteriores de Franz Josef, el conde Leopold von Berchtold von y zu Ungarisch, se sentían fuera de lugar como diplomático o político. La vida a su gusto era una ronda interminable de obras de teatro y conciertos, salones frívolos, visitas a las carreras o librerías raras. Pocas veces visto sin su sombrero de seda, era un vestidor exigente y un ávido estudioso de los clásicos griegos. Un observador astuto escribió de él: "Se dedicó sinceramente al país al que sirvió desastrosamente y con toda la sabiduría que pudo reunir".
El conde Berchtold, al igual que su homólogo al frente del ejército imperial austrohúngaro, el general Conrad von Hötzendorff, un tragafuegos militarista sin el menor atisbo de diplomacia, estaba totalmente a favor de castigar a los serbios. Sin embargo, ninguno de los dos pudo superar la inercia austriaca. El primer paso que Austria pudo dar se produjo casi una semana después de la

tiroteo, cuando Franz Josef escribió al emperador alemán, Kaiser Wilhelm II, el 4 de julio de 1914, pidiendo consultar con él antes de tomar cualquier medida contra Serbia.

Wilhelm II, inteligente pero neurótico, era un individuo caprichoso. Inclinado a anotar los documentos estatales que se le presentaban con interjecciones vengativas ("¡Sapos! ¡Cuervos! ¡Jesuitas!"), A menudo interpretaba al actor de radioaficionados en melodramas políticos transitorios, que, sin embargo, concluían sin efectos negativos.
En Berlín, el 28 de junio, recibió con horror la noticia de la muerte de Franz Ferdinand, porque los dos hombres eran buenos amigos. Respondió a la nota de Franz Josef de que estaba dispuesto a cumplir con sus obligaciones como aliado de Austria si surgía que Serbia había instigado o protegido a los asesinos. Sin embargo, Guillermo II no tenía la intención de llevar al Imperio alemán a una guerra europea, ni de expandir el incidente fuera de los confines de los Balcanes occidentales.

El Kaiser, representado tan a menudo desde entonces como un ogro histérico decidido a aplastar todo a su paso, estaba en ese momento tan poco dispuesto a prepararse para la guerra que partió el 6 de julio para un crucero de tres semanas en su yate, el Hohenzollern, con destino para la costa noruega. Asimismo, sus ministros estaban de vacaciones: von Jagow, el ministro de Relaciones Exteriores, de luna de miel; von Moltke, el jefe de personal, tomando la cura en Carlsbad; El almirante von Tirpitz se relaja en Tarasp en Suiza. Los reyes de Sajonia y Baviera habían partido de sus capitales hacia sus propiedades en el campo.
El káiser o sus ministros tampoco habían puesto en marcha ninguna medida preparatoria antes de partir. No había disposiciones para el almacenamiento de cereales: Alemania no compró ni una sola tonelada de harina en julio de 1914. De hecho, incluso los líderes de la oposición alemana habían abandonado Berlín.

Si bien el Kaiser y su gobierno tenían pocos motivos y menos deseos de hundir a Europa en una guerra fratricida, los sentimientos eran diferentes entre los líderes de Francia. A los franceses todavía les dolía la anexión de Alsacia y parte de Lorena por parte de Alemania en 1871. En la Place de la Concorde de París, las estatuas de Metz y Estrasburgo permanecían cubiertas de crepé.
En 1914, yo era solo un niño de ocho años, nacido en las Ardenas belgas al otro lado de la frontera con Francia. Incluso allí, en valles largos y silenciosos alejados de casi todas partes, la historia de Alsacia-Lorena se apoderó de nuestras emociones. Al ver las golondrinas que regresaban del sur en primavera, cantamos "Es un pájaro que viene de Francia", al igual que los niños alsacianos en su exilio prusiano. Como los franceses, pensamos en Alsacia-Lorena con dolor, en los alemanes con rencor: los malditos prusianos tendrían que entregarla, aunque hiciera falta la fuerza.
Alemania, que se dirigía hacia el poder económico y político mundial, con una población que aumentaba en 600.000 cada año, estaba poco preocupada por dominar a los franceses. El propio Bismarck nunca se había mostrado entusiasmado con la anexión y sus sucesores estaban dispuestos a hacer concesiones a Francia. Theobald von Bethmann-Hollweg, canciller imperial en 1912, había ofrecido al embajador francés en Berlín ese año, Jules Cambon, negociar con Francia la neutralidad y la completa autonomía de Alsacia-Lorena, pero había sido rechazado con altivez.
La mala voluntad de Francia fue manifiesta. Los alemanes prefirieron engañarse a sí mismos con la esperanza de que el tiempo curaría las heridas de Francia.

* * *

La reacción oficial británica al crimen de Sarajevo fue más cautelosa. La principal preocupación del establecimiento imperial de Gran Bretaña era el crecimiento constante de la armada y la flota mercante alemanas, que Wilhelm II había estado acumulando con determinación (en contraste con la prudencia que luego sería ejercida por Hitler, quien acordó en 1935 limitar la flota alemana al 35 por ciento de la Royal Navy).
En realidad, para el público inglés, Belgrado, y mucho menos Sarajevo, era un desconocido. Para los londinenses Singapur, Hong Kong, incluso las Islas Malvinas no estaban lejos de la desembocadura del Támesis, pero el Danubio era un río salvaje y desconocido al final del mundo civilizado (al igual que Checoslovaquia lo era para Neville Chamberlain en 1938 "un país remoto del que poco sabemos ").

En Belgrado, el primer ministro Pashich, con no poca hipocresía, hizo que se celebrara una misa solemne en memoria del difunto archiduque y su consorte. Con lágrimas en los ojos, suplicó al Todopoderoso que recibiera con amabilidad a sus dos sirvientes, Franz Ferdinand y Sophie. Tan cínica parecía esta pose que el ministro francés en Belgrado, Descos, se negó a asistir.
Descos sospechaba desde hacía mucho tiempo de las intrigas del gobierno serbio. Había observado el rápido crecimiento del ejército de Serbia, que había duplicado su tamaño el año anterior cuando decenas de miles de macedonios fueron reclutados en sus filas. ¿Quién fue el que amenazó al país?
El embajador francés había observado el negocio corrupto por el cual millones de francos oro en préstamos a bajo interés habían fluído de Francia a Serbia, después de que el camino había sido preparado por sobornos serbios de influyentes franceses, sobre todo en la prensa. El senador francés Humbert, editor de Le Journal, recibió personalmente una comisión del 15% sobre un gran pedido de calzado militar vendido a Belgrado. Tal desembolso exigió economías drásticas en la producción: las suelas de cartón fueron sustituidas por el cuero y el ejército serbio haría su catastrófica retirada en 1915 descalzo.
El caso del senador Humbert no fue aislado. Descos, ya disgustado por estos hechos, pidió ser relevado como embajador: la hipócrita Misa por los muertos había sido el colmo. Al mismo tiempo, Pashich había solicitado su destitución y Descos se fue de Belgrado desilusionado.

Mientras tanto, los austriacos continuaban su investigación del ataque de Sarajevo. Después de conocer la identidad de Ciganovich, los investigadores austriacos se enteraron rápidamente, cortesía del gobierno serbio, de que el conspirador en cuestión había desaparecido misteriosamente. En la lacónica frase de Pashich, "Partió hacia un destino desconocido el 28 de junio". No saldría a la superficie durante más de un año.
La ira de los austriacos creció lentamente. Solo después de tres semanas, el embajador de Austria en Belgrado, Herr Giesl, compareció ante el gobierno pashich para presentar la demanda de Austria de que se estableciera una comisión de investigación que incluyera a representantes de ambas naciones.
Los austriacos expresaron sus demandas en términos duros. Primero estipularon una inequívoca condena serbia del asesinato; en segundo lugar, una investigación seria del crimen que incluya a representantes austriacos.
El gobierno serbio naturalmente se resistió. No se trataba simplemente de una cuestión de soberanía de Serbia, como afirmó el primer ministro Pashich. Como él mismo le iba a confiar a Dragomir Stefanovich, su secretario de Asuntos Exteriores (así como a su hijastro): "Si aceptamos esta investigación, nos pillarán in fraganti".
Frente a las demandas de Austria, Pashich hizo algo casi increíble. No se limitó a procrastinar, o bloqueó las cosas: huyó.

Cada detalle de esta extraña historia se ha dado a conocer. Cuando el embajador Giesl se presentó en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Serbia el 23 de julio, con un sobre oficial para el primer ministro, su secretario le dijo al emisario brevemente: "Se ha ido".

Cuando se le preguntó dónde, el secretario respondió: "Al país". Era imposible localizarlo por teléfono, según el funcionario, por lo que el austriaco no tuvo más remedio que depositar su ultimátum ante la secretaria.
Mientras tanto, Pashich estaba en Nish, ochenta millas al sur. Valorado por la demanda austriaca, Pashich, en lugar de regresar a Belgrado de inmediato, se subió a un tren esa misma tarde y se dirigió al sur hacia Salónica, para, como les dijo a varios amigos que lo acompañaban, "pasar unos días allí para descansar de incógnito". . " Como resumió George Malcolm Thomson el comportamiento del astuto político, "el pashish pretendía no estar 'en contacto' durante el período crítico en el que el ultimátum fue aceptado o rechazado, ambos caminos igualmente peligrosos para él".
En Belgrado, sin embargo, el príncipe regente Alejandro vio las responsabilidades de Pashich de manera diferente. Hizo que telegrafiaran al jefe de estación de Nish para ordenar el regreso inmediato del primer ministro. Aún así, Pashich insistió, subió al tren y siguió hacia el sur. Una hora después de la línea, el tren se detuvo y Pashich volvió a ordenar que regresara a Belgrado de inmediato. Después de varias horas más de evasión, Pashich finalmente pudo arruinar su resolución y regresar a su capital.
A su llegada a la estación de Belgrado, a las cinco de la mañana del día veinticuatro, Pashich, de barba peluda y ojos vidriosos, hizo algo bastante revelador. En lugar de informar al regente, se dirigió directamente a la embajada rusa. Estaba claro dónde residía el poder real en Serbia.

* * *

Rusia, no más que Serbia, podía permitirse el riesgo de una investigación exhaustiva de la conspiración de Sarajevo. Como declaró el ministro de Asuntos Exteriores del imperio zarista, Sazonov, el 24 de julio, al enterarse de la demanda formal de Austria: "Esto significa la guerra en Europa".
Fue secundado instantáneamente por el embajador de Francia en Rusia, Maurice Paléologue, quien se apresuró a ir a Sazonov con la orden del presidente Poincaré de "¡Sea firme! ¡Debemos ser firmes!"
El veinticuatro, el príncipe Alejandro, regente serbio, envió al zar un angustiado llamamiento. La respuesta rusa revelaría su compromiso con su caballo de acecho serbio, o su falta de compromiso. Al cabo de unas horas llegó el telegrama. Pashich la abrió con manos temblorosas. Rápidamente lo leyó y luego exclamó: "¡El bueno, el grande, el bondadoso zar!"
Serbia no tendría que expiar su fechoría si Rusia pudiera ayudarla.

Al día siguiente, Herr Giesl de Austria se presentó nuevamente en la oficina del primer ministro, poco antes de las seis de la tarde. Pashich estaba allí y respondió con un rotundo no al ultimátum de Austria. La negativa se expresó en términos diplomáticos refinados e incluso ofreció varias concesiones, pero los serbios no estaban dispuestos a permitir que los funcionarios austriacos realizaran una investigación en territorio serbio, incluso con la participación de los serbios.

El embajador de Austria tomó cortésmente su bombín y partió para abordar el tren de las seis y media con destino a Viena. Se habían roto las relaciones diplomáticas. La guerra estaba en el viento.

Irónicamente, tres años más tarde, para sus propios fines políticos, Pashich organizaría una investigación y un juicio llamativos de los militares que habían organizado el asesinato, un juicio que terminaría con la ejecución del coronel Dimitrievich y sus secuaces.
En ese momento, en 1917, Pashich, con sus ejércitos barridos desde el Danubio hasta el Adriático, después de sufrir 300.000 muertos, se le ocurrió la idea de una reconciliación con Austria-Hungría, ahora encabezada por un nuevo emperador, Karl L. No me opuse a un acuerdo, todo el asunto no sería más que el fin de Dimitrievich y sus aliados y una sombría revelación del cinismo del líder serbio.

Si Dimitrievich hubiera confesado en 1914, como lo hizo en 1917, el gobierno pashich sin duda habría caído. Sin embargo, ni Serbia ni Europa quedarían en ruinas, como lo estaban en 1917.
Como Dimitrievich revelaría antes de su muerte, el verdadero director de la conspiración había sido el agregado militar de Rusia, el coronel Victor Artmanov, quien le había dicho a Dimitrievich en las primeras etapas: "Adelante. Si te atacan, no estarás solo".
En su testimonio, Dimitrievich reveló que Artmanov había financiado a los conspiradores y que no había llevado a cabo el plan hasta que tuvo el visto bueno final del ruso.
En cuanto a Artmanov, había abandonado Belgrado mucho antes del 28 de junio, el día de los asesinatos. Ese día estaba en Zurich, y continuó un viaje pausado por Suiza e Italia, mientras llevaba un diario meticuloso que le permitiría contabilizar su tiempo en un día determinado.

En San Petersburgo, el gobierno zarista se apresuró a prepararse para la guerra. El 7 de julio de 1914, dos semanas antes de que las demandas de Austria fueran entregadas a Serbia, se emitieron órdenes para trasladar tropas de Serbia a la Rusia europea. El día 25 ya estaban alojados en el distrito militar de Moscú.
Si Austria hubiera podido interrogar a Dimitrievich con el despacho ejercido más tarde por los hombres de Pashich, habría aprendido rápidamente que el asunto de Sarajevo y su rectificación no fueron una mera disputa entre sus propias fuerzas considerables y la pequeña Serbia, sino que un ejército de cinco millones de hombres de El estado más poblado de Europa estaba dispuesto a oponerse por la fuerza al imperio de los Habsburgo.

Después de la muerte de Dimitrievich (que varios de los poderes habían intentado detener sin éxito: Pashich no podía tolerar que todavía viviera y hablara), su memoria se desvaneció durante un cuarto de siglo, hasta que fue revivida y honrada por Tito (Josip Broz), otro terrorista, que se promovió modestamente a mariscal. Dimitrievich se convirtió en un héroe nacional, como uno de los mártires de la futura Yugoslavia. El hombre que hizo los disparos, Gavrilo Princip, ha sido honrado de manera similar, y un monumento ahora marca el lugar donde se paró y apuntó en Sarajevo.
Así, Austria-Hungría fue atraída a la trampa que se convirtió en la guerra más grande y destructiva que el mundo había visto. El siguiente paso de los provocadores rusos sería llevar a Alemania a la trampa. Para el 31 de julio de 1914, esto también sería un hecho consumado.

CAPITULO III

El dínamo alemán

La persona promedio en Occidente, ya sea europea, estadounidense o lo que sea, ha dado por sentado que el Kaiser Wilhelm II
tiene la responsabilidad principal de la Primera Guerra Mundial. Después de todo, al final de la guerra, era un hombre tan razonable como el primer ministro británico, David Lloyd George, quien, con la victoria a la vista, anunció que él y sus aliados "¡Colgarían al káiser!" Más tarde, Lloyd George prometería a la Cámara de los Comunes que el culpable imperial primero sería conducido por las calles de Londres en una jaula de hierro, una promesa que le permitió ganar las elecciones de febrero de 1919 cómodamente.
Aunque Lloyd George y las turbas a las que apeló, así como los aliados de Gran Bretaña y los sucesores revolucionarios del gobierno de Wilhelm en Alemania fueron engañados de su deseo, la reputación de Wilhelm fue efectivamente ahorcada por la propaganda de guerra de la época, y ha permanecido en la horca gracias a los escritos de los historiadores del establishment.
Tal ha sido el efecto embrutecedor de esta propaganda que, aunque un gran número de personas todavía cree que el emperador alemán fue una especie de ogro particularmente dañina, ni una persona entre mil sabe nada de las acciones del káiser Wilhelm en aquellos tiempos. Queda la impresión de que ocho millones de hombres murieron en los mataderos de Flandes y Galicia gracias solo al Kaiser.
El Tratado de Versalles, que afirmó la única culpabilidad de Alemania por la guerra, nunca podría haberse impuesto, por supuesto, sin la tesis central de la villanía de Guillermo II. Una duda sobre el supuesto plan de guerra de Wilhelm y todo el documento fradulento perdería su fuerza.

* * *

De hecho, ¿qué papel jugó Wilhelm II en el estallido de la guerra?
A decir verdad, el día que Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia, el Kaiser no había estado en Alemania durante días. Todavía navegaba por el Mar del Norte en su yate Hohenzollern, un veraneante satisfecho. Notificado del crimen de Sarajevo, expresó su horror y aseguró al emperador Francisco José su pleno apoyo. Sin embargo, en ese momento vio el asunto como meramente local, en el que Austria-Hungría, privada de su heredero al trono y su comandante en jefe del ejército de un solo golpe, tenía una preocupación legítima comprensible. Aún sin saber lo que los austriacos aprenderían en su interrogatorio de los asesinos, el Kaiser partió a principios de julio, decidido a pasar todo el mes en el mar.
Si ese gobernante impulsivo realmente hubiera deseado iniciar una guerra europea, seguramente habría prestado más atención a poner sus planes en marcha. Pero permitió que su jefe de personal, von Moltke, continuara su estadía en Carlsbad, mientras que el almirante Tirpitz, comandante de la marina, se detenía en Tarasp.
¿Por qué, en cualquier caso, Alemania y su líder querrían la guerra? En 1914, Alemania había alcanzado la preeminencia económica en el continente sin disparar un solo tiro. Como señaló el historiador francés Lavisse en un discurso pronunciado en la Sorbona en abril de 1917, refiriéndose a los años entre 1871 y 1914, "En ningún momento de la historia hemos visto un crecimiento tan estupendo del trabajo y la riqueza en ningún país en tan poco tiempo. tiempo."
Desde 1870, la población de Alemania había aumentado en quince millones de personas, mientras que Inglaterra se mantuvo estable y Francia se estancó. Los alemanes ya no tuvieron que emigrar, porque el prodigioso crecimiento del país proporcionó trabajo para todos. La producción de carbón casi se había duplicado en los años comprendidos entre 1900 y 1910. Las industrias metalúrgica, química y de instrumentos de precisión alemanas eran las mejores del mundo. En todas partes alemán

Los productos inspiraban admiración y sus exportaciones se habían duplicado entre 1910 y 1913, alcanzando un total de diez mil millones de marcos en ese año.
Estos bienes viajaban a lugares lejanos -China y América- en barcos alemanes, pues la marina mercante había entrado en la era de su mayor expansión y los colores imperiales ondeaban sobre los siete mares.
La expansión alemana fue tanto más impresionante cuanto que se llevó a cabo en varias décadas sin conquista militar, una expansión notablemente pacífica en comparación con el sangriento ascenso de potencias imperiales como Gran Bretaña y Francia, sin mencionar América, que ganó su parte de territorio. de Mexico.
La calidad del producto alemán y la eficiencia de los agentes comerciales alemanes se ganaron terribles celos, especialmente entre los señores del imperialismo británico. Como testificó el eminente historiador francés Pierre Renouvin:
A partir de 1900, Alemania ha tenido un éxito notable. Gracias a la iniciativa de sus viajeros comerciales, que se esfuerzan por conocer las nuevas necesidades de sus clientes y satisfacer sus gustos, y gracias a las sencillas condiciones que los exportadores ofrecen a sus compradores, el comercio alemán está en proceso de tomar el liderar el comercio británico en Holanda, donde Rotterdam es en efecto un apéndice de Renania; en Bélgica, donde parte del negocio de Amberes está en manos de 40.000 alemanes; en Italia, que compra productos metalúrgicos y químicos a Alemania; en Rusia, donde los alemanes tienen la ventaja de la proximidad y un mejor conocimiento del país; e incluso en Serbia. El margen de superioridad que tiene el comercio británico en los mercados de Francia, España y el Imperio Otomano está disminuyendo constantemente.
Al productor y exportador inglés le molesta que en todas partes se enfrente a estos comerciantes alemanes que lo hacen en una venta. La rivalidad económica fomenta un mal clima en la opinión pública que no puede dejar de repercutir en las relaciones políticas. (La Crise européenne, pág. 142)
Hasta entonces, los mares habían sido el dominio casi privado del Imperio Británico durante dos siglos, y el comercio mundial fue un monopolio británico durante todo el siglo XIX. Tanto España como Francia habían sido duramente castigadas por no acceder de buena gana a la supremacía británica. Felipe II de España y el francés Napoleón habían visto hundirse sus sueños junto con sus flotas por la Royal Navy.
Wilhelm II, al tener la audacia de construir una flota mercante capaz de dar servicio al 70 por ciento del comercio exterior de Alemania, provocó la ira de un monopolio arrogante, que veinte años después incluso Hitler evitaría antagonizar. La reina de Inglaterra expresó la opinión del establishment cuando se quejó de que "William II está jugando en Carlomagno".
En su mayor parte, el liderazgo británico se mostró reacio a dar rienda suelta a sus recelos ante el auge de la industria y la flota de Alemania. Los alemanes, por su parte, abrigaban la esperanza de poder arreglar los asuntos con los británicos en algún tipo de acuerdo de caballeros. La respuesta británica, sin embargo, no fue alentadora, particularmente en el asunto de la expansión colonial alemana para desviar parte de su floreciente población. Gran Bretaña se opuso celosamente a todos esos esfuerzos. Pequeños vecinos como Bélgica u Holanda podían poseer enormes imperios sesenta u ochenta veces el tamaño del territorio metropolitano; después de todo, durante mucho tiempo se los había considerado los satélites obedientes de Gran Bretaña. Alemania era un rival poderoso.

Que para competir efectivamente con la economía alemana en ascenso no se requería más que que el Reino Unido fabricara productos tan bien hechos y tan baratos como los del Reich se perdió para los británicos. Desafiados, se sintieron amenazados.
Solitarios, altivos y bruscos, los británicos se dispusieron a buscar aliados contra la "amenaza" alemana. En 1904 Gran Bretaña inició un acercamiento con su enemigo hereditario,

Francia, cuando ambas naciones habían concluido la Entente Cordiale, que en realidad siempre sería Mésentente Cordiale. Sin embargo, el hecho de que el pesado John Bull y la ligera Marianne hubieran abierto el baile marcó un punto de inflexión en la historia.

Se necesitaría el doble desastre para el establecimiento británico de dos desastrosas guerras mundiales en este siglo para hacer comprender que su monopolio mundial finalmente había terminado, reemplazado por el incómodo condominio de los Estados Unidos de América y la Unión Soviética.

* * *

A pesar de una oferta británica fallida de la Angola portuguesa a Alemania a cambio de que suspendieran la construcción de su flota, hecha en 1912, Wilhelm II se negó a ser disuadido y los carpinteros continuaron con su trabajo. Sin embargo, esto no significaba que el Kaiser luchara por la guerra. De hecho, en 1905 celebró un acuerdo fraternal con su antiguo rival ruso, el zar, por iniciativa propia, mientras estaba de vacaciones en su yate frente a Dinamarca.

El zar era por naturaleza un alma amable, rebosante de buenas intenciones. Pero era débil de voluntad y neurótico, y estaba constantemente rodeado por una guardia de activistas pan-eslavos, grandes duques belicosos y tenebrosos tiradores de cables y manipuladores de todo tipo. A pesar de la intención de Wilhelm de atraer a Francia a su cordial entendimiento con Rusia, los intereses contrarios a una distensión ruso-alemana en torno al zar lograron torpedear el acuerdo en cuatro meses. La entente antialemana franco-rusa de 1894 continuó en vigor, y los imperialistas rusos miraron Bohemia (en Austria-Hungría) y Galicia con más avidez que nunca. Por su parte, los franceses, animados por la esperanza del apoyo del enorme ejército de Rusia, planearon retomar Alsacia-Lorena.

CAPITULO IV

Ambición y Revanche

La República Francesa había estado obsesionada con la pérdida de Alsacia-Lorena desde 1871. En la Asamblea Nacional en Burdeos de ese año, Víctor Hugo había pregonado su lealtad eterna a la causa de los territorios perdidos. Después de él, Déroulède, Barras y Bourget encabezaron el coro literario de la venganza.

Por noble que haya sido la protesta francesa, no tuvo en cuenta mucha historia, en particular la de su propio país. Francia había sido bastante hábil en el pasado a la hora de anexar los territorios de sus vecinos. Después de todo, ¿cómo se habían unido a Francia Nord, Dunkerque, Lille, Arras y Douai, todos con el águila germánica en sus escudos? Lo mismo sucedió con el Rosellón, originalmente parte de Cataluña, así como con Borgoña y Verdún, una ciudad catedralicia alemana hasta 1552. Toul sólo se había convertido en francés en 1648, con el Tratado de Westfalia.

Las propias Alsacia y Lorena habían sido adquiridas en un pasado no muy lejano. Lorena había sido alemana durante un milenio. Casi 400 años antes, el emperador Carlos V había soñado con convertirlo en un estado libre e inalienable, un amortiguador entre Francia y Alemania. Sin embargo, los franceses tenían otras aspiraciones. En 1633 los franceses capturaron

Nancy; Ciento treinta y tres años después, el resto de Lorena fue confiscado y anexado. Cuando los alemanes volvieron a tomar la provincia en 1870, había sido francés escasamente más de un siglo.
El caso fue similar con Alsacia. En 843, el Tratado de Verdún lo había convertido en parte de Lotaringia. Veintisiete años después, en el Tratado de Mersen, se había convertido en territorio de Luis el Alemán. Desde el siglo XII al XV había sido parte del Ducado de Suabia y había disfrutado de un floreciente crecimiento. Hasta 1679, después de que las tropas francesas dirigidas por el mariscal Turenne superaran a las fuerzas del Imperio alemán, el Tratado de Nimega no reconoció la soberanía francesa sobre Alsacia. Estrasburgo seguiría siendo alemana hasta 1681, y la importante ciudad de Mulhouse no cayó en manos de Francia hasta que fue tomada en 1798.
Sin duda, el último nacido, o el último robado, suele ser el más querido. Tal fue la historia de Alsace-Lorraine. Y no hay duda de que Alsacia-Lorena habría jugado un papel más saludable en la historia europea si hubiera formado el núcleo de un estado amortiguador entre los dos rivales, en lugar del campo de justas de sus ejércitos durante mil años.

Alemania, bajo el Kaiser Wilhelm II, se había dado cuenta al fin de que la cuestión de las "provincias perdidas" era una barrera infranqueable para la reconciliación franco-alemana, y en 1911 Alemania había concedido autonomía, dentro del Reich, a Alsacia-Lorena. Esto a pesar de la evidencia de la creciente aceptación del dominio alemán entre la población de las provincias, hasta tal punto que el historiador francés Renouvin se vio obligado a admitir: Los ciudadanos de Alsacia-Lorena son conscientes de las ventajas materiales que les reporta la prosperidad general. de Alemania; ya no aceptan diputados de protesta, sino que envían representantes al Reichstag que toman asiento con los partidos alemanes, tanto católicos como socialistas. (La Crise européenne, pág. 138)

No solo con respecto a Alsacia-Lorena, sino también en asuntos coloniales, Alemania había tratado de apaciguar a Francia, pero el gobierno francés se había mantenido obstinado. Habiendo concedido a Francia el control de Marruecos en 1906, Alemania recibió a cambio una delgada franja de tierra improductiva en África Ecuatorial. Además, los nuevos aliados británicos de Francia habían ejercido presión sobre España para que rechazara la autorización de Alemania para tender un cable submarino a través de las Islas Canarias para establecer comunicaciones telefónicas con las colonias centroafricanas.

Impertérrito, el gobierno alemán había ofrecido a Francia una estrecha cooperación en 1912, como el presidente francés Poincaré admitiría más tarde ante la Cámara de Diputados en 1922: "No hay duda de que durante todo el año de 1912 Alemania hizo esfuerzos sinceros para aliarse con nosotros para el interés común de Europa y el mantenimiento de la paz ", añadió luego," pero aún no estaba preparada ".
Allí, entonces, estaba la verdad. No importa cuán ansiosa se mostrara Alemania para hacer concesiones, mientras Alsacia y Lorena no estuvieran bajo la tricolor francesa, no habría acercamiento. Si otros países hubieran tratado a Francia de la misma manera, no habría habido reconciliación con España hasta que Francia hubiera cedido Perpiñán a Cataluña; no hubo reconciliación con Bélgica hasta que Francia devolvió la región del Norte a su patria belgo-flamenca. Sin embargo, para la reconquista de sus fronteras perdidas, Francia no buscó la reconciliación sino la fuerza militar.

La alianza que Francia concluyó con el Imperio Ruso en 1894 fue extraña. París y San Petersburgo estaban separados por más de mil millas, una distancia enorme en aquellos días antes de la aviación. El pueblo francés y los pueblos del imperio zarista diferían inmensamente. Para el siglo anterior, el único significado significativo de las dos naciones

Los contactos habían sido como enemigos, cuando Napoleón condujo su Grande Armée a Moscú en 1812 y cuando los zuavos franceses ayudaron a las tropas británicas a ocupar Crimea en 1854.

Por el momento, sin embargo, los intereses de Francia y Rusia, o al menos los de las élites políticas gobernantes, coincidieron. La República Francesa necesitaba varios millones de soldados adicionales y Rusia los tenía. Rusia necesitaba miles de millones de francos oro para financiar sus proyectos pan-eslavistas y del Lejano Oriente, y Francia estaba dispuesta a proporcionarlos.
Ninguna de las partes fue ingenua sobre las implicaciones del acuerdo. Los políticos franceses no sentían ningún cariño por la autocracia zarista, ni los grandes duques rusos pan-eslavos tenían ningún respeto por lo que llamaban la "mobocracia" de Francia. Sin embargo, los lazos militares se hicieron cada vez más estrechos, con una colaboración formal y regular entre el estado mayor general, revisiones militares conjuntas y visitas intercambiadas por las dos flotas. El mal negocio pronto daría frutos.

La deriva de Francia hacia las hostilidades abiertas con Alemania se vio reforzada por los acontecimientos políticos internos. En 1913, Raymond Poincaré, que había sido ministro de Asuntos Exteriores, fue elegido presidente de la República Francesa. Cuando Poincaré tomó el Palacio del Elíseo en manos del presidente Faillières a principios de ese año, se dice que Faillières dijo: "Me temo que la guerra está entrando en el Elíseo detrás de mí". En opinión de George Malcolm Thomson, "Es cierto que el Lorrainer Poincaré no sintió repugnancia por la guerra". Había habido opositores al partido de revancha de Francia, algunos de ellos con gran influencia. Joseph Caillaux, ex primer ministro y ministro de Hacienda, era un político poderoso a quien Poincaré temía mucho como rival. Jean Jaurès, el apasionado orador socialista y pacifista, podría despertar a las masas como ningún otro político francés. Sin embargo, con Poincaré firmemente en el poder, sus voces eran impotentes para afectar las maquinaciones militares y diplomáticas del gobierno francés.
Poincaré no era un hombre cálido; tampoco fue elocuente ni conciliador. Estaba muy delgado, con ojos de búho disecado. Lo conocí personalmente en mi juventud. Al conocerlo, me asombró su voz chillona. Parecía un hombrecillo frío, con las mejillas hinchadas por el mal genio congénito. Con bigotes como una brocha de afeitar gris hierro, parecía un zorro astuto. Desconfiaba de otras personas y ellos desconfiaban de él. Esquivador de toda la vida, abarrotó su actividad política y diplomática, sus confidencias, sus respuestas parlamentarias y sus memorias con tantas mentiras, subterfugios, evasiones y tonterías que el peso de todo eso era abrumador.
Parece haber sido honesto en su conducta financiera personal, una virtud poco común entre los hombres de la política, las finanzas y la prensa, que generalmente se revuelcan en la bajeza moral. Sin embargo, sus trucos sucios en política fueron innumerables, y uno solo puede desear haber cobrado unos cientos de millones de francos del tesoro público en lugar de enviar a un millón y medio de franceses a la muerte en el baño de sangre de la Primera Guerra Mundial.

Poincaré no podía buscar la guerra abierta y oficialmente, aunque en secreto la luchaba con todas sus fuerzas. Cuando llegó la guerra, dijo más tarde, fue una "sorpresa divina". Charles de Gaulle, que, con su ojo de halcón, no tenía igual en mirar el subconsciente de sus compatriotas franceses, escribió en La France et son armée: "No veía la tragedia que se acercaba sin una secreta esperanza".
En 1912, sin embargo, Poincaré no estaba dispuesto a comprometerse con las aventuras balcánicas de los pan-eslavistas rusos. No podía confundir Belgrado o Sarajevo con Estrasburgo. Eso convenía a los rusos y se esforzaron considerablemente por ocultar sus intrigas a sus aliados franceses.

En marzo de 1912, sin el conocimiento de los franceses, el embajador de Rusia y virtual plenipotenciario en Belgrado, Nicolás de Hartwig, había redactado las cláusulas secretas del tratado entre Serbia y Bulgaria que estipulaba el número de tropas búlgaras que se pondrían a disposición de Serbia en el caso de una guerra con Austria-Hungría. Poincaré estaba molesto por el secretismo de su aliado, particularmente cuando sus embajadores solo podían provocar negaciones hipócritas de sus colegas rusos. Poincaré durante un tiempo permaneció mal informado sobre los movimientos balcánicos de Rusia, incluso más que su enemigo mutuo alemán. Se mantuvo en la oscuridad sobre el rediseño provisional de Rusia de las fronteras de sus estados satélites en los Balcanes antes de las guerras de 1912 y 1913. A pesar de sus cáusticas objeciones cuando supo la verdad,

En 1913, después de obtener finalmente el texto de un tratado secreto entre Rusia y Bulgaria, murmuró a Sergei Sazonov, el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia: "Llamo a la atención de Monsieur Sazonov que el tratado es un pacto de guerra no solo contra Turquía sino también contra Austria." (Poincaré, Les Balkans en feu, p. 113)

Sazonov respondió en tres palabras: "Debo estar de acuerdo", pero no fue más comunicativo con información sobre los objetivos de Rusia en los Balcanes.

El nuevo presidente hizo todo lo posible no solo para evitar el entendimiento franco-alemán, sino también para antagonizar a Austria-Hungría, que, en su opinión, estaba demasiado bien dispuesta hacia Francia.

Por ejemplo, Poincaré había logrado personalmente torpedear un préstamo solicitado en el Banco de Francia por los austriacos, que tenían una reputación financiera impecable. Los franceses habían prestado previamente cuarenta y cinco mil millones de francos oro, un tercio del total a Rusia, en los términos más generosos. Serbia también había disfrutado un poco de esta generosidad francesa. Independientemente del hecho de que extender el préstamo a Austria habría aumentado enormemente la influencia francesa en la gran potencia centroeuropea, Poincaré estaba decidido a ofender a ese aliado teutónico de los odiados alemanes.

Con el mismo cálculo grosero, Poincaré se desvivió por ofender a Guillermo II. A principios de 1914, después de que Wilhelm invitó gentilmente al ministro francés, Aristide Briand, a una regata en Kiel, Poincaré prohibió la asistencia de Briand, decretando que "una entrevista de ese tipo es inquietante y escandalosa".

Los diplomáticos de Poincaré en el lugar informaron repetidamente a París de las benevolentes intenciones de Alemania hacia Francia. En Berlín, el embajador Cambon telegrafió a París una confidencia que le hizo el barón Beyens, el ministro belga en Alemania: "Un hecho que es absolutamente cierto es que la canciller alemana desea evitar una conflagración europea a cualquier precio".

El brillante líder socialista, Marcel Sambat, subrayó la precaución esencial de Guillermo II en su libro Faites la paix ou faites un roi: "El emperador alemán se ha enfrentado al ridículo e incluso al reproche de la cobardía durante veinticinco años".

Mientras Rusia continuaba intensificando sus intrigas en los Balcanes, París estaba mejor informada. Serbia estaba intensificando los preparativos contra Austria. El agregado militar francés en Sofía envió a su gobierno un despacho codificado con fecha del 28 de marzo de 1914, en el que informaba de las declaraciones que Fernando, rey de Bulgaria, había hecho a sus líderes militares el día anterior: "No interfieramos con Serbia. Ya el Los serbios creen que son lo suficientemente grandes como para derrotar a Austria. Antes de que pasen seis meses, la atacarán en alianza con Rusia ". El gobierno francés estaba claramente indiferente ante la perspectiva de una guerra austro-serbia tres meses antes de Sarajevo. En lugar de intentar mediar, Francia suministró afanosamente a Serbia el crédito para acumular sus reservas de armas y material. Un gran francés

préstamo en septiembre de 1913 proporcionó el ímpetu. El dinero francés no solo armó a los serbios, sino que hizo ricos a los líderes serbios.

Como ejemplo de la corrupción generada por el nexo político-financiero franco-serbio-ruso, considérese el asunto de los rifles Mauser. El 29 de noviembre de 1913, el secretario general del ministro de Asuntos Exteriores, Dragomir Stefanovich, redactó esta carta para el financiero y zar de la prensa francés (Le Temps), Edgar Roels:

Caballeros:

El asunto de los rifles es urgente. Por favor considérelo de la mayor urgencia. Por favor, dígame la fecha más temprana posible en que la fábrica puede completar el pedido. El precio de los rifles puede llegar hasta los 80 francos cada uno. (Las comisiones deben estar incluidas en el precio). Como te he dicho, estamos hablando exclusivamente del modelo Mauser 7mm 1910. Dado que Mauser está en un cartel con la Steyr Works austriaca, tenemos dudas sobre hacer el pedido con Mauser aquí, ya que en última instancia será Steyr el que fabrique las armas, y será imposible obtener los rifles si las condiciones políticas se complican. Eso sucedió anteriormente, en 1908. El envío en cuestión debe pagarse con el producto del préstamo realizado en Francia. Bajo ninguna circunstancia se le debe decir nada a Mauser.

Los rifles Mauser comprados por Paris llegaron en febrero y marzo de 1914 a Serbia. Por sus problemas, los siguientes dignatarios serbios recibieron comisiones: el primer ministro Pashich, del 4,5 al 5 por ciento, según la compra; Voivod Putnik obtuvo el 3 por ciento; el gran mariscal de la corte y el mariscal de finanzas recibieron cada uno una comisión del 1 por ciento; y el generalissmo de Serbia se hizo con el 2 por ciento.

Tal fue el nivel de indecencia alcanzado por este tipo de saqueo que después de la guerra el Partido Socialista Democrático Yugoslavo podría acusar a Nicholas Pashich de haber robado personalmente un millón de francos oro entregados por Rusia a Serbia. Los socialistas también acusarían al ex ministro serbio en París, MR Vesnich, de haberse llevado otro millón en francos oro que había sido autorizado durante la guerra para el cuidado de los heridos serbios.

Los rusos también se pusieron a trabajar para arrastrar a Rumania a los esfuerzos de su agitación anti-austriaca, ya que Rumania era un aliado crucial de Austria-Hungría, vinculado a ella en un tratado que se remontaba a 1883.

El gran duque Nicolás, tío del zar, uno de los belicistas pan-eslavos más decididos, llegó a Bucarest para corromper tanto al gobierno rumano como a la familia real. Tuvo un éxito inmediato con el primer ministro rumano, Take Ionescu. Como Dragomir Stefanovich reveló más tarde en sus Memorias y documentos de un diplomático serbio:

En diciembre de 1912, Take Ionescu se reunió dos veces con el gran duque Nicolás en presencia de nuestro encargado de negocios en la legación rusa. Fue en el curso de la segunda de estas conversaciones cuando se fijó una cantidad definida para la asignación que luego se pagaría al estadista rumano como precio de la ayuda que se proponía prestar a la propaganda antiaustriaca de Rusia. La suma sería de 5.000 francos oro al mes.

Take Ionescu le garantizó al Gran Duque Nicolás que en caso de un conflicto austro-ruso, él y sus amigos, apoyados por los principales líderes militares, en particular por los generales Filipescu y Averescu, harían imposible para el rey Carol y su pro-alemán. ministros para cumplir con las obligaciones del tratado de alianza que une a Rumania y al gobierno austriaco desde 1883.

El predecesor de lonescu como primer ministro, Marchiloman, logró obtener y publicar fotografías de los recibos de Ionescu. Ionescu, se reveló, también había sido subvencionado por fondos secretos de Italia. Y el propio Ionescu había estado subvencionando el diario francés Le Temps y su agencia en los Balcanes: este dinero, por supuesto, procedía de los rusos, que a su vez se financiaban con enormes préstamos franceses.
Stefanovich señaló en sus memorias: "En lo que a nosotros personalmente [el Ministerio de Relaciones Exteriores de Serbia] nos concierne, a partir de enero de 1913 se nos aseguró que cuando llegara el momento decisivo, Rumania marcharía con nosotros contra Austria-Hungría".
Los alemanes se dieron cuenta rápidamente de la actividad de los rusos en Rumania. En enero de 1913, el ministro alemán a Bucarest telegrafió a Berlín: "El número de agentes secretos y espías que Rusia ha mantenido en Rumanía desde hace algunos meses se está volviendo prodigioso. Todos están concentrando sus esfuerzos en agitar al país contra Austria. 1 me pregunto a qué se dirigen ".
A su vez, el embajador alemán en Atenas, el conde Kuadt, telegrafió el 1 de marzo de 1913: "La propaganda rusa se está filtrando hasta los estratos más bajos de la población rumana".
Los rusos, que según el embajador Tschirschky, el enviado alemán a Austria-Hungría, habían acumulado un fondo para sobornos de un millón de rublos con el que sobornar a los rumanos, fueron hábilmente secundados en su trabajo por el embajador francés en Bucarest, Blondel. Blondel invitó a un flujo constante de políticos y periodistas franceses a Rumania para difundir el evangelio anti-austro-húngaro, entre ellos André Tardieu de Le Temps.

Tardieu fue, en París, el confidente más cercano del embajador ruso, Alexander Izvolsky, quien escribió a su ministro de Relaciones Exteriores, Sazonov, en 1912: "Tengo una entrevista con Monsieur Tardieu cada dos días". Tardieu era un traficante escurridizo y sin escrúpulos que había intrigado con un diplomático alemán en París para establecer un consorcio de caucho ilegal en el Congo, que le habría traído millones a través de testaferros, hasta que el perro guardián financiero de la asamblea francesa, Joseph Caillaux, explotó. el silbato.

Seis meses antes de Sarajevo, Tardieu fue autorizado a ofrecer a los rumanos Transilvania, una parte de Austria-Hungría, a cambio de su cooperación. Tardieu pronunció pública y provocativamente una conferencia titulada "Transilvania es la Alsacia-Lorena de Rumania" en Bucarest.
El 24 de junio, cuatro días antes del asesinato del archiduque y su esposa, Take Ionescu telegrafió a Tardieu en código: "Acuerdo en principio todos los puntos satisfactorios intereses comunes concluidos ayer tras la conversación con Sazonov, Bratianu. Sobre la base del reconocimiento de nuestras reclamaciones a Transilvania, Banat , Bucovina. Alto. Todos los comentarios en este momento son inoportunos, este último sigue por mensajería de legación ".
El mismo día, el ruso refrendó las garantías francesas a Rumanía.

Más tarde, el francés Georges Clemenceau declararía: "De todos los cerdos de la guerra, los rumanos fueron los más cerdos". Quizás este sea un juicio cuestionable: había porcinos en ese momento, particularmente en los Balcanes.

CAPITULO V

Poincaré y Caillaux

Por más decididos que estuvieran los políticos franceses a hacer la guerra, todavía era necesario que lanzaran en estampida a la masa de franceses en dirección a la guerra. Aquí políticos como Poincaré encontraron invaluable la ayuda encubierta de agentes rusos.
Fue un arreglo extraño pero mutuamente beneficioso. Los rusos subvencionaron a los periódicos franceses, que solicitaron apoyo militar y financiero a Rusia, lo que permitió a los rusos disponer de aún más fondos para el soborno. Los belicistas de la política francesa cosecharon las recompensas del interminable tamborileo de la hostilidad contra las potencias centrales, Alemania y Austria. Hubo poca dificultad en encontrar periodistas lo suficientemente venales como para permitir que sus titulares y editoriales fueran redactados por una potencia extranjera. De hecho, el problema para los rusos era elegir entre la multitud que se apiñaba hacia delante, hambrientos de sobornos.
Arthur Raffalovich, el delegado del ministro de finanzas ruso en Francia, informó a su primer ministro, el conde Witte, "Dado que es imposible comprar a todos, será necesario hacer una selección". Añadió: "Todos los días aprendes a despreciar a los demás".
Desde el principio en 1912, los sobornos rusos repartieron cientos de miles de francos oro. Un ritmo cada vez mayor de subvenciones se disparó a trescientos cincuenta mil francos oro por mes. El desembolso total finalmente alcanzó las decenas de millones. Después de que los bolcheviques tomaron el poder en 1917, publicaron documentos secretos que revelaban el alcance y los detalles del mal negocio, entre ellos otro telegrama de Raffalovich, este al embajador Izvolsky: "Usted entregará este dinero por medio de una persona confidencial de pagos directos. a una persona en recompensa por la cooperación que se le concedió en Le Temps, L'Eclair y Echo de Paris ". (26 de febrero de 1913)

Uno de los aliados de Poincaré escribió, de las publicaciones a sueldo de los pan-eslavistas, "Una lista abominable, donde vemos agrupados en la misma actividad y la misma desgracia Le Figaro de Gaston Calmette, el Radical, el Journal des Débats, Henri Letellier's Journal, La République Francaise, Le Matin, L 'Echo de Paris y L' Eclair; y dominando al resto del futuro negociador de paz y futuro presidente del consejo de ministros, el jefe de la oficina de asuntos exteriores de Le Temps: André Tardieu ".
Tardieu, a quien acabamos de ver trabajando en Rumanía, había sido una pluma particular en la gorra rusa. Varios años antes, su periódico había simpatizado bastante con Austria-Hungría; En una carta a San Petersburgo fechada el 16 de febrero de 1911, Izvolsky escribió: "En el periódico Le Temps, Monsieur Tardieu aprovecha todas las oportunidades para mostrar la relación franco-rusa bajo una luz desfavorable".
Un año después, el embajador pudo escribir: "El señor Tardieu no ha perdido tiempo en poner su pluma a mi disposición".

El gobierno serbio no tardó en entrar en el juego del soborno siguiendo el ejemplo de sus patrocinadores rusos. Como reveló Dragomir Stefanovich, los serbios proporcionaron a los principales periódicos franceses más de un millón y medio de francos oro en los dos años anteriores a Sarajevo, "pequeñas gratificaciones", en palabras del primer ministro Pashich.
Los fondos serbios crearon la influyente agencia balcánica Le Temps, dirigida por la omnipresente Tardieu, que suministraba a los periódicos franceses un noventa por ciento de su material procedente de los Balcanes. El ministro de Rusia en Serbia, Hartwig, jugó un papel en su dirección, y la agencia poseía su propio código, que ni siquiera el gobierno francés pudo descifrar.

Frente a esta arremetida de la prensa comprada y pagada, el público francés no podía permanecer indiferente por mucho tiempo. Como escribió más tarde uno de los colegas de Clemenceau:

Las tonterías más audaces y las mentiras más desvergonzadas, una vez publicadas y comentadas por Le Temps, Echo de Paris y el Journal des Débats, que en ese momento eran considerados por nuestras clases dominantes como órganos de conocimiento real y escrupulosamente informados. la prensa, y por tanto dignos de total confianza, fueron copiados por todos los periódicos provinciales. Fueron tomados por evangelio por millones de ciudadanos de clase baja y media alta, por jubilados, por obreros y por campesinos, quienes durante veinte años vieron cómo sus ahorros se iban en préstamos a Rusia, 'amiga y aliada', mientras esperaban sacrificar sus vidas. vive para ella.

Poincaré no hizo nada para obstruir los planes de los rusos para subvertir la prensa libre de Francia. Cuando Izvolsky acudió a él en 1912 con un esbozo de su plan para corromper a la prensa francesa mediante el soborno, rápidamente pudo superar sus recelos. El agente de Izvolsky, un tal Davidoff, manejó los asuntos con Poincaré, quien murmuró santurrón: "Será necesario distribuir [el dinero] en la medida de lo posible en pequeñas cantidades sucesivas y con mucha prudencia y discreción".
Poincaré trató con un personaje aún más sórdido, Lenoir, cuyo trabajo consistía en entregar personalmente los sobres abultados a los maestros de los medios.

Más tarde, Poincaré explicó con bastante piedad que podría haber conocido a Lenoir solo una vez y, en cualquier caso, "nunca tuvo ocasión de hablar con él". Sin embargo, el hecho de que su ministro de finanzas judío, Klotz, se ensuciara las manos más íntimamente con los sórdidos detalles, difícilmente limpia a Poincaré. Klotz, que incluso exigió en ocasiones que los rusos hicieran los pagos por adelantado, "debido a la situación generalmente difícil del gabinete francés", terminaría escandalosamente su carrera después de la guerra en un tribunal penal.

A pesar de la creciente simpatía del público por Serbia y Rusia, las masas francesas todavía no tenían estómago para la guerra. La política de Poincaré se consideró demasiado militarista, especialmente cuando el presidente francés deseaba extender el período del servicio militar de dos a tres años en 1914. A pesar de una campaña de prensa intensificada, impulsada por más fondos rusos ("Klotz", informó Raffalovich a San Petersburgo , "exige una segunda tajada: es necesaria una gran campaña para que se aprueben los tres años [legislación]"), el plan fue rechazado.

La principal oposición a los planes militares de Poincaré fue encarnada, en el establecimiento francés, por Joseph Caillaux. Caillaux, que murió en 1944, es en gran parte una figura olvidada hoy, pero fue quizás el estadista francés más inteligente y competente de su tiempo. Charles de Gaulle lo consideró el primer estadista europeo en comprender el papel esencial de la economía en la vida pública. Como su adversario Poincaré, era duro, imperioso, autoritario. Caillaux y Poincaré nacieron enemigos, destinados a chocar entre sí en el transcurso de sus carreras.
Caillaux, a diferencia de muchos de los franceses, no era un anti-alemán acérrimo. Respetaba la fuerza militar de Alemania y consideraba que el coloso del otro lado del Rin podría enseñar a su propio país lecciones importantes sobre el trabajo, el orden y la modernización de la industria. Caillaux creía que las dos naciones deberían complementarse entre sí en lugar de mantener una rivalidad exacerbada por diferencias de temperamento y psicología. Cada uno tenía mucho que ofrecer y los dos podrían llegar a una notable simbiosis.
Demasiado tarde, muchos alemanes y franceses se dieron cuenta de que Caillaux tenía razón. Es mucho mejor que los franceses hayan resuelto sus diferencias con los alemanes del

del calibre de Otto von Bismarck, o incluso del conde von Bülow, que aquel Adenauer, canciller de una Alemania truncada, y De Gaulle, presidente de una Francia muy abajo en el mundo, a pesar de todas sus pretensiones, deberían haber enterrado el hacha después de ochenta años. de enemistad desastrosa.
En 1914, parecía que Caillaux tenía grandes posibilidades de ganar las elecciones y alcanzar el cargo de presidente del consejo de ministros, lo que obligaría a Poincaré, presidente de la República Francesa, a confiarle buena parte de los asuntos de gobierno. . Entonces, ¿qué habría sido de los apasionados diseños de Poincaré para recuperar Alsacia y Lorena?

Poincaré se vio reforzado en su lucha contra Caillaux por el hecho de que muchos franceses, igualmente inflexibles sobre las provincias "perdidas", detestaban a Caillaux por su razonabilidad en el asunto. En el fondo, los franceses son un pueblo extremadamente chovinista. Para ellos, los belgas son los "pequeños belgas", que hablan un galimatías extraño. Los españoles son "semi-africanos", los ingleses "hipócritas obstinados" y los estadounidenses apenas mejores que semibestias.
El mundo exterior interesa poco a los franceses; no tienen necesidad de saberlo. Charles Maurras, el más francés de los intelectuales franceses, a la edad de cuarenta años nunca había visitado la Bélgica francófona sino una vez, en un viaje de excursión que duró varias horas. Pierre Laval, once veces ministro del gabinete, me confesó que había pasado por Bélgica una sola vez, vía Lieja en un coche cama por la noche. Sin duda, los franceses han visto bastante de Europa en diez siglos de conquista: Bruselas, Roma, Madrid, Viena, Berlín, Moscú, veinte invasiones separadas de Alemania. Pero esos asuntos son reacios a discutir.
Fue precisamente en esta aversión a los extranjeros y la incapacidad de ver el otro lado de un argumento político que Poincaré había basado su carrera política. Se había agitado incansablemente por una política basada en la venganza y la fuerza militar. Caillaux había nadado contra la corriente del chovinismo popular y le había ganado millones de enemigos.

En el fastidioso asunto de los tres años de mandato militar, las ventajas de Poincaré de jugar al fervor popular chocaron con la igualmente tenaz solicitud de muchos franceses por su libertad y su piel. Estuvo bien agitar por Alsacia y Lorena en los bistros, glorioso vitorear en el desfile del Día de la Bastilla a lo largo de los Campos Elíseos ... El sacrificio personal, a costa de la vida y la integridad física, requería más reflexión.
Poincaré tuvo que encontrar la forma de torpedear a su rival. Encontró uno en la debilidad de Caillaux por las mujeres. A pesar de su calvicie, Caillaux tenía una forma ganadora con el bello sexo. Como muchos políticos franceses, había galopado alegremente de amante en amante. De hecho, como es el caso de tantos hombres a la vista del público, las mujeres corrieron tras él. Hitler, que era bastante remilgado en este asunto, me mostró una vez un cajón lleno de cartas de hermosas mujeres de todas las edades pidiéndole que engendrara un hijo para ellas. Enamorado - lo dijo muy bien Napoleón - la seguridad está en el vuelo. Muchas veces el emperador tuvo que ponerse manos a la obra. Caillaux no había sido tan ágil. Después de disfrutar de los encantos de uno de sus admiradores durante mucho tiempo más o menos en secreto, se había casado con ella. Una bonita rubia ceniza llamada Henriette, que vestía con estilo. Estaban muy enamorados.
Realmente no hay nada que reprochar allí, ciertamente para los estándares de hoy. Y Poincaré debería haber sido el último en fisgonear en este pequeño idilio, ya que sus propios juegos con una mujer algo menos que inocente habían creado sensación, sobre todo cuando su amada, después de una carrera decididamente poco virtuosa, había exigido que ella y el viejo anticlericalista casarse en secreto ante un arzobispo. Tampoco el hombre que iba a ser de Poincaré

Buen brazo derecho en la Operación Enagua dirigida contra Caillaux, Louis Barthou, gana algún premio a la virtud ejemplar.
George Malcolm Thomson ha preparado la escena:

En los primeros días de la primavera de 1914, Caillaux fue una fuente de profunda ansiedad para el presidente Poincaré. En mayo habría elecciones; el sentimiento popular corría hacia la izquierda. Entonces sería difícil negarle a Caillaux el cargo de primer ministro. Caillaux, que en su ilimitada confianza en sí mismo creía que podía llegar a un acuerdo con Alemania. Sería el fin de la política de Poincaré de rígida hostilidad al poder más allá del Rin, de una intransigencia que sólo se detuvo antes de la provocación. (Los Doce Días, p. 66)

Poincaré y sus lugartenientes idearon un plan para arruinar las perspectivas de Caillaux que involucraba, como era de esperar, a la prensa. Le Figaro, dirigido por el antes pobre Gaston Calmette, que disfrutaba de generosos subsidios de los rusos (dejó trece millones de francos en su testamento), inició una campaña para destruir Caillaux con estas palabras el 10 de mayo de 1914: "El momento decisivo ha llegado. venimos cuando no debemos rehuir ninguna acción, aunque nuestra moral e inclinaciones personales puedan condenarla ".
En resumen, el periódico había adquirido las cartas de amor de Caillaux y su esposa, escritas en el momento en que ella era su amante. Caillaux firmó a sí mismo Jo-Jo, Henriette, Ri-Ri. Las cartas eran exactamente lo que los amantes se han escrito a lo largo de los siglos, confesiones de pasión volcánica, a veces en serio, a menudo creídas, en cualquier caso, nunca destinadas a miradas indiscretas.
El 16 de mayo, cuando Ri-Ri posó sus ojos en la portada de Le Figaro, descubrió que la primera de las cartas que Jo-Jo le envió era la historia principal del día. Fue algo blando: no se escatimaron detalles íntimos. El periódico anunció que el resto de las cartas aparecerían en próximos números.
Madame Caillaux se arrojó a los brazos de su marido. Sollozando, le imploró: "¿Vas a dejar que estas hienas periodísticas invadan nuestro tocador?"

No tenía intención de dejarlos. Después de ser rechazada por un eminente magistrado parisino, quien se encogió de hombros y ofreció: "Ese es el precio de estar en política", ella obtuvo una pistola, se dirigió a las oficinas de Le Figaro, donde, al obtener la entrada a la oficina de Calmette. , vació las seis balas en su traductor.
De hecho, Madame Caillaux debería haber apuntado más alto. El ahora difunto Calmette había sido simplemente un asalariado. Cuando la noticia de la venganza de Ri-Ri se extendió por París, un agitado Barthou corrió hacia su maestro en el palacio presidencial. Como Poincaré describió más tarde la escena al periodista PB Gheusi, Barthou se derrumbó sobre el escritorio de Poincaré, aterrorizado por las fatales consecuencias de los artículos.
"¡Yo soy quien escribió todos los artículos contra Caillaux!" el exclamó. "Soy el culpable de la tragedia. ¡Debo castigarme!"
No hace falta decir que Barthou no se castigó a sí mismo. Rara vez es así en política. Sería ministro varias veces y seguiría siendo el secuaz leal de Poincaré o de quienquiera que fuera su patrón en ese momento.
Su esposa arrestada como una delincuente común, el ministro de Finanzas Caillaux no tuvo más remedio que renunciar. La oposición, decapitada, no supuso una nueva amenaza para los planes de Poincaré. A partir de entonces, Caillaux fue una figura de burla, incluso en las calles de París. El juicio de su esposa en julio fue una sensación, ya que Henriette se desmayó en su asiento como una heroína en una tragedia clásica. Su absolución fue anti-climática. Para el 27 de julio de 1914, el día en que fue reivindicada, la guerra estaba en cuestión de horas.

CAPITULO VI

Conspiraciones remotas

Durante las dos primeras semanas de julio, el presidente Poincaré esperó pacientemente a que sus aliados en torno al zar prepararan a las fuerzas rusas para la guerra. Las vastas distancias y las comunicaciones relativamente primitivas de Rusia hicieron de la movilización un negocio que consumía más tiempo que en las naciones compactas y bien ordenadas de Europa, y el líder francés fue al principio indulgente con la proverbial lentitud del oso ruso.
A mediados de julio, sin embargo, Poincaré se puso nervioso. Ansioso por ver cómo progresaban los rusos y decidido, en palabras de George Thomson, a "poner un poco de acero en la columna vertebral de ese poderoso pero dudoso aliado", Poincaré se embarcó en Calais en el crucero Francia el 15 de julio con destino a San Petersburgo.
Seis días después, él y su primer ministro, René Viviani, fueron recibidos con la pompa que solo un autócrata puede reunir en la capital rusa. En la residencia de verano del zar, el Peterhof, Poincaré se familiarizó con la familia imperial, en particular las cuatro hijas del zar, a cada una de las cuales presentó un reloj de pulsera de diamantes, mientras las miraba subrepticia pero calculadamente, consciente de los chismes lascivos que giraban en torno a sus hijos. relaciones con el santo siniestro Rasputín.
Poincaré obsequió al zar y a la zarina tapices de gobelino y un juego de adornos de oro para el coche de turismo del zar. Pronto el presidente francés y el emperador ruso estaban en una profunda conversación, si la oración unilateral que el sentencioso Poincaré pronunció mientras el zar se sentaba en silencio y sin brillo podría llamarse conversación.
El zar Nicolás II no era un hombre para dirigir un imperio. Aletargado y vacilante por naturaleza, bajo el control de su esposa nacida en Alemania, Alexandra, todos sus movimientos estaban protegidos por cientos de guardias, pero no tenía a nadie que lo protegiera de los incompetentes venales y los sapos halagadores que formaban su séquito oficial. Goremykin, presidente del consejo de ministros, no sirvió más que para acurrucarse en el sofá con una novela de tercera categoría y un cigarrillo colgando entre sus labios agrietados. Maklakov, el ministro del Interior, debía su prominencia a su habilidad para divertir a las jóvenes grandes duquesas con sus imitaciones animales: hacía el papel de pantera y saltaba salvajemente por el suelo, mientras las muchachas se encogían de miedo y chillaban fingiendo terror.

El ministro de Guerra, VA Sukhomlinov, era otro personaje dudoso, un jugador compulsivo que siempre estaba endeudado. Poco antes de la visita de Poincaré había concedido una entrevista, "Rusia está lista", ampliamente publicada en la prensa de París, que provocó un revuelo en la bolsa de valores que Sukhomlinov pudo convertir en su beneficio. Uno de sus numerosos acreedores estaba en estrecho contacto con la inteligencia alemana.

Los verdaderos poderes detrás de la fachada de papel maché de la corte zarista eran otros hombres. El ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, SD Sazonov, había jugado el papel más importante en las intrigas balcánicas de la década anterior. Alexander Izvolsky, ex ministro de Relaciones Exteriores y en 1914 embajador en Francia, desempeñó un papel diplomático apenas inferior al de Sazonov. Luego estaban los grandes del paneslavismo, agrupados en el estado mayor general y en el alto mando, entre ellos el tío del zar, el gran duque Nicolás, comandante en jefe del ejército.

Fue Sazonov con quien Poincaré llevó a cabo sus discusiones más importantes. Sazonov, hábilmente asistido por su predecesor Izvolsky, había sido y seguía siendo un negociador duro. Dos años antes, Poincaré había insistido en que Francia no se vería arrastrada contra su voluntad a una guerra originada en los Balcanes. Poincaré le había dicho a Sazonov en ese momento: "No cuentes con nosotros para la ayuda militar en los Balcanes, incluso si eres atacado por Austria". En agosto de 1912, Poincaré había reiterado la posición de su gobierno: "Si se presenta la ocasión, cumpliremos con nuestras obligaciones. No confíe en nosotros, sin embargo, para ayudarlo militarmente en los Balcanes, incluso si es atacado por Austria, o si al atacarla provocas la intervención de Alemania ". (Poincaré, Les Responsabilités de la guerre, p. 53)

A pesar de estas y muchas otras advertencias, todas ellas calculadas para asegurar que el estallido de la guerra se programe según la conveniencia francesa, en julio de 1914 Poincaré se encontró dependiente del imperio zarista. Los complots cuidadosamente trazados de Sazonov e Izvolsky habían enredado a los líderes franceses: el camino de regreso a Alsacia y Lorena ciertamente haría un desvío a través de Serbia, con un alto precio.

La conducta de Poincaré en San Petersburgo atestigua su conformidad con el enredo de los Balcanes. Se dedicó a animar al embajador de Serbia en Rusia, Spalajkovich, a quien le dijo: "No temas. Serbia tiene un amigo cálido en nuestro país". Spalajkovich, cuyo superior en Belgrado, el secretario de Relaciones Exteriores, comentó una vez: "Siempre me pregunto si Spalajkovich es más sinvergüenza que tonto, o tan estúpido como corrupto", se convirtió en el primer diplomático serbio en enterarse de la decisión incondicional de Poincaré de cometer Francia a Serbia y Rusia, pase lo que pase.

El apoyo a Serbia que los líderes franceses manifestaron en San Petersburgo fue acompañado de una muestra de hostilidad hacia Austria-Hungría. El primer ministro Viviani, mientras se encontraba en la capital rusa, envió una directiva a todos los diplomáticos de Francia destacados en el extranjero, que transmitía esta declaración hecha por Poincaré: "Francia no tolerará la interferencia de Austria en los asuntos serbios".

En una recepción diplomática ofrecida por Poincaré en el Palacio de Invierno, realizó un impactante ataque personal al embajador de Austria en Rusia, el conde Szàpàry, en términos que "dejaban al conde Szàpàry fuera de sí", como diría el embajador de España, el conde de Cartagena. escribiría más tarde en sus Memorias de un diplomático.

Incluso Poincaré, herido por las escandalosas críticas que acompañaron a su paso en falso diplomático, más tarde se sintió obligado a ofrecer una débil defensa de su arrebato en su libro L'Union sacrée, donde escribe: "Le señalé al embajador que Serbia tiene amigos en Rusia, que sin duda se sorprendería de encontrarla en el blanco de duras medidas, y esa sorpresa podría ser compartida en otros países amigos de Rusia ".

Como mínimo, Poincaré podría haber expresado su pesar al ministro austríaco por la muerte violenta y brutal del heredero al trono de su país. El comentario, que se produjo en una recepción diplomática, atestiguó no solo una lamentable falta de autocontrol, sino también una disposición positiva para ofender y provocar.

Además de sus conferencias con Sazonov e Izvolsky, con quienes Poincaré había trabajado muy de cerca en París, tanto en asuntos de diplomacia como en negocios más sórdidos relacionados con el cultivo de los periodistas más importantes de Francia, Poincaré también se reunió con el gran duque Nicolás, comandante del ejército ruso. El gran duque era un gigante, de seis pies y siete pulgadas de alto, con un porte tan impresionante como su altura. Aunque conocido por su brutalidad, era inmensamente popular entre la base, ya que, para el gran deleite de los muzhiks, era propenso a administrar palizas salvajes incluso a los subordinados más altos o a entregar un veloz patada al amplio trasero de un infractor

general, instituyendo así una democracia de castigo que sólo sería superada por las purgas masivas del cuerpo de oficiales de Stalin en la década de 1930.
Nicolás y su hermano, el gran duque Pedro, fueron apoyados en su paneslavismo por sus esposas Anastasia y Militza, las ardientes hijas del rey del pequeño Montenegro, Nicolás. El rey Nicolás, un amasador de dinero perpetuo cuyas búsquedas de una esposa rica inspiró a La viuda feliz de Lehar, gobernó un estado vinculado estrechamente a Serbia histórica y étnicamente pero que, bajo su gobierno, se inclinó a aplacar a Austria.
Sus hijas, herederas de una larga tradición de bandidaje y vendetta, eran tan atrevidas como encantadoras. Se reían de los halagos de los cortesanos de la familia imperial y siempre parecían estar ansiosos por pelear con alguien. Durante la visita de estado francés, su enemigo preferido era Alemania, y los dos spitfires rápidamente envolvieron a Poincaré alrededor de sus meñiques.
En el banquete que el embajador francés, Maurice Paléologue, ofrecía al zar y su presidente, las mismas Alexandra y Militza decoraban las mesas, colocando ramos de flores por todas partes. Ante el hosco Poincaré colocaron una caja de dulces de oro, que al abrirse resultó contener media libra de tierra de su Lorena natal, foco de sus ambiciones de venganza a lo largo de su carrera.
Para agitar aún más la sangre de Poincaré, el gran duque Nicolás organizó una gran revisión militar en el patio de armas de Krasnoye Selo. Junto al zar, vieron pasar a sesenta mil soldados, hombres corpulentos, con pechos de barril y bigotes, con gritos que evocaban manadas de lobos que saltaban por la interminable estepa. Los caballos de los cosacos tronaban como enloquecidos por el vodka. Lo más inspirador de todo para el presidente francés, las bandas rusas llenaron el aire con marchas militares francesas - Le Régiment de Sambre et Meuse, Fiers Enfants de la Lorraine - hasta que Poincaré se transfiguró de orgullo.
Al final del desfile, Poincaré aventuró una predicción sobre las fuerzas rusas. "Estarán en Berlín el día de Todos los Santos", pronosticó.
En cuanto a las tropas rusas en Berlín, el pequeño abogado de Lorena se adelantó treinta y un años. Ni el zar ni sus parientes los mandarían. Pero Poincaré se había dejado convencer. El ejército de cinco millones de hombres de Rusia haría a un lado a las fuerzas del Kaiser, superadas en número, y estaría dando de beber a sus caballos en el Spree en unas pocas semanas. Y para Navidad, Estrasburgo y Metz volverían a ser franceses.

Ahora que Poincaré y sus diplomáticos estaban en guerra, harían todos los arreglos para camuflar las circunstancias reales de su inicio: contemporizarían, dirían mentiras reconfortantes, escenificarían engaños en toda regla, incluso llevarían a cabo falsificaciones, todos asuntos en los que bien ... los diplomáticos capacitados sobresalen cuando el deber profesional lo exige. Tales subterfugios, por supuesto, serían tan discretos que muy pocos tendrían siquiera una idea de ellos; si lo peor llegaba a lo peor, los perpetradores las negarían con tono de asombro.
Con este espíritu, Poincaré, que partió de San Petersburgo hacia Francia el 23 de julio, negó haber llegado a ningún entendimiento con los rusos. Según él, "M. Viviani y yo nos relajamos y descansamos". Estrictamente hablando, no había aprendido nada nuevo: "No tenemos noticias, o prácticamente ninguna". Como escribió el historiador Fabre Luce, "Poincaré hizo el papel de sordomudo".
El presidente francés se esmeró en no dirigir ningún memorando potencialmente incriminatorio al Quai d'Orsay. Mientras la delegación francesa se preparaba para abordar el Francia, mientras se intercambiaban los abrazos finales, Sazonov había garabateado el texto de una declaración final conjunta ruso-francesa y luego se la ofreció a Poincaré. El francés comenzó a leer el borrador: "Los dos gobiernos han establecido una correspondencia perfecta de sus puntos de vista y de sus objetivos para el mantenimiento del equilibrio de poder en Europa, especialmente en la península balcánica".

Poincaré escribió más tarde en L'Union sacrée: "Viviani y yo pensamos que la redacción, en la que no se menciona la paz, nos comprometería demasiado a seguir la política de Rusia en los Balcanes. En consecuencia, modificamos el borrador para salvaguardar nuestra libertad. de acción." (pág.279)

Esta afirmación hipócrita, desmentida por cada una de sus acciones en ese momento, Poincaré trató de reforzar aún más con la afirmación de que durante los días más importantes justo antes del estallido de la guerra, "Todos sabían que M. Viviani y yo estábamos en alta mar. , lejos de Francia y Rusia ".
En política, la hipocresía es una virtud. Desafortunadamente para los políticos, la historia tiende a perseguirlos y revelar sus historias egoístas y evasivas por las mentiras que fueron. Los esfuerzos de Poincaré por cubrir sus huellas pronto quedaron expuestos.
El embajador británico en San Petersburgo, Sir George Buchanan, un acérrimo oponente de Alemania y un amigo íntimo del Paléologue de Francia, reveló los arreglos secretos de Poincaré con los rusos en sus memorias. Buchanan se enteró de ellos por Paléologue poco después de que Poincaré zarpara de regreso a Francia.
Inmediatamente después de ser informado de la situación real, Buchanan telegrafió a Londres que Poincaré protegería a los serbios, que ya no se trataba de que el líder francés actuara como un freno a los pan-eslavistas rusos, y que los franceses y los rusos habían "solemnemente ratificó los compromisos de la alianza ".
En el mismo informe, Sir Eyre Crowe, subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, escribió este resumen: "Ha pasado el tiempo en que podríamos tratar con Francia para mantener a Rusia dentro de los límites. Está claro que Francia y Rusia han decidido arrojar el guante . "

Tras la marcha de Poincaré, Paléologue retomó su papel como el francés más importante de Rusia. Durante los últimos diez días de julio desempeñaría su papel de maestro engañador en una actuación virtuosa.
Las últimas instrucciones de Poincaré a Paléologue, emitidas poco antes de que Francia zarpase, fueron explícitas: "Es imperativo que Sazonov se mantenga firme y que lo apoyemos". Estas palabras han sido documentadas a partir de varias fuentes, sobre todo los registros de la diplomacia rusa secreta que los soviéticos, en el primer brote de su ardor revolucionario, fueron tan poco delicados que publicaron en Pravda en el invierno de 1917-1918.
A pesar de sus negativas, Poincaré de hecho mantuvo contacto tanto con París como con San Petersburgo en su viaje de regreso. Según Paléologue, él mismo había enviado información importante a su presidente a bordo del Francia y había recibido instrucciones adicionales de Poincaré, incluido un telegrama en el que se le insinuaba la necesidad de "dar pleno apoyo al gobierno imperial".
El historiador francés Fabre Luce, en su destacado L'Histoire démaquillée, resumió los hechos del viaje de regreso de Poincaré:
Los viajeros [Poincaré y Viviani] sabían que el gobierno ruso no preveía una aceptación serbia [de las demandas de Austria], que en cualquier caso dependía de Rusia, y habían decidido movilizarse contra Austria en caso de una ruptura de relaciones austro-serbia. . De ahí que, a sabiendas, enviaran un cable a San Petersburgo con una renovada promesa de apoyo. Poincaré, sin embargo, estaba empeñado en su papel de sordomudo, y los archivos del Quai d'Orsay serían manipulados para que pareciera que las comunicaciones con el mundo exterior se reducían al mínimo absoluto ".

Algunos meses después del comienzo de la guerra, el gobierno francés publicaría una colección de documentos que pretendían demostrar su propia conducta inocente y la conducta agresiva de Alemania en el período justo antes del estallido de la guerra. En eso

colección, llamada el Libro Amarillo Francés, hubo más de una omisión flagrante, como se revelaría después de la guerra.
De hecho, todos los mensajes que pasaron entre Poincaré y Paléologue cuando el presidente francés regresaron a Francia serían total o parcialmente suprimidos. Resulta bastante revelador que el texto completo del acuerdo entre Sazonov y Poincaré, en el que Poincaré había interpolado gratuitamente una referencia engañosa a su mutuo deseo de paz, faltaba en el Libro Amarillo. Fabre Luce comenta:

Es curioso que el telegrama que, debido a esa adición, podría ser tomado por lectores ingenuos como una indicación del propósito pacífico de los viajeros, fuera omitido del primer Libro Amarillo publicado por el gobierno francés. ¿Se hizo para que la gente olvidara que la incorporación de Viviani no cuadraba en absoluto con las políticas que se siguieron realmente durante los días siguientes? ¿O para mantener la ficción de que los viajeros no habían sido informados de nada y no habían tomado ninguna medida?

Una vez más, los telegramas críticos que envió Poincaré en Paléologue, ordenándole llevar a los rusos al límite, no se encuentran en el Libro Amarillo. Más tarde, el presidente francés declararía piadosamente: "No sabemos nada de conspiraciones remotas", haciéndose eco de Paléologue, quien hizo la descarada afirmación de que, dado que el jefe de Estado y el jefe de gobierno estaban en el mar, y dado que sólo conocían imperfectamente el situación, no pudieron enviarle ninguna instrucción.

A este tipo de manipulación de la verdad le seguirían numerosos documentos falsos: textos de mensajes publicados con pasajes comprometedores omitidos, pasajes inventados insertados y falsificaciones absolutas. Desde la mañana del 24 de julio de 1914, ni un solo texto oficial, ni francés ni ruso, puede ser aceptado por un historiador serio, a menos que haya sido sometido al escrutinio más minucioso.
El estudiante de historia, al lidiar con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se ve inundado por una avalancha de mentiras y circunloquios. No hace falta decir que en ese momento millones de personas ingenuas se extraviaron. Millones y decenas de millones todavía creen en las falsedades oficiales, mucho después de que fueron reveladas por lo que eran. Algunos de los engaños más evidentes han pasado casi desapercibidos, debido a los intereses creados de los políticos del establishment y los historiadores de la corte, que han hecho de la mentira un arma del Estado para capturar a las masas, hacerlas inconscientes, llevarlas a la histeria colectiva y luego frustrar cualquier posibilidad de que en días más tranquilos aprendan de sus errores y lleguen a dudar de la palabra de la élite del poder.
Aprenderemos cómo se ha distorsionado la historia de la movilización de los distintos ejércitos nacionales y cómo, en particular, los líderes de Francia y Rusia falsificaron la fecha de las movilizaciones de Austria y Rusia, llevando a la muerte a ocho millones de hombres. No sería hasta ocho años después de aquel fatídico julio de 1914 que Poincaré, derribado por la Liga de los Derechos Humanos, se vería obligado a confesar que el documento del que había ostentado más que ningún otro, el aviso austriaco de movilización, había sido falsificado. Su retractación no devolvería la vida a uno solo de los muertos en Chemin-des-Dames, Verdun o Tannenberg.

CAPITULO VII

Rusia se moviliza

Es un hecho extraño que Maurice Paléologue se encargara casi exclusivamente de la conducción de las relaciones de Francia con Rusia. El primer ministro francés, Viviani, fue también ministro de Asuntos Exteriores, superior constitucionalmente de Paléologue; mientras Viviani se dirigía hacia y desde San Petersburgo, el ministro de Justicia, Beinvenu-Martin, había sido nombrado ministro de Relaciones Exteriores en funciones.

La verdad es que Viviani tenía poca autoridad. Poincaré veía a su primer ministro con altivez y sospecha, y a menudo trabajaba a sus espaldas. Paléologue despreció a su superior, de quien dijo: "Viviani no tiene la menor noción de asuntos diplomáticos: es tan perezoso como un lirón y el más tacaño de todos nuestros políticos". Dejada a un lado, tratada con desprecio, Viviani se volvería loca y terminaría en un manicomio.

En cuanto al ministro de Relaciones Exteriores interino, JB Bienvenu-Martin, desempeñó un papel casi inexistente durante su breve mandato. Abel Ferry, secretario de estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, escribió sobre él en sus Carnets (Cuadernos): "El ministro viene en sólo cuarenta y cinco minutos al día, y los ratones juegan". Mientras Bienvenu-Martin se mantuvo alejado y Viviani fue superado, el Ministerio de Relaciones Exteriores se llenó de "diplomáticos" no oficiales, operadores como Tardieu, que consideraba el lugar como su coto privado, deambulando por las oficinas del Quai d'Orsay con un elegante cigarrillo. titular que sobresalía de su lúgubre cara de pez.

El diplomático más poderoso en el lugar no fue Viviani o Bienvenu Martin, sino el director político, el secretario general Philippe Berthelot. Apenas era una fuerza para una diplomacia honesta arraigada en la confianza mutua y la conciliación: fue Berthelot quien editó el Libro Amarillo.

Tan pronto como la Francia abandonó el muelle de San Petersburgo, Paléologue se puso a trabajar. Invitó a Sazonov, el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, a almorzar con él a las doce pasadas del día siguiente, 24 de julio. Durante los tres días siguientes, los dos hombres conversarían casi sin interrupción.

En el almuerzo del día veinticuatro, Paléologue transmitió debidamente a Sazonov la consigna secreta que acababa de recibir telegráficamente de Poincaré en Francia: "¡Mantente firme! ¡Mantente firme!"

El ministro francés fue incitado por un segundo invitado en el almuerzo diplomático. El embajador de Gran Bretaña, Sir George Buchanan, rivalizó con Sazonov en su entusiasmo por la causa rusa. Lejos de ser un emisario imparcial y desapasionado de Gran Bretaña, Buchanan era un firme partidario del gran duque Nicolás y sus ambiciones pan-eslavas. En el almuerzo, cuando Sazonov y Paléologue lo instaron a apoyar a Francia y Rusia, él respondió sin vacilar: "Estás predicando a los convertidos".

Sazonov, que acababa de ordenar al primer ministro de Serbia, Pashich, que rechazara la sexta condición de Austria para un arreglo del asunto de Sarajevo - que se nombrara una comisión de investigación conjunta - vio su mano inmensamente fortalecida por esta fuerte insinuación de apoyo oficial británico. Tensó aún más la espalda e instó a Pashich a que tanto él como el regente serbio abandonaran Belgrado de inmediato en preparación para las hostilidades. Pashich cumplió con esa demanda con la suficiente rapidez y envió a su familia a París de inmediato.

El día veinticinco, Serbia hizo su contrapropuesta a Austria, aceptando las demandas que menos incomodaban al gobierno pashich y a sus patrocinadores rusos.

pero rechazando a los centrales a la posición austriaca. De acuerdo con las órdenes de Sazonov, Pashich presentó una contrapropuesta al embajador de Austria en la que declaró que su gobierno estaba dispuesto a castigar a los culpables, pero solo después de que se hubiera probado su culpabilidad mediante una investigación que no involucraba a ningún austríaco. Sin duda, esta era una posición comprensible, dado que Pashich sabía muy bien quién había organizado el complot de asesinato y que caminaba a sus oficinas todas las mañanas con el principal conspirador en los Balcanes, el ministro de Rusia, Hartwig.
Sin embargo, como sabían Pashich y sus mentores rusos, el rechazo serbio a las demandas de Austria significaba la guerra.

El mismo día en que Paléologue, Sazonov y Buchanan habían intrigado con el té, el liderazgo ruso, seguro de su conocimiento de la respuesta serbia a Austria al día siguiente, comenzó a movilizar sus poderosos ejércitos. Sazonov presentó un plan de movilización regional ante el zar esa tarde, el veinticuatro, que preveía poner a las tropas de los distritos militares de Moscú, Kiev y Kazán en pie de guerra. Las historias del establishment hablan de la movilización de Rusia como si hubiera ocurrido una semana después, el treinta o el treinta y uno. La anterior movilización regional "preliminar" se descarta como meramente una medida defensiva para prevenir una Austria rapaz empeñada en aplastar a la pequeña Serbia. Generalmente se pasa por alto el hecho de que las flotas rusas tanto del Báltico como del Mar Negro recibieron la orden de movilizarse también. Claramente, esto fue más que una movilización "regional". El Mar Negro estaba lejos de cualquiera de los actores de la crisis serbia y ningún canal conectaba el Báltico con el Danubio.
Claramente, los rusos apuntaban a una ciruela codiciada durante mucho tiempo por los ideólogos imperialistas de la expansión rusa: Tsargrado, Constantinopla, Estambul, la capital del Imperio Otomano, una ciruela que valía más para los zaristas que todos los ciruelos de Serbia.
Al movilizarse en el Báltico, con la misma claridad, los expansionistas rusos se estaban preparando para atacar a Alemania. Al movilizar la flota del Báltico, los rusos estaban presentando al Káiser y sus ministros una provocación casi inaceptable.

El zar Nicolás II no fue un hombre pérfido. No habría lastimado a una mosca, incluso si hubiera poseído la energía necesaria. Pero era poco más animado que un cadáver. Un amigo cercano dijo del gobernante ruso: "Si le hacían una pregunta importante, parecía caer en un trance cataléptico".
Por lo tanto, fue masilla en manos de asesores y ministros como Sazonov. El ministro de Relaciones Exteriores rápidamente lo convenció para que respaldara el plan de movilización parcial, que luego fue aprobado por el consejo de ministros en Krasnoye Selo el día 25.
La movilización regional o "parcial" iniciada por esta decisión fue, en consonancia con las realidades militares del momento, todo menos parcial. Una vez puesta en marcha, la movilización procedió de acuerdo con planes fijos que no se podían alterar y era casi irrevocable. El zar sabía poco de estrategia y táctica, y felizmente ignoraba que había comprometido a su nación en un rumbo del que no había vuelta atrás cuando cumplió con la petición de Sazonov.
Incluso entonces, había tropas rusas que se habían puesto febrilmente en movimiento semanas antes de la decisión de movilizarse el 24 de julio de 1914. Veinte días antes, las 60.000 tropas que habían impresionado tanto a Poincaré mientras se pavoneaban al ritmo de la música marcial francesa en Krasnoye Selo habían sido retirado de Siberia por el estado mayor. Las nieves de Siberia se habían derretido durante el breve verano del norte. El estado mayor se jactaba de que las tropas siberianas estarían en Berlín antes de que las nieves regresaran a la vasta extensión asiática de Rusia.

* * *

El 25 de julio, el gran duque Nicolás participó en un gran banquete militar. Allí, los alemanes se enteraron por primera vez de la decisión de guerra del gobernante ruso. El general von Chelius, el representante militar personal del káiser en la corte del zar, estaba sentado al lado del escudero principal de Nicolás, el barón Grunwald, un viejo amigo. Cuando se estaban haciendo los brindis, el mariscal ruso miró gravemente al alemán, le levantó su copa con profunda emoción y dijo: "Mi querido camarada, no estoy autorizado para decirle lo que se decidió hoy al mediodía, pero fue muy serio."
Luego, colocando su mano sobre el brazo de von Chelius, agregó: "Esperemos que nos volvamos a ver en días mejores".
Entonces fue un adiós. El oficial ruso difícilmente podría haber sido más explícito. Sabía que se avecinaba una guerra y se despedía de su amigo horas antes de que los serbios presentaran su rechazo a los austriacos.
Sin embargo, fue el Gran Duque Nicolás quien fue la estrella del banquete. Ante dos mil oficiales recién nombrados de la academia militar de San Petersburgo (todos encargados apresuradamente horas antes), el comandante en jefe ruso realizó una exuberante representación teatral, calculada para despertar a los soldados rusos en un punto álgido de belicosidad. La sala se inundó de una canción alegre, con el acompañamiento de vasos, vaciados de vodka, siendo aplastados en el suelo a la manera rusa.

Otro ruso se regocijó en San Petersburgo ese día. Alexander Izvolsky, que había planeado una guerra desde 1906; que había puesto otro río además del Sena que desemboca en París, un río de oro; quien había sobornado y corrompido a la prensa, estaba en la escena para ver su trabajo finalmente dar frutos. Había regresado a su capital para vigilar que Poincaré no ralentizara las cosas mediante el cumplimiento de formalidades diplomáticas o legales.
No debería haberse preocupado; Sazonov y el gran duque Nicolás hicieron bien su trabajo. Ahora solo le quedaba a Izvolsky regresar a París, observar los preparativos franceses finales y estar listo para empujar a los líderes franceses al límite si mostraban signos de vacilación en el último minuto.
En la noche del veinticinco, Izvolsky abordó el tren para París. Su colega francés, Paléologue, lanzando la discreción a los vientos, lo acompañó a la estación ya su vagón personal. Izvolsky, de rostro cuadrado, con los rasgos de un kalmuck, estaba radiante. Con un grito de triunfo, le aseguró al francés: "¡Esta vez es la guerra!" Entonces ambos hombres se besaron al estilo ruso, en la boca. Poco después, el tren del embajador ruso partió hacia París.

A la mañana siguiente, Paléologue telegrafió a París para informar a su gobierno de que la movilización rusa estaba en marcha. Ni en ese día, el veintiséis, ni en ningún otro día posterior, los líderes franceses protestaron contra los rusos o trataron de inhibir sus acciones de alguna manera, proporcionando así más pruebas de la connivencia del gobierno de Poincaré con los imperialistas rusos. No hace falta decir que el editor del Libro Amarillo decidió omitir este telegrama de su documentación supuestamente completa sobre los orígenes de la guerra.
Durante algunos años, Poincaré creyó que al eliminar las pruebas incriminatorias del relato oficial del gobierno de los hechos de julio de 1914, podría limpiarse de sospechas y acusaciones. Su mentalidad de peatón no pudo anticipar que el cataclismo que estaba provocando con sus maquinaciones secretas podría provocar cambios fundamentales en el orden político en el que había aprendido a servirse a sí mismo de manera tan importante.

bien. Diez años después de la guerra, Sergei Dimitrievich Sazonov, el ministro de Relaciones Exteriores ruso con quien Poincaré había arreglado la guerra con tanta astucia, se encontró exiliado de su Rusia natal, que yacía en ruinas, castigado por un nudo más temible que cualquiera de los zares. alguna vez he esperado blandir. El colapso del antiguo orden lo había dejado con pocas ganas de encubrir los hechos de Poincaré, y en su Sechs Schwere Jahre (publicado en inglés como Fateful Years) reveló la verdad sobre el telegrama de Paléologue a París, y otra mentira histórica se desmoronó.

Izvolsky llegó a París el día veinte y nueve. El telegrama lo había precedido, por supuesto, y Poincaré estaba bien preparado para cooperar con el embajador ruso cuando el enviado se presentó en el Palacio del Elíseo. El presidente francés estaba secretamente encantado por las medidas sin escrúpulos que los rusos habían estado tomando para forzar el problema con Alemania y Austria. Poincaré ansiaba la guerra aún más ardientemente que los rusos. Después de dos años de esfuerzo, estaba a punto de cumplir su deseo.

CAPITULO VIII

Restricción alemana

Al principio, los líderes rusos habían creído, sin poca ingenuidad, que su movilización podía llevarse a cabo en secreto, concediéndoles a sus pesadas fuerzas armadas una semana más para reunir a los millones de reclutas y llevarlos a Alemania y Austria. fronteras.

En veinticuatro horas se corrió la voz, esparcida por los cuatro vientos. Las indiscreciones habían sido numerosas, desde la insinuación de Grunwald al alemán von Chelius en el banquete de Krasnoye Selo hasta el comportamiento indiscreto de Izvolsky en la estación de tren. Los jóvenes oficiales recién comisionados de la academia militar eran menos que reticentes, y el gran duque Nicolás, con el pecho inflado, ya estaba jugando al soldado fanfarrón ante las admiradoras damas de la capital rusa.

Como demostraron los bolcheviques con la publicación de los archivos diplomáticos rusos sobre las relaciones franco-rusas entre 1910 y 1914, el régimen zarista siguió desconfiando de sus aliados franceses hasta el mismo estallido de la guerra. La oferta de tanto oro y sangre franceses, además de que el zar ganó el dominio de Constantinopla, los Balcanes, Rutenia, esas partes de Polonia en manos alemanas y austríacas, y Bohemia también, pareció a los rusos como generoso en verdad, incluso si fue compensado por por la repetición a Francia de Alsacia-Lorena.

Para asegurarse de que Francia no se retractara en el último momento de sus compromisos, los rusos aceleraron la movilización lo mejor que pudieron. Cuanto más rápido se movían, más segura era la cooperación de Francia, pero era más probable que la noticia llegara a los posibles enemigos de los paneslavistas. Y la sospecha ya estaba aumentando al otro lado de la frontera, en Alemania.

El 25 de julio, el káiser Wilhelm todavía estaba en el mar a bordo de su yate Hohenzollern, sin conocer la decisión rusa de movilizarse y el rechazo serbio a las demandas de Austria. En Berlín, el gobierno alemán comenzaba a recibir inquietantes noticias de San Petersburgo.

Antes de eso, la canciller Bethmann-Hollweg había tardado en dar crédito a la participación rusa en el espantoso asunto de Sarajevo. Aunque era consciente de las maquinaciones rusas en los Balcanes, le parecía inconcebible que el zar hiciera causa común con los regicidios.
Fue su predecesor, el príncipe Bernhard von Bülow, quien abrió los ojos sobre este asunto. Con malicioso deleite, von Bülow contó la historia de cómo en 1814 el zar Alejandro I había instado a Luis XVIII a encontrar un trabajo para Savary. El rey había dicho que eso era absolutamente imposible, ya que Savary se había sentado en el tribunal revolucionario que había condenado a Luis XVI a la guillotina. "¿Eso es todo?" exclamó el zar, "¡y ceno todos los días con Bennigsen y Uchakov que estrangularon a mi padre!"
A principios de julio de 1914, Bethmann-Hollweg había estado presente en una conversación entre el Kaiser y su ministro de guerra, el general Falkenhayn. El general había preguntado: "¿Es necesario comenzar algún tipo de preparativos militares?"
Como hemos visto, el Kaiser respondió negativamente; "Me opongo completamente a eso", y agregó, "Que tengas un buen verano", después de lo cual envió a su ministro al país. Como el príncipe von Bülow relataría más tarde, al día siguiente, "justo cuando [el Kaiser] estaba a punto de partir hacia Kiel y su crucero hacia el norte, recibió a representantes del estado mayor general del ejército y la marina y les informó que Austria iba a exigir una rendición de cuentas de Serbia por el asesinato de Sarajevo, pero que no había razón para temer un conflicto serio y, por lo tanto, era innecesario comenzar los preparativos militares o navales ". Sin duda, como era su costumbre fanfarroneando, Wilhelm II había disparado una andanada de malos nombres contra los serbios y había expresado el deseo de que Serbia fuera bien castigada por su crimen. Sin embargo,

El canciller Bethmann-Hollweg fue mucho menos belicoso incluso que su soberano. Incluso después de recibir la noticia de que Poincaré se dirigía a Rusia, y fue informado de la cobertura lejos de hostil de la prensa francesa sobre los asesinos de Sarajevo, no hizo nada. Sentado solo como una esfinge en su oficina de Berlín, guardó silencio, leyendo su Platón, seguro de su creencia de que la guerra, si estallaba, se limitaría a los Balcanes.

* * *

Sin embargo, algunos funcionarios alemanes se mostraron preocupados a principios de julio. El conde Wedel, consejero de la sección política del Ministerio de Asuntos Exteriores, telefoneó a Berlín desde Norderney, en las islas de Frisia Oriental, donde estaba de vacaciones, para preguntarle si debía regresar a su puesto. Se le dijo que no era necesario interrumpir sus vacaciones; era sólo una falsa alarma y todo saldría bien.
El secretario de Estado Delbrück, también de vacaciones, se mostró preocupado diez días después de Sarajevo. El 9 de julio regresó a Berlín y sugirió a Bethmann Hollweg que sería prudente poner en marcha las medidas de contingencia que se habían formulado varios años antes en caso de una amenaza de guerra. Las medidas incluyen grandes compras de cereales en la bolsa de Rotterdam, y Delbrück instó a ello con particular insistencia. De hecho, los franceses habían comenzado a almacenar harina ya en enero de 1914, con fondos especiales proporcionados por los militares.

Bethmann-Hollweg mantuvo la calma ante las súplicas de Delbrück. "Que Alemania realizara la más mínima acción que pudiera tomarse como preparación para la guerra estaría fuera de discusión", respondió.
Aún preocupado, Delbrück había llevado su caso al ministro de Relaciones Exteriores, Gottlieb von Jagow, y luego al secretario del Tesoro, Kuhn. Fue rechazado cada vez y finalmente se le ordenó que reanudara sus vacaciones. No regresaría hasta casi dos semanas después.

* * *

Fue Montaigne quien escribió: "Todos los problemas de este mundo surgen de la estupidez", pero Theobald von Bethmann-Hollweg no era un hombre estúpido. Fluido en los idiomas clásicos, amante de Beethoven, era un administrador muy capaz, con un genio para el papeleo. Sin embargo, en la maraña de intrigas que rodeaba el asunto de Sarajevo, carecía por completo de astucia.
Indulgente con Austria-Hungría, imaginó que sus líderes frenarían su indignación y, si no podían llegar a un acuerdo con Serbia, al menos se limitarían a una guerra limitada en área y objetivo. Sin duda, debería haberle dejado muy claro al gobierno austriaco que Alemania, aunque simpatizaba con la indignación de Austria, no se permitiría que la arrastraran a una guerra por Sarajevo. Bethmann-Hollweg debería haber comunicado el hecho de que la simpatía del Kaiser era la de un amigo y la de un monarca, no la de un señor de la guerra o un geopolítico que buscaba alterar fundamentalmente las fronteras y las relaciones de poder en cualquier parte de Europa, incluidos los Balcanes.
Sin embargo, la canciller alemana dejó pasar las cosas durante las vitales primeras tres semanas de julio, los austriacos prepararon su ultimátum y los alemanes, ni alejándose de él ni apoyándolo, tampoco se prepararon para la guerra ni para la paz.

* * *

La revelación proporcionada a von Chelius por el barón Grunwald el 25 de julio golpeó la oficina del canciller como una bomba. Llegaron más malas noticias. Los centinelas alemanes en la frontera de Prusia Oriental informaron que los rusos derribaban sus edificios de aduanas y desarraigaban las vallas.
Desde San Petersburgo llegaron nuevas noticias sobre los preparativos militares en curso en Kiev y Jarkov. El Gran Duque Nicolás había desfilado con su caballería desde Krasnoye Selo hasta San Petersburgo. Los dieciséis escuadrones de guardias, cosacos, coraceros y dragones en plena formación de batalla eran un espectáculo aterrador, y los miles de cascos al trote, las fanfarrias de cornetas y los brillantes colores del regimiento agitaron los corazones de los St. Petersburgo y los temores de los habitantes. extranjeros, al menos los diplomáticos de países menos entusiasmados con el imperialismo ruso.
El embajador de Alemania, el conde Pourtalès, visitó a Sazonov.
"¿Continúas armando?" preguntó el diplomático alemán.
"Sólo algunas medidas preparatorias ... para no quedarnos cortos. No es una cuestión de movilización", respondió Sazonov.
"Tales medidas son extremadamente peligrosas. Me temo que pueden provocar contramedidas del otro lado", replicó el alemán.
En pocas horas, la noticia de esta conversación estaba contribuyendo al creciente furor en Berlín. Bethmann-Hollweg sintió pánico cuando se dio cuenta de que el enorme imperio ruso se estaba preparando para la guerra. Galvanizado por fin a la acción, el 26 de julio envió un telegrama a su embajador en Londres, el príncipe Lichnowsky, indicándole que llamara al ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Sir Edward Gray, y le pidiera que interviniera de inmediato con San Petersburgo contra una movilización rusa en cualquier forma.
Mal espectáculo: Sir Edward había ido a pescar ese domingo. Era la temporada en que las truchas estaban más gordas y hermosas. Gray había escrito una vez: "Para mí no sé nada que se iguale a la emoción de haber atrapado un pez inesperadamente grande en una caña pequeña y un aparejo fino".

El príncipe Lichnowsky no pescó nada ese día. Se vio obligado a esperar hasta el lunes para transmitir el mensaje de su canciller.
Al mismo tiempo, otro pescador pasaba las últimas horas de sus vacaciones en yate en el mar. El káiser Wilhelm estaba preocupado y enojado. Consideró deplorables las acciones (o la falta de acción) de su canciller. Finalmente se le notificó sobre la crisis que se estaba desarrollando, pero aún esperaba el texto de la respuesta de Serbia a Austria. Viena se había demorado un día después de recibir la nota antes de informar a Berlín de su contenido. Von Jagow, el ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, solo vería el texto el 27 de julio, dos días después de que fuera entregado a Viena.
Wilhelm II aterrizó en Kiel el día veintisiete y llegó a Potsdam en su tren especial varias horas después. Allí conoció al desventurado Bethmann-Hollweg y lo favoreció con una mirada fulminante. El canciller, tartamudeando confuso, presentó su renuncia en el acto.
El káiser lo rechazó con frialdad. "Has cocinado este caldo. Ahora te lo vas a comer", le dijo a Bethmann-Hollweg.

A la mañana siguiente, el káiser Wilhelm miró por primera vez el texto de la respuesta serbia, a las siete de la mañana. No estaba demasiado consternado: creía que los asesinos tenían que ser encontrados y castigados, pero todavía no parecía que la guerra fuera inevitable. Se enteró de que los británicos estaban considerando proponer que los austríacos ocuparan Belgrado hasta que se resolviera la crisis. Por inverosímil que pareciera, todavía ofrecía esperanzas de que se pudiera encontrar una solución que no fuera un combate total.
Parecía haber un rayo adicional de esperanza procedente de Viena. El káiser Franz Josef había dejado caer un comentario que parecía abrir una posibilidad para la paz. "Después de todo", había dicho el Habsurg, "romper las relaciones diplomáticas no tiene por qué ser un casus Belli".
El káiser Wilhelm tardó solo una hora en elaborar un plan para una paz provisional entre Austria y Serbia, en la línea del pensamiento del Ministerio de Relaciones Exteriores británico. Después de un paseo a caballo por el parque, regresó a su escritorio para escribir su propuesta en una forma más definida. Pidió una ocupación temporal de Belgrado por parte de los austriacos, para asegurar la buena fe de los serbios en la erradicación de la conspiración que había asesinado al amigo de Wilhelm, el archiduque.

CAPITULO IX

La palabra de un rey

Mientras tanto, en Gran Bretaña, las opiniones fueron encontradas sobre qué hacer con la tormenta que se avecinaba sobre el continente. La animosidad hacia Alemania que había sido provocada por el creciente desafío económico alemán no había disminuido, ni había disminuido la preocupación por el crecimiento de la marina y la flota mercante alemanas.
Sin embargo, un sector importante de la opinión pública y la prensa se opuso a la entrada británica en la guerra, especialmente si Rusia podía beneficiarse de ella y se envalentonaba para luchar por la hegemonía en Europa. El Manchester Guardian preparó un poderoso editorial contra la guerra, en el que decía: "Primero que nada, deberíamos haber entendido definitivamente que si Rusia y Francia hacen la guerra, no los seguiremos".
El Times vio el peligro en otro frente. En una profecía clarividente que ahora es más válida que nunca, advirtió: "Una guerra europea general garantizaría que el

El futuro económico pertenecería al continente americano, en particular a América del Norte ".
La amenaza de la supremacía de una Rusia zarista masiva y primitiva, a la que Gran Bretaña se había sentido obligada a oponerse en los campos de batalla de Crimea sesenta años antes y a la que se había enfrentado con cautela a lo largo de los límites de su raj indio durante varias décadas, ocupó a los británicos más de la lejana amenaza de sus primos estadounidenses, sin embargo. Norman Angell, escribiendo en el Times, predijo que:
El objeto y efecto de nuestra entrada en esta guerra sería asegurar la victoria de Rusia y sus aliados eslavos. ¿Será una federación eslava dominante de, digamos, 200.000.000 de personas gobernadas autocráticamente con una civilización muy rudimentaria pero fuertemente equipada para la agresión militar será un factor menos peligroso en Europa que una Alemania dominante de 65.000.000? ... La última guerra que libramos en el continente fue con el propósito de prevenir el crecimiento de Rusia. Ahora se nos pide que luchemos con el propósito de promoverlo.
Con la opinión pública lejos de estar entusiasmada con una posible alianza con Rusia, los políticos del Reino Unido tuvieron que actuar con ligereza, a pesar de que la idea de reducir Alemania a su tamaño tenía un gran atractivo para ellos.

A pesar de la antigua ambición de Gran Bretaña de controlar el continente, no se puede afirmar muy bien que la clase dominante británica fue cortada para gobernar Europa debido a su excepcional superioridad. El ilustre William Pitt, sin importar sus logros, y sin tener en cuenta su lamentable final (murió a los cuarenta y siete por su afición a beber vino de Oporto), difícilmente puede compararse con Napoleón.
De hecho, más de un estadista británico se ha destacado por su falta de logros intelectuales, desde el pesado Edward Gray, secretario de Relaciones Exteriores en 1914, hasta el muy publicitado Winston Churchill, un fracaso académico.
En Balliol College, Oxford, Gray fue enviado por el Maestro, Benjamin Jowett, quien escribió en el libro de actas: "Sir Edward Gray, después de haber sido amonestado repetidamente por holgazanería y haberse mostrado completamente ignorante del trabajo, lo puso de vacaciones como un condición de su residencia, fue enviado abajo, pero se le permitió subir para aprobar su examen en junio ".
A pesar de su redención académica, Gray nunca logró una comprensión adecuada de las naciones del continente. Como su gente, conocía Europa sólo como turista, de paso en su coche cama de camino a la India. Había puesto un pie en París solo una vez, miembro del séquito del rey Jorge V durante una visita de estado. Pensaba que los "extranjeros" eran seres extraños, "terribles intrigantes", y una vez expresó la opinión de que "los estadistas extranjeros deberían recibir su educación en una de las escuelas públicas de Inglaterra".
Según las luces de Sir Edward, si Guillermo II, Poincaré, Nicolás II, Franz Josef, e incluso el temible Pashich hubieran sido moldeados en el molde etoniano, Europa habría adquirido una armonía segura, sobre todo si cada uno de los Old Boys hubiera rendido homenaje a Su Majestad Británica. Como escribió un observador inglés, "Sir Edward tenía la convicción innata del inglés del siglo XIX de que el papel de Inglaterra en Europa era el de un presidente que convocara conferencias y emitiera el voto decisivo".
Este inglés impecable, con paraguas y sombrero de copa, que pescaba con entusiasmo y catalogaba las aves que observaba en su jardín, era encantador y agradable en su vida privada. Pero como custodio del Imperio, era un hombre diferente, vigilante y celoso de quien intentara elevarse a las vertiginosas alturas reservadas solo para Gran Bretaña. Para él, al final, la supremacía británica era todo lo que contaba. Los irlandeses, los bóers, los escoceses de las Tierras Altas, todos ellos y millones más lo habían desafiado a su propio riesgo. Ahora, aunque Gray nunca podría haberlo reconocido, esta combinación única ...

amplitud de poder y estrechez de miras: por primera vez se convirtió en una trampa no solo para los rivales británicos en el continente, sino también para Gran Bretaña y su imperio.

* * *

Mientras Gray estaba pescando el domingo veintiséis, su secretario de Estado interino, Sir Arthur Nicolson, había invitado a los embajadores de Austria-Hungría, Alemania y Rusia a una conferencia en la que podrían iniciar conversaciones preliminares para calmar a los serbios. crisis. Por una divertida coincidencia, los tres embajadores estaban emparentados, todos primos: Mensdorff, el austriaco; Benckendorff, que a pesar de su nombre alemán era ruso; y Lichnowsky, un alemán de nombre eslavo (su padre había tenido que huir de Austria tras un duelo en el que mató a un noble húngaro).

Lichnowsky fue un embajador extraño. Él y su esposa detestaban al Kaiser, un hecho que su esposa le había confesado una vez a la Sra. Asquith, la esposa del primer ministro de Gran Bretaña. Como sus primos, era mundano y vanidoso y, de hecho, el Kaiser le había encargado que mantuviera entretenidos y entretenidos a los británicos mientras el Reich construía su flota.

Los tres embajadores ni siquiera pudieron reunirse, porque sus gobiernos compartían la desconfianza de lo que los tres primos podrían intrigar mientras se encontraban en el lejano Londres. Sin embargo, el hecho de que el gobierno británico hubiera intentado organizar tal conferencia, con exclusión de Francia, fomentó una breve esperanza de que aún no todo estaba perdido.

En Austria, la más agraviada de las grandes potencias, todavía existía el sentimiento de un acuerdo. La ruptura de las relaciones con Serbia había provocado más miedo que entusiasmo.

El conde Berchtold, el ministro de Relaciones Exteriores, quedó destrozado por el desarrollo. Un contemporáneo escribió de él: "Berchtold fue quizás el hombre más asustado de Europa esa tarde. Había pensado en aterrorizar a los serbios. Estos últimos, seguros de que el coloso ruso, su aliado secreto, los apoyaría hasta la empuñadura en caso de problemas. , no había cedido. Fue entonces cuando Berchtold se sintió aterrorizado ".

* * *

Mientras tanto, una reunión entre su hermano, el príncipe Heinrich, y su primo, George V, en el Palacio de Buckingham le había dado al káiser Wilhelm otra pajita a la que aferrarse. Los dos primos reales habían pasado una hora ese domingo por la mañana, durante la cual George había aconsejado al príncipe que se reuniera con su hermano en Berlín sin demora. Cuando Heinrich le preguntó al rey qué planeaba hacer Gran Bretaña, George respondió, según el informe que el príncipe Heinrich le hizo al Káiser: "Haremos todo lo posible para mantenernos al margen y nos mantendremos neutrales".

Según las notas que hizo de la charla, George V tenía una versión diferente de su respuesta: no sé qué haremos. No tenemos ninguna disputa con nadie y espero que seamos neutrales. Pero si Alemania declara la guerra a Rusia y Francia se une a Rusia, me temo que seremos arrastrados a ella. Pero puede estar seguro de que mi gobierno y yo haremos todo lo posible para evitar una guerra europea.

Es difícil determinar si los dos primos se malinterpretaron o si el rey Jorge se retiró de su palabra bajo presión. Cuando el káiser escuchó la versión de su hermano, sin embargo, se sintió transportado, en palabras de George Malcolm Thomson, "por un entusiasmo sentimental y monárquico. Aquí había algo infinitamente más significativo y precioso que la charlatanería de los políticos. El ungido del Señor fue

hablando con su compañero sobre la confusión y el tumulto. ¡Tengo la palabra de un rey! gritó Wilhelm. Eso es suficiente para mí '. "
Desafortunadamente para Europa, incluso si Heinrich lo hubiera entendido correctamente, los reyes y su palabra ya no tenían mucho peso. Precisamente el tipo de político que Wilhelm despreciaba, un hombre escurridizo y ambicioso sin medida, estaba a punto de debutar en el escenario de los asuntos internacionales.

* * *

Cuando Gray regresaba de su expedición de pesca con caña, el Primer Lord del Almirantazgo británico se puso en acción. Era un espadachín nato, algo así como un fantástico, que desde su adolescencia había estado al acecho de luchas y travesuras en todo el mundo, desde Cuba hasta el Transvaal, desde el Sudán hasta la frontera afgana. El olor a pólvora actuaba en él como un afrodisíaco podría afectar a otro hombre. Ya era un gran bebedor y tenía algo de tartamudeo. Su nombre era Winston Churchill.
Ese domingo por la mañana había acompañado a su familia a la playa de Cromer. La noticia lo envió apresuradamente de regreso a su escritorio en el Almirantazgo. Incluso antes de salir de la playa, telefoneó al príncipe Luis de Battenberg, el primer señor del mar, y le pidió que ordenara a la flota británica en el Canal de la Mancha que no se dispersara. En su oficina, blandiendo un cigarro, redactó un comunicado anunciando al mundo la primera intervención tangible de Inglaterra en los preparativos militares previos a la guerra. No había barcos alemanes a la vista, ni los alemanes tenían ningún plan para enviar su flota al Canal. Con este gesto provocador, Gran Bretaña se había alineado hábilmente con Francia. Como exclamó uno de los partidarios de Churchill, "las órdenes de Churchill a la flota seguramente se entenderán en Berlín".
Algunos hombres continuaron buscando desesperadamente formas de evitar la guerra. El embajador Lichnowsky telegrafió a Berlín el deseo del gobierno británico de que Alemania frenara a los austriacos.
Wilhelm fue receptivo a la solicitud británica. Se había convencido de que Austria había llevado sus demandas demasiado lejos y, en cualquier caso, la revelación de una alianza inquebrantable entre Rusia y Serbia hacía imperativo el compromiso. Anotó en su diario: "Nuestra lealtad a Austria nos está llevando a la destrucción política y económica".

El canciller Bethmann-Hollweg, sin embargo, no pudo romper su hábito de contemporizar. Después de recibir la oferta británica, que fue bastante conciliadora con los austriacos, ya que proponía que se permitiera a las fuerzas austríacas ocupar temporalmente la capital serbia, la comunicó al Ministerio de Relaciones Exteriores de Austria solo después de algún retraso con gran desgana.

En este asunto, quizás también se podría reprochar a sir Edward Gray, en vista de su renuencia a tratar directamente con el ministro de Relaciones Exteriores de Austria, el conde Berchtold. Ciertamente, el paso de tortuga al que Gray y Bethmann-Hollweg se dispusieron a tratar de ponerse en contacto con los austriacos por la paz contrasta tristemente con la velocidad con la que Churchill comenzó a movilizar a la Royal Navy para la guerra. En lugar de la cuestión de minutos que habría sido para la transmisión de la propuesta vital de Grey directamente a Viena, la propuesta británica llegó allí unas cincuenta horas después del rechazo de Serbia a las demandas de Austria. Bethmann-Hollweg también logró sabotear un último mensaje del Kaiser a los austriacos, retrasando su despacho durante nueve horas el 28 de julio para insertar cambios que ampliaran el área a ser ocupada por los austriacos para incluir el territorio vecino mencionado en ninguna parte de la propuesta británica de dos días antes. Cuando llegó el telegrama, había caído la noche en la capital austriaca. La propuesta de Kaiser Wilhelm habría

esperar hasta el día siguiente para ser leído. Entonces fue demasiado tarde, porque Berchtold ya se había decidido por la guerra.
En la mañana del 28 de julio, Berchtold redactó y envió esta nota al gobierno serbio: "El gobierno real de Serbia no habiendo respondido de manera satisfactoria a la nota entregada el 23 de julio de 1914 por el ministro austrohúngaro en Belgrado, el gobierno imperial y real se encuentra ante la necesidad de salvaguardar sus propios derechos e intereses, y de recurrir para ello a la fuerza de las armas. Austria-Hungría se considera desde este momento en estado de guerra con Serbia ".
El efecto de la declaración de guerra de Austria en Londres fue desastroso para Alemania. El Lord Canciller, Lord Haldane, vio la mano de los militaristas prusianos, que pronto se convertiría en un fantasma mundial, en el acto de Berchtold. "El Estado Mayor alemán está en la silla", anunció.
Sir Edward Gray, profundamente enojado, ofreció la opinión de que "algo diabólico se está gestando en Berlín", tanto un autoengaño como un engaño del pueblo británico. En Berlín, el Kaiser Wilhelm reprendió duramente a Bethmann-Hollweg. Estaba profundamente conmovido por la declaración de guerra de Austria, que de ninguna manera había deseado, a pesar de su intento de endurecer su posición contra los serbios. En un despacho diplomático enviado desde Londres, escribió: "La duplicidad de Austria es intolerable. Se niegan a darnos información".

A las tres de la mañana del día veintinueve, después de algunas horas paseando por la sala de su despacho de la Wilhelmstrasse, redactó un telegrama a su embajador en Viena. Le ordenó, muy sucintamente, "hablar con el conde Berchtold de inmediato y de manera muy enfática".

Una guerra seria todavía no era inevitable. Sir Edward Gray ordenó a su embajador que visitara a Sazonov en San Petersburgo y aconsejara moderación (un enfoque mucho más rápido y directo que el que había adoptado con el gobierno de Austria-Hungría).
Austria, por su parte, seguía flotando globos de prueba. Los austriacos tardarían quince días en movilizarse. Solo entonces podrían invadir Serbia.
Mejor que nadie, Wilhelm II sabía que había tiempo para negociar la paz. Intentó apelar directamente a su primo el zar Nicolás II en San Petersburgo, en el mismo momento en que el embajador de Gran Bretaña le decía a Sazonov: "He venido a implorarle que no consienta en ninguna medida militar que Alemania pueda interpretar como una provocación".
Sin embargo, Sazonov no iba a ser conmovido tan fácilmente. Había estado conferenciando con el Embajador Paléologue de Francia durante los cuatro días anteriores. Paléologue le dijo: "La guerra puede estallar en cualquier momento. Esa eventualidad debe regir todas nuestras acciones diplomáticas". Sazonov estaba encantado de tranquilizar al francés. "Nuestro estado mayor se está impacientando", repitió una y otra vez.

CAPITULO X

Documentos condenatorios

La discusión que Poincaré había mantenido en San Petersburgo con los ministros y generales rusos había sido mucho más que exhortaciones y floridos encomios. Habían sido extensos, detallados y específicos.

Los rusos buscaron sanción por su deseo de fluir hacia el sur hasta Constantinopla, un movimiento que coincidió con su cruce del Cáucaso hacia Armenia. Después de eso, codiciaron Jerusalén y el Canal de Suez. Los franceses estarían de acuerdo con estos objetivos, pero no hasta 1917, una semana antes de la caída del gobierno zarista.

En julio de 1914, el liderazgo francés tenía otras ideas para el empleo del ejército ruso. Aunque Poincaré no se opuso directamente a los sueños rusos de expansión hacia el sur, insistió en que los rusos lanzaran un gran ataque contra los alemanes en Prusia Oriental, para inmovilizar al grueso del ejército alemán lejos del territorio francés.

Sazonov y el gran duque Nicolás consideraron la noción opuesta. Para ellos, la misión de Francia era desgastar a los alemanes en el frente occidental, para que Rusia pudiera tener las manos libres en el sur y el este. Cada lado intentó ocultar el egoísmo de sus propios diseños e intentó atraer al otro a través de conmovedoras demostraciones de magnanimidad para que se doblara a su voluntad. Ninguno fue engañado.

Al mismo tiempo, los rusos estaban ocupados aconsejando a sus protegidos serbios sobre qué hacer cuando estallara la guerra. El 24 de julio, Sazonov transmitió varias sugerencias al embajador serbio, que fueron inmediatamente telegrafiadas a Belgrado. Una recomendación fue que los serbios evacuaran su capital de inmediato. Veinte años después, el yerno de Pashich, Stefanovich, publicó una fotocopia del telegrama:

Presidencia del Consejo, Belgrado, atención Pashich. Extremadamente urgente. Secreto. Resultado del consejo de ministros celebrado hoy, 3 horas, presidido por el zar, Krasnoye Selo. Parada. Sazonov me cobra por informarle la movilización general ordenada según lo acordado en los distritos militares Odessa Kiev Kazan Moscú con movilización de las flotas del Báltico y del Mar Negro. Parada. Orden envió a otros distritos intensificar la preparación de la movilización general. Parada. Sazonov confirma que las divisiones siberianas se concentraron detrás de Moscú Kazan. Parada. Todos los estudiantes de la escuela militar ascendieron a oficiales, todos los oficiales en licencia recordaron. Parada. Sazonov pide que redactemos un ultimátum de respuesta en términos muy conciliadores pero rechacemos categóricamente todos los puntos, especialmente el sexto [el que exigía una comisión de investigación conjunta] que daña nuestro prestigio. Parada. El zar desea una movilización inmediata, pero si Austria comienza las hostilidades debemos retroceder sin resistir para preservar las fuerzas militares intactas y esperar los acontecimientos. Parada. Sazonov tendrá una conferencia con Paléologue y Buchanan para establecer la base de la acción común y los medios para proporcionarnos armamento. Parada. Rusia y Francia mantienen una actitud de conflicto serbio-austriaco, no un conflicto local, sino en parte grandes cuestiones europeas que solo todas las potencias pueden resolver. Parada. Los círculos competentes aquí expresan gran disgusto con Austria. Parada. La consigna es la guerra. Parada. Toda la nación rusa deseosa de grandes ovaciones de guerra frente a la legación. Parada. El zar responderá personalmente por telegrama al príncipe regente. Parada. Spalajkovich. (Número de orden del telegrama: 196/8; fecha: 24 de julio de 1914; referencias: archivos diplomáticos serbios, Presidencia del Consejo, firmas Pacu / Pashich; gabinete 19, expediente 11 / B, folio 7 "Petersburgo", 2-15 de julio a 18-31 de julio de 1914). Este telegrama ha sido verificado por dos fuentes diferentes. También se envió una copia a París, así como a la legación serbia en Londres. Allí, el segundo secretario de la legación, Petrovich, cuyas funciones incluían la decodificación de mensajes, hizo una copia clandestina del mismo. Petrovich fue acosado por agentes del servicio secreto serbio hasta que se suicidó, pero no antes de entregar los documentos a una segunda parte para que los guardara. Veinte años más tarde, la copia de Petrovich se reprodujo en facsímil en Londres (Black Hand over Europe). Allí, el segundo secretario de la legación, Petrovich, cuyas funciones incluían la decodificación de mensajes, hizo una copia clandestina del mismo. Petrovich fue acosado por agentes del servicio secreto serbio hasta que se suicidó, pero no antes de entregar los documentos a una segunda parte para que los guardara. Veinte años más tarde, la copia de Petrovich se reprodujo en facsímil en Londres (Black Hand over Europe). Allí, el segundo secretario de la legación, Petrovich, cuyas funciones incluían la decodificación de mensajes, hizo una copia clandestina del mismo. Petrovich fue acosado por agentes del servicio secreto serbio hasta que se suicidó, pero no antes de entregar los documentos a una segunda parte para que los guardara. Veinte años más tarde, la copia de Petrovich se reprodujo en facsímil en Londres (Black Hand over Europe).

Dado que los archivos serbios nunca se publicaron en una forma como el Libro Amarillo francés (y las otras colecciones publicadas por los beligerantes durante la guerra y después),

ya sea por Serbia o por su sucesor, el gobierno yugoslavo, la autenticación de los documentos serbios publicados por Stefanovich, Petrovich et al, ha sido difícil. Sin embargo, el hecho de que un importante funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de Serbia haya publicado una colección de buen tamaño, escrupulosamente indexada, hace que sea imposible simplemente ignorar los documentos, como algunos escritores han intentado hacer.

Durante la década de 1930 en Francia, las obras que trataban de los documentos serbios se retiraron rápidamente de la circulación, una condición que se mantiene en la actualidad. Les Coupables (Los culpables) de Henri Pozzi, por ejemplo, publicado en 1938, se convirtió en un éxito de ventas y luego desapareció aparentemente sin dejar rastro. Ni siquiera hay una copia disponible en la Biblioteca Nacional de París, ni en la Biblioteca de Ciencias Políticas, donde el estudio crítico de documentos de política exterior potencialmente invaluables es seguramente una prioridad.

Si los documentos no son auténticos, déjelos expuestos. Curiosamente, sin embargo, cuando comenzaron a aparecer en Francia, la prensa guardó silencio. Sólo el semanario parisino Je suis partout y el importantísimo diario político L'Action francaise les prestaron atención. André Tardieu, el zar de la prensa e intrigante balcánico que estaba profundamente implicado por los documentos serbios, mantuvo un silencio inusual sobre su publicación. El gran historiador y exministro francés, Benoist-Méchin, los creía genuinos. Cincuenta años después de su aparición, los documentos serbios son más importantes que nunca para desentrañar la red de conspiración y colusión que desató la Primera Guerra Mundial.

Otras transcripciones de los telegramas serbios: Telegrama 194/8, enviado el 22 de julio de 1914, mientras Poincaré todavía estaba en San Petersburgo, por el serbio
ministro del zar:

Presidente del consejo, Belgrado (atención Pashich). Extremadamente urgente, secreto. Sazonov pide que intensifiquemos los preparativos militares máximos, pero evitemos cualquier manifestación pública antes de que se completen los preparativos. Parada. Las negociaciones de Sazonov con Poincaré-Viviani muy difíciles. Parada. Ambos se opusieron a cualquier medida o acuerdo capaz de arrastrar a Francia a la guerra por preocupaciones o intereses franceses no involucrados. Parada. La actitud del presidente de la República hacia Szàpàry causa una inmensa sensación en los círculos oficiales y diplomáticos. Parada. Sazonov insiste en que Francia debe conocer ahora los arreglos militares en proceso bajo cualquier pretexto. Parada. Transferencia de tropas siberianas a Europa terminó. Parada. La movilización de los grandes distritos militares se ordenará salida inmediata de Poincaré-Viviani. (Referencia: archivos diplomáticos serbios; Presidencia del Consejo. Sub / firmas Pacu / Pashich, gabinete 19, expediente 11 / B,

Otro telegrama del Embajador Spalajkovich a Pashich, Telegram No. 197/8, muestra cómo Sazonov se propuso contarle al demasiado inquisitivo Paléologue una mentira provisional mientras Poincaré aún no hubiera cruzado el Báltico. Decía:

Presidente del consejo, Belgrado (atención Pashich) - extremadamente urgente - secreto. Paléologue esta noche pregunta a Sazonov si los rumores de movilización del distrito militar Odessa Kazan Kiev Odessa y dos flotas se ajustan a la verdad. Parada. Expresó su profundo disgusto si se ordenaba sin que Francia lo supiera una acción susceptible de provocar graves complicaciones. Parada. Sazonov emitió una negación formal. Parada. Confirma la necesidad de evitar la más mínima indiscreción. Parada. Sazonov informará a Paléologue inmediatamente Poincaré-Viviani partirá de Escandinavia. Parada. Notifique a Vesnich Gruich - Spalajkovich. (Referencia: Archivos diplomáticos serbios, Presidencia del Consejo, sub Pacu / Pasic, gabinete 19, expediente 11 / B, folio 7 "Petersburgo", 2-15 de julio al 18-31 de julio de 1914.)

Un tercer telegrama secreto, fechado el 25 de julio de 1914, esta vez al embajador serbio en París, Milenko Vesnich, fue enviado desde Belgrado por el gobierno serbio para evitar,

a petición de San Petersburgo, cualquier indiscreción relativa a los preparativos militares en curso. Decía:

Belgrado, 21-25 de julio. Legación serbia, París (atención Vesnich). Secreto extremadamente urgente. Pendiente de nuevas instrucciones retener toda la información re: medidas tomadas ella o Petersburgo. Parada. Afirmar la situación seriamente pero de ninguna manera desesperada a pesar del violento ultimátum. Parada. Insistimos en nuestro profundo deseo de conciliación y confianza en los resultados de la intervención de grandes poderes amigos. Parada. Opinión pública absolutamente necesaria El parlamento francés desconoce todos los preparativos militares aquí y Petersburgo. Parada. De conformidad con el deseo del zar, estamos acelerando la movilización y hemos comenzado a transferir los archivos, la tesorería y los servicios oficiales de Nish. Parada. Concluyó la evacuación del arsenal de Kragujevach. Parada. Informar al acuerdo Tardieu / Berthelot Sazonov responder ultimátum conciliatorio forma sustancia negativa. Parada. Guerra segura. Parada. Urgente facilitar el viaje a Londres donde seguridad Madame Pashich y la familia Pacu. [Este telegrama, registrado en Belgrado como punto de origen, con el número 432 / VP / 14, llegó a París "un poco antes del mediodía" y se registró con el número 291/3, BP 31.] (Referencias: diplomático serbio archivos, Presidencia del Consejo, sub Pacu / Pashich, gabinete 17, expediente 8 / PV, "París" folio 9, 2-15 de julio al 18-31 de julio de 1914)

Uno de los colegas de Pashich, que estaba en misión en Francia, escribió una nota asombrosa demostrando hasta qué punto el gobierno serbio ocultó información al gobierno francés y, al mismo tiempo, confió secretos vitales a ciertos ciudadanos privados en París:

El telegrama 432 / VP / 14, recibido por Vesnich, el embajador serbio, poco antes del mediodía del 25 de julio de 1914, fue comunicado por él por la tarde a André Tardieu y al administrador de la Agencia de los Balcanes, Edgar Roels. Cuando Vesnich, procedente del Quai d'Orsay, entró en la agencia de Roels [entonces ubicada en la calle Rue Tai], parecía un sonámbulo. Su emoción era tan grande que parecía ahogarse.

"¡Es guerra!" Bochko Cristich me dijo momentos después, "y victoria segura para nuestros dos países. Roels y Tardieu se lo dijeron al ministro".

Bochko Cristich era un diplomático serbio, agregado en París, que más tarde se convertiría en ministro de Yugoslavia en Atenas.

Además de los documentos serbios publicados por Stefanovich y otros, ha habido otras revelaciones del lado serbio que han arrojado luz sobre las actividades de Pashich y su gobierno. Entre ellas, cabe destacar las sensacionales revelaciones de Ljuba Jovanovich, ex ministro serbio en Viena. Jovanovich, como diplomático, tuvo acceso a los archivos secretos de Belgrado. Algunos años después de la guerra, reveló que Spalajkovich había enviado un telegrama complementario desde San Petersburgo el 24 de julio de 1914, que incluía las palabras: "Se espera una decisión drástica en cualquier momento".

Más tarde, el historiador alemán Webersberger publicaría una copia de un trozo de papel escrito con la mano de Pashich "anotando el registro de las armas de los conspiradores de Sarajevo e indicando al hombre responsable de su transporte: Tankosich". Como se mencionó anteriormente, Voya Tankosich era un agente personal de Nicola Pashich.

Si bien los documentos emitidos por el gobierno soviético después de la Revolución incluyen una gran cantidad de elementos que dañan las afirmaciones zaristas de inocencia en lo que respecta a la conspiración para la guerra, hay muchas lagunas en el registro, particularmente en lo que respecta a Serbia. Mientras que los designios rusos sobre Estambul y el Estrecho, las estrechas relaciones y los engaños mutuos de Izvolsky y Poincaré, y el soborno sistemático de la prensa francesa se detallan en una gran cantidad de documentos, se buscará en vano material sobre las intrigas de Hartwig en Belgrado. , que culminó con el doble asesinato de Sarajevo. Faltan esos documentos.

Hay una explicación sencilla. Entre la revolución que resultó en el gobierno de Kerensky en marzo de 1917 y la toma de poder de los bolcheviques en octubre de ese año, un Mayor Verkovsky había sido nombrado ministro de Guerra. Este mismo Verkovsky había sido la mano derecha del coronel Artmanov en Belgrado, ayudando, entre otras cosas, en el complot que culminó en Sarajevo. Con varios meses de acceso a los archivos rusos, pudo eliminar cualquier cosa que le perjudicara.

* * *

Serbia y Rusia tenían un rival cuando se trataba de curar y suprimir documentos oficiales, por supuesto. Eso fue Francia, donde se hicieron grandes esfuerzos para poner las fuentes diplomáticas en algún tipo de congruencia con la propaganda oficial.
Desde el primer telegrama del embajador Paléologue el 25 de julio de 1914, los textos oficiales se han modificado tranquila y completamente a su llegada. El historiador Fabre Luce escribe:

El breve texto en el que Paléologue informó de la movilización rusa fue reemplazado por un texto ficticio, que da cuenta de esa decisión como resultado de la movilización general austríaca y los preparativos militares alemanes. La adición subraya el hecho de que estas justificaciones no podrían haberse dado en el telegrama del embajador. Y por una buena razón: en el momento en que Paléologue envió su telegrama, aún no se había ordenado la movilización general austriaca. (L'Histoire démaquillée, págs. 90 y sig.)
Luce continúa:
Todo lo que se necesitaba para invertir el orden de las movilizaciones era una vuelta del reloj: luego, sin cambiar la hora, un telegrama de la mañana se había convertido en un telegrama de la tarde. Esta falsificación se hizo al principio: la comisión de archivos estableció que el registro del servicio de telégrafo llevaba una notación de tiempo incorrecta.
El historiador francés agrega además:
Los borradores de los telegramas enviados durante ese período suelen tener correcciones, escisiones o adiciones, escritas entre líneas, generalmente a lápiz y en su mayor parte con la misma letra que el original. Un examen de los documentos por parte de la comisión de archivos indicó que estas correcciones casi siempre se habían hecho después del evento. Algunos telegramas sufrieron curiosos retrasos, ya sea en el momento de su envío o después de su llegada. El que informó oficialmente a París de la movilización general de Rusia tardó casi diez horas en llegar a su destino. Se insertó entre otros dos telegramas menos importantes que tardaron, respectivamente, dos y cuatro horas. Tantas precauciones tomadas para engañar al investigador finalmente llaman su atención sobre lo que se pretendía ocultarle.

Europa en 1914 era un campo minado de trampas explosivas diplomáticas de los franceses y los serbios a través de las cuales se necesitaba un cuidado extremo para elegir el camino. De los dos, los serbios fueron los más crudos, satisfechos simplemente con eliminar cualquier documento que pudiera causarles problemas.

CAPITULO XI

Un zar cede

No fue hasta el 26 de julio de 1914 que la pisada de las tropas que marchaban en San Petersburgo resonó en Berlín, cuando empezaron a llegar a la capital alemana rumores imprecisos sobre la decisión del zar de movilizar un millón de soldados.

Bethmann-Hollweg informó inmediatamente al gobierno británico de su preocupación. En Viena, dos días después, la situación se había deteriorado aún más gracias al retraso en la llegada de los mensajes conciliadores de Wilhelm II y Sir Edward Gray. La Monarquía Dual estaba haciendo sonar su espada con una declaración de guerra que las cabezas sobrias reconocieron que era en gran parte retórica: todavía era probable que todo lo que vendría de ella sería el envío de algunas tinas viejas por el Danubio para lanzar algunos proyectiles en Belgrado. , ya abandonados por el gobierno serbio por orden de sus amos zaristas. Si el gobierno austriaco realmente hablaba en serio, las dos semanas que se necesitarían para movilizar al ejército austríaco permitirían mucho tiempo para las negociaciones.

Los pan-eslavistas rusos, por supuesto, no tenían ninguna intención de ver frustrados sus planes cuidadosamente trazados para una conflagración en los Balcanes. La idea de que una intervención de último momento por parte de cabezas más sabias podría alterar sus planes los llenó de miedo y rabia.

El 28 de julio, Sazonov visitó al zar Nicolás y obtuvo dos ucasas que rápidamente remitió al general Yanushkevich. El primero decretó la movilización de los cuatro distritos militares de Moscú, Kiev, Odessa y Kazán, como ya había sido previsto el 24 de julio de 1914 y puesto en marcha por el Estado Mayor ruso. Ahora contaba con la sanción oficial del autócrata ruso.

El segundo decreto ordenó una movilización general, que siguió, como hemos demostrado, inexorablemente de una movilización parcial según la planificación del Estado Mayor. El zar, que estaba tan mal informado sobre la estrategia militar de sus generales como sobre muchos asuntos de su reino, no lo sabía. Había sido conducido, sin saberlo, a una trampa de la que ya no podía salir, una trampa que lo vería a él y a su familia asesinados y la dinastía Romanov eliminada de Rusia.

Como todos sabían en San Petersburgo y París, la movilización significaba guerra. Desde el primer día de la Alianza Franco-Rusa en 1894, esto se entendió.

Las declaraciones de los principales actores del drama lo confirman. El general Obruchev, el jefe de personal ruso en el momento del tratado, dijo: "Nuestra movilización debe ser seguida inmediatamente por actos de guerra".

El zar (en ese momento Alejandro III) estuvo de acuerdo: "Así es como yo lo entiendo". El general Boisdeffre, que representó a Francia en las negociaciones, fue igualmente explícito: "La movilización es la declaración de guerra".

René Guerin, el gran intelectual y patriota francés, coautor de Les Responsabilités de la Guerre con Poincaré, escribió: "Si mi enemigo declarado me apunta con un revólver, y si sé que es un buen tirador, debo concluir que él desea matarme, que me va a matar. ¿Debo esperar hasta que haya disparado para estar seguro de sus intenciones?

El 28 de julio de 1914, el imperio zarista sacó sus armas. El general Dobrorolsky, comandante en jefe de la movilización rusa, fue bastante definido al respecto. En lo que a él respecta, a partir de la recepción de la orden de movilizar la marcha de los hechos sería "automática e irreversible".

"Fui llamado a prender fuego a la pila de leña del mundo", decía sin pestañear.

El zar, cuando permitió que su ministro, Sazonov, le arrancara las dos órdenes de movilización, murmuró: "Piensa en los miles y miles de hombres que van a ser enviados a la muerte".

Subestimó gravemente la matanza que se avecinaba.

En Berlín, el Kaiser Wilhelm se mantuvo firme incluso cuando los acontecimientos se precipitaron hacia el desastre, todavía negándose a aceptar la guerra como algo inevitable. Ya no podía encontrarse cara a cara con Nicholas, a quien bien podría haber influido, como lo hizo una vez antes, solo tenía el telégrafo como último recurso. El zar era ahora efectivamente prisionero de sus generales y ministros. Detrás de ellos, azotándolos, estaba el embajador francés Paléologue, incitado por Poincaré.
Los líderes alemanes intentaron en vano ceder a los emperadores de Rusia y Austria. Wilhelm bombardeó a Franz Josef de Austria con telegramas instando a negociar con los líderes rusos. El káiser envió mensajes similares al zar.
El canciller Bethmann-Hollweg ejerció todos sus poderes de amenaza y persuasión para convencer a su homólogo en el gobierno austrohúngaro, Berchtold, de que aceptara la propuesta de Inglaterra de que Belgrado fuera ocupada temporalmente por Austria mientras las grandes potencias negociaban una solución al impasse. Telegrafió a su embajador, el conde Tschirschky: "Por supuesto, estamos completamente preparados para cumplir con nuestro deber como aliados, pero debemos negarnos a permitir que Viena nos lleve a una conflagración mundial, sin tener en cuenta nuestro consejo. al conde Berchtold inmediatamente y con gran énfasis ".
Dieciséis años más tarde, Poincaré reconocería que Berchtold había respondido afirmativamente a esto y que estaba dispuesto a renunciar a la compensación: cuando Tschirschky, quien había recibido sus instrucciones, lo interrogó, el conde Berchtold demostró estar dispuesto a declarar que Austria no hizo reclamos territoriales ". (Poincaré, Les Responsabilités de la Guerre, p. 167)
El mensaje de Wilhelm II que llegó a Nicolás II en ese momento fue igualmente enfático: "Estoy usando toda mi influencia con los austriacos para lograr que busquen alguna base de acuerdo con usted sin ninguna reserva mental".
Incluso en ausencia de Wilhelm, sus súplicas causaron una poderosa impresión en el zar. Nicolás se levantó lo suficiente para salir de su apartamento y descender al vestíbulo, donde se encontraba el único teléfono del palacio. Con la boca cerca del receptor, ordenó al jefe del estado mayor general, general Yanushkevich, que derogara inmediatamente la orden de movilización general, reteniendo sólo la orden de movilización parcial. Yanushkevich, reforzado por Sukhomlinov, el ministro de guerra, se atrevió a llamar al zar para que volviera al teléfono. Según ellos, una movilización "regional" desordenaría al ejército y haría imposible llevar a cabo una movilización general, la única movilización que podría tener algún valor militar en las circunstancias.
El cambio de opinión del zar fue tanto más impracticable para el estado mayor porque la movilización general, sin que el zar lo supiera, ya estaba en marcha. El agregado militar de Francia en Moscú, el capitán Laguiche, se había enterado el 26 de julio de las medidas rusas para la movilización en curso hacia el oeste hasta Varsovia, e informó a su gobierno por telégrafo.
El 29 de julio, la movilización general rusa se estaba llevando a cabo casi abiertamente a lo largo de la frontera con Prusia. Uno de los informes del general Dobrorolsky señaló: "En el distrito de Suwalki, que linda con la frontera de Prusia Oriental, la movilización general ya había comenzado". (L'Histoire démaquillée, pág.66)
Durante la noche del 29 al 30 de julio de 1914, se produjo un fuego cruzado de conversaciones telefónicas casi increíbles.
Primero, el propio zar, en una interferencia completamente inusual para ese gobernante de voluntad débil, había llamado al jefe del estado mayor. Inmediatamente después, Yanushkevich, en lugar de obedecer a su zar, llamó al ministro de Guerra, Sukhomlinov.
"¿Qué debo hacer?" le preguntó al ministro. Sukhomlinov respondió de inmediato: "¡No hagas nada!"

En el otro extremo de la línea, el jefe del estado mayor general exclamó "¡Gracias a Dios!" Se había eludido la orden directa y personal del zar.
A la mañana siguiente, 30 de julio, Sukhomlinov le mintió a Nicolás, informándole al zar que había cumplido con la orden de cesar la movilización general y restringir los preparativos del ejército a la movilización regional. De hecho, estaba haciendo exactamente lo contrario.
En 1917, cuando Sukhomlinov sería juzgado por sus numerosos fallos, confesaría públicamente que "a la mañana siguiente le mentí al zar. Le dije que la movilización parcial se limitaba a los puestos de mando del suroeste".
Esa mañana también fue el turno de Sazonov de mentirle a Nicholas. Explicó a su soberano que Austria ya estaba llevando a cabo operaciones militares en suelo ruso. Esto era totalmente falso, como bien sabía Sazonov, pero era innecesario decir que era muy persuasivo para el titubeante monarca. El zar envió al káiser Wilhelm el siguiente telegrama patético: "Preveo que pronto me vencerán las presiones que se me están imponiendo y me veré obligado a tomar medidas extremas que conduzcan a la guerra".
Sazonov, aprovechando su ventaja, expulsó al zar de sus aposentos, donde él y la zarina cuidaban a su hijo, el pequeño príncipe heredero hemofílico. La zarina Alexandra, con los nervios a punto de romperse, trató de aconsejar a su marido que no se rindiera, porque detestaba a los Grandes Duques y su obsesión paneslavista.
Entonces Sazonov soltó la flecha que golpearía a esta orgullosa pero devota esposa y madre. Él le dijo: "Le estás pidiendo al zar que firme su propia sentencia de muerte".
Esta amenaza, apenas velada, había sido confirmada por George Malcolm Thomson, quien escribió: "Nadie debería dejar de lado como imposible cualquier desenlace desenfrenado de esas horas febriles en el palacio del zar junto al mar". Fue un chantaje con la amenaza de asesinato.
El zar recibió un telegrama final del káiser: "Mi embajador tiene instrucciones de llamar la atención de su gobierno sobre los graves peligros y consecuencias de una movilización. Austria-Hungría se ha movilizado solo contra Serbia y solo una parte de su ejército. Si Rusia se moviliza contra Austria-Hungría, el papel de mediador que usted ha aceptado de acuerdo con su deseo expreso se verá amenazado, si no imposible. Todo el peso de la decisión recae ahora sobre sus hombros.

tuyo para asumir la responsabilidad de la guerra o la paz. Colita."
El peso de la decisión aplastaba a Nicolás II. Con sus evasiones al final, ahora recibió al partido de guerra en su cargo. Al entrar, se alinearon frente al zar, el ministro de Guerra, sus generales, los funcionarios civiles.
Sazonov, hablando clara y decididamente, desafió al zar: "No creo que Su Majestad deba dudar más en hacer efectivo nuevamente el decreto de movilización general".

Nuevamente el zar murmuró su argumento: "Considere que significa enviar a decenas de miles de hombres a morir".
Sazonov: "La interrupción de nuestra movilización trastornaría nuestra organización militar y desconcertaría a nuestros aliados".
Otra impostura de Sazonov, por la que dio a entender que los franceses se escandalizarían ante el letargo del zar y pensarían que estaba violando los términos de su alianza. En ese momento, por supuesto, Poincaré, recién regresado de su viaje, estaba haciendo el papel de inocente en París.
Finalmente todos se quedaron en silencio. El zar, con los ojos desorbitados y el rostro de un amarillo enfermizo, no respondió. Se quedó inmóvil, como petrificado.
De repente, el general Tatishev rompió el silencio: "Sí, es una decisión difícil".
El zar se sobresaltó como si le hubieran abofeteado. Caminó de un lado a otro, y luego miró directamente a su audiencia. "Yo soy el que decide".

Y decidió. Ordenó a Sazonov que telefoneara a Yanushkevich diciéndole que nuevamente estaba firmando un decreto de movilización general.
Thomson ha arreglado la escena para siempre: "La tensión en la habitación se rompió. Sazonov se levantó, hizo una reverencia y casi corrió hacia el teléfono en el piso de abajo. Pasó la orden triunfalmente a Yanushkevich, agregando:" Ahora puedes romper tu teléfono ". "

CAPITULO XII

Farsa trágica

En el mismo momento en que el zar Nicolás cedía a las presiones de la facción de la guerra, el presidente Poincaré aterrizaba desde el crucero Francia en Dunkerque temprano en la mañana del 29 de julio. Su viaje de regreso a Francia había estado ocupado poniendo una cortina de humo de coartadas contra cualquier acusación de que estaba tramando la guerra.
Paléologue había retrasado el envío de telegramas a París después de la proclamación de la movilización general rusa, y en algunos casos se había abstenido de enviar telegramas para mantener la fachada de ignorancia de Poincaré sobre lo que estaba haciendo el partido de guerra ruso. El 26 de julio, Paléologue había interrumpido la transmisión del telegrama del agregado francés Laguiche que informaba sobre el inicio clandestino de la movilización. Sin embargo, cuando Poincaré fue recibido por el ministro Renoult en el tren presidencial en Dunkerque, el presidente le dijo a su ministro: "No se puede arreglar pacíficamente". Para alguien que afirmaba no haber oído nada durante seis días, parecía terriblemente seguro.
El calvo respaldo de Poincaré a la guerra no era, de hecho, una afirmación cierta. Incluso mientras hablaba, se estaban realizando esfuerzos para calmar la situación en Viena e incluso en San Petersburgo. Las súplicas del káiser y las de su canciller habían comenzado a influir en Franz Josef y Berchtold. El conde Berchtold había modificado sus demandas sobre Serbia y ahora estaba dispuesto a considerar abandonar la demanda del gobierno austriaco de una investigación conjunta austriaco-serbia sobre el asesinato del archiduque. Según Fabre Luce: "Ya no se trataba de un mero camuflaje. ¡No! Una nota escrita de la mano de Berchtold muestra que incluso ese día, 30 de julio de 1914, estaba dispuesto a comprometerse con la investigación serbia, si Rusia, en su parte, aceptó la ocupación austríaca provisional de Belgrado ". (L'Histoire démaquillée, pág. 75.)
A veces, el peligro tiene un efecto calmante. Quizás nunca, desde el crimen del 28 de junio, las partes habían estado tan cerca de un arreglo.

* * *

Cuando Poincaré llegó a París la mañana del día veintinueve, se encontró con una recepción triunfal en la estación de St. Lazare, preparada por sus ayudantes, pero no menos ferviente. Decenas de miles de franceses, agitados por una prensa chovinista, abarrotaron las aceras a lo largo de la ruta hacia el palacio del Elíseo, aclamando al presidente como si fuera Napoleón regresado triunfalmente de Elba. La multitud se dirigió a la Place de la Concorde para celebrar una misa frente a las estatuas de Metz y Estrasburgo cubiertas de negro. Si Poincaré no hubiera sido un francmasón acérrimo, podrían haberle ofrecido un Te Deum en la catedral de Notre-Dame.

En cualquier caso, recibió una beatificación secular. Extraño, esta emoción ante las protestas de ignorancia de Poincaré ante la avalancha de acontecimientos durante su crucero; extraño, que multitudes patriotas aclamaran a este viajero supuestamente aturdido. El hombre de la calle, al menos, había penetrado instintivamente en la supuesta neblina de ignorancia de Poincaré y lo amaba aún más por su impostura.

Pero ahora se acercaba la hora en que, después de dos semanas de subterfugios, sería necesario que Poincaré asestara el golpe definitivo a la guerra, dando la impresión de que no tenía más que intenciones pacíficas.

Inmediatamente después de su marcha triunfal desde la estación hasta su palacio, Poincaré convocó a tres hombres al Elíseo: su primer ministro, el complaciente Viviani; El embajador de Gran Bretaña, Sir Francis Bertie; y el consumado tirador de cables de Rusia, Aleksandr Izvolsky. El presidente francés y el embajador ruso se pusieron a trabajar en el embajador cortés de Gran Bretaña, vestido como un banquero de la ciudad con su sombrero de seda gris perla y su elegante paraguas forrado de verde. Fue una sesión extraña: los dos conspiradores de mucho tiempo, Poincaré e Izvolsky, se vieron obligados a disfrazar sus maquinaciones conjuntas del pasado inmediato y al mismo tiempo fingir una amistad completamente falsa.

La verdad es que los dos hombres se odiaban, como se desprende de sus declaraciones y escritos después de la guerra. Izvolsky diría que Poincaré era un mentiroso que había engañado a todos (no estaba solo en sus sentimientos; el ministro del Interior de Poincaré, Louis Jean Malvy, describiría a su ex presidente como "un egoísta, un traficante y un cobarde "). En 1922, ante la Cámara de Diputados, Poincaré afirmaría que todo ministro francés sabía que nunca había confiado en Izvolsky. También escribiría, con algo menos que veracidad: "Si yo hubiera podido leer los telegramas que él [Izvolsky] estaba enviando a su gobierno, sin duda habría notado muchos pasajes en ellos que hubieran justificado la desconfianza instintiva que inspirado en nosotros, en mis colegas y en mí ".

El embajador británico no se tragaba sus halagos. No se comprometió. Como siempre, respondió que remitiría el asunto a su gobierno.

Sin embargo, fue en esta reunión que Poincaré le dio a Izvolsky una garantía categórica del apoyo de Francia a la movilización de Rusia, una garantía por la cual Poincaré eludiría la responsabilidad después de la guerra. Cuando el colaborador del relato de Poincaré sobre los orígenes de la guerra, Guerin, le preguntó a Poincaré sobre el resultado de esa reunión, el expresidente francés respondió simplemente: "Pregúntale a Malvy".

El ministro Malvy estaba al tanto de lo que sucedió en el palacio del Elíseo esa tarde. Esa noche llamó a su amigo Joseph Caillaux en un estado muy agitado para transmitirle la noticia, anotando la conversación en el acto.

Malvy: "Rusia nos preguntó si podíamos movilizarnos. Respondimos que sí. Nos hemos comprometido a apoyarla".

Caillaux: "¡Entonces vas más allá de las condiciones de la alianza!" Malvy permaneció en silencio.

Caillaux: "Por supuesto, ¿te aseguraste del acuerdo de Inglaterra?" Malvy: "No se trataba de Inglaterra". (El embajador británico había abandonado la reunión antes de que surgiera la pregunta).

Caillaux: "¡Sinvergüenzas! ¡Habéis comenzado una guerra!"

El Libro Negro soviético incluiría el texto del telegrama que un alegre Izvolsky envió a Sazonov esa tarde después de dejar el palacio: "¡Francia está totalmente de acuerdo con nosotros!"

Fue ese telegrama el que Sazonov utilizó al día siguiente para vencer la resistencia del zar al desencadenamiento definitivo de la maquinaria de guerra rusa.

* * *

Si Poincaré hubiera estado sinceramente a favor de la paz, aún podría haber refrenado a los belicistas pan-eslavistas en torno al zar, incluso cuando Kaiser Wilhelm y Bethmann-Hollweg estaban ejerciendo todos sus poderes de persuasión para restringir a sus aliados en Austria-Hungría. Alemania no tenía ningún deseo de ir a la guerra con Francia, pero la naturaleza del cerco del Reich por parte de Francia y el poderoso imperio ruso hizo que una ofensiva alemana desesperada contra Francia fuera una necesidad si las hostilidades parecían inevitables, como lo harían si los rusos se movilizaran. Tal era la trampa que Poincaré y los pan-eslavistas le habían tendido a Alemania.

Por supuesto, tender una trampa a los alemanes no fue una obligación impuesta al gobierno francés por su acuerdo con los líderes rusos. El presidente de Francia, si hubiera estado dispuesto, podría haberse negado a ayudar a los rusos en su complot contra los alemanes, al igual que el gobierno ruso se negó a prometer su apoyo incondicional a Francia en el asunto marroquí dos años antes. En ese momento Izvolsky había indicado a los franceses que "Rusia permanece fiel a su alianza sin dudarlo, pero sería difícil persuadir al pueblo ruso de ir a la guerra por Marruecos. Además, nuestra alianza es sólo defensiva". O, como el zar Nicolás le había expresado al embajador francés, "no concibo una guerra excepto por intereses totalmente vitales".

Para Poincaré, sin embargo, la recuperación de Alsacia y Lorena era un interés vital, y provocar un ataque alemán, que eliminaría la necesidad de debates problemáticos en la asamblea francesa, era la forma de lograrlo. Su maniobra astuta y sigilosa, llevada a cabo con el conocimiento de un puñado de secuaces políticos de confianza, fue una maravilla de hipocresía y eficiencia en el modelo maquiavélico. Poincaré tendría su guerra y Alemania cargaría con la peor parte de la indignación moral del mundo.

El secretismo de Poincaré provocó una noche de malentendidos cómicos y frenéticos para dos de sus ministros. Poco después de la medianoche, el ministro de guerra francés, Adolphe Messimy, se despertó en su casa. Tenía un visitante, y además uno alborotador: el coronel Ignatiev, el agregado militar ruso, que obviamente había bebido bastante. El coronel traía el mensaje oficial del gobierno ruso, un agradecimiento por el apoyo de Francia a la movilización rusa. Frotándose los ojos, Messimy, aún sin darse cuenta de la seguridad de Poincaré esa tarde, trató de ocultar su asombro. Inmediatamente telefoneó a Viviani, quien respondió con entusiasmo.

"¡Mon Dieu!" el exclamó. "Es evidente que los rusos son sonámbulos y borrachos. Acabo de tener a Izvolsky aquí. Dile a Ignatiev que evite los fuegos artificiales a cualquier precio".

¿Era genuina la asombrada indignación de Viviani? ¿Estaba el primer ministro ajeno a las maquinaciones de Poincaré y la actividad de Paléologue en San Petersburgo? Sin duda, los telegramas de Paléologue habían llegado tarde, enviados por una ruta tortuosa para respaldar las afirmaciones de Poincaré de que el gobierno francés había estado en la oscuridad mientras Rusia se movilizaba. Pero un historiador cree que el asombro de Viviani fue una pose.

Fabre Luce escribe:

Él [Viviani] no estaba sufriendo tanto por las molestias de ser despertado en medio de la noche como por encontrarse bajo la necesidad de asumir la responsabilidad que tenía que evitar. ¿Para qué necesitaban "esos rusos" una confirmación oficial? ¿No podrían captar la insinuación de que el apoyo que se les brindó generosamente en San Petersburgo seguía siendo válido? ¡Qué tontos! El telegrama enviado desde el crucero blindado y la promesa de apoyo, renovada el día anterior en París, no fueron suficientes para

a ellos entonces. Pensamientos como estos seguramente deben haber pasado por la mente del presidente del consejo de ministros, que también era ministro de Asuntos Exteriores.

Viviani recibió un telegrama de Izvolsky. Provenía de Sazonov e incluía las palabras: "Expreso nuestro más sincero agradecimiento al gobierno francés por la declaración oficial de que podemos contar con la plena cooperación de nuestro aliado".
Pero el telegrama iba más allá de los términos de las garantías murmuradas por Poincaré a Izvolsky. Continuó: "Ahora solo tenemos que acelerar nuestro armamento y enfrentar la inminencia de la guerra". ¡Claramente Viviani no había sido informada de todo! Se apresuró a dirigirse al Palacio del Elíseo, donde el presidente de Francia, a su vez, fue expulsado de su letargo y obligado a vestirse apresuradamente. Poincaré no estaba de humor para calmar a Viviani. Dijo bruscamente: "Vamos a abordar esa pregunta en la reunión del consejo, en unas horas", y luego volvió a la cama. De vuelta en la residencia de Messimy, Ignatiev exigía una respuesta oficial al telegrama de su ministro y, fortalecido por una impetuosidad ebria, se negaba a irse antes de recibir una. Messimy, tratando de contemporizar, le dijo que los rusos tendrían que frenar su movilización. Ignatiev respondió con vehemencia:
Buscando una fórmula que le permitiera a él ya sus colegas eludir la responsabilidad, Viviani tuvo la idea de una movilización rusa "secreta". Le dijo a Messimy que informara al coronel que Rusia debería movilizar su cuerpo de ejército del sur siempre que Francia no estuviera informada. A Sazonov, Viviani telegrafió que Francia accedió a las "medidas preventivas y defensivas" de Rusia, sin darle a Alemania ningún pretexto para movilizarse. Una vez más, los líderes franceses habían hecho el juego a los belicistas de Rusia. Fabre Luce había descrito bien la escena y sus implicaciones.
Messimy e Ignatiev se abrazan en silencio, y el ruso comentará más tarde: "Yo era como un hombre al que se le quita un gran peso de encima". Al parecer, a pesar de todas las garantías recibidas, se había preguntado hasta el último momento si Francia, un país de mayoría pacifista y signatario de una alianza defensiva, iba a aceptar realmente la movilización-agresión de Rusia. ¡Y ahora sí! El Rubicón fue cruzado.
Los líderes franceses tomaron una decisión, pero intentaron ocultar su decisión. Jugaron con la idea de una movilización secreta, cuando el sentido común y las declaraciones de los rusos confirmaron que era imposible. Paléologue lo sabía: un documento ruso lo atestigua, pero fingió entrar en el juego y telegrafió, en la tarde del día 30, que el gobierno ruso ha decidido proceder en secreto con los primeros pasos de la movilización general. El gobierno simplemente había proclamado esa movilización. (L'Histoire démaquillée, págs. 70 y sig.)
Fue esta garantía de apoyo francesa la que permitió a los ministros y generales rusos presionar al zar, seguir movilizándose contra su orden y, por fin, cortarle el teléfono para que no pudiera retractarse de su decisión final de guerra.

Esa misma noche, el general conde Helmut von Moltke, jefe del estado mayor alemán, vivía horas cada vez más ansiosas. Se arriesgaba nada menos que a la pérdida de la guerra si dejaba que los rusos tomaran la marcha y se movilizaran para invadir Alemania. Ahora todo indicaba que su movilización estaba en marcha.
Sobrino del gran Moltke, brazo derecho de Bismarck, vencedor de Austria y Francia, este joven Moltke carecía del temperamento y la fuerza de voluntad de su ilustre tío. Admitió: "Me falta el poder de tomar decisiones rápidas. Pienso demasiado. No tengo el temperamento para arriesgarlo todo en un lanzamiento de dados".

Exteriormente, el general tenía una figura magnífica, tan impresionante como el Moisés de Miguel Ángel, pero era al menos tanto esteta como luchador. Leyó mucho, preferiblemente a autores de mayor peso como Nietzsche y Carlyle. Ferviente admirador del escritor flamenco Maeterlinck, había traducido al alemán las Pelléas y Mélisande de ese autor. Pintó y tocó el violín e, influenciado por su esposa, incursionó en las turbias aguas de la teosofía.
A diferencia de otros alemanes, como el conde von Bülow, temía el expansionismo ruso. Moltke estaba traumatizado por las perspectivas de millones de resistentes siervos rusos, su inmenso reino se extendía desde el Memel hasta Vladivostok, acostumbrado a las privaciones y entrenado para la obediencia ciega, cayendo como una avalancha sobre una Alemania ya amenazada por un poderoso ejército francés, las dos fuerzas superando en número al ejército alemán por cuatro a uno. Moltke vio crecer la fuerza rusa de año en año. La principal debilidad de Rusia, la pobre red de transporte y comunicaciones que servía a su vasto territorio, se estaba mejorando constantemente gracias a una afluencia masiva de francos franceses organizada por Poincaré. Una nueva e importante red ferroviaria estaba creciendo hacia Prusia y en cuestión de varios años permitiría la transferencia rápida y ordenada de millones de tropas a Alemania '
En julio de 1914, el progreso militar ruso hacia Alemania todavía era lento y engorroso. Las vías del tren y los lechos de las carreteras seguían siendo inadecuadas, y viajar por ellas era lento y conmovedor. La gran mayoría de las tropas rusas tendrían que avanzar a pie por carreteras en mal estado. Sin embargo, las medidas rusas para la guerra habían progresado durante semanas. Los siberianos habían sido llamados a la Rusia europea y los grupos de ejércitos de Occidente avanzaban hacia la frontera.
El único plan estratégico de Alemania, el plan Schlieffen, preveía cuarenta días de lucha contra los franceses, que serían llevados a cabo por la gran mayoría de los ejércitos alemanes. Solo entonces podrían trasladarse fuerzas sustanciales al frente oriental. Cada día que pasaba ahora erosionaba el margen de seguridad de los alemanes en el este. Para los generales alemanes, cada día dedicado a negociar con los líderes rusos, mientras los ejércitos rusos continuaban reuniéndose y avanzando, acercaba a su nación al desastre militar.

CAPITULO XIII

Muerte de un pacifista

Cada día eran más inquietantes los despachos recibidos en Berlín de los diplomáticos alemanes en San Petersburgo. El 30 de julio de 1914, un telegrama del embajador, Pourtalès, eliminó toda duda adicional. Enumeró, uno por uno, los distritos del oeste de Rusia donde la movilización estaba en pleno apogeo.
En el distrito de Varsovia, en ese momento cerca de la frontera oriental de Alemania, y en Suwalki, en el umbral de Prusia Oriental, no se podía ocultar el progreso de la movilización rusa. Los espías e informadores alemanes, así como el cónsul alemán en Allenge, subrayaron la inminencia del avance de Rusia. Los preparativos eran visibles incluso desde las garitas alemanas en la frontera, a través de las cuales las tropas rusas estaban demoliendo apresuradamente sus puestos fronterizos, y desde donde ahora ardían las llamas en la noche.

Esa noche Moltke había confirmado a partir de fuentes confiables que la movilización rusa fue efectiva y total. A la mañana siguiente, telegrafió a su colega en Austria, el general Conrad von Hötzendorff:

"¡Movilízate! ¡Alemania se movilizará contigo!"

Incluso entonces, el káiser seguía intentando encauzar al austriaco Franz Josef hacia la negociación con los rusos. El ministro de Relaciones Exteriores del emperador austríaco, Berchtold, estaba confundido por los mensajes contradictorios de Berlín.

"¿Quién manda en Berlín?" el exclamó. "¿Von Moltke o el Kaiser?"

Sin duda, von Moltke había excedido temporalmente sus perogativas. Pero esa mañana, Pourtalès pudo confrontar a Sazonov en San Petersburgo con un cartel de movilización pública. El tiempo se estaba quedando corto para los alemanes, e incluso el káiser Wilhelm estaba perdiendo la fe en una solución pacífica. El mensaje del zar, de que ya no podía resistir las presiones de sus consejeros, le había llegado el día 30, y Wilhelm había admitido: "Mi misión como pacificador ha terminado".

Mientras tanto, en París, Poincaré estaba a punto de deshacerse del último oponente francés consecuente de sus planes de guerra. Jean Jaurès, líder de los socialistas franceses y presidente de la Segunda Internacional, era un hombre culto. Conocía bien los clásicos latinos y griegos, y había aprendido español para leer Don Quijote en el original, así como inglés para abordar a Hume y Shakespeare. Magnífico orador que, a pesar de sus penetrantes ojos azules, oriundo del sur de Francia, vivió una vida respetable, incluso burguesa. No tenía nada de la venalidad que había permitido a tantos políticos franceses acumular fortunas privadas con sus actividades públicas (y no tan públicas).

El 29 de julio en Bruselas, Jaurès había hecho un último esfuerzo para detener la guerra dirigiéndose a una gran convocatoria de líderes socialistas de toda Europa, reunidos bajo los auspicios de la Segunda Internacional en el Royal Circus, un vasto salón señorial donde este escritor dirigirse al público de Bruselas por primera vez treinta años después. Ese día Jaurès fue particularmente conmovedor, porque para él, la paz de Europa nunca había estado más amenazada desde las guerras napoleónicas de un siglo antes.

Grandes gritos de "¡Abajo la guerra!" había sonado al final de su discurso, muchos sin duda de las mismas gargantas que pocos días después darían su apasionado asentimiento a la guerra en los parlamentos y asambleas nacionales de toda Europa. Jaurès abandonó el salón con un fuerte presentimiento a pesar de su tumultuosa despedida. Tuvo tiempo de ver a los primitivos flamencos en todo su esplendor en el Museo de Bruselas antes de tomar el tren a París.

En París, Jaurès se dirigió directamente al Ministerio de Relaciones Exteriores para intentar exigirle a Viviani la promesa de que el gobierno intentaría calmar a los rusos. Cuando se enteró de que Poincaré acababa de dar todo su apoyo a la movilización rusa, advirtió a Viviani:

"Ustedes son víctimas de Izvolsky y de un complot ruso. Los vamos a denunciar, ministros insensatos, incluso si nos disparan".

Cuando Jaurès abandonó el edificio del Quai d'Orsay se encontró con Izvolsky. Mirándolo fijamente a la cara, dijo: "Esta escoria de Izvolsky va a tener su guerra".

Esa tarde Jaurès leyó en un periódico: "Si Francia tuviera un líder que fuera un hombre, Jaurès estaría pegado a la pared al mismo tiempo que los carteles de movilización".

Sacudiendo la cabeza, dijo en voz baja: "Debemos esperar ser asesinados en la primera esquina de la calle".

Esa misma noche, un joven estaba fisgoneando en la casa de Jaurès en Passy. Cuando Jaurès se acercó con varios amigos, el joven, que se llamaba Raoul Villain, preguntó a un espectador cuál era Jaurès. Al aprender, se escabulló en la oscuridad.

A la mañana siguiente, mientras las calles de París se llenaban de manifestantes y asustados poseedores de cuentas bancarias (se acababan de prohibir los retiros de más de cincuenta francos de las cuentas corrientes), Villano buscaba a su presa. Sin éxito en la oficina del periódico Jaurès, Villain finalmente rastreó al gran líder socialista hasta su café, el Croissant.

Luego, Jaurès se sentó a admirar una fotografía de la nieta de un amigo periodista. La ventana detrás de su mesa estaba abierta, sólo una cortina separaba a Jaurès de la calle. Imperceptiblemente, una mano apartó la tela. Luego hubo un destello y dos disparos dividieron el aire. Jaurès se desplomó sobre su plato. Una mujer gritó: "¡Jaurès ha sido asesinado!" Y el último gran oponente de la guerra se unió a los muertos en Sarajevo.

Corrió el rumor por París de que Jaurès había sido baleado por un agente zarista, lo que obligó al gobierno a bloquear la Rue de Grenelle, donde la embajada rusa se erguía como una ciudadela y donde la policía secreta rusa, la Okhrana, tenía su sede en París (la Federación de Rusia). La embajada alberga hoy las oficinas del sucesor mucho más poderoso de Okhrana, la KGB). Nunca se presentó evidencia de que el servicio secreto ruso estuviera detrás del asesinato de Jaurès, y es probable que Villain, el hijo de un loco, un nacionalista fanático cuya mente había sido inflamada por la estridencia de la prensa belicista, actuó solo. Sin embargo, sus balas fueron tan efectivas contra la última gran voz contra la guerra en Francia como las de los mercenarios de los conspiradores rusos contra la pareja archiducal en Sarajevo.

El mismo día en que Jaurès fue abatido a tiros, Poincaré logró que Caillaux, su antiguo oponente, que había sido derribado por Calmette del Fígaro, fuera sacado de París por dos policías. Ahora el camino a Berlín estaba abierto.

CAPITULO XIV

Las mentiras de los políticos

La atmósfera en Berlín en la mañana del 1 de agosto de 1914 era de profunda tristeza. El canciller Bethmann-Hollweg se paseaba por los suelos alfombrados de su oficina a grandes zancadas, sin apenas comprender lo que estaba sucediendo, mirando al futuro con un profundo presentimiento. Según Malcolm Thomson:

A medida que avanzaba la noche, la tristeza se hizo más profunda en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Berlín. Cuando Theodor Wolff, del Berliner Tageblatt, miró adentro, encontró un silencio como la tumba en medio de la cual los diplomáticos meditaban en los sillones anticuados. El anciano noble húngaro Szögyény, que era el embajador de Austria, parecía alguien a quien la desesperación había drenado la última gota de sangre. Jagow [el ministro de Asuntos Exteriores alemán] entraba y salía con una sonrisa fija y ambigua.

En Viena, el canciller Berchtold apenas se encontraba en mejor estado. Impecable como siempre con el cuello desmontable y la corbata fijada con un alfiler de perlas, se estaba atiborrando de somníferos. No había podido detectar la mano rusa detrás de la conspiración serbia, lo que hizo que sus fanfarronadas contra el gobierno de Belgrado fueran menos que inútiles. El káiser alemán consideró imperdonable su imprudencia. ¡Ojalá hubiera regado un poco su excelente vino Tokay durante ese fatídico julio! Hubiera sido mucho mejor estar lúcido. Ahora era demasiado tarde: el ejército ruso pronto cruzaría las fronteras de Austria-Hungría.

En San Petersburgo, los líderes de la facción de la guerra fueron asaltados por una última oleada de pánico. La Gran Guerra estaba realmente en marcha. Sukhomlinov, el ministro de Guerra, temblaba en sus botas. Había colocado varios íconos y velas votivas en su escritorio y se persignó con frecuencia.

Quizás solo en un estado de calma, Wilhelm II se negó a ordenar al ejército alemán que se movilizara, a pesar de las angustiadas súplicas de von Moltke. Aunque, como reconocería la comisión franco-alemana sobre los orígenes de la guerra en 1935, "la movilización general rusa creó un nuevo hecho consumado que exigía urgentemente una decisión alemana", no fue hasta las siete de la tarde. del 31 de julio que el Kaiser llegó a decretar un estado de Kriegsgefahrzustand, un "estado de alerta de guerra", que era todavía sólo una medida preliminar para la movilización.
Kriegsgefahrzustand: un teutonismo estruendoso y ominoso, que los propagandistas en Francia se apoderaron de inmediato para evocar imágenes de hordas hunas que se preparaban para cruzar la frontera. Su líder, Tardieu, que hablaba alemán con fluidez, aseguró mentirosamente a la población que la palabra significaba que los alemanes acababan de declarar un "estado de guerra", desatando la histeria nacional. ¿Cómo iba a dudar Francia en tomar las armas si Alemania ya estaba en marcha?

Solo de los líderes franceses, Abel Ferry, subsecretario de Estado, un patriota honesto que moriría en la batalla, había reconocido las maniobras de sus superiores por lo que era. En su cuaderno escribió: "La telaraña se tejió y Alemania entró como una gran mosca zumbadora".

El káiser Wilhelm pensaba de manera similar. El mismo día reflexionó: "La red ha caído sobre nuestras cabezas". Alemania había caído en la trampa. Fabre Luce escribiría más tarde:
"Toda esta historia, lamentablemente, no deja lugar a ninguna duda. Francia no entró en guerra por obligación de honor, como han pretendido a menudo nuestros gobernantes, sino, por el contrario, violando el tratado de alianza defensiva que había celebrado. con Rusia, y de la constitución republicana de 1875 ".

El 1 de agosto, a las seis de la tarde, el embajador alemán, Pourtalès, pidió al ministro de Relaciones Exteriores Sazonov que obtuviera una respuesta a la petición de Alemania de que Rusia detuviera su movilización. Sazonov respondió: "Nuestra movilización debe continuar. Entendido, estamos preparados para continuar las negociaciones". Negociar ahora, sin dejar de movilizarse, era solo una forma rusa de ganar tiempo.
Pourtalès insistió en el punto: "Repito, Excelencia, ¿detendrá su movilización?" Sazonov permaneció inmóvil, con la mirada atenta. Pourtalès repitió su pregunta, una, dos veces.

Sazonov respondió: "No tengo otra respuesta que darte".
Pourtalès le ofreció una hoja de papel con mano temblorosa y luego se echó a llorar. Alemania había declarado la guerra a Rusia.

A pesar de todo, el embajador alemán en París, el barón von Schoen, hizo una última oferta el 31 de julio para evitar la guerra entre Francia y Alemania. Como todos reconocieron, Rusia sin ayuda no sería rival para Alemania y Austria-Hungría.
El barón llevó la propuesta final de su gobierno a Viviani: si Francia permanecía neutral, Alemania también permanecería neutral. Posteriormente se afirmaría que el gobierno alemán había exigido en ese momento que las grandes fortalezas francesas de Toul y Verdún fueran entregadas a Alemania como garantía de la neutralidad francesa, ya que el

Los franceses descifrarían más tarde un telegrama a Schoen en ese sentido, pero de hecho el embajador no hizo mención de tal demanda y los franceses no lo sabían en ese momento.
La respuesta de Viviani al embajador alemán no tuvo nada que ver con los principios correctos y elevados con los que los portavoces franceses solían expresar su retórica oficial. Llegó con siete frías palabras: "Francia se guiará por sus intereses". En este caso, por supuesto, el interés de Francia significó reducir a su poderoso rival alemán y apoderarse de Alsacia y Lorena una vez más.
La declaración pública de Poincaré fue más acorde con las floridas hipocresías de la Tercera República: "A esta hora ya no hay partidos, sólo está Francia, pacífica y resuelta; sólo hay Francia eterna; sólo está la Patria de Derecho y Justicia ".
La derecha tenía una espalda ancha y Poincaré la montaría durante varios años.

El día anterior, Austria-Hungría había intentado un último llamamiento al gobierno francés, presentado por emisarios de la neutral Rumanía y Suiza. Lahovary de Rumanía y Lardy de Suiza llevaron la propuesta al Quai d'Orsay, donde el Secretario General Berthelot la rechazó con frialdad. "Es demasiado tarde", dijo. "Ya no es posible aclarar las cosas". Más tarde se supo que Berthelot ni siquiera se había molestado en transmitir la propuesta austriaca a su jefe, Viviani.
Mientras tanto, los generales franceses, no menos que sus homólogos en Rusia, estaban presionando para una rápida movilización. El general Joffre informó que cada veinticuatro horas de retraso en la movilización significaría un retroceso de quince a veinte kilómetros, lo que habría dejado al ejército francés al pie de la Torre Eiffel en un mes.
Los generales pronto cumplieron su deseo. A las 3:45 pm del 1 de agosto, Messimy, el ministro de Guerra, transmitió la orden de movilización general al subjefe del estado mayor general, general Ebene. Los carteles florecían con colores en las ciudades, pueblos y aldeas de Francia, como si se estuviera llevando a cabo una campaña electoral. Sería un deslizamiento de tierra de muerte.

Una vez más, el gobierno de Poincaré fabricaría una mentira para salvar la cara. Al igual que sus aliados en Rusia, que afirmaron haber comenzado a movilizarse solo después de que Austria había comenzado, el gobierno de Poincaré afirmó que era Alemania la que había forzado su mano movilizándose primero. El caso es que la orden de movilización alemana llegó a las cinco de la tarde, quince minutos después de la orden francesa (Berlín y París están en diferentes husos horarios).
Estas mentiras se contarían y volverían a contar a lo largo de los años, ladrillos resistentes en el edificio de la culpa de guerra alemana. Aunque Poincaré se vería obligado a admitir en 1923 que efectivamente los rusos se habían movilizado antes que los austriacos, afirmaría que se había equivocado honestamente. Aun así, los libros canónicos en Francia, como el Manual de Historia de Bonifacio, el pilar de los estudiantes franceses, continuaron hasta la fecha de la movilización de Rusia desde el 31 de julio de 1914, cuarenta años después de la guerra.

Lo mismo ocurre con las mentiras de los políticos, especialmente los políticos victoriosos. Sus declaraciones mentirosas inspiran una creencia generalizada en ese momento; cuando, mucho más tarde, se hace la rectificación, a la mayoría de la gente ya no le interesa, sobre todo cuando la verdad aparece sólo en las obras densas y recónditas de los especialistas históricos.

De hecho, Poincaré estaba tan nervioso por la perspectiva de que Alemania no se movilizara en el momento oportuno para la propaganda francesa que propuso a sus ministros que Francia inventara un incidente en la frontera alemana. Aunque el consejo lo rechazó también

Provocador y peligroso, Malvy reveló la propuesta de Poincaré después de la guerra. Como resumió Fabre Luce, "A principios de agosto de 1914, Wilhelm II, al dudar en atacar a Francia por el momento, estaba poniendo en peligro el guión. De ahí la idea planteada por Poincaré al consejo de ministros de crear un incidente fronterizo, por lo que que no permitiría que el parlamento discutiera su interpretación del tratado de alianza franco-ruso ".

CAPITULO XV

Un zigzag repentino

¿Cómo fue el acto final cargado de emociones? Millones de rusos estaban en armas. Grandes masas de labradores y viticultores con bigotes franceses (en ese momento el 47 por ciento de los franceses eran todavía agricultores) fluían hacia las estaciones de ferrocarril, formando un gran río de color verde oliva. Ante los aplausos de millones de personas, se subieron a los entrenadores pintados con "On to Berlin!" En Viena, las multitudes gritaron "¡Muerte a Serbia!" Y los alemanes de Berlín rugieron su himno con no menos entusiasmo.

Sólo Gran Bretaña, entre las grandes potencias de Europa, todavía vacilaba en la indecisión oficial. El gobierno de Herbert Henry Asquith estaba profundamente dividido sobre si unirse a los revanchistes de Francia y los imperialistas pan-eslavistas de Rusia o mantener el espléndido aislamiento de Gran Bretaña y cultivar su vasto imperio. Al final, el liderazgo británico, ciego en su arrogancia señorial, dejaría que sus resentimientos a corto plazo sobre el floreciente poder económico de Alemania prevalecieran sobre sus intereses a largo plazo en frenar el crecimiento del coloso que se extendía desde Varsovia hasta Vladivostok.

Quizás el tema clave para el liderazgo británico fue su consternación por la expansión de la marina y la flota mercante alemanas. Este miedo fue magnificado por la tendencia del káiser Wilhelm a fanfarronear, pero en realidad su ladrido fue peor que su mordisco. Los líderes británicos podrían haber aprendido esto del director político estadounidense y comunicador de cables, el "coronel" Edward Mandell House, la eminencia gris de Woodrow Wilson, quien habló con Wilhelm durante una misión de investigación en Europa a instancias de Wilson en junio de 1914. House, ciertamente no Germanófilo, informó que el Kaiser le había inculcado con gran urgencia que estaba construyendo su gran flota no para oponerse a Inglaterra, sino para aumentar el prestigio alemán en alta mar, así como para promover el comercio alemán.

Wilhelm declaró: "Quiero la paz, porque los intereses de Alemania lo requieren. Alemania era pobre, pero ahora está en proceso de enriquecerse; y unos años de paz la harán bastante rica".

El ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, cuando House le comunicó estos sentimientos, quedó impresionado por ellos. Gray admitió ante House que "los alemanes necesitan mantener una armada que sea proporcional a la importancia de su comercio y lo suficientemente grande como para defenderse de un ataque combinado de las flotas rusa y francesa". Sin duda, House también le dijo al diplomático británico el deseo de Wilhelm de poner fin a su programa de construcción naval después de que se construyeran los barcos en construcción o ya planeados. Sin embargo, a los ojos de muchos británicos, cada barco alemán completado era demasiado. Nada golpeó el sentido británico de autoestima y autoconservación más agudamente que cualquier amenaza percibida a la dominación británica de los océanos del mundo. Wilhelm

no tenía la sensibilidad y el tacto para reconocer eso, como lo hizo Adolf Hitler, un jugador mucho más inteligente del juego diplomático, en 1935 cuando reconoció la superioridad naval británica frente a Alemania.
La tradicional indiferencia del británico medio por los asuntos del continente también pesaba en contra de los alemanes. Magníficamente distantes, prestaron poca atención a las implicaciones del asesinato en Sarajevo, que, como House lo expresó brutalmente, despertó en Gran Bretaña "no más revuelo que un tenor cantando en medio de una caldera".
Al final, todo se redujo al viejo juego del equilibrio de poder, mediante el cual los gobernantes de Gran Bretaña habían promovido una Europa dividida, sin importar el costo para Occidente, durante tres siglos. El inteligente, cortés y resbaladizo Gray dijo en una reunión de gabinete cuando la crisis de Sarajevo se calentó a ebullición: "Sería un golpe de suerte que los alemanes y los Slays se enfrentaran entre sí". Prudentemente había añadido: "El juego podría volverse peligroso".

Algunas voces advirtieron sobre los peligros del crecimiento del superestado zarista. House había señalado el peligro de una Rusia demasiado poderosa, así como el valor de Alemania como amortiguador. El líder liberal, John Morley, uno de los ministros más rectos de Gran Bretaña, tenía la misma opinión. Preguntó:
"¿Qué pasaría si Rusia saliera victoriosa a largo plazo? ¿Has pensado alguna vez en eso? Si Alemania es derrotada y Austria es derrotada, no serán Inglaterra y Francia las que ocuparán el primer lugar en Europa. Será Rusia . ¿La civilización occidental obtendrá alguna ventaja de eso? "
Stalin finalmente respondería a esa pregunta en 1945.
A pesar de los argumentos a favor de la no intervención, el gobierno de Asquith estaba dominado por el temor de ofender a los regímenes de Francia y Rusia. Gray se olvidó de comunicarse con los alemanes hasta el final de la negociación de la paz porque, en sus palabras, "prefiero abstenerme de enviar cualquier comunicación oficial, escrita o verbal, por temor a ofender a los franceses y rusos, en caso de que alguno de ellos se entere". de la cuestión." Lo volvió a decir a su gabinete: "Inglaterra debe actuar necesariamente con prudencia por temor a ofender los sentimientos de Francia y Rusia".

Por temor a ofender a los miembros de una alianza defensiva en la que Gran Bretaña era indiscutiblemente el miembro clave, 947.000 hombres de las Islas Británicas irían a la muerte.
Las últimas y quiméricas esperanzas de paz del káiser Guillermo, con Inglaterra como con Rusia, se redujeron al monarca reinante. En Gran Bretaña fue George V, primo de Wilhelm, descendiente de una familia real que no se destaca por sus poderes de intelecto. George era una mediocridad decorosa, tímida y un poco engañosa, una frágil esperanza de defender la paz, sobre todo en una nación en la que los poderes del soberano estaban tan cuidadosamente circunscritos.
Hemos notado el fiasco de la promesa de Jorge V al hermano menor de Wilhelm, el príncipe Enrique, afirmando claramente que Gran Bretaña observaría la neutralidad. Aunque Wilhelm estaba fuera de sí de alegría cuando recibió la noticia ("¡Tengo la palabra de un rey!"), Churchill, como hemos visto, ya tenía la flota navegando hacia el Canal.
El 29 de julio de 1914, Gray envió por el embajador de Alemania, el príncipe Lichnowsky, para sacudirlo con este mensaje:
"Debe temerse una catástrofe europea de un día para otro. Si el conflicto se limita a uno entre Austria y Rusia, Inglaterra podrá hacerse a un lado; si no, Inglaterra ya no estará en condiciones de permanecer neutral indefinidamente . "
Continuó: "Está lejos de mi pensamiento expresar una amenaza. Simplemente deseo evitarle un engaño y evitar, por mi parte, el reproche de haber sido falto de sinceridad".

A pesar de todas las protestas de sinceridad de Grey, había enviado mensajes a todas las embajadas informándoles del virtual final de la neutralidad británica incluso antes de recibir a Lichnowsky.
Esa noche, Asquith le dijo a su esposa que había enviado telegramas a todas las partes del imperio, informando a los gobiernos y administraciones que se prepararan para la guerra. Wickham Steed, editor del Times, regresó a su oficina de una entrevista confidencial con el gabinete con las palabras "Todo está perdido" en sus labios. Para el ex primer ministro, Arthur James Balfour, la visión de los transeúntes paseando por la calle Cockspur fue amarga. "La guerra se precipita sobre ellos", se dijo.

Wilhelm II recibió el informe de Lichnowsky sobre su conversación con Gray con indignación y desató una serie de ricas imprecaciones contra la pérfida Albion. Sin embargo, recuperó rápidamente su equilibrio y comenzó a estudiar qué medidas quedaban para mantener la paz. Sabía de la movilización en curso de Rusia, pero las maniobras de Poincaré eran todavía un secreto. Su última carta siguió siendo la improbable intervención de su primo, George V.

Ese soberano estaba durmiendo cuando su primer ministro, Asquith, pidió ser recibido. El rey, una vez despertado, se puso la bata y se dedicó a responder al pedido de neutralidad de su primo en términos con los que sus ministros pudieran estar de acuerdo. El texto del telegrama contenía una última esperanza de paz.
El embajador alemán informó a Berlín que Gray había prometido no intervenir si Alemania no atacaba a Francia, y pidió una declaración alemana al respecto. Lichnowsky informó a su gobierno que se lo había prometido a Gray, ya que estaba autorizado, y que Gray comunicaría la declaración al gabinete.
Sin embargo, un telegrama sólo tiene valor cuando se recibe. Lichnowsky solo pudo enviarlo desde Londres la mañana del 1 de agosto, después de un retraso de diez horas, y llegó a Berlín otras cinco horas después. Las quince horas desperdiciadas parecen casi con certeza explicadas por las tácticas dilatorias de la facción anti-alemana en el gobierno de Asquith y en el establishment británico. Sin embargo, cuando finalmente llegó la noticia, pareció una oportunidad providencial para evitar la guerra.
Sin embargo, cuando se telegrafió al embajador británico en París, Sir Francis Bertie, la noticia del aparente cambio de política del gobierno británico, el embajador no informó al gobierno francés. Bertie, un partidario de las políticas de Poincaré, estaba en abierta rebelión contra su gobierno. A medida que pasaban las horas y el telegrama seguía sin ser entregado, el gobierno británico hizo un repentino zigzag en su curso, como había hecho tantas veces en el pasado. Esta vez fue Jorge V, último depositario de las tenues esperanzas de paz en Europa, quien fue arrojado por la borda.

CAPITULO XVI

Gran Bretaña al borde

El káiser Wilhelm recibió la noticia de la oferta de neutralidad británica mientras cabalgaba en una magnífica cabalgata desde su palacio en Potsdam hasta el palacio en Berlín. El káiser estaba resplandeciente con su uniforme militar completo, su esposa junoesca a su lado en el carruaje abierto vestida con un impresionante vestido púrpura. Mientras los vítores de los berlineses resonaban en el

A la entrada del palacio, el canciller Bethmann-Hollweg y su subsecretario de estado, Jagow, se apresuraron a traer el telegrama.
Al leerlo rápidamente, el Kaiser exclamó con alegría: "¡Un poco de champán! ¡Esto se merece champán!"
Solo un hombre en el palacio refrenó su entusiasmo. Cuando Wilhelm lo agarró por los hombros y le dijo que detuviera el avance del ejército hacia el oeste, el general conde von Moltke palideció. Tartamudeó: "¡Pero eso es imposible! ¡Todo el ejército se hundiría en una terrible confusión y no tendríamos ninguna posibilidad de ganar la guerra!"
De hecho, era cierto: se avecinaba un desastre espantoso. La bien engrasada máquina de guerra alemana estaba entrando en acción. Cientos de miles de soldados subían a trenes que iban a partir hacia el oeste. Los conductores esperaban la señal final. Cada estación tenía su plan; cada ingeniero sus instrucciones precisas; todos los horarios se habían determinado con mucha antelación. Ahora, a von Moltke se le había ordenado no solo detener el movimiento hacia el oeste, sino también darle la vuelta por completo: los ejércitos de Alemania debían avanzar hacia el este contra Rusia.

Las protestas de Moltke fueron inútiles. Le dijo a su emperador: "Si no puedo marchar contra Francia, no puedo asumir la responsabilidad de la guerra", a lo que Wilhelm respondió: "¡Tu tío me habría dado una respuesta diferente!" Moltke estaba visiblemente perturbado; en la oficina de su ayudante de campo sufrió un colapso. Sin embargo, transmitió la orden del Kaiser a la vanguardia de las fuerzas alemanas, la 17ª División, que estaba a punto de avanzar hacia el neutral Gran Ducado de Luxemburgo y cruzar a Francia.
Antes de que la orden de Moltke pudiera entrar en vigor, varias unidades de la vanguardia del XVII habían cruzado la frontera. Eran las siete de la tarde y sesenta soldados alemanes se estaban apoderando de la estación de ferrocarril de la pequeña ciudad de Trois Vierges y arrancando las instalaciones telefónicas y telegráficas. Media hora más tarde, mensajeros alemanes frenéticos pudieron llegar hasta la pequeña vanguardia y traerlos de regreso al otro lado de la frontera, después de decirles a los acosados luxemburgueses que todo había sido un lamentable error.

¿Podría mantenerse la frágil tregua? Esa noche, Wilhelm telegrafió su respuesta a los británicos. Informó al gobierno de Asquith y al rey Jorge que, si bien no podía detener la movilización de Alemania en ninguno de los frentes, se abstendría de atacar a Francia si esa nación prometía su neutralidad, garantizada por los británicos.
Unas horas más tarde llegó un mensaje aplastante del rey Jorge: la oferta anterior de Gran Bretaña no había sido más que el resultado de "un malentendido". El texto decía:
"En respuesta a su telegrama que acabo de recibir, creo que debe haber algún malentendido con respecto a una sugerencia hecha durante una conversación amistosa entre el príncipe Lichnowsky y sir Edward Gray esa tarde cuando estaban discutiendo cómo un combate real entre el alemán y Los ejércitos franceses podrían evitarse mientras todavía hubiera alguna posibilidad de acuerdo entre Austria y Rusia. Sir Edward Gray se comprometerá a ver al príncipe Lichnowsky mañana por la mañana temprano para ver si hay un malentendido de su parte ".
¡Otro golpe impresionante! Por segunda vez en cuestión de horas, los preparativos militares de Alemania se trastornaron. A las siete en punto, el impulso había cambiado de oeste a este. Ahora, a las once, los ejércitos tenían que girar pesadamente hacia el oeste de nuevo.

El káiser, que se había retirado por la noche, tuvo que ser levantado de la cama. Sentado al borde de la cama en sus cajones, notó la vergüenza de Moltke y se echó un abrigo militar sobre los hombros. Le dijo a su jefe de personal: "Ahora puedes seguir tu propio

consejo. Marcha sobre Luxemburgo. »El ejército alemán se había quedado medio día por detrás del francés.
Mientras tanto, al otro lado del Canal, Churchill se había encargado de movilizar a toda la Royal Navy. A pesar de la falta de autorización del gabinete, Gray apoyó al Primer Lord del Almirantazgo. Confió a Churchill que les había dicho a los franceses que Gran Bretaña no permitiría que la flota alemana entrara en el Canal de la Mancha. Todo esto mientras Wilhelm se regocijaba al recibir la oferta de paz de Jorge V.

Al superar la resistencia de una parte importante del público británico a una intervención en la guerra en el continente, la facción de guerra británica y la diplomacia francesa habían vencido a algunos enemigos poderosos. Los intereses sustanciales del gran capital, incluidos los banqueros de inversión judíos, liderados por los Rothschild, por sus propias razones no estaban ansiosos por la participación británica. Las voces liberales, particularmente poderosas en la prensa, se opusieron con fuerza a cualquier alianza con la Rusia zarista.
Sin embargo, la hábil diplomacia de Poincaré, representada en Inglaterra por el embajador Jules Cambon, había eclipsado fácilmente a la de los alemanes, al igual que el Paléologue de San Petersburgo había relegado al Pourtalès alemán al papel de espectador indefenso. Cambon era experto en avivar los vacilantes temores de Grey sobre el íncubo del "pangermanismo", y se atrevió a enfrentarse a Gray cuando éste trató de tratarlo con condescendencia. Paciente, intrigante, fue capaz de sonsacarle a Gray la crítica promesa de que Gran Bretaña no permitiría que ningún barco alemán entrara en el Canal de la Mancha.
Por el contrario, el alemán Lichnowsky, una caricatura de un dandy anticuado, era ineficaz y poco inspirador, más apto para tomar el té con el grupo de duquesas ancianas que él y su esposa cultivaban que para presentar enérgicamente la política de su país a los británicos. Como sus colegas en Rusia, terminó llorando por el estallido de la guerra, mientras su esposa lloraba en los brazos de la Sra. Asquith.

En la crítica reunión del gabinete del 2 de agosto, el liberal Lord Morley, el señor presidente, un oponente de la guerra, había puesto sus cartas sobre la mesa desde el principio. "Winston, te vamos a ganar, ya sabes", comentó amablemente.
Churchill simplemente sonrió. Sabía de la promesa de Grey a Cambon y sabía en qué dirección soplaba el viento. Luego preguntó: "¿Qué respuesta debería haber dado Gray a Paul Cambon, el embajador de Francia, cuando preguntó qué haría Inglaterra si la flota alemana atacara los barcos o puertos franceses en el Canal de la Mancha?"
Uno por uno, los ministros respondieron. Morley y sus aliados hablaban con poca fuerza, mientras que Asquith, Gray y Haldane, el Lord Canciller, presentaban sus argumentos enérgicamente. Uno tras otro, los liberales opositores a la guerra retrocedieron, varios ofreciéndose a dimitir, mientras oportunistas como el astuto David Lloyd George calculaban los beneficios de un cambio de postura.
En la mañana del día 3, Morley había dimitido, junto con otros tres ministros. Lloyd George, habiendo "bebido de ese pozo de entusiasmo marcial", en la frase de Churchill, se quedó. El gabinete optó por la guerra, pero no de buen humor. Quedaba por convencer a la Cámara de los Comunes.
El discurso de Grey ante Commons el 3 de agosto fue una obra maestra del disimulo. Fingiendo ignorar los detalles del tratado que unía a Francia con Rusia, se concentró en la supuesta amenaza para Gran Bretaña planteada por los barcos alemanes que fluían hacia el Canal de la Mancha. Le dijo a la Casa:

Mi punto de vista personal es el siguiente: la flota francesa está en el Mediterráneo. Las costas del norte de Francia están absolutamente desprotegidas. No podemos quedarnos al margen con los brazos cruzados si una flota extranjera viene a bombardear estas costas desprotegidas.

Luego informó a los Comunes de su hecho consumado del día anterior: la promesa a Cambon. Según Malcolm Thomson, "Nadie dijo una palabra. Si alguien en esa vasta audiencia que escuchaba a Sir Edward se oponía a este chantaje moral, él guardaba silencio".
Solo Ramsay MacDonald, jefe del Partido Laborista, futuro primer ministro, planteó una duda. "Le ofreceríamos nuestras vidas si el país estuviera en peligro. Pero él no me convenció de que lo sea".
Se levantó la sesión, con Gran Bretaña al borde del abismo. En unas pocas horas, habría un nuevo atractivo para los ministros vacilantes y los diputados.

CAPITULO XVII

"La locura más colosal ..."

El avance de las tropas alemanas a través del territorio belga proporcionaría a los traidores liberales como Lloyd George una ocasión para la piadosa indignación que era típica del establishment británico. Los líderes británicos sabían bien que la única estrategia posible de Alemania contra Francia requería la violación de la neutralidad de Bélgica. Gran Bretaña no era ajena al uso de la fuerza y la derogación de tratados para promover el objetivo de su élite, en todas partes, desde Irlanda hasta Hong Kong. Francia había violado o planeado violar la soberanía de Bélgica veinte veces a lo largo de su historia.
El hombre más preocupado, el rey Alberto I de Bélgica, azotaba a Poincaré después de la guerra con estas palabras: "Le tengo mucho cariño al señor Poincaré, que sigue hablando como si toda la ambición arrogante y el mal estuvieran de un lado, mientras que sólo un Hace unos días declaró que era sólo debido a su 'veto' que el estado mayor francés no había invadido Bélgica en 1914, ¡y que lo lamentaba profundamente! "
De hecho, Alemania se vio acorralada entre dos gigantes a punto de aplastarla. The Manchester Guardian tuvo el valor suficiente para escribir el 3 de agosto de 1914:
"No emitiremos juicios severos sobre lo que hace un hombre o una nación cuando se trata de una cuestión de vida o muerte".

Por imprudente que hubiera sido el káiser Wilhelm II en su elección de palabras, había hecho todo lo que estaba en su poder para evitar una guerra, mientras Churchill y sus aliados se esforzaban incesantemente por provocar un sangriento conflicto que dejaría a Europa postrada. A instancias suyas, en la tarde del 3 de agosto, a las siete de la tarde, el embajador de Gran Bretaña, Sir Edward Goschen, se presentó en la oficina de Bethmann-Hollweg en Berlín y exigió que Alemania respetara la neutralidad belga retirándose del país, so pena de guerra con Great Bretaña.

A la mañana siguiente, en Londres, Lichnowsky recibió su pasaporte y la declaración de guerra del Reino Unido al mismo tiempo. El documento declaraba que el Imperio Alemán había declarado la guerra a Gran Bretaña, una completa incorrección de la

verdad, lo que supuso una apresurada sustitución del documento corregido por el inexacto por parte de un secretario de la Cancillería.

El día 4, el Manchester Guardian publicó un llamamiento de página completa de la Liga por la Neutralidad sobre el tema: "Ingleses, cumplan con su deber y mantengan a su país fuera de una guerra malvada y estúpida".
La Sra. Asquith señaló que "Winston Churchill se veía muy feliz". El general Sir Henry Wilson predijo: "En cuatro semanas estaremos en Elsenborn".
"Tres semanas", replicó el general francés Berthelot.
Mentes más perceptivas estaban haciendo otras predicciones. Josiah Wedgwood profetizó: "Verás algo mucho más importante que una guerra europea. Verás una revolución".
Ante la Duma rusa, un oscuro delegado llamado Kerensky gritó: "Después de que hayas defendido a tu país, lo liberarás".
En el extremo norte de Siberia, a orillas del Yenisei, un presidiario colocó trampas para zorros y ratones de campo en la nieve. Sin que nadie en Occidente lo supiera, se hizo eco de los sentimientos de los izquierdistas en la Duma: "La guerra del zar será la buena fortuna del proletariado". Su nombre, entre los revolucionarios, era Josef Stalin.
Los hombres que liderarían la "Revolución de Octubre" habían salido de Rusia y vivían en el extranjero, mirando y esperando. Lev Davidovich Bronstein, alias Trotsky, vivía en Viena. Advertido por el socialista austríaco Viktor Adler de que sería internado al día siguiente, huyó a Suiza el 3 de agosto. Pronto se le uniría Vladimir Ilich Ulyanov, alias Lenin, en ese momento refugiado en la Polonia austríaca. Lenin pasaría la mayor parte de la guerra viviendo frente a una fábrica de salchichas en Zurich. Desde allí partirá en marzo de 1917 hacia la revolución y la historia mundial.

La gran mayoría de los europeos pensó poco en la posibilidad de un cataclismo político y social provocado por la guerra. Las masas marcharon hacia la masacre con el patriotismo en la cabeza y el salvajismo en el corazón. Años después de la carnicería, la mayoría de ellos no se enterarían. Como exclamaría el eminente senador francés d'Estournelles ante la Corte Internacional de La Haya en 1921: "Nuestra opinión pública ha estado tan saturada de mentiras oficiales que la gente no puede despertar a la luz y ver la verdad de una vez". ¡No lo creería! "
Ya en octubre de 1916, Woodrow Wilson escribiría: "La singularidad de la guerra actual reside en el hecho de que su origen y sus objetivos nunca han sido revelados. La historia tendrá que buscar mucho tiempo para explicar este conflicto" (Bullitt, presidente Wilson, pág.280)
Pero Wilson también llevaría a sus compatriotas como lemming a la carnicería.

Naturalmente, los vencedores tenían pocas ganas de ver expuesta la red de maniobras subterráneas y las descaradas mentiras que habían dicho para llevar a sus pueblos a la guerra. Tampoco deseaban ver revocada la dura paz que imponían a los derrotados, para que no se les negaran los miles de millones de marcos en reparaciones que habían planeado exigir. "Si se prueba la inocencia de los alemanes", preguntó Poincaré, "¿por qué iban a querer pagar los daños de guerra?"
Sin embargo, no mucho después de la guerra, un creciente consenso de eruditos honestos, tanto de las naciones victoriosas como de las vencidas, desmentiría las afirmaciones de la culpa exclusiva de Alemania, que se había incorporado al Tratado de Versalles, así como a la pretensión de la inocencia francesa, británica y rusa. En su propio país, el historiador francés Fabre Luce pronunciaría el veredicto, "Francia se aisló en una mentira".

El 4 de agosto de 1914, todos los actores se dispusieron en el escenario de Europa, los justos mezclados con los injustos, los ingenuos con los falsos. Primero, el zar, con la cabeza inclinada, los ojos vidriosos y adornado con cintas; no era responsable de mucho; no era más que el testaferro de los tizones pan-eslavos: los grandes duques, los Sazonov y un montón de sinvergüenzas certificados como Izvolsky y Hartwig. Al lado de la monarca rusa, la tsaritsa a menudo gruñona en su tocón, las hijas adultas de buen aspecto afligidas por la histeria y una niña hemofílica, todos los cuales, golpeados por la desgracia, pagarían, en 1918, la trampa ruso-serbia de junio. El 28 de noviembre de 1914 al ser horriblemente masacrado por un escuadrón de asesinatos bolchevique.

Enfrente, con su casco de águila emplumada, estaba Wilhelm II, que había sido más implacable que nadie en sus esfuerzos por prevenir la guerra. Sería arrojado a la basura de la historia como chivo expiatorio, como leproso al que apedrear y acusar de los crímenes de los verdaderos instigadores.

Al fondo, artísticamente borroso por la niebla, el último en llegar fue el británico George V, que carecía de valor, de pie junto a Churchill, que lo tenía para quemar y que olfateaba la batalla como si se preparara para disfrutar de una sabrosa y suntuosa comida.
El macizo Pashich, siempre cauteloso, escondía el revólver de Sarajevo bajo su sucia barba.

Un francés solitario, el más brillante de los franceses, el futuro mariscal Lyautey, había retrocedido, horrorizado al ver el espantoso espectáculo que estaba a punto de comenzar.
"Están completamente locos", había exclamado al recibir la orden de París de estar listo para la acción a gran escala. "Una guerra entre europeos es una guerra civil. ¡Es la locura más colosal que jamás haya cometido el mundo civilizado!"
El cruel tratado de Versalles impuesto a Alemania llevaría finalmente a la cancillería de esa nación, el 30 de enero de 1933, un soldado de infantería voluntario de 1914. Lo elevaría al poder y traería la secuela. Esa secuela sería la Segunda Guerra Mundial, fruto maldito e ineludible de la Primera Guerra Mundial.
Pero antes que todo lo demás estaban los dos tiros de revólver de Sarajevo. Destruyeron para siempre un mundo entero.

La falsa "guerra del derecho"

CAPITULO XVIII

El camino a Francia

El 4 de agosto de 1914, varios ulanos alemanes, con banderines blancos y negros ondeando en la punta de sus lanzas, cruzaron hacia territorio belga. Su paso no pasó desapercibido. En un matorral cercano, un vigía belga garabateó apresuradamente algunas palabras en una hoja de su cuaderno y luego pegó su mensaje a la pata de una paloma mensajera. El pájaro echó a volar, rodeó la espesura una vez y luego se dirigió a Lieja. La Primera Guerra Mundial estaba en marcha.

Los campos rivales estaban seguros de que habían anticipado todo a la perfección. Sin embargo, no sucedería absolutamente nada, tal como se había establecido en los meticulosos planes del Estado Mayor. Los franceses no tomarían Berlín, ni los rusos. A los alemanes se les negaría París. Aunque cada bando se abalanzó sobre su oponente, seguro de la victoria en dos meses, dos meses después los rusos se tambalearían derrotados de Prusia Oriental, y los alemanes y franceses estarían cavando las trincheras en las que estarían enterrados durante cuatro años, en medio de una mar de barro y decenas de miles de cadáveres podridos. De vez en cuando, cualquiera de los bandos montaba una ofensiva, desperdiciando cientos de miles de vidas en ambos bandos, pero el empuje se apagaba después de unos pocos kilómetros.

Para el 1 de noviembre, los rusos, que habían traído sus uniformes de gala para el desfile triunfal por Berlín, habrían perdido a la mitad de sus hombres. Su artillería se quedaría sin municiones y gran parte de su infantería estaría armada con garrotes en lugar de rifles. Tres años más tarde, el rostro austero y aristocrático de su gobernante, el zar, sería reemplazado por los rasgos no rusos de Vladimir Lenin. Con el zar iría el antiguo orden de la Rusia cristiana, sumergido bajo un maremoto de banderas rojas.
Antes de Sarajevo, el ministro de guerra ruso había predicho con aire de suficiencia: "Una pequeña guerra agradable nos ahorraría una revolución". Al final, serían Lenin y sus secuaces bolcheviques quienes preservarían a los grandes duques de sus propiedades, a los financieros sus ganancias y al pueblo ruso sus libertades.
En Europa Central, una revolución idéntica estaría a punto de triunfar. Francia apenas lograría escapar de ella en el momento de los motines de 1917. Alemania soportaría la peor parte de la estocada roja durante el invierno de 1918-1919, inmediatamente después de su derrota. El corazón de Europa estaba al borde de la sovietización en esos días oscuros, incluso cuando los oportunistas victoriosos de Versalles lo destrozaban.

Apenas un hombre en Europa hubiera soñado con tal desenlace en ese bochornoso cuatro de agosto de 1914, cuando la paloma mensajera se alejó de la espesura, gris-dorada en el resplandeciente amanecer, mientras los banderines de los invasores revoloteaban sobre el trigo amarillento. campo en los últimos momentos de paz.
Alemania, mientras marchaba hacia el oeste, desplegó una máquina militar poderosa y bien engrasada. La estrategia alemana se había trazado, en todos sus detalles, con meticulosa exactitud. El ejército alemán abriría un surco largo y recto a través de Bélgica y luego descendería hacia el sur entre el Escaut y el Mosa, en dirección al Marne y París. El avance se había cronometrado de antemano con la misma precisión que las etapas de la carrera ciclista "Tour de Francia". En treinta días, los alemanes entrarían en París y el káiser dormiría en el palacio de Versalles, mientras que un millón o dos de prisioneros avanzarían lentamente en filas ordenadas hacia los campos de recepción al otro lado del Rin.
Los ejércitos alemanes no eran más fuertes que los de Francia y Gran Bretaña que se oponían a ellos. El mito de la superioridad militar alemana en el frente occidental fue derribado por el general Mordacq, ex secretario en jefe de Georges Clemenceau, en su libro Légendes de la Grand Guerre. Las fuerzas respectivas en agosto de 1914 eran las siguientes: 78 divisiones de infantería francesas frente a 76 alemanas; 4.582 piezas de artillería francesa por 4.529 cañones alemanes; 2.260 ametralladoras francesas contra 1.900 alemanes. En personal y material, ninguno de los bandos poseía una ventaja decisiva.

El avance de los ejércitos franceses hacia el este había brillado con tanta extravagancia como el sol de esas semanas de cosecha. En ese momento yo era un niño pequeño, de ocho años, y todavía puedo ver a los bretones, los parisinos, los hombres de Provenza marchando por la carretera de Francia. La carretera atravesaba las afueras de mi pequeña ciudad natal belga, Bouillon, a lo largo del

El río Semois y los valles boscosos resonaban con la cadencia marcada por los tamborileros que marchaban de ocho en fila.
Una tras otra, las unidades se detuvieron a lo largo de las orillas del Semois y acamparon bajo los ciruelos. Durante dos semanas fue como una fiesta, mientras los cocineros preparaban patatas fritas sin escalas y las canciones de Botrel, el gran bardo francés de aquellos días, resonaban en pianos traídos de las casas de los vecinos. Soldados y civiles paseaban bajo los carpes a lo largo del río o bailaban la farándula, desprovistos de preocupaciones.

De vez en cuando, un oficial preguntaba por los misteriosos bosques que se extendían hacia el este más allá de nuestro pequeño valle. A pesar de que durante años los líderes de Francia habían conspirado con el gobierno zarista de Rusia para iniciar una guerra contra los alemanes, su ejército no tenía mapas de carreteras. A los niños se nos encomendó la tarea de arrancar los mapas de montones de libros de itinerarios ferroviarios, a los que nos aplicábamos concienzudamente.
Pero, ¿de qué servirían realmente? Ningún tren cruzaba nuestra región y los mapas indicaban solo las líneas del ferrocarril, no las carreteras; nuestra región estaba representada solo por un espacio completamente en blanco.
Viajábamos poco en esos días. La colina que limitaba nuestro valle al este se llamaba Point du Jour (Amanecer). Allí comenzó nuestro mundo. La colina que cerraba el valle por el oeste se llamaba Le Terme (El Fin). Allí terminó Nuestro mundo. Más allá estaba lo desconocido, el espacio en blanco en el mapa. Pero era allí donde las decenas de miles de soldados franceses que habían estado ocupando nuestro distrito desde principios de agosto tendrían que marchar para encontrarse con los alemanes. Pero nadie pensó en el mañana; cantaron y se bañaron en el río; fueron unas espléndidas vacaciones para las tropas francesas.

Hubo dos o tres pequeñas alarmas. En varias ocasiones se vio a unos cuantos ulanos bajando entre los miles de robles hacia nuestro pequeño pueblo. Desaparecieron rápidamente. Debían tener mapas que mostraban más que espacios en blanco, porque usaban senderos forestales que apenas eran conocidos incluso por nuestros leñadores. Los alemanes que acechaban, sus cascos puntiagudos sobresalían de las ramas, tenían que ser motivo de preocupación. ¿Por qué se aventuraron tan lejos de su propio país? La amplia extensión de las Ardenas belgas y todo el Gran Ducado de Luxemburgo se encontraba entre Alemania y nosotros. Aquí estaban en nuestra puerta. ¿Por qué nuestros franceses no fueron a recibirlos? ¿Qué era la guerra de todos modos?

El 15 de agosto de 1914 fuimos testigos de un gran espectáculo. Un avión alemán había venido a bombardear a las tropas francesas acampadas en nuestra pequeña ciudad. Todos nos apresuramos hasta un gran túnel excavado en la roca sólida bajo el enorme castillo medieval donde había vivido Godefroy de Bouillon, el líder de la Primera Cruzada, hace casi mil años. Con los ojos muy abiertos, observamos el bombardeo aéreo desde la entrada. ¡Unas piedras fantásticas caían del cielo y rebotaban en los grandes adoquines azules! Tiempos felices aquellos en los que un hombre se contentaba con arrojar buenas piedras honestas a su aterrorizado enemigo.
La trama se hizo más espesa. Apareció un avión francés, uno de los 140 poseídos por Francia en 1914. Fui testigo del primer combate aéreo de mi vida. El alemán comenzó a disparar un rifle de caballería corto, al igual que el francés. Se volvieron y volvieron a lanzarse el uno contra el otro, disparando sus armas y luego volviéndose a dar la vuelta rápidamente. Por fin cesó el fuego de los rifles, se agotó la munición y ninguno de los bandos había infligido daño alguno. Los dos héroes desaparecieron en el horizonte. Salimos del túnel orgullosos de haber presenciado un evento tan memorable.
Once días después del comienzo de la guerra, las cosas no cambiaron. Ningún periódico belga había llegado a Bouillon desde el 4 de agosto. Unos pocos oficiales franceses tenían periódicos de su

país, sin embargo, y nos resumieron la noticia. Los alemanes, explicó el Intransigeant del 14 de agosto, se estaban rindiendo a cualquiera que les diera una rebanada de pan con mantequilla. Sus cartuchos y proyectiles no valían nada, nunca mataron a nadie. Los cosacos rusos estaban a sólo cinco días de marcha de Berlín, según Le Matin. Los alemanes se derrumbaban por todas partes. El príncipe heredero se había suicidado. Solo en Lieja habían hecho prisioneros a cuarenta mil prusianos.
¿Consistiría la guerra en comer montones de patatas fritas? Todo el mundo parecía pensar eso en nuestro pequeño valle.

Esas primeras semanas despreocupadas no cuadraron mucho con la moral que había conmovido al pueblo francés durante cuatro años antes de la guerra, la emocionante leyenda marcial de Alsacia-Lorena. Desde 1870 sus dirigentes políticos ensalzaban la guerra ofensiva, el "momento divino" de M. Poincaré. Luego vinieron dos semanas de vacaciones tranquilas. Los oficiales franceses que se dirigían a Berlín no enviaban patrullas de reconocimiento; ni una vez en quince días llevaron a cabo un solo ejercicio para mantener a las tropas en su temple.
Desde esos días he participado en grandes batallas en la Rusia soviética entre 1941 y 1945, y he comandado unidades importantes. Todavía me tomo la cabeza entre las manos cada vez que pienso en esa guerra de mi infancia, en 1914, en la que los futuros combatientes se contentaban con contemplar la guerra como si vieran las truchas que fluyen desde lo alto de un viejo puente. ¡Haber deseado tanto la guerra, tenerla al alcance de la mano desde principios de agosto de 1914, y luego sentarse hacinados en un valle perdido en las profundidades de un gran bosque durante dos semanas! ¿A qué estaban esperando?
El 20 de agosto de 1914, finalmente sonó el gran llamado a la batalla. De repente, las cornetas estaban llamando a las unidades para que se formaran y se fueran. El Cuarto Ejército Alemán, bajo el mando del Duque de Württemberg, había cruzado las Ardenas enteras, avanzando a veinte kilómetros de nuestro oscuro valle. Cargados con enormes mochilas, nuestros agradables amigos de vacaciones, entre quince mil y veinte mil de ellos, marcharon alegremente para luchar en nuestras montañas, oficiales a la cabeza, armados con nuestros inútiles mapas ferroviarios.
Durante unas horas, nuestra pequeña ciudad de Bouillon pareció extrañamente desierta y silenciosa. Todos miraron el cielo hacia el este. Allí era donde tenían que estar los prusianos. Esa tarde, los fuertes sonidos de los disparos de artillería comenzaron a retumbar en el cielo distante, como tormentas.
No fue hasta el amanecer siguiente que vimos los primeros carros que bajaban de los bosques seguidos por las Ardenas. Sobre los toscos tablones yacían carros de cosecha heridos, conducidos por soldados franceses, muy apiñados. Algunos de ellos, por falta de vendajes, se habían enyesado con tierra en las heridas para detener el sangrado. Tal era el cuerpo de ambulancias de un ejército que se había estado preparando para una guerra ofensiva durante cuarenta años. Ni siquiera había una tienda de campaña para albergar a los heridos. Los supervivientes manchados de sangre fueron descargados en el antiguo asilo municipal, donde no había nada disponible excepto la ropa de cama hecha jirones de nuestras madres. Al anochecer, varios miles de hombres se habían apiñado en el edificio. Los heridos contaron con menos severidad cómo el enemigo los había hecho pedazos.
La mañana anterior habían llegado completamente exhaustos a un pueblo llamado Maisin. Los alemanes los estaban esperando, escondidos justo en el borde de los robledales, avistando sus ametralladoras. Las tropas francesas habían cargado con sus pantalones rojos por los campos vecinos, los pequeños campos de nuestros pobres compatriotas, rodeados de apretados alambres de púas que caminaban heridos contaban cómo el enemigo los había hecho pedazos.
La mañana anterior habían llegado completamente exhaustos a una aldea donde los muertos serían enterrados en una fosa común. A lo largo de las Ardenas, una de las fronteras de Francia, había sucedido lo mismo. El conocido escritor Henry Psichari había caído en uno de nuestros bosques, cerca de Rossignol, espada en mano, con un rosario atado a la empuñadura. Muchos cuerpos

de hombres heridos que se habían arrastrado bajo el espeso follaje antes de morir, años después, serían encontrados bajo los profundos robles del bosque.
La retirada francesa fue tan desordenada como el fallido combate. A última hora de la noche del 23 de agosto de 1914, alguien llamó a nuestra puerta con fuerza. Corrí hacia mi madre, que abrió una ventana en el piso de arriba. Los soldados estaban tendidos en el suelo desnudo, despejados hasta el final de la calle, como si estuvieran muertos.
Sonó una voz, todavía puedo oírla, casi suplicante, la voz de un joven oficial. "¡El camino a Francia, madame!"
Ni él ni sus soldados conocían el camino de regreso a Francia.
Sin mapas. Sin reconocimiento. Comunicaciones inexistentes. Rendirse. Temor. Eso fue Francia en agosto de 1914. Un pueblo encantador, despreocupado, terriblemente chovinista que, gracias a una asombrosa falta de preparación, fue llevado a un espantoso estado de castración. En un mes, en el apogeo de la cosecha, setecientos mil franceses caerían, muertos o heridos.

Entonces se produjo un milagro de último minuto, porque fue un milagro: la reversión del Marne. La batalla fue improvisada e improvisada, a pesar de la cuidadosa planificación del Estado Mayor en Berlín. Salvaría París, de la que IV Poincaré, su gobierno y cinco mil parisinos ya habían huido presa del pánico.
La retirada había sido generalizada en todos los frentes.
En el frente de Lorena, lanzado por Joffre el 8 de agosto de 1914 en aplicación del plan XVII, las tropas francesas se habían creído amos de Mulhouse, pero el Séptimo Ejército alemán, escondido en el bosque del Hardt, las había atrapado. Casi rodeados, los franceses no tuvieron más remedio que batirse en retirada con toda la velocidad posible. En el Sarre y al norte de Verdún, los franceses sufrieron una derrota idéntica.
Joffre, el comandante en jefe francés, había cometido un grave error. Había subestimado la fuerza alemana en el frente occidental en un tercio. Dado que los franceses habían poseído el plan detallado del alto mando enemigo, el plan Schlieffen, durante ocho años, Joffre no tenía excusa. No había fortificado la frontera franco-belga al noroeste, entre el Mosa y el Mar del Norte, donde, como estaba escrito en blanco y negro, el ejército alemán planeaba atravesarlo en caso de guerra. En completo contraste, los esfuerzos de los ejércitos franceses se habían dirigido principalmente hacia el frente oriental, donde el plan prusiano no proyectaba ningún avance.
La obsesión por Alsacia-Lorena no solo confundió el pensamiento de Poincaré y los belicistas de su séquito, sino que también confundió al alto mando. Desprevenidos, mal comandados e inactivos durante quince días mientras el enemigo los acorralaba por todos lados, los ejércitos franceses no sólo sufrieron un terrible golpe en las Ardenas, sino que al mismo tiempo fueron despedazados en un segundo teatro, entre los Mosa y el Mar del Norte, en la gran batalla de Mons-Charleroi.

El general Lanrezac, natural de Guadalupe, que comandaba el ejército sixti en Mons, demostró ser un mal táctico, aunque había sido profesor de táctica en la Academia de Guerra.
No entendió por completo las tácticas del general von Kluck, el comandante del Primer Ejército Alemán, que debería haber sido un libro de instrucciones para él, como para Joffre, durante los ocho años anteriores. Los alemanes se precipitaron directamente a Bruselas, capturando la capital belga el 14 de agosto. El plan Schlieffen exigía entonces un gran barrido hacia el sur en dirección 0! París. Claramente, los alemanes pasarían al norte de Mons. El Segundo Ejército alemán, el del general von Bülow, atacó a Namur y Charleroi el mismo día. Lanrezac conocía la ruta del enemigo que avanzaba, y seguramente debe haber

sabiendo que corría el riesgo de ser atrapado entre von Kluck y von Bülow si no extendía su formación hacia la izquierda. Sin embargo, allí estaba, el 15 de agosto, marchando desde Phillippeville anc Marienbourg hacia el río Sambre y tomando posición allí como si el Segundo Ejército alemán fuera el único que existía.
Cuando comenzó la batalla el 21 de agosto, von Kluck pudo atacar en una zona prácticamente desprotegida por Lanrezac, en su ala izquierda, donde contaba con el apoyo de no más de cuatro divisiones británicas. Al día siguiente, el ejército de von Kluck se había abierto paso para ocupar Mons.
Un poco más tarde, Lanrezac fue flanqueado en el punto más externo de su ala derecha, esta vez por el Segundo Ejército de von Hausen, que había saltado a través del Mosa. Unas horas más tarde, Lanrezac se encontró virtualmente rodeado en Mezières. Ordenó una retirada desesperada. El desastre estaba a la mano.
"Ayer se confirmó el temor que me infundieron los días anteriores sobre la capacidad ofensiva de nuestras tropas en el campo", escribió el general Joffre a Poincaré.
No ocultó las razones.
"No tenemos más remedio que aceptar la evidencia; nuestro cuerpo de ejército, a pesar de su superioridad numérica, no mostró las cualidades ofensivas esperadas en el campo".
El general Joffre, a un pequeño costo, estaba limpiando su propio nombre a expensas de sus soldados. Lanrezac no había tenido la ventaja de números superiores en Charleroi. Joffre había calculado mal el largo y previsible movimiento del enemigo de tres ejércitos alemanes (von Kluck, von Bülow y von Hausen) contra Lanrezac, en lugar de solo uno. Moltke había dispuesto treinta divisiones alemanas contra catorce divisiones francesas, cuatro británicas y una belga (en Namur). Como hemos visto, los alemanes y los franceses dispusieron fuerzas aproximadamente iguales en el frente occidental. Lo esencial era que se desplegaran con prudencia. Aquí, el error del mando francés fue monumental.
Sin embargo, esa no fue la única explicación. En la batalla de las Ardenas belgas, las fuerzas francesas habían disfrutado de una ventaja numérica (160 batallones franceses contra 122 batallones alemanes) y, sin embargo, habían sido derrotadas allí, como en otros lugares, y casi aniquiladas.
"Ineptitud de los comandantes en el manejo de sus unidades. Falta de entrenamiento de tropas, ausencia de coordinación entre unidades que se mueven en paralelo. Estos, entre muchos hallazgos, presagian un mal futuro para el ejército francés". Ese fue el veredicto del historiador Marc Ferro (La Grande Guerre, p. 96).

Así fue el 24 de agosto de 1914 más de cien mil cadáveres redtrousered yacían en el bosque y en medio de los cultivos recién cosechados de las Ardenas y la zona entre el Sambre y el Mosa.
Los supervivientes se pusieron en marcha.
"El camino a Francia, señora."
Mientras un millón de soldados franceses huían hacia Francia, cuatro ejércitos alemanes se abalanzaron hacia el sur: el primero a través de Valenciennes, el segundo a través de Maubeuge, el tercero a través de Rethel y el cuarto a través de Sedan. Fueron apoyados en su ala izquierda por el Quinto Ejército, que bajo el mando del príncipe heredero, avanzaba a toda velocidad a través de Luxemburgo y Longwy. En menos de una semana habían cruzado el Oise y el Aisne, y el Primer, Segundo y Tercer Ejércitos alemanes habían cruzado el Marne. Von Kluck estaba a sólo una hora de un París casi desierto, que ignoró, atacando hacia el suroeste para unirse al Quinto y Séptimo Ejércitos del Príncipe Heredero Ruprecht de Baviera y el General von Heeringen, que bajaban del Saar y de Alsacia en dirección al Sena.

"En cinco semanas todo este asunto estará terminado", declaró von Moltke a finales de agosto.
Sin embargo, seis semanas después, sería él quien terminaría, sería despedido de su cargo y destrozado moralmente. Los ejércitos alemanes, tras una precipitada retirada, cavarían apresuradamente cientos de kilómetros de trincheras desde Nieuport hasta Verdun, interminables fosas de cadáveres en las que se estancarían durante cuatro años.
¿Por qué de repente, cuando parecía que no quedaba nada del gallo galo más que algunas plumas, el águila alemana, exultante de sus victorias, se detuvo en su cenit y luego retrocedió?

* * *

La batalla del Marne, por extraño que parezca, no se ganó en el Marne, sino a dos mil kilómetros al este, en las afueras de una pequeña ciudad alemana llamada Tannenberg, en Prusia Oriental.
Allí los rusos sufrieron un amargo revés. Pero al mismo tiempo que los alemanes derrotaron al zar, se derrotaron a sí mismos. Sin Tannenberg, no habría habido derrota en el Marne.
Primero las fechas: victoria alemana en Charleroi, 22-23 de agosto de 1914; Victoria alemana en Tannenberg, 26-29 de agosto de 1914. En los tres días intermedios, el general von Moltke cometería el error fatal que hizo posible la victoria francesa en el Marne diez días después.
Toda la estrategia alemana se basó, como hemos visto, en la eliminación del adversario en el oeste antes de enfrentarse al enemigo ruso en el este. Una guerra en dos frentes parecía impensable para Alemania. El ejército de Francia era igual en número al de Alemania, y el zar había movilizado cinco millones de soldados, una cifra que podría aumentarse a diez millones. La estrategia política y diplomática de la Tercera República de Francia durante un cuarto de siglo había consistido precisamente en encerrar a Alemania en el dilema de librar dos grandes guerras simultáneamente, lo que casi con certeza significaría perderlas a las dos simultáneamente. Una Alemania obligada a enviar la mitad de sus fuerzas a su frontera oriental debería ser derrotada en el oeste por los franceses, que habían sido excelentes soldados durante siglos. Estaba prácticamente condenada a la derrota si se enfrentaba a los ejércitos franceses superados en número por dos a uno. Incluso si Alemania pudiera sostener una guerra en dos frentes, una solución rápida en cualquiera de los dos frentes sería imposible. Una guerra larga requeriría materias primas que Alemania no poseía, mientras que los franceses y los rusos las tenían o podían importar.

El alto mando alemán, cada vez más inquieto por la creciente fuerza militar de los rusos y el crecimiento de su red estratégica de ferrocarriles, gracias a los préstamos franceses, en dirección a Prusia, había llegado a la convicción de que era imperativo que Alemania luchara solo una guerra a la vez.

* * *

¿Los rusos primero? ¿O los franceses primero?
No podían ser los rusos primero, porque los alemanes apenas habrían penetrado las vastas extensiones de Rusia - diez mil kilómetros entre el Báltico y el Océano Pacífico - antes de que los franceses desplegaran sus fuerzas contra un Rin que sólo estaba medio defendido. La movilización francesa, facilitada por una red ferroviaria excepcionalmente densa, se completaría, según el estado mayor, en diecisiete días. Inmediatamente después, con la oposición de un ejército alemán muy reducido, los franceses, sin mucha dificultad, pudieron

incluso poder llegar al palacio imperial de Berlín, como esperaba Poincaré, "para el día de Todos los Santos". Para von Moltke, permitir que tal avalancha azotara el Reich alemán sería un suicidio.
¿Debería ignorarse inicialmente el Frente Oriental? ¿Debería Alemania actuar sólo en el oeste y no oponerse al avance de los rusos hasta mediados de septiembre de 1914? ¿Dejar el suelo alemán indefenso contra la invasión rusa excepto con una simple pantalla de algunas divisiones durante las seis o siete semanas críticas? Sería necesario romper y destruir el frente francés en cuestión de semanas. Significaba correr un riesgo terrible.
Los únicos factores con los que Alemania podía contar razonablemente para compensar el peligro eran la inmensidad del territorio de Rusia, su red ferroviaria todavía inadecuada y sus miserables carreteras. Para transportar varios millones de hombres a lo largo de miles de kilómetros, junto con su equipo y enormes cantidades de material de guerra, especialmente artillería, Rusia llevaría un mes o más. Para cuando el enemigo ruso estuviera finalmente listo, se esperaba que el ejército alemán hubiera aplastado a los franceses y luego podría ser trasladado con fuerza a Prusia Oriental, o al menos al río Oder.
Fue con este escenario en mente que el general Schlieffen, jefe de estado mayor del alto mando alemán, había preparado su famoso plan, que, sin que nadie lo supiera en Berlín, había llegado a manos del ejército francés en 1906, gracias a un traidor. comprado por sesenta mil francos. Por lo tanto, los líderes de Francia conocían exactamente sus implicaciones estratégicas. Afortunadamente para los alemanes, este plan no había preocupado mucho al mando francés. Quizás no lo habían creído. El plan fue relegado por los franceses a un archivo de viejos registros polvorientos.
La historia está llena de oportunidades perdidas. Volvería a ocurrir en la Segunda Guerra Mundial: los franceses, belgas y holandeses, informados antes de la ofensiva alemana del 10 de mayo de 1940 por un general anti-Hitler y por la embajada holandesa en Berlín, no harían caso de la La advertencia, Stalin, habló del inminente ataque alemán del 22 de junio de 1941 con mucha anticipación por Churchill, inmediatamente antes por dos desertores, no tomaría en cuenta las advertencias. Hitler, a su vez, no actuaría sobre la información importante y detallada proporcionada por el espía turco, "Cicerón", sobre los futuros desembarcos aliados en Francia en 1944, información que Churchill había pasado a Stalin a través de la embajada británica en Ankara.
La inteligencia humana a menudo tropieza en la noche impuesta por su ceguera.

Es casi seguro que el letargo de los franceses liberó a von Moltke de un grave riesgo en agosto de 1914.
Sin embargo, había otro problema: la necesidad, que le parecía ineludible, de cruzar Bélgica para llegar a París. La realidad histórica ha sido que la desdichada Bélgica nunca ha sido respetada por nadie. Los líderes de la Revolución Francesa y Napoleón no le dieron más importancia que a uno de sus asignados. El propio general Joffre había declarado que una guerra contra Alemania era inconcebible a menos que los ejércitos franceses se precipitaran por el corredor belga. En 1940 pasaría lo mismo con Gamelin. En cierto modo, Bélgica forma un pasaje ineludible. Durante dos mil años los belgas han sido pisoteados por los romanos de César, los celtas y los alemanes, los normandos, los españoles, los austriacos, los franceses, los holandeses, los británicos de Wellington, los prusianos de Blucher, los cosacos de Alejandro I. pasarela del guerrero.

En agosto de 1914 se volvía a cruzar la pasarela belga. Cada vez, los invasores de Bélgica habían presentado buenas excusas.
La canciller Bethmann-Hollweg, a principios de agosto de 1914, estaba lo suficientemente preocupada por la difícil situación de Bélgica como para anunciar al Reichstag el primer día de la

invasión que Alemania repararía cualquier daño causado. Lo que no impidió en lo más mínimo que los británicos y los franceses, que habían hecho lo mismo varias veces, se arrancaran el pelo con una indignación hipócrita.
Los alemanes tenían una dura elección: ignorar los derechos de los belgas o frenar su ofensiva contra los franceses y perder la guerra. En escalas ponderadas con los destinos de naciones tan poderosas, los belgas no contaban mucho.
Al invadir Bélgica con tanta arrogancia (los uhlanes a la vanguardia), los alemanes dieron a los aliados la ocasión de levantar un gran estruendo de propaganda. Al mismo tiempo, permitieron que los imperialistas británicos se asignaran a sí mismos el virtuoso y casi inaudito papel de defensor de los oprimidos.
La única forma en que los alemanes pudieron librarse de las consecuencias políticas fue con una rápida victoria. A finales de agosto de 1914, todo les hizo creer que lo conseguirían. Los franceses habían estado huyendo durante una semana. Según el calendario de von Moltke, saldría victorioso a mediados de septiembre; entonces podría transferir sus fuerzas a Potsdam o Königsberg y dar el golpe final a los rusos.

Por peligroso que fuera este doble plan, podría haberse realizado si los rusos no hubieran comenzado a organizarse con semanas de anticipación con una premovilización y si von Moltke hubiera demostrado estar a la altura de la tarea en el momento de la gran decisión.
El audaz golpe de los alemanes en el oeste solo podría tener éxito si los franceses podían ser conquistados en treinta y cinco días. El 24 de agosto de 1914 esa victoria estaba a la vista. Los ejércitos franceses habían sido derrotados en todas partes en menos de tres semanas.
En Occidente, por tanto, la estrategia y la táctica alemanas estaban ganando.
En el este, por otro lado, y casi al mismo tiempo, las expectativas parecían desmoronarse. Los rusos habían sido astutos. Sus líderes conocían, incluso mejor que el Estado Mayor alemán, las deficiencias de su plan de movilización y la lentitud que imponían las distancias involucradas. También habían tratado de acortar las demoras recurriendo en gran secreto, como hemos revelado, a movilizaciones parciales de antemano. Cuando la guerra ruso-alemana comenzó en serio, se habían anticipado a los generales del Reich en varias semanas. Los generales rusos habían llevado a sus tropas siberianas a Occidente veinticuatro días antes.
Además, la camarilla pan-eslava había sido acosada todos los días por Poincaré, que deseaba ver a sus ejércitos en combate incluso antes de que hubiera enfrentado a sus propias tropas en las Ardenas y en Charleroi. Se quejó de la falta de colaboración del zar con respecto a la demora de un solo día:
"La ofensiva rusa que fue anunciada para esta noche (13 de agosto de 1914), y que iba a contribuir al alivio de nuestro frente, lamentablemente se pospuso hasta mañana o hasta el domingo por la mañana". (Poincaré, L'Invasion, p. 89).
El presidente francés envió al rescate a todos los posibles intermediarios.
"Sir George Buchanan fue encargado de señalarle a Sazonov que era de suma urgencia apoyarnos en la lucha contra Alemania, con M. Doumergue y nuestro estado mayor enfatizando el mismo punto de vista".
Ante tal insistencia, y aunque sólo habían concentrado una parte de sus tropas en la frontera, el 14 de agosto de 1914 los rusos entraron en territorio alemán dos o tres semanas antes de su horario. Al día siguiente, el 15 de agosto, los ejércitos rusos ya estaban avanzando profundamente en Prusia Oriental. El 20 de agosto de 1914, derrotaron a las escasas fuerzas del general alemán Prittwitz en Gumbinnen.

La situación era grave para Alemania, porque las tropas alemanas en el Este eran muy pocas. Constituían sólo una pantalla frágil, nueve divisiones en total, apenas una décima parte de las divisiones alemanas que, ese mismo día, se enfrentaron a los franceses en Bélgica.
Los rusos que se oponían a ellos, aunque no con toda su fuerza efectiva, eran tres veces más numerosos: veintinueve divisiones. Aun así, su superioridad sobre las nueve divisiones alemanas era cuestionable. Los habían puesto en acción con demasiada precipitación; estaban mal equipados; sus comandantes estaban lejos de ser genios militares.
Eso pronto sería evidente; una semana después, Hindenburg y Ludendorff los aniquilarían.
Independientemente de la incertidumbre del momento posterior a la derrota en Gumbinnen, era esencial que von Moltke mantuviera la calma y se aferrara más que nunca al plan de Schlieffen, que requería una ejecución meticulosa. Incluso si los rusos llegaran al Oder, incluso si conquistaran Berlín, solo una consideración era primordial en el plan: eliminar, utilizando el máximo de fuerza, el obstáculo francés en el oeste. Entonces, y sólo entonces, se volverían contra los rusos, por muy lejos que hubieran llegado, ya fuera Magdeburgo o Munich. En la guerra, lo importante no es evitar la retirada; el objetivo es ganar la batalla final, incluso a costa de ceder temporalmente una gran cantidad de terreno o arriesgarse a un peligro extremo. Estratégicamente, el espacio no es un tabú, sino una herramienta.
Para que Moltke no se alarmara ante la noticia de la prematura ofensiva rusa, necesitaba tener nervios de acero. No los tenía. A diferencia del general Joffre, su homólogo francés, no era un comandante que permaneciera indiferente cuando golpeaba el tornado. En circunstancias tan extraordinariamente difíciles, que involucraban dos enormes frentes separados por dos mil kilómetros, Guillermo II nunca debería haber confiado responsabilidades tan aplastantes a un esteta afable y filosófico que tenía los hombros de un oficial prusiano sólido e invencible, pero que vacilaba, torpe y lleno. con miedos.
Cuando von Moltke recibió la desagradable noticia el 20 de agosto de 1914 de la batalla ruso-alemana de Gumbinnen, que en realidad fue más una escaramuza que una gran batalla, se puso completamente nervioso. Aunque tenía bien controladas las victorias de Mons, Charleroi, las Ardenas y Champagne, imaginaba que la situación de Alemania era desesperada. Presa del pánico, el 25 de agosto de 1914 dio un paso totalmente inapropiado: retiró dos cuerpos de ejército, el Undécimo y el Cuerpo de Reserva de la Guardia, del ala de sus ejércitos que avanzaban sobre París.
Sus compañeros le advirtieron del peligro, porque los dos cuerpos de ejército

Las R eran absolutamente indispensables para que el ejército francés, en plena retirada, fuera aniquilado.
Se notaría instantáneamente en el campo enemigo.
"Es una decisión grave y un grave error; el comandante en jefe alemán está debilitando a los mismos ejércitos a los que pide que hagan el esfuerzo decisivo". (Renouvin, La Crise européenne, p. 244).
El general von Moltke ya había cometido un grave error ocho días antes cuando envió seis divisiones de reserva a Lorena. En ese momento debería haberlos puesto en acción en apoyo de sus fuerzas ofensivas para llevar a cabo la decisión. En Lorena no los necesitaba: el Quinto y el Sexto Ejércitos habían aniquilado fácilmente los intentos franceses de avanzar y los habían convertido rápidamente en una retirada.
El segundo error fue catastrófico. La batalla de Mons-Charleroi terminó el 23 de agosto de 1914. Los alemanes estaban en condiciones de acabar con los franceses en dos o tres semanas. En el momento muy importante en el que era imperativo dar el golpe final, von Moltke

arrebató a 150.000 soldados de su ofensiva contra París y los envió en trescientos trenes en dirección al Vístula el 26 de agosto de 1914.

Sin Gumbinnen, nunca habría habido una victoria francesa del Marne. Posiblemente, pero el hecho asombroso es que la desviación de esos dos cuerpos de ejército no sirvió para nada. A la hora en que partieron los trescientos trenes, los rusos estaban siendo completamente destruidos. Las fechas son alarmantes. El 26 de agosto Moltke dio la orden de que los dos cuerpos de ejército partieran hacia el este; al día siguiente, 27 de agosto, a más de mil kilómetros de los andenes ferroviarios de Bélgica, tuvo lugar la batalla entre rusos y alemanes en Tannenberg. ¡Y qué batalla! En tres días, Hindenburg y Lundendorff aniquilaron totalmente al ejército ruso de Samsonov, que era tres veces más grande que sus propias fuerzas. Fue una derrota total: decenas de miles de soldados rusos murieron, 92.000 fueron hechos prisioneros, 350 cañones capturados. Samsonov,

Así, ni uno solo de los 150.000 soldados alemanes redirigidos por von Moltke de la ofensiva en Francia a Prusia oriental participó en Tannenberg. En ese fatídico día, sus 300 trenes aún circulaban por la provincia belga de Hainaut. Su ausencia sería fatídica cuando el Primer y Segundo Ejércitos, debilitados por esa enorme leva, tuvieran el destino de la guerra en sus manos unos días después al sureste de París.

CAPITULO XIX

Pies de barro

El general von Bülow (miembro de una familia extraordinaria de diplomáticos y militares: más de cien Billows participarían en la guerra, y el setenta por ciento de ellos morirían o resultarían heridos) y el general von Kluck continuaron persiguiendo a los franceses que huían en a toda velocidad. Sin embargo, von Kluck, repentinamente despojado de 150.000 soldados de élite, tuvo que controlar su flanco derecho, que habría barrido hasta Pontoise, al oeste de París, entre la capital francesa y el Atlántico. Retrocedió hacia Meaux, al este de París, donde todavía era muy posible que, una vez cruzado el Marne, pudiera unirse con el Sexto y el Séptimo Ejércitos alemanes a la retaguardia del general Joffre.

Los alemanes avanzaron en todos los frentes durante algunos días. Casi inmediatamente después de la victoria alemana en Charleroi el 26 de agosto, el Primer Cuerpo de Ejército Británico fue severamente golpeado en Le Cateau por von Kluck. El 29 de agosto de 1914, el derrotado Lanrezac trató valientemente de ayudar a los británicos que huían, pero estos se opusieron. Habían sufrido pérdidas terribles: 100.000 hombres en un mes. Ahora los británicos solo querían regresar mediante marchas forzadas a los puertos de Dunkerque y Calais.
Una vieja costumbre: en Waterloo, cuando Wellington tenía dudas sobre si podría repeler el ataque de Napoleón, se preparó para una retirada a través del bosque de Soignies, entre el campo de batalla y Bruselas, y ya había enviado relevos hacia el noroeste para poder volver a embarcar en su ejército sin demasiado desorden si el emperador ganaba el día. De manera similar, el comandante británico, el mariscal French, en los días de agosto de 1914, sintió un deseo feroz de cortar y huir. Le atraían más las nieblas de Londres que los cascos con pinchos.

Ferro, el historiador, nos dice (La Grande Guerre, p. 104): "French deseaba salvar lo que quedaba de su ejército; y, al juzgar a los [mariscales] franceses incapaces de recuperarse, había pensado en volver a embarcarse".
Lanrezac consiguió con dificultad que las tropas británicas regresaran a las columnas en retirada.

Mientras tanto, el general von Kluck había llegado a Noyon. Avanzaba sobre Ferté-Milon y Compiègne. El 31 de agosto estaba muy cerca de arrinconar a los ejércitos franceses al sureste de París. Había pasado el valle del Ourcq y llegó a Chateau-Thierry, pisándole los talones a los franceses, que cruzaron los puentes del Marne ante él sin apenas escapar de él. En una semana, los ejércitos de von Kluck y von Bülow habían llegado al corazón de Francia, a pie, porque las tropas en ese momento todavía tenían que depender de sus piernas para llegar a cualquier lugar durante la campaña.
Cientos de miles de soldados alemanes habían tomado los cruces del Aisne y el Vesle a punta de bayoneta bajo el ardiente sol de agosto. Habían llegado, como dijo una vez Corneille, "al borde de una victoria total", a unas pocas decenas de kilómetros de París. Sus ojos brillaron de alegría. En una semana más podrían cerrar la trampa en la retaguardia del "cuerpo principal" del ejército francés. La orden de Von Moltke del día 2 de septiembre de 1914 era que sus tropas dieran el golpe de gracia.

Durante tres semanas, el público francés no había aprendido casi nada del frente. A principios de agosto de 1914, los parlanchines de la prensa, tan convincentes cuando se trataba de conseguir que sus lectores suscribieran los préstamos rusos, estaban llenos de maravillosos detalles sobre la nueva súper arma: una rebanada de pan francés con mantequilla que, como un imán, atraería a los hambrientos hunos como un solo hombre.
Los periódicos silenciaron casi por completo los desastres de las Ardenas y Charleroi. El 28 de agosto finalmente revelaron que la caballería enemiga estaba en el Marne, luego, al día siguiente, que la propia capital francesa estaba amenazada, y ese día el gobierno de Poincaré huyó con el rabo entre las piernas.
Esa noticia inició la huida precipitada de medio millón de parisinos, que se dirigía a toda velocidad hacia el sur.
Poincaré y su pandilla, huyendo del Elíseo, se refugiaron en Burdeos y no volvieron a mostrar la cara en París hasta tres meses después, en noviembre de 1914, cuando terminó el gran susto.

El comandante en jefe de los ejércitos franceses, el general Joffre, era un hombre tan tranquilo como una locomotora sentado en una estación de ferrocarril.
Era tan aburrido que uno nunca sabía si estaba despierto o dormido. Un hombre enorme y un monumento a la serenidad, comía mucho y dormía mucho. Algunos decían que era "un tonto incompetente". En cualquier caso, fue inquebrantable, "constante en sus faltas" y procedió lentamente. Charles de Gaulle escribiría, "habiendo enganchado mal su espada, sabía que no podía perder el equilibrio".
Una semana más de retirada, y los ejércitos primero, segundo, tercero, cuarto y quinto alemanes podrían unirse fácilmente detrás de sus tropas en Champagne. Sus comidas no sufrieron por ello, ni su sueño; estaba sumamente tranquilo, y sin una sola palabra innecesaria montaba de nuevo sus piezas de ajedrez cada vez que se sentía abrumado, volviendo a poner sus peones militares en su lugar. Juró resolución incluso mientras se retiraba.
De la directiva de Joffre del 1 de septiembre de 1914: "El movimiento de flanqueo llevado a cabo por el enemigo en el ala izquierda del Quinto Ejército, y no suficientemente detenido por los británicos

tropas del Sexto Ejército, hace necesario que toda nuestra formación gire alrededor de su lado derecho ".
Tras el estruendo de las dos grandes derrotas del 24 y 25 de agosto, Joffre sacó de los sectores menos amenazados aquellos elementos que permitirían reorganizar el V Ejército con nuevas fuerzas. Encomendó la reorganización al general Maunoury. Su misión: detener la derrota ante Amiens antes del 27 de agosto. Era demasiado tarde para eso. El ejército solo pudo volver a reunirse en la parte trasera de la ciudad.
Militarmente, París estaba casi indefensa a finales de agosto de 1914. La capital estaba apenas protegida por territorios dignos, más generosamente dotados de reumatismo que de equipamiento militar. Su defensa aérea se limitó a un total de nueve aviones, tres de ellos Voisins, y a dos obuses autopropulsados de 75 mm.
El general Gallieni había sido nombrado comandante de París por los políticos que huían. Con mala salud (moriría dos años después), era un oficial competente e inteligente, muy superior al plácido Joffre, al que trataba, además, con una condescendencia bastante irritante. Pero era el hombre al que Francia necesitaba esa semana. Para calmar a los parisinos que no habían huido, hizo que su brigada de abuelos marchara por la ciudad diez o una docena de veces. Desde cerca de Amiens, dibujó siete divisiones regulares del nuevo ejército formado el 27 de agosto, que fueron reforzadas el 1 de septiembre por dos divisiones del Cuarto Cuerpo de Ejército que se retiraban de Sainte Menehould. Al final, tenía quince divisiones.

Los alemanes continuaron su carrera hacia el sureste de París, pero ahora en su flanco derecho quince divisiones francesas bajo un comandante audaz y dinámico estaban esperando el paso en falso que permitiría un ataque precisamente donde el enemigo estaba fallando a los 150.000 hombres enviados repentinamente a la Frente Oriental.

El cuartel general de Moltke estaba lejos de la batalla. Eso resultaría ser otro gran error de su parte.
En lugar de instalarse en Laon o en Soisson, o al menos en Charleroi, desde donde podía seguir los combates desde bastante cerca, en una época en la que la comunicación aún era lenta y poco fiable, instaló su cuartel general en Luxemburgo. millas de Alemania.
Sus ejércitos avanzaron impunemente unos trescientos kilómetros mientras él se sentaba pegado a su sillón en la vieja ciudad feudal enclavada bajo un sombrío castillo. Sus mensajeros debían pasar horas de viaje por carreteras en mal estado en coches que ponían en peligro al conductor si superaba los sesenta kilómetros por hora para llegar al frente.
Su lejanía de la acción sería una de las principales causas de la derrota que von Moltke sufriría una semana después en el Marne, un río que nunca vería.
Aislado, completamente dependiente de los informes tardíos de los mensajeros, von Moltke devolvió los pedidos que llegaron a la línea del frente con horas de retraso y envió delegaciones con personal de segunda categoría. Este último, encargado por von Moltke de tomar decisiones inmediatas en su nombre, tenía que ser obedecido por los generales del ejército que, allí mismo en la escena, estaban mejor informados. Por lo tanto, no estaban directamente al mando, lo que significaba que no estaban al mando en absoluto. Su comandante era un Thor anciano sentado en lo alto de las nubes de Luxemburgo, y no descendería de su trono hasta que lo hubieran despedido.

Von Moltke no abriría los ojos ante el peligro hasta que fue demasiado tarde. Joffre había reunido tropas del Primer Ejército antes de París. Todavía en retirada, para ganar tiempo, el generalísimo francés añadió refuerzos de sus ejércitos en Lorena, donde el peligro era menos evidente.

Moltke no sería informado del refuerzo francés de Lorena hasta el 4 de septiembre de 1914. Sería el 5 de septiembre antes de que él también decidiera traer dos cuerpos de ejército del frente de Lorena para reforzar la ofensiva alemana, ahora al final de su impulso. Estos dos cuerpos de ejército, como los que se desviaron hacia el frente oriental, tampoco servirían de nada, pasando los días decisivos viajando, cuarenta por carro, en vagones de ganado.
Von Moltke no tuvo una idea clara de la maniobra que los franceses estaban preparando antes de París hasta una semana después.
Panicky Moltke finalmente discernió la amenaza: "Debe asumirse que el enemigo está reuniendo fuerzas pesadas en la región de París y trayendo nuevas unidades para defender la capital y amenazar el flanco derecho alemán".
El flanco derecho alemán era el ejército de von Kluck. Siguiendo órdenes, había avanzado cada vez más hacia el sur, más allá del Marne, mucho antes del avance del Segundo Ejército de von Billow.
El objetivo ahora estaba casi al alcance:
"De conformidad con las órdenes que habían recibido el 4 de septiembre", escribe el historiador francés Renouvin, "el Cuarto y Quinto Ejércitos alemanes intentaban abrir un camino hacia el sur para unirse a los ejércitos de Lorena que intentaban forzar el paso del Mosela y el Meurthe. Fue allí donde el mando alemán buscaba la decisión ".

Von Kluck se había adelantado deliberadamente y estaba a un as de la victoria. Veinticuatro años después, Rommel haría lo mismo, pero en cada caso el riesgo era grande. Solo uno de los cuerpos de ejército de von Kluck, el Cuarto Cuerpo de Reserva, en el Ourcq, protegía su flanco derecho, que estaba amenazado por París.
Gallieni acosaba a Joffre. Señaló la posibilidad de asestar un golpe cortante justo en la parte trasera de von Kluck. Podía contar con sus quince divisiones, las británicas, y el Quinto Ejército del general Lanrezac, ahora comandado por el futuro mariscal, Franchet d'Esperey.
Los británicos habían accedido finalmente a respaldarlo, sin entusiasmo, por supuesto, y después de un angustioso debate: el mariscal French no estaba de acuerdo. Consideró que dar batalla era prematuro y prefirió continuar la retirada, retrocediendo detrás del Marne; además, no estaba preparado para participar en una batalla en la que tendría que enfrentarse a todas sus fuerzas al mismo tiempo. Joffre, que deseaba terminar con eso, decidió poner su espada en la balanza y fue a ver a French. Con emoción mal disimulada, dijo:
En nombre de Francia, mariscal French, le pido su total ayuda. Esta vez, el honor de Inglaterra está en juego ". Había tensión en el aire. Joffre sabía que Murray, el asistente de French, se oponía a la contraofensiva. Se produjo un profundo silencio. French respondió casi inaudiblemente:" Haré todo lo que pueda. . (Ferro, La Grande Guerre, págs. 10 y siguientes).
Joffre exhaló un suspiro de alivio.

* * *

Las divisiones francesas reunidas para el contraataque eran ahora veintiocho. Los alemanes podrían oponerse a ellos con solo catorce divisiones en el área de París. ¡De uno contra uno a dos a uno! Había surgido una oportunidad para una maniobra de flanqueo como rara vez se ofrece en la guerra.
Después de una larga reflexión y vacilación, Joffre tomó su decisión el 4 de septiembre. Iba a jugar su carta secreta.
La orden del día del generalísimo francés:
"Nos corresponde aprovechar la situación de riesgo del Primer Ejército Alemán y concentrar los esfuerzos de los ejércitos aliados en el flanco extremo izquierdo contra él".

Gallieni propuso atacar a Meaux. Durante todo el día de septiembre
El 5 de agosto, apretó su suerte al norte del Marne lidiando con la guardia de flanco (el Cuarto Cuerpo de Reserva) del ejército de von Kluck. Al día siguiente, 6 de septiembre, comenzó la ofensiva. Durante tres días sería una lucha a muerte.

Francia, de hecho, estaba decidiendo si viviría o moriría.
Von Kluck se defendió con firmeza y valor. Pero al llevar su cuerpo de ejército a la orilla norte del Marne, se alejó de von Bülow, su vecino. Al otro lado de una brecha de cincuenta kilómetros, estaban unidos sólo por una pantalla de caballería.
"Los generales alemanes", leemos en Renouvin (La Crise européenne, p. 249), "no pasaron por alto ese peligro, sino que contaron con su ofensiva para protegerlos de él. Mediante un enérgico ataque a ambos extremos del En el frente de combate, tenían la intención de tomar la victoria antes de que la brecha se abriera de par en par. Kluck hizo todo lo posible por mantener su ala derecha en las mesetas de Ourcq, donde trató de flanquear al ejército de Maunoury desde el norte. Bülow lanzó su ala izquierda a través de las marismas de Saint-Gond contra el ejército de Foch. En la mañana del día 9, esos ataques, a pesar de la obstinada resistencia de las tropas francesas, aún parecían muy prometedores ".
Los alemanes, un antiguo pueblo de soldados disciplinados admirablemente entrenados tanto en la guerra defensiva como en la ofensiva, respondieron golpe por golpe a pesar de su inferioridad numérica. Para relevar a su ala derecha, von Moltke había enviado al príncipe heredero a la acción con todas sus fuerzas. El hijo del káiser había estado a punto de capturar a Verdún, que Joffre ya había autorizado a evacuar a Sarrail.
Al norte del Marne, Bülow estaba lidiando, todavía victorioso, con los ataques de Foch. "La batalla", relata Ferro (La Grande Guerre, p. 101) "se prolongó durante varios días, con los adversarios tratando de maniobrar sobre las bandas. Amenazado por su lado izquierdo, Bülow tuvo que llamar a los ejércitos del centro: von Hausen se acercó a él y lo ayudó a cerrar la brecha. Más al este, los franceses también habían pasado a la ofensiva, pero fueron los alemanes, en última instancia, quienes dirigieron la operación ".
La retirada a la orilla derecha del Marne fue realizada por von Kluck en perfecto orden:
"Ese mismo día, Maunoury escapó por poco de ser abrumado por von Kluck, y Gallieni se vio obligado a requisar los taxis parisinos para enviarle refuerzos sin pérdida de tiempo" (Ferro, ibid).
Ese episodio se ha hecho famoso; es la imagen de Epinal de Gallieni. Al ver que la ofensiva corría peligro de tomar un mal camino, el ingenioso Gallieni reunió todos los medios de transporte destartalados de París, cargó a todos los soldados que aún quedaban en la capital y los lanzó hacia el enemigo. Fue la primera expedición motorizada de la historia.

Entonces, un desconocido entró en escena. Un simple teniente coronel, un alemán llamado Hentsch, su propia autoridad, en comparación con la de los dos comandantes del ejército, era inexistente. Pero como el emisario personal de von Moltke, el comandante en jefe, había sido autorizado para dar órdenes en el campo en nombre de los generales, von Kluck y von Bülow, que carecían de instrucciones directas de su jefe, estaban tratando de coordinar sus operaciones. Von Moltke debería haber estado en condiciones de dar las órdenes necesarias de inmediato.

El excanciller Prince von Bülow escribió:
Moltke debería haber permitido que los tres ejércitos de la derecha obtuvieran su propia información en el lugar y así asegurar la unidad estratégica. En lugar de tomar ese rumbo, en el momento decisivo, el 8 de septiembre, envió a un comandante de sección de su estado mayor,

El teniente coronel Hentsch, lo autorizó a tomar decisiones, mencionó la posibilidad de una retirada en las últimas instrucciones verbales que le dio, e incluso agregó alguna indicación de la dirección de una posible retirada. De todos los oficiales de su estado mayor, Hentsch era el más susceptible a las dudas, y precisamente por eso contaba con la simpatía de su jefe. Hentsch tenía el destino de la batalla en sus manos, y también el destino de la campaña, el ejército y el país; y cuando recibió una impresión desfavorable de la situación en el cuartel general del Segundo Ejército, recomendó al mariscal de campo general von Bülow, comandante de ese ejército, que se retirara hacia el noreste. Inmediatamente después se dirigió al general von Kluck, el comandante del Primer Ejército, y de manera similar le instó a retirarse. (Memorias, págs. 171 y sig.)

En ese momento crucial, un simple teniente coronel que acababa de bajar de su coche de enlace estaba tomando las decisiones estratégicas y tácticas de la batalla.

Ferro (La Grande Guerre, p. 102) declaró: "El teniente coronel Hentsch, a quien Moltke le dio completa autoridad en el cuartel general en Luxemburgo, ordenó a von Kluck y von Bülow que llevaran a cabo una retirada general".

Renouvin, el historiador francés, después de entrevistar a varios historiadores alemanes después de la guerra, informó sus conclusiones:

Los ejércitos alemanes estaban a punto de la victoria. Incluso en el ala derecha estuvieron muy cerca del éxito. Kluck en el Ourcq y Bülow en el pantano de Saint-Gond estaban en condiciones de aplastar al enemigo y deberían haber tenido algunas horas más: eso habría sido suficiente para cambiar el resultado. El responsable de la derrota fue el teniente coronel Hentsch, adjunto de Moltke a los comandantes del ejército. Carecía de la necesaria firmeza de carácter. Cuando un último esfuerzo fue todo lo que se necesitó para la victoria, pensó que las tropas estaban vencidas.

Como ocurre con todas las victorias y todas las derrotas, la discusión podría continuar para siempre.

Las excusas de la desgracia no cambian nada. "La desgracia", dijo Napoleón, "es la excusa de los incompetentes y los torpes". El ataque francés al Marne se concibió con valentía en un momento en que la situación era casi desesperada. Joffre, indiferente a la adversidad y con notable imperturbabilidad, dio sus órdenes con sangre fría. Maunoury, durante esos días, iluminó la batalla del Marne con su brillantez. Las guerras abundan en lo imprevisible, pero la excelencia del mando francés era una realidad. La victoria no trajo la salvación total; la prueba es que la guerra se estancó rápidamente en el frente occidental durante cuatro años. La batalla del Marne salvó a Francia de una catástrofe que probablemente habría destruido la fuerza militar del país durante mucho tiempo. Pero Francia estaba gastada y al límite de sus recursos.

La principal contribución a la salvación de Francia había sido el lamentable liderazgo de von Moltke, el comandante en jefe alemán. Nunca se acercó al campo de batalla; su información siempre llegaba tarde, al igual que sus decisiones, que casi siempre se basaban en información indirecta. Los nervios de von Moltke eran tan delicados que solía llorar en los momentos en que era imperativo tener nervios de acero.

El príncipe von Wendel visitó el cuartel general de Moltke en Luxemburgo durante esos días cruciales.

"Cuando me presentaron", relató el visitante, "me horrorizó la aparición del jefe del Estado Mayor, desplomado en su escritorio con la cabeza entre las manos. Cuando Moltke levantó los ojos, me mostró un rostro pálido. mojado de lágrimas ".

"Tengo el corazón demasiado apesadumbrado", confesó von Moltke. Guillermo II, que desconocía la realidad militar y nunca ejerció su poder como comandante en jefe del ejército.

de 1914 a 1918, había hecho una mala elección en el comandante de sus tropas. Al cabo de un mes y medio, sería necesario sustituir a Moltke.
"Sucumbió bajo el peso de sus responsabilidades", diría más tarde el príncipe von Bülow. "En el momento crucial, las riendas se le escaparon de las débiles manos. El estado mayor y los oficiales subalternos prevalecieron. El alto mando falló en su tarea".
Bülow recordó un aforismo del pasado: "Hace más de dos mil años, un filósofo griego enseñó que un ejército de ciervos comandado por un león era superior a un ejército de leones comandado por un ciervo".
En agosto y septiembre de 1914 Moltke tenía un ejército de leones a su disposición. El mariscal Foch diría de él que "era el mejor ejército que el mundo había visto jamás". Pero el comandante de los leones había actuado como un ciervo. En lugar de mantener un corazón fuerte, se había derrotado a sí mismo.
¿Podría haber actuado de otra manera? La respuesta es sí. Por un momento, incluso pensó en hacerlo. Luego, de voluntad débil, se rindió y el 10 de septiembre de 1914 ordenó una retirada general. Fue un movimiento innecesario, porque los aliados habían interrumpido su ofensiva.

"Los franceses y los ingleses", declaró el príncipe von Bülow, "se sentían tan poco como vencedores que no acosaron a los alemanes mientras se retiraban".

Los franceses, como los alemanes, estaban en las últimas. Desde el Mosa hasta el Marne habían dejado cientos de miles de hombres muertos y heridos. Ambos ejércitos estaban al final de sus fuerzas. La artillería francesa, en tan solo unas semanas, había gastado la mitad de sus reservas de municiones. La munición se suministró con mezquindad: ni siquiera cinco millones de proyectiles el primer día de hostilidades, aunque los cañones franceses dispararían trescientos millones en los próximos cuatro años. Las ametralladoras, única arma eficaz para luchar cuerpo a cuerpo en una guerra en la que desde el primer día se enfrentaron millones de hombres, eran casi inexistentes.

La fuerza aérea francesa constaba de 160 aviones. Los pilotos seguían armados sólo con rifles y casi nunca daban en nada. Los tanques aún no se habían desarrollado.

La única arma verdadera durante esas primeras cinco semanas de la guerra de 1914 (del 4 de agosto al 10 de septiembre) sería la carne humana: el ejército francés, antes de finales de 1914, vería aumentar sus bajas a 900.000 (300.000 muertos). Continuarían creciendo. El costo final de la guerra para los países involucrados sería de ocho millones de muertos y treinta y dos millones de heridos.
Mientras tanto, a mediados de septiembre de 1914, el ejército francés, después de una exitosa contraofensiva que duró algunos días, se encontró sin aliento e incapaz de explotar su breve avance. El 17 de septiembre de 1914 había terminado. La persecución francesa se había detenido en el Aisne.

El general de Castelneau, anciano bigotudo de fuerte fe católica que había sido puesto al mando de un nuevo ejército francés, intentó tomar Amiens. Su contraataque fue breve: fue arrojado hacia el Somme. El general Maud'hui, que había lanzado un ataque con nuevas fuerzas entre Bethune y Arras, no tuvo más suerte y fue obligado a regresar a Albert.
Los alemanes tardaron solo quince días en disolver la contraofensiva francesa.

Joffre intentó una vez más unir sus fuerzas. El cuerpo expedicionario británico, después de enviar varios cientos de miles de muertos y heridos a cementerios y hospitales, recibió refuerzos de Gran Bretaña. El ejército belga había evacuado

Amberes y podría utilizarse de nuevo. Se ordenó a Foch que uniera fuerzas tanto con los británicos como con los belgas para extender la ofensiva hacia el norte.
El era optimista. Durante la batalla del Marne pensó que había ganado. "La guerra prácticamente ha terminado", le escribió en ese momento al hermano de Clemenceau.
Como todavía estaba convencido de que pronto podría marchar hacia Berlín a caballo, se le encomendó una operación que podría basarse en la victoria del Marne: rodear a los alemanes con el flanco izquierdo del frente aliado. El objetivo era Ostende y el Mar del Norte. Con su izquierda, Foch planeaba bordear la derecha alemana.
Le habían dado sólidas divisiones francesas de varios sectores. Además de los supervivientes del ejército belga y del cuerpo expedicionario británico, tenía a su disposición marineros de la marina francesa, para ser utilizados como infantería en esta ocasión.
Los alemanes, a pesar de que Joffre los obligó a ceder un poco, no fueron realmente derrotados. Habían cedido un poco de terreno al norte del Mosa, pero aún ocupaban las regiones más ricas y estratégicas de Francia. El nuevo comandante del ejército alemán, el general von Falkenhayn, había sido reforzado por 200.000 nuevos soldados, muchos de ellos voluntarios, la élite de la juventud universitaria alemana.
Tanto los franceses como los alemanes lucharían furiosamente durante varias semanas. Resultado: empate. Foch no llegaría a Ostende. Falkenhayn no llegaría a Calais. Los belgas, flanqueados en el umbral del Mar del Norte, abrieron sus compuertas e inundaron el campo de batalla. La batalla se desvió hacia Ypres. Falkenhayn envió sus regimientos, tripulados por estudiantes que ardían con intenso fervor patriótico para atacar la aldea flamenca de Langemarck. Allí fueron masacrados por miles.
Los comandantes británicos se prepararon por segunda vez para apresurarse hacia sus puertos. El mar ondulante los tentó, y Foch se vio en apuros para que se quedaran en suelo francés. Sin embargo, su famoso gancho no enganchó nada. A mediados de noviembre de 1914, tanto para los aliados como para los alemanes era evidente que ambos estaban estancados. Cada uno falló a su vez, cosechando nada más que decenas de miles de muertes adicionales. El desfile de la victoria de Poincaré de 1914 llegó a su fin.

El 29 de noviembre de 1914, uno de los generales más brillantes del ejército francés, sorprendido al escuchar a los oficiales franceses de alto rango en una reunión del estado mayor en St. Pol abogando por ataques renovados y asesinos de sus tropas exhaustas, replicó furiosamente: "¡Ataque! ¡Atacar! Es fácil de decir, pero sería como derribar un monumento de piedra con las manos desnudas ".
Un crítico militar británico comentó: "Sus intentos no fueron más efectivos que un ratón mordisqueando una caja fuerte. Pero los dientes utilizados eran la fuerza viva de Francia".

El "momento divino" de Poincaré estaba a punto de convertirse en un martirio francés de cuatro años. Varios millones de alemanes y franceses, trogloditas ensangrentados del siglo XX, vivirían así enterrados en agujeros, demacrados, indefensos, acurrucados bajo una lluvia de cientos de millones de kilos de balas de ametralladora mortíferas.

El gobierno ruso, al otro lado de Europa, no entró triunfalmente en Berlín para el Día de Todos los Santos de 1914.
La victoria del pequeño ejército alemán, la pantalla protectora de nueve divisiones, que triunfó sobre Sazonov en Tannenberg, se completó durante los mismos días de la batalla del Marne por otro desastre ruso sufrido por el general Rennenkampf en los lagos de Masuria. Las pérdidas rusas fueron el doble de las de sus asaltantes alemanes. Sin embargo, los soldados rusos cumplieron el papel que les asignó Poincaré de desviar parte de las tropas del Reich hacia el este, aunque pagaron un precio altísimo por ese apoyo. La sangre rusa también fue costosa para los alemanes. Debilitamiento

su ofensiva en el oeste había provocado el fracaso de su campaña contra París, y los alemanes perdieron la oportunidad de destruir al ejército francés.
Los ejércitos rusos no cosecharon más que desastres. Ofrecieron una dura oposición a los austriacos, venciéndolos en varias batallas locales importantes, pero no obtuvieron un resultado decisivo. Las fuerzas rusas no pudieron penetrar en la llanura húngara, ni pudieron unirse a los serbios, su trampolín hacia los Balcanes. Eso era lo esencial para los rusos, el verdadero propósito de su guerra pan-eslava. Habían demostrado que, por su propia cuenta, probablemente nunca llegarían a Belgrado, y mucho menos a Constantinopla.

* * *

Los ejércitos rusos apenas habían entablado sus primeras batallas antes de que el imperialismo eslavo se revelara como un enorme farol.
El gigante tenía pies de arcilla. El mando militar de Rusia, y también su administración política, eran guaridas de insaciables estafadores que habían malversado una gran parte de los créditos franceses obtenidos para reforzar la fuerza militar rusa. Las existencias de material que se suponía habían sido suministradas por miles de millones de francos oro desde París eran inexistentes o estaban compuestas por productos defectuosos. Las comisiones cobradas por los franceses y las depredaciones de los malversadores rusos habían saboteado por completo la calidad.
Para el segundo mes de la guerra, septiembre de 1914, muchas de las tropas del zar carecían de rifles y su artillería se había quedado sin municiones. Los siguientes son ejemplos de mensajes de emergencia enviados desde el frente ruso a los funcionarios responsables de San Petersburgo y del cuartel general:
Telegrama No. 4289, 19 de septiembre de 1914: "Ministerio de Guerra. Secreto. Personal: el escalón de campo en la carretera, 150 disparos por arma. El escalón de la estación reguladora, ninguno. Los suministros de respaldo están agotados. Los depósitos de reserva general están vacíos. "
Mensaje del 20 de septiembre: "Del comandante en jefe al Ministro de Guerra. Gabinete. Secreto. Estado Mayor, sección uno, No. 6284: si nuestro gasto de munición de artillería continúa al mismo ritmo, nuestro suministro total se gastará en seis semanas. Por lo tanto, es necesario que el gobierno enfrente la situación tal como está: o la fabricación de municiones de artillería debe incrementarse considerablemente, o no tendremos medios para continuar la guerra después del primero de noviembre ".
Telegrama al comandante del ejército, 25 de septiembre de 1914, No. 6999: "Secreto. Personal: Suministros de respaldo agotados en la actualidad. Si los gastos continúan al mismo ritmo, es imposible continuar la guerra por falta de municiones dentro de quince días".
Así había sido casi desde el primer contacto con los alemanes. Marc Ferro (La Grande Guerre, p. 110) escribió: "Ya en el mes de agosto, el general ruso Rennenkampf pidió a su ministro de guerra 108.000 proyectiles de metralla, 17.000 proyectiles de alta exposición y 56 millones de cartuchos; se ofrecieron 9.000 proyectiles de metralla, 2.000 proyectiles de alto explosivo y 7 millones de cartuchos ".
Las existencias deberían haber estado al máximo antes de la marcha de los rusos. Se habían incrementado solo una vez después del comienzo de la guerra. Incluso entonces, los envíos eran ocho veces menores de lo que se necesitaba en cartuchos y doce veces menos en proyectiles de metralla.
Un oficial inglés adjunto al ejército ruso solo pudo notar: "Las batallas del Tercer Ejército no fueron más que masacres, porque los rusos atacaron sin apoyo de artillería".

Lo poco que habían traído las tropas rusas era sorprendentemente defectuoso. En Tannenberg, casi todas las ametralladoras rusas se atascaron al cabo de unas horas. A

la tercera parte de los cartuchos no se disparó. La mitad de los proyectiles de artillería no correspondía en calibre a las piezas de artillería.
Renouvin, el historiador francés, escribió estas sorprendentes líneas:
"En Rusia, la crisis de material es alarmante. Las tropas carecen de rifles: los suministros depositados antes de la guerra apenas han sido suficientes para cubrir las pérdidas de los primeros dos o tres meses ... Las fábricas ni siquiera están fabricando las armas necesarias para equipar los refuerzos ".

Lo mismo sucedía con las ametralladoras:
"La infantería nunca ha tenido el número de ametralladoras previsto por los reglamentos y la producción no es suficiente para cubrir las pérdidas".
En cuanto a la artillería:
"La reposición de munición de artillería muestra un gran déficit: el ejército pide un millón y medio de proyectiles al mes; la industria le está proporcionando 360.000". (La Crise européene, págs. 274 y sig.)
"El ejército ruso", concluyó Renouvin, "está peor que nunca ..." Pronto, la mitad de la infantería rusa estaría armada sólo con garrotes. El general Denikin escribiría estas inquietantes líneas desde el frente:

"Dos regimientos fueron destruidos casi por completo por el fuego de artillería. Cuando después de un silencio de tres días nuestra batería recibió cincuenta proyectiles, se hizo saber inmediatamente por teléfono a todos los regimientos y todas las compañías, para alegría y alivio de los hombres".
Después de escuchar las quejas del gran duque Nicolás en la carta de mando de este último, el gran duque ahora pálido y demacrado, con los rasgos dibujados, el embajador Paléologue, el tizón francés de San Petersburgo, envió la siguiente nota de consternación a su jefe, Poincaré:

"Esta noche veo al ejército ruso como un gigante paralizado, todavía capaz de asestar golpes formidables a los adversarios a su alcance, pero incapaz de perseguirlos".
Para entonces, la mitad del ejército ruso ya había sido puesto fuera de combate: más de dos millones de bajas, 834.000 de las cuales habían muerto.
Como los rusos, el gobierno francés al cabo de un mes se vio obligado a mendigar armas, cartuchos y cañones de todo el mundo, de Portugal, de España e incluso de Japón.
Telegrama del embajador francés en Tokio, No. 36, 1 de septiembre de 1914: "Japón está dispuesto a vendernos 50.000 rifles y 20 millones de cartuchos, mientras que nosotros pedimos con mayor urgencia 600.000 rifles".
Una confesión personal de Poincaré:
"Para el 8 de septiembre, sólo había 200 cañones de 75 mm en reserva. Se habían pedido cincuenta baterías a Creusot, pero la empresa tardó cuatro meses en completar las cuatro primeras". (Poincaré, L'Invasion, pág.264)
"Millerand esperaba que pudiéramos comprar las baterías en España y Portugal". (Poincaré, op. Cit.)
"El rifle modelo 1886 se fabricaba a razón de 1.400 por día". Mil cuatrocientos fusiles para un ejército de más de dos millones de hombres. Y rifles, además, de un modelo que ya tiene más de un cuarto de siglo.
Y esto:
Lo que sorprendió a Joffre fue la escasez de municiones. Jean Retinaud escribe: "Fueron a la guerra con un suministro de 1390 rondas por arma de 75 mm. Los suministros se han reducido a 695 rondas, y solo se fabrican 10,000 rondas por día (para más de 3,500 cañones). Joffre está muy preocupado por es en este punto que el único documento que lleva

con él todo el tiempo, lo único que nunca le falta, es un pequeño cuaderno en el que se lleva el recuento exacto de municiones "(Ferro, La Grande Guerre, p. 105).
Diez mil cartuchos por 3.500 cañones; eso presagiaba menos de tres disparos por día por arma en el futuro, ¡apenas lo suficiente para acorralar a un objetivo!
Joffre llegó a informarle diariamente sobre el número de rondas disparadas por las unidades de combate. Aquí está su orden:
"Todas las tardes, o todas las noches antes de las diez, cada ejército me informará
por telegrama del número de rondas utilizadas durante el día".
Tal era el abismo por el que tendría que trepar, con infinitas
dificultad, mientras caía un millón de soldados franceses. Las manufacturas esenciales solo se lograrían contratando a cientos de miles de peones de fábricas culíes en Asia. Sólo entonces sería posible reconstruir una industria de guerra francesa viable, suficiente para asegurar el suministro de municiones al frente.

En verdad, todo el mundo había perdido en 1914. Ningún ejército había logrado ni remotamente su objetivo. Las provincias más ricas de Francia, que representan el 85 por ciento de sus recursos económicos, estaban en manos de los alemanes: el 40 por ciento de su carbón; 80 por ciento de su coca; El 90 por ciento de su mineral de hierro; El 70 por ciento de sus fundiciones; 80 por ciento de su acero; 80 por ciento de su equipo.
Eso a pesar del Marne, una victoria transitoria que solo logró empujar al enemigo de un río a otro.
A finales de 1914 era imposible imaginar cuando Francia recuperaría su territorio perdido, y mucho menos Alsacia y Lorena. Lluvia y nieve caían sin cesar sobre dos millones de soldados bronquíticos enterrados, helados hasta la médula, en largas trincheras fangosas.
A cien metros de los franceses, el alambre de púas, las ametralladoras y los cañones de otros dos millones de soldados, prusianos, württemburgueses, sajones y bávaros, impedían el acceso al norte y al este. No había esperanzas de desalojarlos de sus posiciones al comienzo de ese desafortunado invierno. ¿Alguna vez serían expulsados? Ya nadie se atrevió a predecir. La maravillosa guerra de Francia había apestado a un pantano de millones de huesos blanqueados.
Los líderes británicos no tenían más motivos para regocijarse. Habían caído cien mil Tommies. El resto se movía a trompicones en una tierra extranjera, helado por el estruendo del Mar del Norte detrás de ellos, desmoralizado por los proyectiles que caían sobre sus cascos planos, cuencos de sopa invertidos en los que la metralla sonaba como campanas de trineo. Los hindúes acudieron al rescate de los británicos. Y neozelandeses. Y australianos. Todos estaban desconcertados por tener que luchar y morir por peleas locales de las que no sabían nada. ¿Qué podría significar un pueblo flamenco con un campanario derrumbado para un ciudadano de Sydney? ¿Y de quién estaba realmente defendiendo el interés en aquellas marismas putrefactas? La guerra les pareció a todos prehistórica y absurda. El mariscal French tenía razón, debieron haberse dicho a sí mismos,

Los líderes rusos se habían hundido aún más completamente que los británicos y los franceses. En ese otoño de 1914 habían aprendido que nunca podrían ganar solo con sus propias fuerzas, y que esta guerra, que habían imaginado como la aniquilación de los alemanes por parte de los franceses, se había convertido en una gigantesca matanza de su pueblo. Ahora, se estaban quedando sin todo: armas, material, hombres.
A pesar de las debilidades de Austria-Hungría, Alemania golpearía a Rusia con más fuerza cada día con su enorme maza de hierro, como lo habían hecho los Caballeros Teutónicos cientos de años antes. El sufrido pueblo ruso al final escaparía de las garras de

los grandes duques que despiertan la chusma. El San Petersburgo imperial ya lo sabía, lo intuía e incluso olía la catástrofe.
Para los serbios, aunque habían podido contener e incluso rechazar a los austriacos al principio, las batallas no habían servido de nada. Alemania estaba mirando y podía invadir Serbia en cualquier momento. Rusia se había estancado en su campaña para llegar a territorio serbio; ella nunca lo lograría.
Para los aliados, 1914 estuvo marcado por la catástrofe.

Del lado alemán había sucedido lo mismo.
La victoria del káiser en el oeste, casi lograda a fines de agosto de 1914, se había hundido bajo las aguas del Marne. Para ganar la guerra con Rusia, Alemania necesitaba haber terminado la guerra con Francia en no más de siete semanas. Alemania no había derrotado ni a Francia ni a Rusia, y se encontró irremediablemente envuelta en guerras en dos frentes, que en 1914 parecían imposibles. Se encontró en medio de un doble conflicto.

En el oeste, los ejércitos alemanes habían ocupado en vano un territorio considerable; los alemanes estaban condenados a la inmovilidad, al igual que los franceses, los británicos y los belgas que se le oponían.
En el este, Alemania había rechazado una invasión salvaje. Los rusos solo tenían armas rudimentarias con las que luchar, ya veces ninguna; pero había millones de ellos que marcharían en masa hacia la muerte. Vastas extensiones de espacio se extendían hacia los Urales y el Yenisei. Aventurarse allí sería ahogarse, ser tragado, congelado.

Los austriacos, que en agosto de 1914 podrían haber castigado a los serbios si se hubieran ocupado de ellos, habían sufrido un revés tras otro, como un ciego que pasa de un bache a otro.
Todos, absolutamente todos, habían fracasado. El futuro se cernía ante ellos como una gran muralla que ya no podía ser atravesada ni escalada por ninguno de ellos. Los gobiernos en guerra tendrían que inventar mitos y pretextos, ofrecer fabulosas ventajas materiales para atraer a millones de otros hombres a reemplazar a los combatientes caídos y morir como ellos.

¿Cómo podrían convencer a unos, engatusar a otros? ¿En nombre de qué?

CAPITULO XX

Armado con odio

En lugar de rifles, ametralladoras y cañones, que en última instancia no lograron nada, los dirigentes de la Entente recurrirían al arma de los impotentes: el odio. El odio es la especia que hace que un guiso político podrido o de mal gusto sea casi aceptable. Los gobiernos aliados lo usarían para sazonar cada llamamiento belicoso, cada diatriba chovinista y cada línea producida por los propagandistas, de modo que cada soldado de infantería empantanado en el barro, o sustituto extranjero que buscaran atraer a su caldero infernal, lo creyera firmemente. Era una cuestión de su propio honor y de la dignidad de la humanidad que Alemania fuera aplastada y que el sádico káiser, ese enano recortado que hacía muecas bajo su casco con cresta, fuera hervido en aceite.

Antes de agosto de 1914, los vendedores ambulantes de propaganda habían descrito al pueblo alemán como una tribu de caníbales. Incluso Maurras, el político francés más culto de su tiempo, se dejaría llevar hasta el punto de denunciar "el salvajismo innato de los instintos de carne y hueso" de los prusianos, mientras que Bergson, el eminente filósofo, descubriría "en la brutalidad y cinismo de Alemania, una regresión al estado salvaje ".
Clemenceau escribiría (Grandeur et misère d'une victoire, p. 334): "Deseo creer que la civilización triunfará contra el salvajismo, y eso me basta para excluir al alemán de una vida de dignidad común". Añadió:

La insufrible arrogancia de la aristocracia alemana, el genio servil del intelectual y el erudito, la cruda vanidad del líder industrial más equilibrado y la exuberancia de una literatura popular violenta conspiran para romper todas las barreras de la dignidad individual e internacional. .

Guillermo II, de quien el agregado militar francés en Berlín había escrito: "Estoy absolutamente convencido de que está a favor de la paz", en los escritos de este mismo Clemenceau se convirtió en "una pieza innombrable de degradación imperial"; y la civilización germánica se convirtió en "sólo una monstruosa explosión".
La siguiente efusión es típica de la cruda tontería de la que habló el político francés más célebre de la Primera Guerra Mundial cuando describía al pueblo alemán:

De vez en cuando he entrado en la cueva sagrada de la religión alemana, que, como sabemos, es la taberna al aire libre. Una gran nave de estólida humanidad donde se oye hincharse en medio de los olores rancios de la cerveza y el tabaco y los familiares rumores de un nacionalismo sostenido por el bramido de una banda de música y que lleva al tono más alto la suprema voz alemana: "¡Alemania sobre todos! " Hombres, mujeres y niños, petrificados ante la voluntad divina de un poder incontenible, frentes arrugadas, ojos perdidos en un sueño de infinito, bocas torcidas por la intensidad del deseo, todos beben en grandes tragos la esperanza celestial de la realización desconocida.

Esa fue la forma en que un líder del gobierno en Francia representó a Alemania en el siglo XX. A pesar de que "Alemania sobre todo", Deutschland über alles, de ninguna manera significaba una Alemania sobre todo y todos, sino simplemente sobre los numerosos regionalismos insignificantes que en el siglo anterior todavía se oponían a menudo a una nación alemana unificada ... Estado. La gente educada lo sabía. Para Clemenceau, sin embargo, la nación más importante de Europa era simplemente un conglomerado de bufones, glotones y borrachos capaces sólo de la "violencia eterna de tribus fundamentalmente salvajes con el propósito de depredar por todos los medios de la barbarie". (Clemenceau, pág.88)
Una vez que comenzó la guerra, en agosto de 1914, se trataba de avivar este amargo desprecio en calor blanco, y luego transformarlo en odio incontenible. El coronel de Grandmaison incluso exclamó: "Vayamos demasiado lejos, y eso quizás no sea suficiente".
Se pintaron cuadros apocalípticos de la atrocidad alemana para que cada soldado estuviera realmente convencido de que estaba luchando contra el horror supremo, contra el "mal". La campaña se extendió rápidamente en el extranjero, con el fin de despertar la indignación aterrorizada del mundo entero contra el Reich y, sobre todo, provocar los alistamientos militares extranjeros que terminarían en gloriosas muertes de no franceses en Champaña, Flandes y Artois. .
La más fantástica de todas las calumnias lanzadas fue la historia de las manos cortadas. Hoy en día, ningún partidario de los aliados de 1914-1918 se atrevería a arrastrar esa polilla apolillada

canard, tan a fondo ha sido refutado. Sin embargo, esa siniestra historia dio la vuelta al mundo. Según los propagandistas aliados, en agosto de 1914 los alemanes cortaron las manos de miles de niños belgas. Las descripciones de estas abominaciones llegaron a los confines de la tierra y fueron un factor en la entrada de Estados Unidos en la guerra en 1917. En Italia, en 1915, las tiendas que vendían ornamentos de iglesias vendieron estatuillas de una niña belga con las manos cortadas. fuera, tendiéndole los brazos ensangrentados a la madre de Cristo: "¡Virgen Santísima, haz que vuelvan a crecer!"

El propio Benito Mussolini me contó un día cómo una de las figuras políticas más importantes del lado de los aliados, Emile Vandervelde, había utilizado ese argumento para convencerlo de la rectitud de los aliados y del deber de Italia de unirse a la guerra. Aquí, palabra por palabra, es lo que el líder fascista me dijo años después, cuando estaba en la cima de su gloria:

Una hermosa mañana de la primavera de 1915, Emile Vandervelde, jefe del partido socialista belga y entonces presidente de la Segunda Internacional, vino a verme. Los aliados me lo enviaron como ya tenían a Marcel Cachin, el futuro jefe de los comunistas franceses. En ese entonces éramos compañeros de partido. Yo lo recibí. Expuso sus argumentos a favor de la participación de Italia en la guerra del lado de los Aliados.

Fue entonces cuando empezó a explicarme con gran detalle la historia de los niños con las manos cortadas por los alemanes. Eso me impresionó y él se dio cuenta. "Mussolini", me dijo, tomándome del abrigo, "eres un hombre recto. ¿De verdad crees que podemos dejar impunes crímenes tan espantosos y que no tienes la obligación de unirte a nosotros para luchar? el país que comete tales atrocidades? "

Se detuvo, me miró como si lo hubieran crucificado.

Reflexioné un instante. "Sí, Vandervelde, lo que me dices es espantoso. Es obvio que tal monstruosidad debe ser reprimida. Pero dime tú mismo, Vandervelde, ¿has presenciado un solo caso de manos cortadas? ¿Has visto alguna? ¿Conoces alguna? hombres de total fiabilidad que lo han visto? "

Vandervelde se irguió, bastante desconcertado. "Mussolini, tu pregunta me asombra. Este asunto es tan obvio para mí que no lo he pensado. No, no conozco ningún caso personalmente, eso es cierto. Pero ha habido miles de ellos. Verás , Te traeré un archivo completo ".

Dos meses después, Vandervelde volvió a aparecer en Italia. Algo parecía estar acechando su mente y estaba ansioso por hablarme de inmediato. "Mussolini, recuerdas nuestra conversación sobre las manos cortadas. No me gustaría ser deshonesto, ni haber intentado engañarte. Te prometí que lo haría, y realicé una búsqueda. Ah, bueno, aquí está . Interrogué a personas en todas partes y no encontré ni un solo caso. En ninguna parte nadie me dijo dónde podía encontrar a alguien que supiera de un caso. Me dejé influenciar. Pero no quiero que crean que deseaba para influir en usted a su vez. Esa historia, ahora estoy convencido, no tiene fundamento. Le debía la verdad. Ahí está ". Vandervelde era el decoro en sí mismo. Al enterarse de que había sido engañado, se retractó. Pero fue uno de los pocos propagandistas aliados que lo hizo durante la Primera Guerra Mundial o después. Esa gigantesca calumnia en particular envenenó las mentes de millones de personas de buena fe. Desde la guerra, los historiadores aliados han tenido varias décadas para repetir la investigación de Vandervelde sobre una base científica. Nadie ha encontrado a un solo niño, belga o no, al que los alemanes le cortaron las manos.

¡Como si después de la derrota de Alemania en 1918, un joven mutilado no hubiera sido exhibido en todo el mundo si hubiera sido encontrado! Nadie. Nada. Una completa mentira.

A menudo se dice que donde hay humo, hay fuego. No había habido fuego, ni siquiera humo. La calumnia había sido hecha de tela, con suprema astucia propagandística para mancillar al oponente y hacerlo odiar.
Desde entonces, ha habido muchos otros ejemplos de este tipo de propaganda de atrocidades viles, pero este sigue siendo un caso clásico de una enorme y total mentira esparcida por todo el mundo, pintando a un pueblo de negro durante años.

También estaba la historia de los dulces. En 1914, si uno tenía que creer en la propaganda aliada, los alemanes habían repartido caramelos envenenados por todas partes, como si fueran pasteleros en lugar de soldados. En 1940, este mito anti-alemán sería servido por segunda vez. En mayo de 1940, Le Figaro, el periódico más responsable de Francia, incluso daría las dimensiones exactas del caramelo venenoso (17 por 17 por 5 milímetros) en su portada. Sin duda, ninguno de estos famosos dulces apareció en la mesa de Figaro ni en ningún otro lugar. Fue un cuento particularmente idiota. Es difícil saber cómo los caramelos venenosos pudieron haber ayudado a los alemanes en su ofensiva en 1940 o en 1941.
Esas invenciones azucaradas servidas miles de veces en los franceses y luego en la prensa mundial, como las historias de las manos cortadas, hicieron más daño a los alemanes que un millón de obuses. La gran mayoría de la gente es ingenua y creerá cualquier cosa cuando esté impreso en blanco y negro. La historia se repetirá y repetirá hasta la saciedad. Se convierte en una alucinación masiva. Casi inevitablemente, el oyente se conmueve hasta un punto álgido y está completamente convencido.
La propaganda de los aliados era terrible en su cinismo, en su explotación ilimitada de mentiras tan flagrantes que hubieran sido increíbles en tiempos normales. Los hombres decentes se dejan engañar como el resto. Totalmente engañados por falsedades tan convincentes, millones de personas ingenuas comenzaron a gruñir de odio.
Durante mi juventud, creí totalmente en esas mentiras, al igual que creí en la mentira histórica de la responsabilidad exclusiva de los alemanes en la Gran Guerra. Por otro lado, los provocadores pan-eslavos y estafadores como Poincaré, eran para nosotros héroes comparables a los caballeros heroicos y caballerescos. Desde París y Bruselas hasta la aldea más pequeña de Bélgica o Francia, todos estábamos abrumados por esa propaganda mendaz. Fue tan intenso que era imposible no creerlo. Los alemanes eran monstruos, eso se había convertido en dogma.

Sin embargo, aquellos de nosotros en las áreas ocupadas, con asientos en primera fila, por así decirlo, vimos a los alemanes de cerca. A menudo eran corteses y generalmente afectuosos con los niños. Sin duda, estaban pensando en sus propios hijos.

Recuerdo especialmente la Navidad de 1917. Los oficiales alemanes habían requisado todas las buenas habitaciones de la gran casa en la que nací. Los siete niños tuvimos que mudarnos al ático, debajo del techo.
Para nosotros, los pequeños cristianos, la Navidad significaba el belén, representado por un pesebre. En consecuencia, nos intrigó el paso a través del gran salón familiar de un abeto, que luego un oficial instaló en su habitación. Era un hombrecito regordete, redondo como un barril de la cervecería de mis padres. Al mirar por el ojo de la cerradura de la puerta de la habitación del alemán, vimos el árbol todo adornado con estrellas, con luces de colores y con paquetes.

En Nochebuena, el oficial, por primera vez en los seis meses que llevaba con nosotros, dio unos pequeños golpes en la entrada de la sala. Se dirigió a mi madre

ceremoniosamente: "Señora, es Navidad, y he preparado algunos obsequios para sus hijos. ¿Permitirá que vengan y se los quiten del árbol?"
Mi madre fue muy gentil. Hablaba alemán y no estaba ansiosa por ofender al extranjero. Sin embargo, los niños, desconcertados, la oímos decir solemnemente: "Señor, usted bien sabe que nuestros países son enemigos. Por favor, comprenda que nuestros niños no pueden recibir regalos de un enemigo". El pobre hizo una cortés reverencia y se retiró. Nosotros, los pequeños, que habíamos vislumbrado el espejismo a través del ojo de la cerradura, quedamos aplastados. Así eran las cosas: uno no se asociaba con el enemigo incluso si, como mi hermana menor, Suzanne, ¡solo tenías seis años!

* * *

Cuanto más duraba la guerra, más nos afectaba a todos la ola mundial de odio. Creíamos cualquier historia. Estábamos ansiosos por creer.
Durante algunos años esas improbables calumnias me dejaron huella, incluso cuando estaba estudiando en la universidad, cuando el examen más elemental de la historia debería haberme iluminado. Las mentiras atroces se vertieron en nuestros cráneos como metal fundido. Incluso mucho después de la derrota de Guillermo II, un gran cartel en la puerta de la casa de mis padres seguía proclamando: "Nada de los alemanes, nada de los alemanes".
Por todo eso, un día tuve un destello inesperado de la autenticidad de estos sentimientos. En 1919 mi padre ordenó unas nuevas tinas para reemplazar el equipo de cobre de nuestra fábrica de cerveza, que los alemanes habían convertido en munición. No fabricados por los alemanes, naturalmente, esos monstruos que cortaron las manos y envenenaron los caramelos, sino de nuestros queridos aliados, los dignos británicos. El día de su llegada, toda la población local acompañó a los carros que transportaban las enormes tinas, que estaban brillantemente adornadas con cintas. Curioso y asombrado por su tamaño, los examiné con orgullo, hasta que descubrí grabada en el metal una gran inscripción que me dejó estupefacto: "Hecho en Alemania". Menos ingenuos que nosotros, nuestros valientes aliados británicos tenían, por una buena comisión,
Sin duda, los británicos nunca se habían sentido obligados a dar mucho crédito a las manos cortadas de los niños belgas y a los dulces asesinos.

Estas sangrientas leyendas fueron aumentadas por muchas otras de la más variada índole. Otro que conmovió la conciencia del mundo fue el de los francotiradores belgas. Ciertamente, no hay duda de que los alemanes hicieron todo lo posible en combate. Esa era la forma en que se libraban las guerras en aquellos días, los modales militares de la época. Si los aldeanos disparaban contra los soldados, el pueblo pagaba por ello. Las casas se incendiaron. Los presuntos agresores civiles, violadores de las reglas de la guerra terrestre de esa época, fueron perseguidos y a menudo asesinados. Los británicos no se habían apresurado a actuar en sus campañas en la India, ni los estadounidenses en su marcha hacia el oeste, ni los franceses de Napoleón durante la campaña en España, a juzgar por las atrocidades inmortalizadas por Goya. En el curso de su carrera por Bélgica en agosto de 1914, los alemanes indudablemente mataron a cierto número de civiles que no eran necesariamente inocentes ni necesariamente culpables. El ajuste de cuentas se llevó a cabo en el lugar, en el calor del momento.
Los alemanes explicaron que cuando eran emboscados por civiles, simplemente tenían que contraatacar con severidad. Para mí, un joven de ocho años, un caso estaba fuera de discusión. En mi pequeño pueblo de Bouillon, un vecino se subió a una percha, armado con su rifle, en lo alto de un

alto abeto en la carretera principal y dispararon contra los alemanes cuando aparecieron a la vista. Tres días después, otros dos ciudadanos de Bouillon dispararon contra otros soldados enemigos. Así que hubo casos de francotiradores belgas, al menos esos dos. Pero haber hablado de ello habría constituido una especie de traición.
En agosto de 1914 era necesario afirmar que ni un solo civil había abierto fuego desde una emboscada. El pueblo belga no participó en los francotiradores ni disparó contra un solo alemán que avanzaba. Aquí, también, la disputa adquirió el aspecto de un dogma. La leyenda de los francotiradores: ese era el título de un libro considerable que se vendió en toda Bélgica después de la guerra.

Esta historia de la masacre de civiles completamente inocentes se convirtió así en otro eslogan internacional de la propaganda aliada.
Se necesitó una idea muy simple por parte de un alemán de rango que se había exasperado por estas acusaciones para aclarar las cosas. Era el barón van der Lancken, diplomático y muy conocido en la sociedad parisina antes de 1914. Antes que él, nadie pensó en consultar los registros esenciales, los archivos de los alemanes heridos. En los hospitales militares, cada herido tenía un gráfico en el que se anotaba la naturaleza de sus heridas. Van der Lancken hizo una investigación exhaustiva de todas las cartas de los alemanes heridos en Bélgica en agosto de 1914. ¡Descubrió que cientos de hombres habían sido heridos no por balas o metralla, sino por perdigones de escopeta! Ahora todo estaba claro. Esos centenares de alemanes heridos por perdigones, como si fueran presas salvajes, no pudieron haber sido fusilados por soldados franceses, belgas o británicos; alguien tenía que haberles disparado con armas destinadas a la caza del domingo. De ahí las contramedidas, la devastación de algunas aldeas y ciudades donde los civiles habían disparado precipitadamente contra los alemanes en contravención del derecho internacional.
La Convención de La Haya era bastante explícita: solo los soldados reconocidos como tales podían portar armas. Los civiles estaban excluidos del combate a menos que llevaran uniforme o al menos algún signo distintivo y muy evidente. De lo contrario, el uso de un arma fue y es motivo de ejecución.

En Bélgica había una categoría secundaria de combatientes improvisados no autorizados por las convenciones internacionales: los guardias civiles.
Estos últimos formaron una especie de milicia de la ciudad a la que se le prohibió tomar parte en la guerra. Esa prohibición expresa se les enfatizó el 4 de agosto de 1914, primer día de hostilidades. Algunos de ellos no cumplieron y, armados con sus viejos fusiles de servicio, dispararon aquí y allá contra los invasores, provocando sangrientas represalias.
El periódico de estos guardias locales tenía además un nombre provocativo: Le Franc-Tireur (El francotirador). Pero un francotirador se coloca automáticamente fuera del derecho internacional si normalmente no es miembro de las unidades militares previstas por la ley en caso de guerra.
Lo mismo sucedería en 1940-1945, cuando los alemanes fueron asesinados muchas veces en Bélgica, Holanda y Francia por miembros de la "resistencia", hombres disfrazados de civiles, indistinguibles de la población en general, que desaparecieron una vez que habían golpeado. Dichos ataques estaban fuera del derecho internacional. Cuando los cometen hombres irresponsables, esos actos ilegales a veces se pagan muy caro, a menudo por rehenes en lugar de los atacantes, que han desaparecido. El culpable principal es el no soldado que dispara, hiere o mata, no el soldado que toma represalias justificadas. Tal fue el caso general con respecto a los civiles muertos en Bélgica en 1914.

Todas las historias imaginables se utilizaron para generar odio durante el curso de la Primera Guerra Mundial. Los alemanes habían sido tan bárbaros, si puedes imaginarlo, que habían talado deliberadamente en todas partes los manzanos de Francia.

Una acusación ridícula a primera vista, pero por unos pocos árboles menos en los huertos de Francia o unas manzanas faltantes en la ventana del frutero, se desataría una campaña histérica con claras repercusiones en los arrecifes de coral de Australia y los glaciares de Groenlandia. .

¿Qué interés podrían tener los alemanes en privar a los franceses de unas tartas de manzana? Si hubiera sido una cuestión de maíz o de ganado, muy bien; los aliados no tuvieron reparos después del armisticio de 1918 en la requisa de alimentos, incluidos rebaños de ganado, en una Alemania hambrienta contra la que habían mantenido durante mucho tiempo el más cruel de los bloqueos. ¿Pero manzanas?

Las historias de huertos devastados no tenían sentido. Los alemanes, sin duda, talan de vez en cuando árboles que interfieren con su fuego de artillería. Todos los ejércitos del mundo harían lo mismo. En enero de 1983, en el Líbano, meses después del cese de las hostilidades, los israelíes seguían talando arboledas de álamos que forman una pantalla al sur de Beirut, limitando el campo de visión en los accesos al aeropuerto. De ninguna manera los alemanes cometieron delitos más graves al talar algunos árboles frutales que estaban en el camino. No importa. Las pocas manzanas que los franceses no pudieron morder serían un arma más en el arsenal de propaganda aliada. Desde que Adán y Eva tienen una historia sobre las manzanas, no se ha creado tanto alboroto.

* * *

Eso no quiere decir que no hubiera alemanes aquí y allá capaces de ejercer la violencia. Hay salvajes en todos los países; la humanidad no es una hueste de ángeles. Los franceses, los belgas, los británicos, los estadounidenses también tenían sus sádicos que cometían crímenes de guerra con tanta frecuencia, y a veces más, que los alemanes derrotados. La única diferencia es que los vencedores salieron del asunto con gloria y en lugar de ser condenados a muerte, cosecharon condecoraciones, ascensos y pensiones liberales.

Tres cuartos de siglo después de la Primera Guerra Mundial, las acusaciones de manos cortadas, de civiles muertos, de manzanos destruidos, que causaron tal revuelo en ese momento, parecen hoy casi insignificantes. ¿A qué se refieren, no las leyendas, sino los hechos que el mundo ha conocido desde entonces? Hechos como los espantosos bombardeos terroristas de Hamburgo y Dresde y tantas otras ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, bombardeos en los que se carbonizaron cientos de miles de civiles indefensos. O como los bombardeos atómicos de la población civil de un Japón que solo pedía rendirse.

Cada vez el objetivo ha sido crear odio y contraodio, un objetivo primordial en 1914 especialmente. En el mes de agosto la guerra se había detenido y era necesario mantener al pueblo cansado o descorazonado en un estado de frenético entusiasmo. El odio, el arma número uno, encendió la mente del hombre. ¿Qué importaba si no había una palabra de verdad en las horribles historias? La propaganda volvió odiosos a los alemanes: ese era su único objetivo.

Las olas de ese odio anti-alemán todavía se mueven después de tres cuartos de siglo. No es que los hombres sigan hablando de manos cortadas; la mayoría de la gente nunca ha escuchado esa historia. Los jóvenes te miran con asombro e incluso con sospecha si les cuentas. Las historias de los francotiradores y los manzanos tampoco se recuerdan.

Algunas personas recuerdan de vez en cuando que Bélgica, tan a menudo violada a lo largo de su historia, fue violada una vez más en 1914 por los alemanes en su loca carrera hacia París.

Los odios particulares creados entonces ya no tienen su antiguo vigor, pero una oscura y profunda aversión a los alemanes se ha infiltrado en las mentes de millones desde aquellos años.

dias. Sin una razón genuina, odian a los alemanes. Reconocen que los alemanes son de primera clase en lo que respecta a sus fábricas y sus tratos comerciales; que le dieron al mundo civilizado Goethe, Schiller, Darer, Kant, Nietzsche y Wagner. Pero para millones de no alemanes, los alemanes son brutos, capaces de cualquier cosa.

Ese juicio sumario, nacido de los horrores inventados que sufrieron los alemanes en 1914, ha permanecido en el subconsciente del público. Que vuelva a surgir la ocasión, y esa mentalidad renazca de una vez, como vimos en 1940-1945. Se creerá cualquier cosa si se carga a los alemanes.

Ya se trate de cámaras de gas en las que, para creer las cifras de los acusadores, las víctimas tendrían que estar apiñadas treinta y dos personas por metro cuadrado las veinticuatro horas del día; o si se le está dando una descripción de los hornos crematorios que, si tuvieran que quemar todos los cuerpos que les asigna la propaganda judía, seguirían funcionando a pleno rendimiento en el año 2050, o incluso 2080.

Cuando se trata de denigrar a los alemanes, no es necesario verificar nada. Cualquier testimonio, sea de mentiroso, estafador, estafador, o sea arrebatado a un acusado mediante tortura, se traga con éxtasis. Se ha decidido de antemano que los alemanes no pueden haber sido más que unos terribles asesinos.

Innumerables personas todavía llevan inconscientemente los viejos complejos nacidos del hocuspocus de 1914, aceptando todo como verdadero, por improbable, irrazonable o incluso grotesco que sea, sin sopesar ni estudiar nada. "¡Esos monstruos alemanes!", Piensan. Y el asunto está resuelto.

* * *

Lo más extraño es que este odio a los alemanes es único.

Desde 1789, los gobiernos franceses han superado con creces a los alemanes en horror.

Napoleón no envió a los habitantes de los países ocupados a campos de trabajo, sino a las hecatombe de sus campañas posteriores (196.000 soldados fueron reclutados por la fuerza solo en Bélgica). En España los ejércitos franceses cometieron horribles atrocidades. Pero no se cultiva ningún recuerdo despectivo de la nación francesa.

Lo mismo ocurre con el establishment británico, que llenó de sangre al mundo entero en el curso de subyugar a sus colonias e incluso llevó a cabo la aniquilación total de una raza en el asesinato en masa de los tasmanos.

Y lo mismo ocurre con los políticos estadounidenses, que tomaron la mitad de México a punta de pistola y esclavizaron a millones de negros, y que exterminaron a cientos de miles de japoneses en Hiroshima y Nagasaki con espantosa crueldad. Si Truman y sus seguidores hubieran aceptado la oferta de rendición de Japón, en lugar de exigir una "rendición incondicional", todas esas vidas se habrían salvado.

Cuando se trata de no alemanes, tales matanzas son las desgracias de la guerra. Como noticias, se olvidan después de algunas décadas. Pero para los alemanes, la terrible experiencia de sus "crímenes de guerra", verdaderos o falsos, nunca termina. Los pecados de Alemania, reales o inventados, se darán a conocer hasta el fin de los tiempos.

La persistencia de este odio ilustra la fuerza y el frenesí con que la opinión pública fue envenenada por los gobiernos aliados entre 1914 y 1918, para incitar a su pueblo en casa a luchar y reclutar un máximo de carne de cañón del exterior. Y en la medida en que el público se extravió en los países aliados, los fundamentos políticos y morales del Tratado de Versalles de 1919 quedaron inexorablemente establecidos.

Al eliminar o inventar documentos diplomáticos (la burocracia zarista destruyó o falsificó alrededor del ochenta por ciento de sus documentos de política exterior de 1914 a 1917), los líderes aliados convencieron al mundo de que los horribles alemanes eran única y totalmente responsables de la guerra de 1914. El día del juicio final, el 28 de junio de 1919 en Versalles, los bárbaros alemanes pagarían el precio de su total responsabilidad por la guerra. El Tratado de Versalles de 1919, en el mismo espíritu que la guerra, sería el Tratado de Venganza contra los crímenes alemanes, para los que ningún castigo sería suficientemente severo.

* * *

Pero sería un camino largo y sangriento hasta Versalles. A finales de 1914, en los frentes europeos taponados de barro y nieve, millones de hombres agotados por el sufrimiento ya no tenían ni la fuerza para imaginar cómo podrían salir del fango en el que se encontraban los cadáveres de sus enemigos y sus compañeros. podrido por decenas, cientos de miles.

Si los líderes de la matanza pretendieran prolongar la guerra a toda costa, sería necesario adquirir inmensas cantidades de materias primas, cuyo almacenamiento nadie había pensado antes de las hostilidades, ya que la guerra ciertamente sería de corta duración. duración.

Por encima de todo, era imperativo obtener millones de nuevos soldados, a un costo mínimo o nulo, sin importar dónde o cómo, en Europa o fuera de Europa, sin tener en cuenta las opiniones de los hombres, sus libertades o sus vidas.

A partir de 1915, muchos pueblos sometidos a esta trata de esclavos serían vendidos en subasta. Veintisiete países serían arrastrados a esa locura, sin duda en nombre del Derecho. En nombre de la Derecha, 32 millones de hombres quedarían mutilados; de 1915 a 1918, 8 millones de muertos yacían esparcidos y destrozados en el barro sucio todo el camino desde el Yser hasta el monte Sinaí.

Comenzó la búsqueda de carne de cañón en el futuro. Primero Turquía, luego Italia, se vería involucrada en el asunto.

CAPITULO XXI

Debacle sobre los Dardanelos

Los paneslavistas rusos, más angustiados que los demás, fueron los primeros en exigir la intervención de Italia.

A pesar de la debilidad de Austria-Hungría, el ejército ruso no había podido aplastarla. En 1915, solo la creación de un nuevo frente en el extremo norte de Italia podía ofrecer la posibilidad de proporcionar algún alivio al régimen zarista. Si se lograba la intervención de los italianos, parte de las fuerzas austríacas en el frente oriental tendría que ser transferida inmediatamente al nuevo campo de batalla en el Tirol. Eso significaría cientos de miles de combatientes menos frente a los rusos y serbios. "Correcto" no tiene nada que ver con estos planes.

Italia no fue amenazada por nadie. Por el contrario, cuanto más tarde Italia entrara en el conflicto europeo, menos muertes costaría la aventura.

Pero los paneslavistas no pudieron esperar, como lo demuestran las asombrosas observaciones que el gran duque Nicolás había encargado al embajador Paléologue de transmitir a Poincaré a fines de 1914, después de solo unos pocos meses de guerra.
La advertencia del gran duque fue tan aguda como un estocada de sable:
"Debo hablar con usted de asuntos serios. No estoy hablando con usted ahora como Gran Duque Nicolás, sino como un general ruso. Estoy obligado a decirle que la cooperación inmediata de Italia y Rumanía es una necesidad imperativa".
El ex belicista en jefe de julio de 1914 había añadido:
"Vuelvo a decir y recalco: de inestimable valor".
Sin embargo, el gobierno ruso tenía casi medio millón de soldados más a su disposición que los austriacos y alemanes juntos. Hubo un tiempo en que el régimen zarista se deshizo del doble. A finales de enero de 1915, reunió 1.843,0 (30 soldados contra 1.071.000 tropas alemanas y austríacas combinadas. Pero los líderes rusos ya sintieron que el terreno cedía. Era imperativo que se redujera la presión austro-alemana. De lo contrario, aunque difícilmente en el guerra, Rusia estaba dispuesta a perderla.

* * *

La situación de los aliados occidentales no era menos peligrosa.
A pesar de la costosa victoria de la batalla del Marne, que no había representado más que la reconquista de un departamento, el alto mando francés había persistido en su deseo de volver a la ofensiva en pleno invierno. El 16 de diciembre de 1914 había intentado romper el frente alemán en Artois y no había podido abrir una brecha en ninguna parte. Del 20 de diciembre al 30 de enero de 1915 volvió a atacar, esta vez en Champagne. Una segunda derrota. El ataque se reanudó del 16 de febrero al 16 de marzo de 1915. Una tercera derrota. Terreno miserable, abominablemente húmedo. Imposible avanzar. La artillería era inexacta: en varias ocasiones los cañones franceses dispararon contra la infantería francesa. Ningún avance, y una terrible masacre en los enredos alemanes de alambre de púas, que eran infranqueables.
Sin embargo, la lección de esta triple carnicería no tendría ningún efecto. En mayo y junio de 1915, tropas francesas, inglesas e incluso canadienses serían enviadas nuevamente al matadero. El terreno máximo ganado sería de un kilómetro en un punto, cuatro kilómetros en otro. En septiembre de 1915, los británicos y los franceses lo devolverían por quinta vez en menos de diez meses. Entonces el mando doblaría las apuestas, montando dos ofensivas simultáneamente, en Artois y en Champagne.
Orden del día de Joffre: "No permitas que el enemigo descanse ni se respire hasta que logre la victoria".
Pero como le confesó al rey de Bélgica: "Puede que tenga éxito y puede que no".
No fue así. El mando británico contaba con ganar con un arma sorpresa: el gas venenoso. Pero los vientos eran desfavorables y el gas retrocedió sobre sus propias tropas. En Artois era imposible incluso cruzar el primer río, el Souche. En Champagne, los alemanes se escaparon hábilmente, instalándose cuatro kilómetros hacia atrás en una segunda línea de posiciones. Los. Los franceses se golpeaban la cabeza contra un muro de piedra durante once días. Finalmente, tendrían que poner fin a sus inútiles ataques y atacar una vez más. "A cualquier precio", había dicho Joffre.
Estaban conociendo el costo: 400.000 muertos o hechos prisioneros y un millón de heridos o evacuados por enfermedad. Las pérdidas británicas fueron de proporciones similares. El frente se había convertido en una trampa mortal. Se necesitaba un rumbo diferente, algún pretexto u otro para crear frentes adicionales en los que los nuevos ejércitos extranjeros cargarían con la peor parte en lugar de los ejércitos francés y británico. Los Tommies y Poilus habían sido desangrados cinco veces en

sucesión en cuestión de meses y estaban en un punto de agotamiento que podría resultar fatal.

* * *

Los intereses políticos rusos y anglo-franceses coincidieron así. La conquista de Italia fue de gran importancia. Un frente italiano proporcionaría una válvula de seguridad, e Italia representaba una fuente de varios millones de nuevos soldados, un imán que atraería a las fuerzas enemigas al Tirol y al Adriático.
El apoyo de Italia era tanto más indispensable porque la propia Alemania había sido reforzada por Turquía. Turquía, de hecho, había entrado en guerra contra los expansionistas zaristas el 29 de octubre de 1914.
Justo antes de la declaración de guerra de Gran Bretaña el 4 de agosto de 1914, Alemania había podido deslizar sus dos espléndidos cruceros, el Göben y el Breslau, a través del Estrecho y más allá de Constantinopla tan ágil y rápido como dos peces voladores. Unos días antes todavía estaban en medio del Mediterráneo. En el transcurso de una sensacional odisea, habían podido eludir a los barcos aliados que los perseguían, burlándose de ellos gracias a su velocidad. Desde entonces habían reprimido la flota rusa, impidiendo que los rusos exportaran trigo y recibieran material de guerra.
El 29 de agosto de 1914 bombardearon audazmente Sebastopol, Odessa y Novorossiysk. Una ventaja importante para Alemania: con Turquía en la guerra, considerables fuerzas rusas serían atraídas al Cáucaso y retenidas allí. Otra consideración destacada: Turquía era musulmana, el sultán, el líder espiritual del Islam. Turquía podría, así, agitar a todos los países islámicos entonces bajo control británico y fomentar la rebelión en ellos. En ese momento Turquía se extendía casi hasta el Canal de Suez: sus ejércitos quizás incluso podrían llegar hasta él y cortar esa arteria vital del Imperio Británico.

* * *

Los aliados, conscientes del peligro, lo habían intentado todo desde principios de agosto de 1914 para contrarrestar las ofertas alemanas. Los británicos y los franceses habían hecho gustosos a los turcos concesiones extraordinarias en Tracia y en el mar Egeo para ganárselos a su lado o, por fin, para mantenerlos neutrales. Pero los rusos habían ido a la guerra el 1 de agosto de 1914 precisamente y principalmente para ganar Constantinopla. En consecuencia, los expansionistas rusos no solo no temían una guerra de los aliados contra los turcos, sino que la anhelaban. Así, las negociaciones anglo-franco-turcas fueron completamente contrarias a sus propias intenciones. Sazonov respondió a los negociadores anglo-franceses que al permitir las conversaciones sólo deseaba "ganar algo de tiempo sin hacer declaraciones que nos ataran a nada".
Gran Bretaña, ansiosa por hacer una alianza con Turquía, había llegado al extremo de ofrecerle la garantía de la integridad de su territorio, por lo tanto de su capital, Constantinopla, el objetivo número uno de los pan-eslavos. Sin embargo, al mismo tiempo, con una hipocresía digna de siglos de duplicidad, el establishment británico había informado a los rusos en gran secreto que "la garantía era válida sólo durante la duración de la guerra en curso", y que "Rusia siempre sería capaz, después de la conclusión de la paz general, de resolver la cuestión del Estrecho a su propia satisfacción "(Renouvin, La Crise européenne, p. 263)
Los rusos, conociendo a los británicos y sintiendo la trampa, exigieron una promesa escrita de duración ilimitada, que pusiera fin a estas negociaciones engañosas. El parlamento no había durado más de lo que hubiera sido necesario un buey para cruzar el Bósforo. No habia

sido viable; los objetivos anglo-franceses y los objetivos rusos eran completamente opuestos. Cuando llegó la licitación, Alemania ganó.
Los paneslavistas, con sus pretensiones ilesas y el juego del pérfido establecimiento británico contrarrestado, no estaban en mejor situación: ahora se enfrentaban a otro frente en medio del Cáucaso. Esto hizo que fuera aún más imperativo para ellos mitigar el nuevo peligro creando otro frente aliado en Italia o Rumania.

* * *

En otoño de 1914, los japoneses pudieron proporcionar a los aliados una medida de compensación por sus desventuras con los turcos; el 23 de agosto de 1914, los japoneses, al otro lado del mundo, entraron en guerra contra Alemania. Las disputas internas de los europeos no eran para Japón más que una noticia de una tierra lejana. A sus ojos, la única importancia de la guerra era la oportunidad que les brindaba de apoderarse de los territorios indefendibles de Alemania en el medio del Pacífico y en el Lejano Oriente, en particular la destacada base naval de Kiaochow en la provincia de Shantung en China. Los alemanes, con las manos ocupadas en Europa, no podían defender las posesiones del Lejano Oriente a diez mil kilómetros de Berlín mientras sus vidas estaban en juego en Chateau-Thierry en el Marne a fines de agosto de 1914. El 7 de noviembre de 1914, el puñado de alemanes que defendían Shantung se vio obligado a capitular. Al mismo tiempo, Japón se apoderó del puerto de Tsingtao.
Los aliados, especialmente los franceses, imaginaban ingenuamente que los japoneses, con los bolsillos así llenos sin esfuerzo, llegarían inmediatamente corriendo a Occidente como intrépidos "caballeros del lado de la derecha". Increíblemente ingeniosos, los líderes franceses y británicos pidieron a los japoneses que formaran un cuerpo expedicionario de tres o cuatro cuerpos de ejército para ese propósito. Eso habría traído a cientos de miles de soldados japoneses a los frentes europeos. "No debemos pasar por alto ningún medio", declaró el ministro francés Delcassé.
De hecho, los japoneses no se verían en París hasta cuarenta años después, después de dos guerras mundiales. Entonces, sus armas serían automóviles, cámaras y videocasetes.
Una nota del gobierno japonés informó cortésmente a los aliados que, aparte de una u otra misión simbólica, sus tropas fueron asignadas a su territorio de origen y no tenían la intención de participar en conflictos extranjeros cuyas causas desconocían.
Los políticos franceses simplemente no podían entender. El primer ministro japonés tuvo que explicárselo por segunda vez: "¿Cuál es la necesidad de enviar tropas japonesas a Europa si no tenemos ningún interés directo allí?"

* * *

Fue Churchill, imaginativo hasta el punto de la extravagancia, quien proporcionó el primer nuevo campo de batalla. Ya había soñado con un aterrizaje en Schleswig, luego en el Adriático cerca de Pola. Ahora fijó su mirada en el otro extremo de Europa, los Dardanelos. Era una forma de castigar a los turcos por no responder a las promesas británicas y por haber preferido a esos alemanes tacaños. Los alemanes habían estado en los mejores términos con el Sublime Porte durante algunos años. En Anatolia, antes de la guerra, estaban construyendo una línea ferroviaria destinada a unir Alemania y Bagdad. Gracias al nuevo ferrocarril, Turquía estaba abriendo su territorio al comercio europeo.
A cambio, los industriales alemanes habían obtenido concesiones mineras y petroleras a ambos lados de esta línea ferroviaria asiática. Solo quedaban novecientos kilómetros de ferrocarril para lanzar a través del desierto, y Berlín tendría un balcón sobre el Golfo Pérsico. Para los banqueros británicos de la City, la intrusión de los alemanes en el Cercano Oriente fue

caza furtiva. El Golfo les pertenecía. Lanzar un ejército británico a los turcos ahuyentaría a los competidores y aseguraría su monopolio sobre el petróleo, que en 1914 era tan británico como el whisky escocés. Finalmente, forzar el paso del Estrecho les permitiría unirse a los rusos.
"Es difícil imaginar una operación que ofrezca más esperanza", profetizó Balfour. Churchill, primer lord del Almirantazgo, estaba tan seguro de entrar en Constantinopla, como los otomanos en 1453, que propuso nombrar a su fuerza expedicionaria "Fuerza expedicionaria de Constantinopla".

El 28 de enero de 1915, el gobierno británico ratificó su plan. Sin embargo, hubo quejas en las filas. Lord Fisher, su asistente, estaba convencido de que sin el apoyo total de los griegos, que se aferraban a su neutralidad, la operación sería un fracaso monumental. Pero obligar a los griegos a participar en la campaña significaba llevarlos a Constantinopla, que estaban tan ansiosos por conquistar como los paneslavistas rusos. Eso corría el riesgo de ver a un "arconte" (como en la época del imperio bizantino) instalado allí en lugar del zar. Jorge V le había prometido la ciudad a su primo de San Petersburgo, quien estaba absolutamente decidido a ser otro basilisco. Por tanto, sería necesario prescindir temporalmente de los griegos.
Hubo otra complicación. Los generales aliados, cuyas fuerzas habían recibido una terrible paliza en el frente francés, se negaron a proporcionar contingentes. Churchill, que habría expulsado al Padre Eterno de su trono celestial si lo hubiera encontrado indeciso, no estaba desconcertado en lo más mínimo por algo tan menor. Ni siquiera consultaría con Joffre, ni con los franceses, a quienes sabía que eran hostiles a su plan. Decidió que abriría el Mar de Mármora solo con su flota.
¿Los fuertes turcos en el cuello del Estrecho? La artillería de los quince cruceros y acorazados de Churchill los haría volar en pedazos. ¿El canal? Sus dragas lo limpiarían como una piscina.

La flota francesa también participaría en este gran viaje náutico. Sólo los rusos, oliendo a griegos por todas partes y, en el fondo, desconfiados de este plan británico, se negaron a participar. Sin embargo, habiéndoseles prometido el premio, ellos más que nadie deberían haber estado interesados en el éxito del proyecto.
Churchill estaba tan entusiasmado que Lord Kitchener, aunque no convencido, finalmente estuvo de acuerdo como todos los demás, pero con una extraña reserva: "Uno de los méritos del plan es que si no cumple con las expectativas, será posible romper el ataque."
Churchill, con un cigarro en el puño como la lanza de Patroclo, hizo sonar el llamado a la acción el 18 de marzo de 1915. Bajo el mando del almirante Carden, la magnífica flota británica, aumentada por barcos franceses, se alineó a la entrada del Estrecho. . Las baterías turcas, camufladas en las colinas más cercanas, pronto fueron silenciadas. Sin embargo, los asesores alemanes de los turcos habían planeado muy bien la defensa. Las orillas estaban sembradas de trampas y el agua de minas. Los grandes buques de guerra aliados los golpearon uno tras otro, y cada uno envió a mil o dos mil marineros al fondo. Romper el paso era imposible. Era un Trafalgar al revés. El bombardeo continuó durante cinco días. Varias baterías turcas fueron destruidas, pero como ninguna fuerza de desembarco acompañó a la expedición, no tuvo éxito.

Las pérdidas alemanas y turcas fueron insignificantes, 200 hombres en total, mientras esparcidos en todas direcciones estaban los cuerpos de miles de marineros aliados, flotando como boyas en los mares resplandecientes.
Sin tropas de desembarco, era inútil volver a intentar pasar por el canal. Cada intento significaba enviar cruceros y destructores al fondo, con sus admirables tripulaciones en posición de firmes en el momento de su muerte. Churchill se había mostrado

nada más que un fanfarrón y un sepulturero de marineros ingleses y escoceses. Fue necesario retirarse, aunque dolorosamente y con dificultad. Un tercio de los hombres de la expedición y algunos de los mejores buques de guerra de Su Majestad yacían esparcidos por el fondo de los Dardanelos para siempre.

Este desastre infligido a su flota por unos pocos alemanes y turcos era intolerable para el orgullo de Britannia, gobernante de las olas. Tenía que ser respondida. Lo que faltaba era el apoyo de las fuerzas terrestres. Por lo tanto, a pesar de todas las promesas de Churchill de que la flota sola podría limpiar el mar, se montó un cuerpo expedicionario con la tarea de inmovilizar a los turcos a lo largo del Hellespont.

Como siempre con Churchill, se inició de forma improvisada. No hubo una preparación cuidadosa por parte del personal combinado. Treinta mil hombres iban a ser desembarcados en confusión; y eran ellos los que iban a quedar atrapados, no los turcos, a quienes los tácticos alemanes maniobraban magistralmente. Los desafortunados soldados franceses e ingleses en las playas murieron de sed, disparos, proyectiles y luego tifus. Tuvieron que ser reforzados: cinco nuevas divisiones aterrizaron en las abrasadoras arenas al pie de las fortificaciones enemigas, donde a su vez fueron cortadas en pedazos por fuego de alto ángulo. En Londres, generales y almirantes se insultaron mutuamente. Se produjo una crisis de gabinete. Los soldados aliados en el Estrecho estaban a las puertas de la muerte, y nuevamente se enviaron nuevas divisiones poco a poco. Miles de australianos fueron arrojados a la brecha.

Como los franceses en las Ardenas belgas en agosto de 1914, los aliados ni siquiera tenían buenos mapas de la región. No había barcos hospital, a pesar de que todo un ejército agonizaba bajo el tórrido sol sin comida ni suministros. Las tropas fueron desembarcadas y desembarcadas nuevamente, solo para ser diezmadas cada vez. Casi medio millón de hombres se seguirían unos a otros hasta esa orilla infernal: 145.000 morirían o serían heridos allí.

Los supervivientes, desconsolados hasta el punto de sentir náuseas, podrían ser arrojados al mar por los alemanes y los turcos en cualquier momento.

Incluso se decidió en Londres desviar y retirar los convoyes de socorro, incluida la ropa enviada para resistir el invierno. Tres semanas después, el frío y la nieve se apoderaron de los desafortunados: doscientos murieron de frío; cinco mil tenían los pies congelados. Fue una de las grandes tragedias de la guerra. Después del Somme, Artois y Champagne, en 1915, otro terrible desastre para los aliados.

Churchill se liberó enviándose a sí mismo en una misión de personal a Francia, donde fue tolerado solo durante seis meses.

En cuanto a la fuerza expedicionaria, fue imposible traer de vuelta de los Dardanelos a las tropas derrotadas, que, devastadas por el tifus, estaban esqueléticas. Había que salvar la cara. La salvación fue Salónica, un gran puerto griego, por lo tanto neutral. Al parecer, los británicos habían entrado en guerra el 4 de agosto de 1914 debido a la violación de la neutralidad belga. Grecia era tan neutral en 1915 como Bélgica lo había sido el año anterior. No obstante, ella iba a ser violada a su vez. Tal fue la "Guerra del Derecho".

En agosto de 1915, a pesar de la protesta del rey de Grecia, Constantino I, los aliados desembarcaron con sus rifles, sus cañones y agonizantes en los muelles "neutrales" de Salónica.

CAPITULO XXII

Italia se une a la Fray

Incluso antes de Salónica, las muecas de Guerra habían arrastrado a Italia a su danza de la muerte. ¿Lo quería el pueblo italiano? La evidencia histórica disponible hoy en día permite a uno responder con un rotundo no.
Incluso Mussolini, que era el destacado partidario de los aliados en Italia en 1915, se había opuesto a cualquier participación en el conflicto desde el principio. "¡Abajo la guerra! Ha llegado el momento de que el proletariado italiano mantenga la fe en la vieja consigna: ni un hombre, ni un centavo". El extremista de 1914 se convertiría poco después en uno de los soldados más gravemente heridos de la campaña italiana, alcanzado por decenas de fragmentos de metralla.
Con la formación de la Triple Alianza (Alemania-Austria-Turquía), se pensó que Italia sería persuadida de entrar en la guerra del lado de la Alianza, a la que estaba obligada por tratado. Pero en 1914, como de nuevo en 1939, Italia, la tierra de Macchiavelli, es decir, sensiblemente perspicaz, se preocupaba poco por los sentimientos bonitos, que a menudo camuflaban el frío cálculo, y no pretendían estar demasiado preocupados por problemas de conciencia.
¿Qué problemas? Los demás apenas se habían preocupado por ellos en 1914. ¿No fue estrictamente su propio interés lo que llevó al gobierno ruso a convertir los Balcanes en un escudo? ¿No era estrictamente por su propio interés que los políticos franceses hubieran hecho tal uso de la carne de cañón rusa para recuperar Alsacia-Lorena? ¿No estaba el establishment británico motivado por el interés cuando utilizó el pretexto de la violación de Bélgica para hacer tropezar a un peligroso rival naval y comercial? "Derecha" es colorete que se aplica para dar efecto. ¿Por qué el interés propio, el derecho de gentes, no habría sido también el barómetro de los italianos?
En los parlamentos internacionales, los políticos italianos no tienen igual para maniobrar, protestar en voz alta, indignarse, lanzar los brazos al aire y llorar, como si los otros negociadores los estrangularan y asesinaran. Comedia o tragedia, interpretan ambos papeles hasta la médula.

Cuando el gobierno italiano declaró su neutralidad el 3 de agosto de 1914, lo motivó una sola idea: sacar provecho de esa neutralidad. No dejar que nadie juegue con sus simpatías, sino ver qué lado ofrecería más. Salandra, presidente del consejo italiano, no se anduvo con rodeos. Automáticamente dejó de lado "toda preocupación, toda noción preconcebida que no estuviera exclusivamente inspirada por la devoción exclusiva e ilimitada a la patria, por el interés sagrado de Italia" (16 de octubre de 1914).
Pero a finales del otoño de 1914, ¿cuál era el interés "egoístamente sagrado" y "exclusivo" de ese delicioso país? Para lograr su interés, ¿era absolutamente necesario tomar las armas a favor de uno de los bandos?
"Creo", declaró sabiamente Giolitti, ex presidente y de temperamento liberal, "que en las condiciones actuales en Europa, podríamos obtener algo apreciable sin guerra".

Ese "algo apreciable" fue el italiano Trentino. Los hijos de Rómulo y Remo tenían dientes de loba, como su patrona de dos mil quinientos años antes. Muchos recordaron la antigua Roma, dueña del mundo. Algunos de ellos, como Gabriele d'Annunzio, soñaron teatralmente con una grandiosa inmolación de los italianos: "¡Tendrán que sufrir una hemorragia resplandeciente, para calmar un dolor radiante!"
El italiano Trentino fue una demanda razonable. Que personas de la misma raza y sangre se reunieran fue igual de sólido.
Exagerar y tragar pueblos extranjeros en contra de su voluntad, por otro lado, no estaba en consonancia con la "Derecha" tan alabada, ni tal vez incluso con

sabiduría. Muchas son las naciones de la historia que han sufrido la indigestión de pueblos extraños.
¿Cuál sería la elección de Italia?

¿Y qué iba a ofrecer Viena? Al principio, el gobierno austriaco se había demorado. Entonces Franz Josef se animó con la idea de entregar las estribaciones del Tirol del Sur a Italia. Austria incluso estaba dispuesta a permitir que su puerto de Trieste se convirtiera en un estado independiente. En cuanto a Albania y las islas turcas del Dodecaneso, Austria daría carta blanca a los italianos.
Sin disparar un solo tiro, Italia pudo lograr avances no solo apreciables sino considerables. Para obtener la cooperación de los austriacos, Wilhelm II, que no deseaba que otro enemigo cayera sobre él, ejerció una gran presión sobre Viena. Envió a su antiguo canciller, el príncipe von Bülow, como plenipotenciario especial a Roma. Von Bülow era un italófilo y un austrophobe, y amigo íntimo, al igual que su esposa, de la reina madre italiana. Hasta la última semana de su estadía, es decir, hasta el 21 de mayo de 1915, se esforzó con tacto por mantener a Italia en paz, mientras se esforzaba por satisfacer sus demandas territoriales. El 9 de mayo de 1915, el príncipe von Bülow, acompañado por el propio embajador de Austria-Hungría, presentó confidencialmente al gobierno italiano la siguiente nota:
"Austria-Hungría está dispuesta a ceder esa parte del Tirol habitada por italianos, Gradisca, y la ribera occidental del Isonzo en la medida en que es italiana; Trieste se convertirá en una ciudad libre dentro del imperio austrohúngaro, con una universidad italiana y el ayuntamiento. Austria reconoce la soberanía italiana sobre Valona y declara que no tiene ningún interés político en Albania ".
"Fatte presto [apúrate]", dijo el rey Víctor Emmanuel a von Bülow en varias ocasiones cuando finalmente se le entregó esta importante oferta. Pero sin que se supiera en las embajadas, ya se había producido lo irrecuperable. Dos semanas antes, el 24 de abril de 1915, Italia había llegado a un entendimiento secreto con los aliados en Londres.

Víctor Emmanuel había mantenido las apariencias. Cuando von Bülow vino a entregarle personalmente una carta de Guillermo II en la que le suplicaba fervientemente que se mantuviera fiel a su amistad y a su tratado, el rey de Italia había hablado de sus deberes frente a la opinión pública, la mayoría del país. y el parlamento.
De hecho, ningún partido en Roma tenía mayoría en la primavera de 1915. Sólo la gente común, fuertemente sometida a la propaganda aliada, había dejado en claro sus sentimientos. El propio ministro del Interior italiano lo había reconocido claramente: "Si hubiera un plebiscito, la mayoría votaría en contra de la guerra".
Giolitti, que también estaba en contra de la guerra, había recibido el apoyo de una gran mayoría de diputados: 320 de 508. En un gesto absolutamente inédito en un gobierno parlamentario, esos 320 diputados habían venido uno a uno para entregar sus tarjetas de visita a la residencia personal del jefe del partido neutralista, con el fin de significar su negativa a ponerse del lado de los Aliados. Salandra, el primer ministro, se sintió tan repudiado que renunció. Los sindicatos, por su parte, se opusieron masivamente a entrar en la guerra. En cuanto al pueblo mismo, en realidad difícilmente podría manifestar su voluntad democráticamente, porque en 1915, el setenta y ocho por ciento de los italianos todavía no tenía derecho a voto. En ese momento, un italiano tenía que poseer un diploma escolar para poder votar. Por tanto, menos de una cuarta parte de los ciudadanos eran votantes.

Entonces, ¿cómo se produjo la entrada de Italia en la guerra? Con la ayuda de disturbios callejeros llevados al punto de la violencia directa, fomentados por bandas de guerrifondigi [belicistas]

que, con una rotura total de ventanas, se habían abierto paso en el parlamento italiano con gritos de "¡Viva la guerra!"
Los fondos aliados, principalmente franceses, se habían distribuido en Roma con extrema generosidad. Los periódicos, llenos de subsidios aún más abiertamente que la prensa belicista francesa de 1914, habían avivado los sentimientos del público. Mussolini había fundado un periódico que estaba destinado a hacerse famoso: II Popolo d'Italia. El futuro líder fascista lo había convertido en una hoja incendiaria, excitando tanto la furia por la guerra entre sus lectores socialistas como el patriotismo entre los irredentistas que soñaban con replantar los viejos fasces en un máximo de las tierras del antiguo imperio romano. D'Annunzio, con un cráneo calvo encima de un cerebro sobreexcitado y su lira en la mano, proporcionó el tono épico.
Este movimiento belicista también contó con el apoyo extremadamente activo de la masonería. Todos estos intervencionistas combinados no constituían más que una minoría, pero levantaron un estruendo como los gansos de la antigua capital romana. Nadie más pudo ser escuchado. Salieron a las calles, gritaron, causaron estragos. Víctor Emmanuel, asustado por los cristales rotos del edificio del parlamento, rechazó la dimisión de Salandra.

* * *

Salandra jugó solo un papel modesto en todo este asunto. Era un político mediocre sin ningún poder real. El verdadero tirador de cables era un italiano muy extraño llamado Sonnino: un judío nacido en el Líbano de padre judío y madre galesa. Otra característica extraña: su madre lo había convertido en protestante, bastante sorprendente en un país donde casi todos eran católicos. Judío, levantino, protestante, medio galés, Sonnino sería el abanderado de la Italia internacionalista.
La oferta austriaca, sin embargo, ofrecía a los italianos considerables ventajas territoriales en bandeja de oro, y sin que uno solo de sus soldados tuviera que sufrir un rasguño. Además, fue presentado con bastante desgana por los austríacos, que se quejaron, no sin razón, del chantaje, pero que, ante la imperiosa insistencia de Guillermo II, tuvieron que resignarse a ceder.
Giolitti había pedido "parecchio" (mucho). Al final, Italia iba a salir con todo el Tirol del Sur y una Trieste autónoma, así como el reconocimiento de su libertad de acción en Albania y el Dodecaneso, sin renunciar a una sola lira ni derramar una gota de sangre.

"Italia está siguiendo una política de chantaje contra nosotros que no tiene paralelo en la historia", se lamentaba Bethmann-Hollweg mientras cedía.
Pero estaban en una subasta. Sonnino vendería Italia al mejor postor. El pueblo italiano, enardecido por la propaganda aliada, no pensó en el posible costo de esta generosidad extranjera. Porque los aliados lo estaban ofreciendo todo: el italiano Trentino sin duda, pero el alemán Trentino también, lo que significaría que cientos de miles de no italianos serían absorbidos por una tierra extranjera sin su consentimiento. Eso, por supuesto, era estrictamente contrario al principio de autodeterminación por el que más tarde los políticos franceses y británicos afirmaron estar luchando.

Las personas que viven a lo largo de las costas del Adriático, ofrecidas de manera similar a Italia por los aliados, sufrirían la misma violación de su "derecho". ¿Quién pidió la opinión de los habitantes no solo de Istria, sino también de Dalmacia? ¿De Albania? ¿De toda la cadena de islas costeras? Eran millones, estos pueblos en gran parte eslavos y albaneses a quienes los aliados estaban dispuestos, por interés propio, a convertir en ciudadanos italianos.
Fue para muchos de estos South Slays que los asesinos de Sarajevo habían desatado la gran carnicería europea el 28 de junio de 1914. Fue para asegurar una expansión eslava hasta

los puertos dálmatas en cuestión que los pan-eslavistas de Rusia habían comenzado la fase militar de la guerra. Ahora bien, estos territorios iban a ser entregados a los italianos con el pretexto de que algún emperador había tenido allí su villa hace dos mil años, y que algunos miles de pescadores y comerciantes italianos habían desembarcado un día y se habían instalado allí. Pero, ¿por qué, en ese caso, no prometer a Lyon, la ciudad natal del emperador Claudio, también a Italia? ¿O Sevilla, cuna del emperador Trajano? ¿O incluso París, la antigua Lutetia romana? ¿Y qué de Londres, que César había conquistado?

Rusia, por su parte, no quería formar parte de tal adjudicación de territorio balcánico a Italia. Sus líderes se opusieron a ella con todas sus fuerzas. Pero el frente se estaba derrumbando y el gran duque Nicolás temía un desastre inminente. Así que Rusia tuvo que aceptarlo por el momento. De hecho, sin embargo, estaba decidida a sabotear la oferta aliada y anularla en la primera oportunidad. Y así resultó. Los serbios, en 1919, serían los grandes vencedores en los Balcanes. Las promesas de los Aliados, a pesar de los tratados debidamente firmados, quedaron vacías, un juego fundamentalmente inmoral que hizo una caricatura de las tan edificantes declaraciones de los "defensores del derecho" en 1914.

¿Qué queda por añadir sobre los territorios de Asia Menor que los aliados le ofrecieron a Sonnino como botín extra? Los italianos habían exigido, además de las costas del Adriático y el paso del Brennero alemán, que se les concediera Cilicia, el sureste de Anatolia, el sur de Capadocia y la región de Esmirna como regalo asiático. ¡Pero los griegos, cuando los aliados suplicaban su intervención el año siguiente, seguramente exigirían a su vez anexiones similares en Turquía! Asimismo, los rusos, que habían entrado primero en la sala de subastas, el 1 de agosto de 1914. Por su parte, británicos y franceses ya habían elegido en secreto los bocados que cortarían del botín turco para sí mismos. A los árabes, finalmente, para atraerlos a la caravana de la muerte, los camellos a la cabeza, los británicos habían prometido en gran secreto que los territorios que habitaban se convertirían en estados árabes. Así, el mismo botín en la misma zona se había prometido tres, cuatro y cinco veces. ¿Y con qué derecho? Todos los habitantes eran súbditos turcos, es decir, no europeos. ¿Habían sido consultados? ¿Estaban ellos, los principales interesados, dispuestos a ser subastados como bienes muebles? ¿Tenían siquiera la menor idea de estos tratados de trueque celebrados a sus espaldas? dispuesto a ser subastado como bienes muebles? ¿Tenían siquiera la menor idea de estos tratados de trueque celebrados a sus espaldas? dispuesto a ser subastado como bienes muebles? ¿Tenían siquiera la menor idea de estos tratados de trueque celebrados a sus espaldas?

No tenía importancia para los políticos. Fueron vendidos a los italianos, o más precisamente a Sonnino, quien, a través de su padre, tenía un poco de Levante en él. Para consolidar el trato, los Aliados se comprometieron a otorgarle aún más territorio, porque, por supuesto, planeaban tomar y dividir las colonias alemanas en África, Asia y Oceanía. Para traer a Italia a la guerra, le habrían prometido Vancouver y Valparaíso a Sonnino si él los hubiera querido.

Estos traicioneros tratos resultarían en espantosas disputas después de la guerra. En 1918 y 1919, Clemenceau amontonaría insultos contra Italia. Pero en 1915, Italia tuvo que ser seducida a cualquier precio, especialmente si el precio lo podían pagar otros. Los aliados, si querían aplastar a Alemania, tenían una necesidad absoluta de otro millón o dos millones de soldados y un nuevo frente de batalla, con el fin de aliviar la presión del frente occidental paralizado y salvar a Rusia, a quien los austríacos y alemanes tenían por la garganta, del desastre total.

Así, el 26 de abril de 1915 se firmó el tratado secreto ítalo-aliado, que sería conocido en la historia como el Tratado de Londres. Italia se comprometió a declarar la guerra en un mes. El 21 de mayo de 1915 se hizo.

En el transcurso de las primeras semanas los italianos avanzaron al Isonzo y luego, en octubre de 1915, al lago de Garda. Después de eso, pudieron disfrutar de algunos éxitos locales. Pero ellos

estaban mal armados y mal comandados. En Caporetto sufrirían un revés aplastante. Incluso serían arrojados más allá del Piave.
"¡Pero están huyendo, mis leones!", Gritaba el mariscal Cardona. Las unidades francesas tendrían que correr al rescate. Al final, en lugar de ser ayudados por los italianos, los aliados se verían obligados a ayudar a los italianos. En una palabra, habían violado los derechos más elementales de los pueblos en el Tratado de Londres del 26 de abril de 1915, solo para enredarse en nuevas complicaciones, complicaciones militares que pronto serían seguidas por animosidades nacionalistas. Los italianos ya no podrían soportar a los franceses. Los franceses, a su vez, odiarían a los italianos.
La intervención de Italia en la guerra de 1915 no tuvo más efecto que una espada clavada en el agua, o más bien en un fango de sangre. Un mal negocio desde el principio, se convirtió en una decepción militar. Los aliados no ganaron nada y le costó a Italia la sangre de su pueblo. Durante mucho tiempo, los italianos detestarían a los franceses y los británicos. De esa gran esperanza arruinada, nacería el fascismo.

CAPITULO XXIII

Más intriga balcánica

La entrada de Italia en la guerra no fue más que un pequeño comienzo. Después de Italia, otros veinte países quedarían atrapados en las trampas de los señores Poincaré y Asquith. Mientras tanto, los alemanes y los austriacos, en guardia, se habían ganado a otro país balcánico, Bulgaria.
La posición estratégica de Bulgaria era importante. Si entraba del lado de los alemanes, les aseguraría inmediatamente a ellos y a los austriacos el contacto con sus nuevos aliados, los turcos. Por otro lado, si se inclinaba hacia los aliados, podría ser la base decisiva para la ofensiva de los rusos contra Constantinopla, su principal objetivo. Podría formar un vínculo geográfico para los ejércitos del zar con los de Serbia, su satélite en los Balcanes.
La idea de tener un adversario adicional, uno del tamaño de Bulgaria en su garganta, estaba destinado a causar una enorme preocupación a los rusos, que se habían sentido algo aliviados por la entrada de Italia en la guerra.
Por tanto, Bulgaria era, tanto para amigos como para enemigos, un país cuya colaboración parecía fundamental.
Los líderes de Bulgaria lo sabían. En agosto de 1914, el país al principio permaneció tranquilo en su rincón. Oficialmente, Bulgaria se mantuvo neutral: era el momento de ver quién ofrecería más. ¡Como había hecho Sonnino en nombre de Italia y como harían los rumanos, que serían los últimos en decidir! Los búlgaros calcularon fríamente las ventajas que les ofrecían los postores rivales.
Se sentían como Asesinos. Pero también tenían sangre de mongoles y turcos en las venas; y cruzados como estaban con griegos e incluso alemanes, ahora estaban a favor de Constantinopla y ahora en contra de ella. Uno de sus reyes se había casado con la hija del emperador bizantino, pero, de nuevo, Basilio II, llamado el "asesino de búlgaros", había hecho prisioneros a 15.000 de ellos y les había sacado los ojos con tanta naturalidad como si estuviera revisando sus bolsillos. 900 años antes. Y los búlgaros tienen una larga memoria.

En octubre de 1912, Hartwig, el embajador ruso en Belgrado, había organizado la primera guerra de los Balcanes.
Había lanzado a los griegos, los montenegrinos, los serbios y los búlgaros en un asalto contra los decrépitos turcos. Los búlgaros aplastaron a los turcos en Kirk-Kilisse, en Lule Burgas y finalmente en Adrianópolis. Se acercaron a los minaretes de Constantinopla.

Eso fue demasiado para el zar de Rusia. El rey Fernando de Bulgaria no era una persona sin pretensiones. Al igual que su gran mecenas en San Petersburgo, soñaba con capturar la capital del Bósforo y proclamarse emperador allí. Por supuesto, eso no serviría en absoluto para el zar. Constantinopla era un monopolio ruso, un feudo que el zar se había reservado para sí mismo.
Los serbios también se sintieron embargados por los celos al ver que ahora había dos países fuertes en los Balcanes, cuando definitivamente tenían la intención de que nunca hubiera más de uno: el suyo.
El resultado fue el Tratado de Londres en mayo de 1913, que legalizó las conquistas de Bulgaria. Apenas se había firmado cuando estalló la segunda guerra de los Balcanes en junio, el mes siguiente. Todos los pueblos entre el Danubio y los mares Egeo habían sido azotados por el gobierno ruso, y cayeron en la ambiciosa Bulgaria con uñas y dientes. Los rumanos, los griegos, los montenegrinos, los serbios, descendieron sobre Bulgaria. Incluso los turcos, que habían sido el enemigo común un año antes, se unieron. Los búlgaros fueron fácilmente derrotados. En agosto de 1913, el Tratado de Bucarest los desnudó casi hasta la piel: en el oeste, los serbios tomaron Macedonia; los rumanos tomaron Dobrudja de Bulgaria en el norte; y en el sur los búlgaros tuvieron que rendirse a los turcos Adrianópolis, la Adrianópolis de hace dos mil años, fundada por Adriano,
Después de esa paliza, Bulgaria, por muy eslava que fuera, ya no albergaba sentimientos de solidaridad, sino enemistad, hacia los serbios, que no habían perdido el tiempo en llevar a cabo espantosas masacres de macedonios, tan pronto como habían sido arrebatados de sus manos. unión con los búlgaros. En cuanto a los líderes rusos, habían permitido que Bulgaria fuera casi aniquilada para asegurar sus propios derechos sobre Constantinopla, Bulgaria ya no los veía como protectores sino como enemigos peligrosos.

Los gobiernos británico y francés deseaban bloquear sin falta una alianza de Alemania y Turquía, que uniría a sus enemigos desde la frontera de Dinamarca hasta el corazón de Asia Menor, donde dominaban los intereses británicos.

Ganar a Bulgaria atrajo a todos porque se había vuelto militarmente fuerte: la nación tenía a su disposición medio millón de soldados que, en general, se sabía que eran muy buenos combatientes.
Sin embargo, para convencer a Bulgaria, los aliados tendrían que garantizar absolutamente la restitución de las regiones que los rumanos y los serbios habían tomado el año anterior. Los políticos franceses favorecieron este enfoque: era más fácil regalar lo que pertenecía a otros. Macedonia no era Alsacia.
Con Francia, entonces, Bulgaria podría llegar fácilmente a un acuerdo, a expensas de sus vecinos, como sabemos por el telegrama confidencial de la embajada francesa en Bulgaria, fechado el 19 de noviembre de 1914 (No. 99 de los archivos del ministerio de asuntos exteriores en París):
Bulgaria está dispuesta a prestarnos su completa asistencia a cambio de garantizarle la adquisición de Tracia hasta la línea Enos-Midia y la devolución de todos los

Regiones de Macedonia, cuya posesión le había sido prometida por el tratado serbo-búlgaro del 13 de marzo de 1912.

Según cualquier cálculo, esas restituciones les costaron a los franceses menos que una botella de Calvados. ¿Pero los serbios? ¿Y los rumanos? ¿Y los rusos?

El gobierno ruso exigió a Constantinopla como su principal compensación de guerra, lo que Bulgaria también codiciaba. Los intereses de los búlgaros y los rusos estaban en absoluto conflicto.

Por otro lado, los serbios eran partidarios incondicionales de los rusos. Eran el ariete que los Pan-Slays pretendían conducir hacia el flanco sur de los austriacos. Fue gracias a los serbios y en parte a los serbios que los rusos, tras el doble crimen de Sarajevo, desencadenaron la guerra europea. ¿Cómo podrían desmantelar el bastión serbio en beneficio de los búlgaros, sus rivales directos en el Bósforo?

No importa. Los Pan-Slays rusos ya no podían permitirse el lujo de jugar a espadachines. Estaban en una situación desesperada. Los alemanes los habían derrotado severamente. Su comandante en jefe, el Gran Duque Nicolás, sintiéndose perdido, clamó por la intervención de otros países, Italia para empezar, como hemos visto. Su ministro de Guerra le enviaba apenas una cuarta parte de los proyectiles de artillería que necesitaban sus baterías en el frente para evitar la aniquilación.

"Pido trenes cargados de municiones y me envían trenes cargados de sacerdotes", se burló el gran duque. Claramente preferiría a los búlgaros a los sacerdotes. Pero Sazonov bloqueó todo: "En caso de apuro aceptaría algunos retrocesos parciales en Macedonia", telegrafió el embajador Paléologue, quien se mantuvo muy cauteloso. "El señor Sazonov acababa de presentar algunos otros planes diplomáticos".

Prometer al rey Fernando "algunos retrocesos parciales" no era mucho, especialmente porque los alemanes estaban en condiciones de prometer mucho más. No les costaría ni un penique ofrecer a los búlgaros el regreso de Macedonia tan a menudo dividida.

Paris, impaciente, empujó a los rusos sin piedad. Los Pan-Slays rusos decidieron hacer una oferta a los búlgaros, "sujeta a la aceptación de los serbios". Era evidente que la respuesta serbia sería no. El viejo Pashich no había encubierto los asesinatos de Sarajevo y provocó la guerra de 1914 solo para ablandarse en beneficio de su enemigo de 1913.

Al comienzo de las negociaciones del 10 de agosto de 1914, había telegrafiado a su embajada en París: "Serbia no fue a la guerra tres veces en los últimos dos años para traer consecuencias que convertirían a Bulgaria en la potencia dominante en los Balcanes. Prefiere cualquier cosa a semejante humillación ".

Pasaron los meses y Bulgaria, a pesar de todo, quedó bastante bien dispuesta a la Entente. Pero, ¿cómo convencer a los tercos serbios? Francia y Rusia hicieron una representación conjunta en Pashich. La única respuesta que recibirían fue una rotunda negativa: "Ni un centímetro de Macedonia se convertirá en búlgaro mientras pueda evitarlo".

En estas negociaciones Rusia jugó un papel extraño. Hizo saber a los serbios que no participaba en la gestión francesa y que, aunque "obligada y obligada a hacerlo, en realidad desaprobaba la concesión de cualquier concesión a los búlgaros".

Si la camarilla zarista lo habla de boquilla hoy, mañana haría todo lo posible por destruir el acuerdo. El 4 de marzo de 1915 el zar declaró a su ministro de guerra: "Mi decisión está tomada: Tracia y la ciudad de Constantinopla deben incorporarse al imperio". (telegrama de Paléologue, no 361)

Paris multiplicó en vano sus promesas. Los franceses juraron que lo que Serbia abandonó en Macedonia lo recuperaría cien veces en el Adriático, ¡el mismo regalo que París ofrecía a los italianos!
Los serbios, astutos y desconfiados, no quisieron considerar concesiones a Bulgaria hasta después de haber arrebatado a Austria todo el botín que exigían.
"Nunca consideraremos ninguna concesión a Bulgaria en relación con Macedonia antes de que hayamos logrado la suma total de nuestras aspiraciones a expensas de Austria". (Pashich 23 de diciembre de 1914)
Era inútil, por tanto, que los aliados prolongaran una discusión que caía en oídos sordos.
"Insistir sería arriesgarse a ofender a Serbia sin ninguna posibilidad de éxito". (Poincaré, L'Invasion, pág.514)
La verbosidad de los serbios se volvería cada vez más extravagante. Propondrían grandilocuentemente cargar a través del territorio de los problemáticos búlgaros.

"Estamos preparados", afirmó Pashich, "para ocupar territorio búlgaro y destruir así las fuerzas militares de Sofía".
Cuando unos meses después Pashich se encontrara con el trasero en las aguas del Adriático, sería porque se lo había pedido.

* * *

Habiendo sido así rechazados, era inevitable que los búlgaros se pusieran del lado de los alemanes. El 1 de agosto de 1915, el coronel Gantscher llevó a los búlgaros todo lo que habían perdido y más. Incluso se encargaron de que hubiera soborno liberal en Sofía, porque los negociadores balcánicos, como sabemos, siempre libraron la noble "guerra de la derecha" con corazones más puros cuando se pagaba en efectivo. El ministro de Finanzas búlgaro, M. Tuchev, ya había aceptado, con los ojos entrecerrados, una pequeña propina de Berlín de cuatro millones de marcos oro. Este líder tan importante ayudó a los alemanes a aliviar un poco de su superávit financiero. Estos pequeños dones ayudaron a la comprensión. Los alemanes y los búlgaros se entendían cada vez mejor. La agradable comedia de la neutralidad se prolongó durante un mes más. A finales de septiembre de 1915, el mariscal alemán von Mackensen, un húsar cabeza de la muerte, cuyo alto kepi negro con cráneo y plumas todavía ocupaba un lugar de honor en su finca en el vecindario de Stettin desde donde, en abril de 1945, dirigí nuestra batalla por el Oder, reunió a diez espléndidas divisiones alemanas al sur del Danubio. Serían apoyados por cuatro divisiones austrohúngaras. El tornillo de banco se estaba cerrando. ¿Podrían los aliados no verlo?

En el frente austríaco, la intervención italiana solo había dado lugar a resultados mediocres. Había sido necesario trasladar sólo dos divisiones austrohúngaras del frente gallego a la defensa de las montañas del Tirol. Los italianos tenían 312 batallones a su disposición, los austriacos 147. Sin embargo, las pérdidas austríacas se limitaron a unas pocas aldeas y algunos puntos de apoyo. El gran duque Nicolás, que había contado con la avalancha de 37 divisiones italianas para aliviar en gran medida su frente, se encontraba en peor estado que nunca. El frente ruso había sido penetrado en Görlitz el 4 de mayo de 1915 y conducido de regreso a los San. Al mes siguiente, la línea de los San y también la del Dniéster fueron invadidas. El 22 de junio de 1915 cayó Lemberg. En julio siguió una nueva derrota, la captura de Varsovia en la Polonia rusa. En agosto, la línea Nieman se rompió:

El historiador pro-aliado Renouvin lo resume: "Los resultados de la campaña fueron graves. Los ejércitos rusos habían abandonado toda Galicia, toda Polonia, toda Lituania. En el centro del frente, su retirada superaba los ciento cincuenta kilómetros. . Habían sufrido enormes pérdidas de mayo a octubre: 151.000 muertos, 683.000 heridos y 895.000 hechos prisioneros, es decir, casi la mitad de los efectivos de combate ". (La Crise européenne, p. 311)
Millones de reclutas inútiles vegetaban en los depósitos traseros, "matones rudos" que ni siquiera podían ser entrenados porque no había rifles disponibles.
En tales circunstancias, ¿podría Rusia permitirse a Bulgaria como un enemigo adicional?

* * *

Los aliados occidentales no habían logrado mucho más. En Artois, a pesar de haber concentrado 29 divisiones anglo-francesas contra 13 divisiones alemanas, y en Champagne, donde 39 divisiones de infantería francesa se enfrentaron a 17 divisiones del Reich, habían sufrido una cruel derrota: casi el doble de muertos que los alemanes. (250.000 contra 140.000) por prácticamente nada. El propio Joffre se había visto obligado a anunciar el 7 de octubre de 1915 "una postura prolongada de operaciones defensivas".
El desastre anglo-francés de los Dardanelos y la espantosa masacre de las tropas aliadas en Gallipoli a finales de 1915 habían hecho necesario buscar refugio para los supervivientes en Salónica. La neutralidad griega fue violada cuando los británicos establecieron un líder títere, Venizelos, un astuto cretense.
Las cosas iban de mal en peor para los aliados. Los británicos estaban haciendo un último esfuerzo oficial para intentar mantener a los búlgaros en su anterior neutralidad. Habían ofrecido a los búlgaros Macedonia como bonificación de guerra, sin el conocimiento de sus aliados serbios, exactamente de la misma manera en que los políticos franceses, en agosto de 1939, concederían secretamente a los soviéticos el derecho de paso por Polonia, cuando este último país se oponía categóricamente a eso.
Para apoyar su propuesta, el secretario de Relaciones Exteriores británico, Sir Edward Gray, en un discurso ante la Cámara de los Comunes, se embarcó en un asombroso elogio de los búlgaros. Era el 1 de octubre de 1915. Los rusos estaban inmersos en una operación diametralmente opuesta. Después de mantener a los aliados en la oscuridad hasta el último momento, por iniciativa propia presentaron un ultimátum a los búlgaros, exigiendo que rompieran las relaciones diplomáticas con los alemanes, un indicio de cuán sincero era el entendimiento entre los anglo-franceses y los alemanes. los rusos. Uno dijo blanco y el otro negro. No le quedaba nada al rey Fernando de Bulgaria más que enviar al zar de Rusia a sus oraciones. El 6 de octubre de 1915 Mackensen y los búlgaros atacaron Serbia: 300.000 soldados en total, más de la mitad de ellos alemanes.

* * *

Los 250.000 serbios, tan provocativos en 1914, cuando solo tenían que enfrentarse a los desprevenidos austríacos, se asustaron ante el ataque de los alemanes. Pidieron ayuda francesa y británica, pero sus aliados no les enviaron ni un puñado de soldados de infantería. Belgrado cayó el primer día. A partir de entonces, los serbios huyeron hacia el Adriático. Fue sólo después de un mes de derrota ininterrumpida que los aliados decidieron enviar al general Sarrail desde Salónica con 80.000 soldados británicos y franceses hacia el último valle serbio, casi en la frontera con Grecia; pero no pusieron en fuga ni una sola perdiz macedonia.

Se empantanaron y luego fueron empujados hacia atrás. El ejército serbio derrotado no pudo unirse a ellos. Los serbios no llegaron al Adriático ni a las famosas costas albanesas que se habían prometido a todo el mundo hasta mediados de diciembre. Devorados por el tifus, los serbios ya no tenían ni municiones ni suministros. "¡Leba! ¡Leba!" ("¡Pan! ¡Pan!"), Gritaban al acercarse a cada caserío. Con ellos viajaba el viejo rey, Pedro II, en un vehículo tirado por búfalos. En todas partes dejaron cadáveres demacrados.
Los italianos, que habían ocupado Valona, llevaron a los últimos supervivientes hacia las montañas de Grecia, porque, por segunda vez, el territorio griego había sido violado por los aliados en Corfú. Allí dejaron a Pashich temblando en su barba y ya a punto de traicionarlos. El viejo y miserable zorro pronto enviaría emisarios a Suiza para iniciar negociaciones con el nuevo emperador austrohúngaro, Carlos I, y obtener el perdón por el doble asesinato de Sarajevo. Como muestra de su buena fe, haría fusilar al organizador del crimen, el coronel Dimitrievich, como chivo expiatorio.
Las fuerzas de la Entente intentarían nuevamente una operación de rescate serbia en la región de Dedeagach. Allí estarían casi rodeados por los búlgaros. Alemania cruzó ahora a voluntad la vasta área entre Berlín y Constantinopla. Sus especialistas reforzaron a las tropas turcas en el campo de batalla del Cercano Oriente hasta el umbral del Canal de Suez.
Fue allí, junto al Mar Rojo, donde los británicos intentarían reclutar nuevos candidatos para la muerte, esta vez entre los árabes.
A excepción de los rumanos, que demoraban su decisión, todos los europeos que podían ser enviados al fuego ya habían sido arrojados a la sartén. Se necesitaban millones de soldados adicionales, también trabajadores. Había llegado el momento de reclutar extranjeros en masa.

CAPITULO XXIV

Carne de cañón de las colonias

Una enorme avalancha de humanidad, igual en número a los ejércitos francés y británico de 1914 (2.300.000 hombres en el mes de octubre de 1914) estaba a punto de derramarse sobre todos los campos de batalla de los Aliados, desde África, desde Asia y desde Oceanía. El brillo de sus rostros, amarillo, cobrizo, negro, se reflejaría en todos los mares del mundo. Ni siquiera se incluyeron en estas manadas los considerables ejércitos reunidos en Canadá, Australia, Sudáfrica, etc., a menudo con los descendientes de franceses conquistados, trabajadores forzados irlandeses y bóers desposeídos. Los bóers, descendientes de holandeses y hugonotes franceses, constituían la mitad de la población de Sudáfrica. La población de Canadá incluía a varios millones de descendientes de antiguos colonos franceses. Australia se había construido con la sangre y el sudor de los irlandeses traídos por la fuerza por los británicos.
¿Qué podría haber dicho el neozelandés en julio de 1914 si Sarajevo era un nombre de pila de los Balcanes o una marca de caviar ruso? ¿Y Mulhouse? ¿Y Estrasburgo? ¿Qué boer de Pretoria, qué irlandés australiano podría haber explicado por qué esas ciudades deberían ser alemanas en lugar de francesas, o francesas en lugar de alemanas?

Enviarlos a morir a decenas de miles en el apestoso barro de Artois ya era moralmente indefendible. Pero, ¿qué pasa con los senegaleses? O los negros se volvieron grises de frío en las trincheras calcáreas de Champagne, y los malgaches transportados como ganado por mar durante un mes o más para ser arrojados, estupefactos, a los enredos de alambre de púas del Chemin des Dames, ¿qué pasa con ellos?
¿Qué podían entender de la guerra? ¿Qué podría significar un alemán para ellos? ¿Y en qué se diferenciaba de un francés? ¿Por qué se le ordenó matar a uno en lugar de al otro? Y, sobre todo, ¿por qué hay que matarlo por ellos?
¿Cuántos de ellos murieron? ¿Cien mil? ¿Doscientos mil? ¿Quién se molestó en contar? Poner a esos 850.000 infelices en cuatro años de carnicería fue un genocidio abominable, tanto más odioso cuanto que los que reclutaron toda esta carne de cañón de color fingieron ser sus defensores.
En el reclutamiento de personas de color, el establishment británico había batido todos los récords conocidos, desviando a más de un millón de hindúes hacia sus campos de batalla o, más precisamente, hacia la satisfacción de sus intereses. Exactamente un millón cien mil. Hombres indigentes reclutados en su árida tierra con tremendas dosis de cruda y variada propaganda. Los hombres que no matarían una vaca flaca, ni siquiera una mosca, salían a ciegas para que los mataran por cientos de miles. En cualquier lugar había un centavo de Su Majestad, o un barril de petróleo británico, o una fuga en el monopolio marítimo impuesto al mundo por Londres, esos pobres diablos en calzones hasta las rodillas, hablando ochocientos idiomas diferentes y marchando detrás de un británico. palo de swager, lo usaría sin piedad.

* * *

Los hindúes, arrojados en gran número a campos de batalla desconocidos, y los súbditos de color de las colonias francesas, habían sido rápidamente seguidos por otras masas de humanidad. Los trabajadores no combatientes fueron llevados a las fábricas de Francia y el Reino Unido para producir millones de proyectiles de artillería, que los aliados occidentales esparcieron sobre sus frentes de batalla en una lluvia de muerte. Estos trabajadores habían sido detenidos en las colonias: por ejemplo, el futuro Ho Chi Minh fue traído de Tonkin. Muchos otros habían sido reclutados en China: por ejemplo, el futuro Chou En-Lai. En los tres, millones de no europeos, para quienes las disputas de Europa eran tan indescifrables como el sánscrito para un viticultor andaluz, fueron llevados a engrosar las filas de los ejércitos y obreros de Europa.

* * *

Senegal, Madagascar, Tonkin, India y China no habían sido suficientes para cubrir las necesidades de Europa.
Ya en 1915 había sido necesario incorporar a los árabes también a las filas de los británicos. A los musulmanes se les había prometido entonces la recompensa de la Media Luna Roja, es decir, un gran reino árabe independiente desde el Mar Rojo hasta el Golfo Pérsico, si se unían a los Aliados, y especialmente a las tropas británicas.
Los árabes podían ser muy peligrosos o eminentemente útiles. Turquía, del lado de los alemanes desde 1914, fue la piedra angular del Islam. El califa de Estambul fue su líder espiritual. El imperio turco se extendía desde Tracia y el Bósforo hasta los alrededores de Egipto. Decenas de millones de árabes se unieron a Constantinopla en la misma fe activa y apasionada.

Incluso más allá del Cercano Oriente, la influencia espiritual de Turquía se extendió a las colonias más distantes del Imperio Británico, especialmente a las Indias, donde había más de cien millones de musulmanes devotos.
Si la diplomacia británica demostraba ser torpe, los gobernantes del Imperio podrían anticipar agitaciones peligrosas, insurrecciones y revueltas fomentadas en el corazón mismo de su imperio. Una "guerra santa islámica" les haría más daño que cien mil combatientes alemanes en el frente occidental.
Ganar una alianza con esos cientos de millones de musulmanes (doscientos cincuenta millones entonces, ochocientos millones hoy) y muy especialmente con aquellos que vivían en el seno del imperio turco, era por lo tanto de sumo interés militar y económico para el país. Británico. La extracción de petróleo, la sangre del mundo moderno, estaba experimentando un desarrollo cada vez mayor en esos países, donde constituía una especie de coto privado de los intereses británicos.

* * *

Ya en 1915, algunos agentes británicos particularmente lúcidos intentaron lograr un acuerdo con los árabes.
Los jefes árabes que ejercían el poder político-religioso en las tórridas tierras de Arabia, Siria y Mesopotamia eran ante todo nómadas, sin mucha importancia política. Rezaron a La Meca y viajaron de oasis en oasis en sus camellos. Vivían frugalmente, comiendo en aquellos días menos caviar y paté de foie gras que dátiles. En 1915 eran pobres y sin duda más felices en sus desiertos de lo que serían posteriormente en sus palacios color caramelo en Montecarlo, Ginebra, California y Marbella, o en sus Mercedes bañados en oro a dos millones de dólares cada uno.
El juego de tentar a esos guerreros resistentes que vivían solo por su fe, se hizo más fácil por el hecho de que los británicos tenían un hombre en la escena durante toda la guerra, un representante político inteligente, TE Lawrence, que era discreto, realista y poseía imaginación: era como un Churchill flaco sin el puro y el coñac. Había sido alumno en Francia de los jesuitas, los mejores maestros del mundo.
Seco como la cola de un camello, Lawrence había vivido durante años entre las tribus del Cercano Oriente, abriéndose camino hasta los corazones de los beduinos, compartiendo sus vidas, sus citas, sus tiendas de campaña e incluso sus relaciones homosexuales con algunos de ellos. Para escucharlo contarlo y verlo desenterrar montones de piedras, era arqueólogo. En realidad, era un espía británico.
Había aprendido todos los dialectos árabes y vivía tan frugalmente como un camellero. Se convertiría en el gran hombre de la confraternización anglo-árabe: probablemente creía en eso con toda honestidad, porque a su manera era un paladín. Más tarde renunciaría a todos los honores y deberes oficiales cuando vio que Gran Bretaña había engañado a sus protegidos. Al regresar a Inglaterra disgustado, moriría allí en un accidente de motocicleta muy sospechoso.

En 1916, el plan era definitivo: Lawrence iba a inclinar a Arabia turca hacia el campo británico.
A lo largo de 1915 hubo un gran peligro. La única posibilidad que se les presentó a los británicos en ese momento era la región árabe de Hejaz, bordeando el Mar Rojo, una zona infértil y escasamente poblada. Su costa era inhóspita, dominada por los vientos del desierto y el sol abrasador. Pero en materia de religión, fue de una importancia decisiva. Su capital era La Meca, la ciudad milenaria del profeta, el centro religioso de los musulmanes. La segunda ciudad de Hejaz, casi igualmente famosa, fue Medina. Cientos de miles de peregrinos llegaban a La Meca cada año. Ofreció una oportunidad excepcional para un golpe de propaganda.

El emir que gobernó a los beduinos de Hejaz, si se oponía a Constantinopla, podría transformar por completo las condiciones del conflicto anglo-turco. Fue nombrado Hussein. No era muy rico y unas cuantas subvenciones afortunadas facilitaron los contactos británicos iniciales. Sin embargo, el dinero no lo era todo. Los árabes eran por naturaleza rápidos en ofenderse; la independencia era su vida. Siempre habían vivido libres en sus desiertos, pegados a la arena y al viento. Una vez habían poseído uno de los imperios más grandes del mundo, desde el Ganges hasta Narbonne. Córdoba había albergado una de sus mezquitas más maravillosas; Sicilia, su corte más elegante. El recuerdo de ese gran pasado flotaba en la mente de cada árabe como el perfume de una enredadera de jazmín secreta y eterna.
La Oficina Colonial hizo todo lo posible por cortejar al Emir Hussein. El 15 de junio, los británicos le prometieron por escrito la reconstitución de un gran estado árabe unificado tan pronto como los turcos fueran vencidos con la colaboración de los musulmanes. En ese momento, los británicos fueron generosos al fijar los límites del estado futuro. No era un país pequeño: de La Meca a Damasco, del Mar Rojo al Golfo Pérsico. En esas condiciones, valía la pena intentar la alianza militar. Sir Henry MacMahon, alto comisionado británico de las Indias, y Emir Hussein establecieron la naturaleza de ese "gran reino árabe", en un intercambio de diez cartas. A partir del 4 de noviembre de 1916, Hussein sería considerado rey de la nueva Arabia libre. La promesa británica fue categórica, aunque secreta, al igual que todo lo que firmó el gobierno británico.

Era casi demasiado hermoso. El Adriático ya había sido prometido a los italianos por el Tratado de Londres, que también era secreto, cuando en realidad ese territorio había sido considerado un feudo de los serbo-rusos desde el comienzo de la guerra. Con un sentido comercial igualmente imperturbable, los británicos habían ofrecido Macedonia a los búlgaros en 1915, mientras que por compromiso verbal pertenecía a su aliado serbio. De la misma manera, los territorios otorgados y garantizados a los árabes en 1916 serían otorgados y garantizados por estos mismos británicos en parte a los franceses y en parte a los italianos. Incluso a los judíos se les garantizaría parte del botín, Palestina, que ya había sido asignado a los rusos.

Además, estos generosos distribuidores, con el mismo celoso secreto y a espaldas de los árabes, teóricamente satisfechos, se habían adjudicado los bocados más sabrosos de este mismo Cercano Oriente, en particular aquellos donde el petróleo fluía aún más abundantemente que la leche. y miel de la Biblia. ¡Una distribución séxtuple! Cada uno se llevó a cabo en silencio, con los griegos ignorantes de lo que se les había prometido a los italianos, los italianos desconociendo lo que se les había otorgado a los rusos; ni los rusos sabían lo que se les había asignado a los franceses, ni los árabes lo que se les había prometido a los judíos.
Los británicos habían concluido cada acuerdo sin el conocimiento de ninguno de los otros confederados. Eso hizo que siete competidores y beneficiarios separados se derrumbaran gritando cuando descubrieron en la mesa de Versalles en 1919 que había no menos de siete invitados a cenar invitados a comer el mismo plato al mismo tiempo.

* * *

Además, tan pronto como el establishment británico le había prometido a Hussein, el monarca recién creado, la soberanía sobre un reino árabe de tres millones de kilómetros cuadrados de superficie (seis veces el tamaño de Francia), el 9 de marzo de 1916 se aseguraron personalmente magníficas posesiones para sí mismos en los mismos territorios. Los firmantes de ese pacto, una vez más secreto, fueron el francés Georges Picot y el británico Sir Mark Sykes.

de ahí el nombre del tratado Sykes-Picot. Los británicos, entonces, se adjudicaron magnánimamente el petróleo de la zona del Tigris y el Éufrates. Los franceses se adjudicaron la administración de las costas del Líbano y una influencia preponderante en Siria, tan "preponderante" que se establecería el día del juicio final en 1919 con fuego de cañón.
Esos acuerdos aniquilaron el compromiso solemnemente acordado a Hussein de un "gran reino árabe", que por lo tanto se vio privado de sus territorios más importantes. Los británicos acabarían por traer un lobo inesperado al redil secreto: la "Declaración Balfour" de 1917, que los aliados juzgaron indispensable si querían obtener el apoyo de las finanzas judías y la prensa judía en los Estados Unidos y forzar a Woodrow Wilson mano. Otorgaría a los sionistas una "patria" a expensas de los árabes y aseguraría a cada inmigrante judío un barril de pólvora que haría maravillas en el momento adecuado.

"Este triple juego del Foreign Office", escribió el historiador belga de Launay, "el punto de partida de las contradicciones en la política británica en el Levante, iba a estar plagado de consecuencias".
Pasaría medio siglo antes de que los árabes lograran más o menos desenredar esta séxtuple trama de hilos tupidos en los que los británicos, entre 1915 y 1918, los habían aprisionado de la cabeza a los pies.
A pesar de que los árabes constituían más del noventa por ciento de la población de Palestina en 1918, nunca conseguirían deshacerse de la red israelí tejida por Balfour.

Por el momento, y eso era todo lo que interesaba a los británicos en 1916, todo el mundo árabe, montado en sus veloces camellos, blandiendo dagas y cuchillos, se arrojó sobre los turcos, con Lawrence, que se había convertido en el amigo íntimo del hijo de El rey Hussein, el emir Feisal, a su lado. Este último era un príncipe espléndido, tan impresionante como un profeta cuando apareció, envuelto en su chilaba blanca y armado con su daga engastada con diamantes. Lawrence y él atrajeron nuevos aliados. No les faltaban libras esterlinas: billetes británicos para vidas musulmanas. Gracias a esos fondos, consiguieron confederados, agitaron a las tribus y reunieron ese ejército del desierto que la diplomacia británica por sí sola nunca habría logrado reunir. Además de astucia y coraje, tenían resistencia física, esos guerreros; aunque comiendo poco, siempre estaban listos para el combate, incansables, infatigables. El pueblo árabe, ahora pintado a menudo como juerguistas ridículos, era entonces noble, leal, confiado y hospitalario. El Reino Unido los usó mucho y los abusó aún más.
Sin ellos, ¿hasta dónde habrían llegado los imperialistas británicos con sus pantalones de montar?
Al final, el pobre Feisal saldría perdiendo e incluso sería expulsado de La Meca por su rival saudí, ibn-Saud, otro magnífico guerrero. Pero el oro británico, como lo había hecho en Europa durante siglos, pagaba a todos los rivales indiscriminadamente para que se mataran entre ellos de manera ventajosa. Europa estaba muriendo debido a la duplicidad británica y Arabia también estaba a punto de morir.
En la lucha contra los turcos, los árabes proporcionaron a los británicos espléndidas tropas de refuerzo de 1916 a 1918.
Al enfrentarse a los turcos en 1916, los británicos, al igual que los franceses, habían visto a sus grandes cruceros hundirse en el cuello del mar de Mármora y sus soldados morir por miles en Gallipoli de miseria, frío y tifus. La ruta del Canal de Suez a Alepo se abrió en 1917 y 1918 solo porque algunas decenas de miles de musulmanes

los guerreros de toda Arabia portaban heroicamente los colores de la esperanza del profeta al final de sus lanzas.
¡Esos colores no eran exactamente los de Union Jack! ¡Ni en el curso de esas batallas se vio brillar la estrella de seis puntas que ahora flota autocráticamente sobre Jerusalén! La guerra aliada de "Derecha" en Arabia, como en otros lugares, fue la carne de cañón de las colonias, la omnipotente guerra de la fuerza.
Los europeos se arruinaron moralmente a los ojos de los pueblos extranjeros, especialmente los musulmanes, al agacharse ante estos planes básicos, arrojando lluvias de promesas mentirosas por todas partes, con la cínica esperanza de obtener dividendos fraudulentos.
Tarde o temprano Europa pagaría por esto y vería el espejismo de estafas demasiado fáciles desvanecerse en el aire ardiente de esos maravillosos países.

CAPITULO XXV

La matanza se prolonga

Mientras tanto, en el frente de batalla de Europa Occidental, las gigantescas hecatombe de 1915 no habían sido suficientes. Los europeos iban a remediar eso masacrándose unos a otros más estúpidamente que nunca.
En Verdún en 1916, además de un millón de heridos, murieron 336.000 alemanes y 362.000 franceses. Cada uno sangraba al otro hasta quedar blanco. El 21 de febrero de 1916, solo en el primer día, la artillería disparó más de un millón de obuses, enterrando vivos a miles de soldados.
A lo largo del frente ya no había una pala de tierra que aún pudiera ararse. Ya no se molestaba en quitarle las armas a los hombres que habían sido enterrados en posición vertical. Se tomaron fotos; uno se mudó a otro lugar.

En otro lugar estaba Artois, ya que cada comandante deseaba tener una ofensiva en su haber. Falkenhayn había tenido su ofensiva en Verdún. Joffre, casi al mismo tiempo, comenzó a preparar su propia ofensiva en el Somme. Sabía que solo enterrando al enemigo bajo cientos de miles de proyectiles podría cruzar lo que quedara, si es que quedaba algo.
El frente interno hizo sacrificios sin precedentes. Los maquinistas vietnamitas y chinos trabajaron hasta caer. El primero de julio de 1916 sonaron las cornetas la próxima victoria. El bombardeo de artillería superó todo lo visto antes: un arma disparaba cada dieciocho metros. Era como un bosque de acero y resultó en filas sobre filas de cruces en los cementerios.
Desangrados en Verdún, los franceses se vieron obligados a reducir su despilfarro en vidas humanas. Al principio Joffre contaba con lanzar un ataque con 42 divisiones. Luego, en marzo, fue necesario reducir el número a 34; en mayo, a 32. Incluso así, había una gran cantidad de colonos entre ellos. Por otro lado, los británicos reforzaron sus contingentes: 26 divisiones. Miles de cañones y cientos de miles de hombres exhaustos tendidos a lo largo de treinta kilómetros de ancho.
Durante seis días, la artillería infligió un fuego aniquilador a los alemanes. Luego, las tropas francesas e inglesas fueron enviadas al matadero. En aquellos días, los soldados todavía estaban cargados como

mulas - ¡sesenta y cinco libras sobre sus espaldas para participar en la lucha cuerpo a cuerpo! En la tercera línea de defensa alemana, colapsaron de agotamiento.
"Los franco-británicos", escribió Marc Ferro (La Grande Guerre, p. 150), "no pasaron de los insignificantes pueblos de Thiepval, Mametz, Combles y Chaume. Estaban luchando dos contra uno, pero los alemanes habían construyó fortines subterráneos que hicieron invulnerable su defensa en profundidad. Los intentos aliados del 20 de julio, del 3 de septiembre y del 20 de septiembre de 1916, fracasaron como todos los demás ".

¿Y el precio de estas inútiles batallas?
Las cifras eran espantosas. Para el segundo día, el Comando Británico ya había perdido cuarenta mil ingleses. Uno podría pensar que eso sería suficiente. Pero no. ¡Ataque tras ataque! Cada vez tirando a la basura decenas de miles de hombres.
"Al final de la batalla", añade Ferro, "los británicos habían perdido 419.654 hombres; los franceses, 194.451; y los alemanes, 650.000".
La breve ofensiva del Somme se había cobrado más de un millón doscientas mil víctimas. ¡Dos millones de muertos y heridos en solo dos batallas en Francia en 1916! ¿Y quién se beneficiaría?
Joffre fue reemplazado por un general llamado Nivelle, quien solo aumentaría las pérdidas en 1917 y sería derribado a su vez.
A lo largo del frente, los cuerpos de los que habían muerto en vano yacían pudriéndose entre líneas por decenas de miles.
"Los soldados de infantería, abatidos por ametralladoras", relató un soldado, "yacen boca abajo en el suelo, como si estuvieran en un ejercicio".
La lluvia caía sobre ellos inexorablemente. Las balas rompieron sus huesos blanqueados. Las ratas pululaban bajo los uniformes descoloridos; "Ratas enormes, gordas de carne humana", en palabras de un testigo in situ, que continúa: "El cuerpo mostraba una cabeza que hacía muecas sin carne, el cráneo desnudo, los ojos carcomidos. Una dentadura postiza se había deslizado sobre la camisa podrida, y un animal repugnante saltó por la boca abierta ".

* * *

¿Se estaba abordando al menos una solución menos atroz en algún otro lugar? ¿Qué estaba pasando en el frente italiano?
Allí, también, los aliados habían querido luchar, pero Austria les había cortado el terreno. El 15 de mayo de 1916 capturó Asiago y tomó 30.000 prisioneros. Luego marcó el tiempo.
Después de una conferencia en Chantilly, los planes aliados fijaron las fechas para una triple ofensiva: primero en Francia, y cuando se logró el éxito allí, luego en Italia y en Rusia.

En el frente italiano, el ataque tuvo lugar el 28 de agosto de 1916. Lo intentarían cuatro veces. En el primer intento capturaron Gorizia, una tranquila sede provincial donde, curiosamente, en un convento se encuentran los restos del último legítimo pretendiente al trono de Francia, el Conde de Chambord. Los italianos, que tenían una fuerza mayor que los austriacos, llevaron la posición con valentía. Pero no pudieron ir más lejos. Una segunda ofensiva, en septiembre de 1916, fracasó. Luego un tercero en octubre y un cuarto en noviembre. Fueron detenidos en Gorizia.
El costo: para los italianos 75.000 bajas, y aún más para los austriacos. Allí, como en Francia, las ofensivas de 1916 ni siquiera habían servido a los sepultureros, que sufrieron un paro forzado gracias al fuego de las ametralladoras.

* * *

Eso dejó a los rusos.
¡Ahí, una sorpresa! Cuando todo el mundo estaba fallando, ¡los rusos iban a triunfar! El 16 de agosto de 1916, en el peor momento de Verdún, el general Brusilov, duro como un atamán cosaco y un líder capaz (entre tantos perezosos y de mala reputación) lanzó un ataque por Galicia. Había preparado su ataque inteligentemente, reuniendo una gran concentración de artillería que finalmente tenía suficiente munición. Los austriacos se habían despojado de parte de sus tropas y artillería pesada para llevar a cabo su ofensiva del 15 de mayo contra los italianos. Si una ofensiva rusa cayera sobre ellos en el este, no podrían resistir.
Una semana después de que Austria atacara a Asiago, Brusilov cargó contra las líneas austríacas. Iba a reconquistar toda Bucovina y parte de Galicia. Los resultados fueron extraordinarios: ¡más de 400.000 prisioneros!
Un duro golpe para los austriacos. También se habían capturado mil de sus cañones. Habían perdido 25.000 kilómetros cuadrados de territorio (en comparación con los insignificantes ochenta kilómetros cuadrados ganados por los franceses en Peronne).
Esa sería la mayor victoria de los rusos, y también la última. El ala derecha de Brusilov, frente a Prusia, no había podido pasar a la ofensiva. Allí se había enfrentado a los alemanes. Los rusos de la derecha se detuvieron y luego se hicieron pedazos.
Brusilov, afortunado que había sido, hizo que le dispararan el caballo debajo de él. Una vez más, la ofensiva no había logrado nada, a pesar de su éxito inicial. El ejército ruso estaba cansado, prácticamente desmoronándose; La revolución ya estaba retumbando, como el suelo retumba y humea antes de que un volcán entre en erupción. Los soldados desertaron en masa. En Kovel, los alemanes aniquilaron al ejército ruso. La gran oportunidad de Rusia se había ido.

* * *

Sin embargo, fue entonces cuando el último país balcánico que aún no estaba involucrado entró en la guerra. En mayo de 1916, cuando Brusilov atacaba gravemente a Austria, Rumanía pensó que había llegado su hora. Su gobierno había esperado dos años, sin hacer una oferta hasta estar seguro de ganar. Ahora los políticos pensaron que podían moverse. Pero se perdió un mes dando los toques finales a la declaración de guerra. Ya era demasiado tarde. Brusilov ya no estaba ganando. primero se retiró, luego fue arrastrado. Unirse a él era abordar no un crucero victorioso, sino una bañera que se hundía.
Las famosas palabras de Clemenceau son bien conocidas: "Entre todos los cerdos en esta guerra, los rumanos han sido los peores".
Habían extorsionado a todos los competidores tanto de lo posible como de lo imposible, concesiones de territorio, préstamos y sobornos. Como en el caso de los italianos, los franceses y los británicos habían prometido diez veces más que los alemanes. Pero el negocio con el Reich había sido durante mucho tiempo floreciente. Los rumanos habían encontrado interés en ganar tiempo.
Brusilov, descendiendo como un huracán, estaba precipitando definitivamente la caída de los austriacos, pensaron. Todo había terminado y era imperativo que no esperaran ni un instante más.
"El león que crees muerto podría hacer una segunda Serbia de Rumanía con un solo golpe de su pata", replicó el ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro en el último momento a su colega rumano.
Este último no le creyó. El 27 de agosto de 1916, Rumanía declaró la guerra.

En tres meses iba a ser totalmente aniquilada. El 27 de noviembre de 1916, el ejército alemán victorioso, dejado por el mariscal von Mackensen, entró en las calles vacías de Bucarest con el estridente sonido de los pífanos.

CAPITULO XXVI

Rout en el este

Rumania, sin embargo, había sido un bocado considerable: 15 divisiones, 560.000 hombres; cinco veces el número de la infantería británica el 4 de agosto de 1914.
Geográfica y estratégicamente, su puesto era fundamental. Rumania había podido evitar que los rusos, después del 1 de agosto de 1914, invadieran los Balcanes. Si hubiera estado unida a San Petersburgo desde el inicio de la guerra, habría asegurado el vínculo de Rusia con los serbios y habría hecho posible llevar a los búlgaros al bando de los aliados o aniquilarlos, abriendo así a Rusia el camino a Constantinopla.

Por eso los rusos habían hecho todo lo posible para romper el pacto militar defensivo que unía Bucarest a Viena. Las actividades rusas para corromper a los rumanos habían sido considerables.
"Comunicaciones descifradas me revelaron muchas veces lo que estaba pasando", confesó Poincaré. Había recibido al señor Take Ionescu, el más famoso de los rumanos comprados por el zar, en su residencia privada de la Rue du Commandant Marchand. La puerta rumana a los Balcanes valía su peso en oro macizo. Los rusos habían declarado. ellos mismos dispuestos a concederles todo: Transilvania, Banat, la mitad de Bucovina. Esta generosa promesa de botín le pareció a Poincaré bastante optimista. Escribió (L'invasion, p. 33): "Estas ventas a crédito de poblaciones orientales y las pieles de osos vivos son un poco peligrosas e infantiles". Pero las palabras son ciertamente adecuadas: venta a crédito de poblaciones; las poblaciones se "vendían a crédito" para atraer aliados. El propio M. Poincaré accedió sin reservas a esas ventas. Involucraron a varios millones de personas; Transilvania sola tenía 3.700.000 habitantes.
Desde que los rumanos se habían demorado tanto, los alemanes, con su habitual sentido de organización, habían podido prepararse para el contraataque. Habían tenido tiempo de traer de vuelta algunas divisiones excelentes del frente ruso, que había estado en un estado de animación suspendida durante un mes, y estas, junto con las divisiones austro-húngaras, se habían concentrado en Hungría en dos grandes ejércitos. . Los codiciosos políticos rumanos, pensando sólo en anexiones fáciles, habían concentrado estúpidamente a casi todas sus tropas en el mismo punto, al pie de los Cárpatos en Transilvania. Incluso en uno contra dos, como era la situación habitual a lo largo de 1916, los disciplinados soldados alemanes de élite siempre ganaban. Lo mismo ocurriría en los Cárpatos. En dieciocho días, del 25 de septiembre al 13 de octubre de 1916, 400.000 rumanos fueron barridos. engullidos como si un maremoto los hubiera desbordado. La vinculación de los ejércitos alemanes sería solo una cuestión de táctica. El 6 de diciembre de 1916, en Orsova, en el Danubio, capturaron las últimas tropas rumanas que aún ofrecían resistencia. El resto no era más que una horda que huía hacia el este.

Un aliado más hecho añicos. La mala fe, la "venta de pueblos", las anexiones, que eran erróneas desde cualquier punto de vista, sólo habían servido para agravar la

reversos occidentales de la Entente, ahora dolorosamente parapetados detrás de sus cientos de miles de muertos en Artois, Champagne y Verdun. Para los rusos, la debacle rumana iba a ser la gota que colmó el vaso de una vez por todas.

La última esperanza del zar se había derrumbado.
"El gobierno", declaró un delegado al congreso ruso de la unión de pueblos, "ha caído en manos de bufones, tacaños y traidores". En la Duma, el 26 de diciembre de 1916, los socialistas llamaron abiertamente a la revolución: "Si continúas combatiendo a este gobierno por la vía legal, eres como Don Quijote, que ladeó los molinos de viento". Esa misma noche, Rasputín, el gran favorito de la zaritza, el coloso corrupto y omnipotente, fue envenenado, apaleado, ametrallado y arrojado de cabeza al Neva a través de un agujero abierto en el hielo.
Las tropas vencidas ya no estaban dispuestas a luchar. Los trenes de sacerdotes piadosos se habían descarrilado. La gente hambrienta preparó sus martillos y hoces.
El último primer ministro, el príncipe Galitsin, era un anciano impotente. El ministro del Interior, Protopopov, era un chiflado que sufría de parálisis total.
"En cualquier momento", escribió el embajador británico, "Rusia puede estallar en llamas". Otros tres meses y el zar daría el paso final.

El régimen zarista finalmente se había dado cuenta de que se estaba hundiendo en arenas movedizas. Su cabeza y brazos todavía estaban a flote, pero el mar de sangre y fango pronto se los tragaría. Alemania, al enterarse del colapso que se avecinaba, había intentado discretamente ofrecer al zar una mano amiga. El Kaiser era su primo hermano. Wilhelm II nunca había deseado hacer la guerra contra él. Además, necesitaba más que nunca todas sus fuerzas en el frente occidental en 1916. Las negociaciones se pusieron en marcha silenciosamente.
Cuando los telegramas codificados de la legación rumana, que fueron descifrados en París, sugirieron el peligro de una retirada rusa, los políticos franceses y británicos se aterrorizaron. Clemenceau rugió, "¡Entonces estamos perdidos!" Era imperativo sofocar de inmediato cualquier posibilidad de una oferta alemana y ofrecerse más ellos mismos, para prometer tantos beneficios que el beneficiario, abrumado por la riqueza de los obsequios, no pudiera rechazar. El sistema había funcionado bien con los italianos, los rumanos y los árabes. El borrador de un tratado franco-ruso fue elaborado por el secretario general de Asuntos Exteriores de Francia, Berthelot, el eminente colaborador de París con los países balcánicos, que se dijo que había redactado personalmente el texto de la negativa serbia de un comité conjunto a estudiar el crimen de Sarajevo. En 1916, en una nueva oferta, Berthelot otorgó a los rusos el territorio de la corona austríaca de Galicia, la Rutenia húngara, la parte de Polonia gobernada por los alemanes, y Constantinopla y el Estrecho. Armenia también, que ya se había prometido a los armenios. Además de una gran parte de Asia Menor, incluida Tierra Santa, que había sido concedida anteriormente al Emir Hussein.
Con ese documento, el gobierno francés canceló sus promesas de independencia, que anteriormente había entregado con gran fanfarria a los checos, rutenos y polacos. Como habían anticipado los Pan-Slays incluso antes de 1914, quedarían reducidos al papel de súbditos en tres virreinatos rusos confiados a tres grandes duques.

Cuando el embajador Paléologue recibió el texto en San Petersburgo, con la orden de transmitirlo de inmediato al gobierno del zar, estalló de indignación y envió a París el siguiente telegrama, que es casi gracioso teniendo en cuenta que este diplomático francés había indudablemente instó a una guerra de conquista con Alsacia-Lorena como premio:

"Nuestro país no está librando una guerra de conquista, sino una guerra de liberación, una guerra de justicia". Y Paléologue agregó: "Nuestros aliados británicos e italianos nunca nos acompañarán, nunca consentirán tal aumento de territorio, un aumento que extenderá el poder ruso hasta el Mediterráneo, claro hasta el Canal de Suez".
Entonces fue necesario enviar una misión francesa a Rusia a toda prisa, tan temible era París que San Petersburgo hiciera las paces con Alemania a sus espaldas.

Como Paléologue, el ministro francés Ribot se negó a presidir la misión. Finalmente, la presidencia de la misión fue confiada al ministro colonial, un hombrecillo regordete del sur de Francia, poco refinado, llamado Gaston Doumergue.
A cambio de los enormes territorios que estaban recibiendo los Pan-Slays, se suponía que debía persuadir al zar y a Sazonov en San Petersburgo para que firmaran el siguiente texto, que contenía los compromisos oficiales que Rusia estaba asumiendo con Francia:
Alsacia-Lorena será devuelta a Francia incondicionalmente, no con los límites reducidos establecidos por el Tratado de Viena, sino con los límites que tenía antes de 1790.
Sus fronteras se extenderán hasta las del antiguo ducado de Lorena y se trazarán de acuerdo con los deseos del gobierno francés de tal manera que reincorporen en territorio francés todas las plantas siderúrgicas de la región, así como las campos de carbón del valle del Saar.
Todo el resto del territorio situado en la margen izquierda del Rin que ahora forma parte de Alemania estará completamente separado de este último país.
Cualquier territorio de este tipo que no se incorpore al territorio de Francia se convertirá en un estado neutral neutral.
Nicolás II animó calurosamente a Doumergue: "Tome Mainz, tome Koblenz, vaya tan lejos como quiera" (Marc Ferro, La Grande Guerre, p. 241).
Cuando terminó la misión, el pequeño Gaston, sonriendo de oreja a oreja, declaró triunfalmente a la prensa (Petit Parisien, Figaro, Le Temps): "¡Tenemos un entendimiento más cercano y cordial que nunca! La colaboración rusa no ha fallado y nunca fallará. fallar."

¡Esto el 6 de marzo de 1917! Una semana después del día, al filo de la medianoche, el régimen zarista se esfumaría. El pequeño Gaston había demostrado una astucia y una visión de futuro que era nada menos que deslumbrante.
Briand, a pesar de toda su astucia, había sido incluso menos perspicaz que el pequeño Gaston. El historiador Ferro escribe:
Los rusos consideraron que el Estrecho comprendía la compensación ofrecida a cambio de Alsacia-Lorena. A cambio de la orilla izquierda del Rin, querían libertad de acción en su frontera occidental: es decir, que Francia debería abandonar la causa de la independencia polaca. Briand vaciló antes de acceder, pero se resignó a ello el 10 de marzo de 1917 (La Grande Guerre, p. 242).
Así, Briand también aceptó el tratado, pero "sin que Inglaterra fuera informada". Una vez que los franceses hubieran cruzado el Rubicón, los británicos gruñirían, pero no podían hacer nada más que aceptar. El año 1916 había visto los campos de batalla de Francia sembrados con los cuerpos de cientos de miles de soldados británicos, y las aguas de los Dardanelos salpicadas de los marineros ahogados de su flota. Para Rusia, abandonarlos significaría que todo el poder de Turquía podría girar sobre ellos en el Éufrates y también en el Sinaí. Como los demás, los gobernantes británicos se decían a sí mismos que prometer no era lo mismo que dar. Todos ellos serían resbaladizos como anguilas cuando fueran llamados a rendir cuentas por sus promesas en Versalles en 1919.

En marzo de 1917, los rusos y los franceses estaban igualmente ciegos.
El 8 de marzo de 1917, en la hambrienta San Petersburgo, la turba irrumpió en las carnicerías, tiendas de comestibles y panaderías y las limpió. Protopopov, el ministro del Interior, se enteró de los incidentes sin emoción y dijo: "Si va a haber una revolución en Rusia, no lo será hasta dentro de cincuenta años".
Con reminiscencias del zar, que dos días antes de la guerra había escrito en su cuaderno personal: "Hoy jugamos al tenis. Hacía un tiempo magnífico". Y al día siguiente: "Salí a caminar solo. Hacía mucho calor. Me di un baño delicioso". Felices las cabezas vacías que ni siquiera sienten el aliento caliente de las balas de cañón que pasan. Los "cincuenta años" del ministro Protopov durarían sólo cuatro días. El 12 de marzo de 1917, el gobierno ruso, abandonado por las tropas, desapareció. La duma y el Soviet de San Petersburgo establecieron el 14 de marzo un gobierno provisional. Al parecer, todavía no estaba más que a medio camino revolucionario. Para su presidente y testaferro tenía al príncipe Lvov. Los príncipes siempre abundan en revoluciones. A veces se llaman Philippe Egalité, son fanáticos, votan por la decapitación de sus familiares, y luego,
Para contrarrestar la corona principesca de Lvov, se nombró a un socialista judío para el gobierno improvisado: Aleksandr Kerensky.
El 13 de mayo de 1917 el tren del zar fue bloqueado por alborotadores. La noche del 14 de mayo abdicó y luego se acostó. "Duermo largo y moderadamente", escribió con calma en su cuaderno imperial.
Por un momento, todavía intentaría que su hijo fuera aceptado como regente del imperio. Luego, el Gran Duque Miguel. Este último sería Miguel II durante unas horas, y luego abdicaría a su vez. Luego vino la república.

* * *

Los aliados querían creer en esa nueva república. "Quizás sea la renovación de Rusia", comentó Briand.
Londres y París se apresuraron a enviar delegaciones ansiosas. Varios ministros del gabinete y algunos diputados socialistas fueron corriendo a la nueva Meca, notablemente el rico Marcel Cachin, el futuro líder de los comunistas franceses. Desbordaban la elocuencia y el entusiasmo de la fraternidad. Incluso llegaron a aprobar imprudentemente la fórmula de los soviets, "Paz sin anexiones ni requisas".
La consigna no se correspondía con el acuerdo firmado por el zar justo antes de su derrocamiento, adjudicando cientos de miles de kilómetros de territorio. En ese tratado, respaldado por ambas partes, el zar entregó casi toda Alemania a las ambiciones francesas. Por otro lado, los cosacos debían poder cabalgar hasta Jerusalén. Los nuevos republicanos rusos permitirían como máximo un referéndum en Alsacia-Lorena, "bajo el control de una comisión internacional".
Otra afirmación muy poco acorde con la política aliada: "La responsabilidad de la guerra es de todos nosotros".
¿Qué pasa entonces con el horrible Kaiser único responsable, y el patíbulo ya preparado para él?
Las ilusiones eran obstinadas y se volvían cada vez más vertiginosas. Los delegados aliados se apresuraron a abrazar a los líderes del gobierno revolucionario. Se separaron de sus nuevos hermanos con lágrimas en los ojos.
"Partieron como partidarios descarados", nos dice Ferro, "preocupados por los intereses de sus gobiernos, y regresaron de Rusia cantando las glorias de la patria de la revolución". (La Grande Guerre, p. 332)

Con miras a mantener las apariencias, el ministro de Relaciones Exteriores de Rusia se había propuesto ser tranquilizador en sus mensajes a los Aliados. Su programa exterior: "Combatir al enemigo común hasta el final y sin dudarlo" y respetar "las obligaciones internacionales contraídas por el régimen caído de manera firme". Habiendo sido liquidado sin demora el príncipe Lvov, Kerensky se convirtió en ministro de Guerra. Salió a arengar a las tropas del frente. Los soldados campesinos sólo pensaban en desertar del ejército y regresar a sus aldeas a tiempo para obtener su parte del reparto de la tierra, único punto del programa revolucionario que les interesaba. El mando militar se vino abajo; algunos generales fueron asesinados; otros desaparecieron.
Sin embargo, con una gloriosa falta de comprensión, Nivelle, el comandante general francés, exigió que el ejército ruso en desintegración volviera a la ofensiva.
En París, el futuro mariscal Pétain, siempre tranquilo y lúcido, replicó con extremo escepticismo: "El ejército ruso no es más que una fachada. Debemos estar preparados para que se derrumbe tan pronto como haga un movimiento".
Milagrosamente, se movió. La ofensiva rusa exigida por Nivelle se puso en marcha el 1 de julio de 1917 en un frente de cuarenta kilómetros: 23 divisiones comandadas por Brusilov, el perenne motor principal. El primer día arrojó resultados asombrosos; sus tropas derrotaron a la primera línea de fuerzas austro-alemanas. Pero no hubo un segundo día. Brusilov había tomado 10.000 prisioneros; serían los últimos. El viejo Pétain tenía razón. Algunas divisiones rusas se negaron a atacar. No había "forma de obligar a las tropas a luchar", reconoció Brusilov.

El enemigo contraatacó; esta vez fueron los alemanes, los soldados por excelencia, los que condujeron a los rusos en una frenética huida por Galicia, que se perdió por completo en diez días, con 160.000 muertos, heridos y hechos prisioneros. Un mes después, el general von Huffier solo tendría que darle un pequeño empujón a la Duma para tomar posesión de Riga.
Fue una derrota.
También en Francia, pronto estaría cerca de una derrota.

CAPITULO XXVII

Resolución temblorosa

Los ataques aliados que, según se preveía, pondrían de rodillas a los alemanes en 1917, serían triples.
Primero, el ataque de los rusos. Una vez que el zar había caído, Brusilov había asestado valientemente su golpe de gracia. Pero el ataque se había hecho añicos contra el enemigo.
El ataque italiano no había llegado a gran cosa en el transcurso de la primavera. El primer ministro Rosselli (¿quién en el mundo todavía recuerda ese nombre?) Era un anciano decrépito, una chispa apenas viva. En el parlamento, los socialistas se rebelaron. "No es tolerable que el pueblo italiano tenga que afrontar otro invierno de guerra", declararon, sintiendo ya frío meses antes de Navidad.
Como el año anterior, sería el frente anglo-francés el que tendría que entregar y, si fuera necesario, recibir el gran golpe.
El nuevo comandante en jefe, Nivelle, no tenía la intención de estar satisfecho con "picotear el frente". Quería una batalla revolucionaria.

Lyautey, Pétain e incluso Painlevé, el ministro de guerra, apenas dan crédito a un ataque. Nivelle interpretó a la prima donna: "Atravesaremos el frente alemán cuando queramos".
Las tácticas que imaginó fueron atacar un punto débil por sorpresa. En un día, afirmó, o como máximo en dos días, el frente alemán se rompería, y "con la brecha así abierta, el terreno estará despejado para que vayamos a donde queramos, a la costa del Mar del Norte o al la capital belga, al Mosa o al Rin ".

A Nivelle se le opuso el mariscal von Hindenburg, el poderoso e inquebrantable comandante militar alemán. Fue secundado por el general Ludendorff, el verdadero genio militar de la Primera Guerra Mundial.
No iban a dar a los franceses ni un punto débil ni una posibilidad de sorpresa. Sabían que la estrategia no debe sofocar las tácticas. Habían sospechado del plan de sus adversarios, que en cualquier caso había sido anunciado con gran fanfarria por los periódicos.

Hindenburg y Ludendorff, en silencio y con el mayor cuidado, habían preparado enormes e inexpugnables posiciones de hormigón veinte kilómetros atrás. Justo antes de la ofensiva francesa, retrocedieron a estas líneas con gran sigilo. El terreno frente a los alemanes era ahora desolado, prácticamente intransitable e inundado en una amplia zona.
Los mejores oficiales del estado mayor francés estaban preocupados. La ofensiva estaba siendo atraída hacia una trampa. Nivelle, sin embargo, se mostró más arrogante que nunca: "Si le hubiera dado órdenes a Hindenburg, me gustaría que se retirara como lo hizo".
Ahora que los alemanes le habían facilitado las cosas, lanzó el ataque el 9 de abril de 1917. Los anglocanadienses se pasaron primero, luego los franceses. El ataque se extendió desde el Oise hasta La Montagne de Reims. La posición de batalla más famosa sería Chemin des Dames.
Años después pasé por ese paisaje espantoso. Todavía hay cráneos humanos por todas partes. Los turistas solían llevarlos en los portaequipajes de sus bicicletas. 40.000 hombres murieron en las primeras doce horas.

Nivelle pensó que podría salir adelante lanzando tanques a la batalla, tanques improvisados en los que se colocaba el depósito de gasolina hacia adelante.
En una tarde, 60 de los 120 tanques estallaron en llamas. Las tripulaciones fueron quemadas vivas. Después de tres días, los aliados tuvieron que interrumpir la batalla sin haber invadido ni uno solo de los búnkeres de Hindenburg. Los soldados que regresaban estaban en pésimas condiciones. Un oficial que presenció su regreso desde el frente escribió: "Nunca he visto nada más conmovedor que los dos regimientos que fluyen por ese camino frente a mí durante todo el día.

"Primero había esqueletos de compañías, a veces lideradas por un oficial sobreviviente que se sostenía con un bastón. Todos marchaban, o más bien avanzaban con pasos cortos, las rodillas cedían y zigzagueaban como si estuvieran intoxicados. Luego vinieron algunos grupos que tal vez eran escuadrones, tal vez secciones, no se podía decir. Iban con la cabeza gacha, abatidos, abrumados por el equipo, llevando sus rifles manchados de sangre y tierra por las hondas. El color de sus caras apenas se diferenciaba del color de El barro lo había cubierto todo, se había secado por completo y luego se había vuelto a manchar con más barro. Su ropa, así como su piel, estaba incrustada con él. Varios autos llegaron conduciendo con un rugido, dispersando esta lamentable avalancha de sobrevivientes del gran hecatombe. Pero no dijeron nada. Habían perdido incluso las fuerzas para quejarse.Un dolor insondable brotó en los ojos de estos verdaderos esclavos de guerra cuando entraron

vista de los tejados del pueblo. En ese movimiento, sus rasgos parecían tensos por el sufrimiento y congelados por el polvo. Aquellos rostros silenciosos parecían proclamar algo espantoso: el horror impensable de su martirio. "Algunos territoriales que miraban a mi lado se quedaron pensativos. Dos de esos territoriales lloraron en silencio como mujeres".
Así terminó, en abril de 1917, la carrera del general Nivelle hacia Ostende y el Rin.

El mariscal británico Haig había pensado que lo haría mejor que su colega francés. Lanzó su ataque entre Cambrai y un pueblo flamenco con un nombre complicado: Passchendaele. Fue asistido por tropas belgas y por un contingente francés.
El mariscal Haig también pensó en salir adelante con un asalto masivo de sus tanques. Penetraron la primera línea de defensa alemana justo a tiempo para convertirse en un enorme infierno. Allí, también, la mitad de los tanques fueron alcanzados directamente en la sección de almacenamiento de combustible y destruidos en medio de los gritos de las tripulaciones siendo asadas vivas en sus ataúdes en llamas. Después fue la carnicería habitual. Passchendaele fue uno de los mataderos más grandes de la guerra. El número de ingleses, escoceses e irlandeses que murieron o resultaron heridos allí es casi increíble: 400.000, "para nada", añade el historiador Ferro. Nada de lo cual evitaría que Joffre, el general francés, escribiera con referencia a sus amigos británicos: "Nunca me atrevería a dejarlos para vigilar las líneas; solos, serían derrotados". O Pétain de agregar, en 1917, el año de Passchendaele:
Como puede verse, entre los aliados reinaba la hermandad.

Las noticias de Italia no alegraron a los aliados.
En el valle de Lizenzo, entre paredes rocosas de mil metros de altura, los alemanes y austríacos durante esos meses estaban en plena forma. Habían acabado con los rusos. También ocuparon toda Serbia y Rumania.
Por primera vez, Hindenburg y Ludendorff habían acordado respaldar los esfuerzos de los austriacos, dándoles 37 divisiones alemanas. Ciertos movimientos del nuevo emperador austrohúngaro, Carlos I, los perturbaron y, al reforzarlo, esperaban restaurar su entusiasmo.
Siete divisiones alemanas servirían como ariete del ataque. Dos traidores habían comunicado los planes ofensivos austro-alemanes al general italiano Carmona con varios días de antelación. A pesar de que tenía 41 divisiones a su disposición, al general Carmona le preocupaban "síntomas de un creciente espíritu revolucionario entre las tropas". Ya era 14 de octubre y estaba nevando. En tres días, los picos principales habían caído en manos de los alemanes. A partir de entonces el valle quedó abierto. El desastre de Caporetto estaba en marcha. Algunas unidades italianas se sacrificaron heroicamente, pero otras se rindieron en divisiones enteras. Innumerables desertores dieron media vuelta y huyeron. Se cruzó el Tagliamento. El ejército italiano no pudo recuperarse hasta que llegó al Piave. Los resultados se sumaron: no habían muerto demasiados, unos 10.000. Pero el número de prisioneros italianos capturados fue inmenso: 293.000. Además, se habían perdido 3.000 cañones, la mitad de todas las fuerzas de artillería italianas, y más de 300.000 rifles, 73.000 caballos y mulas, y los principales depósitos de víveres y suministros.

Caporetto significó la pérdida total de la moral en Italia.

El fenómeno no se limitó a los italianos. Los ejércitos de todas partes se quejaban. Los soldados habían sufrido demasiado. Habían visto demasiadas masacres. En Rusia habían provocado una explosión, pero estaba claro que también en Francia existía el peligro de que estallaran motines y el frente cediera.

En agosto de 1914, la gente engañada se había embarcado con entusiasmo en "una guerra corta" que no sería tanto un trabajo duro como un jugueteo. ¡En el peor de los casos, los franceses y los rusos se encontrarían a orillas del río Spree en Berlín en tres meses!

Como se puede ver en las fotos de la época, en Berlín, Viena, Londres y París reinaba un delirio popular. En Munich, un joven llamado Adolf Hitler se arrodilló para agradecer al cielo por ese golpe de buena suerte. Los miles de trenes y las primeras columnas de camiones tenían puntos de destino marcados con tiza en letras grandes: Berlín para los franceses; París para los alemanes. Iba a ser un buen viaje. Pero finalmente se había descarrilado.

La gente común no sabía nada en absoluto, ni lo horrible que es la guerra (y había alcanzado nuevas alturas en Occidente durante el último medio siglo), ni cómo la masonería había ordenado a sus miembros en los altos cargos que usaran todos los subterfugios, mentiras y falsificaciones diplomáticas posibles. para perseguir intereses ajenos y perjudiciales para ellos, la mayoría de la gente común.

Los Sazonov, los Balfour, los Poincarés, con cinismo e hipocresía, llevaban al pueblo al genocidio.

Había habido las grandes masacres de 1914, luego las de 1915, luego las de 1916. Ahora había comenzado de nuevo, por cuarta vez, en 1917. Más de la mitad de los reclutas de 1914 habían muerto. Fuera cual fuera su país, los hombres no querían más de él.

También hubo una gran miseria en el frente interno. Las mujeres estaban agotadas por la difícil labor de cultivar los campos en ausencia de los hombres, sustituyendo su débil fuerza por los cientos de miles de caballos requisados; y con producir millones de proyectiles de artillería en las fábricas de guerra junto con trabajadores extraterrestres de las colonias. La gente tenía frío y hambre.

Al principio las masas habían estado totalmente de acuerdo, porque en esos días el patriotismo del pueblo era mil veces más activo de lo que es ahora. El trabajador era un nacionalista. A la persona promedio de clase media se le hizo un nudo en la garganta cuando pasó una banda militar. Los diputados socialistas también habían votado a favor de la guerra, tanto los franceses como los alemanes. El alboroto en la prensa había despertado a la gente. Cualquiera que hubiera protestado contra la guerra en 1914 habría sido linchado.

Ese ya no era el caso en 1917.

Las matanzas de 1917 llevaron a los soldados al final de su moral. Muchas unidades francesas se rebelaron. En cada uno de los sesenta batallones o regimientos franceses, varios centenares de hombres en distintas ocasiones se negaron rotundamente a volver al combate. En Soissons, dos regimientos que se habían amotinado intentaron marchar sobre París. Se cantó la Internacional y se ondearon banderas rojas. San Petersburgo en miniatura. No fue una revuelta general, pero hubo más de cuarenta mil amotinados, que durante varios días hicieron casi imposible mantener el orden. Los líderes militares tuvieron que recurrir a represalias. Hubo miles de detenciones: 3.427 hombres fueron condenados, 544 de ellos condenados a muerte. Lo más horrible de todo es que los soldados tuvieron que disparar contra sus camaradas. Hubo 116 ejecuciones.

Sin miles de encarcelamientos, los aliados habrían perdido irremediablemente la guerra en el oeste, al igual que en Rusia, y Francia se habría visto envuelta en una revolución.

Lo mismo sucedía en todas partes.

Al lanzar a sus países a una guerra de conquista, o de reconquista, en 1914 (Alsacia-Lorena por un lado, los Balcanes y Constantinopla por el otro), los belicistas habían destruido los cimientos de Europa. Su base económica se hizo añicos. Sus pueblos fueron diezmados. El orden internacional había recibido un golpe directo.

Sólo el firme agarre de ciertos estadistas, que no usaban los caprichos democráticos, detuvo aquí y allá la catástrofe. Así, Clemenceau, que llegó al poder el 14 de noviembre de 1917, hacha en mano, reprimió la disidencia sin piedad.
"Quemaré todo, incluso los muebles", declaró el intrépido anciano de setenta y seis años. "¡Ni traición ni media traición, solo guerra! ¡Nada más que guerra!"
La llamada "guerra por la libertad" no se puede ganar sino amordazando la libertad. El radical Clemenceau, obligando al parlamento presa del pánico a volverse hacia él, se convirtió en el amo absoluto de Francia en 1917. De inmediato aplastó a toda la oposición pacifista, encarceló a sus adversarios derrotistas, fusiló a los que le parecían traidores o que le parecían traidores. Incluso Poincaré, el provocador masónico de 1914, que no había tenido más remedio que aceptar la nominación de Clemenceau, había sido encerrado en la jaula dorada del palacio presidencial, después de que le taparan la boca con un bozal.

Al principio, el Partido Socialista (un tercio de los diputados alemanes) había actuado de forma patriótica. Luego, sus extremistas habían organizado huelgas en las fábricas de guerra, expulsando a miles de trabajadores de sus puestos de trabajo. Las huelgas habían obstaculizado gravemente la producción. En cuanto al ejército, el ejército más disciplinado del mundo, se mantuvo y seguirá siendo valiente y ordenado hasta el último día de la guerra. Pero el brazo político alemán no tendría su Clemenceau.
Wilhelm II se mantuvo alejado de sus tropas. No era ni un estratega ni un táctico. Estaba entusiasmado cuando sus tropas avanzaban, consternado por cada derrota. "Ruega por nosotros", telegrafió en el momento del Marne a su digna emperatriz, que estaba ocupada con su tejido.
La canciller Bethmann-Hollweg carecía por completo de la psicología de un luchador. Lo había reemplazado un funcionario completamente desconocido. Michaelis, quien anteriormente había estado a cargo de la reposición de tiendas en Prusia. Le había sucedido un tercer canciller, un hombre llamado Hertling, miembro bávaro de la "Sociedad de Cristianos Resueltos" y un bibliófilo anciano. El poder, para él, en lugar de ser un maravilloso instrumento de acción directa, completa y decisiva, era un "cáliz amargo". No lo bebió por mucho tiempo. La arteriosclerosis lo privó de su copa. Pasó de un desmayo a otro. Por fin recibió la extremaunción "en una nube de incienso".

Las cosas fueron peor aún en Austria-Hungría, donde cuatro cancilleres sucesivos, Berchtold, Martinitz, Seidler y Esterhazy, se sucedieron en el espacio de un año.

La gran desgracia de Alemania fue la siguiente: si los franceses hubieran tenido un Hertling (un cristiano resuelto flotando en el incienso), como presidente del consejo; o si simplemente se hubieran quedado con sus Vivianis, Ribots y Painlevés (vacilantes, temblorosos, cansados   viejos mocos democráticos), o si, por el contrario, los alemanes hubieran poseído un líder político como Clemenceau, cuchillo en mano, el destino del mundo hubiera sido diferente.
Clemenceau había sido llamado el padre de la victoria y se lo merecía.

Sin él, a pesar de los inmensos sacrificios de los soldados franceses, Francia no habría logrado la victoria. Habría caído si, en el punto álgido del desastre militar, no hubiera tenido a nadie que la dirigiera, salvo a un pequeño hipócrita barbudo como Poincaré, el sepulturero más eficiente de Europa.
Desde 1914, Francia había sido derrotada todos los años. "Una hemorragia más como Verdún, y Francia caerá desmayada", había querido escribir el diario L'Heure. De los 3.600.000 hombres de 1914, solo quedaban 964.000 combatientes supervivientes a fines de 1917; 2.636.000 estaban muertos, heridos, prisioneros o desaparecidos.

Más de diez de los departamentos más ricos de Francia habían estado ocupados durante casi tres años. Los especuladores de la guerra estaban viviendo con arrogancia la buena vida. Financieramente, Francia se había desangrado. Había sido necesario emitir sesenta mil millones de francos en bonos para la defensa nacional. En lo que respecta a los préstamos, algunos se habían cubierto solo hasta el 47,5 por ciento.

Los pequeños inversores, con la cabeza vuelta por la prensa contratada, habían depositado miles de millones en préstamos rusos antes de 1914 y ahora se encontraban arruinados.
En cuanto a la agricultura, había disminuido entre un treinta y un cincuenta por ciento (el cincuenta y dos por ciento de los soldados franceses eran campesinos). Los precios ya habían subido un 400 por ciento y llegarían al 600 por ciento al final de la guerra. El pan era vil, pero la censura prohibía a nadie escribir que "la mezcla de harinas de maíz y trigo puede provocar alopecia". La sífilis asolaba el país, pero también allí los censores manejaban vigorosamente sus tijeras.
El apagón de información, ordenado por militares déspotas y de mente estrecha, fue increíble. Los prefectos pueden enviar informes a sus ministros solo después de haberlos sometido a censura. La ignorancia en la que quedaron los miembros civiles del gobierno fue tal que el presidente del consejo una vez supo sólo por su florista que el cuartel general del ejército se trasladaba desde Chantilly.
Era imperativo que el público ignorara por completo cualquier cosa que pudiera despertar sus sospechas, como, por ejemplo, la noticia de que se habían producido graves motines o de que dos millones de hindúes y negros estaban siendo utilizados en los campos de batalla. O que se habían producido problemas anticoloniales en Senegal, Dahomey y Annam, tras las protestas contra la deportación de trabajadores y soldados nativos a Europa. O que sin el trabajo de las mujeres habría escasez de proyectiles de artillería en el frente. Fue sólo en una pequeña reunión informal que Joffre consideró oportuno afirmar que "si las mujeres que trabajan en las fábricas pararan durante veinte minutos, Francia perdería la guerra".

Por otro lado, la prensa abundaba en maravillosos pronunciamientos destinados a conmover a las masas. General Fayolle: "Juana de Arco nos mira desde el cielo con satisfacción".

La Croix: "La historia de Francia es la historia de Dios".
Lavedan, miembro de la Academia: "Creo por el poder de todo lo sagrado en esta cruzada por la civilización. Creo en la sangre de las heridas, en el agua de la bendición. Creo en nosotros. Creo en Dios. creo. Yo creo ".
Si Lavedan todavía creía en ese maravilloso revoltijo, los soldados creían cada vez menos "en la sangre de las heridas" y el público tenía cada vez más dudas sobre los efectos regenerativos del "agua de bendición". Lejos de la bendición, lo que vivía Francia en 1917 era el hambre, cientos de miles de viudas y huérfanos, y millones de soldados molidos en el molino de la guerra de trincheras.
La censura británica no fue menos fanática e idiota. Siguiendo sus órdenes, la prensa pidió que se prohibieran las obras de Wagner, Mozart y Richard Strauss. Leon Daudet en París tituló un artículo "Abajo Wagner". Darer y Cranach escaparon por poco de ser derribados de las paredes del Louvre y el Museo Británico.
Ahora, después de tres años de guerra, tanto en Francia como en Alemania, los dirigentes socialistas y sindicalistas, que eran solo un puñado en 1914 pero eran muchos en 1917, hablaron en contra de estas prohibiciones y juzgaron, a pesar de mil complicaciones arregladas por la policía, para rescatar a la opinión pública de este espantoso estado de cosas.

Algunos de ellos eran, sin duda, cabecillas dispuestos a servir a cualquier causa, con miras a hacer una fila, y a menudo contratados para ese fin. Por ejemplo, los agitadores comunistas de Berlín. En 1915, después de dos reuniones anteriores en Berna, se celebró una conferencia pacifista en Zimmerwald, Suiza. Reunió a un total de treinta y ocho delegados, pero había sido evidente un intento de infiltración comunista. Lenin, Trotsky, Radek y Zinoviev estaban allí, mostrando los dientes como lobos siberianos.
Al año siguiente, el yerno de Karl Marx, Longet y sus seguidores realizaron una manifestación pacifista en el congreso socialista francés del 16 de abril de 1916 que atrajo mucha atención. Su moción exigiendo una paz sin anexiones obtuvo un tercio de los votos: 900 votos contra 1800.
Se celebró otra conferencia en Kienthal. Su manifiesto ya tenía el tono de las arengas de octubre de 1917 en San Petersburgo:
¡Proletarios de Europa! Millones de cadáveres cubren los campos de batalla. Millones de hombres quedarán discapacitados por el resto de sus días. Europa se ha convertido en un gigantesco matadero humano. Por encima y más allá de las fronteras, por encima y más allá de los campos de batalla, por encima y más allá del campo devastado, ¡proletarios de todos los países, uníos!

En Kienthal, la propuesta de Lenin de convertir la guerra de naciones en guerra civil triunfó, recibiendo dos tercios de los votos. El 18 de febrero de 1917, el comité expuso su plan de batalla al proletariado: volver sus armas no contra sus hermanos, los soldados extranjeros, sino contra el imperialismo, el enemigo en casa.
Una nota asombrosa: un millón de copias de ese manifiesto antimilitarista se distribuyeron en Alemania; en Francia, en cambio, sólo se podían distribuir en secreto diez mil ejemplares.
En París, cualquiera que no estuviera a favor de la guerra era un traidor, tanto que los líderes sindicalistas fueron sometidos a un examen físico especial por parte de una junta de revisión. Ninguno de ellos, por mucho que tuviera las piernas arqueadas, escapó a la inducción. El jefe del Segundo Negociado, coronel Goubet, se ocupó de que se les reservara un trato especial, ordenándolos "a ciertas regiones del Sahara donde el rodar de las carreteras coincide con la conformación del carácter, y de las que no siempre se regresa".
El deseo se expresó de forma clara y elegante.

* * *

La propaganda pacifista durante la Primera Guerra Mundial fue sobre todo obra de la izquierda y especialmente de la extrema izquierda.
Los industriales, los financieros y las clases medias deberían haber estado más preocupados que nadie por la destrucción sin sentido de la riqueza, así como por la eliminación masiva de la flor y nata de la mano de obra, la juventud.
Los conservadores, por el contrario, durante esos cuatro años vivieron en un mundo herméticamente cerrado de tonterías e ilusiones. Fueron los intelectuales, desde Barrès a Paul Bourget y Henri Massis, quienes elocuentemente elogiaron los extraordinarios beneficios de la guerra y más execraron el salvajismo de Kant, Nietzsche, Schopenhauer y los demás bárbaros alemanes.
Solo en este tumulto de odio, Romain Rolland publicó su Au-dessus de la mélée [Sobre la batalla], que a pesar de su título no era más que un largo suspiro lírico a favor de la paz.

Los hombres de izquierda, franceses o extranjeros, no eran necesariamente agentes de Moscú y enemigos de la sociedad. A menudo eran simplemente amigos de la humanidad.

Una de estas últimas era Camille Huysmans, secretaria general de la Segunda Internacional, una belga con el cuello largo anillado de una boa inquieta. Era inteligente, cáustico, cínico por su valor de choque y profundamente tolerante. En 1917, Kamil —así lo llamaban en Amberes— había instado al pacifismo a lo largo de líneas racionales y estrictamente lógicas. Las conferencias anteriores en Suiza habían sido demasiado apasionadas y, sobre todo, demasiado controladas por Lenin y los demás teóricos bolcheviques, para quienes el mundo era un objeto a manipular a sangre fría. Se necesitaba una conferencia seria en la que los adversarios se reencontraran para tratar en profundidad, sin prejuicios y sin lenguaje destemplado, la posibilidad y las condiciones para una paz de reconciliación. Como secretario general de una Segunda Internacional paralizada, Huysmans soñaba con devolverle a la Internacional el uso de sus miembros. Con ese espíritu, en 1917 convocó la llamada Conferencia de Estocolmo. Allí los representantes directos de los pueblos enemigos debían conocerse, intercambiar opiniones y sopesar las posibilidades de una "paz sin anexiones ni indemnizaciones".

¿Era posible esa paz? ¿Sería posible poner fin a una guerra en la que todos habían sido parcialmente responsables, en la que ninguno de los bandos, a pesar de varios millones de muertos, había logrado resultados decisivos o parecía estar en condiciones de hacerlo?
Vale la pena discutir el asunto. Sin embargo, no se discutió, y por una buena razón: a los principales interesados, los delegados franceses, se les había prohibido asistir a la conferencia, ya que el gobierno de París se había negado a otorgarles los pasaportes que les hubieran permitido hacer el viaje.
El gobierno francés no quería que nadie hablara de paz de ninguna manera o forma. Hablar de paz sería hacer concesiones, admitir algunas faltas, renunciar a ciertas pretensiones.
Uno podría imaginar que en negociaciones similares el enemigo, especialmente los alemanes, que habían sido el gran ganador hasta ese momento, no lo otorgaría todo, lo reconocería todo, lo entregaría todo. Pero, ¿era realmente irrazonable ser razonable? En 1917, ya había diecisiete millones de hombres muertos, heridos o hechos prisioneros. Tratar de salvar las vidas, la sangre y la libertad de millones más que se perderían si la guerra continuara, ¿fue realmente tan criminal? ¿No valía toda esa sangre unos cuantos sacrificios, unos cuantos golpes al ego?

Muchos delegados vinieron a Estocolmo, pero los más importantes, los franceses, no estaban allí, mantenidos en casa por su policía, que a partir de entonces los consideraría sospechosos peligrosos.

Incluso un hombre como Camille Huysmans, que no era francés, se convirtió en objeto de una persecución implacable por parte de la policía francesa después de la Conferencia de Estocolmo. Organizaron campañas para desacreditarlo en todas partes. Era "el hombre de Estocolmo", pagado por supuesto por los alemanes. Los periódicos lo repitieron una y otra vez sin tregua. Fue tan difamado que después de la victoria aliada en 1918, sus propios seguidores, que estaban avergonzados de su líder, le prohibieron en Bruselas el acceso a la Maison du Peuple. Durante diez años sufrió una persecución comparable a la ordalía, en Francia, de M. Caillaux. Incluso antes de 1914, Caillaux había entendido que los franceses y los alemanes eran interdependientes y que era necesario lograr una reconciliación con los alemanes en lugar de luchar contra ellos. Por su descaro, fue repudiado durante varios años. Camille Huysmans tuvo que expiar su apuesta por la paz por un período más largo: diez años. Fue entonces cuando el rey Alberto I, el caballero real de los aliados, convocó a Huysmans a su palacio de Bruselas.

Hasta ese momento, el monarca belga se había abstenido de hablar. Las pasiones y los odios eran tales que decir algo levemente favorable al "hombre de Estocolmo"

hubiera sido suicidarse. En 1917, antes de acudir a la Conferencia de Estocolmo, el llamado agente del káiser había visitado en persona al rey Alberto en el frente de Flandes, donde comandaba las tropas belgas frente a los alemanes. Huysmans quería estar seguro de que el congreso que estaba organizando en Estocolmo no constituía un desafío ni un obstáculo para los planes militares y políticos del hombre que ocupaba el primer lugar, moralmente, en el lado aliado. Los otros, Poincaré, Gray, Sonnino, Bratianu, habían sido distribuidores dobles o triples. Alberto I, en cambio, fue víctima de la geografía de su país, que lo convirtió en una plataforma giratoria de ferrocarril a través de la cual todos los trenes reclamaban el derecho de paso. Su propia conducta había sido noble y correcta.

Escuchó con atención a Camille Huysmans. Su respuesta directa fue, palabra por palabra, la siguiente:

"Tiene usted razón. Es necesario negociar. Ninguna segunda guerra, lo que mi gobierno pueda pensar de ella. Continúe con sus esfuerzos. Yo lo protegeré".

"Podría haber dicho la verdad", escribió Huysmans a De Launay, el historiador belga, "pero me aferré obstinadamente a lo que dijo el propio rey, y así fue".

Fue manejado con bastante solemnidad. Más tarde, el rey absolvió a Camille Huysmans -quien más tarde se convirtió en primer ministro- en presencia de dos generales belgas "a quienes había convocado y acusado en mi presencia de decir la verdad", relató el propio Huymans al salir del palacio real.

Pero ese hombre honesto pagó sus esfuerzos -que, aunque mal considerados a la vista de las pasiones de la época, fueron humanos y correctos en cualquier caso- con diez años de calumnias.

"Para destruir mi eficacia", afirmó Huysmans, "el servicio secreto francés intentó representarme como un hombre a sueldo de Alemania. En Bélgica, esa acusación se creía en la parte francófona del país y también en Bruselas".

También hubo ciertas negociaciones semioficiales, en las que participaron Austria-Hungría y Alemania, que podrían haber hecho posible ya en 1917 el restablecimiento de la paz. ¿Cómo y por qué fallaron?

CAPITULO XXVIII

Puñaladas en la paz

Las propuestas del nuevo emperador de Austria, Carlos I, fueron las más importantes.

En 1916, el joven monarca acababa de suceder a Franz Josef, el emperador tan viejo como Bélgica (ambos nacieron en 1830). Así, Carlos I no se había visto implicado de ninguna manera en el desencadenamiento de la guerra de 1914. No le gustaba mucho el káiser alemán, su aliado por casualidad. Sus dos cuñados, la princesa Sixto y Javier de Borbón de Parma, luchaban en los ejércitos del rey de Bélgica en el frente occidental, contra los alemanes. Carlos I no fue ni un reformador como José II ni un genio táctico como Metternich. No era muy consciente de las realidades políticas, pero era sincero y rebosante de buena voluntad que en ocasiones lo volvía ingenuo. Era profundamente honesto, pero, por supuesto, la honestidad en política rara vez lleva muy lejos.

* * *

Carlos I no tenía ministros capaces a su lado, o al menos ninguno en quien pudiera confiar: Berchtold, el torpe chapucero de julio de 1914, había sido reemplazado por un húngaro de ojos sombríos, y luego por el Conde Czernin. Este último, sintiendo que todo se tambaleaba debajo de él y que el propio Carlos I se dirigía a una caída, demostró ser poco confiable.
Carlos I tenía un intenso deseo de paz, una paz doble: la paz doméstica, al otorgar a cada una de las nacionalidades separadas —checa, eslava, húngara y alemana— un área igual y una autonomía de derechos muy amplios; y paz con países extranjeros también. El joven emperador no solo estaba dispuesto a renunciar a todas las anexiones, a pesar de que Serbia y Rumanía estaban entonces en manos de las fuerzas austro-alemanas, sino que también estaba dispuesto a otorgar a sus adversarios balcánicos importantes concesiones territoriales. También a Italia, que hasta entonces había logrado poco en el campo de batalla, cedería la parte de habla italiana del Tirol. A Serbia, responsable del asesinato del príncipe heredero de Austria pero ahora completamente azotado, su gobierno se había refugiado en Corfú, estaba dispuesto a otorgar un amplio acceso al mar Adriático.

Generoso casi hasta el punto de la ingenuidad, Carlos I estaba dispuesto a ofrecer aún más a los aliados, que en ese momento se encontraban en una clara desventaja en todos los frentes.
Tomar la iniciativa de ofrecer la paz estuvo plagado de riesgos para Charles. Los alemanes lo estaban mirando y eran mucho más fuertes que él. Tenían el poder de aplastar a Austria en veinticuatro horas. Hasta entonces, los austriacos habían dependido de la ayuda constante de los alemanes. Dejados solos en 1914, habían sido golpeados en Serbia, de hecho, expulsados de Belgrado. Había requerido la intervención de las divisiones alemana y búlgara para enviar a Pashich a Corfú en el Adriático.
En Galicia, cuando Brusilov los invadió, capturó 25.000 kilómetros de territorio, tomó cientos de miles de prisioneros y estuvo a punto de irrumpir en Hungría, fue nuevamente el ejército alemán el que salvó a los austriacos del desastre.

Incluso en Rumania, fue el general Mackensen quien conquistó Bucarest, no un general austrohúngaro.
Por lo tanto, los alemanes tenían algunos derechos legítimos sobre el régimen de Viena, tanto más porque sin los pasos inoportunos de Austria en 1914, es casi seguro que Alemania no se habría visto arrastrada a la guerra.
Al correr el riesgo de enemistarse con el Kaiser, Carlos I mostró un valor encomiable.
Seguramente los aliados deberían haber considerado de inmediato estas acciones por parte de Carlos I, sobre todo porque no había confiado las negociaciones a subordinados dudosos, sino a sus propios cuñados, que eran oficiales de los ejércitos aliados.
El emperador envió a su entrometida suegra, María Josefa, a Neuchâtel en Suiza para encontrarse con sus dos hijos, Sixto y Javier de Borbón-Parma, y encargarles la misión de paz imperial. Una oferta de encuentro hecha a los enemigos no obliga necesariamente a una de las partes a revelar su mano, comprometerse de antemano y enumerar sus concesiones, mientras que la otra permanece en silencio y presenta un semblante tan inescrutable como la esfinge. Los dos oficiales belgas en los que el emperador estaba dispuesto a confiar habían traído exigencias preliminares redactadas por los aliados que eran muy severas, de hecho casi insolentes a la luz del hecho de que los franceses y los británicos acababan de sufrir terribles derrotas en Artois, en Flandes y en Champagne, y había dejado varios cientos de miles de hombres muertos en el campo de batalla.
La posición preparatoria de la Entente fue brutalmente franca.
Cualquier condición previa a una paz aceptable para la Entente debe incluir las siguientes exigencias indispensables:

(1) La restitución de Alsacia-Lorena a Francia sin compensación de ningún tipo por parte de esta última.
(2) El restablecimiento de Bélgica
(3) La restauración de Serbia con la incorporación de Albania.
(4) La restauración de Constantinopla a Rusia.

Eran demandas enormes, que Carlos I tuvo que aceptar antes de que las negociaciones pudieran admitirse incluso en principio. Más aún porque en 1916 los franceses no habían reconquistado todavía ninguna parte de Alsacia-Lorena; al contrario, los alemanes ocupaban los diez departamentos más ricos de Francia; además, los serbios ya no tenían posesión de un centímetro cuadrado de su territorio; y los rusos no habían podido enviar un solo buque de guerra a Constantinopla, mientras que los aliados se habían frustrado por completo cuando intentaron llegar a la ciudad por los Dardanelos.
Lo asombroso fue que en medio de todos estos reclamos considerables, no hubo la menor alusión al botín que los italianos iban a obtener, aunque los Aliados, por el Tratado secreto de Londres en 1915, no obstante, les habían prometido el Tirol y millones de nuevos ciudadanos. en Europa y Asia.
Tampoco cabía duda de lo que pensarían los albaneses sobre ser entregados a los serbios, o los turcos sobre ser entregados a los rusos. Era una exigencia de que los pueblos del Adriático y del Bósforo simplemente fueran puestos en el bloque y no se les consultara en absoluto. Entonces, ¿dónde estaban los famosos principios de autodeterminación que se habían proclamado tan virtuosamente?
Carlos I no se dejó desanimar ante estas exigencias exageradas. Envió una respuesta que fue en gran medida una aceptación a los dos príncipes, que regresaron a Neuchâtel: estaba de acuerdo con respecto a Alsacia-Lorena y Bélgica. Con respecto al territorio de los South Slays ocupado por sus tropas, propuso la creación de un reino autónomo formado por Bosnia-Herzegovina (territorio austríaco antes de 1914), Serbia (para entonces ya capturada), Albania y Montenegro, "existente en propia, pero en el marco de una federación austriaca que durante siglos ha demostrado su valía como organismo unificador ".
Esa última propuesta no fue definitiva. Podría discutirse. La función de una conferencia es la discusión. El emperador Carlos I había sido extremadamente conciliador. Sus concesiones iniciales fueron enormes, ya que era miembro de una coalición militar en una posición victoriosa que trataba con una coalición militar aliada que en 1916 no había cosechado más que derrotas humillantes y terriblemente sangrientas desde Flandes hasta Gallipoli.
Pero no sabía que los aliados a los que apelaba estaban sujetos a una serie de tratados secretos y a menudo contradictorios que los obligaban a entregar extravagantes botines a sus aliados. Ninguna negociación honesta podría alterar estos arreglos.
El príncipe Sixto, después de varios viajes de ida y vuelta a Neuchâtel, vio a Poincaré en París. También se puso en contacto con Briand. Después de conocer a esos dos, Xavier y Sixto fueron a ver al emperador Carlos I en persona. En gran secreto y con gran riesgo, Charles fue a encontrarse con sus dos cuñados en Luxemburgo, dos oficiales belgas vestidos de civil, en un territorio ocupado por los alemanes. Los aliados todavía creían entonces (22-23 de marzo de 1917) que ganarían la batalla de Artois, donde en cambio estaban a punto de ser molidos como una ronda de ternera.

"Quiero la paz, la quiero a cualquier precio", dijo el joven emperador de Austria-Hungría. Se declaró dispuesto, una vez alcanzada la base inicial del acuerdo con los aliados, a presionar tanto como pudiera sobre Wilhelm II para que participara en las negociaciones. De lo contrario, no dudaría en firmar una paz separada.

Charles I iría aún más lejos. Las ofertas verbales pueden malinterpretarse o incluso no creerse. Se sentó a un escritorio y allí, en la ciudad de Luxemburgo, donde se arriesgaba en cualquier momento a ser descubierto y arrestar a sus cuñados, escribió el 24 de marzo de 1917 una carta de tres páginas comprometiendo por escrito sus propuestas.
En esa carta manuscrita, Carlos I colmó de cortesías a sus adversarios: "La valentía tradicional del ejército francés es admirable", escribió. Sintió una "profunda simpatía" por Francia. Fue "sólo para devolverle Alsacia-Lorena". Los derechos de Bélgica "deben restablecerse plenamente". En cuanto a Serbia, ya no hablaba de una federación, sino que estaba dispuesto a concederle no sólo una independencia completa, sino un "acceso natural y equitativo al Adriático", así como amplias concesiones económicas.
Todo lo que Austria pidió fue que Serbia, ampliada y enriquecida a sus expensas, no tolerara más en su suelo organizaciones criminales anti-austriacas como la Mano Negra, que había sido tan conspicua en Sarajevo. Esta fue una solicitud completamente comprensible.
Pashich estaría tan impresionado por el alcance de estas propuestas que enviaría emisarios a Suiza para discutirlas. Para ablandar a los austriacos, incluso haría fusilar a su ex-cómplice, el coronel Dimitrievich.
El documento escrito por Carlos I, que tuvo una consecuencia potencialmente decisiva para Europa, está ahora disponible para el mundo. De Launay, el famoso historiador belga, lo ha publicado en su totalidad.
Si se hubiera tenido en cuenta en 1917, se podrían haber salvado las vidas de varios millones de personas, y Europa Central no se habría convertido en la gran tierra de injusticia del mundo blanco en 1919, y el territorio colonial más amenazador de la URSS veintiséis años después.

El 31 de marzo de 1917, el príncipe Sixto volvió a ver a Poincaré. Poincaré siguió equivocándose, pero sin embargo pensó que ya no podía dejar a sus aliados en la ignorancia de los hechos. En ese momento, el presidente francés del consejo (había cuatro diferentes en 1917 hasta el momento en que Clemenceau entró y limpió la casa) era Alexandre Ribot. Era un tipo viejo, cuyos nervios estaban destrozados. Miraba con expresión de búho a cualquiera con quien hablaba desde detrás de unas gafas tan amarillas como un par de limones, que siempre limpiaba torpemente. Lo que más temía no eran los alemanes, sino que su propio parlamento podría arremeter contra él.
El anuncio de negociaciones de paz significaba arriesgarse a una reprimenda parlamentaria. ¿Y si sacaran sus viejos huesos de la silla presidencial? Se negó a ver al príncipe Sixto, a pesar de ser un oficial aliado y portador de la paz.
Sin embargo, todavía era necesario informar a los aliados y advertir a Lloyd George. Allí los términos del problema ya se cambiaron por completo. Para Gran Bretaña, lo que contaba no era Estrasburgo, Bruselas o la costa dálmata; fue la flota alemana y las colonias alemanas. Charles I no los había incluido en su canasta de regalos. Luego estaban los italianos. El 18 de abril de 1917, en St. Jean de Maurienne, Lloyd George y Ribot habían confirmado y ampliado el Tratado de Londres de 1916. Habían tenido que lidiar con el ministro Sonnino. Lo único que le interesaba a Sonnino en una paz con Austria era conseguir Trentino, Trieste y la costa este del Adriático. Eso es lo que los franceses y los británicos le han prometido a Italia para inducirla a entrar en la guerra. Nada menos la satisfaría. El infatigable príncipe Sixto emprendió nuevamente su camino hacia un encuentro con un enviado de Carlos I en Zug, en Suiza, y un segundo encuentro en Lausana. Finalmente, aunque era un oficial aliado, se dirigió en secreto a Viena el 8 de mayo de 1917 para ver al emperador Carlos. Desde el Hofburg trajo de vuelta el acuerdo del emperador redactado por el ministro de Asuntos Exteriores, el conde Czernin, "aceptando el principio de un intercambio de territorios con Italia". Así que allí también se ofreció una propuesta inicial.

Sonnino, con su considerable astucia, estaba tratando de obtener más concesiones, que de hecho ya se habían ofrecido en 1915, cuando el príncipe von Bülow había intentado detener la entrada de Italia en la guerra.
Esa no fue la tragedia. Carlos I había pedido que a cambio de numerosas concesiones se le garantizara la integridad de lo que quedaría de Austria después de perder al menos Bosnia-Herzegovina, Trieste y Trentino. El ingenuo emperador no sospechaba que poderosas fuerzas masónicas y anticlericales dentro del gobierno francés no tenían la intención de que Austria-Hungría, el país católico más importante de Europa, existiera después de las hostilidades. Ya se habían hecho acuerdos secretos que la dividirían, desmembrarían sus provincias y cambiarían a millones de sus habitantes. "Una vez que se acepte esta base del acuerdo", reiteró Carlos I al príncipe Sixto, "Austria-Hungría podrá firmar una paz por separado".
¿Hubo algún obstáculo? Si habia. La traducción francesa hecha por el príncipe era cuestionable; no parecía corresponder al texto de Viena redactado en alemán. Era posible que el príncipe Sixto hubiera embellecido un poco la oferta, lo que suelen hacer los negociadores, pero esos malentendidos eran habituales al comienzo de las negociaciones: se negociaron para remediar esas cosas, para dejarlo todo claro. En el lado aliado, especialmente en el lado francés, todo podía armonizarse fácil y rápidamente.
Pero Ribot se había puesto las grandes gafas amarillas en la nariz. Iba a sabotearlo todo. ¿Por qué? En un mes estaría claro.
Sixto se dirigió a Londres. Vio a Lloyd George y al rey, y discutió los límites de la posible paz: ¿Alemania incluida? ¿O una paz separada solo con Austria? Para decidir eso, Lloyd George propuso una reunión entre británicos y franceses en Compiègne. Esa conferencia aliada nunca se llevaría a cabo. Francia no respondió y, en consecuencia, Gran Bretaña no asistió. Ribot había hecho todo lo posible por echarlo a pique incluso antes de que Lloyd George emprendiera su viaje. Se había subido sobre sus viejas extremidades crujientes en la tribuna de la asamblea francesa para lanzar esta denuncia cobarde y provocativa:

"Vendrán a pedir la paz, no hipócritamente como lo hacen hoy de esta manera furtiva y tortuosa, sino abiertamente y en términos dignos de Francia" (aplausos). "Hipócritamente" y "de manera furtiva" fueron palabras duras cuando el propio emperador austríaco y los oficiales del ejército belga habían ofrecido todo y arriesgado todo con ingenua sinceridad.

Así, el ministro francés cometió públicamente un acto infame, no solo ofreciendo un insulto apenas disfrazado a Carlos I, sino informando al emperador de Alemania que su colega monarca de Austria-Hungría había propuesto negociaciones de paz a los aliados a sus espaldas.
Un poco más tarde, Clemenceau iría aún más lejos. El infortunado Carlos I, para escapar de la ira de Guillermo II, emitió la negación que es habitual en los asuntos diplomáticos. Clemenceau, cuando se convirtió en presidente del consejo, leería a la asamblea la carta secreta de Charles con el obvio objetivo de crear un distanciamiento fatal entre sus dos enemigos. Fue un movimiento básico que arruinó cualquier posibilidad de futuras negociaciones de paz con Austria.
¿Por qué Ribot, "ese viejo malhechor", como lo llamaría el príncipe Sixto, y Clemenceau después de él, permitió que se hundieran tanto?
En primer lugar, ya no estaban en condiciones de discutir una paz equitativa, ya que media docena de tratados secretos, firmados por sus colegas y los británicos, habían puesto a subasta algunos cientos de miles de kilómetros cuadrados de Europa y decenas de países. millones de su gente. Solo una victoria abrumadora les permitiría honrar

sus compromisos. Cualquier otro asunto de la guerra les traería problemas insolubles, empezando por la eliminación de sus aliados que tanto había comprado.

Austria fue también el objetivo de una conspiración implacable, la de la masonería, durante dos siglos un enemigo mortal de ese vasto país católico. La masonería quería el pellejo de Austria-Hungría, lo quería desgarrar, lacerar, en pedazos.

Ribot fue una de las figuras más importantes de la masonería francesa. Benes, el checo, fue la figura más importante de la masonería de Europa Central. Reclamó toda la parte norte del imperio austrohúngaro con tal voracidad que en 1919, con la masonería del mundo entero detrás de él, se tragaría a más no checos que checos.

Precisamente en el mismo momento de estas negociaciones, un congreso mundial de masones se reunió en París, la sede del siniestro Gran Oriente, el 28 de junio de 1917 para "crear una sociedad fundada en los principios eternos de la masonería". Austria-Hungría era exactamente lo contrario de esa sociedad. Durante la última parte de junio de 1917 en París, la masonería dictó una sentencia de muerte en Austria-Hungría proclamando que las condiciones mínimas de paz requerían la independencia de Bohemia y la "liberación" de los diversos nacionalidades de Austria-Hungría, "objetivos que no podrían realizarse sin la aniquilación del imperio austro-húngaro". Apenas tres días antes de que se celebrara el congreso masónico rabiosamente anticatólico, Ribot se había empeñado en provocar la caída del discurso de Carlos I. El discurso de Ribot, de hecho, había sido el más adelantado. Fue el aperitivo escogido que precedió al banquete en el que los conspiradores de la izquierda devorarían a la católica Austria-Hungría, preparado de antemano con maligno regodeo por el viejo Ribot.

Sorprendentemente, los alemanes, que bien podrían haberse considerado justificados para reprochar airadamente a Austria-Hungría, su aliado, por haber tratado en secreto con el enemigo, fueron extremadamente reservados en sus protestas. ¿Por qué? Porque ellos habían hecho lo mismo. Dos oficiales del ejército belga habían sido los agentes de enlace de Carlos I. Por una extraña coincidencia, los agentes del Reich eran civiles de Bruselas. Ambos habían sido animados calurosamente, y al mismo tiempo, por el rey Alberto I, el mismo que había estado ansioso por brindar su apoyo a la socialista Camille Huysmans cuando él, como presidente de la Segunda Internacional, se esforzaba por llamar a la paz. conferencia en Estocolmo.

Después de la guerra, se consideró en todas partes al rey belga como el aliado modelo. Se le erigió una estatua en París en la que el guerrero fiel más allá de todos los demás avanzaba a caballo hacia la victoria. En verdad, el rey Alberto desconfió de los objetivos bélicos de los aliados desde el primer día de la guerra hasta el último. Nunca se alió completamente con ellos. Deseaba permanecer en su papel histórico de neutral, sabiendo -la historia le había enseñado bien- la codicia de ambas partes, que siempre estaban dispuestas a ocupar y utilizar su país.

Incluso en 1914 se había negado a unirse a los ejércitos franceses y británicos derrotados en el sur. Al contrario, se había retirado en dirección a Amberes. Después del otoño de 1914 se había aferrado al Yser, un pequeño arroyo belga, negándose obstinadamente a abandonar su país.

No creyó ni una sola palabra pérfida de los bellos discursos de los Aliados: libertad, justicia, derechos del hombre, que usaban para encubrir sus propios intereses. No tenía más remedio que dejarse guiar únicamente por los intereses de su país. El interés de Bélgica, encajado entre dos naciones poderosas, ya quien las guerras extranjeras no podían traer nada más que dolor, solo podía ser la paz.

Albert I había dejado que sus dos oficiales de Borbón-Parma viajaran a Suiza, Luxemburgo, Viena, Londres y París. Los había visto regresar vacíos.

entregó. Sin embargo, había surgido otra posibilidad, esta proveniente de los alemanes y lanzada en Bruselas, su captial ocupada.

Las nuevas negociaciones involucraron, por parte belga, tres protagonistas.
El primero fue el cardenal Mercier, primado de Bélgica. Era un filósofo alto y demacrado, un espíritu soberano, de suprema dignidad y majestad. Cuando era joven estudiante, él me descubriría. Fue mi primer maestro. Todavía lo veo escudriñándome, con los ojos brillantes como un pájaro mirando, majestuoso a pesar de su delgadez, como un profeta Miguel Ángel.

La segunda negociadora fue una francesa, una Rochefoucault convertida en belga por su matrimonio con un miembro de la casa de Merode, en 1914 encabezada por un conde, hoy por un príncipe.
El tercero era un hombre de negocios, el rey de la bencina de Bélgica, el barón Evence Coppée.
El alemán que sería el elemento decisivo en estas otras negociaciones secretas y semioficiales era el barón van der Lanken. Como agregado de la embajada, había conocido al joven Paul de la Rochefoucault. La suerte de la guerra le valió un puesto clave en la administración militar de Bélgica. La condesa de Merode, preocupada por todos los que sufrieron las desgracias o los rigores de la ocupación, había hablado muchas veces con van der Lanken, como lo había hecho en París antes de las hostilidades. En particular, ella había logrado que aceptara una petición del cardenal Mercier solicitando indultos para las negociaciones de dos hombres, su enviado estaba oficialmente autorizado para hacer un indulto inicial de diecisiete, todos los belgas en espera de ejecución.
Fue así como el primado belga, deseando agradecer al diplomático alemán, fue a verlo a la casa de la condesa de Merode. Luego, por primera vez, hablaron de la posibilidad de restablecer la paz. El cardenal desafió al representante del Reich a ayudar en las negociaciones entre Alemania y los Aliados. El alemán tomó la palabra del cardenal y partió hacia Berlín.
En octubre de 1916 volvió a ver al cardenal, quien, después de escucharlo, expresó su descontento. Un nuevo viaje a Berlín a principios de 1917 resultó en una reunión en Bad Kreuznach entre el canciller del Reich, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, el mariscal von Hindenburg, y el general Ludendorff. Esta selecta asamblea, a finales de abril de 1917, acordó la concesión de determinados territorios del Reich al suroeste de Alsacia y en la Lorena francófona. Aún no había llegado el momento en que el ejército francés entrara en Metz con el sonido de las trompetas, pero se estaba gestando una tendencia. No se debe olvidar que en la primavera de 1917, los alemanes tenían la ventaja; sin embargo, estaban dispuestos a ceder territorio.
"Cuando me puse en contacto con el gobierno del Reich", escribió Lanken más tarde, "parecía de inmediato que Berlín concedía la mayor importancia a este esfuerzo. El canciller von Bethmann-Hollweg y el secretario me animaron en todo momento".

Una información más asombrosa:
"Sucedió lo mismo con el mariscal de campo von Hindenburg y con el general Ludendorff, por lo demás tan difícil de abordar. Como es apropiado señalar de inmediato, durante todo el curso de este asunto el general Ludendorff nunca dejó de pedir información al respecto y se preocupó por el éxito de lo que estaba haciendo ".
Eso no fue, sin duda, una aprobación total, pero fue la manifestación de un deseo por parte de los alemanes de negociar. ¿Cuándo durante todo el curso de la guerra hubo tal actitud por parte de las autoridades aliadas? ¿Cuándo un político o militar francés o británico hizo un gesto similar?

Los alemanes podrían haber dicho que no por temor a que sus enemigos dijeran que se habían dado cuenta de que iban a perder la guerra. Sin embargo, incluso antes de las negociaciones, su enviado fue autorizado oficialmente para hacer una concesión inicial incondicional. Un negociador inteligente, una vez que tuviera ese hilo en sus manos, sin duda sacaría más de la madeja. Incluso se mencionó el nombre de ese negociador. El barón van der Lanken había indicado que comenzaría las negociaciones entre los alemanes y los aliados con uno de sus conocidos de París antes de la guerra, un hombre que seguramente era el político más congraciador de Francia: Briand.
Entre las dos guerras mundiales, Aristide Briand se convirtió en el político francés más conocido de Europa, su voz grave y suavemente armoniosa, sus bigotes colgando como un arbusto caído, mal vestido con trajes de negocios escasamente confeccionados y arrojando cenizas por todas partes de sus eternos cigarrillos. En junio de 1917, había dimitido de su puesto de primer ministro tres meses antes. A pesar de eso, podría ser el perfecto delegado no oficial de las autoridades aliadas.
La condesa de Merode, habiendo obtenido un pasaporte de van der Lanken, se fue a París, donde se reunió inmediatamente con Briand. Presentó una propuesta para una entrevista con Lanken en Suiza. Briand fue inmediatamente, el 19 de junio, a conferenciar con Poincaré. Este último no se mostró muy entusiasmado. Sin embargo, autorizó a Briand a ver a van der Lanken.

Mientras tanto, una segunda gestión belga había dado impulso a la acción de la princesa en París. Un segundo emisario había llegado a Francia para apoyar aún más las propuestas de van der Lanken. Sin embargo, no había querido actuar sin antes obtener el consentimiento del jefe del gobierno belga, M. de Broqueville, quien, como su rey, se había refugiado en Sainte Adresse, cerca de Le Havre. Les envió la carta de van der Lanken, ofreciéndose a reunirse con un emisario aliado. Briand, Coppée y Broqueville planeaban reunirse en París en el Ritz.

Broqueville fue afirmativo: "Las propuestas alemanas son de carácter serio". Briand quedó impresionado. Tomó una decisión y se preparó. Pero, por desgracia, Francia era una democracia: cayó el gobierno de Ribot. Painlevé formó un nuevo gobierno, un matemático confuso pero honesto, que era mejor para hacer malabarismos con logaritmos e hipotenus que las sutilezas diplomáticas. Era necesario empezar a preparar el camino de nuevo. Coppée, Briand, Poincaré y el nuevo primer ministro sopesaron la posibilidad de negociación. "Tenemos que llegar hasta el final", concluyó Painlevé.
Poincaré todavía estaba de acuerdo con la idea, pero no se opuso. Era un hombre que rara vez se oponía a las cosas: arrojó su red, se quedó inmóvil, esperó a que atraparan a la otra parte. Ribot, que ya había torpedeado el proyecto de paz con el emperador Carlos I, permaneció en el gabinete como ministro del Interior, lo que no fue muy tranquilizador. Briand esbozó un plan de negociaciones que iba más allá de la propuesta alemana, como era de esperar. En lugar de una parte de Alsacia-Lorena, reclamó todo y exigió preparativos para la guerra también; por otro lado, "Francia no planteará la cuestión de la margen izquierda del Rin ni la libertad política y económica del pueblo alemán".

Como en el póquer, las dos partes habían estudiado a fondo sus cartas. Los obstáculos presentados no eran en absoluto insuperables. Este tipo de preliminares era habitual incluso en las negociaciones más modestas. Coppée, informado antes de regresar a Bruselas, vio a van der Lanken. El propio Briand propuso el 22 de septiembre de 1917 como fecha de la reunión en Suiza. Coppée le confirmó por escrito la confianza que ahora tenía en su éxito.

"Este giro de los acontecimientos nos había dado a la condesa de Merode y a mí una absoluta convicción de que Alemania está dispuesta a hacer las mayores concesiones posibles, para que la retirada del territorio ocupado, las indemnizaciones y reparaciones, así como la restitución de Alsacia-Lorena a Francia, puede concebirse con una certeza virtual de éxito ". Coppée tenía motivos para expresar estas opiniones. El 11 de septiembre de 1917, el propio Kaiser había presidido una reunión en el palacio imperial de Bellevue, cuyas decisiones iban mucho más allá de las concesiones otorgadas en Bad Kreuznach. Todos los principales líderes militares y civiles habían asistido a la reunión. Los alemanes, no hace falta decirlo, no iban a renunciar a todo antes de que su emisario hubiera hablado siquiera con Briand. Pero si hubiera que creer en Van der Lanken, habrían recorrido un largo camino.

"Mi plan", explicó en sus memorias (p. 223), "era conseguir que Briand, por la manera en que lo escuché, expusiera sus puntos de vista lo más claramente posible y, hasta cierto punto, aprendiera sus precio final.' Luego, para llegar a Berlín de la manera más rápida, presione para obtener una respuesta inmediata y llévelo de regreso a Briand en Suiza con toda la velocidad posible ". DeLaunay, el historiador belga, que escudriñó con lupa cada pasaje del expediente y entrevistó a todos los posibles testigos, resume las convicciones del emisario no oficial del Kaiser:

"Lanken aseguró a Coppée ya la condesa de Merode que había recibido órdenes para concluir la paz y que si las propuestas que tenía que hacerle a Briand se consideraban insuficientes, pediría inmediatamente a Berlín nuevas instrucciones". (Histoire de la diplomatie secrète, p. 84).

Más tarde añadiría: "Dado el cansancio de los beligerantes, se podría haber encontrado una solución al problema de Alsacia-Lorena".

El 21 de septiembre de 1917, víspera de la reunión con Briand, el barón van der Lanken se bajó del entrenamiento en Ouchy-Lausanne y se instaló en el Hotel du Chateau. La condesa de Merode y el barón Coppée ya estaban en la ciudad, en el hotel Beau Rivage.

"Lanken", explica De Launay, "expresó su convicción de que la entrevista propuesta sería favorable a una decisión pacífica. Les confirmó que había vuelto a tener contacto con el Estado Mayor alemán y que las negociaciones estaban comenzando de manera auspiciosa".

La reunión del día siguiente iba a tener lugar en la villa de un general francés amigo de Briand. Esperaron en vano a que llegara Briand. El 23 de septiembre, el barón van der Lanken, con las manos vacías, tomó su maleta, consternado por esta evasión por parte del negociador francés, sin excusa ni explicación alguna.

Era Ribot, el francmasón, quien había hecho que todo fracasara. Con palabras melosas había planteado la pregunta al gobierno británico: "¿No sería una buena idea evitar la trampa tendida para M. Briand?" ¿Qué respuesta podría haber dado el secretario de Relaciones Exteriores del Reino Unido si no fuera que era necesario para no caer en una trampa? ¿Qué trampa? Al igual que con la propuesta de Viena, la propuesta alemana había sido presentada de manera adecuada y valiente por intermediarios impecables bajo la égida del gobierno aliado de Bélgica.

"Lo que nos parece indecible", escribió DeLaunay, "fue la debilidad de Poincaré, la mala fe de Ribot ... Millones de hombres aún tenían que morir por dos fortalezas alsacianas".

Todos los intentos de paz que aún estaban por seguir, incluido el confiado a Noullens, el embajador de Francia en San Petersburgo, fracasarían habitualmente, uno tras otro. Los planes de la masonería debían llevarse a cabo implacablemente, por grande que fuera la masacre. Alemania y Austria-Hungría serían aniquiladas.

CAPITULO XXIX

Presidente Wilson, Casa "Coronel"

Es imposible hablar de los muchos intentos de paz significativos de la Primera Guerra Mundial, todos ellos fracasos, sin mencionar las negociaciones de paz de los estadounidenses, o más precisamente de Woodrow Wilson, el presidente de los Estados Unidos.
Esas negociaciones también fracasaron. Pero eran de una naturaleza bastante especial; e iban a cambiar la faz del mundo.
En primer lugar, fueron los primeros de todos los intentos, ya que se iniciaron ya en 1914, antes del inicio de la guerra. Su sinceridad rápidamente se volvió sospechosa. Fueron bastante objetivos en 1914 -de mayo a julio en primera instancia, luego en el mes de septiembre después de las grandes victorias alemanas en Francia y Prusia- e incluso revelaron cierta tendencia a reconocer que Wilhelm II, el emperador de Alemania, era el único que deseaba la paz. De 1915 a 1917 favorecerían levemente a los aliados, luego fuertemente, aunque eso fue camuflado de manera bastante hipócrita porque era imperativo no disgustar a los votantes estadounidenses, que estaban en un 90 por ciento a favor de la neutralidad. La adhesión secreta del gobierno de Wilson a los aliados terminaría en la primavera de 1917, con la entrada de Estados Unidos en la guerra.
La gran y total evolución de la guerra data de ese momento, cuando se transformó de una guerra europea en una guerra mundial. Las mezquinas disputas franco-británico-ruso-alemanas quedarían atrás. Por un lado, el poder zarista colapsaría y el comunismo tomaría su lugar. Por otro lado, una América gigante arrojaría el enorme peso de su poder, inexplorado y hasta entonces casi desconocido, sobre la balanza de la política mundial. La intervención de Estados Unidos lo cambiaría todo. Daría una orientación completamente nueva a la guerra europea entonces empantanada en Flandes. Superponía un mundo completamente nuevo de poder elemental a la agonía de una Europa anémica, una Europa que se estaba destruyendo estúpidamente a sí misma como potencia mundial.
En unas pocas décadas, dos masas terrestres gigantes pondrían fin a dos mil años de expansión europea. A partir de 1917, la guerra de Europa ya no fue más que una guerra civil; el mundo estaba cambiando para siempre.
No hay explicación de la Primera Guerra Mundial sin un examen en profundidad del papel que asumió Estados Unidos de América entre 1914 y 1918. ¿Quién en ese momento era el motor de Estados Unidos? Todos hablaban de Wilson, quien rápidamente se convirtió en el amo del destino de la humanidad. Por otro lado, pocos hablan del coronel House, una figura secreta, casi mítica, que fue el todopoderoso mentor del presidente Wilson. ¿Quién era esta sombría Casa del Coronel?
¿Quién era Wilson de verdad?

* * *

Woodrow Wilson, el presidente de los Estados Unidos, era un calvinista austero y estricto, hijo, nieto y yerno de ministros presbiterianos.
"Dijo sus oraciones de rodillas por la mañana y por la noche a lo largo de su vida. Leyó la Biblia todos los días. Se gastaron dos o tres Biblias en el transcurso de su vida. Dijo gracias antes de cada comida". (Bullitt, presidente Wilson, p. 36).
Bullitt ha dejado un retrato impresionante de este "tipo insignificante" con la "boca grande y suave":

Tenía ojos gris claro y cabello rubio medio deslucido. Estaba delgado, pálido y débil. Su vista era extraordinariamente deficiente. Apenas se había quitado la ropa de bebé cuando tuvo que usar anteojos. Además, desde la infancia tuvo problemas intestinales que lo acosaron durante toda su vida. Fue mimado por su padre, su madre y sus dos hermanas mayores, pero estos problemas persistieron y le produjeron migrañas y malestares estomacales. Estaba tan enfermo que sus padres no lo enviaron a la escuela. No aprendió el alfabeto hasta los nueve años y no supo leer hasta los once. "Sus facciones hogareñas se hicieron aún más claras por los anteojos colocados en su nariz prominente y por sus dientes asombrosamente malos. Aunque nunca fumó, estaban moteados de caries, de modo que cuando sonreía, Aparecieron manchas marrones y azules en medio de destellos de oro. Tenía una tez lívida, con manchas rojas malsanas. Sus piernas eran demasiado cortas para su cuerpo, por lo que parecía más distinguido sentado que de pie.
Estaba tan mal informado sobre asuntos internacionales que no podía distinguir un país de otro en un mapa. Parsimonioso, estaba horrorizado por el costo de un cable y dudó mucho antes de enviar uno. Sus únicas diversiones eran el billar y las sesiones de lectura familiar adecuadas por la noche.

Visto así, sin embargo, el retrato de Woodrow Wilson no se adhiere estrictamente a las realidades, o al menos no es completo, porque a lo largo de su carrera Wilson fue simplemente una pantalla para los demás. El verdadero amo de los Estados Unidos en aquellos días, hasta la fatídica conferencia de paz de Versalles, no era Wilson, sino el hombre que lo poseía por completo y lo había nombrado presidente de los Estados Unidos y socio en 1917 de los Aliados en la Primera Guerra Mundial. . Este mentor de Wilson era un misterioso
"coronel" que no ocupó ningún cargo oficial. Secreto, insinuante, trabajó estrictamente entre bastidores y encubierto. Ni siquiera era coronel. Su nombre era Edward Mandell House.
"El público estaba desconcertado, eso es seguro", escribió Charles Seymour, el conocido profesor de historia estadounidense.
El padre de House, de origen judío, procedía de Inglaterra; su segundo nombre era el de un comerciante judío que era amigo de su padre. Su padre, al llegar a América, había sido primero ciudadano mexicano. Luego había luchado para convertir a Texas en una república. Astutamente, había cobrado su paga por esa colaboración en tierra. Posteriormente se separó de la federación
gobierno al norte, luego se unió a él nuevamente. "Cuatro banderas diferentes", dijo lacónicamente.
La familia se hizo muy rica a través del comercio de algodón por mar durante las noches "sombrías y tormentosas" de la Guerra entre los Estados. El comercio de armas y municiones también les hizo ganar dinero. Estas actividades fueron coronadas por la compra de un bloque completo en la ciudad de Galveston.
El hijo, el futuro gerente de Wilson, se crió allí en un ambiente de pólvora. "A mi hermano", relató, "un día le volaron la mitad de la cara. Permaneció desfigurado por el resto de su vida. No sé cómo logré no suicidarme cien veces".
En la escuela llevaba un pequeño arsenal de bolsillo: "Además de un revólver, tenía un cuchillo grande. Esas armas me permiten mantener a mis compañeros a una distancia respetuosa". Pasó un tiempo en las montañas "donde podía hacer algunos disparos".

A los diecisiete años se enamoró de otro tipo de lucha: las batallas políticas, y se convirtió en una especie de agente secreto de William Tilden, el candidato presidencial demócrata en 1876.

"Terminé dándome cuenta de que dos o tres senadores y un número similar de representantes, en concierto con el presidente, dirigían los asuntos del país por sí mismos".

En veinticinco años lograría reservarse el rumbo del país para él, no solo compartirlo con dos o tres senadores.

¿Era al menos un ser normal?

"Un día", relató, "cuando estaba volando muy alto en un columpio, una de las cuerdas se rompió y caí de cabeza".

¿Se rompió? En cualquier caso, la cuerda del giro político no se rompió. Su padre murió y le dejó una gran fortuna hecha durante la Guerra Civil, y House se dispuso a conquistar Texas políticamente.

Texas en aquellos días, como él lo describió, era "un estado fronterizo donde la ley estaba al servicio del individuo con el ojo más agudo y la mano más rápida, y donde morías con las botas puestas".

Un día, en un bar de Colorado, un hombre gigante lo insultó: "Agarré mi revólver de seis tiros y lo amartillé, pero el cantinero saltó por encima del mostrador y se tiró entre nosotros. Cinco segundos más y me habría matado mi hombre."

Así preparado, se embarcó en la carrera que un día lo convertiría en el hombre que dirigió el pensamiento del presidente de Estados Unidos.

House se convirtió en director de campaña de un candidato a gobernador del Partido Demócrata, un hombre llamado Hogg, que fue elegido principalmente por el impulso de House.

"Esa campaña", recordó House, "fue una verdadera batalla".

Gracias a Hogg, House fue ascendido abruptamente de un peleador de bar de Colorado al rango de coronel. Después, nunca lo llamarían más que "el coronel". ¿Coronel de qué? De nada. Nunca había pasado una sola hora de su vida en un cuartel militar, pero el gobernador Hogg tenía el poder en ese momento en Texas para nombrar a cualquiera como coronel honorario.

* * *

Texas se hizo demasiado pequeño para él.

"Estoy empezando a cansarme de eso", suspiró.

"¡Ve al frente! ¡Ahí es donde perteneces a partir de ahora!" Hogg le dijo. El frente era la costa este; era Nueva York. Su atención se centró en el gobernador de Nueva Jersey, un hombre llamado Woodrow Wilson. Según los registros policiales, no había matado ni robado a nadie; sus discursos, muy académicos, estaban engrasados con abundantes tópicos morales tan queridos por los votantes, y se decía que era fácil de manejar. ¡Material presidencial de primera!

House propuesto, hecha su elección, movilizó inmediatamente a sus agentes: "Me propongo dividir a los cuarenta tejanos en cuatro escuadrones y encomendar a cada escuadrón el asalto a uno de los estados dudosos del sur". Instaló centros de propaganda en todas las ciudades, como se haría hoy en día con el lanzamiento de una nueva marca de detergente.

El 5 de noviembre de 1912, Woodrow Wilson, montado sobre los hombros del coronel House, fue elegido presidente.

Wilson formó su primer gabinete y House se propuso no aceptar ningún cargo. Pero su mano estaba en todas partes, invisible y rápida como un rayo.

A fines de 1913, cuando Wilson lo envió a ver a Wilhelm II, lo había armado con esta sencilla y sorprendente introducción: "En los Estados Unidos, él es el Poder detrás del Trono". Fue el mismo Wilson quien deletreó poder con una P mayúscula.

capacidad que iba a recibir Wilhelm II, y fue a partir de ese momento que fechamos el primer intento de Estados Unidos por evitar la guerra europea.
Ese "Poder" iba a convertirse en el poder supremo no solo de Estados Unidos, sino, al año siguiente, de la Primera Guerra Mundial. Sin las secretas pero persistentes intrigas de este manipulador, no habría habido ningún Tratado de Versalles, y mucho menos la Segunda Guerra Mundial, el hongo venenoso engendrado de la podredumbre del anterior. Colonel House fue la figura clave de 1914-1918.

En la Europa de aquellos años nadie sospechaba siquiera de la existencia de House, salvo unos pocos jefes de Estado y, en 1919, una docena de líderes de la llamada conferencia de "paz". Clemenceau en privado lo llamaría el "fugitivo supercivilizado de las tierras salvajes de Texas". Para el mundo en su conjunto, solo estaba Wilson.
Wilson sería recibido en París en enero de 1919 como la luminaria más importante del mundo. Sin embargo, el hombre que era realmente el más importante, y lo había sido desde 1913, era el otro, la sombra, para quien bastaba una habitación de hotel en Berlín, en Londres o en París.

En 1917 y 1918, en un silencio furtivo, House llevaría a los Aliados, esos devoradores de hombres, dos millones de buenos muchachos estadounidenses, sin mencionar miles de millones de dólares y prodigiosas cantidades de materias primas.
House ganó su dominio sobre Wilson con mayor rapidez porque este último siempre había vivido fenomenalmente al margen de los problemas europeos.
"El señor Wilson", explicó el coronel House con bastante crudeza, "no tenía experiencia en asuntos de Estado". Añadió: "La actitud del presidente Wilson con respecto a la situación europea rayaba en la indiferencia".
Esa indiferencia era bastante natural. La plataforma en la que Wilson había llegado a la presidencia de los Estados Unidos habría hecho creer que el mundo no existía más allá del Potomac.
"La plataforma demócrata", señaló House, "no contiene una sola palabra sobre el tema de las relaciones exteriores o problemas, excepto por una alusión a Filipinas".
Esa indiferencia fue en verdad compartida por casi todo Estados Unidos.
Al comienzo de la presidencia de Wilson, "House francamente relató", había pocos ciudadanos de los Estados Unidos que pudieran afirmar tener conocimiento de los asuntos de estado europeos o que tuvieran algún interés en ellos "(Intimate Papers of Colonel House, vol. 1). , pág.272)

En cuanto a los diplomáticos, el presidente entrante Wilson, que asumió el cargo en 1913, fue mal atendido de una manera difícilmente imaginable. Todos los cargos diplomáticos importantes de Estados Unidos fueron distribuidos luego de las elecciones casi por subasta entre los simpatizantes electorales del nuevo presidente, cualquiera que sea su grado de desconocimiento.

"Estoy siendo abrumado por buscadores de oficinas", se quejó House. "¡Los solicitantes de empleo me están volviendo loco! Seiscientas solicitudes de empleo para un solo puesto. Todo el mundo quiere algo. Todos los excéntricos del país me pisan los talones. Una manada hambrienta", concluyó.
House tuvo que pasar a los candidatos a jueces federales. Dos eran demasiado gordos. Otro no tenía barbilla. Solo quedaba uno que estaba presentable.
"Todavía tengo a alguien a quien recomendar", continuó diciendo House, paciente como Job, "pero tiene una gran verruga detrás de la oreja, y le recomendaré que tenga cuidado de no mostrar ese lado de la cabeza".

En el nombramiento de nuevos embajadores -los que procedían, los republicanos, que habían sido barridos como latas de comida vacías- el precedente no fue diferente.

"La gente que dirigía el partido no veía nada en el cargo de embajador más que los medios para dar un nombramiento a figuras políticas cuyo apoyo era importante conservar". (Casa, I, 210)
Wilson había enviado finalmente como embajador a Berlín a un juez que había obtenido el puesto de House cuando él mismo reconoció que no tenía ninguna posibilidad de obtenerlo por méritos. En cuanto al nuevo embajador estadounidense en Londres, ni siquiera conocía los rudimentos del trabajo.

"Ese hombre", nos dice House casi en tono de burla ", le pidió al Sr. Bryan (el secretario de Estado) que fuera tan amable de reservarle un lugar en el jardín de infancia para que pudiera aprender lo esencial de su trabajo lo antes posible. Bryan respondió riendo: "Primero tendría que aprenderlos yo mismo". "
El candidato a embajador para el jardín de infancia se llamaba Gerard. Cuando llegó a Londres, tuvo que resolver "las infernales cuestiones de la vestimenta" y fue condenado a llevar calzones hasta las rodillas en las ceremonias en la corte. "Encuentro", escribió este diplomático improvisado, "que es una tarea laboriosa llevar a una duquesa a cenar".
Tampoco al personal de Berlín le había resultado fácil adaptarse a los salones imperiales. "Nosotros los estadounidenses", escribió Gerard, el nuevo embajador, a House, describiendo su primer viaje por Berlín en el séquito de la corte, "teníamos un aire bastante lúgubre en nuestras colas negras. Debíamos haber parecido una procesión de entierro en esos carruajes todo encerrado en vidrio ". Allí los llamaban "los cuervos negros".
Estos diplomáticos recién nombrados habían partido sin rumbo fijo, tanto a Berlín como a Londres, sin haber recibido ni una sola línea de instrucciones de Wilson. "Poco tiempo después del nombramiento del señor Page para la embajada en la corte de St. James", relató House, "le pregunté a Wilson si le había dado al nuevo embajador alguna instrucción adicional. El presidente respondió negativamente".
Como diría un día el primer ministro británico: "Patinaban sobre hielo fino".

CAPITULO XXX

América elige lados

Wilson vivió modestamente. Cuando House se quedó con él, compartieron el mismo baño. Después de la cena, el presidente leería en voz alta "Aventuras en Arcadia". Daría cuerda al reloj, dejaría salir a los gatos y se levantaría a las seis y media de la mañana siguiente.
Sus invitados a la Casa Blanca no se dejaron complacer: "No había nada para fumar y sólo agua para beber", recuerda House.
"Parecía literalmente incapaz de manejar más de un pensamiento a la vez", lamento decir ", escribió House," a veces actuaba en asuntos muy importantes sin apenas consideración "(House, I, p. 103).
Detrás de este frente presidencial, House hizo sus propios movimientos discretamente. "Podía caminar sobre hojas muertas tan silenciosamente como un tigre", dijo el senador Gore.
House disfrutó de su poder detrás del trono, y durante ocho años manejaría los hilos del poder presidencial.
Wilson parecía bastante cómodo con el arreglo:
"El Sr. House es mi alter ego. Él es independiente de mí. Sus pensamientos y los míos son uno".

House ejerció su poder como presidente no electo en los asuntos de Europa, que en ese momento no eran del más mínimo interés para el público o los políticos.
El mundo sería testigo del extraño espectáculo de un presidente de los Estados Unidos que acompaña a House a su tren de la manera más deferente. El "coronel" Mandell House fue enviado a Europa para representar a Estados Unidos y al presidente entre los gobernantes extranjeros sin ningún mandato oficial.
Desde enero de 1914 hasta finales de julio de 1914, envió a Wilson numerosas cartas transmitiendo su interpretación de lo que afligía a Europa: los conflictos eran estúpidos y sólo un árbitro no europeo podía ponerles fin.
En Europa, House creó una impresión exótica.
Los generales alemanes intentaron hablar de estrategia militar con el "coronel" sin mucho éxito. House finalmente explicó que era más un estratega político que un táctico de campo y pasó a conocer al Kaiser.
El Kaiser recibió calurosamente a House en Potsdam:
"Su inglés es claro y conciso", escribió House Wilson, "es demasiado caballeroso para monopolizar la conversación. Habla y escucha. Quiere la paz porque el interés de Alemania lo exige. Expresa buena voluntad y admiración por Inglaterra. "
House reveló sus planes para la paz:
"Le dije al Kaiser por qué emprendí mi misión y por qué estaba en Alemania en primer lugar. Quería hablar con él. Un estadounidense probablemente sería mejor que un europeo para resolver problemas".
House estaba muy orgulloso de anunciar que el Kaiser había aceptado sus "conclusiones": "He tenido tanto éxito como podía haber esperado. Estoy muy satisfecho con el resultado". House creía que la única amenaza para la paz era el Káiser y que, desde que lo había conquistado, había resuelto todos los problemas. Solo quedaba una formalidad: una visita a París y Londres para sellar la paz en Europa. Sin embargo, sería en estas dos ciudades donde House experimentaría fallos de patente.

En París, los políticos tocaban las sillas musicales como de costumbre. Durante la Tercera República, los franceses fueron gobernados por una media de 500 ministros por década. House llegó en medio de un frenético revuelo de carteras. No pudo encontrar a nadie con quien hablar sobre su misión. En cualquier caso, Paris estaba totalmente absorta en el asunto de Madame Caillaux, que había perseguido a todos los demás temas de los titulares durante más de un mes. No había forma de que House pudiera competir con tal atracción. Salió de París el 9 de junio de 1914 con las manos vacías.

En Londres se encontró con una falta de interés similar: "Londres está completamente involucrado en el torbellino social. Es imposible hacer negocios ahora. La gente solo piensa en Ascot y las fiestas en el jardín. Estoy en un terreno baldío", escribió House.
En su mayor parte, conocería a personas que evitaban cuidadosamente la responsabilidad. Finalmente logró ser recibido por el canciller Sir Edward Gray, cuyo principal interés radicaba en la pesca y el canto de los pájaros. Conocía 41 llamadas diferentes, informó a House. House lo encontró "desinformado sobre Estados Unidos y sus instituciones". Dondequiera que fue, intentó vender su plan de paz: "Insisto en la importancia de adoptar una política precisa de colaboración internacional orientada a objetivos prácticos".

Eso era exactamente lo que sus pomposos interlocutores no querían. House comparó las diversas actitudes: Berlín era inequívocamente positivo, en París nadie quería hablar con él y Londres tenía un miedo mortal de hablar de paz, incluso de la posibilidad de hablar de paz.

En ese momento aún no se había producido el asesinato de Sarajevo. No hubo una demostración oficial de posturas anti-alemanas, aunque el establishment británico odiaba a los competidores comerciales alemanes. Dos meses después, el gobierno y la prensa británicos difundían ruidosamente que el Kaiser había querido la guerra. Sin embargo, a mediados de junio de 1914, fue el único que se tomó el tiempo de escuchar y aprobar el plan de House. Él solo aceptó la mediación estadounidense para preservar la paz en Europa.
House no podía explicar por qué los demás habían demostrado no cooperar. Gray insinuó una razón: "Debo tener en cuenta las susceptibilidades francesas y rusas". (Casa, I, 307)

¿Por qué las conversaciones de paz molestarían a franceses y rusos?
Sir William Tyrell compartió la preocupación de Grey: "Estoy buscando una manera de acercarme a los alemanes sin molestar a los demás miembros de la Entente". La admisión fue reveladora. La situación era cada vez más urgente: para entonces había transcurrido toda una semana después del asesinato de Sarajevo el 3 de julio de 1914. El gobierno británico incluso rechazó una comunicación verbal con Alemania.
House lo intentó en vano: "Intenté obtener una respuesta antes de mi partida, pero Sir Edward eludió diplomáticamente el asunto".

Con este último comentario, House escribió al Kaiser una carta de tres páginas el 9 de julio de 1914: Mi propósito al emprender este viaje era descubrir las posibilidades de crear una relación más cordial entre las grandes potencias. Teniendo en cuenta la posición destacada que Su Majestad ocupa en el mundo y su conocido deseo de mantener la paz, me dirigí inmediatamente a Berlín, como Su Majestad sabe.
Nunca olvidaré el amable apoyo de Su Majestad al plan transmitido por mi misión, así como la clara exposición sobre las condiciones mundiales actuales que amablemente ofreció Su Majestad.
Su Majestad me dio todas las garantías de su benevolente aprobación con respecto al proyecto de mi presidente. Salí de Alemania feliz con la idea de que Su Majestad usaría su alta influencia en favor de la paz.
En Inglaterra no había podido ver al monarca británico de cerca o de lejos, mientras que en Postdam lo habían invitado a la mesa del emperador y había tenido la libertad de conversar largamente con él. Los ministros británicos que lo habían recibido fueron extremadamente evasivos; House fue visto como una molestia inoportuna.

* * *

Wilson todavía estaba eufórico por el éxito de House en Berlín y pensó que la paz estaba cerca: "Su carta desde París", escribió el presidente, "escrita tan pronto como dejó Berlín me causó una profunda alegría. Creo y espero que haya dejado la primera base para un gran logro ".
El 31 de julio de 1914 House escribió su última carta al presidente:
No he podido transmitirles la urgente necesidad de una acción inmediata. Así dejaron que las cosas se prolongaran sin darme la respuesta definitiva que quería enviar al káiser.

Si mi proyecto hubiera podido avanzar más, Alemania podría haber ejercido presión sobre Austria y la causa de la paz podría haberse salvado.
Habían pasado cuarenta y cinco días en Londres y House no había convencido a nadie. El profesor Charles Seymour de Yale escribiría después de la guerra: "Si tan sólo los británicos hubieran

decidió considerar las propuestas de House a tiempo, podríamos haber llegado a un acuerdo internacional antes del asesinato de Sarajevo ".
"Mi gobierno", concluyó Page, embajador de Estados Unidos en Londres, "hizo todo lo que estuvo en su poder para evitar la guerra".

Los gobiernos de Francia y Gran Bretaña habían demostrado su belicosidad al rechazar la oferta estadounidense. Fueron puestos en guerra y no estaban a punto de ser desviados hacia la paz. El káiser solía decir durante su exilio holandés de posguerra: "La visita de House a Berlín durante la primavera de 1914 casi evitó la guerra".
El ansia de guerra de los aliados era tal que, incluso cuando los alemanes tenían la ventaja, se negaban a negociar, a pesar del espantoso coste en vidas. House se cambiaría más tarde al lado británico, pero en ese momento no dejó ninguna duda sobre quién era el responsable de la guerra: "A menudo me preguntan quién es el responsable de la guerra", escribió el 15 de abril de 1915. "Nunca me comprometo". yo mismo. Pero aquí puedo decir lo que pienso: no creo que el Kaiser quisiera la guerra ".

Durante dos años más, Wilson intentó varias veces con sinceridad negociaciones de paz, mientras que al mismo tiempo House se acercaba cada vez más a los Aliados. Los esfuerzos de Wilson causaron una marcada irritación entre los aliados, cuyo objetivo inquebrantable era aplastar a Alemania. No se permitió que interviniera nada más.
Aparte de su deseo de paz, los persistentes esfuerzos de Wilson también se llevaron a cabo con la mirada puesta en el electorado, que fue casi unánimemente neutralista. Hasta abril de 1917, el gobierno de Estados Unidos mantuvo su rumbo por la paz. Al final, se necesitó todo el dominio de la intriga de House y Balfour para llevar a Estados Unidos a la guerra.

CAPITULO XXXI

Grandes negocios

En el otoño de 1914, las grandes empresas estadounidenses tenían una clara percepción de que la guerra europea, por horrible que fuera, podría traducirse en ganancias inesperadas.
Los esfuerzos de paz de Wilson habían debilitado el impacto de la acusación de lucrarse con la guerra, y las empresas se sentían justificadas para aprovechar la oportunidad del siglo.
En unos pocos años, Estados Unidos, con sólo cuatro millones y medio de trabajadores industriales a principios de 1900, se convertiría no sólo en el granero del mundo sino en un gigante industrial. Las naciones en guerra necesitaban materias primas estadounidenses: la producción de cobre aumentaría a la mitad en cuatro años, la producción de zinc se duplicaría, el acero aumentaría de 33 a 45 millones de toneladas, la producción de carbón aumentaría en 172 millones de toneladas.

La capacidad industrial de Estados Unidos se quintuplicó en los años posteriores a 1914. La construcción naval alcanzaría los tres millones de toneladas en comparación con las 200.000 de 1914. Las ganancias industriales se dispararían entre el 20 y el 50 por ciento.
Las exportaciones estadounidenses crecerían en cuatro años de guerra tanto como en los 125 años precedentes de historia estadounidense. Las exportaciones de trigo y harina se duplicarían, las de carne y acero se cuadriplicarían. La economía de la guerra convertiría a los bancos con sede en Estados Unidos en receptores de la mitad del oro del mundo.

En conjunto, la banca de las Américas se benefició de la agitación europea. Los mercados masivos de América del Sur, que hasta ese momento habían estado controlados por capitalistas británicos, se abrieron a los negocios estadounidenses. La inversión estadounidense en América Latina se multiplicó por 13 en estos pocos años, y las empresas estadounidenses llegaron a controlar más de dos tercios de todas las exportaciones de frutas, caucho, azúcar, aceite, nitratos y cobre. Las empresas estadounidenses ganarían el 47 por ciento del comercio internacional de Brasil y el 50 por ciento del de Venezuela durante los años de guerra, y exportarían el doble que las empresas británicas.

Los bancos con sede en Estados Unidos se trasladaron a América Latina. Morgan Guarantee Trust en Argentina, Mercantile en Venezuela y Perú, National City en Brasil y Uruguay fueron solo los más importantes. Sin embargo, aunque la guerra había creado oportunidades para los bancos, la gran mayoría de los estadounidenses todavía lo consideraba un conflicto incomprensible en el que Estados Unidos debería evitar cualquier participación.

Desde el principio, los aliados bombardearon Estados Unidos con historias de atrocidades anti-alemanas. Su impacto fue limitado, porque aparte de los sentimientos neutralistas de la gente, los medios de comunicación estadounidenses, muchos de los cuales estaban controlados por judíos influyentes, eran pro-alemanes por sus propias razones. El dinero y la mano de obra judíos se habían invertido fuertemente en la revolución bolchevique y consideraban a Alemania como un componente vital en su intento de derrocar al gobierno ruso e instalar un régimen comunista. No fue hasta 1917 que Alemania dejó de ser útil: para entonces, el zar había sido derrocado y el káiser había demostrado ser inútil para convencer a sus aliados turcos de que abandonaran su provincia palestina como hogar de los judíos.

Aunque los turcos no estaban dispuestos a soltar Palestina, particularmente en un momento en que la suerte de la guerra pesaba a su favor, el establishment británico estaba más que ansioso por prometer Palestina a los judíos del mundo a cambio de un favor. Lord Balfour tramitó el trato: como consideración por la ayuda judía para llevar a Estados Unidos a la guerra del lado británico, el gobierno de Gran Bretaña entregaría Palestina en manos judías una vez que la guerra hubiera sido ganada. Este pagaré británico se conoció como la Declaración Balfour.

La ayuda judía fue de hecho invaluable para revertir casi de la noche a la mañana el arraigado neutralismo de Estados Unidos. De repente, la propaganda aliada recibió una cobertura completa en los periódicos estadounidenses. A partir de 1917, el público fue alimentado con historias fantásticas disfrazadas de noticias, como el "descubrimiento" de que los alemanes tenían emplazamientos secretos de armas en Estados Unidos listos para bombardear Nueva York y Washington. Esta "noticia" alarmante había sido plantada por los Aliados ya en octubre de 1914 y había logrado encontrar su camino en los informes de inteligencia presidenciales:

"Tenemos buenas razones", dijo Wilson alarmado a House, "para creer que los alemanes han construido en nuestro propio país plataformas de hormigón para armas tan poderosas como las que están usando en Bélgica y Francia. En lo que a mí respecta, no diga en voz alta lo que sé de este informe. Si se divulgara, todo el país se conmocionaría hasta tal punto que temo las consecuencias ".

A pesar de su credulidad, en ese momento Wilson quería la paz, pero era notable que pudiera creer en una información tan obviamente absurda, hasta el punto de ordenar a un general del ejército que realizara una investigación "con la mayor discreción".

También hubo la "revelación" de que el agregado militar alemán en Washington iba a volar el puerto y el metro de Nueva York. Una investigación oficial refutó el rumor.

* * *

House entendió el poder de las fábricas de rumores y manipuló las noticias. En los primeros días trató de calmar a Wilson: "La investigación del general Wood demostrará la inanidad de estos rumores. La mayoría de los malentendidos son causados   por informes mentirosos o provienen de sembradores de discordia".

Por lo tanto, en los primeros años de la guerra, todos los esfuerzos aliados para llevar a Estados Unidos a la guerra fracasaron. El embajador británico en Washington informó con pesar: "Al menos 8507o de los estadounidenses quieren neutralidad".
Wilson lo sabía; también sabía que sería un suicidio político oponerse a la neutralidad en su candidatura de 1916 para un segundo mandato.
La neutralidad fue el tema de la campaña de Wilson. Pidió "una estricta neutralidad, un verdadero espíritu de neutralidad, un espíritu de imparcialidad y buena voluntad hacia todas las partes interesadas" en cada oportunidad.
Durante la campaña electoral Wilson, de hecho, colocó a los alemanes en pie de igualdad con los británicos.

Sin embargo, la relación de Wilson con Alemania fue ambivalente. No sabía casi nada de la historia y la cultura alemanas y odiaba profundamente a los filósofos alemanes, o más bien su concepción de ellos. Algo en línea con la arremetida de Clemenceau contra las cervecerías de Munich como templos del pensamiento alemán, Wilson explicó ya en agosto de 1914, su aversión:
"La filosofía alemana es esencialmente un concepto egoísta, desprovisto de espiritualidad". ¿De dónde había obtenido Wilson una interpretación tan desprovista de conocimiento y racionalidad? Como calvinista, consideraba a Kant, Hegel y Schopenhauer como amenazas a sus convicciones religiosas y su concepto de política. En su opinión, los filósofos alemanes, no el káiser, eran los responsables de la guerra. El odio irracional de Wilson fue compartido por la mayor parte de su gabinete, que también incluía un fuerte contingente de simpatizantes pro británicos. El 5 de mayo de 1915, su colega de gabinete, Lane, le dijo al secretario de Estado, William Jennings Bryan, cuyo yerno se desempeñaba como oficial británico: "Creo que ni un solo miembro del gabinete tiene una gota de teutón sangre en sus venas. Dos de nosotros nacimos británicos; dos de mis primos y tres de la Sra. Lane '

House consideró necesario advertir a los miembros: "Debemos ser muy cuidadosos en la forma en que actuamos porque, como saben, los estadounidenses son muy emocionales". (Casa, I, 351)
La referencia de House a la emocionalidad estadounidense personificó la actitud de la élite probritánica de Washington hacia las personas que gobernaban: los estadounidenses como una masa potencialmente hostil, tenían que ser tratados con cautela y manipulados para que aceptaran lo que sus mejores británicos consideraban lo mejor para ellos.

El embajador Page, que representó a los Estados Unidos en Londres, tuvo dificultades para ocultar su fervor probritánico y se convirtió en un propagandista implacable del establishment británico. House, olvidando cuán condescendientemente lo habían tratado en Londres (o posiblemente debido a eso) se convirtió en un ansioso chico de los recados para los nobles lores británicos. Ejerciendo la cautela que había instado a los miembros del gabinete, ideó un código secreto para comunicarse con el embajador británico en Washington. Comenzando por ser el confidente del embajador, se convirtió en su cómplice.
Durante los dos primeros años de la guerra, Washington fue el escenario de un asombroso doble trato. Oficialmente, el gobierno proclamó en voz alta su neutralidad, y Wilson declaró: "Esta es una guerra que no nos afecta de ninguna manera. Sus causas nos son totalmente ajenas". (House, I, 342) Mientras el pueblo estadounidense lamía estos bellos discursos que reflejaban

sus propios puntos de vista, sus representantes electos estaban saboteando la misma neutralidad que se les había confiado preservar.

La aversión de Wilson a los alemanes se vio mitigada en cierto modo por sus aspiraciones políticas. Planeaba lanzar otra ofensiva de paz. Después de las victorias alemanas de agosto de 1914, Wilson le escribió a Zimmermann el 5 de septiembre de 1914: "Ahora que el Kaiser acaba de demostrar tan bien la fuerza de sus ejércitos, ¿no encontraría que si aceptaba las negociaciones de paz hoy, haría ¿Un gesto que confirmaría las pacíficas intenciones de las que siempre se ha sentido orgulloso? "
El embajador alemán en Washington informó inmediatamente a la Cámara: "Si la Entente está enviando una señal, Alemania se mostrará razonable". (Casa, I, 383)
Después de conversar con el embajador, House registró en su diario el 27 de diciembre de 1914: "Si pudiera obtener de los aliados su consentimiento para iniciar negociaciones, encontraría a los alemanes muy bien dispuestos".

* * *

El ministro de Relaciones Exteriores británico, Sir Edward Gray, fue menos comunicativo:
"Todo lo que podemos prometer aquí, si Alemania busca la paz con sinceridad y seriedad, es que estaré de acuerdo en consultar a nuestros amigos sobre las condiciones que consideren aceptables".
House había sido recibido por Gray en Londres, pero le dieron una conferencia sobre mirlos ingleses en comparación con la variedad texana. Gray se había negado a discutir cualquier propuesta de paz excepto para preguntarle a House: "El presidente no debe hablar sobre las condiciones de paz".

A House se le dijo en Londres que el gobierno británico enviaría un millón y medio de tropas más a la zona de guerra y "como Wellington en Waterloo, cogería al zorro por la cola".
El gobierno francés tampoco se mostró inclinado a hablar de paz. House señaló: "No solo quieren Alsacia-Lorena, sino mucho más. Por lo tanto, ni siquiera se puede imaginar la paz". (Casa, I, 447)
Tanto los burócratas como los políticos franceses fueron francos con House: no querían oír nada sobre la paz. House fue lo suficientemente perspicaz como para establecer la amplia diferencia entre los gobernantes de Francia y la gran masa de franceses: "En Francia", escribió al presidente Wilson, "las clases dominantes no quieren la paz, sino la mayoría de la gente y los hombres en el todas las trincheras quieren mucho la paz ".
De vuelta en Gran Bretaña, House había llegado a una conclusión similar: "La guerra no ha obtenido la aprobación del pueblo inglés y si se escuchara a la opinión pública, se vería lo impopular que fue la guerra". Los horrores de la guerra, en lugar de tranquilizar a los gobiernos, los inflamarían aún más. La codicia era abrumadora. Los aliados que Gran Bretaña había reclutado de los rincones más lejanos de la tierra consideraban la paz como una plaga para su botín de guerra. "Sudáfrica", señaló House, "no tiene intención de renunciar al África alemana, que se ha apoderado ... Australia tampoco renunciará a la Oceanía alemana".

Dado que la ofensiva de primavera de los aliados de 1915 había fracasado estrepitosamente, los aliados decidieron someter a los alemanes de hambre mediante un bloqueo. El empleo y la realización de bloqueos están estrictamente regulados por el derecho internacional.
Los británicos habían sido los principales defensores de la protección de los barcos neutrales en todos los mares. La primera Conferencia de La Haya había consagrado la "inviolabilidad de la propiedad privada durante la guerra naval" y la segunda, a instancias de Sir Edward Grey, "consintió en renunciar a todos los principios que definen el contrabando durante la guerra".

En la Conferencia de La Haya de 1907, los británicos declararon:
Con el fin de disminuir las dificultades de los países comerciales neutrales en tiempo de guerra, el gobierno de Su Majestad está dispuesto a renunciar al principio del contrabando en tiempo de guerra con naciones dispuestas a firmar una convención a tal efecto. El derecho de inspección se mantendrá únicamente con el fin de verificar la neutralidad de los buques mercantes "(House, I, 456).
El secretario de Estado británico Root apoyó estos mismos principios, es decir, la inmunidad garantizada de la propiedad privada de los beligerantes en los mares: "Sólo se prohibiría el contrabando de armas y municiones. El transporte de mercancías y materias primas estaría libre de todo control y libre de cualquier obstáculo ".

Estas declaraciones representaban entonces los intereses británicos. En 1907, el sustento y el poder del establecimiento británico dependían de la importación de bienes y materias primas del resto del mundo.
Sin embargo, cuando sus propios tratados y declaraciones ya no les convenían, el gobierno británico violó deliberadamente el Tratado de La Haya de 1907, así como todos los demás tratados internacionales que había firmado. Fue como cambiar las reglas del cricket en medio del juego.
Cuando estalló la guerra, los británicos ignoraron las disposiciones de los tratados que firmaron: interceptaron embarcaciones neutrales, incluidas embarcaciones estadounidenses, e impusieron una venta forzosa de su contenido.
El 6 de septiembre de 1914 House informó a Wilson:
"Gran Bretaña está impidiendo el acceso a puertos neutrales. Primero inspecciona el contenido del barco y, si hay alimentos, se impone una venta forzosa". (Casa, I, 366)
La indignación fue tan flagrante que incluso el miembro del gabinete pro británico Lane se sintió incitado a escribir el 5 de mayo de 1915 a House:
Los británicos no se están portando bien. Están deteniendo nuestros barcos; han creado un nuevo código internacional. Hemos mostrado mucha indulgencia y tolerancia por la forma en que han tomado los mares como sus puertas de peaje privadas. (Casa, I, 512)
House declaró "ilegal" la práctica británica y declaró el 2 de junio de 1915: "El pueblo británico nunca habría tolerado tales prácticas si hubiera estado en nuestra posición". (Casa, I, 520)
Los votantes estadounidenses estaban furiosos: ¿Cómo se atreven los británicos a detener las exportaciones estadounidenses? House sintió el peligro y el 3 de junio de 1915 advirtió a Wilson: "Los británicos pusieron a todos en la misma bolsa sin importar la nacionalidad".

El 9 de marzo de 1915, el editor del San Francisco Daily Chronicle fue el primero en exigir represalias contra la infracción de la ley británica:
"Gran Bretaña se equivocó al declarar un bloqueo contra Alemania. Si Gran Bretaña persiste más, nuestro gobierno estará totalmente justificado al poner un embargo sobre el material de guerra".
Lloyd George entró en pánico ante la perspectiva de escribir a House el 2 de junio de 1915: "La causa de los aliados se vería seriamente amenazada si los estadounidenses dejaran de abastecer a sus ejércitos en este momento". (Casa, I, 518)
House intentó convencer a los británicos de que volvieran a una concepción menos irritante del derecho internacional. Sin consultar a sus socios en La Haya, hicieron caso omiso de sus propias firmas en los tratados y se embarcaron en una política pirata contra las naciones del mundo entero.
Wilson quería algún tipo de "acuerdo de caballeros" para poner fin a esta flagrante violación del derecho internacional. Propuso que “la nomenclatura de los bienes de contrabando se limite únicamente al material de guerra y el resto tenga total libertad comercial.

Los buques mercantes, ya sean neutrales o beligerantes, deberán transitar libremente fuera de las aguas territoriales siempre que no lleven contrabando así definido ".

La propuesta de Wilson a los británicos era casi idéntica a las instrucciones que Sir Edward Gray había dado a sus delegados en la Conferencia de La Haya de 1907. House señaló que no debería ser difícil para los británicos cumplir con sus obligaciones en virtud del tratado, ya que eran los que más podían beneficiarse: "Se eliminaría la amenaza de la guerra submarina. De acuerdo con el principio de libertad de los mares, el país con más colonias de ultramar se beneficiaría más. Gran Bretaña obtendría la mayor parte (del acuerdo) ". (House, I, 458) Para el establecimiento británico, sin embargo, la parte del león estaba lejos de ser suficiente: quería todo y todo. Dado que Felipe II de España y Napoleón de Francia se habían enfrentado al monopolio británico de los mares sin éxito, era poco probable que House y Wilson tuvieran un gran impacto en los gobernantes de la City, Londres.

Los alemanes acogieron con agrado las propuestas de Wilson. El diplomático alemán Dernberg informó a Washington: "Si Gran Bretaña acepta la libertad de los mares, los alemanes evacuarán Bélgica de inmediato". (House, I, 461) Las buenas intenciones de Wilson fueron, sin embargo, frustradas dentro de su propio gabinete por el lobby pro británico. El presidente instruyó a su embajador en Londres "para que presente sus puntos de vista con el mayor vigor". A esta orden presidencial, el embajador Page respondió que no tenía ningún deseo de presentar tales puntos de vista al gobierno británico.

El compromiso alemán y los movimientos de paz estadounidenses no interesaron al gobierno británico, cuyo objetivo principal en ese momento era atraer a los Estados Unidos a la guerra. Los británicos querían aprovechar los dólares estadounidenses y los jóvenes estadounidenses para su guerra. Gray rechazó la oferta de Wilson con cortés cinismo: "La entrada de Estados Unidos en la guerra es de gran beneficio para Gran Bretaña, mientras que acceder a su demanda significaría que estaríamos actuando como neutrales". (Casa, I, 468)

Los esfuerzos de Wilson recibieron una amplia publicidad para impresionar a los votantes estadounidenses, que estaban cada vez más indignados con las violaciones británicas, pero detrás de escena el lobby británico estaba arrastrando inexorablemente a Estados Unidos a la guerra. House se sintió confiado al escribir: "El presidente simpatiza desde el fondo de su corazón con la causa y los objetivos de los aliados". (Casa, I, 520).

House estaba entonces jugando un doble juego: protestas vocales de neutralidad por el bien del electorado, mientras planeaba con los británicos destruir la neutralidad de Estados Unidos. El 1 de junio de 1915 House pudo, antes de salir

Londres, para informar confidencialmente al gabinete británico: "Es mi firme intención insistir en que el presidente no libere una guerra simbólica. Debemos unirnos a ella con toda la fuerza, la virilidad y la tenacidad de nuestro pueblo de tal manera que Europa recuerda nuestra intervención durante al menos un siglo ".

La fecha era significativa: 1 de junio de 1915. La participación estadounidense ya se había decidido y no sería una guerra simbólica. House, algo llevado por su fervor bélico, cablegrafió a Wilson: "Nuestra intervención disminuirá en lugar de aumentar las pérdidas humanas". Los jóvenes estadounidenses que morirían en el frente de Argonne en 1918 contradecirían tristemente la absurda declaración de House.

CAPITULO XXXII

El asunto Lusitania

Durante un año, se había hecho creer al pueblo estadounidense lo que decía su gobierno, sin saber nunca lo que estaba tramando. Ya en febrero de 1915, los británicos estaban bastante seguros de que podrían salirse con la suya, tanto que no habían dudado en utilizar la bandera estadounidense en sus propios barcos. Uno podría imaginarse el clamor internacional si los barcos alemanes hubieran hecho lo mismo.
"Washington", escribió el profesor Seymour (House, I, 404), "advirtió a Gran Bretaña sobre los peligros de enarbolar banderas estadounidenses en sus barcos sin ninguna autorización". Este fraude marítimo, por supuesto, era conocido por los alemanes.
Curiosamente, la humilde experiencia de House en Inglaterra no le impidió regresar como un aliado británico discreto y confiable. El electorado estadounidense todavía tenía que manejarse con cuidado. Las elecciones de 1916 tuvieron que ganarse porque una derrota podría amenazar los planes de guerra de la administración.

El presidente Wilson organizó días de oración por la paz. Eso convenía a todo el mundo, especialmente a aquellos que imaginaban gastar la guerra obteniendo beneficios de ella. Sin embargo, existía el peligro de que los bancos que participaban en la financiación de los diversos beligerantes resultaran perjudicados en el conflicto. Sería difícil que las instituciones crediticias no tomaran partido a la hora de proteger sus inversiones. Un bando derrotado bien podría arrastrar a los líderes consigo. La gran flota de los Aliados los calificó como prestatarios preferidos. Había grandes cantidades de algodón y municiones para vender y enviar. Al público estadounidense se le vendió la idea de que tales préstamos serían buenos para los negocios y la prosperidad. Wilson ayudó al programa de préstamos cuando informó a los bancos: "El gobierno no ve ninguna objeción en abrir créditos bancarios a todos los beligerantes".
En teoría sonaba imparcial, pero en realidad los Aliados recibirían el 95 por ciento de los préstamos y Alemania el 5 por ciento.
El profesor Pierre Renouvin, un acérrimo partidario de los aliados, tuvo que admitir: "Las relaciones económicas y financieras estadounidenses estaban casi exclusivamente ligadas a Gran Bretaña y Francia. ¿Cómo podría tal situación no tener consecuencias políticas? La neutralidad de los Estados Unidos ya no es imparcial."
Al principio, este desequilibrio no era un problema. House sostuvo: "Actuaremos no solo para salvar la civilización sino también para nuestro propio beneficio".
Para los bancos, los Aliados eran clientes atractivos. Pagaron bien y a tiempo con dinero prestado del gobierno de los Estados Unidos.

* * *

Los alemanes no habían reaccionado violentamente a esta situación. Estaban encontrando alternativas. Aislados del mar, se abastecían por tierra. Aumentaron sus compras a Noruega en un 80 por ciento, a Dinamarca y Suecia en un 200 por ciento. Incluso comprarían té inglés en Suecia.
Los británicos siempre han tenido una conciencia muy flexible cuando se trataba de velar por sus propios intereses: atacarían los barcos neutrales que transportaban mercancías a Alemania y, al mismo tiempo, venderían sus excedentes incluso si supieran que los alemanes eventualmente los usarían.
El profesor Renouvin explicó esta práctica mercantil: "Para reducir los déficits comerciales, Gran Bretaña pensó que era prudente reexportar sus excedentes incluso si el enemigo

eventualmente sacar provecho de eso. Como banquero de la Entente, el gobierno británico dio prioridad a las consideraciones financieras ".
Así, los británicos estaban cercando a los alemanes lo que habían saqueado piraticamente de los barcos neutrales, y los barcos neutrales fueron hundidos cada vez con mayor frecuencia por la armada británica.

La reacción contra la piratería británica se vio compensada por el hundimiento alemán del Lusitania el 7 de mayo de 1915, frente a la costa sur de Irlanda. La tragedia fue utilizada como bonanza propagandística por parte del lobby británico en Estados Unidos. El transatlántico era británico, no estadounidense, pero ciento dieciocho de sus pasajeros eran ciudadanos estadounidenses.
"Estaremos en guerra con Alemania dentro de un mes", declaró House. Page, el embajador probritánico de los Estados Unidos en Londres estaba eufórico y esperaba cínicamente otro hundimiento similar. El 21 de julio de 1915 cablegrafió a House: "Es extraño decirlo pero solo veo una solución a la situación actual: un nuevo atropello como el hundimiento del Lusitania que nos obligaría a la guerra".
El 11 de enero de 1916, House envió un cable a Wilson con un cinismo similar: "Inglaterra debería estar agradecida por todos los actos de terrorismo cometidos por Alemania porque cada persona, hombre, mujer o niño, asesinado en tierra o mar, está muriendo por Inglaterra".

Los hechos importaban poco, todo se usaba para los molinos de propaganda. En 1914, la historia británica de que los alemanes cortaban las manos de los niños había hecho maravillas en el frente de la propaganda y también lo había hecho la versión británica del hundimiento del Lusitania. House telegrafió a Wilson nuevamente para decirle lo feliz que estaba de que los zepelines alemanes hubieran bombardeado Londres y matado a doscientas personas. Citó el comentario del ministro británico al respecto: "Es una lástima que no hayan sacudido el oeste de Inglaterra, donde el reclutamiento se ha retrasado".

* * *

El Lusitania dio a la prensa estadounidense un día de campo. Hubo una explosión de indignación periodística por el asesinato de turistas inocentes. La explotación masiva por parte de la prensa de estos desafortunados pasajeros fue decisiva.
No arrastró a Estados Unidos a la guerra en un mes como había predicho House, pero casi acabó con la neutralidad de Estados Unidos. Las víctimas de Lusitania se combinaron con las historias de emplazamientos de armas alemanes en Brooklyn, el corte de manos de niños belgas y otras barbaridades. Los alemanes se habían convertido ahora en teutones y hunos.

Se necesitó medio siglo para establecer la verdad sobre el Lusitania. Una exploración submarina del barco hundido reveló que sus cascos estaban llenos de municiones. Los traficantes de armas británicos habían utilizado a los turistas para camuflar su material de guerra. Habían utilizado mil doscientas vidas para ocultar su contrabando y cobrar sus ganancias mal habidas.
Los alemanes eran conscientes de este engaño y estaban dentro de los límites del derecho internacional al atacar un barco enemigo que portaba armas. El Lusitania era un buque de guerra disfrazado de transatlántico por los comerciantes de armas británicos. Atrajeron a mil doscientas personas inocentes a la muerte y solo ellos cargan con la culpa de esta tragedia. Así como enarbolaron sin escrúpulos las banderas estadounidenses en los barcos británicos para encubrir su tráfico, también utilizaron a personas inocentes.

La verdad sobre el Lusitania llegó medio siglo tarde. Fue históricamente importante pero no tuvo relevancia para los eventos de la Primera Guerra Mundial. El caso ilustra bien que la verdad en ese momento es mejor que la verdad después.
Los alemanes se vieron abrumados por la superior maquinaria de propaganda británica. El mero peso de su penetrante influencia podría convertir las mentiras en hechos en todo el mundo. Alemania nunca pudo exponer su versión de los hechos por falta de una red de propaganda y se vio obligada a aceptar el fraude británico. Indemnizó a las familias de ciudadanos estadounidenses perdidos en acción y se comprometió a no atacar a los buques de transporte de pasajeros "sin la debida advertencia" y no antes de que "se hubiera asegurado la protección de las vidas de los no combatientes".

Tal declaración hizo vulnerables a todos los submarinos alemanes. ¿Cómo podrían los submarinos inspeccionar buques armados como el Lusitania sin que les dispararan tan pronto como salieran a la superficie? Serían destruidos en poco tiempo. Además, el incidente de Lusitania proporcionó la excusa para colocar armas en los buques mercantes estadounidenses.
Así, durante un año y medio, toda la flota submarina alemana estaría restringida a sus bases en Alemania mientras los Aliados surcaban los mares como quisieran.
Esta imposición unilateral sobre el gobierno alemán fue considerada intolerable incluso por miembros de la administración de Wilson. El 2 de octubre de 1915, el secretario de Estado le dijo a House: "Si nuestros buques mercantes están armados, tendrán todas las ventajas sobre los submarinos enemigos que se espera que no disparen sin previo aviso. Los británicos no pueden comerse su pastel y comérselo también. Es injusto obligar a un submarino a advertir a un barco que probablemente utilizará el tiempo de advertencia para hundirlo ".

Incluso el miembro más pro británico de la administración de Wilson, el embajador Page, comentó el 1 de febrero de 1916:
Los submarinos son un arma de guerra reconocida para los británicos, ya que también los están utilizando. Me parece absurdo esperar que un submarino salga a la superficie y sea responsable de la seguridad de los pasajeros y la tripulación y al mismo tiempo se convierta en un objetivo. Los buques mercantes no solo disparan a los submarinos a la vista, sino que ciertamente tienen la orden de hacerlo.

El ministro británico Arthur Balfour confirmó este punto de vista: "Si el capitán de un barco mercante descubre un submarino en la proa, es muy probable que intente embestirlo. actuar de la misma manera ". (Casa, II, 240)

Mientras tanto, House estaba intentando una última maniobra: el 18 de febrero de 1916 envió a los embajadores aliados una nota no oficial proponiendo desarmar todos los buques mercantes. A cambio, ya no serían atacados sin previo aviso o torpedeados a menos que se resistieran o intentaran escapar.
Los aliados no ocultaron su disgusto. ¿Cómo podrían los británicos no estar disgustados por los intentos de frustrar su piratería? La provocación británica en los mares era una forma de llevar a Estados Unidos a la guerra tarde o temprano. Para que el plan tuviera éxito era necesario que los submarinos alemanes hundieran tantos barcos estadounidenses como fuera posible. Era la única forma de hacer que la opinión pública estadounidense estuviera a favor de la guerra. A partir de entonces, el objetivo británico de máxima prioridad fue impulsar submarinos alemanes para hundir barcos estadounidenses.

* * *

El público estadounidense aguantaría dos o tres hundimientos más. Después de eso, fue fácil para la prensa hacer estampida a la gente. La guerra submarina fue la carta de triunfo de los Aliados, garantizada para llevar a Estados Unidos a la guerra. Los aliados habían encontrado los campos de batalla bastante

castigando y esperando la llegada de millones de soldados estadounidenses y miles de millones de dólares estadounidenses. Había que oponerse enérgicamente a cualquier acuerdo marítimo. El bloqueo obligaría a los alemanes a participar en una guerra naval con buques estadounidenses, lo que a su vez obligaría a Estados Unidos a unirse y ganar la guerra para los aliados.
Aunque House estuvo de acuerdo, otros tenían reservas. El secretario de Estado Lansing se opuso a que se lo convirtiera en cómplice involuntario en una flagrante violación del derecho internacional. El 3 de febrero de 1916 declaró: "Dado que todos los buques mercantes que llegan a Estados Unidos están armados con armas, creo que realmente le estamos pidiendo demasiado a Alemania".
Durante los veinte meses anteriores, Alemania había accedido hasta el punto de estar prácticamente a merced de los aliados en todas las rutas marítimas. Pero el gobierno británico necesitaba sangre, no conciliación. Las provocaciones se multiplicaron. Alemania tuvo que elegir entre la derrota o la autodefensa. De cualquier manera, jugaría en manos británicas. El 29 de febrero de 1916, Alemania se vio obligada a declarar que a partir de ahora "los buques mercantes armados serían considerados cruceros auxiliares y tratados como tales".

Ahora era fácil para Wilson exigir con indignación que Alemania garantizara la vida de los pasajeros estadounidenses en buques británicos. No sugirió cómo los alemanes podrían distinguir a los estadounidenses de otros pasajeros.
La mayoría de los estadounidenses no se dieron cuenta de que había una guerra. El profesor Seymour escribió: "Los amantes de los viajes tienen la responsabilidad de evitar el uso de embarcaciones beligerantes cuando es probable que su presencia a bordo dé lugar a incidentes internacionales. Al abstenerse de cruzar la zona de combate, los estadounidenses ya no se pondrían en peligro".
Los alemanes habían reservado zonas de combate específicas que habían sido reconocidas por Estados Unidos: "El Congreso no quería un enfrentamiento militar con Alemania. Adoptó la definición alemana". (Casa, II, 244)

Esta sabia decisión exasperó a Wilson. Se opuso al Congreso sobre el tema: "No puedo consentir ninguna restricción sobre los derechos de los ciudadanos estadounidenses". (House, II, 245) La declaración fue irracional. Las restricciones en cuanto a las zonas de guerra protegieron a las personas de ser asesinadas. Tales restricciones se aplican a diario, como en el caso de personas que se desvían de los caminos de una avalancha o de la escena de un incendio. No era necesario que los estadounidenses abordaran barcos armados para ir a Europa. Había muchas alternativas.
La grandilocuencia de Wilson sobre los derechos estadounidenses estaba obviamente relacionada con la provocación británica. A House le preocupaba que el presidente se hubiera exagerado: "Creo que el presidente y Lansing se han metido en un lío". Todas las encuestas indicaron que el 90 por ciento de los estadounidenses todavía se oponían a cualquier intervención militar en la guerra europea. Dentro de un año, un puñado de provocadores utilizaría el tema de los submarinos para llevar a Estados Unidos al borde del desastre. Desafortunadamente, el pueblo estadounidense no sabía que lo estaban engañando.

Las dos mil páginas de notas dejadas por House revelan tardíamente las frenéticas actividades del lobby pro-guerra. Todas las notas corresponden al año 1915.
"Mi opinión no ha cambiado: el conflicto es inevitable". "Debemos actuar con decisión". "Creo que enviar más comunicaciones (a Alemania) sería un error". (Casa)
"Nuestras esperanzas, nuestras aspiraciones, nuestra simpatía están estrechamente ligadas a las de las democracias". (Page, embajador de Estados Unidos en Londres)
Otro documento de 1915 informa de una conversación entre Wilson y Brand-Witlock, un diplomático estadounidense con sede en Bruselas:
- Brand-Witlock: "No acepto nuestro estado de neutralidad. Estoy del lado de los Aliados con toda mi alma y mente".

- Wilson: (en voz alta) "Y yo también".
Sin embargo, Wilson evitaría que sus sentimientos se hicieran públicos hasta después de las elecciones del próximo año. Jugando al electorado, en cambio, diría santurrón: "No tengo derecho a obligar al pueblo estadounidense a participar en una guerra que no comprenden". (Casa, II, 263)

House había vuelto de Londres. Su complicidad con el canciller británico Gray era tal que habían ideado un código secreto para su correspondencia. Decenas de cartas y cables pasarían por alto los canales gubernamentales, estableciendo una línea privada de comunicación entre el ministro de Relaciones Exteriores de un estado beligerante y el asesor del presidente de uno neutral.
Uno de estos mensajes secretos a Gray muestra cuán en desacuerdo estaba House con la opinión pública real en los Estados Unidos: "La nación sigue mostrándose claramente opuesta a la guerra y dudo seriamente que el Congreso apoye al presidente si decide lo contrario". (8 de julio de 1915; House, II, 70)
El profesor de Yale Charles Seymour describe lo que sintió el pueblo estadounidense durante estos meses de intriga:
El bloqueo que los británicos habían endurecido a principios de verano había provocado una tormenta de quejas por parte de los cargadores estadounidenses. Denunciaron en voz alta a Wilson y al Departamento de Estado por acomodar abyectamente a los británicos y descuidar los intereses estadounidenses. Exigieron represalias (contra los británicos) "(House, II, 82).

House admitió que el público estadounidense no estaba comprando argumentos a favor de la guerra: "Nuestra disputa con Alemania no despierta mucha emoción en el oeste del país o en el sur de Ohio. Eso es tres cuartas partes del país". (Casa, II, 60) Y agregó: "En cuanto al resto del país noté que son los ancianos y, a veces, las mujeres los que se muestran belicosos".
Los senadores estadounidenses también expresaron su voluntad de no tolerar el chantaje marítimo británico: "El Senado exige que se ejerza una presión cada vez más fuerte sobre Inglaterra y sus aliados para que puedan renunciar a sus restricciones que afectan el comercio neutral".
Sin embargo, el 4 de agosto de 1915, House estaba escribiendo al embajador Page y describiendo "su tristeza" de que "el noventa por ciento de nuestros ciudadanos se oponen a que vayamos a la guerra". (Casa, II, 74)

La propaganda aliada dirigida al público estadounidense a menudo fue recibida favorablemente, a pesar de que las historias eran cada vez más altas. Por ejemplo, el embajador de Estados Unidos en Berlín envió un cable: "El Kaiser está perdiendo la cabeza, se pasa el tiempo rezando y estudiando hebreo". (House, II, 124) Una nota del propio Wilson nos informa: "Northcliffe nos aseguró anoche que el káiser se está muriendo de cáncer de garganta".
Las historias sobre hunos sedientos de sangre resurgieron en las noticias. El 26 de agosto de 1915 House advirtió: "Los agentes alemanes sin duda intentarán volar plantas hidroeléctricas, estaciones de gas y electricidad, metros y puentes en ciudades como Nueva York".

House instó a Wilson a explotar el hundimiento de Lusitania hasta el punto en que "la ruptura con Alemania se hizo inevitable y Estados Unidos se vería obligado a entrar en la guerra del lado de los aliados". (House, II, 96) En secreto, le presentaría a Gray un plan de paz maquiavélico para presentarlo al gobierno alemán. Las condiciones debían ser inaceptables para asegurar que fueran rechazadas por el káiser. El rechazo permitiría entonces a Estados Unidos unirse a los Aliados para salvar la paz.

"No hace falta decir", explicó House al ministro británico, "que no dejaré que los alemanes sepan que estamos de acuerdo con los aliados, pero intentaré por el contrario convencerlos de que ellos (los aliados) rechazarán nuestras propuestas". . Esto podría influir en ellos para aceptarlos. Si no lo hicieran, su negativa sería suficiente para justificar nuestra intervención ". (Casa, II, 107)
El mensaje fue tan tortuoso como el Talmud. Incluso Wilson pensó que la oferta era demasiado descarada a favor de los aliados. Cuando House le comunicó a Gray que si "las potencias centrales aún rechazaran nuestras propuestas, estaríamos obligados a unirnos a los aliados", Wilson insertó la palabra "probablemente" entre "estaría" y "estaría obligado". Parecía más diplomático.
House halagó descaradamente a Wilson para que se saliera con la suya. Siempre que el presidente actuaba siguiendo el consejo de House, House escribía: "Nunca, en verdad, ha recaído un papel más noble en un hijo de hombre". (House, II, 108.) La susceptibilidad de Wilson a tales halagos escandalosos no fue un factor pequeño en su toma de decisiones.
Es un hecho que Wilson odiaba a los alemanes. Numerosos documentos lo atestiguan. A otras personas les disgustan los estadounidenses, los árabes, los negros o -el crimen de los crímenes- los judíos. Wilson detestaba a los alemanes. Ese era sin duda su derecho, pero también lo hacía particularmente inadecuado para actuar como árbitro.

A pesar de su aversión hacia ellos, Wilson no pretendía empujar deliberadamente a los alemanes a la ruina. Lo hizo porque House, el cerebro de la operación, lo condujo a la guerra europea en 1917. El diplomático estadounidense William Bullitt escribió con cierta honestidad: "House era el alter ego de Wilson y había decidido arrastrar al pueblo estadounidense a una guerra bajo el pretexto de un gesto humanitario, para ayudar a los aliados a realizar sus objetivos ".
El comportamiento errático de Wilson entre octubre de 1915 y mayo de 1916 se puede atribuir a las acciones engañosas de House. Siempre habló de paz mientras promovía activamente la guerra.
Wilson nunca vio a House porque era un político promedio con una visión mediocre del mundo. Consideró la intromisión internacional de House con admiración porque todo estaba más allá de sus posibilidades. House siempre tuvo cuidado de hacer creer al presidente que él (Wilson) tenía todas las ideas.
A veces, sin embargo, House se exageró. Wilson estaba muy incómodo con las violaciones del derecho internacional por parte de Gran Bretaña y los ataques a barcos neutrales y realmente sentía que tenía el deber de imponer sanciones. Se necesitó todo el talento halagador de House para convencer al presidente de que volviera al camino británico.
Todo esto angustió a Wilson, porque básicamente hubiera preferido tener paz; se veía a sí mismo como un amigo de la humanidad. Desafortunadamente, su mente era insípida, su voluntad era débil. No se precipitó a la guerra, fue empujado a ella.
Un evento doméstico también aumentó la inacción de Wilson. Viudo, de repente se había enamorado de una tal Edith Bolling Galt. El cortejo lo absorbió tanto que dejó que House prácticamente pensara todo lo que pensaba. El propio House dice: "Estaba locamente enamorado, con el celo de un hombre de sesenta años que de repente se sintió viejo". El presidente ya no estaba leyendo su correspondencia, incluidas las comunicaciones de Grey.
El 18 de diciembre de 1915, el presidente enfermo se casó con la Sra. Galt. Ella sería, a partir de ahora, la única interesada en la vida de Wilson y dejaría su propia huella en la presidencia, particularmente después de la guerra. Aparte de la felicidad conyugal, Wilson estaba preocupado por la profecía. Tenía nociones vagas de unir a toda la gente del mundo hacia una ética superior.
Los aliados se rieron de Wilson a sus espaldas. Escucharon sus visiones, pero solo con el propósito de vaciar a Estados Unidos de sus dólares cuando llegara el momento. Wilson tenía la llave de la caja de efectivo, por lo que soportaron su predicación.

House estaba decidido a atrapar a los alemanes. Brindó un apoyo sustancial a los aliados y los ultimátums que diseñó después del hundimiento del Lusitania y el árabe intimidaron a los alemanes en los mares durante meses.
Los aliados se beneficiaron enormemente, pero mostraron poca gratitud. Gray explicó que, independientemente de las concesiones que Wilson obtuviera de los alemanes, ninguna preocupaba a la Entente.
El gobierno británico nunca compartió la búsqueda de paz de Wilson. Para Lloyd George, la guerra se había convertido en un negocio excelente y no tenía prisa por resolverlo. House describió la satisfacción del primer ministro británico: "Debido al hecho de que la gente habrá adquirido mejores hábitos y los jóvenes habrán sido sometidos a una formación seria, uno vivirá más tiempo. La productividad aumentará porque los perezosos se verán obligados a trabajar y mantenerse". sobre el trabajo. La fuerza laboral agregada agregará más de mil millones de dólares a la riqueza de Gran Bretaña. Además, la gente llevará una vida mucho más simple y eso debería ahorrar millones de dólares ". (House, II, 147) House agregó que Lloyd George había concluido sus comentarios: "La guerra puede continuar indefinidamente".
Gray tenía tan poco interés en el plan de paz de Wilson que consideró oportuno no hablar de ello con sus aliados. El profesor Seymour comentó que Gray "estaba tan convencido de que los aliados rechazarían el plan que ni siquiera discutió la posibilidad de aceptarlo. Gray dejó en claro que los aliados sospecharían de cualquier conferencia".
El 25 de noviembre de 1915 House escribió: "La oferta que traje conmigo y que era para asegurar la victoria de los aliados merecía, me parece, una mejor acogida". (House, II, 145) La oferta fue arrojada a la basura.
Desde Boulogne, Francia, House envió a Wilson la última oferta británica: "Se entiende que si los aliados logran algún progreso significativo durante la primavera o el verano, usted no debe intervenir, pero si la guerra se vuelve en su desventaja o se vuelve estática, entonces Adelante." (Propuesta de Lloyd George a Wilson; House, II, 187) Los británicos percibieron la intervención estadounidense como una solución temporal en caso de derrota, al igual que los franceses. House les había prometido a los aliados que no diría una palabra a nadie sobre la oferta. Advirtió a Wilson que era estrictamente privado entre él y los líderes aliados: "Le he dado mi palabra de que no hablaría de eso con nadie en Estados Unidos, con la excepción de Lansing y usted". Por lo tanto, durante la Primera Guerra Mundial, el pueblo estadounidense no tenía ni idea de las travesuras internacionales que se llevaban a cabo en su nombre, sino en contra de lo que deseaban. Wilson era muy consciente de la fuerte neutralidad de la gente: "No creo que los estadounidenses quieran entrar en la guerra, sea cual sea el número de nuestros compatriotas que sean torpedeados". (Bullitt, presidente Wilson, 282)
Tres hombres con el poder de hacer la guerra impusieron su diplomacia secreta a cien millones de estadounidenses mantenidos en completa ignorancia.

CAPITULO XXXIII

Wilson vacila

El coronel House estaba convencido de que "somos la única nación en la tierra que los saca (a los aliados) de problemas". (House, II, 156) En 1918 se hizo evidente: los aliados se salvaron de ahogarse por los Estados Unidos, pero en 1916 el gobierno francés se encogió de hombros

sus hombros ante la mención de la intervención estadounidense. Sin embargo, Gray le dijo a House que los estadounidenses se arriesgarían a ser tratados en Gran Bretaña como "una cantidad insignificante".

Los aliados estaban seguros de infligir una fenomenal derrota al káiser en verano. El embajador Page estuvo de acuerdo con esta expectativa y advirtió a Washington "de la necesidad de imponer una derrota aplastante sin negociaciones a los alemanes y de que los aliados dicten las condiciones que quisieran". (Casa, II, 257)

Mientras esperaba un resultado tan maravilloso, House partió hacia Alemania el 20 de enero de 1916. Su informe a Wilson es bastante deprimente: "Debo decir antes de entrar en Alemania por la frontera suiza que en todos los lugares a los que he ido encontré en los gobiernos la misma obstinación , el mismo egoísmo y la misma hipocresía ". (Casa, II, 188)

A pesar de su parcialidad probritánica, estaba bastante abatido: "La historia, me temo, juzgará severamente a los hombres que fueron lo suficientemente egoístas y tuvieron tan poca previsión para permitir que ocurriera tal tragedia". La brecha entre las palabras y los hechos de House dejó a muchos perplejos. El canciller alemán le dijo: "No entiendo por qué mi voz se queda sin eco. Deploro la guerra y sus espantosas consecuencias y digo en voz alta que mi conciencia no puede asumir su responsabilidad". (Casa, II, 163)

House reconoció que había sido bien recibido en Alemania cuando regresó a París el 3 de febrero de 1916. También se dio cuenta de que los alemanes estaban perdiendo la paciencia. La retirada de sus submarinos del servicio de combate bajo la presión estadounidense había cortado sus líneas de suministro y había exasperado al ejército y especialmente a la marina. El bloqueo ha privado de alimentos a mujeres y niños. Millones de ellos pasaron hambre y algunos murieron de hambre. House escribió cruelmente que: "Me parece una guerra justa que la Entente intente matar de hambre a los alemanes y reducirlos a pedir la paz".

El bloqueo británico estaba provocando hambruna y ahora era probable que los militares cambiaran esta situación volviendo a la guerra submarina en el Atlántico y en otros lugares. House quedó impresionado por el espíritu de lucha del alto mando alemán. El 14 de febrero de 1916 en Londres, House asistió a una cena con Gray, Balfour, Lloyd George y Asquith. Les dio sus impresiones: "Los alemanes están en la máxima eficiencia y pueden dar un golpe decisivo, romper las líneas y ocupar Calais o París. Si lo hacen, es posible que la guerra termine".

Al mismo tiempo, los aliados también se apresuraron a romper las líneas alemanas. Ninguna de las partes alcanzó sus objetivos. Se matarían unos a otros por cientos de miles. Lloyd George no estaba preocupado y se mantuvo firme en su opinión de que la guerra "podría continuar indefinidamente". Verdún ilustró esta política: seiscientos cincuenta mil murieron para ganar terreno del tamaño de un campo de fútbol, y luego se perdió de nuevo.

Durante dos años, en un área de cuatrocientas millas de ancho, una guerra de desgaste continuaría: se ganarían unos pocos pies y luego se perderían. Millones de hombres morirían, impotentes, en este matadero. Incluso Churchill, que había sido responsable de la masacre de Gallipoli, escribiría más tarde: "No hay guerra más sangrienta que una guerra de desgaste. Las generaciones futuras encontrarán increíble y horrible que tales prácticas hayan sido impuestas por los militares". Churchill no mencionó, sin embargo, que Poincaré, Gray y House no eran militares.

House ahora cree firmemente que sólo Estados Unidos podría "sacar a Europa de su terrible callejón sin salida". En otras palabras, Estados Unidos podría agregar otra montaña de muertos a la otra montaña de muertos que ya bloquea el horizonte.

House estaba listo para enfrentar a los alemanes con su plan inaceptable. Se estaba preparando para explicar, con lágrimas en los ojos, al pueblo estadounidense que lo había intentado todo y que la guerra era el último recurso.

Los alemanes hicieron todo lo posible para evitar la guerra con Estados Unidos. Luchaban en el frente ruso, en Serbia, en Rumania, en Italia, en los Dardanelos y en Asia Menor, así como en toda la amplitud del frente francés, y no deseaban enfrentarse a otro enemigo.
Para mantener la paz con los Estados Unidos, la flota de submarinos alemanes permaneció en su base en Heligoland. Los capitanes alemanes fueron castigados por su gobierno por sus errores. Se pagaron cuantiosas indemnizaciones incluso en casos tan discutibles como el de Lusitania.
En marzo de 1916, se hundieron ocho barcos aliados. Cada uno llevaba pasajeros estadounidenses, pero ninguno perdió la vida gracias a la precaución alemana. Indiferente a la acomodación alemana, House le pidió a Wilson que rompiera las relaciones diplomáticas con Alemania y le presentó al presidente un borrador de nota a tal efecto.
El 11 de abril de 1916, House incluso envió un cable al embajador de Estados Unidos en Berlín para advertirle sobre la posibilidad. En la misma fecha, los alemanes informaron una vez más a Washington de su voluntad de evitar todos los incidentes en el mar.
El 14 de abril de 1916, el embajador del Reich en Washington presentó a House un documento oficial; es de destacar que los diplomáticos extranjeros fueron directamente a House y no a Wilson:

Mi querido Coronel House: Mi gobierno está dispuesto a llevar a cabo una guerra submarina con el debido respeto a los derechos de los neutrales. Se mantiene fiel a las garantías que ya le ha dado a su gobierno y ha dado instrucciones tan precisas a sus comandantes de submarinos, que dentro de los límites de la previsión humana ya no se pueden cometer errores. Si, contrariamente a nuestras intenciones, ocurren algunas, nuestro gobierno se compromete a corregirlas por todos los medios a su alcance.

El embajador agregó que esta garantía se dio a pesar de las violaciones británicas del derecho internacional y el uso británico de ciudadanos estadounidenses para encubrir su tráfico de armas.
House convenció a Wilson para que diera una respuesta enérgica a la conciliadora oferta alemana. El 18 de abril de 1916 House respondió a través del presidente: "A menos que el gobierno imperial declare inmediatamente que abandonará de inmediato sus métodos actuales de guerra submarina contra los buques de pasajeros y cargueros, el gobierno de los Estados Unidos no tiene otra alternativa que romper las relaciones diplomáticas con el Imperio Alemán." House se jactó abiertamente de que había forzado la mano del presidente: "Recurrí a mis mejores medios de persuasión para mantenerlo en un estado mental impermeable a cualquier compromiso".
¿Conseguiría House romper relaciones? Los alemanes no le complacerían. Anunciaron que se habían enviado nuevas instrucciones a los comandantes de submarinos y que estarían "dispuestos a hacer todo lo posible para mantener las operaciones militares, durante toda la guerra, estrictamente dentro de las áreas de combate". Las concesiones fueron humillantes para Alemania, pero también se pidió al gobierno de Estados Unidos que ejerciera su neutralidad y vigilara que "todas las potencias beligerantes se adhieran a los principios de humanidad". Si el gobierno de los Estados Unidos declinaba "Alemania enfrentaría una nueva situación y sería absolutamente libre de actuar en consecuencia". (Casa, II, 271)
Se mantuvo al pueblo estadounidense en la oscuridad sobre todo el asunto y ningún periódico mencionó jamás ninguna de las concesiones reales hechas por Alemania. Wilson estaba perplejo y le preguntó a House qué pensaba de la respuesta alemana. House admitió que, dado que Alemania había aceptado las condiciones estadounidenses, "no había excusa válida para romper las relaciones diplomáticas con Berlín". (Casa, II, 272)
House usó la palabra excusa en lugar de motivo o razón.

El 10 de marzo de 1916 House, utilizando el código que el gobierno británico había ideado para su uso exclusivo, envió un cable a Sir Edward Gray: "Si lo considera útil, renovaré nuestras ofertas por cable cada dos semanas. Hágamelo saber, por favor, si debo actuar de esta manera o por el contrario esperar a que me señales. Ten la seguridad, querido amigo, que pienso en ti todo el tiempo y que de alguna manera me gustaría aligerar la carga que tanto pesa sobre tus hombros ".

Así, House mantuvo informado a Gray sobre todo. El 27 de mayo de 1916, Gray recibió el mismo día las condiciones de una nueva oferta alemana. El documento es de gran importancia: "Estimado Sir Edward, quiero llamar su atención sobre una cosa: el canciller alemán declara que Alemania aceptaría una paz basada en las fronteras de los estados tal como existen hoy en los mapas". (Casa, II, 321)
Era finales de mayo y Alemania salió victoriosa tanto en el frente occidental como en el oriental. Sin embargo, estaba dispuesto a renunciar a las ganancias que su ejército había obtenido hasta ese momento.
Los aliados no quisieron oír hablar de eso. Jesserand, el embajador de Francia en Washington, reaccionó de inmediato: "Francia no aceptará bajo ninguna circunstancia escuchar planes que incluyan la palabra paz". (Casa, II, 322)
Gray escribió a House apoyando esta reacción fanática: "Ningún inglés le dirá a Francia en este momento: ¿No crees que es hora de hacer las paces?"
Los aliados interpretaron el deseo de paz de Alemania como un signo de debilidad y estaban más decididos a seguir adelante con una guerra de desgaste. Su mayor temor en esta etapa era la aceptación por parte de Alemania del plan de paz estadounidense. En ese momento, cualquier aportación estadounidense se consideraba una interferencia.
House estaba al tanto del punto de vista europeo cuando escribió: "La patricipación estadounidense (en el conflicto) podría resultar embarazosa para los aliados si toca los tratados secretos de los que Wilson no sabe nada". (Casa, II, 323)
Los británicos querían dólares estadounidenses y soldados estadounidenses, pero rechazaron el sermón de Wilson sobre el acaparamiento de tierras y el colonialismo.
Wilson, tan obtuso como era, finalmente había despertado a los planes de los aliados. "Sospechaba", escribió Seymour, "ciertos aliados de perseguir planes egoístas y no estaba tan convencido como su amigo House de la necesidad de tomar partido por ellos". Sus reservas eran tales que, a fines de 1916, la política estadounidense podría parecer haberse vuelto contra los aliados.

CAPITULO XXXIV

"Nos mantuvo fuera de la guerra".

La retirada de los submarinos alemanes resultó contraproducente para los aliados. Cuantos menos barcos se hundieran, menos probable era que Estados Unidos pesara a favor de los británicos. Los barcos estadounidenses tuvieron que ser hundidos y la indignación estadounidense tuvo que elevarse. Para ello, los británicos necesitaban que los submarinos alemanes volvieran a la acción.
House fue designado para esta misión de provocación. El 17 de noviembre de 1916, pocos días después de las elecciones, escribiría: "Si tenemos que ir a la guerra, que sea contra Alemania".

Sin embargo, una serie de eventos aún debían frustrar el lobby británico en Estados Unidos. El escándalo del correo enfureció particularmente a Wilson. Los británicos se habían acostumbrado a apoderarse de

El correo estadounidense en los barcos de Estados Unidos que registraron. Los inspectores británicos tenían el control de toda la correspondencia estadounidense para cualquier propósito que eligieran. House cita a Wilson: "De la forma en que va esto, creo que una represalia sólida es la única forma de disuadirlos". (Casa, II, 354)
El incidente de China fue la gota que colmó el vaso. Los británicos abordaron por la fuerza el barco estadounidense China, se apoderaron del correo y comenzaron a interrogar a los pasajeros estadounidenses, que luego fueron sacados del barco como prisioneros. Fue la piratería en su peor momento. House se sintió avergonzado y tuvo que escribir a sus amigos británicos: "No puedo concebir que los británicos pudieran haber sacado a cincuenta personas del barco estadounidense China".
Sir Edward Gray rechazó con dureza el lamento de House.
House escribió: "Sir Edward difícilmente podría inventar algo que enfriaría con mayor seguridad los sentimientos ardientemente pro británicos de estadounidenses como yo". (Casa, II, 341)
Seymour escribió: "El Sr. Wilson estaba extremadamente preocupado por la actitud de los Aliados, particularmente cuando Alemania, que se había sometido al presidente sobre la disputa submarina, no le estaba dando ningún problema en este momento".
House no ocultó su aprensión: "Está empezando a poner de los nervios al presidente. A partir de ahora, sus sospechas sobre las motivaciones aliadas sólo se harán más profundas". (House, II, 339)
La práctica británica de incluir en listas negras también enfureció a la opinión estadounidense. "El 18 de julio de 1916 el Gobierno del Reino Unido publicó una lista de más de ochenta corporaciones estadounidenses con las que estaba prohibido comerciar porque tenían relaciones comerciales con un enemigo de los Aliados. El número de empresas incluidas en la lista negra ha aumentado a quince centenar." (Casa, II, 348)
Así, mil quinientas empresas estadounidenses quedaron aisladas del crédito, los suministros y el comercio. ¡Uno se pregunta qué habría pasado si Alemania hubiera cometido la décima parte de tal acción!
El profesor Seymour explica el boicot: "Se recomendó a las compañías navieras británicas que no aceptaran el flete de las empresas prohibidas. A las empresas de países neutrales se les dio a entender que si aceptaban el flete de las empresas estadounidenses incluidas en la lista negra, también correrían el riesgo de que se rechazara su flete. en los puertos británicos. Los banqueros de esos países ya no financiarían a los comerciantes incluidos en la lista negra ".
El 22 de julio de 1916, el asesor Polk escribió a House: "La lista negra que acaba de publicar el gobierno británico está creando una irritación considerable; habrá que hacer algo". Al día siguiente, Wilson perdió la paciencia y se le pidió a House que retirara al embajador Page de Londres.
House buscaba excusas: "Quizás son imprudentes en sus métodos, cegados por sus intereses o sus necesidades inmediatas"; y agregó: "La actitud aliada se debe en su mayor parte a que no se dan cuenta de que tienen una especie de sentimiento instintivo para considerar la alta mar como propiedad británica inalienable".

Así, el conflicto británico-estadounidense se agravó de una semana a otra. La opinión pública estadounidense exigió contramedidas. El Congreso también había perdido la paciencia: en septiembre de 1916, el presidente Wilson recibió poderes especiales que le autorizaban "a tomar, si fuera necesario, medios violentos de represalia".
El embajador británico Cecil respondió con altivez: "Si intenta poner en práctica estas medidas, sin duda resultará en la ruptura de las relaciones diplomáticas y el fin de todo el comercio entre los dos países". (Casa, II, 357)
El Departamento de Estado informó: "Nuestras relaciones con Gran Bretaña están empeorando", mientras que Wilson se quejaba en privado de que "los aliados son exasperantes más allá de toda descripción". La gente se preguntaba si la amenaza de una intervención estadounidense se desviaría de Alemania y contra el Reino Unido.

A fines de 1916, esta amenaza se volvió bastante real. Se instó al gobierno de los Estados Unidos a actuar. Se tomó una decisión que cambiaría para siempre el papel británico. Estados Unidos ya no toleraría el dominio británico sobre los mares del mundo, la dictadura británica sobre países neutrales, la incautación británica del correo, el secuestro de pasajeros estadounidenses y la inclusión de empresas estadounidenses en listas negras. Estados Unidos dio el paso histórico de construir ciento treinta y siete nuevos barcos. En breve, la armada británica se enfrentaba a una flota estadounidense de igual poder, que pronto se haría más poderosa.
La pretensión de Britannia de gobernar las olas había decretado que a Alemania se le prohibiría expandir su comercio marítimo. Gran Bretaña había iniciado una guerra para evitar tal posibilidad. El reclamo británico de dominio sobre los mares ahora estaba siendo desafiado y barrido por el socio comercial más entusiasta de Gran Bretaña. El monopolio británico podría romperse por fin. Otros países, incluido Japón, eventualmente superarían a los británicos.
Wilson estaba tan decidido como el Congreso: "Construyamos una armada más fuerte que la de ellos y actuemos como mejor nos parezca". (Casa, II, 353)
Los británicos habían practicado demasiada perfidia e hipocresía por su propio bien; se habían pegado un tiro en el pie. En 1916, el Congreso asestó un golpe fatal al arrogante imperialismo británico.

* * *

La opinión pública estadounidense contra los británicos también se vio reforzada por el testimonio de millones de irlandeses-estadounidenses que habían huido de la implacable colonización de su tierra natal por parte de Gran Bretaña. Sus antepasados habían sido masacrados y perseguidos durante siglos por los británicos y, más recientemente, habían sentido vívidamente la sangrienta masacre de los patriotas irlandeses durante la Pascua de 1916. Los británicos habían rechazado la búsqueda de la independencia de Irlanda con más salvajismo de lo que habían masacrado a los zulúes en África. . El trato inhumano tradicionalmente reservado para los prisioneros irlandeses en las cárceles británicas provocó una indignación generalizada en los Estados Unidos: "La simpatía estadounidense fue sin lugar a dudas hacia los prisioneros irlandeses, quienes fueron tratados con mucha dureza. Esto se reflejó objetivamente en una resolución del Senado". (Casa, II, 353)

Sir Edward Gray envió a House el 28 de agosto de 1916 una severa reprimenda: "La actitud del Senado de votar a favor de los soldados irlandeses sin preocuparse por las atrocidades cometidas en Bélgica, nos causó una dolorosa impresión".
House rechazó abyectamente la moción de Estados Unidos e incluso se disculpó con los británicos: "... supera el récord de actos a ciegas cometidos por mi desafortunado país".
La referencia británica a Bélgica enfureció particularmente a los estadounidenses. El secretario de Estado Lansing respondió de inmediato: "... el lenguaje hipócrita de los británicos en lo que respecta a Bélgica nos llena de indignación". (House, II, 355.) Incluso el probritánico Page admitió: "... los británicos habrían luchado junto a los franceses incluso si el gobierno francés hubiera violado la neutralidad de Bélgica para llegar a suelo alemán de manera más eficiente".
La pregunta ahora era si Estados Unidos cortaría la ayuda a los aliados.

1916 fue un año muy malo para los aliados. Los británicos estaban perdiendo en todas partes. Incluso la aclamada Royal Navy perdió una importante batalla naval frente a Jutlandia, el 31 de mayo de 1916, a pesar de que superó en número a la fuerza alemana por dos a uno. Sus pérdidas fueron el doble de las de Alemania, a pesar de que una red de espías británica había informado a su almirantazgo de los planes del almirante alemán von Scheer para romper el bloqueo.
Von Scheer no tenía ningún deseo de pelear con el grueso de la Royal Navy y había planeado atraer a varios cruceros británicos cerca de la costa noruega. Dado que sus planes

darse a conocer, tuvo que enfrentarse a toda la Royal Navy. El choque fue reñido y Alemania perdió seis barcos y 2551 marineros; los británicos perdieron doce barcos y 6094 marineros. El orgullo británico se vio afectado al enfrentarse a una fuerza naval mejor, con mejores tripulaciones, mejores comandantes y una potencia de fuego más precisa.
Los británicos, irritados por su derrota, centraron su atención en el frente de propaganda con rencorosa venganza. Los británicos afirmaron que un submarino alemán, el U-53, había torpedeado seis barcos aliados cerca de la costa estadounidense. Una investigación oficial confirmó que el U-53 había hundido seis barcos, pero "muy lejos de las aguas territoriales de Estados Unidos". El profesor Seymour también estuvo de acuerdo: "Las acciones del U-53 estaban estrictamente dentro de las normas del uso de la guerra marítima".
Los británicos apenas se ajustaban a este uso. El embajador alemán Bernstorff señaló que los submarinos británicos hundieron cargueros alemanes sin previo aviso y sin tener en cuenta las vidas humanas todos los días de la semana.
Una vez más, una campaña anti-alemana en los Estados Unidos había fracasado estrepitosamente.

A pesar de la hambruna y la provocación, los alemanes mantuvieron su política de no darle a House una excusa para empujar a Estados Unidos a la guerra. El precio fue elevado. El bloqueo estaba matando de hambre a los civiles mientras los británicos enviaban millones de toneladas de armas sin temor al ataque alemán. El káiser Wilhelm había ordenado la política porque creía que su moderación conduciría a la paz.
La política alemana de moderación duró a lo largo de 1916, a pesar de la propaganda británica, como indican los informes del Departamento de Estado: "La guerra submarina alemana se llevó a cabo de acuerdo con la ley marítima". Este informe aparece en los documentos privados de la Cámara.
La política del Kaiser, sin embargo, fue cada vez más criticada en Alemania. El principal argumento esgrimido contra el canciller fue que cedió ante los Estados Unidos, aunque sabía muy bien que el gobierno estadounidense no actuó como neutral: solo presionó a Alemania mientras permitía que Gran Bretaña infringiera el derecho internacional, advirtió oficialmente el embajador alemán Bernstorff. El presidente Wilson ya el 18 de octubre de 1916 dijo que Alemania ya no podía sacrificar su interés nacional: "El gobierno alemán prevé el momento en que se verá obligado a recuperar su libertad de acción". (Casa, II, 374)
Wilson estaba lleno de dudas: "Si enviamos a Bernstorff de regreso y vamos a la guerra, estaremos cubiertos de flores durante algunas semanas; luego se harán llamadas a nuestro dinero. El dinero que damos no durará mucho y luego habrá demandas de un número ilimitado de soldados. Admitiendo que suscribimos todas sus demandas (de los Aliados) ". Los comentarios de Wilson fueron bastante proféticos. Unos meses más tarde, vería cumplidos sus peores temores.

House estaba muy preocupado por el estado de ánimo de Wilson en ese momento. El Congreso exigió sanciones contra el gobierno británico. House pudo ver claramente el día en que tanto Wilson como el Congreso decidirían detener el flujo de bienes y dinero a los Aliados.
A medida que se acercaban las elecciones de noviembre, House se enfrentó a un electorado no intervencionista del 90 por ciento. Incluso cuando su enamoramiento por la pompa británica y su lealtad al establishment británico lo impulsaron a promover la guerra, las realidades políticas lo obligaron a parecer pro estadounidense.
Asimismo, Wilson tuvo que dejar de lado su odio secreto hacia los alemanes, así como las maquinaciones de House, si quería ganar las elecciones. Se presentó como el candidato por la paz que defendería la neutralidad estadounidense a cualquier precio. Sin embargo, sus promesas de paz no influyeron en el electorado que quería pruebas más tangibles.

Se convirtió en una cuestión de ocultar cualquier inclinación pro-aliada y convencer a los votantes de que la administración estaba más del 100 por ciento a favor de la paz y la neutralidad.

Wilson nunca se cansó de referirse a la guerra de los Aliados como un misterio complejo: "El origen de esta peculiar guerra o sus objetivos nunca han sido revelados ... la historia tendrá que buscar mucho tiempo para explicar este conflicto". (Bullitt, presidente Wilson, 280)
Tales declaraciones hicieron que a los votantes estadounidenses les resultara difícil imaginar que su autor los lanzaría a una guerra extranjera, una guerra que él mismo admitió que no podía entender. En julio de 1916, Wilson recibió la nominación demócrata a la presidencia. El lema de su campaña se basó en el tema: "Nos había mantenido fuera de la guerra, ha mantenido nuestra neutralidad".

Sin embargo, como señaló Bullitt, "Wilson, sabiendo que durante los últimos ocho meses había estado tratando de arrastrar a los estadounidenses a la guerra, tenía tan mala conciencia al respecto que evitó durante todos sus discursos de campaña cualquier mención de haber mantenido la neutralidad en la guerra. pasado." Esta noción se dejó a otros, como el gobernador Glynn de Nueva York, para que la propagaran.
Se distribuyeron miles de carteles y folletos en todas las ciudades estadounidenses, particularmente en Occidente, donde el sentimiento contra la guerra era más fuerte. "Ha mantenido la neutralidad de Estados Unidos" se convirtió en el lema del Partido Demócrata. El bombardeo masivo de propaganda convirtió a Wilson en sinónimo de paz y neutralidad. Bullitt agregó: "Si el pueblo estadounidense hubiera sabido que estaba tratando de llevarlos a la guerra, habría experimentado una derrota aplastante".

Wilson se mantuvo distante durante toda la campaña. "El presidente ha dejado todo en nuestras manos. No ha telefoneado, no ha hecho la menor sugerencia ni ha dado ningún consejo", dijo House.
De este modo, House estaba facultado para llevar a cabo una campaña pro-neutralista como mejor le pareciera. Estaba decidido a sabotear esta política tan pronto como terminaran las elecciones. Encontraría una manera de llevar a los alemanes a algún acto de desesperación, que esperaba revertiría la neutralidad. Para entonces, House se había convertido en un maestro de la artimaña y el subterfugio y estaba bastante seguro de que su talento podría usarse para influir en los acontecimientos: "Siempre se puede confiar en que los alemanes cometerán algunos errores psicológicos en el momento crítico".
Para House la campaña fue solo otra duplicidad necesaria. El pueblo estadounidense estaba siendo engañado a gran escala. House, en su papel de abanderado de la neutralidad, diría o prometería cualquier cosa para asegurar la reelección de Wilson, lo que de hecho garantizaría su propio mandato en la sede del poder. Con otro término bajo la manga, todo sería posible para House.

Así, el 7 de noviembre de 1916 Wilson fue reelegido presidente de los Estados Unidos. Pero los resultados mostraron que House no había engañado a toda la gente. Wilson fue elegido por un pequeño margen. Por un tiempo pareció como si hubiera perdido. El New York Times incluso anunció a su oponente republicano como el vencedor.
Más tarde, se organizó una celebración de la victoria para Wilson, pero fue más como un funeral. House se negó a asistir porque no quería que lo asociaran con la derrota. "Lansing y McCormick fueron y me dijeron que nunca habían estado en un evento tan triste". (Casa, II, 282)
Finalmente, después de cuatro días de esperanza y desesperación, Wilson emergió como el ganador por una cabeza. "Debió su elección a los ambiguos votos de los Estados occidentales, todos en aplastante mayoría contra la guerra" (House, II, 282). El discurso inaugural de Wilson todavía reflejaba su

promesas de la campaña: "Declaro formalmente que ha llegado el momento de que Estados Unidos desempeñe un papel activo en el establecimiento de la paz en el mundo y asegurar su continuación. Me comprometo solemnemente a mantener a mi país fuera de la guerra". (Casa, II, 422, 428)
Wilson pareció estar genuinamente impresionado por la fuerza del sentimiento antiintervencionista en Estados Unidos. De vuelta en la Casa Blanca, claramente, al menos durante unas semanas, respetó la voluntad popular. Cuando House trató de abordar el tema de la participación de Estados Unidos en la guerra por primera vez, Wilson se enfrentó a su alter ego.
Sigmund Freud y Bullitt lo llamaron la última resistencia de Wilson: cuando el 4 de enero de 1917 House lo presionó para que se preparara para la guerra, Wilson respondió:
No habrá guerra; el país no tiene intención alguna de dejarse arrastrar a este conflicto. Somos los únicos neutrales entre los grandes pueblos de la raza blanca y dejar de ser neutrales sería un crimen contra la civilización. (Casa, II, 288)
Cuatro meses después, House y los aliados inundarían a Wilson y el "crimen contra la civilización" comenzaría a tomar forma.

CAPITULO XXXV

Un hogar para los judíos

Rara vez los votantes habían indicado tan claramente a un funcionario electo por qué le habían dado sus votos. La cuestión de la neutralidad cruzó las líneas partidistas. La plataforma republicana había exigido que Wilson garantizara la neutralidad.
Después de varios meses de mantenerse firme, Wilson fue suavizando gradualmente la implacable House. House consideraba la neutralidad como una estratagema para entrar en guerra y Wilson era un caballo al que llevar a la batalla. "El presidente", dijo House con cierta arrogancia, "puede modificar sus puntos de vista. Como he dicho antes, a menudo y fácilmente cambia de opinión".
El contraste entre Wilson y House sobre la neutralidad fue desigual. Wilson era bastante honesto, pero su mente era como una esponja húmeda, fácil de manipular. House, el coronel honorario de Texas, estaba hambriento de poder y era engañoso. Sabía que el pueblo estadounidense nunca lo habría elegido y se ocupó de mover todos los hilos detrás de escena, detrás de Wilson. Wilson trató de respetar su compromiso electoral, pero House nunca se rindió. El tira y afloja duraría meses, como la trama de una novela policíaca.

* * *

Wilson estaba decepcionado con los aliados: no querían la paz, tenían designios imperialistas, no compartían su visión de un mundo mejor. Había llegado a la conclusión de que ni los alemanes, a quienes no le agradaban, ni los aliados, de quienes desconfiaba, valían una guerra. Estados Unidos no se uniría a la masacre por su bien.
House, por otro lado, estaba comprometido con los intereses británicos y estaba comprometido a entregar a Estados Unidos para librar una guerra británica.
Wilson y House ya no eran de la misma opinión ni el alter ego del otro. De hecho, House se propuso socavar los movimientos de Wilson por la paz: "Hice todo lo que pude para evitar que Wilson lanzara otra ofensiva de paz sin antes haber recibido el consentimiento de los aliados".

(Carta a Seymour). House comentó más tarde que las propuestas de paz de Wilson estaban "ofendiendo a los aliados". (Casa, II, 431)
Rechazado por los aliados, Wilson ahora quería llegar directamente a la opinión pública europea y crear movimientos populares por la paz entre todos los beligerantes. House inmediatamente le dijo a Wilson: "Los Aliados interpretarían un proyecto así como hostil". Wilson no quería parecer hostil, por lo que abandonó su plan. En cambio, le pidió a House que fuera a Europa una vez más. House dijo que no: "Tomaría demasiado tiempo y tendría que luchar con todo tipo de argumentos desfavorables. Ninguno de ellos podía ignorar que estaba allí para hablar de paz y preferiría ir al reino del infierno que visitar estos países". con tal misión ". (House, II, 433) Wilson estaba algo desconcertado. Su alter ego prefería el infierno a la paz.

Cuando Wilson afirmó que el asunto de la guerra submarina y las leyes internacionales que la acompañan deberían resolverse sin más demora, House respondió que no veía ninguna razón para "sacar las castañas del fuego para Alemania".
Wilson decidió enviar un mensaje a todos los países en guerra, así como al pueblo estadounidense. Lo escribió él mismo y se lo mostró a House, quien de inmediato se mostró crítico con su contenido: "Temo la reacción que provocará. La frase" las causas y los objetivos de esta guerra son oscuros "suscita fuertes objeciones". En sus notas secretas, House se quejaba: "Cada vez que él (Wilson) habla de la guerra, ofende a los aliados". (Casa, II, 436)
No obstante, la frase "ofensiva" era correcta. La guerra se había preparado en secreto, con mentiras y provocaciones. Sus propósitos y objetivos habían sido cuidadosamente oscurecidos por los intrigantes que lo habían puesto en movimiento. Quizás sin darse cuenta, Wilson estaba dirigiendo la atención hacia un crimen.
House no pudo tolerar tal sugerencia y realizó una actuación para un cambio de fraseología: "Le rogué (Wilson) que modificara el texto que critiqué y que lo reemplazara con algo que permitiera a los aliados creer que el presidente simpatizaba con ellos.
" (House, II, 437) House quería que el presidente realizara una especie de salto mortal dialéctico: su búsqueda de la paz tenía que transmitir de alguna manera a los aliados que realmente no la quería. "Sugerí la inserción de una cláusula especificando que no tenía la pretensión de interferir o exigir la paz".
Jusserand, el embajador francés en Washington, también habló en nombre de los británicos cuando afirmó: "El frente occidental está con toda probabilidad condenado a estancarse durante al menos un año y tal vez más".
Era una guerra de desgaste que los británicos no tenían prisa por detener, mientras se desgarraba el tejido milenario de la civilización europea.

El resultado de las diferencias entre House y Wilson se vería profundamente afectado por la intervención de ciertas personalidades judías, así como por Lloyd George, un ferviente defensor de la guerra.
El primer anuncio de Lloyd George fue de "una política basada en el principio de knock-out, que excluiría cualquier posibilidad de negociaciones con Alemania" (House, II, 440). Se trataba del mismo Lloyd George que menos de veinte años después iría a Berchtesgaden a saludar con calidez y admiración al nuevo canciller de Alemania, Adolf Hitler.
Sir Edward Gray también fue reemplazado por el par judío, Lord Balfour, mientras que otro judío, Sonnino, fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores de Italia. En los Estados Unidos, el financiero judío Bernard Baruch había aumentado su influencia dentro de la administración. El equivalente de House del premier francés Georges Clemenceau fue el judío Georges Mandel, conocido legalmente como Jeroboam Rothschild, y su asesor financiero fue otro judío llamado

Klotz, quien fue nombrado ministro de Finanzas de Francia. (Años más tarde, Klotz terminaría en la cárcel como un estafador convicto). House estaba encantado con todos los cambios.

Balfour se ocuparía de cambiar la opinión pública estadounidense. En 1916 llegó a los Estados Unidos para sentar las bases entre los círculos financieros y de prensa. En 1917 hizo su famosa Declaración Balfour, que provocaría una de las mayores revoluciones del mundo.

La Declaración parecía bastante inocua: concedía a los judíos del mundo un "hogar" en Palestina. Los judíos no interferirían con los habitantes existentes de Palestina, los palestinos. El estilo de vida y la propiedad palestinos serían respetados y no habría el menor indicio de expandir el "hogar de los judíos" a expensas de los palestinos.

El plan de Balfour generó preocupación en muchos países: sentó un precedente para que otros pueblos reclamen un hogar en una tierra que pueden haber habitado hace dos mil años. El precedente abriría la puerta para que muchos reclamen tierras en las que habían vivido mucho más recientemente. Balfour se apresuró a poner la tapa a todo el asunto con la ayuda de periódicos controlados por judíos y agencias de noticias internacionales. Razonó que los problemas los plantea la prensa, no la gente, y si la prensa no debatiera su plan, nadie lo cuestionaría. Los que lo hicieron nunca fueron denunciados. Balfour creía en el deber sagrado de la prensa de manipular a la mayoría en beneficio de unos pocos. Eligió a Estados Unidos para implementar esta política.

Al comienzo de la guerra, la mayoría de los judíos se habían mostrado favorables a Alemania. La Rusia zarista, su enemigo mortal, había sido atacada por Alemania, y se consideraba al Káiser como el hombre que entregaría Palestina como un hogar para los judíos. Aunque ha habido reacciones violentas ocasionales contra ellos, fue en Alemania donde se sintieron más a gusto. Habían adquirido una enorme influencia en las finanzas y los negocios, en los medios de comunicación y las universidades. Consideraban que su propio idioma, el yiddish, era similar al alemán y les gustaba participar en la cultura alemana. El káiser Wilhelm los trató con deferencia. El hombre más rico de Alemania era un judío llamado Albert Ballin, asesor del Kaiser; los miembros más influyentes del Reichstag eran judíos. Los judíos británicos tenían en alta estima al Kaiser:

Los judíos estadounidenses eran tan favorables a Alemania, como atestiguará la cobertura de guerra de la prensa controlada por judíos en 1914 y 1915. Cuando Balfour llegó a los Estados Unidos en 1916, se asombró de la fuerza del lobby judío y de la influencia judía en las finanzas, la política y la prensa. Balfour estaba satisfecho de que los judíos pudieran dirigir el país de la forma que quisieran. Su tarea era aprovechar y dirigir este tremendo poder en beneficio de sus asociados británicos.

Ciertos acontecimientos habían hecho necesaria una reorientación de las lealtades judías. En 1917, la Rusia zarista había sido destruida y parecía que los aliados turcos del Kaiser le impedirían entregar Palestina a los judíos. En lo que respecta a Balfour, Alemania había dejado de ser útil y cualquier lealtad judía hacia ella estaba totalmente desactualizada. Los británicos ahora entregarían Palestina después de que Balfour y House los ayudaran a ganar la guerra al traer a Estados Unidos a su lado. Era un trato simple: los judíos llevarían a Estados Unidos a la guerra, asegurando así una victoria británica. Para este servicio, Gran Bretaña haría de Palestina "un hogar para los judíos".

Balfour aún tenía que convencer a los judíos estadounidenses. Tuvo que hacerlos cambiar de bando casi de la noche a la mañana. Los defensores más elocuentes y persuasivos del sionismo fueron reclutados para decirles a los judíos estadounidenses que su sueño de regresar a Jerusalén estaba a punto de realizarse después de

dos mil largos años. Fue un llamamiento emocional diseñado para llevar a los judíos estadounidenses al lado de la Entente.
Balfour y sus agentes tuvieron éxito más allá de todas las expectativas. Los judíos estadounidenses se pasaron al lado de los aliados en 1917. Las redes financieras y de prensa judías se pusieron ahora a disposición del esfuerzo bélico aliado.
Después de la guerra, Balfour explicó que sus promesas estaban solo en su mente: tantos eslóganes de propaganda para promover cualquier cosa que estuviera tratando de hacer en ese momento. Los judíos a los que había convencido no los veían de esa manera. La Declaración Balfour fue una bomba de tiempo que trajo guerra y destrucción a lo largo del siglo XX.

* * *

House informó al gobierno británico de todos los movimientos de la administración de Wilson. House, respaldado por todo el poder de los judíos estadounidenses, tenía el control virtual de Estados Unidos. A su vez, los británicos tenían el control de House. Recibió sus órdenes de Londres y actuó como una especie de virrey británico no oficial de los Estados Unidos.
El nuevo orden dejó a Wilson más débil y aislado que nunca. Se había vuelto retraído y ya no hizo ningún intento de conversar con House sobre el tema de la paz. A los ojos de los nuevos agentes del poder, el presidente Wilson era solo una figura decorativa y fue tratado como tal.
Este desarrollo preocupó mucho a los alemanes. El 12 de diciembre de 1916, el gobierno alemán se declaró dispuesto a negociar la paz con todos sus adversarios. Los alemanes esperaban que Wilson, ahora que le habían tomado la palabra, pudiera de alguna manera influir en los aliados para que se sentaran a la mesa de la paz. Pronto descubrieron que el presidente no estaba en posición de ejercer tal influencia.
El establecimiento británico había enviado a un agente de alto nivel, Sir William Wiseman, a Washington. Su trabajo consistía en instruir a los requisitos de House of London. El llamado a la paz alemán se quedó corto. Wiseman informó a House: "Es imposible negociar con los alemanes ya que no especificaron ninguna condición".
La respuesta británica fue bastante deshonesta ya que las "condiciones" se discuten en la mesa de negociaciones, no antes. Una vez más, el presidente fue dejado fuera por los británicos, quienes se comunicaron con House como el jefe de estado no oficial de América. -En Londres, el embajador de Estados Unidos Page informó inmediatamente al gobierno británico que Wilson no estaba interesado en lo más mínimo en el llamado a la paz alemán.
Era una mentira descarada que Seymour deploró: "El señor Page siente tan poca simpatía por la política del señor Wilson que hizo comprender a los británicos que la administración estadounidense no tomaría en serio el llamamiento alemán". (Casa, II, 445)
De hecho, Wilson escribió una nota él solo y, por primera vez en su vida, no se la mostró a House. Hizo un llamamiento tanto a los aliados como a Alemania para que intercambien puntos de vista: "Los beligerantes insisten cada uno en ciertas condiciones. No son incompatibles, contrariamente al miedo de ciertas personas. Un intercambio de puntos de vista aclararía el aire". Esto era exactamente lo que querían los alemanes y los aliados rechazaron.
Cuando House leyó la nota después de haberla enviado, gimió: "Estas palabras enfurecerán a los aliados". Se desvinculó formalmente de todo el contenido de la nota de Wilson porque "los aliados obviamente no estaban de humor para darle la bienvenida". La declaración indicó que House estaba más preocupado por el estado de ánimo de los aliados que por los intereses de Estados Unidos.

Los alemanes respondieron a Wilson de inmediato: "Un intercambio directo de puntos de vista era la mejor manera de alcanzar la paz. Alemania renueva su llamado a una conferencia". (Casa, II, 449)

Los aliados acudirían a una conferencia solo si los alemanes eran derrotados y encadenados: esta fue la esencia de su respuesta a Wilson.

Tanto Wilson como Alemania habían fracasado en todas sus iniciativas de paz. Ya no había ninguna razón para que los alemanes refrenaran sus submarinos. La gente estaba a punto de rebelarse. Ya no pudieron soportar la hambruna y exigieron la ruptura del bloqueo británico. Ya más de cien mil trabajadores se habían declarado en huelga en Berlín, cerrando fábricas estratégicas. Un tercio de los diputados alemanes eran socialistas opuestos al ejército. Como en San Petersburgo, llamaron a la gente a rebelarse. Alemania se enfrentó a elegir entre el hambre y la revolución por un lado, o herir los sentimientos de los funcionarios estadounidenses por el otro.

El secretario de Estado de Wilson, Lansing, estaba al tanto del dilema de Alemania cuando concluyó el 21 de diciembre de 1916: "Estamos en vísperas de la guerra".

House y el lobby británico estaban preocupados de que Wilson aún pudiera frustrar sus planes de guerra. House hizo sonar la alarma en una serie de notas: "X está muy preocupado ... cree que Wilson quiere la paz a cualquier precio" (2 de enero de 1917). "Y está bastante abatido. Según él, el presidente ha perdido los nervios" (4 de enero de 1917).

Los temores de House se hicieron realidad el 22 de enero de 1917, cuando Wilson se dirigió al Senado: "Debemos alcanzar una paz sin victoria. La paz debe basarse en el derecho de cada nación a decidir su propio destino sin la intervención de un enemigo externo más poderoso. "

El discurso reflejó la opinión pública estadounidense, pero molestó profundamente a Gran Bretaña. Herbert Hoover, aunque era anti-alemán, respaldó al presidente: "Wilson expresó lo que mucha gente pensaba y esperó a alguien con el coraje de proclamar". El futuro presidente estadounidense luego preguntó a Wilson: "El siguiente paso es preguntar a todos los beligerantes si aceptan los principios expresados en su discurso. Si no lo hacen, ¿cuáles son sus objeciones? Si están de acuerdo, será apropiado que los convoque en una conferencia ". Wiseman, el enlace de Balfour con House en Washington, transmitió la reacción británica: "Al insistir demasiado en la paz entre los aliados, ustedes [los estadounidenses] están haciendo un gran daño a la causa de la democracia" (House, II, 465). "Profundo resentimiento contra Wilson", escribió House. "
paz sin victoria. Todo el mundo ve una contradicción de nuestra parte en querer que Alemania escape al castigo ".

House nunca dejó de hacer campaña por la guerra. El 25 de enero de 1917 instó a Wilson: "Si yo fuera usted, sería lo suficientemente cauteloso para acelerar el estado de preparación de la marina y el ejército".

El 30 de enero, después de que los aliados no respondieran al último llamado de paz de Wilson, el embajador alemán anunció que Alemania había decidido romper el bloqueo británico independientemente de la reacción estadounidense.

Las fuerzas alemanas estaban en una buena posición tanto en el frente oriental como en el occidental. Rusia, atacada desde dentro y desde fuera, estaba a punto de colapsar. Esto significó que un millón de soldados alemanes podrían regresar al frente occidental. Además, la derrotada Rusia suministraría a Alemania todo el trigo y la carne que quisiera, que en aquellos días Rusia tenía en abundancia.

El gobierno alemán esperaba contrarrestar el impacto del bloqueo británico y quizás evitar una intervención estadounidense. Desafortunadamente para Alemania, la Rusia zarista seguiría tambaleándose durante otros dos meses. Se publicaron manifiestos de barcos alemanes para advertir a los viajeros estadounidenses de los peligros potenciales, en otro intento más de evitar la participación estadounidense.

Los británicos no correspondieron, sino que aumentaron sus actos de piratería. Wilson estaba consternado: "Siento como si el planeta de repente estuviera girando hacia el otro lado, después de ir de Este a Oeste ahora va de Oeste a Este. He perdido el equilibrio".

El Kaiser dejó la puerta abierta para revocar la decisión del submarino si el presidente "lograba sentar bases aceptables para la paz". También prometió "salvaguardar los intereses estadounidenses lo mejor que pueda". Wilson respondió reafirmando: "No queremos ayudar a objetivos egoístas", que parecían más dirigidos contra los Aliados que contra Alemania.

House mantuvo una estrecha vigilancia sobre Wilson: "Él [el presidente] movía sus libros alrededor del escritorio con nerviosismo, caminaba de un lado a otro de la habitación ... Estábamos matando el tiempo dolorosamente, no había nada más que decir. Finalmente, el presidente sugirió que jugar al billar ".

House y el lobby británico intensificaron su presión sobre Wilson para romper las relaciones diplomáticas con Alemania. Después de agonizar durante tres días, Wilson finalmente cedió y acordó informar al Congreso que ahora se habían roto las relaciones con el Reich. Incluso entonces, Wilson todavía se aferraba a los rayos de esperanza: "El presidente todavía se negó a admitir que una ruptura diplomática significa automáticamente la guerra". Para House y sus asociados, definitivamente significaba la guerra: "La ruptura de las relaciones diplomáticas conducirá ipso facto a la guerra:" (House, II, 484) Wilson estaba muy incómodo. Temía la reacción del público. El industrial Henry Ford le había dicho : "No he conocido, entre Nueva York y San Francisco, un solo hombre que quisiera la guerra".

Aunque el embajador alemán fue expulsado oficialmente, Wilson le permitió quedarse otras dos semanas. Todavía estaba en Washington cuando el embajador suizo, en representación de los intereses alemanes, inició negociaciones para "restablecer las relaciones entre Washington y Berlín". House se alarmó: "Los altos funcionarios del Estado temen que Wilson se debilite".

El regreso de los submarinos alemanes, sin embargo, evitó la ansiedad de House. Era lo único que cambiaría la opinión estadounidense.

Si los alemanes tenían éxito, tenían que golpear duro y ganar la guerra marítima rápidamente en seis meses. Habían calculado que sus ciento cincuenta submarinos hundirían tres millones de toneladas de barcos durante ese período, un tercio de la marina mercante británica. Esto también asustaría a los países neutrales para que no exporten bienes a Gran Bretaña. Se detendrían las exportaciones de lana de Australia, algodón de América y trigo de Canadá y Argentina. La intervención estadounidense llegaría demasiado tarde para salvar Londres. Los submarinos reanudaron el servicio de combate el 1 de febrero de 1917. A finales de mes se habían hundido quinientas cuarenta mil toneladas de buques británicos. En abril la cifra alcanzaría las ochocientas setenta y cuatro mil toneladas.
El historiador francés Renouvin escribió:

Se estima que un barco de vapor en la ruta Gibraltar-Londres tendría una posibilidad entre cuatro de no llegar a casa. Por tanto, Gran Bretaña está en proceso de perder a un ritmo alarmante sus mejores buques mercantes, los que traen trigo de Canadá y Australia, materia prima de Estados Unidos y carne de Sudamérica.

El plan alemán había tenido éxito más allá de las expectativas. Gran Bretaña estaba perdiendo en tierra y mar. El alto mando del Almirantazgo británico estaba asustado: "Si las pérdidas sufridas durante la segunda semana de abril continúan al mismo nivel en las próximas semanas, será imposible asegurar los suministros de las islas británicas. Gran Bretaña podría verse obligada a capitular". (Renouvin, La Crise européenne, 441)

El general Robertson, jefe del Estado Mayor británico, informó al mariscal de campo Haig el 26 de abril de 1917: "La situación marítima nunca ha sido peor que ahora. Jellicoe [comandante de la marina británica] dice que casi a diario las cosas son desesperadas".

El zar de Rusia fue derrocado el 15 de marzo de 1917. Los británicos fueron masacrados en la batalla de Artois el 6 de abril y los franceses experimentaron un destino similar en Champaña el 16 de abril. Los aliados se tambaleaban. "La promesa del almirante Holtzendorff en enero de dominar a Gran Bretaña antes de finales de agosto está a punto de cumplirse". (Renouvin, La Crise européenne, 411)

La marina alemana les dio a los británicos una probada de su propia medicina. No les gustó, y al igual que el proverbial matón, gritaron asqueroso. La prensa estadounidense era ahora todo oídos para los lamentos británicos y se emocionó por el parentesco británico-estadounidense. Los intervencionistas pro británicos recibieron un tremendo impulso cuando las grandes empresas se pusieron de su lado. Las exportaciones estadounidenses a Gran Bretaña se detuvieron por completo. Los comerciantes de armas, los comerciantes de algodón y trigo ya no podían transportar sus mercancías. Fueron golpeados en el bolsillo. De la noche a la mañana, Alemania se convirtió en el enemigo, independientemente de los aciertos y los errores del conflicto.

El profesor Renouvin afirma: "Gran Bretaña y sus aliados representaron las tres cuartas partes de las exportaciones estadounidenses. En cuestión de días, los puertos estadounidenses se llenaron de mercancías que los barcos ya no cargaban. Las pérdidas resultantes no solo perjudicaron a los fabricantes de armas y a las grandes empresas de la costa este, pero industrias en Ohio, agricultores del medio oeste y productores de algodón en el sur ".
Toda la nación sintió el apuro y muchas mentes cambiaron. Alemania tenía la culpa; Los submarinos alemanes se habían vuelto intolerables.

De la misma manera, los bancos se unieron al bando pro-guerra. Habían prestado miles de millones de dólares a los aliados, diecinueve veces más de lo que habían prestado a Alemania, y vivían con el temor de una victoria alemana. ¿Quién reembolsaría los préstamos multimillonarios si los aliados fueran derrotados? Para los banqueros era imperativo que sus deudores ganaran.
La Declaración Balfour había influido en la prensa estadounidense para que adoptara una política a favor de la guerra. Muchos publicadores eran judíos y la guerra de los Aliados se convirtió ahora en su guerra por Jerusalén. Sentían que Jerusalén valía la pena una guerra; América se lo debía.
Wilson estaba al límite de sus ataduras. Fue asediado por todos los intereses que avivaban las llamas de la guerra. Fue estigmatizado por ser "humillado por submarinos alemanes" y "traicionar el honor nacional".
La coalición a favor de la guerra ahora se movía para forzar la mano del presidente. El 7 de febrero, el Departamento de Estado les dijo a los traficantes de armas que se defendieran por cualquier medio útil. Wilson fue presionado para respaldar en el Congreso una demanda que le otorgaba "el poder de armar buques mercantes". Dichos buques obligarían a los submarinos alemanes a atacar o hundirse tan pronto como aparecieran. Después de cuatro días de debate, la Cámara aprobó la moción. El Senado resistió durante otros diez días mientras doce senadores muy críticos con la moción se filibuscaron. Wilson acusó a los senadores de reducir "al gran gobierno de Estados Unidos a una ridícula impotencia". Como no pudo obtener la confirmación en el Senado, Wilson emitió un decreto presidencial que autorizaba la conversión de buques mercantes en buques de guerra de facto.
Como era de esperar, varios barcos estadounidenses fueron torpedeados, entre ellos el Algonquin y el Viligentia.
Sin embargo, incluso después de estos hundimientos, el pueblo estadounidense, a diferencia de los grupos de intereses especiales a favor de la guerra, no se dejó llevar.

House se quejó amargamente: "En Missouri no parecen entender lo que está en juego. Ese es el lado patético de este negocio". A House le pareció incomprensible y "patético" que la América central no se precipitara con entusiasmo a un estallido de balas, bombas y obuses.
La coalición a favor de la guerra creó una forma de convertir al pueblo estadounidense, a los que tenían que luchar, en enemigos decididos de los alemanes. El plan infalible se conoció como el asunto del "telegrama de Zimmerman".

CAPITULO XXXVI

El "Telegrama de Zimmerman"

Nadie ha entendido nunca muy bien lo que sucedió en los Estados Unidos en el momento del escándalo del "telegrama Zimmerman", excepto que fue el responsable de que el pueblo estadounidense se volviera a favor de la guerra.
En ese momento se dijo que Alemania había propuesto una alianza con México. Para los europeos de 1917, México se parecía un poco a Papúa: sabían muy poco al respecto. Tenían una vaga noción de bandidos, sombreros y cactus. Pocas personas tenían conocimiento de la cultura o historia de México.
Los estadounidenses, por otro lado, tenían una conciencia mucho mayor de México. México había perdido la mitad de su territorio ante Estados Unidos. Los mexicanos todavía lamentaban en 1917 la pérdida relativamente reciente de Texas, California, Nevada, Arizona y partes de Wyoming y Colorado. Para ellos no era solo su tierra, sino también su herencia hispana lo que les había sido arrebatado. Durante siglos, San Francisco, Los Ángeles, San Diego, Salinas, Sacramento, Albuquerque, Pueblo, Alamogordo, El Paso, San Antonio, Amarillo fueron nombres maravillosos que habían formado parte de ellos y que permanecieron en su conciencia patriótica.
Los estadounidenses, sin embargo, ahora vivían en las antiguas provincias hispanas y no tomaban con buenos ojos nada parecido a un reclamo mexicano. Había miedo y resentimiento en ambos lados de la frontera.

Se renovó el resentimiento cuando la armada de los Estados Unidos ocupó el puerto mexicano de Vera Cruz y el general Pershing condujo un ejército a territorio mexicano. En aquellos días no hacía falta mucho para traer las cañoneras estadounidenses. A la menor señal de malestar, se enviaron tropas estadounidenses para "restaurar el orden".
Después de 1900, Estados Unidos invadió Nicaragua, Honduras, República Dominicana, Cuba y, en 1916, México. Sin demasiada preocupación por "los derechos de autodeterminación", la administración de Wilson presidió la invasión de Haití en 1915, la República Dominicana y Nicaragua en 1916. Así como Louisiana y Alaska habían sido compradas anteriormente, la administración compró las Islas Vírgenes a Dinamarca. . No es un acto de acoso yanqui recordar tal imperialismo, sino más bien una cuestión de enunciar hechos históricos.
El profesor Bowan, director de la Sociedad Geográfica Estadounidense, señaló con franqueza: "Desde la anexión de las islas hawaianas, los Estados Unidos han extendido su influencia y control sobre nuevos territorios más rápido que cualquier otra potencia, incluida

Rusia imperial. De 1908 a 1917 hubo once anexiones, protectorados, compras que se extendieron por más de medio millón de millas cuadradas. Fue impresionante ".
Estados Unidos, como todas las demás grandes potencias, no había forjado su unidad entregando dulces a sus vecinos. Habían utilizado la fuerza, incluso contra sus propios ciudadanos en los estados del sur. Los indios habían sido expulsados por la fuerza de sus tierras tribales, hasta que dejaron de ser un factor.
Mientras el presidente Wilson hablaba de la libertad de los mares y los derechos de autodeterminación a los pueblos de Europa, se abstuvo de insistir en ese tema en el frente interno. En 1917 Estados Unidos invadió territorio mexicano y hubo poco debate sobre los derechos humanos.

En cuanto a los alemanes, que sentían que Estados Unidos podía atacarlos en cualquier momento, es posible que tuvieran algún interés en aliarse con México. Habían visto a Francia buscar una alianza con Rusia contra su país. Habían visto a los británicos volverse hacia Japón en 1914 e instar a los japoneses a declarar la guerra a Alemania.
Por lo tanto, es concebible que Alemania deseara mantener tropas estadounidenses en la frontera con México. Un conflicto habría desviado las tropas y los recursos estadounidenses de Europa. Los intereses alemanes y la nostalgia mexicana por sus provincias perdidas podrían sentar las bases de una alianza mexicano-alemana contra una coalición británico-estadounidense.
En cuanto a si tal alianza entre México y Alemania llegó a consumarse alguna vez, la respuesta es negativa. Nunca se firmó ningún tratado en ningún momento. Puede que se haya considerado, pero incluso eso es una conjetura. La posibilidad se basó únicamente en el contenido del "telegrama Zimmerman", cuyo envío e interceptación han permanecido nublados por el misterio hasta el día de hoy. La explotación de este dudoso documento sacudió a Estados Unidos hasta sus cimientos. Los Aliados finalmente se habían llevado el premio gordo, el descanso que House había funcionado y esperado durante tanto tiempo.

El "telegrama de Zimmerman" surgió de las sombras de la intriga. En febrero de 1917, uno de los hombres de House, Frank Polk, telefoneó a su jefe: "El Almirantazgo británico ha interceptado y descifrado un telegrama sensacional enviado por el ministro de Relaciones Exteriores alemán a su embajador en México, Herr Eckhardt". No conocía el contenido, pero creía que era en el sentido de que Eckhardt había recibido instrucciones de concluir una alianza germano-mexicana mediante la cual Alemania ayudaría a México a recuperar Texas, Nuevo México y Arizona.
La llamada telefónica fue muy extraña. Hubo confusión en cuanto a la fuente de la información, que hasta el día de hoy no se ha aclarado. Primero, se suponía que el Almirantazgo británico había interceptado el telegrama, luego siguió una segunda versión, y una tercera y una cuarta versión, todas contradiciéndose entre sí.
El profesor Seymour examinó el evento: "Un mensajero que llevaba el telegrama había sido detenido por nuestra patrulla fronteriza cerca de la frontera con México ... Nosotros [los agentes de inteligencia estadounidenses] hicimos una copia del despacho enviado a Halifax entre los papeles de Bernstorff ... El despacho fue escondido en un baúl misterioso que los británicos se apoderaron ".
Estas diferentes versiones flotaban alrededor de Washington cuando House agregó otra variante: no había sido informado por Polk sino por Blinker Hall, jefe de inteligencia naval británica. "Fue Blinker Hall quien llevó a cabo este golpe. Decodificó el telegrama y nos lo envió". (Casa, II, 498)
Cincuenta años después, el profesor Renouvin ofreció otra explicación: "El mensaje codificado fue enviado a Nueva York por el embajador estadounidense en Berlín y transmitido por la línea de cable británica". Esta última versión es tan extraña como las demás y hace poco para disipar la confusión.
"Mucha gente expresó sus dudas sobre la autenticidad de este documento", dijo el profesor Seymour. Sin embargo, quedaba un hecho: House quedó registrado, el día 26 de febrero

1917, ya que la información provenía de una llamada telefónica. En ese momento no contaba con el documento original ni copia del mismo ni tampoco el testimonio de un testigo directo. También se ha establecido que los británicos no interceptaron el telegrama en la embajada de Alemania en México. La declaración de House del 26 de febrero se basó en rumores y mentiras. "La forma en que se interceptó este despacho proporciona combustible para un sinfín de conjeturas", escribió el profesor Seymour.

Varios observadores de Washington estaban desconcertados por la secuencia temporal del asunto. El telegrama estaba fechado el 16 de enero de 1917. House reveló su existencia el 26 de febrero. Habían transcurrido cuarenta días. ¿Por qué la árida Casa británica habría esperado cuarenta largos días para publicar noticias que acercaran a Estados Unidos a la guerra? Para ellos, el tiempo era esencial.

Las deliberaciones sobre fechas y hechos no molestaron a House y Polk. Lo único que importaba era usar el telegrama, sin verificar como estaba, para enfurecer y hacer que el pueblo estadounidense entrara en pánico en la guerra.

"El señor Polk", escribió Seymour, "explotó a fondo esta comunicación: la publicación del telegrama de Berlín cambiaría la irritación en rabia. Fortalecería enormemente el apoyo que la gente le daría a Wilson en cualquier acción que pudiera emprender contra Alemania".

Por lo tanto, este documento altamente sospechoso, que muchos creen hoy que fue preparado por operativos de espionaje británicos, que están especialmente entrenados en el arte de la falsificación y la provocación, fue agitado en la cara de Wilson por House como prueba irrefutable de la perfidia alemana.

De alguna manera, el telegrama de Zimmerman dejó a Wilson escéptico. Se preguntó si una simple llamada telefónica ofrecía pruebas suficientes. No había visto ninguna prueba de su autenticidad y se sentía incómodo. Además, dijo Seymour, "Wilson estaba preocupado de que la publicación del despacho pudiera desencadenar una crisis que no podía controlar". House acosó al presidente. Exigió que se entregue el despacho para su publicación inmediata. Al día siguiente, 27 de febrero, House le escribió a Wilson: "Espero que publique el despacho mañana. Causará una profunda impresión en el Congreso y en todo el país". (House, II, 497) House estaba tan seguro de que el presidente haría lo que se le pidió que envió un cable al embajador Page en Londres: "En lo que a nosotros respecta, ya estamos en guerra".

A pesar de toda la presión, Wilson vaciló. House se puso frenético: "X me llamó dos veces desde Washington. La inercia del presidente le preocupa mucho. Como Lansing, quiere que vaya a Washington para empujar a Wilson a actuar". (Casa, II, 505)

House se había convertido en el Moisés del lobby pro-guerra. "Todos [los cabilderos de la guerra] recurrirían a House como el único hombre en el que se puede confiar para dirigir la voluntad del presidente", escribió Seymour.

En su nota, fechada el 27 de marzo, House escribió que había ido a apresurar a Wilson: "Él [el presidente] me confesó que no se sentía con ganas de asumir altas funciones presidenciales en un momento tan crítico". Entonces House planteó la pregunta: "Lo que se necesita es un hombre hecho de material más duro, con una mente menos filosófica que Wilson. Un hombre que pueda conducir una guerra brutal".

(Casa, II, 510). ¿Quién podría ser este hombre excepto House? Wilson habló noblemente durante los últimos días de paz de Estados Unidos:

La entrada de Estados Unidos en la guerra significará que estamos perdiendo la cabeza como los demás ... Significará que la mayoría de la gente en este hemisferio será presa de la locura de la guerra y ya no estará pensando ... Una vez que la gente esté en la guerra olvidarán que existía la tolerancia ... ¡Qué espantosa responsabilidad es tener que liderar nuestra gran

gente pacífica en la guerra más terrible, la más devastadora que jamás haya sufrido el mundo y que parece minar el núcleo mismo de la civilización.

Durante el mes de marzo House perseguiría sin piedad al idealista de la paz. El presidente no fue rival para la implacable House y finalmente cedió.
El 6 de abril de 1917 el presidente fue al Capitolio con los dientes apretados y anunció que Estados Unidos había declarado la guerra: "El motivo de nuestra acción no será la venganza. No queremos afirmar con una victoria la fuerza material de los Estados Unidos, simplemente queremos defender los derechos de la humanidad de los que somos los únicos campeones ". (Casa, II, 514)

Tan conmovidos como estaban por la propaganda aliada y el telegrama de Zimmerman, el pueblo estadounidense todavía se preguntaba si se les había dicho la verdad. House se quejó de que los estadounidenses "simplemente no podían captar el mensaje.

Los alemanes tuvieron que luchar contra el país que habían hecho todo lo posible por mantener fuera de la guerra. Fue un duro golpe, que esperaban que fuera contrarrestado por el derrocamiento del imperio ruso.
La abdicación del zar el 15 de marzo de 1917 no puso fin a la guerra entre Rusia y Alemania. Tan desanimados como estaban los ejércitos rusos, la guerra continuó. El régimen de Kerensky no cesó las hostilidades y logró mantener a más de un millón de soldados alemanes alejados del frente occidental. La intervención estadounidense hizo imperativo que Alemania hiciera las paces con Rusia. La supervivencia de Alemania dependía de cuánto tiempo tomaría separar a su ejército de Rusia y cuánto tardarían las tropas estadounidenses en cruzar el Atlántico.

CAPITULO XXXVII

Revolución en Rusia

Alemania había logrado retrasar la intervención de Estados Unidos de 1915 a 1917. Los submarinos habían sido excluidos del combate, se habían dado disculpas y se habían pagado reparaciones, pero ahora se había agotado el tiempo.
En unos meses, Estados Unidos podría enviar 750.000 soldados a la batalla en Europa. La armada estadounidense se apoderaría de los barcos alemanes estacionados en puertos neutrales y las armadas sudamericanas se verían presionadas para que siguieran su ejemplo. De hecho, la armada reemplazaría las 600.000 toneladas de barcos británicos que los alemanes hundían cada mes. En un año, dos millones de soldados estadounidenses lucharían junto a los aliados. Alemania perdió su carrera contra el tiempo.
El frente ruso había sido funesto para Alemania. Fue responsable de perder la batalla del Marne en Francia, cuando el general von Moltke, presa del pánico por el avance ruso en Prusia, había privado a su flanco derecho de dos cuerpos de ejército.
Era una guerra que tanto el káiser como el zar Nicolás II habían intentado evitar hasta el último minuto. Los dos monarcas eran primos y mantenían buenas relaciones personales y nacionales. El zar era un hombre pacífico, bastante blando y triste. Nunca habría estado involucrado en una guerra si no hubiera sido forzado a entrar en ella por la camarilla pan-eslava y otros conspiradores. Él

Lamentó constantemente que se había visto obligado a declarar la guerra a Alemania en contra de su deseo.

Los alemanes habían tratado inmediatamente de poner fin a una guerra inútil que ataba a la mitad de su ejército. En diciembre de 1914, el Kaiser delegó en su asesor, el financiero judío Albert Ballin, propietario de la mayor parte de la flota mercante alemana, para negociar una tregua, con el rey de Dinamarca actuando como intermediario oficial. Se mantuvieron conversaciones con el conde Witte, un destacado diplomático ruso. Las negociaciones se estancaron cuando el zar sintió que no podía hacer la paz sin el acuerdo de los aliados.

De marzo a mayo de 1915 se hizo un nuevo intento de paz. El ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, von Jagow, informó al zar que Alemania, a cambio de la paz, prevalecería sobre sus propios aliados turcos para permitir que Rusia realizara sus ambiciones en Constantinopla y los Dardanelos, donde los británicos acababan de recibir una severa paliza. Las propuestas secretas, fechadas el 10 de marzo y el 25 de mayo de 1915, fueron transmitidas por Maria Vasiltshikova, la dama de honor de la tsaritsa.

El lobby de la guerra en Rusia saboteó rápidamente esta iniciativa. Tan pronto como el zar estuvo en posesión de las propuestas, se tramó un complot para deshonrar al ayudante de la tsaritsa. El zar no la apoyó y dejó que sus propios enemigos la despojaran de su título y la exiliaran.

Tres meses después se realizó un tercer intento. Esta vez estuvo a cargo del presidente del Deutsche Bank, Herr Monkievich. La nueva oferta aún incluía a Constantinopla, y también agregó un préstamo de diez mil millones de marcos de oro. El 11 de agosto de 1915 las negociaciones fueron frustradas por el ministro pro-guerra Sazanov. Un cuarto intento, organizado por los grandes mariscales de Alemania y Rusia, también fracasó.

La revolución marxista de marzo de 1917 se lanzó con los gritos de "¡Abajo la guerra!" eso era una buena noticia para los planificadores militares alemanes. El zar había vuelto a declarar recientemente su inquebrantable apoyo a los aliados, y su derrocamiento cambió la posición de Rusia. Pero si el gobierno alemán iba a obtener algún beneficio de la retirada de Rusia, la velocidad era esencial: el asunto del telegrama de Zimmerman estaba acelerando la entrada de Estados Unidos en la guerra.

La desaparición del zar fue bien organizada y rápida. A pesar de su debilidad e incompetencia, había decidido liderar personalmente los ejércitos rusos, con resultados desastrosos. Muchos de sus generales eran igualmente ineptos, y sus ministros fueron elegidos siguiendo el consejo del degenerado Rasputín, plagado de piojos, a quien asesoraba su constante sombra, el usurero judío Simanovich.

El zar se refirió a Rasputín como "un santo llamado Gregorio de la provincia de Tobolsk". La manipulación de Rasputin-Simanovich de la familia imperial se había prolongado durante once años. Rasputin había hipnotizado a la tsaritsa y sus hijas. Rasputin habló y la tsaritsa se apresuró a cumplir sus órdenes, mientras que al mismo tiempo trataba a su marido con condescendencia: "Sufro por ti como si fueras un niño indefenso que necesita orientación, pero escuchas a los malos consejeros, mientras que el el hombre enviado por Dios te dice qué hacer ". El poder de Rasputín era tal que cuando envió una manzana al zar para "fortalecer su resolución", el potentado de todas las Rusias no se atrevió a comerla porque la consideraba una reliquia sagrada.

El reinado de Rasputín finalmente llegó a su fin el 17 de diciembre de 1916, cuando fue envenenado, disparado repetidamente y luego arrojado al río helado Neva por sus enemigos en la corte.

La familia imperial quedó devastada por la muerte de Rasputin. Siguieron, patéticos y aislados, su cortejo fúnebre. Su coche fúnebre llevaba un icono inscrito con los nombres de Alexandra, Olga, Tatiana, Maria y Anastasia: la tsaritsa y sus hijas.

El propio embajador británico en Rusia estaba en el centro de un plan para derrocar al zar si alguna vez perdía el estómago por la guerra. Londres estaba preocupado: el impacto de la desaparición de Rasputín podría llevar al zar a la paz. El embajador había reunido un círculo de banqueros ricos, capitalistas liberales, políticos conservadores y aristócratas descontentos para derrocar al zar. Debido a su odio por Alemania, los británicos favorecieron al gran duque Nicolás para que sucediera al zar.
Desde 1914, el embajador británico había ayudado e incitado a los conspiradores, pero su misma disparidad neutralizó cualquier efecto positivo que pudieran haber tenido en la monarquía rusa. Sin embargo, la intervención británica en los asuntos internos de Rusia privó a los nacionalistas rusos de cualquier posibilidad de sobrevivir al inminente ataque del comunismo internacional.
Mientras Rusia se ahogaba en la subversión y la traición, solo la tsaritsa mostraba cierta firmeza de carácter. Ella exhortó a su esposo a afirmarse y hacerse cargo:

No debes dar prueba de debilidad. La Duma no tiene derecho a pronunciarse sobre la guerra y la paz: esa es su decisión. Golpea la mesa con el puño, no hagas concesiones, muéstrales quién es el jefe y créale a tu dura mujercita. A Rusia le gusta el mordisco del látigo, Rusia lo anhela. ¡Sé como Pedro el Grande, Iván el Terrible o el Zar Pablo, aplasta a todos ante ti! "

El piadoso y humilde zar no podía concebir ni comprender tales exhortaciones. Oró a Dios por una solución, pero estaba paralizado por la indecisión. Los británicos habían difundido rumores de que la tsaritsa era pro-alemana, debido a su origen alemán, y estaba trabajando por una paz separada con Alemania. El general Denikin escribió en sus memorias: "Todo el mundo sabe que la tsaritsa exige una paz separada a cualquier precio". Nunca ha habido documentación que respalde esta acusación. Tampoco ha habido pruebas de que Rasputin estuviera relacionado con los alemanes. El propio Trotsky admitió en su Historia de la Revolución Rusa: "Incluso después de la Revolución, no se descubrió la más mínima prueba que estableciera un vínculo entre Rasputín y el ejército alemán".
Por muy amante de la paz que fuera el zar, permaneció totalmente leal a los aliados, quienes, por su parte, solo lo usaban a él. El 7 de marzo de 1917, solo una semana antes de ser derrocado y cinco meses antes de ser asesinado en Ekaterinburg, el zar aseguró al ministro francés Doumergue que Rusia seguiría firmemente comprometida con la guerra aliada.
La lealtad no correspondida del zar a los aliados lo había divorciado de la realidad de Rusia. La guerra había agotado los enormes recursos de Rusia y el suministro de alimentos se había reducido a la mitad. Las especulaciones de los banqueros habían elevado el costo de vida en un 300 por ciento y la gente pasaba hambre. "Habrá disturbios masivos por alimentos en cualquier momento", afirmó un informe policial en enero de 1917.

La tristeza estaba a la orden del día entre los ministros corruptos e incompetentes del zar. El ministro de Marina Grigorivich repetía: "Ya nadie en las fuerzas armadas confía en nosotros". El ministro de Guerra Polivanov lamentó: "La presa se está agrietando y la catástrofe ya no puede ser contenida".
La Rusia imperial estaba sostenida por los pilares podridos de una élite falsa. El 23 de febrero de 1917 San Petersburgo tenía una guarnición de 180.000 hombres, casi diez divisiones. Cuatro días después huirían presas del pánico.
La revolución comenzó con una marcha de 90.000 trabajadoras textiles. Estaban en huelga porque tenían hambre y no por otra razón. Con gritos de "pan, no guerra", marcharon de manera ordenada, sin el respaldo de ningún partido político.

Al día siguiente, los hombres, que habían notado poca interferencia policial, se declararon en huelga. Se unieron a las mujeres que marchaban a los gritos de "Abajo la guerra" y "Abajo la autocracia". Algunos estudiantes y elementos pequeñoburgueses también se unieron a la marcha improvisada. Ningún partido político apoyó estas manifestaciones. La multitud estaba cansada de tanta muerte en una guerra que no entendían y cansada de tener hambre. Cuando se ordenó a la policía que los contuviera, la multitud los invitó amablemente a unirse a la marcha. No hubo incidentes.
Las autoridades y la burocracia no entendían qué motivaba a estas personas. La tsaritsa culpó de la situación a un político judío al que llamó Kedrinsky: "Me gustaría creer que este Kedrinsky será colgado por sus discursos sediciosos. Debe colgarse ahora. Eso será un ejemplo para los demás", telegrafió a su marido. En cambio, "Kedrinsky", o más bien Aleksandr Kerensky, un socialista de izquierda, fue invitado a unirse al gabinete una semana después.

El 25 de febrero de 1917, las calles de San Petersburgo se llenaron. Los oradores arengaban a la multitud. El ministro de Guerra, Polivanov, no se mostró preocupado: "Hay", telegrafió al zar en Mogilev, "algunas huelgas. No tienen importancia". La tsaritsa informó a su marido al día siguiente: "Todo está tranquilo en San Petersburgo".
Sin embargo, hubo algunos disparos y algunas personas murieron. La tsaritsa envió otro telegrama por la noche: "Las cosas están empeorando en la capital". Instó a que se restableciera el orden.
El 27 de febrero de 1917 se llevó a San Petersburgo un batallón de georgianos. La cuarta compañía del regimiento Pavlosky de repente comenzó a disparar contra la policía, pero las bajas fueron pocas. Algunos de los amotinados fueron encarcelados, pero otros ocuparon su lugar. El incidente creó suficiente confusión como para cambiar la lealtad de los soldados al lado de los manifestantes. Hombres armados comenzaron a marchar con las multitudes que les habían enviado a detener.

El gobierno ruso declaró el estado de emergencia en San Petersburgo, pero la burocracia estaba tan desordenada que los avisos no pudieron publicarse por falta de cepillos y pegamento. Trotsky comentó con sarcasmo: "Las autoridades ni siquiera podían pegar un cartel en la pared".
El jefe de policía Rodzianko envió un telegrama al zar: "Ha llegado el momento de la verdad. El futuro del país y de la dinastía se está decidiendo ahora". El zar leyó el telegrama pero no lo entendió: "Este gordo de Rodzianko vuelve a enviarme tonterías que ni siquiera pienso en molestarme en contestar".
Ante la indecisión del gobierno, las multitudes tomaron la iniciativa. Se abrieron las cárceles y los presos se unieron a una marcha hacia el Palacio Mariensky, donde el gobierno estaba reunido. Los políticos y burócratas estaban aterrorizados por la noticia. Apagaron todas las luces y se escondieron en armarios y debajo de escritorios y mesas. El pánico disminuyó cuando se supo que la multitud se había ido a otro lugar. El presidente del consejo, el príncipe Golitsin, estaba tan conmocionado que le pidió a Rodzianko: "Ten la amabilidad de no pedirme nada, porque he dimitido".

Mientras tanto, la multitud había entrado en otro palacio, el Taurid, donde la Duma, la asamblea legislativa rusa, conducía sus deliberaciones. El zar acababa de disolver la Duma, pero se había creado una provisional en su lugar. La sala estaba llena de miles de personas, con cientos de discursos en un ambiente de carnaval. Kerensky corrió hacia la multitud con los brazos abiertos. Nadie sabía muy bien cómo lidiar con sus efusiones. Los nuevos ministros del gabinete fueron nombrados al azar, y el príncipe Lvov fue alojado sobre los hombros de un grupo y declarado jefe del gobierno por aclamación.

Los únicos grupos cohesionados en medio del caos fueron los soviéticos. Las células soviéticas se extendieron por Rusia esperando el momento oportuno para actuar contra el tambaleante gobierno ruso. Es notable que hasta este punto, ni un solo líder de izquierda había dirigido a las multitudes. La gente se manifestó contra el hambre y la guerra, pero no hizo demandas específicas. La confusión estaba a la orden del día.
A lo lejos, en el frente, el zar envió un telegrama a su esposa el 8 de febrero: "El clima aquí es espléndido. Estoy seguro de que estás bien y en paz. Se han enviado fuertes destacamentos de tropas al frente. Afectuosamente tuya, Nika". La tsaritsa se apresuró a responder que no todo estaba bien: "Es necesario hacer concesiones. Las huelgas continúan y muchas tropas se han pasado a la revolución".
En Helsinki, varios oficiales habían sido arrojados vivos bajo el hielo helado. Solo entonces el zar se dio cuenta de que algo andaba mal. Dejó su cuartel general para reunirse con su familia. Su tren era constantemente detenido por las turbas que habían tomado el control de los ferrocarriles. En San Petersburgo, su guardia personal se había amotinado contra sus oficiales y exigía su arresto, la infantería se había pasado a la revolución y la mayoría de los generales habían huido, incluido el gobernador de San Petersburgo.
El 14 de marzo de 1917, el zar, aplastado por la traición generalizada, acordó la formación de un nuevo gobierno. Pero fue demasiado tarde. Su debilidad había permitido que prosperara la traición y su poder había desaparecido. El gran duque Nicolás lo instó a abdicar. El zar no quería nada más. Perseveró en su posición solo por un sentido de obligación ordenada por Dios de cumplir con un deber sagrado. Informó a sus generales que estaba dispuesto a firmar su demanda: "Estoy de acuerdo en abdicar en favor de mi hijo, que permanecerá a mi lado hasta la mayoría de edad, y en nombrar a mi hermano Gran Duque Miguel Alexandrovich como regente de Rusia".

La abdicación no fue suficiente para algunos políticos. El 15 de marzo de 1917, los representantes de Petrogrado, Gushkov y Chulgin, exigieron que el zar firmara su abdicación solo a favor de su hermano Michael y aceptara al príncipe Lvov como presidente del consejo.
Al día siguiente, el reinado del zar Miguel terminó abruptamente cuando la multitud gritó que no querían ningún Romanov en el trono. Así terminó una de las dinastías más antiguas de Europa: fue gritada fuera del poder.

El zar nunca se dio cuenta de que su debilidad era la responsable de su desaparición. En su discurso de despedida al ejército ruso, seguía mostrando una asombrosa falta de percepción y una lealtad equivocada a los aliados que lo habían traicionado: "Quien piensa en la paz en estos días, quien quiere la paz, es un traidor a la patria". " Mantener una alianza con aliados indignos era más importante que salvar a su propio país.
El nuevo gobierno parecía estar aún más decidido que el zar a mantener a Rusia en la guerra. El 21 de marzo de 1917, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores Paul Milyukov declaró: "Las obligaciones internacionales que cumplirá la República de Rusia también incluyen los acuerdos celebrados en secreto". Así, a pesar de los 4 millones de muertos, la nueva república rusa seguiría sacrificando sangre rusa por los aliados.
Los aliados estaban encantados. Los políticos franceses y británicos opinaron que la nueva república rusa enviaría más tropas al frente.
El compromiso de la república con la guerra fue una mala noticia para Alemania. Significaba mantener un enorme ejército en el frente oriental y correr el riesgo de ser invadido por los estadounidenses. Para los estrategas de la guerra alemanes, la desaparición de la nueva república rusa fue una cuestión de supervivencia. Había que derribarlo a toda costa.
La caída del zar no llevó a los comunistas al poder. En la primavera de 1917 apenas había un solo revolucionario acérrimo en San Petersburgo o Moscú. Stalin había regresado de Siberia pero vivía en las sombras, apenas sobreviviendo. Los alemanes

Sabía que el único hombre que podía hacer explotar a Rusia era Vladimir Ilich Ulyanov, también conocido como Lenin. También sabían que reclutar a Lenin para ese propósito era muy peligroso: podía inflamar tanto a Europa como a Rusia.

CAPITULO XXXVIII

Lenin regresa a Rusia

En marzo de 1917, Lenin era casi un desconocido en Europa, excepto entre unos pocos grupos de extrema izquierda. Sin embargo, la inteligencia alemana sabía quién era Lenin: era más poderoso que un millón de soldados rusos. Los austriacos podrían haberlo capturado a principios de agosto de 1914 en Cracovia, Polonia, pero lo dejaron escapar a Suiza. Durante dos años y medio vivió en una habitación en lo alto de una fábrica de salchichas de Zúrich, respirando sus fétidos vapores. No tenía dinero y a menudo pensaba en suicidarse. Parecía haber perdido la esperanza de llegar alguna vez al poder: "Somos viejos y no viviremos para ver las batallas decisivas de la revolución".
Lenin representó el núcleo duro de la revolución. Él era intransigente y no podía soportar soluciones a medias. Todo el sistema burgués tuvo que ser hecho añicos. No habría cuartel, no habría concesiones. Se había convertido en un enemigo mortal de la izquierda moderada, a la que veía comprometida tanto en ideología como en acción.
Lenin preferiría vagar por el desierto político que tolerar cualquier tipo de socialdemócrata o menchevique. Los revolucionarios moderados lo enfermaron. Los consideraba falsos revolucionarios. No tenía tiempo para las organizaciones blandas y creía que la revolución debía ser manejada por especialistas o "técnicos revolucionarios profesionales", como él los llamaba. Las multitudes solo eran útiles en el marco de una organización férrea, subordinada a los revolucionarios profesionales. Comparó la implementación de la revolución con un procedimiento quirúrgico: todo tenía que estar preparado, con sangre fría y habilidoso.

La voluntad de Lenin era fría e indomable. Los que lo conocían decían que era todo un cerebro. Ciertamente fue el cerebro de la revolución. Cuando murió, su cerebro medía 1700 milímetros cúbicos, uno de los más grandes jamás registrados. Ahora su poder mental cambiaría el mundo.

En 1914, el partido bolchevique estaba formado por unas pocas personas en Rusia. Había siete miembros de la dirección, tres de los cuales eran policías encubiertos. Lenin tuvo que huir a Cracovia y luego a Suiza.

Su estado de ánimo alternaba entre el suicidio por su falta de medios y el júbilo por la guerra mundial furiosa. Saboreó el choque titánico de las potencias imperialistas y burguesas del mundo y vio la guerra como la salvación del bolchevismo: "Sin la guerra", escribió, "veríamos la unión de todos los capitalistas contra nosotros". Consideró la devastación de Europa como la eliminación de obstáculos para la construcción del comunismo universal.
Para Alemania, Lenin representó la última oportunidad de apartar a Rusia de los aliados. El levantamiento de marzo de 1917 en San Petersburgo había derrocado al zar, pero mantuvo a Rusia en el

guerra. Los alemanes sintieron que Lenin tenía el poder de hundir a Rusia en una sangrienta revolución que lo consumiría todo y que haría imposible continuar la guerra contra Alemania.
Los aliados no tenían el más mínimo conocimiento de Lenin, pero los alemanes lo habían tenido bajo escrutinio desde 1914. La decisión de utilizar a Lenin no se tomó a la ligera. Los alemanes sabían muy bien que Lenin quería derribar a la Alemania imperial incluso más que a la Rusia imperial. Para Lenin, la revolución mundial debía comenzar en Alemania, no en Rusia. Alemania tenía una masa de trabajadores ya preparada organizada según líneas políticas, y los socialistas estaban cerca de la mayoría en el Reichtag. Rusia, por otro lado, estaba compuesta por un ochenta por ciento de campesinos y un dos por ciento de trabajadores, que estaban desorganizados y no adoctrinados.

Solo la guerra, al desplazar a los campesinos de su tierra, los haría susceptibles al adoctrinamiento. La idea de que podían poseer la tierra que cultivaban los llevaría al comunismo, aunque Lenin no los consideraba una ventaja importante en comparación con el enorme proletariado alemán.
La decisión de Alemania de utilizar a Lenin en 1917 fue inoportuna para sus planes de conquista mundial. Su acuerdo de ir a Rusia fue quizás el mayor error de su vida. Si hubiera tenido la paciencia de esperar otros dieciocho meses, podría haberse beneficiado de la debacle de Alemania de 1918 y haberse apoderado de Berlín en lugar del mediocre Liebknecht. Lenin tenía el genio para la organización y la acción del que carecía Liebknecht. Fácilmente podría haber impuesto su voluntad a Alemania. El hombre adecuado en el lugar adecuado en el momento adecuado, podría haber lanzado su revolución mundial desde Alemania y arrasar con Europa.
Lenin siempre consideró secundaria su acción en San Petersburgo. Su principal interés estaba en Alemania. No le interesaba ningún país como tal, sino solo su potencial revolucionario. Sin embargo, aunque sabía que Alemania ofrecía el terreno más fértil, Lenin optó por liderar la revolución en San Petersburgo. Por una vez, su frío razonamiento fue anulado por su necesidad de actuar. Cuando los alemanes llamaron a su puerta, no pudo resistir el llamado a organizar una revolución, incluso en el país equivocado.

Los alemanes jugaron su carta de Lenin con precisión matemática, pero la política, como la guerra, puede estar llena de sorpresas. Esperaban que Lenin pusiera fin rápidamente a los revolucionarios de sillón que habían comprometido a Rusia en la guerra de los Aliados, pero Lenin casi fracasa y tuvo que huir a Finlandia en busca de seguridad.
Trotsky todavía estaba en Nueva York y Stalin, aunque había vuelto de Siberia, estaba escondido. A otros líderes comunistas no les fue bien en la revolución de marzo, demostrando ser mediocres. De hecho, algunos alemanes estaban a favor de respaldar a Stalin: pensaban que podían controlarlo más fácilmente que Lenin.
Tanto a Lenin como a Stalin se los consideraba afines a la guerra bacteriológica: el virus tenía que acabar con un vecino hostil sin afectar a quienes lo habían liberado. ¿Moriría el virus después de haber realizado la tarea asignada? ¿Podría ser contenido? Estas eran las cuestiones que preocupaban al alto mando alemán.
Los alemanes lograrían la primera fase de su objetivo: Lenin eventualmente pondría fin a la participación de Rusia en la guerra. La segunda fase fue destruir o contener el virus mortal. La duplicidad de Lenin, sin embargo, fue mayor que la de cualquier Maquiavelo alemán: rápidamente demostró quién estaba usando a quién. Una herramienta voluntaria de los alemanes porque le habían dado la oportunidad de implementar su revolución, ahora que tenía lo que quería, Lenin se sentía libre para volverse contra Alemania.
Una vez en el poder, Lenin desarrollaría una política de no guerra, no paz, que arrastraría a los alemanes a meses de conversaciones estériles. Alemania se quedó a una pulgada de la victoria, pero estaba condenada a permanecer allí hasta su derrota.

Al principio, Lenin había intentado eludir a las autoridades alemanas, planeando cruzar Alemania clandestinamente, con un pasaporte escandinavo falsificado y una peluca y barba postizas. Trotsky recordó: "Todos los planes de fuga con maquillaje, pelucas y pasaportes falsos se derrumbaron uno tras otro".
Antes de dejar Zúrich, Lenin estaba consternado por el carácter burgués de la revolución de marzo. Envió un telegrama a sus seguidores en San Petersburgo: "Absoluta sospecha. Negar al nuevo gobierno cualquier respaldo. Nuestro partido se sentiría avergonzado para siempre si se involucrara en tal traición. Preferiría romper con cualquiera de nuestro partido si esa persona fuera va a hacer cualquier tipo de concesiones al "social patriotismo". "
Sin embargo, en ese mismo momento estaban haciendo concesiones su camarada bolchevique Leon Rosenfeld, también conocido como George Kamenev, junto con los 19 delegados bolcheviques en el consejo de gobierno.

Superando su miedo y repugnancia por el líder comunista en parte judío, el gobierno alemán puso un tren sellado especial a disposición de Lenin, su esposa y otros 15 bolcheviques de su elección. Fueron enviados a través de Alemania hasta el Mar Báltico, donde se detuvieron en Estocolmo y finalmente llegaron a San Petersburgo el 3 de abril de 1917.
Los revolucionarios burgueses enviaron una delegación para saludar a Lenin en la frontera con Finlandia. Allí le obsequiaron flores, que odiaba. Todo su afán de agradar dejó a Lenin frío y despectivo. Les dio la espalda y pronunció un breve pero radical discurso.
La actitud de Lenin fue informada a Kerensky y su séquito de políticos cobardes. Llegaron a la conclusión de que Lenin estaba llevando a cabo un trato difícil. Al mismo tiempo, los perseguía un miedo morboso a que él no quisiera simplemente unirse al club político y compartir su botín con ellos.

Kerensky había intentado disipar los temores de sus colegas, que habían hecho correr la voz de que Lenin era un agente alemán: "Espera a que llegue Lenin y descubrirás que es un buen hombre". La acusación estaba destinada a desacreditar a Lenin a los ojos de los trabajadores rusos. Los "socialpatriotas", como Trotsky llamaba a los revolucionarios burgueses, habían definido su política hacia Lenin en la Duma: "El solo hecho de que Lenin regresara vía Alemania dañará su prestigio hasta tal punto que no habrá nada más que temer de él."

Lenin había anticipado esta acusación. Antes de abordar el tren alemán, había obtenido testimonios de buen comportamiento de líderes socialistas de toda Europa, incluido el teórico marxista alemán Levy. Un testimonio de su buen marxismo, co-firmado por las luminarias marxistas de Europa, decía: "Los internacionalistas rusos que ahora se van a Rusia para servir a la revolución nos ayudarán fomentando levantamientos entre los proletarios de otros países, particularmente los de Alemania y Austria, contra sus propios gobiernos ". El testimonio no mencionó por qué medios los "internacionalistas" regresaban a Rusia, y la referencia a "particularmente los de Alemania y Austria" se insertó a pedido de Lenin para refutar la acusación de que era un agente alemán.
La acusación fue puramente política. Alemania le había dado dinero y el uso de un tren a Lenin, pero nunca fue un agente como tal. Usó a los alemanes para su propio propósito, tal como los alemanes lo habían usado a él para los suyos. Lenin estaba impaciente por destruir la Alemania imperial una vez que se hubiera aprovechado su oportunidad rusa.
Lenin no fue el único receptor de dinero extranjero. Trotsky recibió fondos sustanciales del banquero judío Jacob Schiff en septiembre de 1917. El corresponsal de Schiff en Estocolmo, el Warburg Bank, incluso manejó la cuenta de Trotsky en la capital sueca.

Lenin, como Trotsky, aceptaba con gusto el dinero de donde viniera. Si los banqueros querían invertir en el negocio de la revolución, ese era su negocio; Lenin solo usaría el dinero para lograr sus objetivos.
El afán de Lenin por aceptar cualquier tipo de dinero llevó a los financistas de la revolución a creer que obtendrían un rendimiento de sus inversiones. Con la excepción de los banqueros judíos, Lenin pagó a sus banqueros financieros no con dinero sino con revoluciones en sus propios países. La política de Lenin era engañar al enemigo en todo momento: los acuerdos y las deudas solo eran válidos a los ojos de los burgueses. Para Lenin fueron las herramientas de la conveniencia. En este sentido, demostró ser el supremo materialista dialéctico, muy por encima de cualquiera de sus colegas, que siempre se avergonzaban de hablar sobre la financiación de Lenin por parte de Alemania. El hecho histórico fue que sin los millones de alemanes y los millones de judíos, avanzados en un momento crítico, la revolución de Lenin y los planes de subversión mundial nunca hubieran despegado. Fue una ridícula demostración de mojigatería marxista promover la tesis de que la revolución se financió pasando el sombrero entre el proletariado. Los historiadores comunistas se han puesto en ridículo al intentar pasar por alto la característica más destacada de Lenin: su manejo magistral del dinero al servicio de su revolución. Para Lenin, la noción de que el fin justifica los medios nunca fue un problema.

Aunque las acusaciones de respaldo alemán planteadas contra Lenin tuvieron cierto impacto, se vieron debilitadas por la mediocridad de quienes las formularon. Desde marzo de 1917 hasta que Lenin tomó el poder por última vez, hubo cuatro gobiernos sucesivos en siete meses. Todos estaban compuestos por revolucionarios burgueses, cada uno de los cuales competía por la posición de los más ineptos y más mediocres. Su pésima actuación llevaría a las masas decepcionadas hacia el único hombre que parecía saber lo que quería: Lenin. Su talento para la organización era evidente en todas partes. Cada calle, cada edificio, cada fábrica era el objetivo de los agentes de Lenin. "Manipuló hábilmente", escribió Souvarine, "las palancas del partido y utilizó a los revolucionarios profesionales lo mejor que pudieron, mientras que al mismo tiempo justificaba su plan táctico doctrinalmente".
La paz se había convertido ahora en un tema popular. Los revolucionarios burgueses se sentían incómodos cada vez que escuchaban a la multitud gritar "Abajo la guerra". El zarismo había sido derrocado recientemente con el mismo "¡Abajo la guerra!" grita. Pero la guerra continuó y la gente siguió muriendo en el frente y hambrienta detrás de las líneas. En todas partes la gente había tenido suficiente.
Lenin evaluó correctamente la situación. El 27 de marzo de 1917, el Soviet de Petrogrado desautorizó públicamente a Milyukov y sus promesas a los aliados. El soviet de soldados en el frente oriental había votado abrumadoramente en contra de la continuación de la guerra, como lo indicaban los votos de sus delegados en Minsk: 610 contra 8. "¡Abajo la guerra!" Estuvo acompañada de "Paz sin anexiones ni reparaciones". Esta fórmula, ideada por Lenin, fue tanto más inteligente porque imitaba los altos principios del presidente Wilson.

Milyukov perdió su ministerio a principios de mayo de 1917. El príncipe Lvov hizo concesiones de inmediato y ofreció cinco escaños a los socialistas. Siguió siendo presidente por puro decoro. El hombre más poderoso en este momento era el ministro de Guerra Kerensky, pero no puso fin a la guerra. Los soldados repitieron la consigna: "Si la paz es infame, danos una paz infame" de un extremo al otro del frente. Algunos sacerdotes se involucraron predicando la paz a cualquier precio. El patriarca adjunto Filonenky fue vitoreado por las tropas. "Los soldados", declaró en la Duma, "me besaban las manos y los pies". Pasaron los meses y el espantoso saldo de la guerra siguió aumentando, desde el Báltico hasta el Caspio. El escorbuto y el tifus cosecharon una mala cosecha. Los revolucionarios burgueses no hicieron nada, y los soldados simplemente se alejaron del frente. En unos meses, más de 2 millones

soldados desertados. La mayoría de ellos eran campesinos que iban a casa para apoderarse de la tierra que les habían prometido. El tren cargado de refuerzos llegaría al frente casi vacío. Los soldados literalmente saltaron de ellos a lo largo de la ruta.

Los líderes socialistas franceses y británicos vinieron a Rusia para arengar a sus homólogos socialistas en Petrogrado: su misión, explicaron, era reavivar el ardor marcial del ejército ruso. La visita resultó embarazosa para los revolucionarios burgueses. Los emisarios británicos intentaron salvar la situación prometiendo Constantinopla a Rusia como una recompensa entre muchas por permanecer en una guerra gloriosa. Tales promesas sólo enfurecieron más a la gente, y los aliados fueron acusados de practicar la "charlatanería pan-eslava".
Los emisarios aliados incluían al rico jefe del Partido Comunista Francés, Marcel Cachin, a quien se le informó que el gobierno ruso apoyaría un plebiscito popular en Alsacia-Lorena después de que terminara la guerra. Los británicos se quedaron estupefactos cuando el gobierno ruso propuso no solo la liberación de los pueblos conquistados durante la guerra, sino de todos los pueblos oprimidos. Se hizo especial referencia al pueblo de Egipto e Irlanda. Los socialistas británicos estaban particularmente consternados por la idea de liberar a Irlanda. Los socialistas franceses también estaban nerviosos ante la perspectiva de liberar colonias francesas sin la oportunidad de socializarlas primero.
De vuelta en París y Londres, políticos de todo tipo se preguntaban si era Wilson quien había susurrado sugerencias tan escandalosas a los oídos del gobierno ruso.

* * *

Los aliados no estaban dispuestos a permitir que la alianza rusa se desintegrara por el bien de políticas que, incluso si se acordaban, no serían implementadas antes del final de la guerra en cualquier caso. En ese espíritu, aceptaron las consignas de los radicales rusos: "Paz sin anexiones ni reparaciones"; "Un plebiscito controlado internacionalmente para Alsacia-Lorena"; "La responsabilidad de la guerra es de todos y todos deben participar en la indemnización de las víctimas".
A cambio de la aceptación de estos términos, el gobierno ruso estaba dispuesto a lanzar una última ofensiva para acelerar el final de la guerra. El general francés Nivelle bombardeó al Alto Mando ruso con demandas de que el general Alexyev comenzara la ofensiva de inmediato.

* * *

Kerensky todavía estaba intentando aplacar a los aliados cuando decidió ir al frente y levantar la moral de las tropas para una batalla final. Para entonces, el ejército ruso era una mera fachada. Setenta generales habían sido despedidos y muchos otros habían sido asesinados por sus hombres. Miles de agentes comunistas habían reemplazado virtualmente a los generales y estaban manipulando a las tropas para sus propios fines. Kerensky, sin embargo, sorprendió a muchos por sus incansables esfuerzos en el frente desde el 15 de mayo al 24 de junio de 1917. A pesar de las caóticas condiciones, su oratoria logró inspirar a más de 300.000 hombres a librar una batalla más.

El 24 de junio de 1917 los hombres fueron puestos bajo el mando del general Brusilov y. Kerensky ordenó una nueva ofensiva. El 1 de julio de 1917, Brusilov lanzó sus 23 divisiones en un asalto de 30 millas de ancho con el objetivo de capturar Lemberg. Los rusos rompieron las líneas austro-alemanas y tomaron 10,000 prisioneros al anochecer.

Sin embargo, el valiente esfuerzo ruso se vio frustrado cuando dos divisiones de reserva se negaron a seguir la victoria del día. Brusilov admitió que no había forma de obligarlos a luchar. El alto mando alemán, anticipándose a esta última ofensiva rusa, había enviado seis divisiones adicionales a las 72 que ya luchaban en el frente oriental. La contraofensiva alemana fue formidable. El 19 de julio de 1917 los alemanes expulsaron a Brusilov de Galicia. Durante los próximos diez días Brusilov perdería 160.000 hombres. En el frente báltico, el general von Huttier acabó con el duodécimo ejército de Rusia y capturó Riga, el puerto más grande de los estados bálticos. Rusia había recibido un golpe militar devastador.

La noticia de la ofensiva de Brusilov desató manifestaciones masivas en San Petersburgo. Por primera vez los bolcheviques se mezclaron con la multitud con el propósito de dirigirla. Los agentes bolcheviques gritaron: "¡Todo el poder a los soviets!" sin cesar y pronto el grito fue retomado por otros manifestantes. Leon Trotsky (Lev Davidovich Bronstein) finalmente se había unido a Lenin, después de ser detenido en Londres. Bronstein se despojó de su nombre de Nueva York para convertirse en Trotsky, el líder comunista, la mano derecha de Lenin. Ambos eran oradores vehementes y radicales cuyos discursos feroces hacían sonar bastante insípidos a los revolucionarios burgueses. La multitud acudió en masa a Lenin.

En junio de 1917, sin embargo, el Congreso de los Soviets estaba muy lejos de controlar Rusia. 105 bolcheviques habían sido elegidos para la Duma, pero eso solo representaba alrededor del 14 por ciento de la asamblea. Lenin se dio cuenta de que el proletariado ruso era "menos consciente, menos organizado, menos preparado que los proletarios de otros países", y estaba ansioso por ir más allá del Estado ruso lo más rápido posible: la revolución debe ser europea o fracasaría. .

"El socialismo", explicó Lenin, "no puede ganar inmediata o directamente en Rusia". Con solo una sexta parte del poder en manos de los soviets, Lenin trató de explicar sus políticas para resolver los problemas de Rusia directamente al pueblo. El proceso era arduo y sabía que solo una dictadura le permitiría consolidar el poder. Lenin sabía que los bolcheviques no podían llegar al poder mediante leyes, elecciones y consenso, sino solo a través de la fuerza. Como un tigre, esperaba el momento preciso en que pudiera saltar, porque sabía que el poder nunca se otorgaba, sino que siempre se tomaba.

CAPITULO XXXIX

Vuelo a Finlandia

En junio de 1917, se produjo un levantamiento contra el gobierno instalado por la revolución de marzo.

Lenin había hecho todo lo posible por adoctrinar a los trabajadores rusos, pero su número era pequeño en comparación con la población rusa en su conjunto. No había estado involucrado en los eventos de marzo y sentía que el nuevo levantamiento sería el vehículo hacia el poder. Sin embargo, tenía serias reservas. Las multitudes eran, según admitió él mismo, ignorantes e indisciplinadas. ¿Arriesgaría el futuro de su organización al depender de una turba incoherente? Lenin optó, en contra de su mejor juicio, por lanzarse a sí mismo, a su partido y a sus recursos a esta segunda revuelta.

Esta fatídica decisión de unirse a una revolución que fracasó rápidamente ha sido oscurecida e ignorada por los historiadores comunistas. Aunque Lenin jugó un papel esencial en su desarrollo, Trotsky tergiversó este hecho histórico con un subterfugio:

"Lenin", escribió Trotsky, "estaba enfermo y había vivido en una casa de campo finlandesa desde el 19 de junio. Ni ese día ni los siguientes fue a Petrogrado". (Trotsky, La revolución rusa, vol. II, p. 124)

La suposición de que Lenin echaría de menos involucrarse con revolucionarios poco profesionales era razonable. Su mente era demasiado metódica para semejante aventura. Lo que es desconcertante, sin embargo, es que el maestro revolucionario de Rusia realmente pudo haber estado ausente de Petrogrado durante días tan críticos. Desde principios de junio, la capital rusa había estado en ebullición y el 18 de junio de 1917 se había reunido una gran manifestación que unió tanto a trabajadores como a soldados. La manifestación se sintió en toda Rusia.

"La manifestación del 18 de junio", escribió Trotsky, "causó una inmensa impresión en los participantes. Las masas vieron que el bolchevismo se estaba convirtiendo en una fuerza; los espectadores se sintieron atraídos por ella. Nos vimos obligados a actuar en consecuencia".

Los días siguientes fueron testigos de violentos enfrentamientos entre anarquistas, comunistas y anticomunistas. Los presos fueron liberados de las cárceles y los soldados se amotinaron. Los revolucionarios burgueses, temiendo por sus vidas, finalmente se habían vuelto contra los bolcheviques. El propio Lenin denunció, el 25 de junio de 1917, "los salvajes gritos de rabia contra los bolcheviques".

Mientras todo esto sucedía, Lenin, según Trotsky, estaba convaleciendo en Finlandia. Nadie explicó nunca la naturaleza de la enfermedad de Lenin. Los archivos soviéticos no han producido nada sobre esta cuestión. Si bien todos los aspectos de las actividades de Lenin se han registrado religiosamente, no hay explicación de la repentina enfermedad que lo obligó a recuperarse en el extranjero. La versión comunista, o más bien la no versión, de este momento crítico en la historia de Lenin es más que desconcertante, es falsa.

No cabe duda de que Lenin estuvo en Finlandia el 21 de junio de 1917 por motivos entonces desconocidos, pero que nada tenían que ver con su estado de salud física. Tampoco hay duda de que el 4 de julio de 1917, el día en que estalló la segunda revolución, Lenin estaba en Petrogrado. Lejos de estar enfermo, arengaba a la multitud bajo la lluvia torrencial desde el balcón del palacio de la bailarina Kshesinskaya, instando a las masas a asaltar el palacio táurida.

Así, Lenin dirigía la revolución del 4 de julio en la capital rusa. Pero, ¿qué había hecho Lenin en Finlandia entre el 29 de junio y el 3 de julio de 1917?

La estancia de Lenin en Finlandia coincidió con la ofensiva de Brusilov. Fue precisamente cuando 23 divisiones rusas fueron lanzadas a una ofensiva final contra los alemanes que Lenin partió hacia Finlandia. Allí se reuniría con agentes alemanes, de quienes recibiría nuevos fondos a cambio de sabotear el avance ruso. El hecho de la ayuda financiera alemana a Lenin nunca ha sido refutado. Antes de abordar el tren alemán, Lenin se había quedado sin fondos por su propia cuenta. Los alemanes habían invertido en él por los servicios prestados.

Ahora, la ofensiva de Brusilov brindó a los alemanes la oportunidad de averiguar si Lenin había sido una buena inversión. ¿Podría sabotear a Brusilov? Lenin necesitaba y consiguió más dinero en Finlandia. Cuando regresó a Petrogrado el 4 de julio de 1917, finalmente dio la orden de salir a la calle, lo cual había prohibido totalmente con anterioridad. Lenin sabía cuánto costaba llevar a cabo una revolución exitosa y no quería que una chusma anarquista arruinara sus posibilidades. Quería una dictadura y ahora tenía los fondos para imponerla.

Lenin ordenó a su gente que se uniera a las filas de los manifestantes pacifistas. Sin embargo, la opinión pública seguía preocupada por la obligación moral de Rusia de "luchar contra el enemigo". Los sentimientos aumentaron cuando Trotsky, Zinoviev y Kamenev gritaron en la Duma que la

El ejército tuvo que deponer las armas. Fueron llamados judíos anti-rusos para destruir la patria rusa. Lenin fue acusado públicamente de ser un agente alemán.
El propio Trotsky escribió: "En las tiendas, en la calle, todo el mundo hablaba del dinero alemán". Rusos enojados irrumpieron en la sede del periódico bolchevique Pravda y la saquearon de arriba abajo. Luego vino la sede del partido y Lenin tomó vuelo.

Lenin y Trotsky se convirtieron en malas palabras. Dos semanas antes habían sido aclamados como héroes del proletariado. La multitud coreaba: "Muerte a los judíos, muerte a los bolcheviques".
Cómo Lenin, con su mente fría y calculadora, pudo haberse dejado envolver en semejante error de cálculo, casi desafía la comprensión. De hecho, en su afán por sabotear la ofensiva de Brusilov, los alemanes habían presionado a Lenin para que actuara en contra de su mejor juicio. También habían subestimado las reacciones rusas ante un intento de apuñalar a un ejército de combate por la espalda. A pesar de lo desmoralizado y harto que estaba de la guerra, el pueblo ruso no estaba preparado para la traición de sus soldados y su patria. La revolución de Lenin del 4 de julio de 1917 fracasó. Fue desterrado y sus colaboradores encarcelados. Los alemanes, que carecían de sensibilidad en su evaluación de la psique rusa, se habían apresurado demasiado.

Brusilov, el único héroe militar, había sido derrotado por la traición de los bolcheviques, que lo perdieron en Lemberg y Riga y Lenin era un agente alemán: tal era la percepción rusa del intento de revolución de Lenin.
El gobierno semisocialista, ayer tan despreciado por todos, experimentó un repentino giro de fortuna. Kerensky no solo fue absuelto de la catástrofe de Brusilov, sino que fue nombrado primer ministro. La paz se les había escapado a los alemanes y la revolución se les había escapado a los bolcheviques. Se acercaba el otoño y el futuro era sombrío tanto para el káiser como para Lenin.

CAPITULO XL

octubre Rojo

Durante los veinte años precedentes, la teoría de la revolución de Lenin había sido inflexible: la revolución, particularmente en un país donde las posibilidades de acción política son inexistentes, no es asunto de todos. La revolución debe ser organizada y dirigida por revolucionarios profesionales, la vanguardia de las clases trabajadoras capacitadas en todos los aspectos de la lucha clandestina. El partido constituye esta vanguardia. Debe organizarse en relación con su vocación insurreccional y con las condiciones externas de inestabilidad: es decir, el partido debe ser totalmente centralizado, autoritario y rechazando cualquier concesión al verbalismo.
Cuando se apartó de su teoría el 4 de julio de 1917, debió lamentar el día y reflexionar sobre la observación de Karl Marx: "He sembrado dragones y he cosechado pulgas".
Porque Lenin no era en modo alguno un demócrata; era un elitista del establishment. Consideró el sufragio universal una estupidez, en el mejor de los casos una herramienta temporal. Creía que la gente era por naturaleza incapaz de realismo político, y mucho menos de planificar un futuro revolucionario. El mejor cerebro tenía que imponer su voluntad a las masas. El proletariado debe ser dirigido por sus propios

bueno, con o sin su consentimiento. Lenin nunca se cansó de afirmar que él era el hombre adecuado para la tarea: su mente y su capacidad organizativa eran superiores a todas las demás. A menudo comparaba las masas con ovejas que balaban, pero él mismo tenía más la naturaleza de un león.

La fallida revolución de julio devolvió a Lenin al punto de partida. La próxima vez no habría más éxitos populares. Los revolucionarios profesionales nunca más permitirían que las multitudes los guiaran: se infiltrarían en ellos y tomarían el control de ellos. La disciplina de hierro prevalecería en cada detalle y se aplicaría sin piedad.

Sin embargo, la situación era bastante diferente a la que había encontrado a su regreso de abril, cuando fue recibido con flores. Lenin fue desacreditado y odiado como traidor por los rusos. Los Aliados, que se habían dado cuenta de que tenía el potencial de sacar a Rusia de la guerra, lo estaban atacando y la Internacional lo estaba denunciando públicamente.
Sin embargo, Lenin dominaría esta situación imposible en dos meses.

El viejo príncipe Lvov había entregado el 5 de julio la presidencia a Kerensky. Rusia todavía estaba en guerra pero no a la ofensiva. El frente se había roto y los alemanes controlaban la carretera a Petrogrado desde Riga.
Kerensky, el socialista favorecido por los aliados, pronunció interminables discursos y promesas. De hecho, estaba presidiendo una creciente anarquía. El hambre se extendía constantemente; el saqueo era un lugar común. Mientras las turbas tomaban tierras y hogares y mataban a sus ocupantes, Kerensky concentró sus esfuerzos en reducir las horas de trabajo.
El ejército ruso se estaba desmoronando por falta de alimentos y suministros. La única munición que llegó al frente fue fabricada en Japón y no se pudo usar con armas rusas.
Fue en este momento cuando el general Kornilov, un héroe de guerra que había escapado de un campo de prisioneros de guerra alemán, decidió "salvar a la nación de la catástrofe" tomando el poder. Lo que Lenin había intentado desde la izquierda, lo intentaría desde la derecha.
Había sido nombrado comandante en jefe de los ejércitos rusos en julio de 1917. Contaba con el apoyo de una parte de la burguesía, pero sólo de palabras. Fiel a su estilo, la visión burguesa era mezquina y mezquina: susurraban palabras de apoyo a Kornilov, pero nunca a costa de sus propios bolsillos.
El 27 de agosto, Kornilov lanzó un golpe de estado sin apoyo financiero. Apoyado por trabajadores desencantados, varios elementos patrióticos y tres divisiones cosacas, marchó hacia Petrogrado a lo largo de las vías férreas.
Kerensky, presa del pánico, gritó desesperadamente pidiendo ayuda en todas direcciones. Los líderes bolcheviques a los que había encarcelado se unieron al coro apesadumbrado. Trotsky temía que su fin estuviera cerca, se lamentó Stalin: "Los soviéticos han llegado ahora al fin de una agonía atormentada" (Souvarine, p. 159). Lenin, que había escapado a Finlandia, afirmó: "Ahora nos van a poner a todos nosotros ante el pelotón de fusilamiento, nunca tuvieron un mejor momento para hacerlo". Lenin entendió el momento oportuno: en un caso similar, no habría perdido la oportunidad de disparar a sus oponentes, como demostraría más tarde.

Kerensky había encarcelado a los bolcheviques porque temía que pudieran derrocarlo. Ahora, cuando Kornilov se acercó, los vio como salvadores: los soltaría, los armaría y lucharían contra Kornilov. Los bolcheviques no podían creer lo que veían: el hombre que los había encarcelado los estaba volviendo a poner en la silla.

Lenin siguió todo desde Finlandia. Organizó a treinta mil hombres para bloquear el acceso de Kornilov a Petrogrado. Kerensky requisó todos los alimentos y suministros para entregárselos a los bolcheviques. Kornilov se encontró con los bolcheviques bien armados, disciplinados y bien alimentados con soldados exhaustos por días de marchas forzadas y meses de privaciones. Su llamado a la burguesía por dinero para alimentar a sus hombres no había dado resultado. La falta de suministros obligó a Kornilov a rendirse y presenciar la desintegración de sus fuerzas.

Kerensky se salvó, pero ya no pudo devolver al tigre bolchevique a su jaula. Lenin explicó su posición: "Si el partido salvó a Kerensky de un golpe militar fue sólo con el objetivo de deshacerse de él de una manera más definitiva". Solo la mentalidad mercantil de Kerensky y el repentino estallido de pánico podrían haberlo llevado a creer lo contrario.
Lenin había aprendido bien la lección: la multitud se inflamaría con agitadores profesionales y la insurrección se llevaría a cabo como una incursión de comandos. Nunca más en Rusia se dejaría que la gente jugara a la revolución. Ahora los bolcheviques estaban armados: las armas les habían dado poder. Lenin lo resumió: "Ha llegado el momento".
Ahora que se había evitado el golpe de Kornilov, Kerensky pidió a los bolcheviques que depusieran las armas, solo para que se rieran de él. Trotsky se convirtió en gobernante del Soviet de Petrogrado y Lenin se dispuso a matar.

Lenin organizó lo que consideró un requisito previo para una revolución exitosa: "Creación de un cuartel general insurreccional, ocupación de lugares estratégicos y operaciones revolucionarias específicas". Todas sus instrucciones fueron dadas desde su escondite en Finlandia. Por temor a ser asesinado, no regresaría a Petrogrado hasta la víspera de la insurrección, cuando todo se había puesto en marcha según sus órdenes.
Lenin todavía tenía que lidiar con aquellos comunistas que querían una coalición de izquierda con otros partidos como una forma de asegurar la victoria. Estaba decidido a utilizarlos para todo lo que valieran y, al mismo tiempo, a ignorar lo que consideraba ideas a medias y traidoras. Los cortejó hablando su idioma: "El partido garantizará el desarrollo pacífico de la revolución, la elección pacífica de los delegados por el pueblo, una política pacífica de consenso entre todos los partidos de izquierda dentro de los soviéticos, la experimentación con otros partidos, programas, el reparto del poder entre partidos "(Souvarine, p. 162). Mientras los izquierdistas se arrullaban para que apoyaran a los soviéticos con una visión tan tranquilizadora, Lenin trabajaba febrilmente por la implementación de su política real.

Adquirir poder y nunca dejarlo ir era el objetivo de Lenin. Dejó claro a sus secuaces: "Asumir el poder es una cuestión de insurrección. Los programas políticos sólo aparecerán después de la toma del poder. Sería desastroso esperar las dudosas elecciones del 7 de noviembre. La gente tiene el derecho y el deber de arreglar las cosas por la fuerza, no por votos. Cualquier revolucionario que dejara escapar ese momento sería culpable del mayor de los crímenes ".
Cuando llegó el momento, Lenin aconsejó qué hacer con los transigentes de izquierda: "Debemos librar una guerra implacable contra ellos y expulsarlos sin piedad de todas las organizaciones revolucionarias".
A Lenin solo le interesaban los resultados. Contrató a los mejores agitadores profesionales del momento porque sabía que siempre superarían a los impulsivos. Si Lenin estuviera operando hoy, usaría los bancos, las computadoras y los medios de comunicación como las formas más eficientes de imponer su voluntad.

Gorky estaba asombrado por el poder manipulador de Lenin, por su absoluta falta de escrúpulos y su desprecio por la gente: "Lenin no es un líder imponente, sino un manipulador cínico sin ningún respeto por el honor, el bienestar de las personas o las vidas humanas". De hecho, Lenin no tenía sentimientos

hacia la humanidad porque lo único que le importaba era la revolución. Las personas iban a ser utilizadas simplemente como herramientas al servicio de las abstracciones revolucionarias de Lenin. Su mente omnipresente elaboró en detalle la implementación de sus teorías revolucionarias. Indiferente al dinero o las trampas del poder, comprendió la sustancia y la química del poder.

Kerensky había dado el poder a los bolcheviques en forma de armas y dinero con el propósito de oponerse a una revolución de derecha. Lenin usó el poder para consolidarse y expandirse. El ejército ruso fue el objetivo de una mayor infiltración. Lenin llevó el sistema celular, mediante el cual los agentes secretos estaban ubicados en todos los niveles de toma de decisiones de las fuerzas armadas, a una ciencia.
Había 200.000 soldados, a quienes Kerensky había mantenido alejados del frente, alrededor de Petrogrado. Lenin se infiltró en todo el cuerpo en poco tiempo. La guarnición de Petrogrado se convirtió en el ejército privado de Lenin. La disciplina se aplicó sin piedad y el adoctrinamiento político nunca cedió. Después de años de abandono y desorden, el ejército había encontrado a alguien con la voluntad de hierro para regimentarlos y motivarlos. Es posible que los hombres no entendieran la ideología de Lenin, pero respetaban su impulso y determinación de propósito.

Kerensky no entendía de qué se trataba Lenin. Consideraba al líder bolchevique como un político más que vendía asuntos y promesas como una forma de obtener votos. Ni por un segundo pensó que Lenin podría haber querido decir una palabra. Para Kerensky todo era un acto, parte del regateo en el bazar de la política. Cuando terminaba el espectáculo, todos se sentaban y compartían el botín del poder. Kerensky estaba bastante seguro de que su capacidad de regateo superaría a los bolcheviques: recibirían algo de poder pero lo compartirían con Kerensky y sus compinches.
Cinco días antes de la insurrección que lo sacaría del poder, Kerensky reflexionó con seguridad: "El bolchevismo se está desmoronando y no tenemos nada que temer, Rusia está con nosotros".
Kerensky vio que muy poca gente apoyaba realmente el bolchevismo, pero había ignorado el reclutamiento de cuarenta mil tropas de choque de Lenin entre los trabajadores y soldados descontentos en el área de Petrogrado.
Kerensky se deshizo de una fuerza militar y policial setenta veces superior a las tropas de choque de Lenin, más tarde conocidas como Guardias Rojos. Más de diez millones de soldados estaban nominalmente bajo el control de Kerensky, pero de hecho estaban totalmente desorganizados y desmoralizados, inutilizables para cualquier propósito. En cuanto a los ciento cuarenta millones de rusos, estaban demasiado hambrientos para estar con nadie. El caos provocado por años de gobierno inepto había convertido a la población en una masa inerte. ¡De los millones de soldados y personas, Kerensky podía de hecho depender de apenas 10.000 hombres!
Trotsky escribió: "Ciertamente éramos débiles, pero los bolcheviques nos enfrentábamos a un enemigo mucho más numeroso pero también mucho más débil que nosotros. Los números no tienen nada que ver con la política". La historia abunda en casos similares en los que un número pequeño y bien organizado de personas ha abrumado a grandes multitudes.
Lenin conocía la necesidad de una extrema prudencia y un secreto absoluto. Recordó que su pequeño y sencillo comité central había sido infiltrado por tres agentes encubiertos zaristas. Todos desconfiaban de él, incluso sus aliados más cercanos, como Kamenev y Zinoviev.
Lenin dio órdenes, pero nunca discutió ni reveló todo su plan. Como era un estratega y estratega supremo, no necesitaba ni el debate ni la aprobación de otros miembros de los soviéticos. Hacerlo habría significado filtraciones de seguridad y la ruina de cualquier plan. Lenin creía que cuanto mayor era la sorpresa, mayor era la victoria. Consulta

y la búsqueda de consenso siempre se hizo para ocultar y proteger su verdadera intención. Solo cuando su propósito hubiera sido logrado, informaría a sus colegas soviéticos de lo sucedido. Para entonces ya era un hecho consumado, la historia.

Los últimos días del gobierno de Kerensky transcurrieron lenta y silenciosamente. Llovió mucho. Todos los días al mediodía, Petrogrado era sacudida por una explosión del viejo cañón de la fortaleza de San Pedro y San Pablo.
El 23 de octubre de 1917 Lenin, completamente disfrazado, se mudó a un escondite en el distrito obrero de Viborg. El área estaba bajo el control virtual de la Guardia Roja.
Todo estaba listo. En la noche del veinticuatro, el Comité Central se reunió en secreto. Un solo hombre, que llevaba las órdenes de Lenin, dio a cada miembro instrucciones precisas sobre qué hacer, hora tras hora.

El Congreso General de los Soviets se celebraría al día siguiente. Lenin había decidido no esperar su opinión, que podría haber sido negativa, y tomó medidas para frustrar posibles problemas: "En el primer intento de elementos dudosos [los que tratarían con Kerensky] de tomar las calles, borrará estos criminales de la faz de la tierra ".

Lenin organizó la insurrección meticulosamente: la ciudad se dividió en zonas bajo la autoridad de los líderes de las milicias. Cada objetivo estaba claramente definido, al igual que las fuerzas necesarias para alcanzarlo. Todos recibieron armas adecuadas al rol que le habían asignado. Ochenta emplazamientos de ametralladoras estaban listos para abrir fuego. Dos miembros especialmente seleccionados del Comité Central dirigirían la toma de los ferrocarriles, la oficina de correos y los intercambios telefónicos y telegráficos en el momento en que se diera la orden de insurrección. Se habían organizado suministros de alimentos para todos los insurrectos.
El cuartel general de la insurrección estaba ubicado en el palacio Smolny, pero Lenin también había instalado otro alto mando en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, listo para asumir el control si por alguna razón el primer alto mando dejaba de funcionar.

Mientras se llevaban a cabo los férreos preparativos de Lenin, Kerensky seguía haciendo política como de costumbre. En la oscuridad de la noche, los bolcheviques se apoderaron de todos los centros estratégicos de Petrogrado: comunicaciones, estaciones de ferrocarril, centrales eléctricas, depósitos de alimentos y armas, todas las imprentas y el banco estatal.
A la mañana siguiente, el general Kovinkov informó a Kerensky: "La situación en Petrogrado es terrible. No hay disturbios en las calles, pero eso es sólo porque los bolcheviques se han apoderado de ellos. Los edificios públicos han sido ocupados y la gente está siendo detenida sistemáticamente. Seguridad" los guardias han abandonado sus puestos. Los bolcheviques también tienen una lista de funcionarios públicos que deben ser arrestados ".
Debido a un retraso de las unidades navales, el cuartel general del ejército y el Palacio de Invierno aún no habían sido tomados. Debido a que la insurrección se llevó a cabo con precisión militar, Petrogrado estuvo relativamente tranquilo. Lenin se negó a aparecer en público hasta que todos los edificios públicos estuvieran bajo su control. Por fin llegó el destacamento naval y desembarcó del río Neva. El crucero Aurora dejó el Palacio de Invierno, listo para el combate. Se dio un ultimátum para la rendición. No hubo respuesta. Durante el transcurso de una hora y media, el Aurora disparó treinta y seis veces, con solo dos impactos. El daño fue insignificante, pero como señaló Lenin, el ruido fue suficiente para obtener resultados sin destruir el edificio.
Los mil defensores del palacio capitularon mientras los ministros del gabinete permanecían sentados alrededor de la mesa de la sala del consejo. Se rindieron sin ninguna resistencia. Su

El líder, Kerensky, había desaparecido por la mañana. Vestido de mujer, se lo llevaron en el coche oficial de la embajada de Estados Unidos.
El bombardeo no tuvo ningún impacto en la rutina diaria de Petrogrado. La gente siguió yendo a los teatros, que permanecieron abiertos durante toda la insurrección. El rublo no valía nada; la gente pagaba con un huevo para entrar.
Tan pronto como sus hombres tomaron el control del Palacio de Invierno, Lenin se quitó la peluca y las pesadas gafas y apareció por primera vez en el Congreso de los Soviets. Después de cuatro meses de esconderse, Lenin había planeado y logrado una revolución desde su guarida finlandesa. Fue su obra maestra.
Su repentina reaparición tuvo un efecto prodigioso. Fue aclamado y aclamado interminablemente. Había forzado la mano de todos y había ganado. En política, ganar lo es todo. Lenin se lo debía todo a sus tácticas secretas. Las revoluciones de la primavera y el verano, en cambio, habían fracasado por falta de una mente dominante.
Cuando cesaron los aplausos, Lenin anunció que la guerra se detendría inmediatamente y que toda la tierra sería confiscada de inmediato. Creó un "gobierno de hierro" dirigido por "comisarios del pueblo". Todos los demócratas instintivos fueron excluidos. Lenin exigió que se eligiera un nuevo Comité Ejecutivo Central. Los bolcheviques tenían el control total del gobierno y los amos absolutos de Rusia.
¿Qué aportaría el marxismo al pueblo ruso? En los primeros dieciocho meses, ocho millones y medio serían ejecutados o muertos de hambre, tantos muertos como en cuatro años de guerra mundial. Esta masacre masiva no molestó a los líderes bolcheviques. La respuesta de Trotsky a los críticos fue: "La meditación melancólica [sobre la masacre] no impidió que la gente se reprodujera".

La noche del golpe, el 25 de octubre de 1917, a la vieja usanza, Lenin anunció que cesaría las hostilidades con Alemania. Siete meses después de la caída del zar, Alemania finalmente podría cerrar su frente oriental. Aunque Lenin y el Kaiser tenían intereses coincidentes, ambos en realidad estaban jugando con fuego. Lenin necesitaba la paz pero no tenía intención de ayudar a los alemanes. El Reich capitalista era un enemigo principal, que sería derribado por una revolución violenta.
Lenin no iba a hacer nada para fortalecer a Alemania si podía evitarlo. El káiser, por su parte, sabía que Lenin siempre había querido derrocar su régimen y vigilaba con inquietud los acontecimientos bolcheviques.

CAPITULO XLI

Brest-Litovsk

El telegrama de Lenin a los alemanes pidiendo el cese de las hostilidades ilustra su actitud maquiavélica. Propuso una tregua de tres meses solo para retrasar un tratado de paz formal. Esto dejaría a Alemania sin los beneficios de un acuerdo claro. El acuerdo le daría tiempo a Lenin para consolidar el gobierno comunista y preparar a Rusia como base para exportar la revolución sin liberar a los alemanes para que se concentren en ganar la guerra en Occidente. Lenin creía que los trabajadores alemanes seguirían el ejemplo bolchevique y se levantarían contra el Kaiser. Mientras se llevaban a cabo las negociaciones germano-soviéticas, lanzó una "campaña de paz" dirigida a todos los beligerantes, "una paz

sin ganancias territoriales ni indemnizaciones ". Aunque hizo un llamamiento a los diversos gobiernos, su principal llamamiento fue directamente al pueblo.
Lenin sabía muy bien que la gente no tiene voz en estos asuntos. Parten para la guerra, hacen la guerra y vuelven de la guerra con los ojos cerrados y los labios sellados. Los gobiernos, que son una fachada para un puñado de conspiradores -los Poincarés, los Sazonov, los Churchill, los Sonnino, las Casas, los Bethmann-Hollwegs- son los únicos que lanzan guerras. Pero Lenin ya cultivaba su imagen de conciliador.
Los manipuladores de los gobiernos estaban entonces perplejos por la sugerencia obviamente escandalosa de Lenin. Habían llevado a sus propios países a la guerra con el propósito expreso de adquirir botines y tierras, y por lo tanto rechazaron las propuestas de Lenin como la postura de un loco. El único jefe de estado que respondió favorablemente fue Wilson. Con patente ingenuidad, Wilson creía que podía convertir a Lenin a sus propios Catorce Puntos por la paz. Envió a Lenin unas felicitaciones entusiastas que debieron haber hecho reír con desprecio al líder soviético.
El telegrama de Wilson con fecha de marzo de 1918 dirigido al Congreso de los Soviets decía: "Permítanme aprovechar la oportunidad con ocasión de esta reunión soviética para expresar la sincera simpatía que siente el pueblo estadounidense por el pueblo ruso. El pueblo estadounidense está de todo corazón con el pueblo ruso en su determinación de estar para siempre libre del gobierno autocrático y de ser dueño de su propio destino ".

Cuatro días después, el 15 de marzo de 1918, Lenin respondió: "La República Socialista Federada Soviética de Rusia aprovecha la oportunidad con ocasión del mensaje del presidente Wilson para expresar a toda la gente del mundo su firme convicción de que el día feliz no está lejano cuando las masas trabajadoras de todos los países se liberará del yugo del capitalismo y establecerá un estado socialista ".
El ministro de Relaciones Exteriores de Lenin, Zinoviev, no ocultó su desprecio por el presidente estadounidense cuando le dijo al embajador de Estados Unidos en Moscú: "Con nuestras palabras hemos abofeteado al presidente Wilson".
Irónicamente, la fraseología capitalista de Wilson era prácticamente la misma que los pronunciamientos anticapitalistas de Lenin. Ya el 8 de enero de 1918 Wilson había escrito la esencia de sus famosos Catorce puntos. Originalmente había querido establecerlos antes de entrar en la guerra. Los puntos principales fueron: "El derecho a la autodeterminación de todas las personas", "la abolición de la diplomacia secreta", "la libertad de los mares" y "la paz sin anexiones ni indemnizaciones".
Cómo los británicos y sus aliados permitirían la autodeterminación de las personas cuando ya habían dispuesto de su libertad en tratados secretos era otra cuestión.

Lenin había evaluado con precisión a todos los gobiernos obligados por tratados secretos: "La guerra la libran los traficantes de esclavos que regatean por el ganado". De hecho, los aliados estaban regateando sobre Renania, Tirol, Sudetes, Prusia, Carpatia, Dalmacia, Esmirna, Armenia, Mosul, Bagdad y Jerusalén, así como otros territorios esparcidos por todo el mundo.
Durante varios años, millones de personas habían sido intercambiadas en secreto sin su conocimiento. Wilson quería compromisos a favor de la autodeterminación, pero era demasiado tarde; las ofertas y los tratos se cerraron, como el presidente se percataría un año después en Versalles.
Todas las negociaciones de paz fracasarían por este motivo. Lenin sabía muy bien que no había la menor posibilidad de convencer a los aliados de que renunciaran a su botín de tierra y pueblo.
Su cínica inteligencia comprendió la utilidad y la inutilidad de las demandas de paz de Wilson. Él seguiría, propondría una paz poco realista, ya que conocía el

los aliados nunca lo aceptarían. Lenin calculó que la conmoción provocada por la reasignación aliada del mundo abriría el camino al comunismo.
Lenin añadió una nueva dimensión al imperialismo tradicional y a enemistades étnicas como la entre eslavos y teutones: la introducción del imperialismo comunista. A diferencia de los imperialistas convencionales, que buscaban apoderarse de un terreno específico, el imperialismo comunista buscaba conquistar el mundo entero. Era una diferencia básica que transformaría el mundo. A partir de Lenin, las disputas seculares solo jugaron a favor de los comunistas. Solo la cooperación salvaría a naciones con una historia y una cultura comunes.

* * *

En Petrogrado, Lenin no tuvo más remedio que llevar la paz a las masas muy rápidamente. Su victoria de octubre todavía era frágil y geográfica y numéricamente limitada. Kerensky todavía estaba en Rusia, en la ciudad de Gatshina, a solo unos kilómetros de Petrogrado. Todavía tenía una fuerza de tropas leales y parecía hostil a Lenin. En el campo, la resistencia al comunismo iba en aumento.
Lenin admitió: "Todo pende de un hilo". El hilo era alemán. Si lo soltaba, sería barrido del poder con tanta seguridad como el zar o Kerensky. Alemania ya no iba a aguantar más la ambivalencia de Lenin y le envió un ultimátum. Lenin se dio cuenta de que ya no podía seguir a los alemanes, sobre todo porque su propia supervivencia estaba amenazada. El 23 de noviembre de 1917, Lenin y Trotsky se vieron obligados a pedir la paz y comenzar las negociaciones con Alemania sobre los términos un mes después en Brest-Litovsk.

Ambos lados ganarían y perderían. Alemania ganaría al haber impuesto sus demandas de armisticio, pero Lenin ganaría prolongando astutamente las negociaciones durante cuatro meses.

Los delegados bolcheviques iban de lo grotesco a lo astuto: una asesina convicta de Siberia, el camarada Bizenko, y un obrero borracho que se muerde los dientes con el tenedor fueron presentados como representantes del pueblo, dictando la voluntad del pueblo. Detrás de estos testaferros operaban tres de los bolcheviques más importantes, los verdaderos negociadores. Eran Abramovich, Rosenfeld y Bronstein, que ahora se llamaban respectivamente Joffe, Kamenev y Trotsky. Convirtieron las negociaciones en una rutina de los hermanos Marx que dejó a los alemanes desconcertados.
Al ver al borracho, la asesina y tres judíos tortuosos, el general Ludendorff preguntó asombrado: "¿Cómo podemos negociar con esa gente?" A Ludendorff le hubiera gustado marchar hacia Petrogrado y Moscú y acabar con los nidos bolcheviques, pero eso requeriría mantener un gran ejército alemán en Rusia, y Alemania necesitaba todas sus fuerzas en el frente occidental.
Finalmente, Alemania y Austria acordaron en principio, para poner fin a las payasadas dialécticas, dejar que las personas que viven en las partes de Rusia ocupadas por los alemanes decidan su propio destino mediante un plebiscito. Esa fue la primera demanda del trío. Se hizo otra demanda en el sentido de que Alemania debería evacuar los territorios y dejar que los bolcheviques organizaran el plebiscito. Los alemanes, que habían observado cómo el 25 de octubre de 1917 menos del 10 por ciento de la población había impuesto la dictadura leninista en el resto del país, se negaron a considerar esta idea. Las negociaciones se interrumpieron así durante diez días, desde el 28 de diciembre de 1917 hasta el 7 de enero de 1918, y los bolcheviques ganaron un tiempo vital.
Estas tácticas dilatorias ayudaron a la política exterior de Lenin pero poco lo ayudaron en el frente interno. De hecho, estaba perdiendo terreno a pesar de la represión masiva a todos los niveles. los

las masas trabajadoras habían elegido sólo 175 miembros bolcheviques de los 717 miembros de la Asamblea Constituyente. Fue un duro rechazo que Lenin no estaba dispuesto a tolerar. El 18 de enero de 1918, la nueva asamblea se reunió para tomar sus asientos para la sesión inaugural en el Palacio Taurid. Cuando llegaron, fueron amenazados y acosados por la policía bolchevique. Todo el distrito estaba en estado de sitio, con ametralladoras colocadas en cada tejado. Al día siguiente, a las 5:40 de la mañana, se disolvió sumariamente la Asamblea Constituyente, tras tan sólo unas horas de existencia.
Souvarine relató lo sucedido unas horas después: "Los trabajadores organizaron una marcha pacífica para demostrar su simpatía por los hombres que habían elegido. Llevaban la bandera roja. De repente, sin previo aviso, fueron abatidos por el fuego de ametralladora". 21 trabajadores cayeron muertos sobre el pavimento. Así trató Lenin al proletariado en su primera manifestación popular contra su régimen.
Tal fue el plebiscito, impuesto por ametralladoras, que Trotsky quería en Brest-Litovsk y que los alemanes no estaban dispuestos a conceder.

Trotsky inventó nuevas formas de retrasar las negociaciones. El 22 de enero de 1918 diseñó, a través del comité central del Partido Bolchevique, una propuesta novedosa: los soviéticos no firmarían un tratado de paz. Declararían la paz unilateralmente y se desmovilizarían.
Trotsky calculó que esta contemporización daría a los marxistas alemanes tiempo para organizarse en Alemania. Los agitadores profesionales habían tenido cierto éxito en la promoción del lema "Paz sin anexiones" entre los trabajadores alemanes.
Los agentes más agresivos del bolchevismo en Alemania fueron Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, ambos correligionarios de Trotsky-Bronstein, Kamenev-Rosenfeld y Joffe-Abramovich.
Luxemburg y Liebknecht tenían órdenes de ejercer la máxima presión sobre los negociadores alemanes en Brest-Litovsk para obligarlos a aceptar las demandas de Trotsky. Los sindicatos de trabajadores del acero se alistaron para encabezar las manifestaciones públicas. Pronto, quinientos mil trabajadores se unirían a las protestas. Se necesitó toda la habilidad de Ludendorff para desactivar una situación potencialmente desastrosa y hacer que los hombres volvieran a trabajar en una semana. Ludendorff experimentó así las acciones subversivas de agentes alienígenas dentro de las fronteras de Alemania, a las que llamó "tantos puñales apuñalando a nuestros soldados por la espalda".

El Alto Mando alemán ya no podía tolerar la intrusión bolchevique en sus asuntos internos.

En ese momento ocurrió un hecho fortuito para Alemania: la inmensa tierra de Ucrania, rica en el trigo tan necesitado en Austria y Alemania, se proclamó una república independiente. Una delegación ucraniana llegó a Brest-Litovsk para firmar un tratado de paz y colaboración por separado con Alemania. La parte más rica de la tierra escaparía al dominio soviético.
El 9 de febrero de 1918 a las dos de la madrugada se firmó la paz germano-austriaca-ucraniana. Ucrania entregaría inmediatamente un millón de toneladas de trigo a Austria.
Cuando los bolcheviques atacaron la capital ucraniana de Kiev, la colaboración germano-ucraniana se convirtió en una alianza que liberaría a las tropas alemanas del sur de Rusia.

El tratado había frustrado el chantaje de Trotsky. En un estado de rabia, salió de Brest-Litovsk en el primer tren a Petrogrado. Sin un tratado de paz, se ordenó a las tropas alemanas que avanzaran hacia Petrogrado. Los alemanes no encontraron resistencia y su

La ofensiva fue rápida: "Es la guerra más cómica que he experimentado", dijo el general Hoffman, quien condujo a sus tropas en tren. "Se carga un destacamento de infantería, junto con ametralladoras y un mortero, en un tren que va a la siguiente estación. Los bolcheviques son hechos prisioneros y la estación es capturada. Luego se sube un nuevo destacamento por ferrocarril y así sigue". A ese ritmo, los alemanes podían llegar a Petrogrado en dos semanas. Lenin se dio cuenta de que sus tácticas dilatorias en Brest-Litovsk no habían dado resultado. De hecho, habían fracasado. La posibilidad de una derrota total de su revolución comunista era real. Esta vez, lo sabía, no tendría adónde correr.
Lenin reorganizó sus prioridades. Estaba dispuesto a aceptar casi cualquier cosa siempre que pudiera retener una parte de Rusia como base comunista.
La embajada francesa, tratando desesperadamente de mantenerlo en la guerra, estaba ofreciendo divisiones y millones en oro. El Comité Central acordó aceptar "la ayuda de los bandidos imperialistas franceses contra los bandidos del imperialismo alemán".

Los "bandidos" del Káiser estaban ahora a medio camino de Petrogrado, a sólo 100 millas de la fortaleza de Lenin. Trotsky, que había querido luchar, finalmente se convenció del punto de vista de Lenin y le proporcionó el voto crucial necesario para firmar un tratado de paz. El 26 de febrero de 1918 la delegación bolchevique apareció una vez más en Brest-Litovsk. Esta vez no hubo tácticas dilatorias. Los soviéticos apenas miraron los documentos. El 3 de marzo de 1918 firmaron un tratado de paz con Alemania. Para Lenin, la opción había sido la paz o la extinción. "Sí", declaró Lenin, "esta paz es nuestra derrota más horrenda; sí, esta paz es una gran humillación para el poder soviético. Pero simplemente no estamos en condiciones de forzar la historia".

* * *

La apuesta de Alemania por Lenin había dado sus frutos. Sin él, Rusia todavía estaría en guerra. Además, Lenin había sido neutralizado, justo cuando su doctrina revolucionaria estaba a punto de extenderse como una epidemia de tifus.
Poco quedaba del imperio ruso: los países bálticos, Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Crimea y Tiflis estaban en manos alemanas. El imperio soviético se había reducido al tamaño de una provincia indigente.
Rumania, el aliado de Rusia, había sido derrotado por el general von Mackensen. Capituló cinco días después de Brest-Litovsk. Además de perder Dobrudja, Rumanía tuvo que arrendar sus pozos de petróleo a Austria y Alemania por un período de noventa años, así como darle a Alemania una opción sobre toda la carne, maíz y materias primas durante los siguientes ocho años.
Para Alemania, la satisfacción de ganar en el frente oriental se vio empañada por el desembarco de cientos de miles de tropas estadounidenses en la costa de Bretaña y Burdeos. Pero el bloqueo británico era de poca importancia ahora que Alemania tenía acceso a toda la comida y la materia prima en la puerta de su casa. Alemania estaba preparada para ganar la guerra en marzo de 1918: se aseguraron abundantes suministros, el bolchevismo había sido devuelto a un rincón helado de Rusia y la riqueza de Rusia estaba a disposición de Alemania. Solo la intervención del gobierno de Estados Unidos amenazó con la victoria alemana.

Sin embargo, el Reich tuvo que recuperar el tiempo perdido con un tremendo empuje hacia el oeste. Los alemanes fueron dirigidos por el mayor genio militar de la Primera Guerra Mundial, el general Ludendorff, mano derecha del mariscal von Hindenburg. La maquinaria de guerra alemana estaba en la cima de su eficacia: en menos de tres meses se trajeron 600.000 soldados del frente oriental, junto con todo su equipo, para reforzar las posiciones alemanas en Champagne y Artois.

Ludendorff estaba reuniendo metódicamente a todo el ejército alemán para la ronda final.

CAPITULO XLII

Ludendorff en las puertas

“¿Dónde estaba Francia a finales de 1917?” Ésta era la pregunta que André Tardieu haría en su libro, Paz. Tardieu había sido un propagandista incansable del paneslavismo al comienzo de la guerra y más tarde se convertiría en presidente del Consejo de Ministros de Francia.

Tardieu respondió a su propia pregunta de manera inequívoca:

El revés de abril de 1917 creó entre varias personas el deseo de una paz inmediata. Hubo motín en el frente, derrotismo en la retaguardia y traición en la marcha. Rumania había entregado su trigo y aceite al enemigo. El ascenso al poder de Lenin había enviado cientos de batallones alemanes contra nosotros. Los preparativos de guerra estadounidenses fueron particularmente lentos. Nuestros ejércitos quedaron inmovilizados por falta de gasolina. Los británicos habían sufrido el desastre de marzo de 1918 y los franceses habían sufrido un desastre similar en el Chemin des Dames. Los alemanes estaban en el Marne y París estaba siendo bombardeada. La confianza en el jefe de gobierno francés era baja y se decía en la Cámara que estaba perdiendo la guerra. El 29 de septiembre de 1919, Clemenceau reveló públicamente un amargo intercambio que había tenido con el primer ministro británico Lloyd George:

Lloyd George: "¿Reconoces que sin la armada británica no podrías haber continuado la guerra?"

Clemenceau: "Sí".

Los envíos de petróleo estadounidense a Francia evitaron el colapso del esfuerzo bélico. Tardieu, enviado por Clemenceau a los Estados Unidos, ha dado algunas cifras reveladoras:

"Si no hubiera tenido éxito a principios de 1918 en obtener del presidente Wilson la ayuda masiva que elevó nuestras reservas [de petróleo] de 47.000 toneladas el 1 de febrero a 237.000 toneladas el 30 de abril, las dos batallas, una defensiva y otra ofensiva, que decidió que la victoria no se habría obtenido ".

¿Cómo ganaría Ludendorff primero y luego perdería estas batallas, que los franceses habrían perdido sin el petróleo estadounidense y la marina británica?

Testigos de primera mano como Clemenceau y su ayudante militar, el general Mordacq, ofrecieron el mejor registro del casi colapso de Francia y el roce de Alemania con la victoria. El registro de eventos del general Mordacq, a diario, ha sido reconocido como fáctico por la mayoría de los historiadores.

El 21 de marzo de 1918, a las nueve de la mañana, los británicos fueron atacados en St. Quentin. Durante cinco horas habían sido golpeados implacablemente por las noventa divisiones de Ludendorff. Luego, el general Huttier, que el año anterior había conquistado Riga, incorporó al Decimoctavo Ejército Alemán. En cuestión de horas, el frente británico se derrumbó y los británicos se retiraron presas del pánico. La línea del frente aliado había sido violada.

El segundo ejército del general von Marwitz y el decimosexto del general von Billow siguieron su ejemplo. "En cuarenta y ocho horas", escribió Renouvin, "los británicos se retiraban en una derrota".

Clemenceau fue informado por los militares el 25 de abril de que el general [británico] Haig tendría que capitular antes de dos semanas y que el ejército francés tendría suerte si podía hacer lo mismo. (Clemenceau, Grandeza y miseria de la victoria, p. 22)
"Francia está en peligro supremo. Los británicos corren hacia el Mar del Norte para volver a casa. Haig no tiene más tropas de reserva e Inglaterra no puede proporcionar hombres para el servicio de combate inmediato" (Clemenceau, p. 25).
Los alemanes habían abierto una brecha importante exactamente en la unión de los ejércitos británico y francés, que se dividieron en dos. Ambos solo podían pensar en salvar sus propias pieles. La prioridad británica era cubrir sus rutas de escape, a saber, los puertos del Canal del Mar del Norte, y los franceses se esforzaron por defender París.
El propio mariscal Foch dijo: "Las divisiones de Ludendorff acaban de abrir ambas mitades de la puerta".

Los ministros franceses se reunieron apresuradamente con los generales en Doullens. El presidente francés Poincaré fue contratado por el bien de la apariencia, pero ahora era Clemenceau quien estaba al mando. Ofreció refuerzos a los británicos con la condición de que aceptaran al general Foch como comandante supremo de todas las fuerzas aliadas. Los británicos se opusieron al principio, pero los acontecimientos pronto cambiarían de opinión. Ludendorff desplegó sus tropas de suroeste a noroeste. Huttier llegó a Montdidier. Los aliados tuvieron un breve respiro cuando algunas de las divisiones de Huttier llegaron tarde del frente ruso.
Las pérdidas aliadas fueron enormes. 90.000 soldados franceses y británicos fueron hechos prisioneros.
El 3 de abril de 1918, los británicos se vieron obligados a aceptar el liderazgo de Foch.
Su aceptación fue solo táctica, y solo con el propósito de asegurar más tropas francesas para cubrir su retirada.
El reconocimiento real de Foch como "Comandante General de las Fuerzas Aliadas" sólo se produjo el 17 de abril de 1918, cuando los británicos fueron alcanzados por la segunda ofensiva de Ludendorff.
La segunda ofensiva comenzó el 8 de abril de 1918 entre Armentières y La Bassée. Las treinta y seis divisiones del VI ejército alemán cruzaron el río Lys y aniquilaron dos divisiones portuguesas que se habían atascado en el barro de Flandes. Los alemanes tomaron Kemmelberg, la colina más alta de la región, el 25 de abril de 1918. Esta fue una estratagema para alejar a las divisiones francesas del frente principal. Después de que los aliados cayeran en la trampa, Ludendorff aplicó la máxima presión contra el debilitado frente aliado.
Mientras Ludendorff se preparaba para la siguiente estocada, tuvo que lidiar con la escasez de municiones y suministros. Los soldados austríacos y alemanes tenían que vivir con una ración de 34 gramos de carne, 14 gramos de grasa y 165 gramos de pan al día. Los convoyes de suministros estaban críticamente escasos de gasolina y caballos. Sin embargo, los alemanes se las arreglaron para asestar dos grandes golpes consecutivos contra los británicos.
Clemenceau escribió: "Acabo de ver uno de los últimos contingentes británicos. Su lamentable estado era una prueba de que nuestro excelente aliado estaba en las últimas". (Clemenceau pág.47)
En la conferencia de Abbeville el 2 de mayo de 1918, Foch estaba igualmente alarmado: "La última ofensiva enemiga trajo pérdidas de hombres y material desproporcionadas a las pérdidas de los últimos tres años. La infantería británica sufrió más bajas que nunca antes. . Los franceses sufrieron pérdidas similares y es inevitable que lo peor esté por venir ". Clemenceau se sorprendió cuando los británicos decidieron recortar sus pérdidas y soltar nueve divisiones. La pérdida de 200.000 hombres en marzo de 1918 fue más de lo que podían soportar. La medida casi desencadena una pelea a puñetazos entre Lloyd George y Clemenceau.
Foch admitió: "El resultado de la guerra ahora depende del éxito de una ofensiva enemiga en ciertos lugares". Tanto Gran Bretaña como Francia estaban desmoralizados. El francés

El jefe socialista Merrheim ya estaba admitiendo la derrota: "Estamos en la posición de perdedores".
Incluso Tardieu, el extravagante belicista, se había vuelto sombrío: "El ejército británico del general Gough destrozado y arrojado a Amiens. El bombardeo alemán del 23 de marzo de París y la ruptura del frente anglo-francés nos devolvieron a las peores horas de 1914". . "

Ludendorff concentró su tercera ofensiva contra los franceses. El impacto fue tal que solo el redespliegue de las tropas francesas de Flandes salvó a Francia del colapso. La batalla tuvo lugar en Chemin des Dames y pronto se convirtió en un baño de sangre. Cuerpos amontonados en las montañas: 422.000 soldados franceses murieron, casi un tercio de las bajas de Francia durante toda la guerra.
El 27 de mayo de 1918, el Kronprinz, el príncipe heredero de Alemania, ordenó que treinta divisiones tomaran la ofensiva a lo largo de un frente de cincuenta kilómetros. El objetivo era penetrar las líneas francesas a una profundidad de quince millas y llegar a sus depósitos de municiones y suministros.
La ofensiva tuvo un éxito superior a las expectativas: "Después de la catástrofe del Chemin des Dames, la ruptura del frente francés, nuestras tropas han sido devueltas al río Marne". (Tardieu, Paix, pág. 46)
Los franceses perdieron otros 160.000 hombres. Los alemanes tomaron 50.000 prisioneros. El 29 de mayo cayó Soissons y el 31 de mayo los alemanes tomaron Dormans y Chateau-Thierry después de cruzar el Marne. Ludendorff estaba a una hora en coche de París.

El testigo más importante de esta debacle fue el general Mordacq, quien informó directamente a Clemenceau:

27 de mayo de 1918: Chemin des Dames, supuestamente una fortaleza inexpugnable, cae sin resistencia al primer empuje alemán. Los puentes del río Aisne fueron tomados y hasta el día de hoy todavía estábamos tratando de averiguar cómo.
28 de mayo: cae Fisme y los alemanes llegan a Soissons después de tomar un número considerable de prisioneros. Hay mucha emoción en París.
29 y 30 de mayo: Los alemanes toman Soissons, cruzan el río Arlette y llegan al Marne el día 30.
31 de mayo, 1 de junio: Los alemanes controlan el Marne desde Dormans hasta Chateau-Thierry.

La ofensiva alemana había avanzado tres veces más de lo esperado por el propio Ludendorff. Fueron necesarios increíbles esfuerzos franceses para detener la marea.
El general Mordacq concluyó: "Durante la batalla del Chemin des Dames, los aliados perdieron 60.000 prisioneros, 700 cañones, 2000 ametralladoras, una gran cantidad de artillería y material de la fuerza aérea, importantes depósitos de municiones, suministros y alimentos. vital para abastecer a Châlons desde París, ya no era utilizable ".
Fue un desastre. El general ni siquiera mencionó la enorme cantidad de muertos y heridos.

* * *

Por si fuera poco, los alemanes habían lanzado una cuarta ofensiva en dirección a Compiègne. Aquí nuevamente el general Mordacq ha dejado algunas notas invaluables:
28 de mayo: el general Duchesne visita la sede de Belleau. Está al mando del Sexto Ejército y se ha retirado a Ouchy-le-Château. Los alemanes avanzan y

no tenemos nada que oponernos a ellos. Duchesne se queja de que desde el inicio de la ofensiva no ha visto surgir ningún gran líder.
Dormimos la noche en Provins, cuartel general del general Pétain, que critica a Foch por haber enviado las reservas al norte de Francia y al río Somme. Se ha opuesto totalmente a ello. Dijo que las divisiones estaban mal desplegadas y la artillería había fallado.
El 29 de mayo escapamos de los alemanes de camino a Père-en-Tar-denois. En Fresne, el general Degoutte nos informa que las divisiones se habían lanzado a la batalla sin ningún apoyo de artillería. Es un espectáculo trágico ver al general examinando minuciosamente mapas andrajosos mientras los mensajeros en motocicletas siguen llegando anunciando el avance del enemigo. Lo dejé sabiendo que nunca lo volvería a ver. Es uno de los recuerdos más desgarradores que tengo de esta guerra.
Volvemos a París. La situación es confusa. La Cámara de Diputados está en pánico.

El 14 de junio de 1918, la Cámara de Diputados estaba plagada de cobardes y conspiradores. Hubo mociones para castigar a los responsables de la debacle. Clemenceau luchó como un tigre para salvar a sus generales derrotados. "Si hubiera cedido un solo minuto", dijo, "todo el Alto Mando se habría ido". Y el general Foch habría sido el primero en irse. Dijo Clemenceau: "No me jacto cuando digo que lo salvé".
Sin este anciano irascible de setenta y seis años, a menudo grosero y con un pasado político turbio, es muy probable que Francia se hubiera derrumbado a mediados de junio de 1918. Como ocurre con todas las democracias que se ahogan, se necesitaba un hombre fuerte para salvar a Francia. Clemenceau era ese hombre fuerte, incansable e intratable.
El ex canciller alemán Prince von Bülow escribió: "Como en los días de la Convención, surgieron líderes para manejar la crisis". Clemenceau, con un pañuelo al cuello, un viejo sombrero arrugado en la cabeza y un bigote de morsa, corrió de crisis en crisis, despidiendo a los incompetentes y levantando la moral de los soldados agotados y desanimados.

* * *

Alemania no tenía tal activo. El canciller Bethmann-Hollweg era un hombre culto pero fuera de su profundidad en la política. Triste y poco inspirador, se había salido de un error tras otro. Ya en 1914, había perdido toda credibilidad y no pudo llevar a cabo negociaciones serias.
El káiser lo despidió en julio de 1917 y se nombró a un nuevo canciller, George Michaelis. El nuevo ministro demostró ser totalmente incompetente y solo duró tres meses. Su sucesor fue el conde von Hertling, bienintencionado pero también inepto. Era un académico enfermizo y un sacerdote siempre estaba de guardia para darle los últimos ritos. Hertling de alguna manera sobrevivió políticamente durante doce meses. Luego fue reemplazado por el príncipe Max de Baden, un hombre amable de pensamiento totalmente liberal, que se sintió abrumado por el cargo y renunció tres meses después.

Ninguno de estos hombres era rival para el formidable Clemenceau. Disiparon las ganancias militares alemanas con una política turgente. Clemenceau, por otro lado, estaba tronando para salir de la derrota:
"Me presento a ustedes", rugió a los diputados franceses, "con un solo pensamiento: guerra total. Todos los derrotistas serán sometidos a un consejo de guerra. No habrá más campañas de paz ni manifestaciones, no habrá más traición, no más". "Traición a medias. Mi programa es el mismo en todas partes: hago la guerra en casa, hago la guerra fuera. Continuaré la guerra hasta el último minuto, porque el último minuto será nuestro".

Alemania pudo haber sido imperial, pero de alguna manera se toleraba a los traidores. Mientras Clemenceau volvió el pelotón de fusilamiento contra el más mínimo traidor, los traidores alemanes se quedaron para socavar la determinación nacional. El congresista socialista declaró impunemente: "Sabotearemos al ejército alemán para iniciar la revolución mundial". El congresista socialista Strobel declaró que una victoria alemana sería "contraria a los intereses socialistas".
El ex canciller von Bülow escribió: "Había muchos traidores a la nación entre nuestros socialistas, mientras que ninguno entre los socialistas franceses, británicos, italianos o belgas".
Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, los agitadores judíos comunistas que estaban instigando disturbios en Berlín con el propósito de derrocar al gobierno alemán al final de la guerra, anunciaron: "La revolución comenzará tan pronto como la situación militar empeore".
El gobierno imperial no solo no castigó a los traidores, sino que no hizo nada para respaldar o alentar a los socialistas leales y patriotas. A los saboteadores comunistas se les permitió interrumpir las fábricas de guerra e impulsar su propaganda sobre los trabajadores, una situación que ningún otro país toleró.
Von Bülow notó la diferencia:
La ley francesa castiga a los máximos propagadores del "pacifismo y el derrotismo". El editor del periódico socialista y pacifista Bonnet Rouge fue arrestado y ejecutado pocos días después. El ministro del Interior, Malvy, fue despedido y exiliado en desgracia porque fue acusado de ser blando con el pacifismo. El exministro de Relaciones Exteriores Caillaux fue encarcelado por derrotista y apenas pudo escapar con vida. El banquero egipcio Bolo Pasha fue detenido por "corrupción" con Alemania y por pacifismo. La acusación carecía de fundamento, pero, sin embargo, fue juzgado y ejecutado veinticuatro horas después en Vincennes. Las pomposas declaraciones sobre la libertad y la fraternidad sólo hicieron reír a Clemenceau: "¡Ay de los débiles! Evita a todos los que te hagan dormir. Estamos en el apogeo de una implacable guerra de dominación".

Clemenceau cometió excesos e injusticias, pero se basaron en la inquebrantable convicción de que nada podía interponerse en el camino del esfuerzo bélico.
La crueldad de Clemenceau llegó justo a tiempo. Ludendorff estaba casi a las puertas de París y las autoridades francesas se preparaban para huir hacia el sur al igual que en 1914. Clemenceau se las había arreglado de alguna manera para contener el pánico y restablecer el orden.
A pesar de su notable éxito en el frente de batalla, Alemania todavía estaba corta de la victoria. Hindenburg tenía cientos de miles de tropas en Rusia y Ucrania, que ahora eran esenciales para que Alemania ganara la guerra. Las tropas quedaron allí para asegurar la entrega de trigo a Austria y Alemania. También se habían obligado a permanecer otras cuarenta divisiones entre Kiev y Riga en caso de que Lenin rompiera repentinamente el Tratado de Brest-Litovsk. Ludendorff necesitaba desesperadamente estas divisiones; su genio militar no pudo compensar su ausencia para siempre.

CAPITULO XLIII

14 puntos y un armisticio

En 1918, el gobierno de los Estados Unidos desembarcó 2.082.000 soldados en el continente europeo. Eso fue el doble del número de todo el ejército alemán en el frente ruso. En enero, solo 195.000 estadounidenses habían desembarcado, pero seis meses después el número aumentó a 1.200.000.
Además de los hombres, Estados Unidos vertió material y alimentos. De la noche a la mañana, los británicos y los franceses se reponían con lo que habían perdido o lo que necesitaban.

En 1917, los préstamos de los bancos estadounidenses a los aliados representaron el 95 por ciento de las exportaciones estadounidenses a Europa. Las importaciones aliadas fueron enormes: cinco mil millones de toneladas de alimentos, cinco mil millones de toneladas de suministros y mil millones y medio de toneladas de acero.

Ludendorff estaba al tanto de la afluencia masiva de estadounidenses, pero calculó que aún podía superar al enemigo. Cuando el almirante von Hintze, enviado del káiser, le preguntó si podía derrotar totalmente al enemigo, Ludendorff respondió: "categóricamente sí". En tres meses, Ludendorff había abrumado a los aliados en tres ocasiones distintas con 130 divisiones, mientras que todavía tenía 77 en reserva. Para el empuje final, desplegaría dos millones de hombres entre Reims y el río Argonne.
En Francia lo esperaba un soldado tranquilo: el general Pétain, que más tarde se convertiría en mariscal y jefe de Estado. Pétain fue llamado "el vencedor de Verdun" porque durante seis meses había mantenido bajo control al ejército alemán en la ciudad de Verdun.
Mientras que Foch era un general agresivo, Pétain era principalmente un estratega defensivo. Tuvo cuidado de mantener las bajas al mínimo. Había notado cómo otros generales franceses habían tratado de resistir en posiciones de primera línea solo para que sus hombres fueran masacrados. Eligió duplicar la estrategia de Hindenburg. Abandonaría en secreto sus posiciones avanzadas y construiría formidables defensas en la retaguardia. Como sabía Pétain, Ludendorff ya no estaría cubierto por su artillería una vez que alcanzara las líneas de retaguardia reforzadas.

El 15 de julio de 1918 Ludendorff atacó a Pétain con 47 de sus 207 divisiones. Invadió las primeras líneas con la mayor facilidad, pero su artillería pesada había golpeado el terreno vacío. La artillería de Pétain retrocedió rápidamente. Los cañones de Pétain se enfrentaron al Primer y Tercer Ejércitos de Ludendorff con millones de proyectiles de 75 mm. Al principio, Ludendorff cayó en la trampa. Sus tropas avanzaron tres millas y cruzaron el río Marne, pero él les impidió seguir adelante.

Desde la debacle de Château-Thierry Foch se dio cuenta de que tenía que organizar un contraataque masivo. Con ese espíritu, no envió refuerzos importantes a las posiciones defensivas de Pétain. Foch corría el riesgo de ser aniquilado, pero había decidido más por terquedad que por habilidad para emplear su estrategia ofensiva. El 18 de julio de 1918 ordenó al general Mangin que realizara un ataque frontal. Ese día el Alto Mando alemán cometería el único gran error de toda la guerra: subestimó el potencial de los tanques diseñados para el asalto.
Es una ironía de la historia que en 1940 y 1941 el Reich alemán derrotara a los ejércitos de sus oponentes por toda Europa, gracias a los tanques de las divisiones panzer. Pero en 1917, el Alto Mando alemán aún no estaba convencido de la eficacia de los tanques. Los británicos y los franceses habían fracasado en sus primeras ofensivas de tanques, perdiendo la mitad de sus armaduras en una lluvia de fuego de artillería. En 1918, sin embargo, los aliados habían construido versiones muy mejoradas. Los aliados enviaron miles de ellos, en una ola continua, hasta que se produjo una brecha en el frente de Ludendorff.

Esta vez, el poder de fuego alemán no pudo detener el flujo de nuevos tanques. Mangin avanzó treinta millas hacia las líneas alemanas y tomó doce mil prisioneros en un día. Las líneas de suministro alemanas también fueron invadidas.
A pesar de este revés, Ludendorff logró mantener el orden y la disciplina. Organizó un redespliegue ordenado detrás de Fismes y estableció un nuevo frente alemán el 2 de agosto de 1918 cerca del río Vesle.
El revés no fue un gran desastre, pero por primera vez los alemanes habían perdido la iniciativa. Hindenburg estaba confiado: "Cinco veces durante la guerra tuve que retirar mis tropas y siempre terminaba derrotando al enemigo. ¿Por qué no iba a tener éxito una sexta vez?"
Ludendorff también se mostró optimista sobre sus perspectivas: "El ejército alemán podrá volver a tomar la iniciativa". Ludendorff todavía tenía 205 divisiones a su disposición. Sus soldados fueron probados en batalla y siempre habían mostrado la mayor valentía y disciplina. Los aliados admitieron que no tenían la mano de obra necesaria para igualar una fuerza tan enorme y bien organizada.

La falta de mano de obra aliada pronto se remediaría con una afluencia de 1.145.000 soldados estadounidenses. En julio de 1918, Estados Unidos había enviado 27 divisiones a Francia. Diecinueve de ellos estaban listos para el combate y el resto podría ser enviado al frente en cuatro meses.

El 27 de julio, Clemenceau envió un telegrama al general Pershing: "Felicitaciones cordiales por la creación del Primer Ejército Americano. La historia le espera, no le fallará".

El 7 de agosto de 1918 Foch fue elevado a Mariscal de Francia. Al día siguiente, movió sigilosamente sus tropas hacia Amiens. Una espesa niebla veló sus maniobras. Los alemanes se sorprendieron por el ataque, en particular por la cantidad de tanques involucrados, y se vieron obligados a retirarse otras diez millas. Los aliados ahora controlaban la carretera de Amiens a Roye. Ludendorff admitió: "Este es un día negro para el ejército alemán". Esperaría otros tres días por un informe completo para evaluar las posibilidades de victoria de Alemania: "Debemos enfrentar hechos y cifras. Estamos al límite de nuestras fuerzas, la guerra debe terminar".

* * *

Ludendorff había dicho la palabra definitiva. La paz ya no era un deseo: era una necesidad. Alemania tendría que negociar la paz y aceptar compromisos. Su poder de negociación se reduciría, pero aún tendría cierto peso. Alemania había perdido una batalla pero sus fuerzas todavía estaban en Francia, mientras que ninguno de los ejércitos aliados estaba en Alemania. Ludendorff tenía en mente una paz en la que se restableciera el statu quo ante bellum, fronteras y todo.
Desde octubre de 1917, muchos líderes de Occidente se habían preocupado por el surgimiento del comunismo. Lenin había dicho que la revolución bolchevique barrería el mundo y la intrusión de los agitadores comunistas se hacía cada vez más evidente. Los aliados se enfrentaron a elegir entre una política de conciliación para hacer frente a una amenaza universal o la vieja política de tratados secretos, expansionismo, colonialismo y venganza. Las probabilidades de que optaran por la conciliación eran escasas. No habían querido oír ni hablar de paz cuando perdían en el campo de batalla año tras año. Ahora que habían tenido cierto éxito, la posibilidad de la paz parecía aún más remota.
El canciller Hertling tenía poca comprensión de las intenciones aliadas. El 3 de septiembre de 1918 dijo a sus ministros: "Debemos decir a nuestros enemigos: pueden ver por ustedes mismos que

no puede vencernos, pero estamos listos, como lo hemos estado en muchas ocasiones antes, para concluir una paz honorable ". Su oferta fue recibida con burla por los británicos y los franceses. Habían decidido poner fin al conflicto en el campo de batalla y aplastar a Alemania. Después de una pausa en la lucha, los aliados tomaron la ofensiva el 20 de agosto y avanzaron sobre Ailette y Cambrai. Hindenburg y Ludendorff se vieron obligados a retirarse y establecer un nuevo frente.

Para Alemania aún había esperanzas de recuperar sus divisiones de Rusia. Si el comunismo estaba ganando influencia en todo el mundo, no le estaba yendo tan bien en la propia Rusia. Lenin fue desafiado cada vez más por las fuerzas nacionalistas, los ejércitos antibolcheviques y otros elementos hostiles, que aumentaban constantemente. Desesperado decidió firmar un acuerdo de cooperación con Alemania para liberar sus manos y hacer frente a sus enemigos internos. El acuerdo permitió el regreso de medio millón de soldados alemanes al frente occidental. Pero se necesitarían tres meses para trasladarlos y para entonces podría ser demasiado tarde. Las fuerzas estadounidenses se habían unido al frente y estaban demostrando ser excelentes soldados. Sin embargo, a mediados de septiembre Alemania, aunque debilitada, ciertamente no fue derrotada.

Tardieu señaló: "Para el 28 de septiembre de 1918, el enemigo había perdido la mayor parte del terreno que había ganado de marzo a junio, pero todavía hay 68 divisiones en reserva, lo que representa más de un millón de hombres. Puede que estén debilitadas, pero también los aliados. . "

* * *

La guerra continuó causando bajas masivas en ambos lados. El káiser repetía: "Debemos aprovechar el momento adecuado para llegar a un acuerdo con el enemigo".
Pero el momento nunca llegó. En tres semanas, la suerte de German se redujo notablemente. Sus aliados Bulgaria y Austria fueron derrotados y Turquía capituló. Alemania estaba ahora sola frente a fuerzas muy superiores. Ludendorff mostró un gran heroísmo, pero simplemente no tenía los números. St. Quentin, Roulers y Lille cayeron y Ludendorff se retiró a la línea Siegfried. Las deserciones turcas y búlgaras y la advertencia de que Austria capitularía pronto llevaron a Ludendorff a enviar un telegrama al Alto Mando alemán el 21 de septiembre: "Deberíamos hacer contacto con los Estados Unidos".

El 1 de octubre de 1918 Ludendorff, algo agitado, convocó a dos oficiales de enlace de la Cancillería de Berlín a su cuartel general. Les dio el siguiente mensaje: "¿Podrían transmitir una demanda urgente sobre el envío inmediato de nuestra oferta de paz? Las tropas están resistiendo hoy, pero no se puede predecir lo que sucederá mañana".

Más tarde, Ludendorff envió un segundo mensaje: "Nuestra situación sigue siendo honorable. Sin embargo, un avance enemigo puede ocurrir en cualquier momento, en cuyo caso nuestra oferta de paz llegaría en el peor momento. Tengo la sensación de que estoy apostando. probabilidad de que en cualquier momento y en cualquier lugar una división pueda incumplir su deber ".
De hecho, ninguna división alemana falló jamás en su deber. Tanto los soldados como los oficiales se mantuvieron firmes. Vadearon el barro hasta las rodillas en mi valle natal del Semois y, cuando era niño, recuerdo haber presenciado la inquebrantable devoción alemana por el deber. Sedán siguió siendo el derecho alemán hasta el día del armisticio.
El 25 de octubre de 1918, el mariscal británico Haig confesó a Foch y Pershing que sus tropas estaban cansadas y que el enemigo seguía siendo extremadamente duro: "Estamos agotados. Las unidades necesitan ser reorganizadas. Alemania no está militarmente rota. En las últimas semanas Los ejércitos alemanes se han retirado mientras luchan con mucha valentía y en el mejor orden ".

La observación de Haig nació de los hechos. El 20 de septiembre, Ludendorff todavía tenía 68 divisiones en reserva. En la última hora de la guerra, siete todavía estaban disponibles, mientras que 139 estaban en servicio de combate. Tardieu estuvo de acuerdo: "El vigor de la resistencia alemana en circunstancias críticas fue evidente hasta el día del armisticio". (Paz, p. 83).

Unos días antes del armisticio, los militares franceses pensaron que tendrían que pasar otro invierno en el frente. Foch dijo a la Cámara apenas doce días antes de Compiegne: "No estoy en una posición y nadie está en condiciones de darles una fecha exacta. La guerra podría durar tres meses, tal vez cuatro o cinco, ¿quién sabe?"

Lloyd George también observó las bajas: "En este momento, cada uno de nuestros ejércitos está perdiendo más hombres que en cualquier otra semana durante los primeros cuatro años de la guerra".

La guerra no había tenido vencedores. Ambos lados estaban cansados y ensangrentados.

El mismo Churchill, que no era amigo de Alemania, admitió públicamente que solo las grandes cualidades del pueblo alemán podrían haberles permitido mantener una lucha contra las tres cuartas partes del mundo. Después de 1500 días y noches de intensos combates, Alemania, a principios de 1918, seguía luchando contra los Aliados fuera de su propio territorio.

En octubre de 1918, Alemania declaró su voluntad de cesar las hostilidades sobre la base de los catorce puntos de Wilson. El Kaiser, a través de terceros, ya había informado a Wilson que Alemania evacuaría Francia y Bélgica sin condiciones. La oferta del Kaiser se había mantenido desde el 8 de agosto de 1918, pero la administración de Wilson no respondió. Se necesitarían otros 100.000 muertos antes de que Wilson reconociera la apelación alemana.

Ludendorff había aconsejado el fin de las hostilidades, sin embargo, cuando vio que los aliados habían ignorado el llamamiento alemán, informó: "El ejército alemán todavía es lo suficientemente fuerte como para contener al enemigo durante meses. Puede ganar batallas localizadas e infligir grandes bajas en los aliados. .

El mariscal Hindenburg también le dijo al canciller del Reich el 3 de octubre de 1918: "Aunque mi posición se vuelve más crítica cada día que el ejército alemán se mantiene sólido y continúa resistiendo todos los ataques aliados".

A diferencia de Poincaré que, lejos de las trincheras, gritaba pidiendo más sangre, Hindenburg era un hombre profundamente compasivo: "Cada día perdido cuesta la vida de miles de hombres buenos". El viejo mariscal también sintió la gravedad de la subversión comunista dentro de Alemania y su vínculo con Petrogrado. Los comunistas esperaban la derrota del ejército alemán para lanzar un levantamiento. Los agitadores rojos ya estaban infiltrados en las líneas de suministro alemanas. Era una reminiscencia de San Petersburgo en marzo de 1917.

* * *

Aunque los soviéticos habían declarado públicamente su objetivo de comunicar al mundo entero, solo Churchill, entre todos los aliados, se tomó en serio la amenaza:

"Los bolcheviques representan una concepción internacional de los asuntos humanos que es totalmente ajena y hostil a todas nuestras ideas de civilización". (Crisis mundial, vol. IV, p. 18)

Después de dos meses de ignorar los llamamientos de paz alemanes, Wilson finalmente respondió el 8 de octubre de 1918. Hizo preguntas que ya habían sido respondidas por los alemanes en su primer llamamiento: "¿Acepta el gobierno alemán los Catorce Puntos en su totalidad? ¿El gobierno alemán evacuará inmediatamente todos los territorios ocupados? ¿Habla el gobierno alemán en nombre de las autoridades que han librado la guerra hasta ahora? "

El 11 de octubre de 1918 respondió el Reich alemán. Alemania estuvo de acuerdo con todo: "El nuevo gobierno aprobado por mayoría absoluta habla en nombre del pueblo alemán".

El 14 de octubre Wilson envió una segunda nota exigiendo la destrucción de todo el poder militar alemán y la transformación de las instituciones políticas alemanas. Guillermo II sabía lo que significaba: "Esto apunta directamente a la eliminación de la monarquía".
A pesar de la fuerte oposición de Ludendorff (dimitió el 26 de octubre), el gobierno, encabezado por el príncipe von Baden, cedió a todas las demandas "en nombre del pueblo alemán".
El 28 de octubre de 1918 Wilson envió una tercera nota exigiendo un armisticio por el cual "sería imposible que Alemania tomara las armas". El armisticio y la paz, cablegrafió Wilson, sólo podrían negociarse con "representantes del pueblo alemán y no con aquellos que han gobernado al pueblo hasta ahora". Una vez más, el gobierno alemán estuvo de acuerdo.

Cuando Ludendorff protestó en nombre del ejército alemán, el nuevo vicecanciller, Payer, respondió secamente: "No sé nada sobre el honor militar, solo soy un burgués malvado, solo un civil".
Tal conversación hizo que los socialistas alemanes sintieran que por fin llegaba su momento. "Los socialistas", escribió el historiador Marc Ferro, "estaban tomando la decisión. Estaban en el poder y estaban esperando que el canciller von Baden obtuviera la abdicación de Guillermo II. Lo presionaron para que renunciara, dando a entender que seguiría una revolución".
Las predicciones de la revolución no eran tonterías. El 3 de noviembre de 1918 se producirían los primeros motines en Kiel.

Antes de dimitir, Ludendorff había declarado el 25 de octubre: "Si el ejército aguanta otras cuatro semanas, y llega el invierno, estaremos fuera de peligro ". El subsecretario Solf preguntó a bocajarro:
"Si una negativa (a cumplir con las demandas de Wilson) rompe las negociaciones, ¿asumirá usted la responsabilidad?"
"Sí", respondió Ludendorff.
Hindenburg también se opuso a las demandas de Wilson:
"Sería mejor seguir luchando y salvar nuestro honor".
Los aliados se dieron cuenta de que aún podían romperse los dientes con el hueso alemán. Estaban empeñados en una guerra de desgaste. Por su parte, Wilson estaba aprendiendo, después de que Alemania accedió a todas sus demandas, que era en su propio campo donde no se quería la paz. Los aliados no tenían tiempo para su tipo de paz, en la que los británicos ya no gobernarían los mares, y donde franceses, italianos,
Los políticos griegos y centroeuropeos no podían criticar a Alemania como chacales después de la guerra.

El 3 de octubre de 1918 Wilson decidió preguntar a los aliados "si estaban dispuestos a concluir la paz en las condiciones y principios ya conocidos". Wilson, por supuesto, se estaba refiriendo a sus Catorce puntos, que enfatizaban particularmente la "paz sin anexiones".
Los puntos habían sido leídos en el Congreso el 8 de enero de 1918:
1. "Convenciones abiertas a las que se llegó abiertamente". Durante los tres años anteriores, el
Los aliados habían firmado, en el mayor secreto, una serie de convenciones con el propósito de compartir el botín de guerra.
2. "Absoluta libertad de navegación por los mares". Gran Bretaña no tenía la menor disposición a acatar tal punto.

3. "Abolición de tantas barreras económicas como sea posible y establecimiento de condiciones comerciales para todas las naciones". El francés
El gobierno quería todo lo contrario para mantener a Alemania abajo para siempre.
4. "Las armas en cada país se reducirán al mínimo". Los aliados querían mantener su superioridad de armas, pero querían que Alemania estuviera totalmente desarmada.
5. Con respecto a las colonias: "Los intereses de las poblaciones afectadas tendrán el mismo peso que las reivindicaciones coloniales". Los aliados ya se habían confiscado las colonias alemanas para sí mismos y no tenían intención de preguntar a los nativos qué pensaban al respecto.
6. "Evacuación de todo el territorio ruso". Los aliados estuvieron de acuerdo en este punto. Lenin, que había estado contenido en un estrecho rincón de Rusia, ahora se desató para difundir el comunismo por todo el mundo.
7. "Bélgica debe ser evacuada y restaurada". Todos estuvieron de acuerdo.
8. "Los agravios causados a Francia por Prusia en 1871 en relación con Alsacia-Lorena deben ser corregidos". Este punto estuvo sujeto a múltiples interpretaciones.
9. "La rectificación de las fronteras italianas debe realizarse de acuerdo con el principio de nacionalidad". Este punto fue negado por el Tratado secreto de Londres firmado por Gran Bretaña, Francia e Italia en 1915. El tratado ignoró el principio de nacionalidad, ya que prometía a los italianos Tirol del Sur, incluidos 240.000 habitantes alemanes.
10. "Desarrollo autónomo de los pueblos de Austria y Hungría". En 1919, los dos países estarían rodeados por una banda de estados controlados por los Aliados. Esta reasignación de Europa Central se realizó sin el consentimiento de sus millones de habitantes alemanes, húngaros y eslovacos.
11. "Garantías internacionales para la independencia e integridad de Rumania, Serbia y Montenegro". Este punto era vago y no resolvía problemas históricos de larga data.

12. Con respecto a las naciones bajo el dominio turco, en su mayoría árabes: "Seguridad total y el derecho al desarrollo independiente sin ninguna interferencia". Este punto era ilusorio. En un tratado secreto con Francia, los británicos se habían entregado la mayor parte del Medio Oriente, que incluía territorios, poblaciones y petróleo. Además, el establecimiento británico había prometido el país árabe de Palestina a los judíos del mundo. Por supuesto, nunca se consultó a los palestinos.
13. "Se creará un estado polaco independiente que comprenderá territorios habitados por poblaciones polacas y al que se le dará libre acceso al mar". Los aliados entendieron que la palabra "acceso" significaba "anexión" y el punto no mencionaba que los territorios "habitados por poblaciones polacas" también estaban habitados por más de diez
millones de personas no polacas.
14. "El establecimiento de una asociación general de naciones". Los aliados consideraron este punto como otra de las grandes ideas de Wilson sin relevancia ni futuro.

¿Deberían los alemanes haberse negado a aceptar los catorce puntos de Wilson?
Como la mayoría de los europeos, no tenían conocimiento del estado físico y psicológico de Wilson. Un hombre debilitado por una enfermedad a menudo puede ser perjudicial para los demás: su cuerpo lo traiciona e irrita. Su carácter se ve afectado y también su rango de acciones.

Wilson había estado enfermo y enfermo desde la infancia. Sus ojos, su estómago, sus intestinos y su sistema nervioso se vieron afectados por la enfermedad. Su biógrafo, Bullitt, escribió: "A los setenta

años de edad sufría de problemas gástricos, migrañas, trastornos nerviosos y problemas estomacales "(President Wilson, p. 264)
Más tarde, Freud le diagnosticó que padecía un "típico trastorno nervioso
depresión "y notó sus reflejos paranoicos, particularmente en su creencia de que él era el Cristo reencarnado.
Aunque no se propuso causar problemas, su absoluta creencia de que no podía hacer nada malo presagiaba un mal augurio para la humanidad. Creía que sus principios más elevados cambiarían la naturaleza humana y el mundo, pero su condición física y mental le impedía darse cuenta de que estaba siendo dominado por intrigantes y conspiradores, tanto dentro como fuera de Estados Unidos. La Primera Guerra Mundial fue sobre todo una guerra imperialista. Los objetivos eran estrictamente materiales y territoriales. Nadie luchaba, como en 1940, por ideales o un nuevo concepto de orden mundial, sino por saciar la sed de más comercio, más gente y más tierra.
Esta codicia de ganancias pronto sumergiría a Wilson en Versalles, donde sus esperanzas de un mundo mejor se verían frustradas para siempre. Puede que se haya dado cuenta entonces de que la política es el cementerio de las buenas intenciones.

Los alemanes, carentes de cinismo político británico, habían decidido aceptar los catorce puntos de Wilson. No les preocupaba que algunas condiciones fueran demasiado severas porque creían que su próxima victoria en el verano de 1918 les aseguraría una paz honorable. Les habían impresionado ciertas declaraciones conciliadoras que Wilson había hecho con respecto a Alemania:
"De alguna manera estamos celosos de la grandeza alemana y no hay nada en nuestro programa que la frustra".
Wilson también había tomado una serie de posiciones públicas sobre Alemania:

Ahora sabemos que no somos enemigos del pueblo alemán y ellos no son nuestros. No iniciaron ni desearon este horrible conflicto. Tampoco queríamos ser arrastrados a ello, pero sentimos que de alguna manera estamos luchando por el pueblo alemán, y un día se darán cuenta, tanto como por nosotros mismos.

Una declaración de lo más conmovedora. Los alemanes, sin embargo, habrían depositado menos confianza en él si hubieran escuchado los comentarios anteriores de Wilson, esta vez hablando como un verdadero político, en el sentido de que: "No debemos dar demasiada importancia a las promesas".
¿Qué quedaría de las promesas de Wilson un año después? Los Aliados vieron los Catorce Puntos como una amenaza a los logros que ya habían logrado. Por razones diplomáticas no se habían opuesto públicamente a ellos, pero estaban lejos de estar de acuerdo con ellos.
Wilson pretendía imponerlos, de una forma u otra. Si los aliados no reconocían el carácter sagrado de sus principios, él los haría razonar mediante la presión financiera: "Gran Bretaña y Francia", escribió a House, "no tienen las mismas ideas que nosotros sobre la paz. Después de la guerra poder obligarlos a pensar como nosotros, porque entre otras cosas, estarán en nuestras manos económicamente ". (Bullitt, presidente Wilson, p. 306, 319).
Los aliados, que aún no estaban seguros de ganar la guerra, siguieron los pasos de aplacar a Wilson. En privado estaban furiosos y temían que un armisticio prematuro socavaría sus últimos avances en el campo de batalla. Necesitaban tropas estadounidenses para asegurar la victoria total en sus términos.

El liberalismo mesiánico de Wilson tuvo un desempeño pobre en relaciones públicas y diplomacia. Trataba la oposición a sus ideas con incredulidad y desprecio: los incrédulos serían forzados financieramente o ignorados. Esta actitud lo llevó a negociar la

condiciones del armisticio del 11 de noviembre sin siquiera consultar a los diversos grupos de presión que controlan la política de América. Ignoró la forma tradicional estadounidense de buscar consenso a través de consultas y compromisos bipartidistas. Los republicanos no fueron invitados a asociarse con sus catorce puntos, a pesar de que las demandas de Wilson se presentaron como un plan y una política nacionales.

Wilson iría a Versalles envuelto en una amarga y sórdida lucha política. No sería el portavoz de una América unida; seguiría su propia política y visiones. Además, su intento imprudente de imponer diez candidatos de su propia elección en las próximas elecciones senatoriales fracasó: ocho de los diez candidatos elegidos por Wilson perdieron por abrumadora mayoría. Fue un rechazo punzante que poco contribuyó a realzar su prestigio o credibilidad en vísperas de su partida a Francia.

Además de perder prestigio en casa y en el extranjero, Wilson también perdió el control del Senado. Sin la aprobación del Senado, Wilson carecía del poder para comprometer a Estados Unidos con un tratado internacional como el de Versalles. Todo lo que firmara estaría a merced de un Congreso hostil. De hecho, el Congreso rechazaría el tratado que Wilson había firmado en Versalles.

El armisticio con Alemania se firmó el 11 de noviembre de 1918. Las negociaciones del tratado comenzarían en enero de 1919, pero estaban condenadas al fracaso desde el principio. Cada participante observó las sutilezas diplomáticas habituales, pero antes de que comenzara la primera sesión, apenas había un solo tema en el que los Aliados estuvieran de acuerdo en general. Wilson, que había estado tan empeñado en imponer su punto de vista, ya no tenía mayoría en su propio país.

En un raro destello de realismo, Wilson expresó sus dudas sobre los resultados del Tratado de Versalles: "Esto nos costará miles de vidas y miles de millones de dólares, solo para terminar en una paz infame que nos condenará a otra guerra peor que esta". . " (Bullitt, presidente Wilson, p. 297).

Detrás de las luces y los aplausos, que deslumbraban a un público crédulo, se gestaba el mayor fracaso de la historia.

CAPITULO XLIV

El armisticio: un fraude

Recemos a Dios para que nuestro soberano tenga ahora el valor de morir en el frente de batalla ", declaró el conde Augustus von Eulenberg, uno de los ayudantes más cercanos del Kaiser.

Sin embargo, el todopoderoso Kaiser, que había sido el dios de la guerra durante años, se estaba derritiendo como mantequilla durante los últimos días de la guerra. Sabía que era el final y había decidido retirarse a una cómoda vida de exilio en el castillo de Aberemonge. No vería un

Uniforme alemán hasta 22 años después, cuando las Waffen SS encabezaron la conquista de Holanda.
El ejército alemán, a pesar de su coraje y disciplina, fue perdiendo terreno lentamente. Pero no fueron los aliados los responsables. El ejército alemán se vio socavado detrás de sus propias líneas en casa. Desde 1917, los agitadores y agentes marxistas, bajo la dirección de Lenin, habían llevado a cabo una implacable campaña de subversión y sabotaje.
La nueva embajada soviética en Berlín fue el centro de la subversión comunista en Alemania. Algunos de los agentes de Lenin habían sido arrestados y encontrados en posesión de documentos y dinero proporcionados por la embajada. Se remitieron fondos considerables a los administradores judíos de la insurrección comunista: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Más de 70010 de los líderes comunistas en Rusia eran judíos y prácticamente todos los jefes comunistas que aparecerían en Europa en las semanas siguientes también serían judíos.
Mientras el ejército alemán luchaba con fervor patriótico, los subversivos alienígenas estaban destrozando su patria. Tomaron el control de los puertos marítimos más importantes de Alemania, sabotearon los buques de guerra alemanes y sembraron el terror entre la población. Los agentes fueron asesinados y los arsenales volaron en Kiel y Lübeck. El terror llegó a Bremen, Wilhelmshaven, Altona y Hamburgo. Los matones marxistas se organizaron en "Brigadas de Hierro" y se enviaron en trenes cargados a todos los puntos estratégicos de Alemania, donde se incautaron municiones y armas. Tomaron el control de las estaciones de tren, puentes e intersecciones de carreteras.
Berlín estaba cayendo presa del caos bolchevique, donde bandas marxistas rivales luchaban por el privilegio de destruir Alemania. Pronto Berlín quedó a merced de los despiadados "comisarios del pueblo", al igual que el resto de Alemania.

Fue en este contexto de terror marxista que los políticos alemanes decidieron negociar el fin de la guerra. Un enviado asustado llamado Erzberger fue enviado a Foch para recibir un documento que exigía la rendición incondicional de Alemania y que debía ser firmado de inmediato. Erzberger tuvo dificultades para ponerse en contacto con el canciller von Baden porque los "comisarios del pueblo" en Berlín lo habían despedido de su trabajo. El jefe del gobierno alemán había sido despojado de todo poder cuando Erzberger fue convocado para firmar un documento escrito en francés. Después de mucha espera, Erzberger recibió un telegrama de Berlín: "El gobierno alemán acepta las condiciones de armisticio presentadas el 8 de noviembre". El telegrama estaba firmado "Reichskanzler Schluss". Foch estaba desconcertado por el nombre "Schluss":
"¿Quién es el canciller Schluss? ¿Quién es este caballero? Ni nuestro Alto Mando ni nuestro gobierno han oído hablar de él".
Foch miraba a Erzberger con desconfianza. Durante un tiempo, el enviado alemán se quedó sin palabras porque tampoco conocía al canciller Schluss.
Podría haber sonreído durante una ocasión menos trascendental, pero se compuso para disipar un malentendido que se estaba volviendo desagradable. "Schluss", explicó, "no es el nuevo canciller. No es ni un congresista ni ningún tipo de político. Schluss 'es simplemente una palabra alemana que significa period". "De hecho, el telegrama enviado fue enviado de forma anónima por alguien que dictó el" punto "para significar el final del mensaje. Ese era el comisario del pueblo Ebert, que no era canciller.
Berlín no tenía canciller, secretario de Estado ni emperador. Una chusma terrorista había ocupado los edificios gubernamentales por la fuerza en total ilegalidad.
La paz había comenzado con un fraude. El telegrama aceptando las condiciones de los Aliados estaba a nombre de un canciller inexistente y, por lo tanto, no tenía ningún valor legal.

Los aliados estaban preocupados por la situación en Alemania. La revolución marxista podría extenderse fácilmente a Bélgica y Francia. De hecho, Lenin había planeado utilizar a Alemania como su base para la comunización del mundo. El tratado de armisticio fue redactado para castigar a Alemania al máximo y saciar la sed de venganza de los aliados, pero su resultado inmediato fue salvar al comunismo y convertirlo en una fuerza lo suficientemente fuerte como para amenazar al mundo.
El tratado ordenó a los alemanes retirarse inmediatamente de los estados bálticos, Ucrania y Crimea. La presencia alemana había reprimido el virus comunista en Petrogrado. La remoción de las tropas alemanas abriría el camino para que Lenin invadiera estos países. El interés propio solo habría dictado que los aliados usaran a los alemanes como baluarte contra la marea roja, pero estaban tan abrumados por el odio hacia Alemania que se habían vuelto ciegos a las consecuencias de su acción.

De hecho, el armisticio estaba eliminando prácticamente todos los medios de defensa de Alemania: se tuvieron que entregar 5.000 cañones, 3.000 morteros de trinchera, 25.000 ametralladoras. Además, los aliados confiscaron 5.000 locomotoras y 150.000 vagones de ferrocarril, así como toda la fuerza aérea y la marina alemanas.
Tres millones de soldados alemanes que sufrían de agotamiento y años de privaciones tuvieron que regresar a casa a pie. Fue una prueba inhumana. Mientras tanto, bandas de judíos comunistas desataban un reino de terror en todas las ciudades de Alemania. La burguesía, paralizada por el miedo, se escondía en sus sótanos.
Erzberger todavía tenía la esperanza de que los aliados finalmente recobraran el sentido en el momento de ratificar el tratado de paz. También se sintió alentado de que el armisticio se hubiera concluido solo después de que todas las partes aceptaran los Catorce puntos de Wilson que garantizaban una paz justa.
¿Se respetaría este compromiso?
La aprensión europea frente a la revolución bolchevique debería haber inducido a la sabiduría. Pero no iba a ser.
Clemenceau estaba tras la sangre cuando afirmó: "Ha llegado el día de la venganza. Alemania esperará en vano a que vacilemos un minuto".
¿Cómo concilió Clemenceau sus declaraciones con la aceptación de su país de los Catorce Puntos de Wilson: "No habrá anexiones, reparaciones o indemnizaciones de carácter punitivo"?

CAPITULO XLV

Demagogia británica

Curiosamente, los que, incluso antes de la llegada de los delegados a la conferencia de paz en París, fueron los portavoces de una política de venganza, no fueron los franceses, sino el establishment británico.
Más que cualquier otro país, Gran Bretaña había tenido mucho cuidado para asegurarse de que la guerra resultara rentable para su comercio y su imperialismo. El establishment británico no permitiría que nada se interpusiera en el camino de su codicia por las ganancias.
En 1914, el imperio británico poseía una cuarta parte del mundo. Para asegurarse de que Versalles no alteraría su política institucionalizada de pillaje y piratería, los imperialistas británicos tenían por delante

del evento, pegaron ingeniosas pegatinas en el botín de los imperios coloniales alemán y turco. De particular interés fueron los campos petrolíferos de Oriente Medio y las posesiones alemanas en África. Londres necesitaba Tanganica, una región africana de gran importancia estratégica y económica para ellos, para unir sus colonias del norte de Egipto y Sudán con sus tierras del sur de África, que recientemente habían robado a los bóers. Mucho antes del armisticio, los británicos se habían apropiado del imperio colonial alemán como por derecho divino.

El imperio británico ahora controlaba 35,467,656 kilómetros cuadrados de la superficie de la Tierra, 10 veces más que en el siglo XVIII. También había adquirido aquello por lo que se había esforzado durante tres siglos: el dominio de los mares. Los británicos simplemente confiscaron toda la marina y la marina mercante alemanas. Todos los barcos alemanes habían sido llevados a Inglaterra en la base de Scapa Flow y debían ser distribuidos entre los vencedores, que para el Día del Armisticio incluían a la mayoría de los países del mundo. La distribución fue típicamente británica: 70070 de los barcos irían a Gran Bretaña y el resto al resto del mundo.

La guerra también había servido bien a la política británica de "divide y vencerás" por la cual Gran Bretaña se reservó el derecho a fomentar disturbios y guerras en Europa. Siempre ha sido un artículo de fe para el establishment británico evitar que cualquier país europeo se vuelva demasiado fuerte comercialmente o de otra manera. Alemania había sido un objetivo principal de esta política porque sus barcos amenazaban con competir con los cárteles y monopolios británicos. Alemania fue destinada a la destrucción solo porque tuvo éxito. Se unió a una larga lista de países que en un momento u otro a lo largo de los años se vieron envueltos en guerras y conflictos contra naciones respaldadas por Gran Bretaña.

El establishment británico los había visto como una amenaza, real o imaginaria, e inmediatamente puso en marcha sus agencias para hacer frente al problema fomentando guerras. Gran Bretaña siempre había considerado a Europa como un mosaico de entidades extraterrestres que debían ser manipuladas para la mayor gloria y riqueza del establishment británico y nunca se había considerado a sí misma como parte de Europa.

"Inglaterra sólo está ligada a Europa, pero no es parte de ella", declaró Churchill. El apoyo británico a un país que cumpliera sus órdenes nunca duró mucho. Tan pronto como cumplió su propósito, se descartó abruptamente.

La amistad o la lealtad nunca fueron una consideración.

Lord Palmerston explicó claramente la política británica: "Gran Bretaña no tiene amistad o enemistad duradera con alguien; sólo tiene intereses permanentes ". Incluso Clemenceau comentó:

Gran Bretaña nunca ha dejado de ser una isla defendida por el mar. Por ello considera necesario multiplicar las causas de discordia entre los pueblos del continente, para asegurar la paz de sus conquistas. Se pusieron a disposición de esta política considerables medios. La política europea de Gran Bretaña ha consistido principalmente en mantener a la gente de Europa bajo control: usar a unos para controlar a los demás.

En el Día del Armisticio, Gran Bretaña había vuelto a alcanzar su objetivo: había eliminado a su competidor mediante un juego sucio.

España en su apogeo había sufrido un destino similar. Los barcos españoles habían abierto el Nuevo Mundo, vigilados por un ojo británico con ictericia. En lugar de explorar nuevos mundos ellos mismos, los británicos desataron una flota de piratas contra los desprevenidos españoles. Los piratas que robaron más oro, asesinaron a más españoles y hundieron más galeones fueron automáticamente nombrados caballeros por Su Majestad Británica y cortaron un porcentaje del botín. Durante 200 años, el establishment británico vivió del producto de su piratería contra España.

La Francia napoleónica también estaba bajo constante ataque británico por su intento de unificar Europa. Los británicos habían favorecido a Napoleón como un revolucionario que desgarraba a Francia, pero cuando se convirtió en emperador tuvo que irse: una Francia fuerte no podía ser tolerada.
Durante todo el siglo XIX, Europa se mantuvo en un estado constante de agitación y guerras, de las cuales el único beneficiado fue el imperialismo británico. El 11 de noviembre de 1918 marcó la caída de Alemania, el competidor comercial de Gran Bretaña en 1914. Los británicos fueron bastante elocuentes al exigir reparaciones a una Alemania postrada, tal vez para desviar la atención del hecho de que ya se habían beneficiado de la mayor parte de los activos alemanes.

Sin embargo, los británicos no habían terminado con Alemania. Iba a ser utilizada para alimentar los molinos de la política británica.

Lloyd George se enfrentaba a elecciones y decidió aprovechar la ola de entusiasmo creada por la victoria aliada sobre Alemania. Los votantes británicos habían sido sometidos durante los últimos cuatro años a una orgía de propaganda anti-alemana y Lloyd George pensó que la histeria de la guerra había sido exprimida por completo. Apelaría a los votantes sobre los beneficios que su gobierno había obtenido de la guerra. Gran Bretaña ya había destruido Alemania y él no veía ningún sentido y ciertamente ningún beneficio en patear un caballo muerto.

En ese momento, el establishment británico consideraba a Francia como el próximo competidor en ser derribado. Los franceses habían perdido casi 2 millones de hombres durante la guerra y estaban sedientos de venganza y reparación. La guerra se había librado en su territorio y se sentían con derecho a la parte del león.
Dado que el león británico ya se había ocupado de eso, Lloyd George sintió que los franceses resultarían detestables al despertar y descubrir que no quedaba nada que exprimir de Alemania. Incluso podrían volverse contra los británicos con la rabia de un socio engañado. Además, dado que el gobierno francés había implantado firmemente en sus súbditos la noción de que Francia era responsable de ganar la guerra, la cuestión de la venganza y las reparaciones se convirtió en una cuestión nacional cargada de emociones más allá del escrutinio del conocimiento o la razón.
Churchill recibió instrucciones de reunirse con Lloyd George para desarrollar algún tipo de política bipartidista para hacer frente a las probables expectativas y recriminaciones francesas. El establishment incluso consideró ayudar a Alemania a recuperarse lo suficiente como para crear un contrapeso a los franceses.
El 11 de abril, Churchill cenó con Lloyd George en el número 10 de Downing Street. Churchill narró el evento:
Estábamos en el salón principal bajo la mirada de Pitt, Fox y Nelson. La grandeza y magnitud de nuestra victoria produjo en nosotros un sentimiento de ligereza y desapego. Sin embargo, nuestra tarea no terminó de ninguna manera. Mi mente estaba compartida entre la aprensión por el futuro y el deseo de ayudar a un enemigo derrotado. Seguimos hablando de las grandes cualidades del pueblo alemán, de la terrible lucha que tuvieron que librar contra las tres cuartas partes del mundo, de la imposibilidad de rehacer Europa sin la participación alemana. En ese momento pensamos que en realidad se estaban muriendo de hambre. Pensamos que el hambre y la derrota llevarían a la población teutónica al abismo mortal que ya había devorado a Rusia.
Sugerí que, sin esperar más noticias, enviáramos a Hamburgo media docena de barcos llenos de comida. Aunque las condiciones del armisticio no eran levantar el bloqueo hasta que se firmara la paz, los aliados habían prometido proporcionar suficiente comida y el primer ministro ve mi propuesta favorablemente.

Afuera, los cantos y los hurras de la multitud llegaban a nuestros oídos, como olas en la orilla. Pero pronto prevalecerían sentimientos de naturaleza diferente.

Churchill y Lloyd George se mostraron pomposos al ayudar a los hambrientos en el cómodo ambiente de club de Downing Street. Estos eran pensamientos nobles que, sin embargo, no estaban pensados para el consumo público, sino para disiparse en los vapores de los puros después de la cena. Afuera, el mundo de la campaña electoral y la politiquería tenía poco tiempo para la altivez.
Una semana después de la cena, Lloyd George se convenció de la idea de provocar más histeria anti-alemana como la mejor manera de ganar las elecciones. Los maestros propagandistas británicos habían demostrado cuán efectivas podían ser sus mentiras antialemanas tanto en casa como en el extranjero. Para un político como Lloyd George, no fue nada para cambiar temas o políticas. En agosto de 1914 fue un acérrimo oponente de la guerra. Luego cambió de opinión a cambio de un puesto en el gabinete. Tres años más tarde se había convertido en primer ministro del partido a favor de la guerra. El antigermanismo era una receta probada para ganar las elecciones y Lloyd George tenía toda la intención de utilizarla. Con cierto humor negro, Churchill comentó: "La guerra de los gigantes había terminado; la disputa de los pigmeos ha comenzado". (Crisis mundial, vol. 4, p. 27.)
La propaganda británica había retratado al Kaiser Wilhelm II como un monstruo absoluto que, solo, había querido la guerra. La pesadilla del Kaiser, los cuentos de terror de los hunos sobre las atrocidades y los cobardes hundimientos de "barcos civiles inocentes" como el Lusitania ha sido muy rentable para los políticos británicos. Una vez más fueron saludados frente a la multitud. Los votantes habían estado bien condicionados durante cuatro años y respondieron con entusiasmo barriendo a Lloyd George y su gobierno de coalición para otro mandato.

El establishment británico consideró imprudente cambiar la histeria de odio de los alemanes a los franceses de manera demasiado abrupta. Aunque tenía la máxima confianza en la proverbial falta de memoria de los votantes, se dio cuenta de que el electorado se había vuelto adicto a la histeria anti-alemana. La multitud exigió que el Kaiser y sus hunos, que supuestamente habían matado a niños belgas y fusilado a enfermeras de la Cruz Roja, y matado a sujetos británicos, fueran ahorcados, y Hunland paga para siempre por su horror.
Un informe policial en ese momento decía: "Los mismos sentimientos dominan en todas las clases ... Los alemanes deben pagar los daños que han causado con su último centavo, incluso si tienen que pagar durante mil años".
El ministro del gabinete Barnes fue aclamado por la multitud cuando gritó de forma rutinaria: "El Kaiser debe colgar".
Lloyd George fue igualmente vehemente y prometió: "El emperador de Alemania será juzgado y finalmente condenado a muerte".

Churchill hacía tiempo que había abandonado su magnanimidad temporal y se había unido a la manada sedienta de sangre para exigir que el káiser fuera juzgado y ahorcado. Incluso eso no satisfizo a los votantes, quienes insistieron en que "se garantizara un castigo peor que la muerte. Churchill señaló:" Las mujeres mostraron la mayor violencia. Todas las clases y todos los partidos en la ciudad de Dundee exigieron el ahorcamiento del Kaiser. Me vi obligado a exigirle que compareciera ante la justicia ".

Colgar al Káiser y desangrar a Alemania de blanco podría haber hecho delirar al electorado británico, pero no tenía sentido económico. El uso de mano de obra alemana libre solo aumentaría el desempleo en el país y también privaría a Alemania de dinero para pagar su enorme deuda de guerra. Realmente se trataba de intentar desplumar un pollo.

Después de las elecciones, los políticos pronto olvidaron, al menos en privado, todas sus espeluznantes promesas y volvieron al negocio del dinero. Lloyd George encargó al economista británico John Maynard Keynes, quien propuso una cifra máxima de 2.000 millones de libras esterlinas para la reparación. Hubo tal indignación (se consideró que la cantidad era demasiado baja) que las recomendaciones de la comisión se tiraron rápidamente a la basura.

Churchill todavía intentó convencer a sus electores de Dundee de que la cifra de 2 mil millones de libras esterlinas "era razonable y sensata".
Se dirigió cuidadosamente a los votantes:

Los alemanes deben pagar reparaciones [aplausos]; deben pagar una gran reparación [aplausos]. En 1870 exigieron grandes reparaciones a Francia. Les haremos pagar 10 veces más [largos aplausos]. Doscientos millones de libras, es decir cinco mil millones de francos oro multiplicados por diez; eso hace 2 mil millones de libras.

Churchill pensó que había vendido a los votantes, pero pronto se dio cuenta de que nadie había comprado su argumento:

Al día siguiente empezaron a observar de cerca mis cifras. Un telegrama arrogante me fue enviado desde una importante cámara de comercio: "¿No has olvidado un cero?" Los periódicos locales gritaban estridentemente 12 mil millones, ¡15 mil millones! Estas cifras volaban de los labios de hombres y mujeres que, apenas ayer, se conformaron con 2 mil millones.

Abrumado, Churchill se retiró apresuradamente: "Bueno, naturalmente, si podemos conseguir más ..."

Lloyd George conocía la locura de tales exigencias, pero no se iba a quedar atrás en las declaraciones, donde repitió la famosa frase: "Exprimiremos el limón alemán hasta que chirríen las pepitas".
Elevó la cifra a 24.000 millones de libras esterlinas, 12 veces más de lo que le habían aconsejado los expertos económicos que Alemania posiblemente podría pagar.
"Sí", proclamó ante una corona delirante, "lo pagarán hasta el último centavo, aunque tengamos que registrar sus bolsillos".
En 1918, era más probable que los bolsillos alemanes se llenaran de agujeros que de centavos. Pero la retórica inflacionaria había impulsado a Lloyd George y su coalición a una victoria aplastante con 83070 de los escaños en la Cámara de los Comunes. Su primer ministerio estuvo asegurado por varios años más. Churchill dio otra voltereta política, se subió al carro de Lloyd George y fue ministro de Guerra.

El triunfo de la demagogia en Gran Bretaña aseguró el fracaso de la Conferencia de Versalles. Ningún ministro británico estaba a punto de rebajar la cifra. Era un dogma aceptado, no solo creído por la población inglesa, sino también unánimemente por los franceses. Lloyd George intentó deshacerse de sus promesas electorales al mes siguiente y en muchas ocasiones posteriores, pero siempre sin éxito. Estaba atrapado con ellos para bien o para mal.

CAPITULO XLVI

El pantano de París

Lloyd George llegó a París a principios de enero de 1919, flanqueado por un séquito de emires, maharajás y primeros ministros de Canadá, Nueva Zelanda, Australia y todos los demás puestos avanzados del imperio británico. Clemenceau sospechaba que la "pérfida Albion" había vuelto a traicionar a los franceses y le dijo lo mismo a Lloyd George: "Al día siguiente del armisticio descubrí que eres el enemigo de Francia". Lloyd George respondió: "Bueno, ¿no es nuestra política tradicional?"
El altercado reflejó la política británica sin adornos. Francia había reemplazado a Alemania como enemigo.

Aunque Clemenceau pudo establecer que Gran Bretaña era el enemigo, no pudo ver que solo una reconciliación con Alemania le impedía desarrollar tal pensamiento. Esta ignorancia fue compartida por muchos de sus compatriotas y siempre fue hábilmente explotada por el establishment británico.
Antes de 1914, la mayoría de los franceses vivían en total ignorancia de todos sus vecinos. Viajaron poco porque estaban satisfechos de que ningún país pudiera igualar el suyo. El famoso autor Charles Maurras había salido de Francia sólo una vez en su vida, y eso fue para hacer, cuando era joven, un corto viaje en tren a Bruselas.
Pierre Laval, un ministro del gabinete 11 veces, me dijo que también había estado en Bélgica en tren: "Pero no vi nada porque mi tren iba a Berlín, donde me había invitado Streseman, y estaba oscuro".
Clemenceau sabía tan poco sobre cualquier cosa extranjera que no podía distinguir entre la moneda holandesa y belga. Esto podría ser comprensible viniendo de visitantes extranjeros, pero Francia había vivido junto a estos "extranjeros" durante más de 2000 años.

Así, la Europa de la posguerra fue envenenada por la perfidia británica y el odio y la ignorancia franceses. Pequeñas disputas estaban a la orden del día.

Era un ambiente tal que Wilson llegaría a París el 14 de enero de 1918. Llevaba sus sagrados Catorce Puntos como si hubiera bajado del Sinaí con ellos. Estaba seguro de que iluminarían el mundo. Fue bastante profeta al respecto.
Para Clemenceau, los catorce puntos eran una tontería. Sin embargo, no lo diría públicamente y, en cambio, preparó la alfombra de bienvenida para Wilson. Organizó una prensa favorable y dispuso que el académico francés Lavedan escribiera:

Lo vimos en Illustration [una revista famosa], lo hemos admirado y nuestros descendientes lo admirarán. El presidente Wilson aparecerá en la poesía de los siglos venideros como Dante, a quien se parece de perfil. Las generaciones futuras lo verán conduciendo, entre los peligros de este mundo infernal, a la Beatriz vestida de blanco que llamamos paz. Saludamos en nuestro corazón, en el templo de nuestra congregación, a este hombre eternamente memorable. Salve al presidente Wilson, sumo sacerdote del idealismo.

El autor de izquierda Romain Roland no estaba dispuesto a dejarse burlar y lanzar su propio elogio:
Heredero de Washington y Abraham Lincoln: ¡convoque el Congreso de la Humanidad! ¡Sea el árbitro de todas las personas libres! ¡Y que las generaciones futuras te llamen el Reconciliador!

Mientras se dispensaba generosamente incienso, Clemenceau se preparaba para neutralizar los puntos de Wilson. Como los británicos, había llegado a resentir el éxito estadounidense. Había celos claros y también un sentimiento de que el crecimiento estadounidense crearía un nuevo centro de poder. Tanto los británicos como Clemenceau creían que sus respectivos países deberían ser el centro del mundo y no les gustaba la idea de un nuevo contendiente.
El antiamericanismo aliado fue realmente escandaloso. La Entente había llevado a Estados Unidos a una guerra que no era de su incumbencia. El trigo y el acero que los "aliados" habían recibido de Estados Unidos los salvaron de la derrota, y los soldados estadounidenses los salvaron de la aniquilación.

Los "aliados" solían acusar a Estados Unidos de estar obsesionado con los negocios y, sin duda, los negocios estadounidenses se habían beneficiado de la guerra. Pero después de todo, los empresarios buscan aprovechar las oportunidades y obtener ganancias. Nadie había obligado a los "aliados" a comprarle a Estados Unidos. Los alemanes habrían aprovechado la oportunidad si no hubieran sido bloqueados.
Clemenceau escribió: "América, por una pérdida de vidas relativamente pequeña, se beneficiaría materialmente a costa nuestra en toda proporción" (Greatness and Misery, p. 158). En comparación con las pérdidas francesas o alemanas, puede haber sido pequeña, pero fueron 100.000 estadounidenses, muertos en una guerra que no les preocupaba.
Clemenceau también estaba resentido por el hecho de que le hubieran ayudado. Era un asunto de orgullo; le hubiera gustado haber ganado la guerra solo.
Aparte de las cuestiones de orgullo, ignorancia e ingratitud, también existía una diferencia fundamental de ideología. Las ideas de autodeterminación de Clemenceau tenían poco que ver con los catorce puntos de Wilson: "Debemos tener el valor de decirlo: no entramos en guerra con un programa de libertadores", dijo.
Antes de llegar a Europa, Wilson había hecho saber sus recelos a sus asociados: "Los hombres con los que vamos a negociar no representan la opinión de su pueblo". De hecho, pocos de los asistentes a la convención de Versalles representaban a su propia gente. Las últimas elecciones al Senado fueron una negación virtual del mandato anterior de los estadounidenses para Wilson. Clemenceau sería derrotado en unos pocos meses en las elecciones presidenciales francesas. Venizelos había sido expulsado por su pueblo griego. Erzberger, el desafortunado signatario alemán del armisticio, sería asesinado, víctima de la indignación alemana. Los británicos continuaban con su política de "divide y vencerás". Los franceses, cegados por su odio a Alemania, estaban encerrados en políticas oscurantistas. Los alemanes fueron tratados como parias. Y además había una horda de "
Versalles era un nido de peleas y mediocridades intrigantes. Clemenceau lo llamó "una paz llena de traiciones como las emboscadas de la guerra". Churchill lo llamó "una riña de pigmeos", y al menos en este asunto ambos tenían razón.

CAPITULO XLVII

Los soviéticos en Alemania

Mientras 27 países aliados enviaban a sus delegados para engrosar las filas de los "peleadores traidores" en Versalles, Alemania se hundía en el caos. Los comisarios soviéticos habían establecido un reino de terror en toda Alemania.

Bavaria había sido tomada por un comunista sediento de sangre que acababa de salir de la cárcel. Era un judío gallego que se había convertido en agitador profesional de los soviéticos. Su cabello y barba estaban manchados de mugre porque nunca se lavaba. Su piel era cérea, como la de la muerte, y siempre usaba un gorro aceitoso que parecía pegado a su cráneo. Su nombre era Kurt Eisner.

"Era", escribió el historiador francés Benoist-Méchin, "una de esas figuras híbridas que la historia parece producir durante períodos de caos y caos político". (Historia del ejército alemán, vol. I, p. 270.)

Paul Gentizon, el autor francés que presenció el terror bolchevique en Munich, dijo: "Eisner era como un brujo oriental".

Eisner había estado involucrado en el negocio del teatro y era experto en teatro. De alguna manera había desarrollado una oratoria que llamaba la atención, estridente y nebulosa. El 7 de noviembre de 1918, una reunión organizada por los socialistas reunió a más de 100.000 personas para celebrar las hazañas revolucionarias en Kiel, Hamburgo y Lübeck. Nada más que una avalancha de discursos estaba en la agenda. Eisner apareció de repente, respaldado por un grupo vociferante. Lo subieron a la plataforma de los altavoces y estalló en violentas diatribas. La multitud, que había soportado cuatro años de hambre y sufrimiento, respondió a la retórica de Eisner. Los azuzó en un frenesí y los condujo a las calles, con la ayuda de agitadores profesionales capacitados. En cuestión de horas, la mafia dirigida por los marxistas había tomado el control de todos los edificios gubernamentales, estaciones de tren, oficinas de correos y fábricas.

Fue un evento increíble. Mientras Alemania resistía heroicamente contra el ataque combinado aliado y estadounidense, un judío (y criminal convicto) de Galicia estaba sentado en el trono dentro del palacio real de Baviera. La misma tarde del 7 de noviembre de 1918 declaró una "república" y desató a sus comisarios para "hacer justicia". Temiendo por su vida, el rey Luis III huyó con su familia, justo a tiempo. Así, uno de los estados más cristianos y tradicionales de Alemania había sido derrocado en el transcurso de una sola noche por un matón alienígena.

Eisner nombró ministros a otros judíos. Un comunista fanático llamado Erich Mühsam, el comisario judío de la Guardia Roja, declaró Munich bajo "la dictadura del proletariado". Eisner lo puso a cargo de la seguridad del estado. El primer acto de la dictadura fue "romper relaciones diplomáticas" con Berlín. Luego, Eisner proclamó la culpabilidad de Alemania en la guerra y procedió a enviar a los Aliados documentos que "establecían la culpabilidad del Reich". Los supuestos documentos eran falsificaciones absolutas inventadas por Eisner y sus cohortes. Luego pidió a los aliados que aceptaran su "leal juramento y arrepentimiento".

Mientras Munich se tambaleaba bajo el terror del repentino golpe, el corazón de Baviera se horrorizó. A los pocos días, los bávaros, tanto dentro como fuera de Múnich, se habían calmado y habían comenzado a luchar contra los invasores. Una gran multitud se reunió cerca del palacio ocupado por Eisner, ante los gritos de:

"¡Abajo Eisner, demonio de Israel! ¡Abajo Eisner, el payaso asesino de Judá! ¡Eisner a la horca! ¡Queremos que los bávaros gobiernen Baviera! ¡Baviera para los bávaros!"

Eisner desestimó la manifestación como obra de "extremistas" y convocó elecciones inmediatas para legitimar su golpe.

Para entonces, los bávaros habían perdido el miedo a los comisarios armados y votaron masivamente contra el régimen de Eisner: en un congreso de 180 escaños, se eligieron 177 congresistas anti-Eisner.
Eisner desestimó los resultados. Seis días después, un teniente del derrotado ejército alemán le disparó a quemarropa en la cara.
Mühsam sucedió a Eisner y pidió a los agitadores comunistas de Augsburgo, Fürth, Würzburg y Lindau que se apresuraran al rescate. Mühsam estaba decidido a imponer el comunismo sin piedad por la fuerza de las armas, contra el deseo de la abrumadora mayoría de los bávaros.

* * *

La "república" marxista derramó edictos: "todas las leyes anteriores son inválidas. Los trabajadores trabajarán cuando quieran ... La historia es enemiga de la civilización y su enseñanza está abolida para siempre".
El comisario de Asuntos Exteriores envió un telegrama al Papa Benedicto XV en el que se quejaba de que el exministro de Relaciones Exteriores de Baviera "había huido a Bamberg después de haber robado las llaves de los baños del ministerio". También informó al Papa que el ministro berlinés Noske era "un gorila", concluyó el telegrama: "Queremos la paz eterna".

Las comunicaciones entre compañeros ministros marxistas no eran más sensatas. El canciller informó al ministro de Transportes en otro telegrama:
"Mi querido colega, le he declarado la guerra a Württemberg y Suiza porque estos cerdos no me enviaron 60 locomotoras. Estoy seguro de la victoria. Conozco al Papa personalmente y haré que bendiga nuestras armas".
La era de los locos y los exaltados pronto sería reemplazada por burócratas marxista-leninistas de mirada acerada. No habían salido de la cárcel o de un manicomio, sino que la Internacional de Lenin los había enviado a Baviera directamente desde Petrogrado. Lenin se había propuesto tener el control directo de Baviera, que estaba justo al lado de los territorios aliados, sus puertas de entrada a Europa occidental.
Lenin envió a tres de sus comisarios más asesinos a tomar el control del ejército rojo bávaro: los judíos Levine, Levien y Axelrod, que se habían ganado sus galones en el terror de masas bajo Bronstein-Trotsky. Inmediatamente decretaron: "Se acabaron los días de la ideología. Ahora tenemos la ley marcial. El pelotón de fusilamiento está tomando el lugar de los discursos".
Los opositores y presuntos opositores del trío fueron detenidos y ejecutados sumariamente a tiros. Las masacres enteras de cientos de personas a la vez eran comunes en las calles de Munich.
Mientras que el asesinato de civiles indefensos se llevó a cabo en Baviera, los delegados en la Conferencia de Paz de París tuvieron su primera reunión. Lejos de horrorizarse ante tales masacres, los aliados no pudieron contener su alegría. El baño de sangre bávaro fue un regalo de los dioses, lo que significaba que Alemania se dividiría y más alemanes serían asesinados. Los enviados diplomáticos aliados fueron trasladados rápidamente a Munich para inclinarse ante el trío sediento de sangre. Ofrecieron comida y dinero para reforzar su oposición a Berlín. Aunque la guerra había terminado, Alemania todavía estaba bajo el bloqueo aliado, que se hizo cumplir sin piedad. El primer estado de Alemania en beneficiarse de un levantamiento del bloqueo sería Baviera controlada por los comunistas.

* * *

En todas partes de Alemania, los agentes de Lenin esparcen muerte y destrucción. Los agentes bolcheviques completarían el bloqueo aliado paralizando los suministros internacionales de alimentos con sabotajes y huelgas. Los bolcheviques habían cerrado las minas de carbón del Ruhr y la gente tuvo poco calor durante el invierno de 1918 a 1919. Miles de niños murieron de hambre.

Lenin pensó que un pueblo hambriento proporcionaría buenos reclutas revolucionarios para el asalto comunista final a Berlín.
Los regimientos del ejército alemán llegaron a Berlín el 11 de diciembre de 1918. De acuerdo con su función como nuevo presidente de Alemania, el socialista Friedrich Ebert se encontraba en la Puerta de Brandeburgo para saludarlos: "Te saludo a ti, a quien ningún enemigo ha derrotado en el campo de batalla." Estos eran los supervivientes que habían dejado a 2 millones de sus camaradas en el frente de batalla.

Sus rasgos están dibujados y sus ojos reflejan un agotamiento terrible ", escribió el historiador francés Benoist-Méchin." Se han lustrado las botas y los cinturones, pero es como una marcha fúnebre. Los cascos de acero antiguos están decorados con hojas de roble. Los músicos de caballería de Uhlan entonaron, con esplendor wagneriano, Deutschland über Alles.
Pero los héroes sabían, a pesar de su día de reconocimiento, que volvían a casa en un país que había sido destrozado por sabotajes y revoluciones.

El 9 de noviembre de 1918, el líder socialista Philip Scheidemann había proclamado a Alemania una "república". Al mismo tiempo, lanzó lo que llamó la "República de los Soviets".
Scheidemann y los elementos más radicales del Partido Socialista decidieron unirse a las bandas marxistas que golpeaban a la gente en las calles y ocupaban todas las oficinas de los periódicos de la ciudad. Muchos soldados que regresaron fueron atacados y asaltados brutalmente; sus medallas y franjas fueron arrancadas de sus uniformes. Los hombres heridos fueron pisoteados y pateados por matones comunistas que nunca habían estado en el frente.
Aunque Scheidemann admitió que "no fue un espectáculo agradable", decidió formar una coalición entre socialistas "moderados y extremistas", que recibió el nombre de "Consejo de Comisarios del Pueblo".
Scheidemann explicaría más tarde: "La revolución era inevitable y era necesario liderarla para evitar la anarquía total" (The Collapse, p. 232).

El Consejo de Comisarios del Pueblo estaba formado por tres "moderados" (Ebert, Scheidemann y Landsberg) y tres "radicales" (Haase, Dittmann y Barth). El 9 de noviembre de 1918 se instalaron en el antiguo comedor de Bismarck en la Wilhelmstrasse.
El propio Scheidemann describió cómo Berlín había caído presa de la mobocracia soviética:

Todas las mañanas, Karl Liebknecht reunía a sus tropas en Siegesallee. El punto de enfoque fue la estatua del emperador Otto el Perezoso. El principio era crear un desorden constante, mantener el "infierno" en movimiento y, sobre todo, llenar las calles de parados.
Recuerdo un domingo por la noche de noviembre. Estaba lloviendo. Ebert y yo estábamos trabajando con el ministro de Guerra Scheüch. Nos dijeron que se acercaba una multitud de manifestantes. Teníamos las puertas cerradas y todas las luces de las habitaciones del frente apagadas. La multitud se acercaba en la oscuridad con banderas rojas y carteles incendiarios. Gritaban una y otra vez: "¡Abajo Ebert-Scheidemann! ¡Heil Liebknecht!"

El Wilhelmplatz se estaba llenando de una gran multitud presionando contra las puertas. Nos quedamos quietos en una habitación sin luz. Poco a poco las cosas se fueron calmando. Liebknecht se subió a un automóvil y se dirigió a la multitud con eslóganes monótonos y repetitivos. Estaba ebrio de su poder y de la cantidad de gente que lo escuchaba. Estaba dando rienda suelta a las peores incitaciones: "Los traidores están ahí, los Scheidemann, los social-patriotas. ¡Podríamos asaltar su guarida ahora mismo ...!"
Esto provocó un rugido de aprobación.
Entonces, una banda de soldados muy emocionados se abrió paso hacia la sala del consejo. Dijeron que estaban hablando en nombre de las 30 unidades de guarnición de Berlín. En medio del tumulto y los gritos gritaron sus demandas.
Más tarde se descubrió que estas personas no representaban a nadie porque ninguna de las unidades mencionadas los conocía.
Liebknecht siguió haciendo discursos.
Naturalmente, fui el destinatario de los peores insultos. Me llamaron traidor, extremista, lacayo, ladrón, estafador.
Fue como sentarse sobre dinamita. Trabajamos día y noche ante los gritos de los manifestantes. Estábamos sitiados y apenas defendidos ... En cuanto a poner un pie en las calles, nadie lo pensaría.

Mientras tanto, un grupo recién formado llamado "el consejo de los desertores" se estaba uniendo a los comunistas. Se habló mucho entre la izquierda radical sobre emular a nuestros camaradas rusos, que fueron los primeros en enarbolar la bandera de la libertad "(Scheidemann, Collapse, p. 254.)

El "Consejo de Comisarios del Pueblo" había recibido el "comisariado de prensa" sólo para descubrir que todas las salas de prensa habían sido invadidas por alborotadores que de hecho estaban emulando a sus camaradas soviéticos.
Scheidemann se asustó mucho por lo que estaba sucediendo en el gobierno socialista-comunista durante noviembre y diciembre de 1918:
"El Reich, y Berlín en particular, era como un manicomio". (Scheidemann, Colapso, p. 235.)

* * *

El asilo contenía muchas personas criminales locas: Liebknecht y Luxemburg pertenecían a esa categoría. Explotaron la miseria y el pánico de un pueblo sin trabajo y hambriento, para sus propios fines fanáticos. El dúo provocó un extraordinario fermento revolucionario. Echaron aceite al fuego porque servía a sus intereses. Luxemburgo temía el regreso de los soldados del frente. Representaban una fuerza disciplinada todavía dirigida por oficiales patriotas. Ella tenía razón. Los soldados que habían luchado durante cuatro largos años por el honor de su país quedaron conmocionados y asqueados al ver el pandemonio marxista frente a sus ojos y oídos. Para neutralizar cualquier posible reacción, Liebknecht y Luxemburgo ordenaron a los espartaquistas, como se llamaban entonces los comunistas en Alemania, a formar 14 batallones con mil hombres cada uno.

Los amotinados de la Armada se organizaron en una división de la "Volksmarine", que hizo del palacio imperial su cuartel general. También ocuparon el Reichsbank y el parlamento prusiano. La tercera formación fue la "Sicherheitswache", la policía secreta a cargo de toda la inteligencia y la aplicación de la revolución.

Liebknecht tomó el control de los tres grupos armados. Para controlar el Congreso creó su propia policía parlamentaria, la Republikanische Schutztruppe, que llevaba brazaletes rojos y negros.
Lenin había explicado su plan de manera sucinta: "Ahora vemos claramente cómo progresará la revolución: los alemanes, los franceses, los británicos harán el trabajo y el socialismo triunfará".

Ebert era más un rehén que un aliado de los leninistas. Los espías lo seguían a todas partes. Su correspondencia fue leída o robada y sus líneas telefónicas fueron interceptadas. Ebert finalmente se dio cuenta de que podía ser liquidado en cualquier momento. Aunque tanto Ebert como Scheidemann eran hombres de izquierda, de alguna manera siguieron siendo patriotas. Ahora sentían que su única posibilidad de supervivencia era el ejército, o lo que quedaba de él después de haberlo socavado con su coalición socialista-comunista.
Ebert se mantuvo aislado de todos, pero una línea telefónica casi lo salvó. Desconocido para los leninistas, había en la oficina de Ebert una línea secreta que conectaba, desde 1914, la cancillería con el Alto Mando alemán. Ebert logró ponerse en contacto con el mariscal von Hindenburg en Kassel, en su cuartel general en el histórico castillo donde el hermano de Napoleón, Jerónimo, reinó en Westfalia. El endeble cable que une Berlín con Kassel decidiría el destino de Berlín y Alemania.

El primer contacto estuvo lejos de ser amistoso. Hindenburg tenía poco tiempo para Ebert, a quien consideraba un asustado cautivo de los extemistas. Aunque Ebert necesitaba la ayuda del ejército, temía una dictadura militar. Quería utilizar el ejército para eliminar a la extrema izquierda pero no a la izquierda "moderada". Después de pedir ayuda, Ebert perdió los nervios y canceló su solicitud.
Los bolcheviques no estaban preparados para tomar el poder total. A principios de diciembre de 1918, sus milicias estaban bien armadas pero mal dirigidas.
Necesitaban otro mes para que sus tropas estuvieran preparadas para el combate. Hindenburg, por otro lado, estaba viendo cómo sus tropas se desmoronaban. Los hombres estaban cansados y querían irse a casa. Muchos lo hicieron sin autorización.
Cuando los cuarteles se vaciaron, los comunistas entraron para apoderarse de armas y equipo. Hindenburg sabía que si quería actuar tendría que moverse de inmediato.

"Los espartaquistas", escribió Benoist-Mechin, "sentían que estaban ganando terreno. Unos días más y serían los amos de Alemania" (Armée allemande, vol. I, p. 82).

Los espartaquistas buscaron el dominio de Alemania, pero Lenin era su maestro. Scheidemann, que había estado jugando en ambos bandos para salvar su pellejo, sin embargo acusaría a sus socios de coalición de estar en la nómina de Lenin. Así lo demostró el famoso mensaje de radio del embajador soviético Joffe en Alemania. El mensaje era un largo recuento de los fondos recibidos por el judío comunista para provocar la revolución en Alemania. Decía:
"Soldados y marineros, mantengan sus armas. De lo contrario, los capitalistas pronto los dispersarán. Conquiste el poder real, arma en mano y forme un gobierno de obreros, soldados y marineros con Liebknecht como líder".
Así, una potencia extranjera ya estaba tratando de imponer sus títeres al pueblo alemán. Los espartaquistas se estaban volviendo más insolentes cada día. El 16 de diciembre exigieron que se despidiera a Hindenburg.
El 17 de diciembre convocaron al consejo de soldados a una reunión y organizaron una votación decretando:

"El mando supremo del ejército y la marina se confiará a los comisarios del pueblo y al Comité Central".
"Todas las insignias de rango serán abolidas".
"Los propios soldados designarán a sus oficiales".
Los agentes fueron despedidos y desarmados y, a menudo, atacados físicamente por los matones de Leibknecht.

En su cuartel general, Hindenburg se mostró indignado: "Nunca aceptaré que las insignias que he usado desde que me uní al ejército se quiten de mi uniforme. No acepto esta decisión que se refiere al derecho de mando entre los oficiales de carrera. Reconozco este decreto como totalmente ilegal, además de usurpar el proceso de toma de decisiones de la Asamblea Nacional ".
Ebert logró convencer a sus socios de coalición de posponer sus decretos hasta las elecciones legislativas del 19 de enero de 1919. Los convenció de que la implementación de tales medidas podría provocar una reacción mucho más fuerte de lo esperado. En dos meses Hindenburg había visto al asustado Ebert cambiar de posición al menos 20 veces.
Al comienzo de la guerra, Ebert había dicho, el 4 de agosto de 1914: "Este es el día más hermoso de mi vida". Ebert cambió los temas y las políticas de acuerdo con la última persona con la que habló. Era básicamente honesto, pero su falta esencial de coraje lo inclinaba a manipular y ser minipulado.
Hindenburg y su mano derecha, el general Groner, ya no creían en él. Para ellos, solo el ejército podía detener al comunismo. Como Julio César, Hindenburg decidió cruzar el Rubicón, en este caso el Spree.

El 20 de diciembre de 1918 el general Groner fue a Berlín acompañado del mayor Schleicher, que sería en 1932 el último canciller de la República de Weimar. Schleicher era un soldado inteligente pero de carácter fuerte y brusco. Groner era un organizador magnífico que acababa de realizar la repatriación impecable de todos los ejércitos alemanes desde el frente.
Sin ningún poder real que los respalde, excepto su valentía, fueron a enfrentarse al consejo revolucionario. Ebert, al menos por el momento, fue conquistado por los valientes soldados.
Los agentes de Lenin se pusieron histéricos al verlo y corrieron a las calles gritando para que las masas se armaran.
Los revolucionarios navales se apresuraron a la cancillería y acordonaron todos los accesos. Ebert estaba atrapado como una rata.
"Estábamos allí sin un solo hombre armado que nos ayudara y sin ningún medio para oponernos a la violencia desenfrenada", dijo Ebert.

Ebert estaba perdido. Una vez más utilizó su línea telefónica directa y secreta con el Alto Mando.
"El gobierno está preso", susurró, con la boca cerca del receptor. "Siempre me has dicho que si alguna vez llegamos a eso, vendrías en nuestra ayuda. Ha llegado el momento".
La respuesta del Alto Mando fue rápida: "Inmediatamente marcharemos desde Potsdam para liberarlos".
La situación se estaba deteriorando rápidamente en Berlín. El jefe de policía, Eichhorn, estaba en la nómina de Rosta, la oficina de información soviética. Había tomado el cuartel general del ejército con la ayuda de desertores armados de la armada. Capturó al oficial al mando Wels y a dos de sus ayudantes e hizo que sus guardias rojos los golpearan salvajemente. Eichhorn les informó que serían ejecutados si Ebert hacía el movimiento más leve.

Los comunistas pensaron que tenían Berlín bien controlado y relajaron su bloqueo de la cancillería. Ebert exhaló un suspiro de alivio y el eterno renegado corrió a su teléfono secreto para pedirle a Hindenburg que detuviera la marcha de sus tropas.
"El mariscal y yo hemos llegado al final de nuestra paciencia", respondió el general Groner. "Está destruyendo la moral de las últimas tropas leales de Alemania".
Ebert había gritado lobo tantas veces que ahora había perdido toda credibilidad, y el ejército alemán continuó su marcha hacia Berlín.
Tres meses antes, el ejército alemán contaba con 4 millones de hombres.
El 23 de diciembre de 1918, el ejército alemán, en camino de arrebatar Berlín a los bolcheviques, era solo un puñado de patriotas leales, 800 en total. Los desertores y amotinados bajo control comunista que manejaban las fortificaciones de Berlín fueron apoyados por decenas de miles de bolcheviques armados.
El general Otto Wels estuvo cautivo y se esperaba que lo asesinaran en cualquier momento. "Weis", escribió Scheidemann, "todavía estaba prisionero en un sótano debajo de los establos del castillo. Radke, el jefe de los marineros, anunció por la noche que ya no respondería por la vida de Otto Wel. Ahora estaban tratando de ocupar los Vowärts. imprenta. No podíamos simplemente abandonar Wels ".
En los albores de la Navidad de 1918, las tropas alemanas bombardearon el palacio ocupado por los bosheviques. Un muro se derrumbó sobre ellos y la guerra del palacio estalló. A las 9:30 de la mañana los bolcheviques ondeaban una bandera blanca, dispuestos a rendirse. Pidieron iniciar conversaciones de capitulación. Mientras las tropas regulares hablaban, bolcheviques armados rodearon el palacio. De repente atacaron en oleadas humanas consecutivas. Fue una masacre. Solo unos pocos sobrevivientes lograron escapar de la muerte y la tortura.

La noche de Navidad fue horrible. Liebknecht y Luxemburg se lanzaron a matar, buscando soldados alemanes por todas partes. Eichhorn se había convertido en el señor de la guerra del norte de Berlín. Los socialistas ya no podían dirigirse a las multitudes. Sus socios comunistas se habían apoderado de su periódico, Vorwärts, y habían ocupado sus oficinas de prensa y redacción. "Otro impresor había impreso una edición de Vorwärts. Los alborotadores de Gunpont la incautaron y todos los periódicos arrojados al río Spree". (Scheidemann, Colapso, p. 260).

"Los revolucionarios", escribió Benoist-Méchin, "están triunfando en todas partes. La bandera roja ondea sobre todos los edificios importantes de Berlín. El 24 de diciembre de 1918 marca la fase más alta de su poder".
De ahora en adelante, Berlín estaba totalmente bajo el control de los terroristas comunistas.

En cada esquina, los espartaquistas habían colocado corredores de máquinas. El crepitar de las balas y la explosión de las granadas se escuchaban constantemente. Entonces los disparos amainaron. Un grupo de manifestantes marchaba agitando pancartas y un abrigo de oficial chorreando sangre. Los disparos se reanudaron una vez pasada la manifestación.
Los socialistas quedaron atrapados. No podían salir de la cancillería por miedo a ser linchados. No podían comunicarse con nadie en el país porque la oficina de correos, los ferrocarriles y las estaciones de telégrafo estaban ahora en manos de los consejos rojos. Ni siquiera podían dirigirse a la población de Berlín porque sus periódicos e imprentas habían sido arrasados. (Benoist-Méchin, Armée allemande, p. 102.) Liebknecht vino a burlarse de los ministros socialistas fuera de sus ventanas cerradas: "Podríamos estrangularlos en su guarida".
El periódico Rote Fahne, órgano de los espartaquistas, publicó en uno de sus reportajes callejeros:

Los proletarios se agruparon codo con codo. Su multitud avanzó hasta el Tiergarten. Habían traído sus armas, agitaban sus banderas rojas, estaban listos para cualquier cosa. Esperaron en Alexanderplatz con pistolas, ametralladoras pesadas y ligeras. Los marineros vigilaban todos los pasillos de Berlín. Los edificios públicos estaban llenos de soldados, marineros y trabajadores.
Las máximas autoridades estaban ahora a merced de los revolucionarios.
(Scheidemann, Colapso, p. 255)

CAPITULO XLVIII

El populista Noske se enfrenta al comunismo

Lenin tenía una voluntad implacable y un genio para la organización. Era un hombre de ideas y un hombre de acción. Ésa fue la razón por la que ganó en Petrogrado. La situación en Berlín de diciembre de 1918 era similar a la de Petrogrado, pero la dirección era diferente. Los bolcheviques alemanes tenían el poder a su alcance, pero se habían revolcado demasiado en la retórica. Cuando llegó el momento de imponer su voluntad, lo habían postergado.
El camino estaba abierto de par en par. Sus enemigos habían sido derrotados, al igual que las tropas de Hindenburg, en las calles de Berlín. La multitud esperaba en las calles más pedidos. Lenin, en una noche, en circunstancias mucho más difíciles, barrió todo lo que tenía delante.

Pero Liebknecht no aseguró su poder. Habló durante horas y horas y luego toda la noche. La multitud estaba dispuesta a morir por la revolución, pero mientras Liebknecht zumbaba, la gente se quedó atontada con las palabras y se fue a casa.
Rote Fahne comentó sobre la revolución fallida dos semanas después:

Las masas esperaban en el frío y la niebla desde las nueve de la mañana. Los líderes estaban hablando en algún lugar; nadie sabía dónde. La niebla se hacía más espesa y las masas seguían esperando. Al mediodía las masas estaban frías, hambrientas e impacientes: querían un acto o al menos una explicación para hacer más llevadera la espera. Pero no llegó nada porque los líderes seguían hablando.
La niebla se hizo más espesa y la noche comenzó a caer. Lamentablemente, los hombres se fueron a casa. Habían querido que sucedieran grandes cosas, pero no habían llegado a ninguna parte porque los líderes seguían hablando. . . Siguieron hablando durante toda la noche y toda la noche hasta el amanecer. Una vez más, la multitud se reunió a lo largo de Siegesallee, pero los líderes deliberaron de nuevo. Hablaron y hablaron y hablaron.

En política, aquellos que no actúan a tiempo son suplantados por competidores más veloces. Mientras hablaban los leninistas de Berlín, surgió un hombre fuerte. No era un militar altivo, ni un burgués rico, ni un académico, sino un proletario robusto. Tenía la voluntad de un ser elemental y estaba motivado por un fuerte social patriotismo, que en ese momento era el comportamiento básico de todos los alemanes honestos. Mientras los asustados socialistas ni siquiera se atrevían a encender las luces de su oficina, un antiguo leñador de Brandeburgo con manos enormes y una estructura poderosa vino a abordar y dominar todo.
Su nombre era Gustav Noske.

Ebert recordó de repente a Noske como un coloso que había sido diputado socialista en 1914, elegido por los mineros del carbón de Chemnitz. Se había distinguido durante la guerra como un valiente soldado. Sus oficiales habían quedado impresionados por su inteligencia intuitiva y su fuerza de carácter. Noske también había quedado impresionado por los oficiales alemanes que llevaron a sus hombres a la batalla, muriendo a menudo en el proceso. Sintió una profunda admiración por ellos y se dispuso a tomar sus brazos caídos.
Ebert había sido informado de que Noske había demostrado un gran coraje y habilidad para sofocar los motines de Kiel. Quizás podría hacerlo de nuevo en Berlín, donde se enfrentaría a muchos más amotinados y grandes multitudes azotadas en un frenesí por agentes marxistas judíos.
El 24 de diciembre de 1918, mientras los agentes revolucionarios dirigían una turba de 200.000 personas contra la cancillería, Noske decidió restaurar el orden a su manera.

Ebert le pidió a Noske que se convirtiera en ministro de guerra en su gobierno nominal. Era la peor carpeta de todas y Noske lo sabía. Él respondió: "Estoy de acuerdo. Supongo que alguien tiene que ser un sabueso". Mientras Liebknecht se revolcaba en la dialéctica marxista, Noske era claro y resuelto en su misión. Sabía que la verborrea era enemiga de la acción y los resultados.

Jaurès, el líder socialista francés y fundador del periódico comunista Humanité, había justificado la matanza masiva de la Revolución Francesa de 1789 así:

Cuando la más mínima vacilación o el más mínimo error pueden comprometer el nuevo orden en los siglos venideros, los líderes de esta enorme empresa no tuvieron tiempo de reunir a los disidentes y convencer a sus oponentes. Tuvieron que luchar y actuar. Para mantener su libertad de acción, tuvieron que apelar a la muerte para crear la unanimidad inmediata que necesitaban.

Tanto los liberales como los socialistas y los comunistas llamarían "fascista" ese discurso, pero había sido la regla cardinal y el modus operandi de todas las operaciones de izquierda. Los revolucionarios de Francia en 1789 nunca dejaron de cortarle la cabeza a la gente hasta que no eliminaron a todos los disidentes reales o potenciales. La Comuna de París, tan admirada por Lenin, hizo exactamente lo mismo en 1871: el arzobispo de París fue asesinado por un pelotón de fusilamiento y muchos otros opositores políticos fueron detenidos y asesinados. Estas dos revoluciones han permanecido, a pesar de los informes documentados de sus masacres al por mayor, las luces de guía de la izquierda durante los últimos cien años.
Noske también sabía que la muerte era la única forma de detener a los asesinos enloquecidos. Deliberadamente y con calma, aplastaría a las poderosas y asesinas hordas comunistas.
En ese momento, Noske no tenía tropas con las que luchar. Tuvo que salir a buscarlos: "Si quisiera hacer algo positivo para restablecer el orden en Berlín, tendría que contactar con los soldados muy rápidamente y recuperarlos".
Todo parecía imposible. Los oficiales habían sido despedidos el 25 de diciembre de 1918 y los 4 millones de soldados habían regresado a sus pueblos y aldeas. Además, los comunistas controlaron las calles y carreteras principales y reforzaron un frente ofensivo de 500 millas.
Había que idear un nuevo enfoque militar para hacer frente a una situación nunca encontrada en los manuales de guerra: una insurrección interna organizada y dirigida por agentes y agitadores extranjeros.
Alemania se salvaría gracias a la determinación de Noske y también al genio militar del coronel Maercker.

Maercker era desconocido en ese momento. Había dirigido la 214 División de Artillería de acuerdo con tácticas convencionales. Frente a la revolución, Maercker desarrolló una forma de guerra completamente nueva.

"Fue sólo cuando llegué a casa desde el frente que me di cuenta de la magnitud del desastre. Estaba devastado", dijo.

Inmediatamente supo que sería inútil confrontar a las turbas lideradas por extraterrestres con un puñado de guardias patriotas o algunos elementos burgueses jugando a los soldados. Solo los veteranos disciplinados y probados en batalla podrían evitar la aniquilación. Con el respaldo de Noske y Hindenburg, corrió contra el tiempo para reunir a varios miles de ex soldados que habían conservado su patriotismo.

Maercker garantizó a los hombres media libra de carne por día y aumentó su salario cinco veces. Estableció un nuevo estado de camaradería entre oficiales y hombres que llegaría a ser tan importante como la disciplina militar.

La formación de tropas y la asignación de armas estarían relacionadas con objetivos específicos más que con estructuras administrativas impersonales. Las formaciones serían pequeñas y autónomas, bajo las órdenes de un comandante listo y con derecho a tomar cualquier acción que fuera necesaria. Cada unidad sería responsable de la implementación de sus acciones. Sería una organización humana y orgánica comandada por una jerarquía de mérito y valor.

"Se enseñará una táctica específica para hacer frente a cualquier tipo de situación: ocupación de estaciones de tren, centrales eléctricas o fábricas, protección de depósitos militares, instalaciones portuarias y edificios públicos, limpieza de calles, saneamiento de la ciudad o el desalojo de terroristas comunistas de cualquier emplazamiento . "

La ruptura de las castas sociales no significó rebajar la disciplina. Había un código estricto que se aplicaba a todo, parte del cual era la pena de muerte para cualquiera que fuera sorprendido saqueando. Los hombres podían elegir un consejo de fideicomisarios, que recibiría quejas o sugerencias sobre cualquier aspecto de la administración y las comodidades del ejército. Constituiría un vínculo entre los hombres y los oficiales. El código de Maercker también especificaba que no se podía infligir un castigo perjudicial para el honor de un hombre.

Por otro lado, los hombres tenían derecho a nominar al rango de oficial a cualquier soldado que hubiera realizado actos de heroísmo.

Ese código era inaudito en aquellos días y Maercker se sintió aliviado cuando Hindenburg lo aceptó con interés. Sentaría las bases de un nuevo ejército alemán, formado por voluntarios.

Maercker trabajó incansablemente en condiciones casi imposibles. Los comunistas habían saqueado todos los depósitos o saboteado el material. El subsecretario de Asuntos Internos le dijo a Maercker: "No podemos ayudarlo. Todo está en sus manos. Haga lo que tenga que hacer usted mismo".

Con una voluntad de hierro y una perseverancia implacable, Maercker peinó Alemania en busca de voluntarios calificados. Logró reunir 4.000. Estaban debidamente entrenados y motivados y estaban preparados para la acción cerca de Berlín en la ciudad de Zossen.

Mientras tanto, Noske tampoco perdía el tiempo. El 6 de enero de 1918, los ministros socialistas sitiados le otorgaron el poder de emergencia como comandante civil del ejército. Noske restableció inmediatamente la disciplina entre todos los que lo rodeaban. Aunque se le otorgaron poderes dictatoriales por decreto, no se molestó en leer el texto oficial. No creía que se pudiera dar autoridad: había que tomarla. No se eligió un líder nato: emergió de sus propias fuerzas e impuso su liderazgo.

Noske describió Berlín el 6 de enero de 1919:

Seguí encontrándome con manifestaciones, en la Puerta de Brandeburgo, el Tiergarten y frente al Ministerio de Defensa. Un gran número de hombres armados marchaba con la multitud. Camiones llenos de ametralladoras se habían reunido cerca de la Columna de la Victoria. Cortésmente pedí que me dejaran pasar alegando que tenía un asunto urgente que atender. Me dejaron pasar solo porque la multitud no estaba bajo un liderazgo decidido. La multitud era hostil pero no lo suficientemente organizada, mientras sus líderes seguían balbuceando. Un líder decisivo entre ellos podría haber tomado Berlín fácilmente al mediodía. Frente a la cancillería y el Ministerio de Defensa, la multitud levantaba los puños gritando consignas a los "belicistas". No había nada que se pudiera hacer si hubieran decidido asaltar los edificios. (Benoist-Méchin, Armée allemande, vol. I, pág. 129.)

Noske seleccionó un internado para niñas ubicado en el distrito apartado de Dahlem para que se convirtiera en su sede. A las tres de la tarde requisó el edificio, conocido como Luisenstift. Las chicas se fueron enseguida para dar paso a los voluntarios. Las líneas telefónicas se instalaron de inmediato y Noske movió una cama portátil y un escritorio a la esquina del salón de clases. Notificó a los hombres de su "Brigada de Hierro" de Kiel que se apresuraran a Berlín, ya un pequeño escuadrón de la fuerza aérea que esperaran en Potsdam. También se enteró de Maercker que los 4.000 voluntarios estaban listos para moverse.

Las probabilidades eran desproporcionadas. Los espartaquistas se deshicieron de regimientos enteros formados hace meses. Habían colocado más de 2.000 ametralladoras en los tejados, detrás de las ventanas y en las esquinas de las calles de Berlín, así como 22 cañones en puntos estratégicos. Los amotinados de la marina habían acumulado un enorme arsenal de armas y municiones en el patio de Marstall, que se había convertido en un centro de distribución para todos los revolucionarios. La única ventaja de Noske era su habilidad organizativa. Tenía un plan preciso y asistentes capaces. Sobre todo era valiente, no le debía favores a nadie: su poder venía de adentro. Era calidad versus cantidad: cien ovejas no son rival para un león, y mil gorriones no son rival para un águila. Los hombres de fuerza interior, por pocos que sean, siempre dominarán la manada.
Noske se enfrentaba a terroristas comunistas enloquecidos que no pensaban por sí mismos. Fueron manipulados y utilizados por agitadores alienígenas en beneficio de intereses alienígenas. Sabía que Lenin había ganado el poder sólo asesinando a millones de personas que no se sometían a su voluntad. Dentro de los 15 meses del gobierno de Lenin, ocho millones de rusos murieron a causa de masacres o hambrunas inducidas por el estado. Noske sabía que si iba a sobrevivir al ataque leninista no tenía otra alternativa que utilizar un terror superior al de los bolcheviques y ser más despiadado que Lenin.

Los espartaquistas habían pedido a las guarniciones rojas de Frankfurt en el Oder y Spandau que acudieran al rescate. El 10 de enero de 1919 Noske irrumpió en la escena nacional.
Sus voluntarios irrumpieron en el ayuntamiento de Spandau, ocupado por los comunistas, y capturaron a todos los comunistas que estaban dentro. En cuestión de minutos, todos ellos fueron fusilados por pelotones de fusilamiento, tal como lo habían hecho los bolcheviques en todos los lugares a los que habían ido.
A continuación, otro grupo de voluntarios bajo el mando del mayor von Stefani se acercó al distrito de periódicos de Berlín. Los esparticistas habían confiscado todos los periódicos, incluido el portavoz socialista Vorwärts. Noske ordenó a sus artilleros que atacaran el frente del edificio. Parte de ella se derrumbó. Los comunistas salieron corriendo agitando pañuelos blancos. No les dieron cuartel y fueron abatidos bajo un intenso fuego. Otros trescientos fueron atrapados por la espalda. Un contraataque bolchevique permitió a unos pocos

escapar; la mayoría de ellos fueron fusilados. Los hombres de Noske irrumpieron en el oeste de Berlín, que cayó en cuestión de horas.

Al día siguiente, Berlín era un desierto. Los pocos miles de voluntarios alemanes avanzaron en formaciones de columnas hasta el centro de la ciudad. No hubo sonido ni murmullo. Los berlineses miraron con asombro, como si acabaran de despertar de una pesadilla. Vieron a un gigante marchando solo al frente de sus tropas en calles libres de comunistas. Al darse cuenta de que habían sido liberados, estallaron en vítores por su liberador.

Había un último bastión bolchevique: el cuartel general de la policía. Estaba al mando de Eichhorn, el agente de Lenin en Berlín. Noske esperó a que cayera la noche. Luego ordenó un ataque repentino y masivo. Las paredes del edificio estaban sesgadas. Siguieron dos horas de feroz combate cuerpo a cuerpo. En todas partes se localizó a los comunistas. Pocos sobrevivieron.

Los dictadores comunistas de Berlín de ayer estaban en pánico. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, que habían sometido a Berlín a un reino de terror, estaban ahora escondidos.

Fueron encontrados el 15 de enero de 1919 y trasladados al cuartel general de la Guardia de Berlín. Tras un breve interrogatorio fueron ejecutados en el acto.

Así, los dictadores bolcheviques de Alemania fueron derribados como perros rabiosos. Durante dos meses habían aterrorizado al país. Habían tenido control sobre las masas, pero sus mentes desordenadas y su verborrea les costaron la vida. Lenin había planeado cada detalle de su revolución de 1917, sin perder tiempo en hablar: pensó y actuó con anticipación.

Los líderes socialistas no expresaron pesar por el espantoso final de sus socios de coalición. Scheidemann, quien, la semana siguiente, se convertiría en presidente del consejo del Reich, resumió lo sucedido: "Las dos víctimas (Liebknecht y Luxemburg) habían llamado todos los días al pueblo a tomar las armas para derrocar al gobierno. Ahora sus propias tácticas han fracasado contra ellos ".

Los socialistas habían pensado que la toma de Berlín por parte de Noske significaba el fin del bolchevismo en Alemania. Estaban equivocados. Los comunistas se habían reagrupado. Se apoderaron de Bremen, seguidos por el Ruhr y Sajonia dos meses después.

"Las personas enojadas por la miseria y la angustia fueron llevadas a la destrucción por agentes sin conciencia:" (Scheidemann, The Collapse, p. 264)

Los delegados en la conferencia de paz de París habían mostrado indiferencia ante las sucesivas explosiones del comunismo internacional en Alemania. Noske y Maercker habían logrado detener la marea roja, pero pocos en París mostraban preocupación de que Europa pudiera verse envuelta en ella. El odio de los políticos de la Entente a Alemania primó sobre su propia seguridad. Consideraron a los Eisner, Liebknecht y Luxemburg como ángeles castigadores que mantendrían a Alemania en un estado de confusión.

"La Entente", dijo Scheidemann, "estaba muy feliz de ver a los peores extremistas controlando Alemania. La Entente incluso los cortejó con ofertas de ayuda y apoyo, como en el caso de los extremistas bávaros".

El despiadado aplastamiento de Noske a los bolcheviques de Berlín había dado un respiro a Alemania. Se llevaron a cabo elecciones; los resultados fueron sorprendentes. De 421 escaños obtuvieron los socialdemócratas 163, el centro y los partidos nacionales burgueses tomaron 229, y los comunistas y socialistas independientes procomunistas, 22. El verdadero ganador fue Noske, quien declaró a la nueva asamblea: "Ahora está establecido que Alemania luchó sólo para salvar su vida ". Aunque más tarde sería denunciado por su crueldad, a principios de 1919 fue aclamado por todos como el salvador de Alemania.

Noske persuadió a los representantes recién elegidos de que el congreso debería reunirse en Weimar en lugar de Berlín. La violencia comunista esporádica podría estallar nuevamente en Berlín, y la mayoría de los diputados no disfrutaban de la perspectiva de ser hechos prisioneros por esparticistas enloquecidos por segunda vez.
El 6 de febrero de 1919, después de una pelea inicial con los comunistas locales, se inauguró el parlamento de Alemania en el teatro de la ciudad. Ebert leyó un discurso mediocre acorde con la mediocridad general de la asamblea.
Los diputados eran burgueses mezquinos, cobardes y serviles. Odiaban la revolución -Ebert lo admitió él mismo- y se sentían avergonzados de haberse beneficiado tanto de ella.
Ya fueran socialdemócratas, centristas o demócratas, todos eran viejos trucos políticos del Reichstag del Kaiser, intercambiables en su aburrida monotonía. Ebert fue elegido presidente y Scheidemann como presidente. No serían rival para los comunistas, y en el primer enfrentamiento con ellos caerían en pedazos.

Tan pronto como la nueva república comenzara su mandato, los comunistas provocarían levantamientos desde Baviera hasta Schleswig. Durante los siguientes cinco meses, un puñado de hombres de la Reichswehr lucharía por la supervivencia de Alemania. Se opondrían a las fuerzas de Lenin en Alemania, así como a los conspiradores vengativos de Versalles.

CAPITULO XLIX

Primeras semanas en París

Mientras Alemania sufría una sangrienta insurrección, políticos y burócratas de todo el mundo se reunían en París. Desde el 18 de enero de 1919 hasta el 28 de junio, cuando finalmente se firmó el Tratado de Versalles, hubo 1.500 sesiones y 24 comisiones. A pesar de la brillante vida social, los delegados todavía tenían tiempo para entregarse a planes e intrigas. Lloyd George, flanqueado por Churchill y Balfour, se ocupó de burlar a Clemenceau, que estaba ocupado limpiando la baraja de políticos franceses que consideraba inútiles o incompetentes. El embajador Cambon y el presidente Poncaré fueron apartados, dejando a Clemenceau en el centro del escenario.
Inmediatamente antes de que se abrieran los procedimientos, un político checo que ejercía presión para convertirse en primer ministro de una Checoslovaquia aún por crear fue casi asesinado. Brasil obtuvo tres escaños en el consejo supremo sin que nadie supiera por qué, ya que el ejército brasileño apenas había cruzado espadas con los alemanes.
El delegado eslovaco, Milan Stefanik, fue derribado en Bratislava por agentes checos cuyos amos estaban decididos a suprimir la soberanía eslovaca. El afamado músico polaco Paderewski, que se había convertido en presidente de Polonia, estaba haciendo una figura deslumbrante en la Ópera de París. Coloridos delegados de partes exóticas del mundo se habían unido a la conferencia ya sea para presentar sus propias demandas o simplemente para ser parte de las festividades en curso.

Los delegados alemanes fueron, por otro lado, condenados al ostracismo. Fueron excluidos de las deliberaciones de la conferencia: no debían ser escuchados ni vistos. Sólo en los últimos días aparecieron para firmar el tratado. En esa ocasión fueron recibidos con un

granizo de piedras. La secretaria de una delegada alemana recibió un golpe en la cara y perdió el ojo derecho.

París fue el escenario de cinco meses de fiestas y juergas continuas. Miles de vencedores más o menos auténticos estaban celebrando. Escritores de moda como Proust, Cocteau y Gide eran muy solicitados en los salones franceses. Los revolucionarios también fueron muy apreciados. Madame de Jouvenel, una destacada socialité, ofreció una magnífica recepción en honor al asesino del gran duque ruso Serge y al ministro zarista Plehve.
La diplomacia del dormitorio también se elevó a nuevas alturas con la afluencia de miles de prostitutas de clase alta checas, rumanas y serbias traídas por los delegados de Europa central. Su misión era reforzar los reclamos y demandas hechas en la mesa de conferencias en la intimidad del tocador. Clemenceau comentó: "Estas chicas están destruyendo la conciencia de los árbitros de la paz". El eslovaco Stefanik estaba indignado, pero su colega Benes sintió que "las damas estaban jugando un papel esencial" para convencer a los delegados de que era prudente y adecuado poner a los bohemios y moravos, así como a 6 millones de alemanes, polacos y húngaros, bajo control checo. . La intérprete estrella de Benes se llamaba Doria. Hablaba cinco idiomas y desarrolló una gran influencia entre todos los delegados alojados en el Hotel Crillon.
El delegado británico Nicolson admiraba mucho a otra practicante destacada, Madame Alexander: "Ella sabía todo, tenía acceso a todas partes, obtuvo todo lo que pedía. Era una figura que hizo historia pero no era conocida por el público en general".

Si algunos delegados perdían la conciencia, otros perdían la salud. El puritano Wilson se apresuró a incorporarse a la vida nocturna de París. Sus detractores afirmaron que había contraído una enfermedad venérea que agotó su ya precaria salud, y su "situación" se convirtió en la comidilla de la conferencia.
Clemenceau consideró oportuno aprovechar la situación haciendo correr la voz. Su mano derecha, Tardieu, le dijo a House: "Entiendo que es un asunto muy delicado, pero tememos que el presidente esté a punto de sufrir un colapso físico". Nicolson había comentado que todos los delegados estaban atónitos por "su colapso psicofisiológico".
Todos los que se oponían a sus catorce puntos estaban encantados con la situación de Wilson. Incluso celebraban reuniones junto a su cama con aparente simpatía, sin poder contener su júbilo.
Wilson estaba consciente de su enfermedad y estaba aterrorizado de que su naturaleza pudiera ser revelada a su electorado puritano. Al principio hizo un intento por mantenerse firme en sus catorce puntos, pero finalmente se rindió. En unas semanas no quedaría nada de ellos. Incluso si Wilson hubiera llevado una vida de absoluta virtud en París, su plan para reformar el mundo estaba condenado al fracaso desde el principio. El gobierno británico estaba decidido a apoderarse de los países productores de petróleo de Oriente Medio a pesar de todos los tratados y acuerdos que había firmado en sentido contrario. Los políticos franceses estaban decididos a ocupar el Sarre, Renania y puntos al este militarmente. Una mafia codiciosa de políticos serbios, checos, rumanos y polacos estaba igualmente decidida a pisotear los derechos humanos y devorar a 20 millones de alemanes, eslovacos, húngaros, croatas y austriacos sin la menor consulta. El desmembramiento de Turquía y la apropiación de las colonias alemanas por parte de los británicos también estaban en la agenda. Los pueblos indígenas fueron parcelados como en los días de la esclavitud.

Wilson había llegado a París con la máxima autoridad política y moral. Sin él, los aliados habrían perdido la guerra en 1917. Incluso en junio de 1918, Tardieu había declarado que ya no creía en la victoria. Los alemanes se habían puesto en contacto con él cuando decidieron

Rendición. Wilson había negociado él mismo las condiciones del armisticio y se había asegurado su aceptación por parte de los aliados. En circunstancias normales, debería haberse salido con la suya en Versalles. Como escribió Bullitt:

En la historia de la humanidad, el futuro rara vez ha dependido de un solo hombre tanto como durante el primer mes de Wilson en París. Cuando se encontró frente a Lloyd George y Clemenceau en la oficina de House en el Hotel Crillon el 14 de marzo de 1919, el destino del mundo dependía solo de él. Pero ningún signatario aliado del armisticio lo había aceptado con sinceridad. Sus objetivos de guerra, los reales, se habían concertado entre ellos con tratados secretos durante el curso de las hostilidades. Se oponían diametralmente a los planes de paz de Wilson, incluida la justicia imparcial y la igualdad de derechos para todas las personas. A los ojos de Clemenceau, los Catorce Puntos ... eran las divagaciones de un lunático. (Presidente Wilson, p. 360.)

Aunque Wilson se dio cuenta de que los aliados no estaban cooperando, poco podía hacer al respecto porque no tenía absolutamente ningún conocimiento de los asuntos europeos. Un observador dijo: "Su ignorancia de Europa rayaba en lo fantástico. Dejó a la gente asombrada por la incredulidad. No tenía idea de la existencia de 3 millones de alemanes de los Sudetes, a quienes Checoslovaquia quería esclavizar".

"Masaryk nunca me había hablado de ellos", dijo Wilson.
Wilson también estaba convencido de que había más de 100 millones de judíos en el mundo.

Se habían creado equipos de expertos en asuntos exteriores de Harvard, Yale y otros centros de la Ivy League para informar al presidente, pero Wilson no buscó su consejo.
Robert Lansing, su secretario de Estado, estaba bien informado sobre Europa, pero Wilson no le permitió poner en práctica su capacidad. Incluso House estaba perdiendo su influencia, porque a la segunda esposa de Wilson no le agradaba y le advirtió a su esposo casi todos los días que él era un Judas.

Los políticos británicos no habían esperado a reunirse con Wilson antes de servirse todo lo que querían. Sus objetivos de guerra se habían cumplido en el momento de la rendición de Alemania, puesto que ya habían adquirido activos y colonias alemanas. Su objetivo en Versalles y París era sabotear a los franceses, a quienes ahora consideraban sus nuevos rivales. También consideraron que el plan de paz de Wilson era totalmente irrelevante.
La ignorancia geográfica de Wilson se correspondía con la de Clemenceau, que consideraba a Europa central como una jungla confusa. Francia era todo lo que conocía y todo lo que le interesaba. Tardieu, sin embargo, había contratado a expertos para preparar una larga lista de reclamaciones y reparaciones.

Los burócratas de todos los países se mantuvieron ocupados en 58 comisiones. Tuvieron poco impacto y solo se les pidió que presentaran demandas para respaldar los diversos consejos ministeriales. El "Consejo de los Diez", que era el Consejo de los Cinco con la adición de los cinco presidentes principales, celebró 72 sesiones; el "Consejo de los Cuatro", sin el ministro japonés, celebró 145 sesiones e incluso el "Consejo de los Tres" se reunió cuando el primer ministro italiano salió de la reunión gritando "abajo Wilson".
Harold Nicolson, el delegado inglés, tomó extensas notas de las actas y las publicó en un libro titulado Peacemakers 1919. Recordó: “El trabajo fue desalentador. ¡Uno se sentía tan falible en estos asuntos! Un mapa, un lápiz, un papel transparente. Mi corazón se hundió al pensar en los individuos que nuestras líneas erráticas salvarían o rechazarían ".

Nicolson describió los procedimientos durante una reunión en la conferencia de París:

Tarde, revisión final de las fronteras austriacas. Camino a la Rue Nitot después del almuerzo para informar a AJ Balfour. Dentro de una habitación con un pesado tapiz debajo del retrato de una sonriente María de Médicis se oía el sonido de una fuente proveniente del jardín. En esta sala se decidiría el destino del imperio austrohúngaro. Hungría sería cortada por cinco distinguidos caballeros con indolencia e irresponsabilidad. Mientras el agua rocía los árboles de lilas, mientras los que tienen conocimiento observan ansiosamente, mientras Balfour se adormece, mientras Lansing garabatea, mientras Pichon descansa en su gran sillón, guiñando un ojo como un búho, Transilvania se vuelve a dibujar. Después de que Tardieu y Lansing intercambien insultos como pelotas de tenis, Hungría es desmembrada al mediodía. Continúan hasta Checoslovaquia. Para Yugoslavia, el informe de la comisión se adopta sin modificaciones.

El 13 de mayo de 1919, Nicolson y sus colegas fueron llamados para iluminar a Lloyd George, Balfour y Wilson sobre Asia Menor. Extendieron un gran mapa sobre la mesa del comedor:

Todos se sientan alrededor del mapa. Es como un pastel a punto de ser cortado y servido. Lloyd George explica su propuesta. Los italianos exigen Scala Nova. "No", dice Lloyd George, "no puedes tenerlo, ¡está lleno de griegos!" Continúa mostrándoles que hay otros griegos en Makri y a lo largo de la costa. Le susurro: "No, hay muy pocos griegos por ahí". Él responde: "Sí, las hay; no ves que es de color verde". Entiendo que entonces estaba confundiendo mi mapa con un mapa étnico. Él cree que verde significa griego y marrón significa turco, en lugar de valles y montañas.
Orlando y Sonnino charlan en italiano. Exigen las minas de carbón de Eregli. Lloyd George dice: "Pero es carbón malo y, en cualquier caso, no hay mucho". Sonnino traduce el comentario a Orlando, quien responde: "Los quiero, es bueno para mi moral". Finalmente, parecen dispuestos a aceptar un mandato sobre la región de Adalia, pero no sabemos muy claramente si a cambio cederán Fiume y Rhodes. Retiramos el acuerdo de la Sociedad de Naciones sobre los mandatos. Notamos que estipula "con el consentimiento y deseo de las personas interesadas".
Esta frase les resulta muy divertida y todos se ríen. La mejilla blanca de Orlando se tambalea de alegría y sus ojos hinchados se llenan de lágrimas de alegría.
Es inmoral y poco práctico, pero obedezco mis órdenes.

El profesor Clive Day de la Universidad de Yale confirmó las observaciones de Nicolson:

Cada vez que surgía una cuestión territorial, examinaban los mapas con una gravedad imperturbable. Sin embargo, nadie sabía si los mapas estaban al revés. Realmente no importaba de todos modos. (What Happened in Paris, 1918-1919, p. 30.)

Como si esto fuera poco, muchos de estos mapas habían sido manipulados. El propio Lloyd George se dio cuenta de que los mapas y los datos que los acompañaban habían sido falsificados y dio rienda suelta a su indignación públicamente en Queen's Hall: "Toda la documentación proporcionada por algunos de nuestros aliados durante las negociaciones era falsa y estaba inventada. Hemos tomado nuestras decisiones el la base de un fraude ".
Fue en tal ignorancia, irresponsabilidad y deshonestidad que se organizó el tratado de Versalles, el tratado más importante de la historia del mundo. El mariscal de campo Smuts, primer ministro de Sudáfrica, entonces un dominio británico, admitió más tarde: "Todo lo que hemos hecho aquí es mucho peor que el Congreso de Viena. Los estadistas de 1815 al menos sabían lo que estaba sucediendo. Nuestros estadistas no tienen idea .

A la incompetencia política de la época hay que añadir la venalidad generalizada de la prensa. Al igual que en la actualidad, tenía el poder de hacer o deshacer a todos los políticos en funciones o potenciales. Cualquiera puede ser un héroe un día y un paria al siguiente. La prensa decidió qué era noticia y qué no.
Los señores de la prensa se habían vuelto fabulosamente ricos antes de la guerra. Millones de dólares llegaron de Rusia, Serbia y Rumanía a los propietarios de los periódicos, quienes a su vez ordenaron a los políticos que prestaran grandes sumas de dinero a estos países. Las corporaciones también buscaron los favores de la prensa utilizándolas con efectivo, acciones e incluso una generosa parte de sus ganancias.

Los políticos franceses sabían quién mandaba y vivían con el miedo de entrar en conflicto con la prensa. Siempre cedían a las órdenes de los barones de la prensa. Los millones de rusos y serbios estaban bien invertidos. La prensa chantajeó al gobierno francés para que prestara miles de millones de francos oro a Rusia y Serbia. Los señores de la prensa, por supuesto, estaban recibiendo comisiones por estos préstamos. Los miles de millones provinieron naturalmente de los bolsillos de los contribuyentes franceses en apuros. Habría sido un suicidio político para cualquier político expresar su oposición a tales préstamos.

Incluso durante la guerra siguió llegando dinero ruso: un millón de francos oro fue a parar a Le Figaro. Esto fue en un momento en que a un soldado que arriesgaba su vida en las trincheras se le pagaba cinco centavos por día.
La elaboración del Tratado de Versalles elevó considerablemente las apuestas para la prensa hambrienta de poder y dinero. Ya no se trataba de obtener grandes comisiones por los préstamos extorsionados, sino de participar en la destrucción del mundo. Todos los "vencedores" de Versalles estaban allí para adquirir territorio. Los checos querían un corredor que atravesara Hungría para poder unirse con Serbia. Los serbios querían devorar Albania. Los griegos querían a Esmirna. Los italianos querían toda la tierra entre Fiume y Adalia, bien dentro de Turquía. Ricos con préstamos franceses, todos estos voraces demandantes acosaban a la prensa con un flujo continuo de dinero. La prensa llevó a cabo una subasta en curso: quien pagara más podía estar razonablemente seguro de un trato favorable incluso para la reclamación más absurda.

El académico francés André Maurois señaló: "La agitación de las masas no solo fue desafortunada sino que fue obra de una prensa entretejida con gobiernos".
Le Temps tenía las tasas más altas: de 100.000 francos oro a 200.000 por artículo "documentado". Figaro y Le Matin obtuvieron 50.000, el Journal des Débats, 25.000 francos.

* * *

Los buscadores de favores continuaron superando a los demás, a menudo con resultados nefastos. Le Temps dejó caer a Serbia tras recibir 3 millones de francos oro cuando le pagaron 5 millones por decir lo contrario. ¡Los políticos serbios, conocedores de la corrupción durante muchos años, se declararon indignados! Dragomir Stefanovich, yerno y portavoz del jefe político serbio Pashich, declaró:
"Estamos muy disgustados en Belgrado por la actitud de Le Temps. Es inútil gastar más dinero para comprar su buena voluntad".
También hubo un tráfico intenso de acuerdos comerciales y contratos. A los propietarios de Le Temps se les había otorgado un contrato de construcción en Rusia, así como derechos de explotación en las minas de cobre más ricas de Serbia en Bor y en los bosques eslovacos en el verano de 1914. Las fortunas se hicieron casi de la noche a la mañana. En febrero de 1919, los rumanos admitieron haber gastado "más de 10 millones de francos oro, sin contar los pequeños sobornos". Añadió el delegado jefe de Bucarest: "Pero a ese precio Transilvania y Bucovina realmente

no nos costó nada ". De hecho, a ese precio le costaría a Rumania un promedio de tres francos por húngaro en la desnacionalización y anexión de la población y el territorio húngaro. La codicia de estas personas en el punto más bajo de la victoria incluso conmocionó a Clemenceau, quien los llamó "chacales". El secretario de Estado estadounidense, Lansing, quedó consternado y dio a conocer públicamente sus temores sobre las consecuencias de tales prácticas.

En la ignorancia y la corrupción se jugaría el destino del mundo. Se crearía la Sociedad de Naciones, se volverían a dibujar los mapas de las naciones, se anexarían o intercambiarían poblaciones, se establecerían enormes calendarios de reparaciones. Nunca se planteó la posibilidad de reconstruir la paz con Alemania. Los alemanes estaban destinados a quedar reducidos a la impotencia total para siempre. A la ignorancia y la corrupción se le puede sumar el odio ciego. Alemania iba a ser destruida por cualquier medio. Los políticos aliados vieron en el bolchevismo un maravilloso complemento de venganza. Alemania iba a caer en el olvido entre la venganza aliada y el terror comunista. La atmósfera de París estaba tan llena de odio que todos aquellos que no mostraban tendencias genocidas hacia los alemanes fueron inmediatamente tachados de lacayos enemigos. El delegado estadounidense Bowman se quejó: "

Churchill, sin embargo, no se opuso, mostrándose como un demagogo consumado: "Hay que satisfacer a una multitud emocionada".

Clemenceau fue directo: "La conferencia de paz es una continuación de la guerra".

CAPITULO L

Una comedia

Los alemanes implementaron diligentemente las draconianas condiciones del armisticio de noviembre. Los 4 millones de soldados del ejército alemán se habían ido a casa y, aparte de los pocos miles de voluntarios que defendían Berlín contra los bolcheviques, Alemania estaba desarmada e indefensa. Incluso el político anti-alemán más ardiente de todos, Tardieu, admitió: "A partir del 15 de enero de 1919, todo el material que el armisticio del 11 de noviembre había ordenado a Alemania que entregara estaba en manos de los vencedores". (Paz, p. 141.)

El mariscal Foch, que había trasladado su cuartel general a la ciudad alemana de Trier, renovó el armisticio por otros dos meses, pero esta vez en peores condiciones. La paz se había convertido en una extensión de la guerra: Alemania se había desarmado pero seguía siendo objeto de guerra.

A los vencedores les faltó la habilidad de gobernar para concluir una paz en beneficio de Europa y del mundo. Vivieron en el pasado, donde el único objetivo de la guerra era adquirir bienes raíces de los países vecinos. Lenin había cambiado todo eso. El comunismo luchó por el dominio del mundo entero. La conquista de Alemania había comenzado en noviembre de 1918 como un trampolín para conquistar Europa. El enemigo ya no era el káiser fugitivo. La Alemania postrada se había convertido en el baluarte que protegía a Europa del ataque comunista.

Por mucho que los aliados odiaran a Alemania, su propia supervivencia exigía que no destruyeran este baluarte. Lloyd George, que había prometido a su electorado que pulverizaría Alemania, mostró cierta preocupación tardía cuando preguntó: "¿Es nuestro interés arrojar a Alemania en los brazos del bolchevismo?"

Sin embargo, los aliados se vieron atrapados en una red de tratados secretos que les dejaban poco espacio para afrontar nuevas situaciones. Habían aceptado los Catorce Puntos de Wilson siempre que aseguraran la participación de American en la guerra, pero con la victoria habían reafirmado sus objetivos bélicos originales. Tardieu explicó por qué su gobierno, hasta el armisticio, no había mencionado su política de "romper la unidad alemana": "la victoria llegó tarde para los aliados. En 1918 fue la derrota del ejército británico bajo el mando del general Gough, en mayo fue el 'Chemin des Dames' y el bombardeo de París. Anunciar en este momento o antes de lo que llamamos la 'vivisección de Alemania' habría sido singularmente imprudente ". (Paz, p. 409.)

Clemenceau también consideró la población de 60 millones de Alemania, 20 millones más que Francia, como el colmo del descaro. Declaró: "En los viejos tiempos, sé lo que se habría hecho con ellos".

Aparte de matarlos a todos en la guillotina revolucionaria, Clemenceau estaba decidido a distribuir una gran parte de la población alemana entre todos los vecinos de Alemania. Los franceses, los checos y los polacos, los italianos, los serbios, los belgas y los daneses estaban destinados a absorber a millones de alemanes.

Wilson no sondeó la codicia de sus aliados hasta después de seis meses de intrigas y conversaciones dobles. Luego regresó a Washington, un hombre amargado y desilusionado que se dio cuenta de que lo habían engañado.

La primera capitulación de Wilson trató sobre el establecimiento de la Liga de Naciones. Uno de los catorce puntos era que sería el foro para implementar la paz y la piedra angular del armisticio. Fue el compromiso solemne de todos los beligerantes, ganadores y perdedores por igual, proceder a la creación de la liga una vez firmado el armisticio. David Hunter Miller, el asesor legal de Wilson, declaró:

En verdad, la declaración de los Catorce Puntos relativa al establecimiento de una Sociedad de Naciones se había convertido formalmente, como lo demuestra nuestra nota de gobierno del 5 de noviembre de 1918, en una de las condiciones básicas de la paz con Alemania. Alemania tenía derecho a insistir, para su propia protección, en que se estableciera la Sociedad de Naciones. (What Happened in Paris in 1918-1919, p. 311.)

Este derecho de Alemania había sido la base misma de su aceptación del armisticio. "Alemania", dijo Miller, "siempre había sostenido enérgicamente que interpretaba las palabras del presidente Wilson, una asociación general de naciones, no solo como una asociación de naciones que firma el tratado, sino como una asociación de la que Alemania se convertiría inmediatamente en miembro. "

Esto no sucedería. Pasarían años decisivos sin ninguna participación alemana en la Liga de Naciones. Clemenceau había marcado la pauta para prescindir de la voz alemana: "Uno nunca debe negociar con un alemán o hacer un trato; hay que imponerle una solución". Los dominios británicos más lejanos se convirtieron en miembros, pero durante algunos años se excluyó a Alemania. Por lo tanto, las condiciones del armisticio fueron violadas incluso antes de que comenzara la conferencia de paz.

El profesor Pierre Rain, un observador francés, declaró: "La integridad de la doctrina se vio comprometida: el gusano ya estaba en la fruta". (Versalles 'Europa, p. 49.)

El delegado británico John Maynard Keynes dijo: "Sería estúpido creer que debería haber en el mundo mucho espacio para historias como la Liga de Naciones o la

principio de autodeterminación. Éstas son sólo fórmulas ingeniosas que se utilizan para inclinar la balanza de poder a su favor ".
(Las consecuencias económicas de la paz, p. 37-38.)
Rain también señaló: "No hubo una aceptación real de los catorce puntos de Wilson".

El 8 de enero de 1918 Wilson ya había dado a conocer que "los intereses de los súbditos coloniales deben pesar por igual con los de otros territorios". La base de sus catorce puntos fue la autodeterminación de todos los pueblos. El Imperio Británico, en el que nunca se ponía el sol, no tenía intención de albergar tal política. India, con una población de 320 millones en ese momento, estaba inquieta bajo el dominio colonial británico. Se llevaron a cabo manifestaciones masivas a favor de la independencia y la liberación del colonialismo mientras se negociaba el Tratado de Versalles. El 19 de abril de 1919 las tropas británicas no dudaron ni un momento en disparar contra los manifestantes desarmados en la ciudad de Amritsar. 379 murieron e innumerables heridos. En Egipto, las multitudes que exigían la independencia "en nombre de los principios wilsonianos" también fueron brutalmente reprimidas.
De acuerdo con la legendaria política británica de "divide y vencerás", los británicos utilizaron a los australianos para masacrar a los indios como lo habían hecho unos años antes cuando los australianos fueron llevados a Sudáfrica para hacer la guerra a los bóers. Se utilizaron mercenarios indios para reprimir a los egipcios; Se utilizó a los egipcios para sofocar a los palestinos. Tan recientemente como en 1982, los gurkhas nepaleses se utilizaron en la guerra contra Argentina.

El imperio británico había sido formado por años de operaciones piratas y traiciones políticas. "La Ciudad", como se conoce al establecimiento financiero británico, presidió la explotación de sus colonias y dominios con fuerza y crueldad. El moralismo que impregnaba los Catorce Puntos de Wilson era un anatema para la City, incluso como fachada de relaciones públicas. Durante la primera semana de la conferencia, el delegado británico Crowe reprendió a su colega Nicolson, un inglés honesto, porque había detectado algunos escrúpulos en él. Nicolson de alguna manera se sintió obligado a honrar el compromiso que su gobierno le había dado a Wilson durante los acuerdos de armisticio de noviembre. Crowe dijo: Esto sería un absurdo, mi querido Nicolson; tu mente no está clara. Crees que eres lógico y sincero pero no lo eres. ¿Aplicaría el derecho de autodeterminación a Egipto, India, Malta, Gibraltar? Si no está listo para llegar tan lejos, no finja ser lógico. Y si quieres llegar tan lejos, te recomendamos que vuelvas a Londres de inmediato.
La libertad de las personas seguiría siendo la libertad de dominar a las personas.
Dentro del imperio colonial francés, el partido Destour en Túnez había pedido algo de libertad inmediatamente después del armisticio. Los jefes tribales de la Libia controlada por Italia estaban presionando por una "República de Tripolitania" independiente. En el Marruecos español, el líder musulmán Abd el-Krim había organizado una rebelión por la independencia. En las Indias Orientales Holandesas, el movimiento independentista Sarekat Islam, con dos millones y medio de miembros, luchaba por los derechos que el presidente Wilson les había prometido.

Ni un solo país entre los Aliados otorgaría la más mínima independencia a ninguno de los países que dominaba. Los habitantes del antiguo imperio colonial alemán simplemente habían pasado bajo el dominio británico; algunos habían pasado bajo el dominio francés, belga o incluso japonés. El establishment británico llamó hipócritamente a sus nuevas colonias "mandatos". Wilson había proclamado que los "mandatos" debían ser administrados por "los estados mejor preparados para realizar la tarea". Los británicos se habían apoderado de las colonias alemanas a punta de pistola y de alguna manera se sintieron ordenados para gobernarlas.

"Fue entonces", advirtió Nicolson, no sin indignación, "que una trama de sofismas y argumentos jesuíticos pervertiría con mentiras el texto y la sustancia de todo el tratado".
La "misión sagrada" asignada a la futura Sociedad de Naciones se había echado a pique en cuestión de días. Los poderosos seguirían siendo poderosos y los débiles (incluso si fueran cientos de millones) verían desaparecer su libertad como el conejo de un mago.

Debido a que los Aliados todavía necesitaban la ayuda financiera estadounidense, hablaron de labios para afuera del proyecto de Wilson, la Liga de Naciones. Pero en dos semanas, la sustancia de la Liga había sido absorbida. Incluso la cláusula sobre la igualdad religiosa no sobreviviría, aunque Wilson la había exigido enfáticamente. El establishment británico torpedeó esta cláusula en particular porque no quería cambiar la práctica de excluir a los católicos de acceder al trono británico.

Wilson abandonó sus principios, uno tras otro. En noviembre de 1918 abandonó la libertad de los mares; en enero de 1919 abandonó el derecho a la autodeterminación de los pueblos coloniales y ahora estaba abandonando la igualdad religiosa.
Irónicamente, Wilson acabaría con la Liga de Naciones con sus propias demandas nacionalistas.
El "derecho de autodeterminación" de Wilson estaba en total conflicto con la Doctrina Monroe, por la cual Estados Unidos reclamaba el derecho a intervenir en los asuntos de todos los países de las Américas con total exclusión de cualquier otro país del mundo. La opinión pública estadounidense no estaba dispuesta a renunciar a este monopolio, y el Congreso advirtió a Wilson de que no manipulara la doctrina. Esta vez los principios de Wilson se subordinaron a consideraciones electorales.
Con la lengua bifurcada de palabrería diplomática, Wilson transformó el principio de autodeterminación en una declaración verdaderamente orwelliana, incorporada en el Artículo XV de la Liga: "Las ententes regionales como la Doctrina Monroe no son de ninguna manera contradictorias con el principio de autodeterminación; al contrario, son perfectamente compatibles con él ". Con una hipocresía que habría enorgullecido a los británicos, Wilson estaba jugando con las palabras. El hecho es que sólo Estados Unidos tiene derecho a intervenir en unos 20 países americanos, sin reciprocidad de su parte.
Privada de toda relevancia, la Sociedad de Naciones abriría sus puertas en Ginebra como un monumento a la inutilidad. Durante 20 largos años, se prodigaron miles de millones de dólares en burócratas y diplomáticos fiesteros de todo el mundo. El verano fue especialmente favorecido como la temporada social para ver y ser visto. Briand, el ministro francés, fue escuchado una vez bromeando con sus ayudantes: "Miren, ¿no saben que la verdad nunca debe ser dicha? ¡Recuérdenlo en el futuro!"
Cada delegado estaba viviendo una mentira y todos lo sabían. Los estatutos de la Liga se habían redactado en menos de tres semanas, estrictamente por el bien de la apariencia.
"La autodeterminación y los derechos humanos son una broma", dijo Tardieu.
Wilson se dio cuenta de esto más que nadie. La Liga estaba vacía como un tambor. Wilson pensó que podía sustituir la forma por la sustancia. Durante la lectura de los estatutos, sus ayudantes le llevaron una Biblia, que "apretó con mano temblorosa" durante toda la ceremonia como si estuviera a punto de pronunciar el juramento de respetar la Constitución. Producir la Biblia con la ratificación de la inequidad solo agravó su hipocresía.
La castración de la Liga marcaría la primera derrota de Wilson. El fracaso del desarme marcaría el segundo.

CAPITULO LI

El sabotaje del desarme

Junto con los catorce puntos, Wilson había proclamado la necesidad de establecer el desarme mundial. Una vez más, el presidente de los Estados Unidos tenía razón en teoría. Fue un noble sueño de gran importancia para la paz del mundo. Su éxito dependía, por supuesto, de la voluntad de sus aliados europeos de compartirlo. El armisticio se concluyó sobre la base de que Alemania se desarmaría inmediatamente y los demás países seguirían su ejemplo.
André François-Poncet, el embajador de más alto rango de Francia, reconoció que los diplomáticos de Versalles habían decidido no solo el desarme de Alemania sino también de todos los demás países. "El tratado establecía expresamente, y Clemenceau lo había confirmado en una carta a la delegación alemana, que el desarme de Alemania sólo sería un preludio del desarme general". (François-Poncet, De Versalles a Potsdam, p. 75). La Conferencia de París ya se había ocupado del desarme de Alemania. Alemania quedó militarmente reducida a cero. En el curso del debate, sus fuerzas se habían reducido a 96.000 hombres y 4.000 oficiales. Esto dejó a Alemania indefensa frente a la agresión comunista. (En 1932, Alemania contaría seis millones de votos para el Partido Comunista). Numerosas cláusulas aseguraron que este magro contingente nunca podría expandirse:

Arte. 176: Represión de todas las academias militares.
Arte. 180: Desarme de todas las fortificaciones de la zona desmilitarizada. Arte.
198: Desmovilización de todo el personal de la fuerza aérea.
Arte. 202: Entrega a los Aliados de todo el material de la fuerza
aérea. Letras. 42/43: Desmilitarización completa de Renania. Arte.
166: Limitación de depósitos de municiones.
Arte. 170 Prohibición de importar o exportar equipo militar. Arte.
171: Prohibición de fabricación de tanques y gases tóxicos.
Arte. 188: Prohibición de fabricar armas, municiones o militares.
material en cualquier otra planta excepto las controladas por los Aliados. Supresión de todos los arsenales.
Arte. 172: Entrega a los Aliados de secretos de fabricación y patentes. Arte.
173: Abolición del servicio militar [de educación obligatoria].
Arte. 177: Se prohíbe a las escuelas y clubes deportivos participar en la enseñanza militar o tener contacto con el Ministerio de Defensa.
Arte. 213: El derecho de la Liga de Naciones a controlar Alemania. Clemenceau
se basó en el artículo 213 para mantener a Alemania abajo para siempre.

* * *

No era suficiente que ambos lados del río Rin estuvieran fuera de los límites de los soldados alemanes. A Alemania se le prohibió enviar tropas a menos de 35 millas del Rin en el lado alemán, incluso para defender al país contra la revolución comunista.
Esta prohibición dio luz verde a los comunistas para que se apresuraran a ir a Renania y estuvieran listos para tomar el poder. Dos meses después del edicto, en marzo de 1919, el choque comunista

las tropas estaban invadiendo Renania. Se envió una pequeña unidad de soldados alemanes para contenerlos y restablecer el orden. Clemenceau aprovechó la oportunidad que le brindaba esta infracción del edicto para ocupar dos ciudades alemanas importantes más allá de la línea del armisticio. Alemania estaba atrapada entre la implacable aplicación del Tratado de Versalles y una ola de insurrección bolchevique.

Tardieu anunció con orgullo cada paso de la caída militar de Alemania:

Reducción completada: soldados, 98%, división de infantería, 96,7%, alto mando del ejército, 100%, jefes de estado mayor, 97%, artillería pesada, 100%, artillería ligera, 96,6%.

Nuestra delegación es responsable del trabajo de destruir el poder de la nación más militar de la tierra. . . Golpeamos en la cabeza cuando eliminamos al Alto Mando, las academias militares y el aparato de movilización. Dimos un golpe al cuerpo cuando eliminamos el servicio militar obligatorio, cuando fijamos en 12 años el período de servicio para los 100.000 hombres permitidos en uniforme. Hemos eliminado toda su artillería pesada, sus tanques, su fuerza aérea. Hemos prohibido el derecho a fabricarlos y su derecho a conservarlos. (Tardieu, Paz).

Durante ese mismo año Trotsky levantaría con incomparable brutalidad un ejército de 5 millones de hombres. Tardieu tenía poca preocupación por este tipo de "desarme".

La movilización bolchevique, sin embargo, empezó a preocupar a algunos de los otros aliados. El 23 de mayo de 1919 Lloyd George admitió: "Aunque acepté limitar el ejército alemán a 100.000 hombres, reconozco hoy que es muy pequeño. Puede ser aconsejable reevaluar todo este problema".

El 8 de junio de 1919, el Comité Aliado integrado por el mariscal de campo Henry Wilson y los generales Bliss, Destiker, Cavallero y Nara propuso que se permitiera a Alemania tener fuerzas armadas de un mínimo de 300.000 hombres. La medida fue bloqueada por los políticos franceses. (Tardieu, Paz, p. 159)

Las obligaciones impuestas a Alemania iban acompañadas de una vertiginosa serie de controles. Las misiones aliadas en uniforme se cruzarían durante años por Alemania para comprobar cuarteles y fábricas en busca de la más mínima infracción.

Clemenceau gritó en el Parlamento: "Si firman este tratado con tanta alegría como nuestros hombres entraron en la guerra, lo traerán vivo ... Cuando hayan terminado con esta magnífica tarea, tendrán derecho a felicitarse".

Tardieu agregó: "Una movilización moderna requiere años de preparación y debe hacerse abiertamente. Estas condiciones ya no están en manos de los alemanes".

Los aliados, que habían prometido que se desarmarían después de que Alemania lo hiciera, estaban ahora disfrutando de sus obligaciones de armisticio.

Incluso el historiador del establishment, Renouvin, reconoció que el desarme de Alemania solo podía hacerse cumplir como un preludio del desarme general, según lo acordado por los signatarios del Armisticio:

No habría duda de que Churchill exigiría que el compromiso [del armisticio] fuera renovado en el Tratado. Pero luego se sugirió que se insertara un codicilo que vincule este desarme con las "perspectivas generales del desarme universal" antes de los capítulos que tratan del desarme de Alemania. El presidente Wilson aceptó esta renovación del acuerdo de armisticio.

Los alemanes nunca habían dado motivos para las sospechas de los aliados. El propio mariscal Foch declararía por escrito en 1927: "El desarme alemán se ha completado totalmente". Durante los ocho años anteriores, la Comisión Aliada de desarme había funcionado a plena capacidad y llegó a la conclusión oficial de que Alemania había sido completamente desarmada.

Durante estos ocho años, los Aliados no cumplieron con su acuerdo firmado en el Tratado de Armisticio y Versalles. No hicieron el menor intento de estar a la altura

el Tratado a pesar del cumplimiento total de Alemania. Los gobiernos alemanes de 1919 a 1927 estuvieron casi totalmente subordinados a los aliados y nunca representaron la menor amenaza.

No había ninguna razón para que los aliados se negaran a cumplir el tratado que habían firmado. Después de quince años de perseverancia constante, era de esperar que los alemanes cuestionaran la validez de cumplir con un acuerdo unilateral. Los aliados no solo no se desarmaron como habían acordado, sino que nunca dejaron de rearmarse.

* * *

La política de Clemenceau de guerra a través de la paz garantizaría, por supuesto, la guerra absoluta tarde o temprano. Los Aliados justificarían su incumplimiento del doble discurso diplomático en la Liga de Naciones. Si surgía una resolución para implementar el tratado, siempre se podía contar con Clemenceau y los británicos para ejercer su poder de veto. Hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, los aliados utilizarían y abusarían del veto con el fin de eludir sus obligaciones contractuales.
Mientras los aliados mantenían a Alemania en un estado de desarme total, un puñado de voluntarios decidió enfrentarse a las legiones comunistas que Lenin lanzaba contra Alemania.

CAPITULO LII

Repúblicas soviéticas en Alemania

El fracaso electoral de los espartaquistas en enero de 1919, seguido de la victoria militar de Noske sobre ellos, fue bastante generalizado. La extrema izquierda había logrado ganar unos 20 escaños en la Asamblea de Weimar, una docena más o menos en Sajonia, cuatro en Württemberg y uno en Hesse. "Miraban hacia el este, esperando que el ejército soviético los pusiera en el poder", escribió Benoit-Méchin.
Aunque carecían del liderazgo de Liebknecht y Luxemburg, se habían fortalecido. Alemania sufrió una hambruna de proporciones terribles. Las madres embarazadas estaban perdiendo a sus bebés por pura falta de comida. Los aliados habían confiscado 5.000 locomotoras y 150.000 vagones de ferrocarril con el resultado de que las fábricas ya no podían abastecerse de carbón y materias primas. Millones de militares que regresaron estaban sin trabajo; los veteranos heridos se vieron obligados a valerse por sí mismos. En Berlín había 180.000 hombres sin trabajo en enero de 1919; en febrero fueron 240.000; en marzo 560.000 y en abril más de un millón. Era inevitable que tanta miseria y hambre arrojara a las masas en manos de los agitadores. Los políticos aliados estaban demasiado consumidos por el odio para ver la amenaza soviética. Los generales aliados estacionados en la Renania ocupada fueron,
El general Plumer, comandante de las fuerzas de ocupación británicas en Alemania, envió este informe a Inglaterra el 8 de marzo de 1919:
"Nuestras tropas no pueden soportar ver a niños muriendo de hambre; les suplico que envíen comida a Alemania".

A Londres llegaban cifras espantosas: "Al menos 20010 de todos los bebés alemanes nacen muertos y el 40% de los que nacen muere en un mes". Las notas de Nicolson reflejaban su angustia:

Estoy muy cansado; Me siento mal y mi moral está baja. ¿Qué estamos haciendo por la paz? ¿Qué tipo de paz buscamos? Hay un telegrama muy sombrío de Plumer. Nos ruega que enviemos comida a Alemania. Dice que nuestras tropas ya no pueden soportar ver a los niños morir de hambre. El observador de la Conferencia de Paz informa que la tez de las personas es amarilla por la desnutrición y el hambre.
Incluso Churchill reconoció la difícil situación alemana:

Esta es una historia muy triste. Las condiciones del armisticio prescribían que continuaría el bloqueo de Alemania. Sin embargo, a petición de los alemanes se añadió una cláusula que estipulaba que "los aliados y Estados Unidos" "considerarían enviar alimentos a Alemania si fuera necesario". Esta cláusula no se implementó hasta el 16 de enero de 1919. Por el contrario, el bloqueo de Alemania se extendió a los puertos del Báltico, lo que provocó que la hambruna aumentara en Alemania. Escucho algunas historias dolorosas sobre el sufrimiento de madres e hijos.

* * *

Sin embargo, las "historias dolorosas", es decir, la muerte de 40070 de los bebés de Alemania, no impresionaron a los aliados. El bloqueo británico se mantuvo tan estricto como siempre. Durante el primer invierno de la posguerra murieron más de un millón de niños alemanes. A los aliados solo les preocupaba obligar a Alemania a firmar el Tratado de Versalles. Con espantosa inhumanidad, los aliados calcularon que el bloqueo más estricto pondría a Alemania de rodillas en la mesa de conferencias.
Las multitudes de Berlín, Sajonia y las calles de todas las ciudades de Alemania no comprendieron este bárbaro chantaje. La gente moría de hambre; no había trabajo y la inflación estaba derritiendo el marco alemán. Los esparticistas habían sido entrenados en Moscú para explotar este desastre nacional. Los Ebert y los Scheidemann, jugando al burgués liberal, eran impotentes para cambiar nada. No ofrecieron ninguna esperanza, ningún plan excepto la verborrea liberal. Cuando la gente protestó, ordenó a la policía que les disparara. La gente estaba lista para escuchar otra voz.
Clemenceau y Tardieu estaban cegados a la situación por el odio, mientras que Lloyd George y Churchill estaban sujetos a las restricciones de la política británica.
Mientras tanto, el embajador de Lenin en Berlín había sido sorprendido distribuyendo fondos a los insurrectos: "Joffe estaba distribuyendo dinero a través de Haase (un diputado comunista alemán) para provocar la revolución". (Scheidemann, El colapso, p. 247).

* * *

El agente de Lenin había sido expulsado de Alemania, pero seguía organizando la subversión a través de mensajes de radio. Los insurrectos comunistas estaban a la ofensiva en toda Alemania. Por todas partes estaban surgiendo comunas comunistas y dictaduras locales: "Cada pueblo y aldea fue declarada república autónoma con la responsabilidad de suministrar alimentos e incluso dirigir los asuntos exteriores", escribió Scheidemann. Inmediatamente un establecimiento de comisarios rojos y pequeños burócratas se puso en el

nómina de los contribuyentes. "Habían", dijo el ministro socialista Barth, "pervertido la revolución a una cuestión de salario". Se habían convertido en codiciosos accionistas de la revolución.

"La gente apareció de todas partes", agregó Scheidemann, "para reclamar su parte del pastel revolucionario y competir por el puesto".
Los comunistas alemanes habían inventado, de hecho, el sistema de Nomenklatura por el cual unos pocos elegidos limpiaban con esponja a la mayoría del pueblo. El sistema ha estado en vigor en la Unión Soviética desde entonces: 750.000 miembros de la Nomenklatura viven en el lujo de 250 millones de personas.

* * *

Los insurrectos leninistas, después de establecer sus repúblicas soviéticas, procederían a cometer horribles masacres para purgar elementos "indeseables". Los voluntarios anticomunistas tenían la opción de contraatacar o ser masacrados. Los leninistas habían liberado a criminales violentos de la cárcel y los habían reclutado para realizar las atrocidades más espantosas. Alemania se había convertido en una jungla comunista. Durante tres meses, la violencia implacable se apoderó de la nación de miedo. La gente estaba ahora a merced de los asesinos comunistas. Los patriotas alemanes que todavía podían pensar por sí mismos sabían que tenían que hacer retroceder a los bolcheviques antes de la reunión final en Versalles. Tenían seis meses para revertir la marea.

Los soviets regionales pronto encontrarían contraproducentes sus masacres.

* * *

Tan pronto como los comunistas de Berlín fueron aplastados, Bremen fue pasado a la espada. Los comunistas tomaron el control del puerto para interceptar cualquier embarcación que pudiera contener alimentos. Estos barcos fueron enviados principalmente por una institución benéfica llamada Comisión Hoover. La entrega de alimentos significó la diferencia entre la vida y la muerte para innumerables niños hambrientos. Sin embargo, era una política comunista oficial explotar y agravar el hambre para iniciar la guerra de clases.
Benoit-Méchin escribió:
Desde el 10 de enero de 1919 se instauró una dictadura apenas disfrazada (en Bremen). Los comunistas se apoderaron de la tesorería socialista y del periódico socialista. Los bancos fueron detenidos y vaciados de su contenido. Los veteranos que regresaban fueron recibidos con una ráfaga de ametralladoras. Los supervivientes fueron hechos prisioneros. Los astilleros y los muelles fueron sellados con alambre de púas. Se ordenó a los escuadrones de la milicia roja que dispararan a cualquiera que intentara reanudar el trabajo. Mientras el país moría de hambre, los barcos de la Comisión Hoover, cargados de alimentos, estaban en manos de los comunistas. (L'Armée allemande, págs. 185/186).
Los puertos de Hamburgo y Cuxhaven fueron igualmente ocupados por los comunistas. El terror rojo impidió que trabajaran setenta mil trabajadores.
Noske estaba abrumado por los números. Su "Brigada de Hierro" naval contaba con 1.600 hombres, su "División Gerstenberg" contaba con 1.900. Se enfrentó a más de 100.000 tropas comunistas con sus 3.500 hombres. Noske recibió peores noticias: los agitadores comunistas se habían apoderado de las enormes cuencas mineras del Ruhr y se estaban "solidarizando" con Bremen y Hamburgo. Cortarían el suministro de carbón de Alemania.
Noske aconsejó al asustado gobierno socialista:

"Si el orden no se restablece de inmediato en Bremem, el gobierno puede considerarse perdido. Habrá perdido todo respeto. Es mejor arriesgar cualquier cosa que aceptar este ultraje". (Noske, Memorias, p. 42).
Contra todo pronóstico, Noske condujo su "División Gerstenberg" de 1.900 hombres a Bremen el 3 de febrero de 1919. Después de tres días de feroces combates, Noske logró recuperar Bremen y los agitadores comunistas fueron ejecutados. Los soviets de Hamburgo y Bremerhaven se apresuraron a enviar refuerzos, pero fueron abatidos por los soldados de Noske. Noske mantuvo la iniciativa y después de un ataque relámpago obligó a Red Hamburg a capitular. El puerto fue reabierto y la comida finalmente llegó. Tres mil quinientos patriotas habían derrotado a 100.000 comunistas respaldados por Moscú.
Noske tenía valor y cualidades de liderazgo, de las que carecían los marxistas. Los trabajadores se sorprendieron al ver a sus líderes rojos huir al primer disparo, dejándolos como carne de cañón.

* * *

Mientras se extinguía el fuego en los puertos del Mar del Norte, el Ruhr y Westfalia estallaban en violencia. Los comunistas cometieron el error táctico de elegir revoluciones regionales en lugar de apuntar a una insurrección nacional. Esto le dio a Noske la oportunidad de sofocar las insurrecciones una a una con sus fuerzas superadas en número.
La unión del Ruhr controlada por los comunistas exigió la nacionalización de las minas de carbón. Los políticos de Weimar, con una cobardía característica, se habían rendido y habían hecho concesiones poco antes de la comunización. Los agitadores marxistas aún no estaban satisfechos y organizaron huelga tras huelga: a los mineros solo se les permitió trabajar 17 días de los 90.

El 6 de febrero de 1919, los comunistas habían iniciado una huelga general en toda la región. Tres días después declararon al Ruhr "la República independiente del Noroeste". Se detuvieron todos los envíos de carbón al resto de Alemania, que estaba soportando uno de los inviernos más severos registrados. Una vez más, Noske fue llamado a liberar el suelo alemán del dominio extranjero del comunismo. Su pequeño contingente de 2.750 voluntarios se enfrentó a 150.000 milicianos rojos armados hasta los dientes. En el ayuntamiento de Hervest-Dorte, sus hombres flanquearon los cañones rojos y estaban preparados para el ataque. Los rojos anunciaron que inundarían las minas de carbón si Noske las atacaba. Esto significaría que las minas estarían fuera de servicio durante años. Noske mantuvo la cabeza y cesó todas las hostilidades. Calculó que el tiempo estaba funcionando a su favor. Dado que los comunistas habían cortado las comunicaciones reales, la población del Ruhr no pudo recibir alimentos. La huelga general había costado a los trabajadores más de 100 millones de marcos. En unas pocas semanas habían perdido la capacidad de comprar alimentos incluso a precios del mercado negro.
La mano derecha de Noske, el general von Watter, sintió que las esposas e hijos de los mineros ayudarían a recuperar la cordura. Negoció directamente con los hombres: trabajarían en las minas y reanudarían los envíos de carbón a cambio de alimentos. Noske evitó un baño de sangre utilizando la psicología.

* * *

Tan pronto como se evitó la crisis del Ruhr, Westfalia cayó en manos de Killian, el dictador judío bolchevique. Operando desde la ciudad de Halle, Killian se apoderó de 50.000 rifles, un millón de rondas de municiones y varias ametralladoras del antiguo depósito del ejército. Su "Consejo Revolucionario" impuso una huelga general y encarceló a todos los trabajadores ferroviarios. Las escuelas, los periódicos, los servicios públicos y médicos fueron

apagar. Incluso se ordenó a los trabajadores del saneamiento que no trabajaran, lo que dejó al pueblo en un estado de inmundicia y miseria. Noske pidió al general Maercker que rechazara esta nueva insurrección con 3.500 voluntarios.

* * *

Maercker se acercó a la ciudad de Gotha, que acababa de separarse de Alemania, el 1 de marzo de 1919. Los comunistas descarrilaron uno de sus trenes y masacraron salvajemente a los heridos. Los agentes fueron mutilados hasta quedar irreconocibles, arrastrados por las calles y arrojados públicamente al río Saale, donde se ahogaron. Maercker acaba de escapar con vida.

Los comunistas habían convertido el teatro de la ciudad en una fortaleza inexpugnable. Maercker estaba tratando de evitar un mayor derramamiento de sangre y envió a un emisario de tregua, el coronel von Kluwer, para negociar con el "Consejo Revolucionario". Antes de que pudiera hablar, los comunistas lo apresaron, le rompieron la mandíbula y la mayor parte de las costillas. Una turba comunista gritando lo arrastró por las mismas calles que sus compañeros oficiales habían sido arrastrados el día anterior. Con sangre brotando de sus múltiples heridas, fue arrojado al río Saale. Aún con vida, intentó desesperadamente nadar hasta la orilla. Cada vez que los comunistas lo patearon de vuelta al agua. Finalmente lo remataron a balazos.
El ultraje perpetrado contra el coronel von Kluwer convenció a Maercker de que las negociaciones estaban ahora fuera de lugar. Envió a sus mejores soldados a limpiar las calles. Murieron ciento veintitrés comunistas; Maercker perdió siete hombres. Los comunistas entraron en pánico y se lanzaron a saquear. Maercker hizo prisioneros a 500 de ellos. En 72 horas, las milicias rojas fueron derrotadas y declaradas ilegales. Maercker restauró el orden el 7 de marzo.

Bremen, Westfalia y Halle habían sido retomados. Los agentes soviéticos en Berlín estaban furiosos por este triple golpe. Decidieron lanzar otra insurrección en el propio Berlín. Los agitadores profesionales corrieron la voz: "¡Trabajadores! ¡Proletarios! Estas son nuestras órdenes: ¡disciplina absoluta! ¡Tranquilidad a sangre fría! ¡Voluntad de hierro! ¡Todos prepárense para luchar!" Los comunistas declararon una huelga general a través de un nuevo frente, los "consejos de trabajadores". Esta sería la cuarta revolución en cuatro meses. Ahora Noske estaba en su propio terreno y él mismo se ocuparía de los comunistas. Pidió y recibió plenos poderes para sofocar la insurrección. La primera noche los comunistas tomaron las comisarías y saquearon las tiendas.

El 4 de marzo de 1919, Noske asaltó la fortaleza Roja en Spandau. Durante 20 horas, los combates se prolongaron en las calles del distrito de Spandau. Noske ganó la batalla allí, pero aún tuvo que enfrentarse a los amotinados de la armada de Bremen y Hamburgo, que habían estado en Berlín desde mediados de noviembre de 1918. Tenían munición suficiente y operaban desde las salidas del metro de Berlín. Desalojados de sus armas y granadas, se retiraron al bastión rojo de Marstall, que se convirtió en el objetivo de fuego intensivo. Unas horas después, izaron la bandera blanca.
La segunda y más formidable fortaleza fue la "Volksmarinehaus". Maercker reunió un pequeño escuadrón aéreo para lanzar tropedos navales sobre la fortaleza. El muro fue roto y Noske envió a sus hombres. En el interior encontraron 126 ametralladoras, 5.000 cañones y rifles adicionales y dos piezas de artillería pesada.
Durante otras 50 horas se desarrollarían feroces combates en prácticamente todas las calles de Berlín. Poco a poco, Noske se fue acercando al último y principal bastión del comunismo en Berlín: Lichtenberg.

* * *

Los comunistas habían aterrorizado al distrito obrero de Lichtenberg después de tomar el edificio de la policía y otras oficinas públicas junto con 80 policías y soldados del gobierno. También se incautaron los periódicos locales, lo que parece haber enfurecido a los demás periódicos de Berlín. Hubo titulares que anunciaban que los 80 policías y soldados habían sido masacrados, lo que fue confirmado oficialmente por el ministro del Interior. La noticia envió una onda expansiva a través de un Berlín ya a prueba de golpes. Noske declaró mediante carteles que cualquier persona sorprendida con armas sería fusilada inmediatamente.
La Guardia del Gobierno fue más allá: "Todo individuo que sea sorprendido con armas en su casa será fusilado en el acto".
La noticia de la masacre fue en ese caso inexacta: sólo hubo cinco policías asesinados. Tantas masacres habían tenido lugar en las semanas anteriores que los titulares de la prensa habían sido aceptados al pie de la letra. En cuestión de horas, cientos de comunistas serían asesinados. También habría muchas bajas gubernamentales. Para el 11 de marzo de 1919, la fuerza comunista de 10,000 hombres se había reducido a 4,000. Por fin cayó el alto mando comunista en el ayuntamiento de Lichtenberg; los últimos insurrectos fueron abatidos con ametralladoras. El comisario rojo Dorrenbach logró escapar, pero fue asesinado un mes después.

El cuarto levantamiento bolchevique había sido el más mortífero: 10.400 civiles murieron y resultaron heridos. Eran 10.400 de más, pero habrían sido 100.000 si los bolcheviques hubieran conquistado Berlín como lo hicieron en Moscú. Al día siguiente, Noske se dirigió al Reichstag en Weimar: "Durante una semana la batalla se prolongó con todo su horror. ¡Puedo decirles que la insurrección ha sido aplastada!"
Si los comunistas habían fracasado no fue porque carecieran de combatientes. Nunca les faltaron hombres. Algunas de las personas que reclutaron lucharon con valentía. Estaban desgarrados por el hambre y la pobreza, convencidos de que estaban librando la guerra correcta. Los peligros para Alemania y Europa eran inmensos. Las multitudes, sedientas de justicia, fueron decepcionadas por sus líderes marxistas. Desde Liebknecht hasta Thalmann en 1933, el fracaso del liderazgo rojo en Alemania fue constante. Si hubiera habido un Lenin alemán o incluso un Trotsky alemán, Clemenceau habría terminado su carrera en Siberia.

* * *

La insurrección pudo haber sido aplastada en Berlín, pero los levantamientos comunistas continuaron en otras partes de Germanmy. Tres semanas después de Berlín, Magdeburgo y Braunschweig estaban sumidos en la insurrección. El 2 de abril de 1919, una fuerza comunista de 2.000 hombres se apoderó de Magdeburgo y se declaró a sí misma y a la ciudad como república soviética. Rompieron todas las relaciones con el gobierno alemán y anunciaron su alianza con Moscú.
Los socialistas, antes tan amistosos con los comunistas, se vieron golpeados y arrojados por las ventanas. Una vez más balaron para que Noske viniera a salvarlos. Los políticos y burócratas socialistas fueron encarcelados, mientras que los criminales convictos fueron puestos en libertad. Una vez más se saquearon las tiendas de alimentos y se cerraron las fábricas, incluidas las del gigantesco cartel industrial Krupp. Los Rojos tomaron como rehenes a un ministro federal, un general y varios oficiales, que podían ser fusilados en cualquier momento. Noske, exasperado, rugió que "nunca toleraría tales prácticas o el desmembramiento de Alemania".

El 12 de abril dio un ultimátum a la República Soviética de Magdeburgo para que se rindiera.

* * *

Noske confió a Maercker para implementar el ultimátum. Lejos de rendirse, los insurrectos libraron una furiosa batalla contra las fuerzas gubernamentales, matando a 37 hombres. Maercker contraatacó a gran velocidad y logró liberar a los rehenes. Otro régimen leninista fue sofocado y se estableció un gobierno patriótico.
El general von Kleist, el rehén liberado, pasó revista a las tropas en Magdeburgo al día siguiente. Maercker había organizado el desfile, pero tuvo que marcharse a toda prisa hacia la región de Braunschweig, donde un sastre judío llamado Merges había derrocado al gobierno y se había convertido en el dictador bolchevique de Braunschweig. Había reclutado a los amotinados de Kiel, que vivían en el palacio ducal, como sus guardaespaldas. Merges había armado a las tropas comunistas con grandes cantidades de armas incautadas en los arsenales del gobierno y afirmó que estaba formando "el embrión de un poderoso ejército rojo". Había roto con el gobierno central, cerrado los ferrocarriles, interrumpido el suministro de alimentos y acababa de declarar que Braunschweig era ahora parte de la Tercera Internacional Comunista, dirigida por Moscú.

Maercker sondeó los alrededores y se produjo una pequeña escaramuza. Unos 30 comunistas murieron y 70 fueron hechos prisioneros. Maercker rodeó la ciudad. Se ordenó a sus tropas que no dieran cuartel a todos los que resistieran. De repente, Maercker se enfrentó a un espectáculo extraordinario: una gran multitud corría en su dirección, con gritos de alegría y agradecimiento dirigidos a sus libertadores. La gente de Braunschweig había invadido a las milicias rojas y había venido a saludar a Maercker y sus hombres con el himno de Deutschland über Alles. Era el día de Pascua. El día de la resurrección fue un símbolo para Braunschweig. Maercker recordó: "La multitud era tan densa que apenas podía avanzar; mi caballo se hundía en una avalancha de flores". Maercker entró en Braunschweig con la banda a la cabeza.

* * *

Allí estaba la prueba. En Alemania, como en Rusia, la revolución fue dirigida por agitadores judíos decididos a imponer el comunismo por la fuerza a la mayoría renuente. La violencia, el terror y la barbarie de la Edad Oscura eran su modus operandi, pero a la primera oportunidad la gente se deshacía del yugo marxista.
Los comisarios rojos de Braunschweig huyeron de la ira popular mientras que la base eligió la rendición. Maercker decidió sabiamente hacer una demostración de indulgencia: "Considero oportuno hacer que su detención sea lo más ligera posible". Ahora era libre de mirar a Baviera, que se había convertido en una república soviética bajo la dictadura de tres judíos: Leviné, Levien y Axelrod, enviados por Lenin desde Moscú. También estaba la cuestión de una nueva república soviética que acababa de surgir en Hungría.

CAPITULO LIII

Los comunistas en Budapest

El 12 de marzo de 1919, el poder en Hungría cayó en manos de otro agente soviético, Bela Kun, también judío comunista. Lenin había designado a Hungría como el trampolín del bolchevismo en Europa central y oriental.
Esta vez los aliados se dieron cuenta. Les importó poco cuando los comunistas masacraran a los alemanes, pero sí importó cuando se interfiriera en la Europa central del este. Los aliados lo consideraban como su coto y el de sus aliados locales, los checos, los rumanos y los serbios.
Clemenceau, sin embargo, vio la oportunidad de negociar con el nuevo potentado marxista del Danubio y su embajador en Viena para invitarlo a París. Wilson, Lloyd George y Clemenceau decidieron enviar una delegación especial a Budapest para entregar oficialmente la invitación. La misión estaría encabezada por el primer ministro sudafricano Smuts, que viajaría en tren privado a Budapest.
Así, un tren de lujo atravesaría una Europa devastada de 200 millones de personas hambrientas para rendir homenaje al tirano judío de piel cetrina de la Hungría bolchevique. Harold Nicolson, quien fue asignado a esta misión, dio este asombroso informe desde el momento en que llegaron a Viena, donde la delegación debía esperar a que un delegado comunista les diera permiso para entrar en Hungría:

Voy al cuartel general bolchevique. Es bastante difícil hacerles entender quién soy y qué quiero. El lugar está lleno de gente que quiere obtener pasaportes. La mayoría de ellos son judíos que luchan por llegar a Budapest ... Finalmente me llevan arriba al comisario, como lo llaman por aquí. Es un judío gallego criado en Estados Unidos. Telefonea a Budapest y dice: "Está bien, Bela Kun se alegrará de verte".

A la mañana siguiente, la delegación llegó a Budapest a la misma hora que 1.500 "fanáticos" que habían abandonado Viena para unirse a los guardias rojos de Bela. Bela Kun apareció en la plataforma:

Es un hombrecito de unos treinta años, su rostro es céreo e hinchado, sus labios son suaves y húmedos, su cabeza está rapada, sus ojos son astutos y desconfiados. Es el rostro de un criminal enfurruñado e inseguro. Lo acompaña un judío grasiento vestido con un abrigo de piel apolillado y con una corbata verde sucio; es su ministro de Relaciones Exteriores. Empezamos a hablar pero su alemán es difícil de seguir porque se mezcla con el gallego y el magiar. Empiezan a proponer lo que significará el bolchevismo para Europa Central: trabajo y felicidad para todos, educación gratuita, médicos, George Bernard Shaw, jardines suburbanos, mucha música y el triunfo de la máquina. Les pregunté qué máquina? Hace un gesto vago en un abrazo colectivo de todas las máquinas del mundo.

* * *

Bela Kun se fue y Nicolson comenzó a tomar fotografías.

Afortunadamente, Bela Kun se va antes de que mi paciencia se agote por completo. Lo acompaño de regreso a la entrada de la estación. Los Guardias Rojos no lo saludan. Se queda quieto y mira. El maquinista de un tren local se baja y camina hacia Bela Kun. Dice algo que no entiendo. Kun le responde en Magyar, el equivalente a "Ciertamente, camarada", y le da el cigarrillo que estaba fumando. El maquinista coge otro cigarrillo y lo enciende con el que había recibido de Kun. Luego regresa a su locomotora fumando orgulloso su cigarrillo de camaradas.

Bela Kun vuelve sus ojos rosados y brillantes en mi dirección para observar si me ha impresionado esta escena proletaria.

Nicolson resumió la reunión: "Bela Kun sugiere que organicemos una conferencia en Viena o Praga entre los estados sucesores. Smuts quiere que venga a París". Aquí estaba el primer ministro de un dominio británico invitando al tirano judío de un país comunizado a venir y negociar en París, mientras que ni un solo estadista había sido llamado para expresar las necesidades de 60 millones de alemanes.

* * *

Ni Smuts ni nadie más en el tren de lujo que llevó a la delegación a Budapest tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo en Hungría bajo la dictadura de Bela Kun.
Nicolson logró arrastrar a Smuts en una gira por Budapest para la que se tuvo que solicitar autorización:

Casi todas las tiendas están cerradas. La ciudad es inmunda. La lluvia cae sobre personas demacradas y andrajosas. Escuadrones de guardias rojos se mueven sosteniendo perchas con varios obsequios. Nos encontramos con tres o cuatro de estos escuadrones de unos 15 a 20 hombres armados con bayonetas y portando perchas, robados en algún restaurante. Si encuentran una tienda abierta entran y se sirven los "regalos" que les apetecen, que luego cuelgan de los percheros: botas, salchichas y lino rojo. Todo esto está empapado de lluvia. La tristeza y la pobreza es sorprendente.

Cuando Nicholson y Smuts regresaron al tren, hubo un corte de energía que sumió a todos en la oscuridad. Bela Kun regresó a la estación: logré hacerle firmar un papel donde prometía liberar a todos los súbditos ingleses que había metido en la cárcel. Kun parece desconfiado y malhumorado, además de temeroso. Smuts le habla como si fuera de la realeza.
Los cónsules suizo y español nos informan que las acciones de Bela Kun estuvieron lejos de ser moderadas. Pretender lo contrario sería absurdo. Las cárceles están llenas de gente. Los guardias rojos amenazan y se teme una masacre.
Bela Kun regresó al día siguiente: llegó a las diez.
Smuts entrega el borrador de un acuerdo que estipula la ocupación por las grandes potencias de una zona neutral entre Rumanía y Hungría. Si está de acuerdo, se levantará el bloqueo. Está claro que Bela Kun se muere por aceptar. La firma de tal documento implicaría el reconocimiento oficial de su gobierno. Quiere estar de acuerdo con todas sus fuerzas, pero es desconfiado y temeroso. Agarrando el documento nos deja, diciendo que tiene que consultar con su gabinete, que en realidad significa Moscú. Nos promete una respuesta a las siete de la tarde.

* * *

Por la tarde se iba a dar una recepción a la delegación de Smuts en el Hotel Hungaria:

Bela Kun desea que tomemos el té de la tarde allí. Es vergonzoso porque no creo que el general quiera que vayamos a un hotel. Pero se ven tan molestos cuando nos negamos que aceptamos la invitación. Nos damos cuenta tan pronto como entramos en el hotel que todo tenía

ha sido cuidadosamente organizado con el fin de impresionarnos. El vestíbulo está lleno de gente alrededor de mesitas bebiendo café y limonada. Una banda toca melodías húngaras. Todo está diseñado para mostrarnos que Budapest sigue siendo, a pesar del bolchevismo, la ciudad más alegre de Europa. Sin embargo, se han cometido dos errores graves: primero, cada puerta está custodiada por guardias rojos armados y, segundo, se olvidaron de decirle a la gente alrededor de las mesitas que se suponía que debían hablar entre ellos. Es muy extraño. No me doy cuenta de inmediato de lo que está mal. Es un espectáculo normal ver gente tomando el té de la tarde en un hotel, pero hay algo fantástico e irreal: nadie está hablando; todo el mundo está bebiendo su limonada en total silencio. Si uno mira a estas personas, ve miedo y un llamado de ayuda tan intenso como silencioso. Cuando bajan los ojos, el silencio mortal continúa excepto por el toque de violines bajo la vigilancia de guardias armados. Es bastante evidente que esta colección de seres silenciosos había sido sacada de la cárcel por la tarde solo para llenar el vestíbulo. Me estremezco. Salimos lo antes posible. Mientras caminamos hacia la puerta, nos siguen miradas silenciosas.

* * *

Bela Kun volvería por cuarta vez para continuar con las negociaciones. Smuts finalmente había llegado a una fórmula por la cual Kun sería invitado a París para unirse a la conferencia de paz. París, sin embargo, no quiso saludar a Bela Kun. Los húngaros habían tenido más que suficiente de bolchevismo y Bela Kun y habían llamado a las tropas rumanas para que los ayudaran a expulsar a sus opresores. Bela Kun fue expulsado de la ciudad para no reaparecer nunca.

La excepcional muestra de afecto de los aliados hacia Bela Kun no fue ajena a su judaísmo. Versailles era una especie de reunión confidencial del Sanedrín donde se esperaba con impaciencia a Bela Kun. Los tres dictadores judíos de Lenin de Baviera (Leviné, Levien y Axelrod) también habían sido cortejados y festejados por Clemenceau y los aliados mientras masacraban a civiles alemanes indefensos.

Rodeado e invadido por enemigos, el núcleo duro de Alemania estaba decidido a resistir. Noske se dirigía a Baviera.

CAPITULO LIV

Alemania aplasta al comunismo

"Del 26 de abril al 3 de mayo de 1919", escribió Benoist-Méchin, "toda Alemania contuvo la respiración, con todos los ojos puestos en Baviera". Leviné y Levien acababan de firmar una alianza, con su compañero tirano Bela Kun, todos los cuales estaban bajo el control de Lenin El eje bolchevique Munich-Budapest iba a cortar Europa por la mitad.

Durante seis meses, Baviera había estado en manos de una serie de judíos dementes como Eisner y terroristas de sangre fría como Leviné y Levien, enviados por Lenin desde Moscú. Durante la noche del 6 de abril, estos extraterrestres habían proclamado a Baviera una república soviética al grito de "¡Los vom Reich!" ("¡Fuera del Reich!"). Esto era intolerable para cualquier alemán. El derramamiento de sangre parecía inevitable.

Por primera vez desde el final de la guerra se produciría un enfrentamiento de grandes fuerzas, que asciende a unos 64.000 combatientes. Los marxista-leninistas de Baviera, en

durante seis meses, había tenido tiempo de organizar un ejército rojo de 64.000 hombres bien armados. Las probabilidades no favorecieron a los 4.000 de Noske.

* * *

La Internacional Comunista que supervisaba la Baviera soviética estaba compuesta en su totalidad por judíos. Este punto nunca debe olvidarse cuando se estudia la evolución del nacionalsocialismo. La participación judía en la dirección de las revoluciones bolcheviques en Alemania había sido abrumadora y constante. Las masacres y el derramamiento de sangre que casi destruyeron a Alemania en 1918 y 1919 fueron organizados y dirigidos por judíos. Fue un francés de impecables credenciales democráticas, no un alemán "antisemita", quien escribió estas notables líneas:
Multitudes agitando banderas rojas montan un asalto contra el gobierno en nombre de la guerra de clases. Intentan aplastar los últimos instintos patrióticos. Pero estas multitudes no actúan de forma espontánea. Están dirigidos por una legión de militantes y agitadores. ¿Y quiénes son estos agitadores? En Berlín, Landsberg y Haase, Liebknecht y Rosa Luxemburg; en Munich, Kurt Eisner, Lipp y Landauer, Toiler, Leviné y Levien; en el Ruhr, Markus y Levinson; en Magdeburgo, Brandeis; en Dresde, Lipinsky, Geyer y Fleissner; en Bremerhaven y Kiel, Grunewald y Kohn; en el Palatinado, Lilienthal y Heine. Todas estas personas eran judías. (Benoist-Méchin, L'Armée allemande, vol. II, p. 216)

Que estas personas fueran traidoras a Alemania y casi se la hubieran entregado a Lenin a finales de 1918 y principios de 1919 eran hechos históricos. No hay nada "antisemita" en reconocer este hecho: una explicación histórica de la reacción antijudía experimentada por la casi totalidad del pueblo alemán.

* * *

Lenin no escatimó en gastos para reforzar la Baviera soviética. Era su daga en el corazón de Europa y las armas entraban a raudales. Las milicias rojas habían reclutado a miles de ex prisioneros rusos que habían sido liberados por el gobierno alemán. El aterrorizado presidente socialista de Baviera había huido presa del pánico con todo su gabinete, dejando que sus guardias fueran masacrados por los comunistas.
Leviné, Levien y Axelrod, los dictadores rojos de Baviera, establecieron un sistema de castigo y recompensa. A los 20.000 milicianos rojos se les pagó 25 veces más que a otras tropas; cuestan medio millón de marcos por día. La gente corriente de Munich estaba hambrienta; para ellos el pan había desaparecido. En todas partes se oían los pelotones de fusilamiento: salvas crepitaban en los patios de la prisión; los cuerpos de las víctimas se pudrieron al aire libre. Mientras tanto, los señores de la guerra comunistas lo vivían a lo grande en el Palacio Wittelsbach: "Hay un incesante ir y venir de gente, algunos vestidos de gala y otros con harapos. El champán no deja de fluir y las orgías duran hasta el amanecer. El gobierno paga la cuenta. por todo." (Benoist-Méchin, L'Armée allemande, vol. II, p. 285)
El dinero nunca fue un problema. El comisario de finanzas, un ex empleado de banco de 25 años, acaba de imprimir más billetes. Siempre que se necesitaba dinero para pagar a su ejército privado de guardaespaldas personales, él simplemente iba a los bancos de la ciudad y vaciaba las cajas de seguridad privadas de su contenido, que luego distribuía.

* * *

El presidente de Baviera, Hoffmann, contempló los saqueos, las masacres y las armas y el entrenamiento adecuados. Hoffmann sabía que Noske era el único hombre capaz de enfrentarse a las fuerzas bolcheviques, pero se mostró reacio a pedir mil hombres indecisos, pero estas tropas estaban mal armadas y dependían de Berlín para sus sueldos. Necesitaba diez veces más tropas, con las armas y el entrenamiento adecuados. Hoffman sabía que Noske era el único hombre capaz de enfrentarse a las fuerzas bolcheviques, pero se mostró reacio a pedir su ayuda, porque eso sería una admisión de su dependencia de Berlín.

Como Ebert en 1918, siguió cambiando de opinión. Finalmente, decidió enfrentarse al ejército rojo por su cuenta. El 16 de abril de 1919 avanzó a 35 millas de Munich, pero cerca de Dachau sus tropas fueron rápidamente derrotadas.
Después de este desastre, Hoffmann dejó que Noske tomara la iniciativa. Como ministro de la Reichwehr, Noske logró reunir una fuerza de 30.000 hombres. Muchos ex oficiales se apresuraron a unirse como soldados. Colocó sus tropas en Turingia, en la frontera con Baviera.
Un ejército soviético de 60.000 hombres los esperaba.

* * *

El 28 de abril, Noske inició una campaña sistemática de cerco. Los "rusos", como se conocía a los tres dictadores judíos de Lenin, empezaron a sentir pánico. Cuando la soga de Noske se apretó, Levien y Axelrod huyeron a Austria, mientras que Leviné pasó a la clandestinidad en Munich. Sólo el comisario del Ejército Rojo, Eglhofer, permaneció en su puesto. Tomó como rehenes a más de un centenar de los ciudadanos más destacados de Munich; varios de ellos, incluidos siete miembros de la Thulegesellschaft nacionalista racial, fueron masacrados en un gimnasio. Esta masacre provocaría graves represalias. Noske llegó a Starnberg; veintiún comunistas fueron hechos prisioneros y ejecutados inmediatamente. Al día siguiente, el anillo se había cerrado a 15 kilómetros de Munich. Noske lanzó sus fuerzas directamente a la ciudad, donde se unieron a estudiantes y veteranos que se habían alzado contra los comunistas. Sus tropas atacaron los baluartes comunistas en la estación de tren y el Palacio de Justicia. El último bastión del bolchevismo, la estación de tren, finalmente cayó, y con ella la República Soviética de Baviera.

* * *

Los comunistas pagaron un precio muy alto. Fueron exterminados por centenares por sus hermanos socialistas. Noske era un ministro socialista; también lo eran Ebert y Scheidemann. Fueron ellos quienes habían derrocado al gobierno imperial el 9 de noviembre de 1918, sin consultar al pueblo alemán. Ebert y Scheidemann, que habían temblado al ver a sus socios de coalición en acción, ahora ordenaron terribles represalias en Berlín, Bremen, Magdeburgo, Braunschweig y Munich. Solo en Berlín, más de 10.000 personas fueron ejecutadas: era terror socialista contra terror comunista. Pero fue en Munich donde las represalias fueron más radicales. Los milicianos rojos fueron ejecutados por centenares, al igual que otras tropas comunistas. El comisario Eglhofer fue ejecutado en el acto. El dictador judío Leviné, que había pasado a la clandestinidad, fue desenterrado, sometido a consejo de guerra,
También estaba muerto el antiguo sistema bávaro. Munich estaría a partir de ahora bajo el control de Berlín. No habría más ejército o bandera bávaros.

Los soldados bávaros jurarían lealtad a la Constitución alemana, el puño de hierro de Noske había aplastado el separatismo junto con el comunismo.

* * *

Los dos últimos centros de insurrección fueron Dresde y Leipzig. El 7 de noviembre los comunistas se habían levantado en Dresde, Sajonia. El 10 de noviembre derrocaron al rey Federico Augusto II y formaron un gobierno de coalición con los socialistas. A diferencia de las de otras partes de Alemania, las elecciones de enero de 1919 habían sido favorables a los comunistas, que habían obtenido 145.000 votos frente a los 45.000 del SPD. Sin embargo, el pueblo de Sajonia se había negado a aceptar las huelgas ordenadas por los comisarios. Los guardias rojos tomaron represalias sin piedad, ahuyentando a los trabajadores de las fábricas a punta de pistola. El 10 de marzo se declaró una dictadura marxista absoluta y comenzaron las masacres del pueblo "antiestatal".

El asesinato del ministro del Reich Neuring, que estaba de visita en Dresde por asuntos gubernamentales, fue particularmente espantoso. El 12 de abril, una turba de comunistas irrumpió en la oficina del ministro con los gritos de "Tira al perro al río". En cuestión de segundos fue brutalmente golpeado.
Luego, la turba arrastró al ministro, sangrando profusamente, por las calles hacia el Puente de Augusto. Fue arrojado al río Elba. El hombre desesperado intentó nadar hasta la orilla. Justo cuando llegó al suelo fue asesinado a tiros.

* * *

El asesinato de Neuring desmentía la acusación de que la violencia era un monopolio de la derecha. En Dresde, los asesinos y los asesinados eran todos de izquierda. La izquierda socialista rosa de Dresde y Leipzig se apresuró a llamar a Noske, un ministro socialista, para acabar con sus socios de la coalición roja.
Los bolcheviques tenían a su disposición 25.000 guardias rojos, 400 marines de Kiel y 20.000 trabajadores armados. La noticia de la debacle de Munich y la ejecución en masa de los comunistas fue sumamente inquietante para los insurrectos sajones.
El general Maercker recibió la orden de marchar sobre Leipzig en mayo. Le superaban en cinco a uno, pero estaba convencido de que podría beneficiarse del miedo que ahora se apoderaba de los comunistas. Como táctico competente, utilizó los dos principales activos de un líder militar: el secreto y la estrategia. El destino de sus tropas y convoyes de material ni siquiera fue comunicado al personal ferroviario. En medio de la noche del 10 de mayo, los hombres de Maercker llegaron a la estación central de Leipzig. Se desplegaron por la ciudad y se hicieron cargo. Prácticamente no hubo resistencia; sólo dos resultaron heridos. Los comisarios y agitadores bolcheviques fueron arrestados en los palacios reales y encarcelados.

* * *

Ocho días después, el trabajo se reanudó en todas partes. Después de seis meses de dictadura comunista, la gente organizó un gran desfile para celebrar su liberación.
El sonido puro de las trompetas y las banderas en alto eran la prueba de que todavía había soldados en Alemania. Así, el general Maercker había concluido la reconquista nacional de Alemania justo cuando estaba a punto de perecer.

CAPITULO LV

El botín Alsacia-Lorena

El primer territorio en ser amputado a Alemania en el tratado de Versalles sería "Alsacia-Lorena" (Elsass-Lothringen). Fue recuperada por Alemania en 1871, pero la germanización no se había impuesto a sus habitantes. Se les había dejado la opción de seguir siendo franceses si la idea de unirse al imperio alemán no les atraía. Los resultados fueron a favor de Alemania: menos de una quinta parte quería seguir siendo ciudadanos de la república francesa. Incluso el anti-alemán Tardieu tuvo que reconocer:

"Trescientos sesenta mil habitantes de Alsacia-Lorena (contra 2 millones) declararon su deseo de seguir siendo franceses".

La posición era la misma en 1914. Los hombres de Alsacia-Lorena no habían inundado los centros de reclutamiento de Poincaré: solo 14.000 se habían ofrecido como voluntarios para servir al gobierno francés, ni siquiera lo suficiente para una división. El resto de la población había servido con distinción en el ejército alemán de 1914 a 1918. El más famoso de ellos fue el capitán Schumann, que se convertiría después de la Segunda Guerra Mundial en el fundador de una Europa unificada, esta vez como ciudadano francés. Contaría con el respaldo de un compañero ex alemán, del Tirol, Alcide de Gasperi, ahora ciudadano italiano, y su compañero combatiente alemán de la Primera Guerra Mundial Konrad Adenauer.

* * *

Poincaré había hecho de Alsacia-Lorena la base de su carrera política. Lo había convertido en un tema cargado de emociones, desprovisto de razón o conocimiento. Para "recapturar" Alsacia-Lorena, había enviado a un millón y medio de jóvenes franceses al infierno del frente occidental para ser masacrados. Ahora estaba decidido a apoderarse de estas tierras alemanas sin importar su historia o los deseos de la gente.

¿Cómo respetaría Poincaré los términos del armisticio?

Los catorce puntos de Wilson nunca habían mencionado los "errores que deben corregirse" en relación con Alsacia-Lorena. Esto es lo que se mencionó de manera algo ambigua, según lo informado por el delegado estadounidense, Dr. Homer Haskins (What Did Happen, p. 12):

Los aliados habían aceptado los catorce puntos como base para la paz. Los puntos estipulaban la restitución de Alsacia-Lorena, así como la restauración de Polonia, pero también condenaban los intercambios de población y su transferencia del dominio de un país a otro sin su consentimiento. Al mismo tiempo, los puntos proclamaban el derecho de las personas a la autodeterminación.

Por tanto, la "desanexión" o "reanexión" de Alsacia-Lorena debería haber sido precedida por un plebiscito.

Clemenceau y Poincaré entraron en Estrasburgo como vencedores con bandas tocando y banderas ondeando. La gente salió para ver a los vencedores y ver el desfile. Clememceau y Poincaré gritaron al ver la multitud: "El plebiscito estaba decidido".

Los británicos estaban preocupados, ya en 1917, por las reclamaciones francesas de Alsacia-Lorena por una razón. La voluntad alemana de continuar la guerra se endurecería: "Si en el asunto de

Alsacia-Lorena los aliados persisten en su actitud actual: la guerra no terminará en 1917 o 1918 "(Philip Snowden, 1917).
Durante el mismo año, Lloyd George se había negado a asistir a un banquete proalsaciano en Londres por temor a comprometerse:
"El 14 de julio de 1917 Lloyd George no creía que la cuestión estuviera lo suficientemente clara en la mente de sus conciudadanos como para permitirle asistir a un banquete al que había sido invitado por representantes de Alsacia-Lorena (Francia)". (Tardieu, Peace, p. 264) Tardieu también se refirió a la posición estadounidense: "Para la mayoría de los estadounidenses, la cuestión de Alsacia-Lorena seguía siendo incomprendida. Para ellos era un país donde la gente hablaba alemán y eso era suficiente. Cuántas veces ¿Me han dicho los estadounidenses su esperanza de que Francia se satisfaga con una Alsacia-Lorena independiente y neutral? (Tardieu, Paz, p. 265)
Tardieu recordó una conversación que había tenido con Walter Lippmann, miembro de una "junta de investigación para la paz" oficial en agosto de 1917: "La idea de un plebiscito estaba tan profundamente arraigada en su mente, la noción de una Alsacia-Lorena francesa era tan ajeno a él, que había inventado un sistema de votación fragmentada, dividiendo las provincias en una docena de parcelas ".
El propio Tardieu no dudaría en imponer este sistema de votación fragmentada en Silesia en 1919 para satisfacer las pretensiones de los políticos polacos aliados del gobierno francés.
Tardieu había montado una campaña gigantesca en los Estados Unidos para cambiar la opinión pública. Durante más de 15.000 reuniones, se exhibirían soldados heridos para atraer la simpatía hacia "las provincias cautivas". El jefe designado de este lobby "alsaciano" era un publicista judío llamado Daniel Blumenthal, que se suponía que trasladaría las Casas y Baruchs al punto de vista de Tardieu.

La campaña dio sus frutos. El 8 de enero de 1918 Wilson, todavía tan confundido como siempre, anunció: "El mal que Prusia ha hecho a Francia en relación con Alsacia-Lorena debe ser reparado para que la paz pueda estar asegurada en beneficio de todos".
Aunque el término "reparado" era notablemente vago, Tardieu acogió con satisfacción la declaración: "De todas las posiciones de los aliados sobre este asunto esencial, esta ha sido la más clara y completa".
Obviamente, Tardieu no interpretó "en beneficio de todos" para incluir a los alemanes.

* * *

Si Wilson y el pueblo estadounidense no comprendieron las complejidades de Alsacia-Lorena fue porque ninguno de los políticos franceses reveló los acuerdos secretos que hicieron con Rusia en marzo de 1917, justo antes de que Estados Unidos se uniera a la guerra.
Estos acuerdos reconocieron todos los reclamos franceses sobre Alsacia-Lorena, ambos lados del Rin, e incluso más hacia Alemania si Poincaré así lo deseaba.
El grito de Clemenceau de que "el plebiscito se había decidido" sin recurrir a las urnas había molestado a los aliados. Insistieron en que el asunto fuera tratado por un comité de tres miembros. Tardieu tuvo grandes dificultades para vender su tesis de un "plebiscito sin plebiscito". "Pensé que nuestro reclamo de Alsacia-Lorena no sería objeto de debate y que la solución era obvia", escribió. (Tardieu, Paz, p. 269)
Pero para los demás miembros la solución no fue "obvia".
Finalmente, los aliados se rindieron, reconociendo el hecho de que el gobierno francés había hecho de su reclamo sobre Alsacia-Lorena un hecho consumado.

El desacuerdo de los aliados con el gobierno francés quedó encubierto en el tratado mediante una vaga declaración que decía que las dos provincias "habían sido reintegradas bajo la soberanía francesa".

* * *

¿Y el pueblo alemán de Alsacia-Lorena? ¿Se respetará su derecho a elegir? ¿Se garantizaría su derecho a permanecer en su tierra? No habría duda de eso. El gobierno francés no reconocería tales derechos:

En todos los demás casos, la regla había sido el derecho a elegir en beneficio del estado que renunciaba. Pero nos hemos negado y eliminado ese procedimiento. No hay derecho a elegir en Alsacia-Lorena en beneficio de los alemanes. Este derecho pertenece al gobierno francés, que puede, en virtud del tratado y el ejercicio de su soberanía restaurada, conferir el estatus francés solo a los verdaderos Alsacia-Lorena reconocidos como tales por nosotros. (Tardieu, Paz, p. 271)

Los políticos franceses superarían toda codicia al tomar Alsacia-Lorena gracias a esta excepción a la regla.

El artículo 254 del tratado establece que el valor de todos los bienes públicos cedidos por Alemania en Alsacia-Lorena debe ser acreditado por la comisión de reparaciones. Los políticos franceses exigieron categóricamente que el artículo 254 no se pudiera aplicar a Alsacia-Lorena.

"Exigí y obtuve", se jactó Tardieu, "que a pesar de este artículo formal, a pesar de los enormes activos del gobierno (alemán) como los ferrocarriles, el gobierno francés no pagará nada".

Las minas de mineral de hierro alemanas por sí solas tenían un valor enorme. Representaban 75010 de la producción total de Alemania justo antes de la guerra. Pero la incautación de activos públicos alemanes también se extenderá a los activos privados de ciudadanos alemanes comunes. Perderían sus negocios y cualquier propiedad que tuvieran en la región.

"Teníamos nuestro derecho a confiscar todos los activos de ciudadanos alemanes reconocido. Ahora teníamos el derecho a prohibir toda participación alemana en empresas privadas de interés público como minas, empresas de servicios públicos, etc., así como el derecho a cancelar todas Intereses alemanes en la explotación del potasio ".

La minería de potasio alemana ocupó el segundo lugar en el mundo.

Nunca antes en la historia moderna los ciudadanos privados habían sido despojados de todos sus bienes y pertenencias por los vencedores sin la más mínima compensación. La rapiña indignó a muchos delegados aliados.

* * *

Por si esto fuera poco, Tardieu estableció un sistema de costumbres sin reciprocidad para Alemania. Enumeró los otros despojos de la victoria:

Tendríamos la garantía de recibir durante 10 años y con las mismas tarifas que los alemanes la electricidad producida en el lado alemán del Rin. Tendríamos la propiedad total de la energía hidráulica del Rin que limita con Alsacia. Tendríamos derecho a anular los contratos privados, que es exactamente lo contrario de las reglas generales fijadas en la parte 10 del tratado. También mantendríamos en territorio alemán los derechos de los habitantes de Alsacia-Lorena que van desde la propiedad industrial hasta la literaria y artística.

El delegado británico Maynard Keynes describió la situación con precisión:

Durante más de 50 años, Alsacia-Lorena fue parte del imperio alemán; una considerable mayoría de su población habla alemán. El país ha sido el centro de algunas de las empresas económicas más importantes de Alemania. Sin embargo, la propiedad de los alemanes que residían en Alsacia-Lorena o que habían invertido en su industria está enteramente en manos del gobierno francés sin ninguna compensación para ellos. El gobierno francés está autorizado a expropiar sin indemnización a los ciudadanos alemanes ya las empresas alemanas que residan y se encuentren respectivamente en Alsacia-Lorena.
Los activos nacionales, provinciales y municipales, incluidos los ferrocarriles y el material rodante, fueron a Francia sin indemnización. Pero mientras las propiedades fueron incautadas, los compromisos asumidos en su nombre, como los préstamos públicos, siguieron siendo responsabilidad de Alemania. Así, las dos provincias fueron liberadas y descargadas, bajo el dominio francés, de sus deudas antes y durante la guerra.

En resumen, todos los activos de Alsacia-Lorena, que representan 50 años de trabajo e inversión alemanes, fueron incautados sin indemnización. Cada alemán de Alsacia fue desposeído de todo menos de su deuda.
Y, sin embargo, hubo más.
Los delegados franceses reclamaron el control del puerto alemán de Kehl en el lado alemán del Rin en el estado de Baden. Temían que Kehl compitiera con Estrasburgo, que acababan de adquirir. Una vez más, los aliados quedaron asombrados por demandas tan flagrantes: pasaron cinco días antes de que los delegados franceses pudieran poner a Kehl en su mochila. Escribió Tardieu:

Si Kehl, una vez firmada la paz, tuviera libertad para administrarse, Estrasburgo sería definitivamente estrangulada. Pedimos que durante varios años Estrasburgo tuviera tiempo para organizarse y, a tal efecto, los dos puertos deberían estar bajo la misma administración. Hubo muchas objeciones: Kehl era un puerto alemán y no debería ser administrado por un director francés. (Paz, p. 273)

Finalmente, Kehl fue sometido a la administración francesa.

* * *

Los aliados habían pensado por un momento que los nuevos amos de Alsacia-Lorena estarían satisfechos y su codicia apagada.
Pero Alsace-Lorraine solo había sido un aperitivo. La victoria sobre Alemania significó para los políticos franceses la oportunidad de venganza y lucro. Alsacia-Lorena había estado en las plataformas de los políticos durante 50 años. Por lo tanto, era normal para ellos que Alemania sufriera al máximo y que se beneficiaran al máximo.
Después de Alsacia-Lorena vendrían los platos principales: Sarre y Renania. Habría guarniciones en Bélgica, Luxemburgo e incluso un intento de extenderse a Holanda.
Todas estas afirmaciones habían sido lanzadas melodramáticamente por Victor Hugo en 1871 en la Asamblea de Burdeos, donde lamentó la "pérdida" de Alsacia-Lorena: "Sí, llegará el día en que Francia se levantará. Con un poderoso empuje reconquistará Estrasburgo y Metz. ¿Sólo estas dos ciudades? No, ella tomará Colonia, Mainz, Coblenz y Trier ". Los políticos franceses se habían alimentado de estas líneas desde 1871 y estaban esperando el "minuto divino", en palabras de Poincaré. 1919 parecía ser ese "minuto divino".

CAPITULO LVI

La violación de Saarland

Los políticos franceses, herederos de la sangrienta Revolución de 1789, nunca había olvidado ni superado el hecho de que la Renania alemana había sido ocupada por tropas revolucionarias durante algunos años. En 1814, la Renania alemana fue liberada y devuelta a Alemania. Los revolucionarios franceses y Napoleón habían ocupado Renania durante 15 de los 2000 años. Sin embargo, este breve período de la historia fue suficiente para que todos los socialistas franceses de 1789 a 1919 consideraran esa parte de Alemania como irrevocablemente suya. Generaciones de activistas políticos llevaron a los votantes a un frenesí por la devolución de los "territorios perdidos".

En el invierno de 1919, los herederos de Robespierre y Danton exigieron la "devolución" de la provincia alemana de Saarland a la República de Francia, la "herencia sagrada" que habían invadido los revolucionarios degolladores.
Mientras asesinaban en masa a sus compatriotas en Francia, los apóstoles revolucionarios del terror habían invadido la parte sur de Saarland en 1792, 1793 y 1794 con igual violencia. La invasión se había extendido a Bélgica y Holanda hasta conquistar toda Renania.

* * *

Los revolucionarios que habían impuesto su despotismo a Francia con un terror sin igual, también habían impuesto su dominio de otras tierras con fuerza y violencia.
La propaganda revolucionaria fue tan astuta como hipócrita. Hicieron que agentes locales o sus propios burócratas aprobaran mociones de apoyo a los invasores en todas partes. Estas mociones dieron la apariencia de un voto popular a favor de la ocupación revolucionaria. Los archivos belgas mostraban cómo se fabricaban los llamados plebiscitos a favor de la anexión con el régimen revolucionario: sólo el 1 o el 2% votó en contra. El otro 98% que se negó a aceptar tal parodia se consideró entonces a favor de la ocupación. Partiendo de la premisa "Quien no dice nada da su consentimiento", los revolucionarios adquirieron vastas extensiones de territorio europeo, desde Hamburgo hasta el Adriático, con el aparente apoyo entusiasta de la población local.

Tardieu estaba simplemente llevando a cabo la guerra de "liberación" que sus predecesores revolucionarios habían iniciado en 1789. El propósito comunista de estos revolucionarios guillotinos de nuestros días estaba envuelto en una retórica lacrimógena y pseudo-patriotismo con el fin de generar emociones entre la gente común de Francia por el "regreso de todos franceses perdidos hace mucho tiempo ".

* * *

Cuando el oficial favorito de Robespierre, Napoleón Bonaparte, se convirtió en emperador de Francia, el beneficio de las tierras recién adquiridas se sintió en sus ejércitos. La mayoría de sus generales procedían del norte y mostraban las cualidades germánicas que le permitían llevar a cabo sus épicas conquistas y batallas.
Históricamente, los norteños germánicos habían demostrado cualidades militares sobresalientes. Los flamencos conquistaron Ceuta y Tánger para el rey de España. Los caballeros de Brabante salvaron a Europa central de los turcos a principios del siglo XVII. Los Hermanos de la Espada y los Caballeros Teutónicos protegieron a Europa de las invasiones mongolas.
Fue la sangre germánica la que proporcionó la defensa de Europa, así como de sus principales jefes militares. Mil doscientos de los 2.000 generales de Napoleón eran de sangre germánica. Es dudoso que sin ellos hubiera conquistado Europa.

* * *

Mientras los generales germánicos de Napoleón se distinguían en los campos de batalla, su burocracia, la misma que había masacrado a tantos franceses, reprimía sin piedad las aspiraciones de los pueblos conquistados. En Bélgica, por ejemplo, André le Poigne, un líder autonomista, fue decapitado y, de una manera revolucionaria adecuada, su cabeza desfilaba sobre un pico en el centro de Bruselas.
Aunque Bélgica tenía sólo 3 millones de habitantes, la burocracia revolucionaria reclutó a 193.000 hombres. Cincuenta y un mil belgas murieron en los campos de batalla. He leído miles de cartas de soldados belgas en los archivos de Lieja, pero no pude encontrar ninguna que muestre agrado por ese servicio. Las guerras de Francia no eran de ellos y la mayoría no sabía por qué estaban luchando, tan lejos de casa. En esas guerras murieron tantos belgas como durante los cuatro años de combate de la Primera Guerra Mundial.

* * *

La burocracia de Napoleón incluso interfirió con la iglesia en Bélgica. El arzobispo era parte de la inteligencia del gobierno y todos sus obispos eran ciudadanos franceses. Los clérigos nativos que se opusieron fueron enviados al exilio o incluso a trabajos forzados.

La opresión de la burocracia francesa no debe, sin embargo, oscurecer el grandioso intento de Napoleón de unificar Europa mientras aún había tiempo. Un verdadero genio generalmente se reconoce solo una generación después.
Los enemigos de Napoleón no le permitirían cumplir esta misión. Si hubiera tenido éxito, Europa sería la mayor potencia del mundo.

* * *

Lo que fue, sin embargo, despreciable en 1919 fue el intento de mezquinos políticos atrasados de cubrirse con el manto imperial para vender su política mediocre. Sarre nunca había sido francés, a pesar de haber sido ocupado desde 1792 hasta 1814 por el régimen revolucionario francés. Ciertamente, sería incluso menos probable que lo sea después de cuatro años de guerra contra Francia. Fue muy engañoso decirle a Wilson cuánto deseaba la gente de Saarland ser anexada a Francia. Wilson estaba bastante confundido sobre el tema, y su falta de conocimiento histórico no ayudó a aclarar su mente.
Tardieu ayudó e instigó la confusión de Wilson con demandas incesantes de que el Sarre fuera devuelto a la patria: "Fue un trabajo duro [convencer a Wilson] ya que Francia no había reclamado oficialmente el Sarre durante la guerra". (Tardieu, Paz, p. 278)

Así fue como el Sarre, ocupado por Francia durante menos de 20 de los 2.000 años de su historia, se había convertido, en el memorando de Tardieu, en "tierra francesa de larga data, arrancada de Francia sin consultar a sus habitantes".
La voluntad del pueblo del Sarre se manifestaría en 1935, después de 17 años de ocupación, cuando más del 90% de ellos votó por no "reunirse" con Francia.

* * *

Los otros aliados apenas podían creer lo que oían. Sabían que Clemenceau y Tardieu tenían algo más en mente además de abrazar a hermanos perdidos hace mucho tiempo.
Los intereses financieros detrás del gobierno francés tenían sus ojos puestos en las modernas minas de carbón, que extraían 17 millones de toneladas de carbón al año, con reservas estimadas en 17 mil millones de toneladas. Tardieu especificó su reclamo sobre el complejo industrial de Saarland:
"Las minas en funcionamiento, el carbón sin extraer, todas las industrias asociadas, como acerías, fundiciones, fábricas, etc."
En cuanto a las minas de propiedad privada: "Serían compradas por el gobierno alemán, que pagaría a los propietarios de las minas, y luego serían entregadas al gobierno francés".
Wilson encontró estas afirmaciones exorbitantes: "Estoy dispuesto a reconocer que Francia debería tener el uso de las minas por un tiempo limitado". Se opuso totalmente a su transferencia al gobierno francés.
"Estuvo de acuerdo", se lamentó Tardieu, "en que podíamos tomar suficiente carbón para compensar nuestra pérdida de producción durante la guerra, pero nos negó la propiedad de las minas".
El 28 de marzo de 1919 la diferencia de opinión se volvió desagradable. Wilson: "Entonces, si no obtienes lo que quieres, te negarás a actuar en concierto con nosotros. ¿Quieres que vuelva a Estados Unidos?"
Clemenceau: "No, yo soy el que se va a ir".
Entonces hizo una salida teatral de la conferencia.

* * *

La posición de Wilson era muy compleja. Su salud estaba fallando; el Senado esperaba su regreso para atacarlo. ¿Perdería su política por una cuestión de minas alemanas? Después de tres días de migraña y deliberaciones dolorosas, Wilson cedió una vez más. El 31 de marzo dejó que Clemenceau se hiciera cargo de las minas e industrias del Sarre.
Tan pronto como se obtuvo esta enorme concesión de Wilson, Clemenceau comenzó a exigir a todo el Sarre.
Tardieu salió con el mismo viejo estribillo: "Esta tierra había sido incorporada a Francia, una e indivisible, entregada libremente y con su consentimiento".
Wilson alzó los brazos: "¡Estamos creando una nueva situación Alsacia-Lorena! Francia nunca ha mencionado en ningún documento público su intención de volver a la frontera de 1814. La base de la paz, aceptada por el gobierno francés, se refería a la reparación de agravios infligidos en 1871 y no en 1815. Esta base es la que une a los Aliados ".
Wilson concluyó: "La frontera de 1814 no correspondía a ninguna realidad económica. Regalar tal territorio sin un plebiscito inmediato sería inadmisible". (Tardieu, Paz, p. 291)
Una vez más siguieron deliberaciones amargas. El 6 de abril la prensa estadounidense informó: "Clemenceau exige más anexiones".
El día 7, Wilson ordenó que se preparara al George Washington en Brest para llevarlo a casa.

* * *

Clemenceau y Tardieu estaban preocupados por la repentina partida de Wilson. Tardieu escribió: "Estamos considerando la gravedad de una decisión negativa. Sin embargo, hemos decidido no ceder". (Tardieu, Paz, P 300)
En teoría, sin embargo, darían la apariencia de ceder. Explotando la política de autodeterminación de Wilson. Clemenceau prometió celebrar un plebiscito en Saarland dentro de 15 años. Sin embargo, Wilson aceptó la fórmula. Tardieu y Clemenceau se alegraron y enviaron esta nota halagadora a Wilson: "El gobierno francés está listo para completar las propuestas sugeridas por el presidente Wilson".
Así, 660.000 alemanes serían puestos bajo dominio extranjero durante 15 años, sin que se les pidiera su opinión.
Tardieu sabía que un plebiscito después de la guerra habría sido abrumadoramente derrotado. Calculó que eran necesarios quince años para transformar la estructura étnica y social del Sarre. De hecho, no hubo concesión a Wilson, sino una maniobra para ganar tiempo. Tardieu admitió: "Bajo el peso de un siglo de opresión prusiana, se habría pervertido un plebiscito inmediato. Los franceses de Sarre habrían sido sacrificados para siempre".
Tardieu contó 150.000 franceses en Saarland, una cifra totalmente inflada preparada para beneficio de Wilson. Pero en 1935 muchos alemanes habrían sido expulsados, muchos burócratas franceses habrían sido importados, se habrían enmendado las leyes electorales. Sarre pasaría ahora a estar bajo el control de una comisión gubernamental controlada por políticos franceses. Una fuerza de ocupación internacional compuesta por soldados italianos, británicos y franceses mantendría el "orden". Durante estos 15 años, ningún político o ministro alemán, ni siquiera el canciller, podría poner un pie en Sarre.
El periodista francés Hervé escribió el 31 de mayo de 1919:
Nos estamos apoderando de las minas de Saarland y, para no obstaculizar nuestra explotación, estamos formando un pequeño estado distinto para los 600.000 alemanes que viven en la zona minera. Al cabo de 15 años intentaremos con un plebiscito hacer que se declaren franceses. Sabemos lo que eso significa: durante 15 años los vamos a manipular y acosar, hasta que obtengamos de ellos esta declaración. Sabemos muy bien que es solo un intento de anexar 600.000 alemanes.

* * *

Lloyd George le dijo a Wilson: "Señor presidente, creo que este es un plan excelente". Wilson respondió algo sarcásticamente: "¿Por qué no lo aplica a Irlanda?"
El plan incluía una comisión administrativa presidida por un burócrata francés y compuesta por un belga, un danés, un canadiense y solo un alemán. A Alemania se le prohibió participar en la vida política del Sarre. A los sarlandeses se les prohibiría participar en el congreso alemán y la comisión tenía derecho a expulsar a cualquier servidor público que considerara indeseable.

El 9 de abril, Tardieu preguntó a Wilson, casi en un ultimátum:
1) ¿Se suspenderá la soberanía alemana?
2) ¿Tendrá la comisión plenos poderes?
3) ¿Se abolirá la elección [de los habitantes de Sarre] al Reichstag? (Tardieu, Paz, pág. 304)

Wilson estuvo de acuerdo en todos los puntos.
Al día siguiente, Tardieu declaró: "Nuestro comité había redactado los 46 artículos de la Sección IV del Tratado de Versalles sobre el Sarre".
El Comité de los Cuatro los aceptaría el 10 de abril. Sarre pasaría ahora al control de un país extranjero sin el consentimiento de su población.
En unos meses, 700 líderes nacionalistas alemanes en el Sarre serían encarcelados. Algunos fueron enviados a trabajos forzados y uno fue ejecutado.

* * *

Unos meses más tarde, Tardieu resumiría la toma de posesión: "El 10 de enero de 1920, nuestros ingenieros tomaron el control de las minas. Unos días más tarde, la Comisión Administrativa se instalaría oficialmente en Saarbrücken".
Quince años más tarde, cuando la gente de Saarland pudo votar, más de 90070 eligieron la reunificación con Alemania, a pesar de que a Alemania se le había prohibido hacer campaña. En cuanto a los 150.000 franceses de Tardieu, en la fecha de las elecciones, el 13 de enero de 1935, no se los veía por ningún lado.

CAPITULO LVII

Francia en Renania

"No es culpa de los ejércitos de la Revolución si ya no estamos en Renania", había gritado Clemenceau en el Senado. Después de Alsacia-Lorena y Sarre, Renania representó la tercera exigencia que Clemenceau estaba decidido a impulsar en la Conferencia de París.
Apenas se firmó el armisticio cuando el mariscal Foch hizo afirmaciones que socavaban la base misma del acuerdo de armisticio: "No conquistas ni anexiones" y "el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos".
El 29 de noviembre de 1918, Clemenceau elogió los catorce puntos de Wilson y, al mismo tiempo, hizo todo lo posible para evitarlos. En nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, Clemenceau exigiría que decenas de millones de alemanes que vivían en Renania fueran puestos bajo su control.
Foch había presentado una propuesta a Clemenceau por la que la población de Renania podría incorporarse a un sistema no alemán.
El 10 de enero de 1919 declararía oficialmente:

1) Alemania no tendrá ningún derecho militar o político sobre Renania.
2) Los Aliados ocuparán la margen izquierda del Rin.
3) Renania estará vinculada a los Aliados por un tratado aduanero común. [Sujeto] a estas condiciones y según los principios aceptados sobre la libertad de las personas [sic], se puede concebir la creación de estados autónomos en la margen izquierda del Rin.

Foch solo reflejaba las intenciones del poder detrás del gobierno francés. Mientras los franceses corrientes eran azuzados por un frenesí de patriotismo y venganza contra Alemania, las altas finanzas se preparaban para limpiar.
Tardieu incluso apeló al antiguo sentimiento galo al afirmar que los habitantes de Renania eran primos celtas perdidos hace mucho tiempo que anhelaban liberarse del yugo prusiano. Los líderes franceses ahora retrocedían 2.000 años en el tiempo.
En una distorsión de lógica similar, el ministro Briand ya el 12 de enero de 1917 había racionalizado al embajador Jules Cambon sobre "retomar las provincias del Rin que nos fueron robadas hace un siglo".

En otras palabras, las tierras alemanas que habían sido tomadas por los asesinos de la Revolución Francesa por la fuerza y la violencia se habían convertido ahora en "provincias perdidas". Briand, Clemenceau y todos sus colegas eran liberales de izquierda que consideraban perfectamente normal la explotación de Alemania. Los herederos de la Revolución Francesa reclamaban su herencia: "Reclamamos la margen izquierda del Rin como nuestra herencia perdida, que nos legó la Revolución Francesa", era el grito político.
Aunque la Revolución Francesa había cortado las cabezas del rey y la reina de Francia, y los bolcheviques se habían inspirado en estos asesinos. Briand había logrado convencer al zar Nicolás:
"El 14 de febrero de 1917, el ministro ruso Pokrovski había reconocido la comunicación de Briand (sobre las reclamaciones de Clemenceau sobre Renania, Alsacia-Lorena y Sarre). Informó al gobierno francés que su majestad el zar apoyaba totalmente sus afirmaciones". (Renouvin, La crisis en Europa)
Este acuerdo franco-ruso de enero de 1917 era tan explícito que Briand se lo leyó en secreto a los franceses en junio de 1917. El acuerdo secreto se había ocultado al conocimiento de los aliados de Clemenceau, y Lenin pensó que complacería a los británicos liberando la versión final. acuerdo del 14 de febrero de 1917.
De hecho, tanto Lord Balfour como Wilson lo habían sabido desde el principio, pero fingían ignorancia e indignación. Lloyd George más tarde usaría este conocimiento para sofocar las ambiciones de Clemenceau. Los británicos estaban muy preocupados de que Francia se volviera demasiado grande para sus botas, ya que tenían la intención de mantener tanto a Alemania como a Francia en un estado de inferioridad. De repente, Lloyd George hizo que su hombre en la Conferencia de París, Philip Kerr, se convirtiera en el campeón de la autodeterminación: "¿Es posible ocupar una tierra de 7 millones de alemanes? ¿Es posible separar de Alemania a todos estos alemanes sin consultarlos? ¿Es posible fracasar en los mismos principios por los que han luchado los aliados? "
En cuanto a la "Renania perdida", que Alemania había perdido en realidad desde 1793 hasta 1815, Kerr recordó a la conferencia:

Se ha abusado de este argumento histórico. En todas sus declaraciones oficiales o parlamentarias, el 30 de diciembre de 1916, el 10 de enero y el 5 y 6 de junio, el gobierno francés nunca había presionado tales reclamos.
Gran Bretaña no está de acuerdo con la ocupación militar y el uso de sus tropas fuera del territorio británico. Además, tal ocupación podría crear una reacción nacionalista no solo en la margen izquierda sino en toda Alemania. Podría crear propaganda desfavorable en los países anglosajones. La imagen de los aliados podría verse empañada, particularmente la de Francia. Dado que Alemania ha sido desarmada, ¿es realmente necesaria la ocupación?

CAPITULO LVIII

La ocupación de Renania

A las objeciones de Kerr, Tardieu respondió: "Hay sentimientos revolucionarios en Renania. Los formaremos. Han aprendido mucho durante la guerra, principalmente que Francia es el bastión de la democracia".
La idea de que tal bastión de la democracia se tragara a Alemania occidental sin el consentimiento de su pueblo no carecía de ironía.
Tardieu también trató de disipar los temores de que la ocupación de Alemania pudiera conducir a una revuelta: "A esto respondemos que a los renanos sólo les preocupa su miedo a los impuestos y al bolchevismo". (Tardieu, Paz, p. 193)
Una vez más, Tardieu no temía la ironía: su gobierno acababa de concluir un tratado con la dictadura bolchevique de Munich. En cuanto al miedo de los habitantes de Renania a los impuestos, Tardieu lo explotaría prometiéndoles la exención de las reparaciones de guerra si seguían su política. Enumeró otras ventajas: "Sin registro de anteproyectos, envíos de alimentos, unión aduanera y reformas bancarias".
A pesar de estas tentadoras ofertas en una época de hambruna y miseria, los habitantes de Renania no mostraron ninguna inclinación a correr hacia Francia.

* * *

Tardieu no convenció a la conferencia y terminó su caso de manera inequívoca: "Pedirnos que renunciemos a ocupar [Alemania] es como si pidiéramos a Inglaterra y Estados Unidos que hundieran todos sus barcos de guerra. Nos negamos". (Tardieu, Paz, p. 193)
Gran Bretaña ciertamente podría desempeñar el papel de protector de los derechos de los pueblos a la autodeterminación. Los británicos ya se habían beneficiado del 80% de la flota alemana y de más de un millón de millas cuadradas de los antiguos territorios coloniales alemanes. Fue el colmo de la hipocresía británica objetar con santurronería los intentos de Francia de hacer lo mismo.
Tardieu sintió que sus afirmaciones eran modestas, en comparación con lo que los británicos habían tomado sin la menor discusión o debate. Presentó su plan:

1) El Rin marcará la frontera occidental de Alemania. Alemania renunciará a la soberanía sobre todos los territorios al oeste del Rin.
2) Una fuerza de ocupación aliada controlaría Kehl, Mannheim, Mainz, Coblenz, Colonia y Düsseldorf como parte del tratado de paz definitivo.
3) Los territorios de la margen izquierda del Rin, a excepción de Alsacia-Lorena, se transformarán en uno o varios estados independientes. (Tardieu, Paz, p. 141)

* * *

Wilson acababa de regresar a la mesa de conferencias después de una rápida visita a Estados Unidos. Inmediatamente dio a conocer su preocupación: "¿Cómo olvidar que cuando firmamos un armisticio con Alemania asumimos ciertos compromisos definitivos? Si aceptamos el plan Clemenceau-Tardieu pisotearemos estos compromisos y estaremos en conflicto abierto". con los catorce puntos ".

Dado que Tardieu afirmó que su plan solo fue concebido para garantizar la seguridad nacional francesa, Wilson pensó que si Estados Unidos garantizaba una protección total a Francia, tal vez Clemenceau y sus partidarios abandonarían su plan expansionista. Wilson y Lloyd George propusieron que:

La orilla izquierda del Rin seguirá siendo alemana y no será ocupada por una fuerza aliada o francesa. Gran Bretaña y los Estados Unidos darán a Francia el compromiso solemne de proporcionar ayuda militar inmediata en caso de peligro. (Tardieu, Paz, p. 196)

Clemenceau decidió sacar provecho de esta vergonzosa oferta. Pretendía acompañarlo con aparente satisfacción: "Saludamos con el más sincero agradecimiento el compromiso que nos ha ofrecido y deseamos aceptarlo".
Wilson fue todo sonrisas hasta que Clemenceau agregó: "Pero nuestra aceptación será con la condición de que se cumplan la mayoría de las garantías que hemos pedido y, para comenzar, la ocupación [de Alemania occidental].

* * *

Al igual que en el caso del Sarre, donde las elecciones se pospondrían 15 años, Clemenceau ocuparía Renania extraoficialmente. Fue una prestidigitación legalista, que dejó a Lloyd George y Wilson algo fuera de balance.
Tardieu los presionó para que ratificaran sus garantías, sabiendo que el Senado estadounidense nunca estaría de acuerdo con la magnánima oferta de Wilson. Él estaba en lo correcto. Lloyd George utilizó la negativa del Senado a tomar una licencia francesa (o, como diría Tardieu, un inglés que presenta una licencia a una anglaise).

Por tanto, Clemenceau era libre de ocupar Renania por defecto. Él apaciguó la conciencia de Wilson poniendo un límite de tiempo de 15 años a la ocupación, pero nuevamente no sin condiciones: "La ocupación durará 15 años pero con la opción de extenderla si Alemania incumple sus compromisos o si los británicos y estadounidenses fracasan". para cumplir con sus garantías (Tardieu, Peace, p. 221)

Tardieu insistió en que esta demanda se incluyera en el Tratado de Versalles. Así, la menor infracción alemana daría a Clemenceau la excusa para enviar sus fuerzas más al este. Esto sucedería el año siguiente, y nuevamente en 1923, en la cuenca del Ruhr.
El establecimiento británico sintió que le habían dado una dosis de su propia medicina y buscó una forma de calmar una situación que no podía controlar.
"Ya en mayo de 1919", escribió Tardieu, "Lloyd George lamentó haber accedido a nuestras demandas, que pensó que iniciarían otra guerra".
Los británicos pidieron al gobierno francés que redujera su tiempo de ocupación de 15 años a 18 meses. Lloyd George admitió: "Nunca deberíamos haber aceptado esta larga ocupación. Todo el proyecto debería ser estudiado de nuevo. Lo acepté, es cierto; pero desde entonces he convocado al Gabinete Imperial cuatro veces y todos los miembros están de acuerdo en que estaba equivocado".

A estas alturas, Lloyd George pensaba que la ocupación sería "inútil porque Alemania sólo tenía 100.000 soldados y Gran Bretaña y Estados Unidos apoyarían a Francia en caso de agresión. La ocupación es ilógica porque pasarán 50 o 60 años antes de que Alemania vuelva a ser peligrosa". . " (Tardieu, Paz, p. 217)

* * *

Clemenceau pronto se vería superado por elementos aún más exigentes dentro de su propio gobierno, que deseaban nada menos que la creación de una república de Renania, independientemente de las consecuencias.

CAPITULO LIX

La República de Renania

¿Son los renanos celtas como nosotros? ", Preguntó Clemenceau." No estoy tan seguro; pero no hay nada de malo en decirlo. Pero no me pregunten cuáles son las características definitivas de un celta. "Era un ignorante de la etnología y de muchas otras ramas del conocimiento. También era un francmasón fanáticamente anticlerical, que odiaba Renania por su fuerte tradición católica. había obtenido las máximas concesiones de Lloyd George y Wilson mediante una perseverancia tenaz. Iba a imponer su anticlericalismo en Renania a pesar de las consecuencias, pero ahora sabía que había llegado al límite. Exigir más habría sido la gota que colmó el vaso. Pensó que había formas más sutiles y diplomáticas de controlar Renania que crear un estado independiente.

* * *

Mientras tanto, Clemenceau se había peleado con Poincaré, el jefe titular de la república francesa, así como con el mariscal Foch, el jefe del ejército francés. Ambos creían que Clemenceau estaba demasiado cerca del punto de vista británico o simplemente demasiado blando en el tema de Renania. Poincaré y Foch se habían educado en el mito de las provincias perdidas de Renania. Durante la Conferencia de Versalles, criticaron abiertamente la política y las decisiones de Clemenceau.
También estaban las actividades del general Mangin, comandante de las tropas francesas estacionadas en Renania. Dirigió su propia política para la creación de un estado independiente, patrocinando reuniones de prominentes renanos en Landau y Colonia.

* * *

En abril de 1919, Mangin había convencido a un ex magistrado de Renania llamado Dorten para que aceptara ayuda financiera a cambio del separatismo renano. Más tarde, el 17 de mayo, Mangin se reunió con dos diputados de Renania, Kastert y Kuckhoff, y les pidió que se unieran a sus esfuerzos separatistas. La pareja se apresuró a viajar de inmediato a Berlín para informar de la reunión al canciller Scheidemann, quien se indignó como tal "injerencia descarada en los asuntos políticos de Alemania".
Esta intervención asumiría graves proporciones. Wilson también había sido informado de las maquinaciones separatistas no solo en el territorio ocupado por Mangin sino también en el

Zona americana. Envió a Clemenceau el informe oficial del general estadounidense a cargo:

Esta mañana el general Mangin, comandante del ejército francés en Mainz, envió a uno de sus coroneles de estado mayor al cuartel general del general Ligget, Coblenz, para preguntar cuál sería nuestra actitud con respecto a una revolución política en la orilla izquierda del Rin con el propósito de establecer una república de Renania libre, independiente de Alemania. Nos aseguró que tenía unos 50 delegados listos para ingresar al sector estadounidense para iniciar la revolución. Aunque no especificó quiénes eran los delegados, parecía que eran franceses.

Wilson agregó al informe: "El general Ligget se ha negado, y con razón, a tomar en consideración esta propuesta. Apoyo totalmente su decisión. Se le habían dado instrucciones para evitar que los agitadores políticos ingresen a nuestro sector, independientemente de quién dio las órdenes". " (Clemenceau, pág.181)

Clemenceau se quedó atónito. Estas maniobras separatistas se habían realizado a sus espaldas. Inmediatamente envió a sus propios investigadores a Renania. Rápidamente confirmaron que había sucedido lo increíble. Mangin incluso le había informado a Ligget que "no tenía derecho a impedir que la gente de Renania ejerciera su voluntad". Se enviaron avisos similares al general Michel de Bélgica y al general Robertson de Gran Bretaña.

Lloyd George se enfrentó a Clemenceau en medio de la conferencia de paz: "En este momento, sus generales están trabajando para crear una república de Renania".

Mientras Clemenceau esperaba los resultados completos de sus investigaciones, se enteró de que el hombre de Mangin, el ex magistrado Dorten, había proclamado el 1 de junio de 1919 a Renania como república y formado un gobierno con él mismo como presidente. Dorten no solo contaba con el respaldo de Mangin y Foch, sino también del propio presidente Poincaré: "El presidente", escribió Clemenceau, "era un partidario discreto pero resuelto de la anexión francesa de Renania, incluso si se llamaba de otra manera".

Mangin pidió inmediatamente a Poincaré que recibiera a Dorten en París para que pudiera "expresar los deseos de 12 millones de habitantes de Renania". (De repente, el número de habitantes de Renania había aumentado de 7 a 12 millones).

Luego, Poincaré presionó a Clemenceau y los Aliados: "Supongo que el general no me preguntaría esto si el movimiento no fuera serio. Y si es serio, espero que los Aliados no nos obliguen a reprimirlo. Este movimiento no debería de ninguna manera conmocionar al presidente Wilson ".

Luego advirtió a Clemenceau: "Sería lamentable que nos encontráramos en contra de este intento de independencia".

Clemenceau sintió que su autoridad estaba en juego y tomó medidas rápidas para degradar a Mangin y neutralizar a Poincaré.

* * *

La república de Renania fue cortada de raíz, pero Poincaré mantendría vivo el tema en la Cámara de Diputados francesa: "En lugares como Tréveris y el Palatinado hay un fuerte llamado a la independencia y en otras ciudades el movimiento está creciendo. Nosotros puede esperar, tarde o temprano, algunos cambios en el marco político de los territorios ocupados ". (Clemenceau, pág.191)

Los "cambios" vendrían, pero no como anticipó Poincaré. El 12 de febrero de 1924 unos 40 separatistas se reunieron en la ciudad de Pirmasens en el Palatinado. La reunión tuvo lugar en un edificio gubernamental, acto que enfureció a la gente del pueblo. Una multitud se agolpó en el exterior y exigió a los separatistas que abandonaran las instalaciones. Cuando se negaron, el

La multitud roció las paredes con gasolina e incendió el edificio. Todos los separatistas fueron quemados vivos.
Un sabotaje masivo impidió que las tropas francesas acudieran en su rescate. Se cortaron las comunicaciones, los trenes dejaron de funcionar, las carreteras se bloquearon. Cuando llegaron los franceses, lo único que encontraron fueron los cuerpos carbonizados y masacrados de los separatistas: "Unas quince mil personas se agolpaban en las calles. Habían asistido en esta masacre y la aplaudían". (Le Temps, 24 de febrero de 1924)
La violencia fue un presagio de la rabia latente que los alemanes sentían hacia sus ocupantes.

CAPITULO LX

Luxemburgo, Bélgica y Holanda

El Tratado de Versalles había establecido una presencia militar francesa en Alemania a un gran costo para los alemanes. Pero muchos políticos franceses también querían que los Países Bajos sirvieran como un amortiguador anti-alemán. El mariscal Foch tenía su cuartel general en Luxemburgo y ejercía casi tanto poder como el gran duque.
Luxemburgo, parte integrante de los Países Bajos hasta 1839, cuando se vio obligado a separarse, ya se había acostumbrado a su independencia y solo buscaba la neutralidad. El gran ducado tenía un ejército de 250 hombres y un arsenal de tres cañones. El país era rico en fábricas de hierro y acero y dependía de una unión aduanera con Alemania para su continua prosperidad.
El tratado había puesto fin a esta unión y el gobierno francés sustituyó a Alemania como nuevo socio económico de Luxemburgo. Como parte del tratado, Francia adquirió los ferrocarriles del gran ducado de propiedad alemana. (Artículo 67 del Tratado de Versalles.) Luxemburgo se había visto arrastrado a una esfera de influencia diferente de la noche a la mañana.

* * *

El gobierno francés también quería reducir Bélgica a un estado similar. La Revolución Francesa había sumergido al país en un baño de sangre igual a las masacres que los revolucionarios habían llevado a cabo en la provincia francesa de Vendée, lo que de alguna manera dio a los políticos franceses actuales un interés propietario en todo lo belga. París consideraba a los belgas como medio franceses y nunca se tomó en serio la soberanía belga. Durante la guerra, Bélgica había luchado del lado de los aliados, pero el rey de Bélgica, Alberto I, había intentado en 1917 entablar negociaciones de paz con Austria-Hungría y Alemania, lo que provocó una considerable fricción con la Entente. El rey dijo que no estaba dispuesto a "sacrificar lo que quedaba" de su ejército.
La tensión continuó en la Conferencia de Versalles por la insistencia de Bélgica en mantenerse neutral: no había ninguna ventaja en ser la carne en el bocadillo entre Alemania y Francia.
La guerra le había costado a Bélgica 51.000 muertos, así como una destrucción considerable. Bélgica recibió un trato preferencial en materia de reparaciones, pero estaba principalmente interesada en ampliar su territorio. Desde el siglo XV, Bélgica había sido reducida por

un tercio. Unidos con Flandes y Brabante durante los orgullosos días de Borgoña, Zelanda, Limburgo y Luxemburgo se habían perdido ante los Países Bajos. Los barcos belgas estaban a merced del gobierno holandés, que controlaba las principales ramas del Scheldt, lo que daba acceso al mar a Amberes.

* * *

Tardieu fue un político inteligente y astuto que vio grandes oportunidades para restaurar Bélgica a su tamaño anterior. La provincia holandesa de Limburgo sobresalía entre Bélgica y Renania, y Tardieu pensó que sería preferible un Limburgo belga en términos de un rápido refuerzo de sus fuerzas de ocupación en Renania.

Tardieu también vio la ventaja de liberar los accesos al gran puerto de Amberes del control holandés. Era la puerta de entrada a Alemania occidental desde el Mar del Norte. Decidió presionar las reclamaciones belgas sobre sus territorios perdidos. Aunque pocas personas en Francia sabían que tales territorios habían sido belgas antes de los tratados de 1839, la "causa" belga ganó repentinamente el favor nacional en Francia.

"Los tratados de 1839, estériles y onerosos, deben ser abolidos", dijo Tardieu en la conferencia de paz el 26 de febrero de 1919.

El gobierno belga no estaba tan entusiasmado como Tardieu y simplemente exigió que se revisaran los tratados para eliminar el control holandés sobre las vías fluviales de Amberes y devolver Limburgo. Más belga que los belgas, Tardieu jugó un papel decisivo en la creación de otra comisión para estudiar las reivindicaciones territoriales belgas.

* * *

La comisión presentó tres recomendaciones:

1) Los tratados de 1839 tendrían que ser revisados por completo.
2) Holanda debería participar en esta revisión.
3) El objetivo general de esta revisión sería, de acuerdo con el objetivo de la Sociedad de Naciones, liberar a Bélgica de las restricciones a su soberanía impuestas por los tratados de 1839.

En cuestión de días, la Conferencia de París adoptó estas recomendaciones.

"El 8 de marzo de 1919", explicó Tardieu, "presenté el informe [de la comisión] al Consejo Supremo, que lo adoptó por unanimidad. El 7 de mayo se le mostró el tratado a Alemania y aceptó cumplir sus condiciones". (Tardieu, Paz, p. 245)

Wilson estaba perdido para ver por qué Alemania tenía que estar involucrada en un conflicto fronterizo localizado entre Holanda y Bélgica o cómo Holanda iba a aceptar revocar un conjunto de tratados de 80 años con la consiguiente pérdida de territorios.

Tardieu sugirió una solución mediante la cual Holanda sería compensada por la pérdida de sus ciudadanos de Zeelander y Limburger recibiendo alemanes que viven en la región de Ems de Alemania: "Holanda podría ser compensada con la gente de Emsland o la región de Guelder, que son holandeses por raza y tradicion." (Tardieu, Paz, p. 246)

Wilson respondió: "Usted está pidiendo que Alemania entregue parte de su territorio a un país neutral. Puede que sea correcto, pero es difícil de motivar".

De hecho, Alemania nunca había infringido la neutralidad holandesa y Holanda no había puesto un dedo sobre Bélgica durante la guerra.

Aparte del hecho de que este embrollo belga-holandés-alemán no tomó en consideración los deseos de la gente, que iba a ser intercambiada como tantos bienes

en un bazar, olvidó recordar que los tratados de 1839 habían sido impuestos por los británicos con el objetivo principal de frustrar el comercio francés. Los británicos habían logrado anteriormente unir a Europa contra Napoleón en la cuestión del control francés del río Escalda. En 1839, los británicos temían que la reina de Bélgica, que era hija del rey francés Luis Felipe, recuperara la presencia francesa en la región de Amberes. Ocho años antes, la independencia belga había sido salvada por el ejército francés luchando contra las tropas holandesas que habían invadido Bélgica y estaban a punto de tomar Bruselas. Después de ocho años de negociaciones, los británicos finalmente impusieron el dominio holandés sobre Zelanda. El establecimiento británico había vuelto a utilizar Holanda, como en siglos anteriores, para contener a Francia. Ahora, después de lanzar su imperio a una guerra asesina y saborear la victoria,

* * *

El rey Alberto I fue un elocuente defensor del regreso de las provincias belgas ocupadas por los holandeses. Sin embargo, estaba sorprendido por las objeciones que los británicos seguían poniendo en su camino a través del Almirantazgo. Lloyd George de repente estaba cediendo su política exterior al Almirantazgo británico, dejando para sí mismo el papel de vecino amistoso. Estuvo de acuerdo, después de muchas súplicas belgas, en "modificar el estado del Escalda", pero agregó que el Almirantazgo nunca consentiría en ningún cambio territorial.
Cuando el ministro belga Vandervelde casi imploró: "Piensa en nuestra gente; no les niegues sus aspiraciones", Lloyd George respondió secamente: "Tuviste menos gente muerta que nosotros".
Los británicos apoyaron su caso en el recuento de lápidas.

* * *

Tardieu intentó cortejar a los británicos proponiendo que se celebrara un plebiscito dentro de unos años para determinar si los zelandeses y los limburgers querían ser parte de Bélgica. La fórmula había funcionado para Saarland, pero esta vez los británicos se aseguraron de que Wilson se negara rotundamente.
Los belgas consideraban a Tardieu como un campeón incansable de su causa. Habían perdido la lucha por la restauración de su país, pero a partir de ahora ya no serían neutrales. Estaban firmemente del lado de Francia.

Para compensar la decepción belga, los aliados decidieron arrojarles unas migajas, en forma de una franja de territorio alemán (Eupen y Malmedy) colindante con la frontera belga, al oeste de Aquisgrán. En escenas que recuerdan a la operación de Saarland, 55.000 alemanes se encontraron de repente ciudadanos de otro país. Una vez más, los catorce puntos de Wilson fueron barridos a un lado.

Sin embargo, el control de la frontera occidental de Alemania fue solo el comienzo. Más vendría en la frontera oriental de Alemania. Los aliados intercambiarían a millones de personas de un país a otro para adaptarse a la mezquina codicia nacionalista y la venganza.
Danzig y el Corredor, Upper East Silesia, West Prussia, Posen y Sudetenland verían sus poblaciones entregadas para la disposición de los Aliados.

CAPITULO LXI

Lenin salvado

En la primavera de 1919, pocos alemanes recordaron la primavera de 1918, cuando Alemania aplastó al régimen leninista e impuso el Tratado de Brest-Litovsk. Alemania ahora se lamía las heridas después de la sangrienta guerra civil que Lenin había desatado en su suelo. Alemania había salido victoriosa en el campo de batalla, pero los nuevos amos alienígenas de Rusia la estaban destrozando en casa. Lenin había enviado hordas de Liebknechts, Rosa Luxemburgs, Clara Zetkins, Eisners, Levinés, Leviens, Joffes y otros agitadores y terroristas para destruir Alemania desde adentro.
El derramamiento de sangre organizado por los judíos comunistas dejó imperturbables a los aliados. Estaban demasiado ocupados comerciando poblaciones y discutiendo sobre reparaciones para evaluar si la expansión del bolchevismo tendría alguna consecuencia para ellos.

* * *

Lenin se había salvado de la aniquilación por la victoria de los aliados. Rusia, Ucrania y otras víctimas de su tiranía habían estado a punto de liberar a Rusia, ayudadas por Alemania. El armisticio llegó justo a tiempo para Lenin y sus secuaces.
En 1917, el gobierno alemán había liberado a Lenin en Rusia como un virus de la peste. El alto mando sabía lo suficiente sobre las capacidades destructivas de Lenin como para confiar en que derrocaría a la Rusia imperial, liberando así al ejército alemán para enfrentarse a las fuerzas estadounidenses recién llegadas a Francia. Fue una apuesta que tuvo que hacer el gobierno alemán. El frente oriental se derrumbó, pero la plaga comunista de Lenin casi destruyó tanto a Alemania como a Rusia.
Algunas personalidades aliadas habían mostrado preocupación en ese momento. Churchill advirtió: "Lenin está consumido por el odio. Ningún tirano asiático, ni siquiera Genghis Khan o Tamerlán, ha costado la vida a tantos hombres y mujeres".
El periódico francés Journal des Débats escribió: "El bolchevismo es una maldición. Si no nos ocupamos de él, Alemania tendrá que hacerlo".
En la primavera de 1918, Alemania se había hecho cargo de Lenin. El ejército alemán había ocupado las tierras más ricas de Rusia y controlaba la mayor parte de los suministros de alimentos, el 7307o del carbón y casi todo el petróleo necesario para la supervivencia del bolchevismo.
"Rusia", observó Churchill, "estaba a disposición de Alemania. Los graneros de trigo de Ucrania y Siberia, el petróleo del Caspio, todos los recursos de un vasto continente alimentarían y mantendrían a los ejércitos alemanes. Alemania de hecho ganó todo lo que pudo" ganar."

El pueblo ruso había sido masacrado por millones por comisarios alienígenas sedientos de sangre. Habían recibido a los alemanes como libertadores. "El ejército alemán", escribió Churchill ...

. . . avanzaba con eficacia y disciplina. Pequeños grupos de soldados entrenados ocuparon la mayoría de las áreas necesarias para abastecer de alimentos a Alemania. Odessa cayó el 13 de marzo de 1918, Nikolaiesk el 17, Kherson el 8 de abril. El 28 de abril los alemanes

estableció una dictadura militar en Ucrania bajo la dirección del general Skoropadski. El 1 de mayo se tomó Sebastopol y una parte de la flota rusa estacionada en el Mar Negro. El 8 de mayo cayó Rostov del Don. Cinco divisiones de reserva habían sido suficientes para controlar esta región rica y fértil, tan vasta como un estado importante. (Crisis mundial, vol. IV, p. 101)

El propio Churchill incluso admitió que los alemanes habían sido recibidos como libertadores por el pueblo ruso:

Los alemanes se presentaron como libertadores y fueron recibidos espontáneamente como tales, no solo por toda la población, sino por los patriotas más hostiles. Una dosis de comunismo hizo que cualquier otra forma de autoridad fuera deseable para los rusos. Con la llegada de los "cascos de acero" alemanes, la vida se había vuelto tolerable. Con orden y calma, todo se había vuelto fácil y eficiente. La severa disciplina del soldado era preferible a la implacable persecución de un fanático ministerio de matones.

Cuando los alemanes ocuparon Rusia, crearon estados semiindependientes, que formarían un baluarte anticomunista. Churchill había establecido un paralelo entre la conquista de Rusia por parte de Alemania y la conquista de Alemania por Napoleón en 1806. Ambas conquistas habían creado estados que cooperaron con los conquistadores. Churchill, que más tarde se convertiría en un aliado entusiasta de los matones muy rojos a los que ahora denunciaba, estaba en 1917 considerablemente más lúcido:

Bajo la dirección de una Alemania victoriosa, Finlandia, Estonia, Lituania, el este de Polonia, Ucrania, Besarabia y el Cáucaso se separarían de una Rusia comunizada y se constituirían en estados autónomos. Su libertad, si no su independencia, se debería a Alemania.

La perspicacia de Churchill resultó correcta. Todos estos estados patrocinados por Alemania se habían salvado de un holocausto comunista. Finlandia se salvó de más atrocidades bolcheviques sólo con la intervención del general von. Ante el descontento y la rebelión de las personas a las que había esclavizado, Lenin hizo un segundo intento desesperado de pedir la paz con Alemania. El 12 de agosto de 1918 se firmó un tratado entre Lenin y Alemania empujando las fronteras del régimen soviético al este del río Beresina. Los comunistas prometieron reconocer la independencia de todos los nuevos estados, con la incorporación de Georgia, Armenia y Azerbaiyán. El tratado fue un gran logro para Alemania. Para Lenin era solo un trozo de papel para marcar el paso del tiempo. Había introducido un nuevo elemento de guerra: la subversión interna en los asuntos de otros países.
El historiador más famoso de Francia, Pierre Renouvin, escribió:

Ludendorff quería implementar una política de expansionismo en Oriente. El día después del Tratado de Brest-Litovsk, había avanzado sus tropas hasta las regiones de Don y Crimea. En junio de 1918, estaba mirando a Georgia como un posible país pro-alemán. Con la riqueza, los hombres y la materia prima de Georgia percibió la posibilidad de establecer una base de acción que conduciría a la India británica.

En julio de 1918, Alemania estaba bien establecida en Crimea. Había llegado a Kars, Ardahan, Batum y sus pozos de petróleo. Estaba a las puertas de Persia, Arabia e India. La bandera alemana ondeaba desde el Báltico hasta el Mar Negro. Esta conquista había sido

logrado casi sin combate. A pesar de tres años de propaganda anti-alemana, los rusos y otras poblaciones se habían hecho amigos de Alemania: la Pax Germanica significó el fin de las masacres marxistas.
Lenin tuvo que tragarse su rabia. Con su gorra de falso proletarismo, gritaría al congreso bolchevique: "Sí, esta paz es una humillación sin precedentes para el poder soviético, pero no estamos en condiciones de forzar la historia".
Churchill se hizo eco del lamento de Lenin: "Rusia está a disposición de Alemania".
La victoria de Alemania sobre Lenin fue también la victoria de Europa sobre el bolchevismo. Los Estados que habían escapado de las masacres disfrutaban ahora de la libertad de desarrollarse según sus propias líneas características. Su fuerza económica sería un amortiguador contra el imperialismo comunista.

Todos estos estados eran tan distintos como Francia o Alemania. Tenían sus propias costumbres, su propio idioma, historia y cultura. También formaban parte de la gran Europa y un componente vital para su supervivencia.
La Unión Soviética quedó reducida a los límites del antiguo ducado de Moscovia. Churchill dijo que Moscú podría haber sido tomada con 20.000 hombres.
Lloyd George comentó: "Estamos asistiendo al colapso del bolchevismo".
Lenin, que nunca cedió cuartel, esperaba que Europa lo rematara. Su objetivo era comunicar a Europa y luego al mundo entero, y no tenía ninguna duda de que estaba en guerra con todas las naciones y estados. Los europeos, por otro lado, estaban consumidos por viejas y mezquinas disputas por propiedades inmobiliarias. El imperialismo comunista internacional de Lenin estaba más allá de su comprensión. No entendían el segundo frente de Lenin: la subversión interna dentro de sus propias fronteras. Debido a esta falta de comprensión, las diversas y fragmentadas naciones europeas no vieron la necesidad de destruir el marxismo-leninismo mientras tenían la oportunidad. Los aliados encabezados por los británicos de 1939 todavía no entenderían de qué se trataba el comunismo.
En noviembre de 1918, lo único que se interponía entre el comunismo y el resto de Europa eran las tropas alemanas y sus aliados orientales, las primeras víctimas del comunismo. Churchill, que no había sondeado todas las ambiciones de Lenin, sin embargo había observado lo suficiente de los métodos comunistas para declarar: "De todas las tiranías de la historia, el bolchevismo es la más terrible, la más destructiva, la más degradante. No es una doctrina política; es una enfermedad. No es una creación, es una infección ".
Sin embargo, esta infección, que las divisiones alemanas habían neutralizado desde marzo de 1918, iba a ser desatada deliberadamente por Churchill y sus aliados: ordenaron, como parte del armisticio, que las tropas alemanas abandonaran el territorio ruso en su totalidad. Decenas de millones de personas también serían abandonadas a la "más espantosa tiranía".
La retirada de los alemanes no se vio compensada por la presencia o el compromiso de los Aliados de proteger a las poblaciones locales. Los europeos orientales no podían creer que las potencias occidentales permitieran que los comunistas los mataran. En noviembre de 1918 los franceses, los británicos, los italianos, los estadounidenses y también los japoneses todavía tenían millones de soldados armados que podrían haber detenido a las hordas soviéticas.
Churchill recordó: "Todos estos nuevos países se volvieron hacia los Aliados con gozosa convicción".

La falta de determinación aliada endureció la posición de Lenin. Rechazó las condiciones de paz de los aliados y, en particular, los catorce puntos de Wilson. También se negó a aceptar Constantinopla, que el gobierno británico había ofrecido en 1917: no necesitaba nada de los aliados.
"La paz", declaró Lenin, "no debe ser establecida por los capitalistas, sino que debe ser impuesta a los capitalistas burgueses por las masas proletarias". (Churchill, La Gran Guerra, p. 328)

A los aliados les esperaba otra sorpresa. Lenin derogó todos los tratados, contratos y deudas que Rusia había reconocido antes de su golpe. Se habían prestado miles de millones de dólares a Rusia para el desarrollo industrial y para apoyar su participación en la guerra contra Alemania. Los aliados se aferraron a la creencia de que de alguna manera Lenin honraría estos compromisos y se sorprendieron cuando nunca obtuvieron un solo kopek. Wilson estaba más indeciso que nunca: "¿Cuál es nuestra posición con respecto a los bolcheviques? Nadie puede decirlo. ¡Mi política es dejarlos cocerse en su propio jugo! Enviar tropas para contenerlos sería como usar una escoba para contener una marea alta. . "
La visión de Clemenceau no se extendía más allá de Alemania y era incapaz de concebir otra amenaza que la alemana: "Si a Alemania se le permite explotar y colonizar Rusia, la sangre que fluyó durante cinco años se habrá gastado en vano. Si Alemania se apodera de Rusia política y sobre todo económicamente, Alemania habrá ganado la guerra ". Clemenceau pensó que era preferible ver la victoria del comunismo mundial en lugar de dejar que los alemanes "se salieran con la suya". El propio gobierno de Clemenceau estaba en ese mismo momento siendo socavado por los agentes de Lenin, pero Clemenceau estaba demasiado obsesionado con Alemania para darse cuenta.

Sólo Churchill tenía una visión clara de esta trágica situación, pero como político oportunista tuvo cuidado de no expresar su opinión públicamente. En cambio, expresó sus puntos de vista en forma de un escenario soñado por varios estadistas aliados:

No dudamos de que no solo es posible físicamente, sino también moralmente, apoderarse de Rusia, pero la tarea es demasiado grande para los vencedores. Para lograrlo, debemos contar con la ayuda de Alemania. Alemania conoce Rusia mejor que nosotros. Sus tropas ocupan ahora las regiones más ricas y pobladas y constituyen la única garantía de civilización. Demos a Alemania su oportunidad. Esta nación orgullosa y tenaz evitará así la humillación de la derrota. Casi conscientemente, Alemania se habrá deslizado de nuestro enemigo jurado a nuestro colaborador natural. Nada es posible en Europa sin Alemania, pero todo es posible con Alemania. (Churchill, Crisis mundial, vol. IV, p. 19)

Churchill concluyó su sueño europeo: "Se invitaría a Alemania a cooperar en la liberación de Rusia y la reconstrucción de Europa del Este".
El sueño de Churchill se disiparía por la realidad de los políticos mediocres de la época. Su sueño era inteligente y práctico; era realista, mientras que sus colegas estaban divorciados de la realidad por su ignorancia y mezquindad.

CAPITULO LXII

Los aliados y los soviéticos

Sin embargo, los aliados hicieron un gesto que podría considerarse altruista. En julio de 1918, los británicos enviaron a algunos minúsculos contingentes al norte de Rusia. Sin embargo, la expedición no estaba allí para contener al bolchevismo, sino para formar un frente anti-alemán. Las empresas británicas estaban preocupadas de que los alemanes pudieran derrocar a Lenin y luego incumplir

Deuda de Rusia. Los británicos tenían más fe en Lenin que los alemanes. Habían enviado tropas para ayudar en caso de que Lenin lo necesitara, pero se trataba principalmente de un ejercicio de relaciones públicas destinado a reanudar el comercio con los nuevos gobernantes de Rusia.

Otra extraña incursión aliada en Rusia fue la ocupación japonesa de Vladivostok, el puerto del lejano oriente de Rusia. Los japoneses se habían unido a los aliados contra Alemania porque vieron una ventaja considerable en tal guerra. Les dio la oportunidad de apoderarse del indefenso territorio alemán de Kiaochow y de las islas alemanas en el Pacífico, así como de los ferrocarriles de Manchuria y las minas de hierro del centro de China. Tanto Rusia como Alemania estaban demasiado ocupados luchando para proteger sus posesiones.
La guerra fue una bendición para el desarrollo industrial y económico de Japón. Sus industrias metalúrgicas multiplicaron por cuatro su producción; su producción de acero, que no existía antes de la guerra, alcanzó las 550.000 toneladas y su producción industrial saltó de 1.300 millones de yenes en 1914 a 6.300 millones en 1918. Las corporaciones japonesas estaban obteniendo tantos beneficios que pagaban dividendos de 20 a 50 por ciento. Mientras se beneficiaba de la guerra, el gobierno japonés rechazó repetidos llamados aliados para enviar tropas a Europa o incluso brindar asistencia naval.

* * *

El surgimiento económico de Japón preocupó mucho al gobierno estadounidense. Estados Unidos consideraba al Pacífico como un lago estadounidense y no veía con buenos ojos a los rivales. Los japoneses desembarcaron 72.000 hombres en Vladivostok, ¡oficialmente para contrarrestar una ofensiva alemana! Los alemanes estaban a miles de kilómetros de distancia, pero el absurdo del pretexto japonés fue emulado por Estados Unidos, que envió a miles de hombres al norte de Siberia, con la excusa de luchar contra los alemanes. Oficialmente, los británicos, los estadounidenses y los japoneses solo cumplían con su deber de ayudar a su aliado ruso a luchar contra Alemania. Incluso hubo un pequeño contingente de 3.000 soldados franceses e italianos enviados a Siberia para reforzar a sus aliados.
Churchill admitió: "Los aliados habían ido a oponerse a los alemanes pero nunca vieron a uno solo, ni siquiera con prismáticos, ya que los separaban 5.000 millas".
Las ocupaciones aliadas fueron simplemente extensiones de sus políticas imperialistas, pero de ninguna manera fueron perjudiciales para el comunismo. Wilson enfatizó en todo momento que no estaba preocupado por los soviéticos: "Rusia es un problema para el que no pretendo conocer la solución", dijo. (14 de julio de 1919.)

Mientras tanto, el tratado de armisticio había ordenado al ejército alemán retirarse de todos los territorios rusos. Los aliados impidieron que las tropas regresaran rápidamente a casa a través de Lemberg, Varsovia o Bucarest. Tuvieron que caminar, a 45 grados bajo cero, unas 1.500 millas, a menudo a través de grandes ventisqueros, porque su único punto de entrada autorizado era Prusia Oriental. Los trenes eran numerosos, pero no se permitió el uso de ninguno para la repatriación de soldados alemanes. El invierno de 1918-19 fue uno de los más fríos registrados, y muchos hombres murieron congelados después de que el puro agotamiento los había superado.

La agonía de esta ola humana que se tambaleaba en los páramos helados a través de las deliberadas restricciones de un armisticio punitivo no conmovió a los aliados: todo era parte de la venganza exigida contra Alemania y la eliminación de tantos alemanes como fuera posible, ya sea a través de la guerra, el hambre, revolución o morir congelado.
El Día del Armisticio había sido un día de júbilo para los bolcheviques. El frente alemán prácticamente había desaparecido; las tropas en retirada podrían ser atacadas sin represalias. Uno de

los primeros batallones alemanes en retirarse fueron rodeados por los comunistas y capturados. Todos los oficiales fueron asesinados a tiros, la mitad de los hombres fueron despedazados. La otra mitad fue desnudada y perseguida por la nieve; todos murieron congelados.
Durante tres meses, el ejército alemán en retirada sufrió el martirio. Crimeanos y ucranianos suplicaron a los alemanes que se quedaran. El 1 de enero de 1919, 5.000 soldados alemanes intentaron salvar la capital de Ucrania, pero ya era demasiado tarde: los bolcheviques eran demasiado numerosos, demasiado bien abastecidos y demasiado bien armados.
Entre octubre de 1917 y noviembre de 1919, a pesar de dos años de guerra civil, Trotsky había podido formar un poderoso Ejército Rojo. Tenía una capacidad de organización notable, una inteligencia aguda, una voluntad de hierro y una crueldad similar a la de Tamerlán. Churchill lo llamó "cocodrilo".
Trotsky había logrado en pocos meses crear un ejército disciplinado rigurosamente disciplinado por comisarios despiadados. Todas las infracciones fueron tratadas sumariamente por un pelotón de fusilamiento siempre dispuesto. Compuesto en gran parte por ex desertores, ex convictos, matones callejeros y analfabetos, el Ejército Rojo fue entrenado para no dar cuartel a aquellos contra quienes se desencadenó.
La orden de los aliados a Alemania de retirarse de Rusia liberó al ejército rojo sobre las poblaciones indefensas del sur de Rusia. Cuando los alemanes abandonaban una región, ciudad o aldea, las tropas de Trotsky se lanzaban a un alboroto de muerte y destrucción. Benoist-Méchin narra la marcha forzada de los alemanes desde el sur de Rusia al norte hasta Prusia Oriental:

Fue una caminata larga y monótona a través de ventiscas aulladores para los alemanes en su camino hacia el norte. Solo llegarían a la frontera con Prusia al final del invierno. Era el único punto de entrada que se les permitía. Sufrieron mucho más que los supervivientes del ejército de Napoleón al cruzar la Beresina. (L'Armée allemande, vol. II, p. 242)
Una vez más, Churchill fue uno de los pocos líderes aliados que deploraron lo que llamó "estos lamentables eventos":
Una cláusula del armisticio prescribía la evacuación inmediata de Ucrania por parte de los alemanes. Esto parecía muy razonable para los espíritus inflamados por la guerra con las potencias centrales, así como para los propios alemanes, que no tenían otro deseo que volver a casa. De hecho, la evacuación sacó del sur de Rusia a los únicos elementos cuerdos y vigorosos, que mantuvieron una vida diaria normal para unos 30 millones de personas. Cuando los cascos de acero [alemanes] evacuaron las ciudades, los Guardias Rojos entraron inmediatamente y pusieron la escoria de la sociedad contra la burguesía y contra todos aquellos que habían mostrado cordialidad a los alemanes o los aliados. Los rojos celebraron su llegada con horribles masacres "(World Crisis, vol. IV, p. 167).
Así fue tratado y abandonado por los Aliados a principios del invierno de 1918-19, el sufrido y gran pueblo ruso. De 1914 a 1917 habían ofrecido estoicamente varios millones de muertos a los Aliados de Occidente.

El ministro de Relaciones Exteriores británico, Lord Balfour, tan preocupado por proporcionar un hogar a los judíos en Palestina, estaba mucho menos preocupado por el bienestar del pueblo ruso. Desangrados durante tres años de guerra, habían sido perseguidos y masacrados por los comunistas.
Balfour les dio poca importancia: "Hemos dicho constantemente a los rusos que no tenemos ningún deseo de involucrarnos en sus asuntos internos".
De hecho, los aliados, aunque despreciados por Lenin, se estaban volviendo locos para ganarse el favor de los comunistas. El Tratado de Versalles hizo una disposición especial para invitar a Lenin a una ronda de negociaciones en la Isla de los Príncipes de Turquía. La oferta le dio legitimidad a Lenin y su régimen comunista, lo cual fue suficiente para él.

No se molestó en responder, mostrando su desprecio por los cobardes y cobardes líderes aliados. Ahora era libre de continuar con su genocidio del pueblo ruso.

CAPITULO LXIII

La hipocresía de la intervención aliada

Lenin había acumulado suficiente desprecio y desprecio hacia sus pretendientes de Europa occidental como para provocar una reacción inusual de Lloyd George, quien el 16 de abril de 1919 declaró en la Cámara de los Comunes:

Si, ahora que el pueblo ruso ha servido a nuestro destino corriendo tantos riesgos, les decimos: "Gracias; te estamos muy agradecidos; has sido de mucha utilidad pero ahora ya no te necesitamos y los bolcheviques pueden cortar tu gargantas, "no seríamos más que cobardes, cobardes abominables".

Dado que la advertencia de Lloyd George había incitado a su conciencia colectiva, los aliados acordaron acudir, se podría haber creído en ese momento, en ayuda del desafortunado pueblo ruso. Los británicos enviaron una división a Bakú, la capital petrolera de Rusia, donde 38 comisarios comunistas fueron ejecutados sumariamente.
La prensa siempre promovió la idea de que los nazis habían sido los primeros en iniciar la práctica de disparar a los comisarios soviéticos en Bielorrusia durante el verano de 1941. De hecho, fueron los británicos quienes practicaron la política de fusilamiento mucho antes que los alemanes. También fue el establishment británico el que inventó los campos de concentración en Sudáfrica, donde miles de mujeres y niños bóer murieron de enfermedades y de hambre en condiciones atroces, medio siglo antes de que se supiera de Dachau o Auschwitz. El interés británico en Bakú y Sudáfrica tenía el mismo motivo: proteger la explotación de petróleo, oro y diamantes de los Rothschild.
Durante el siglo XIX, los Rothschild hicieron que el gobierno británico emprendiera numerosas incursiones imperialistas para promover sus propios intereses. Las guerras de los bóers fueron un buen ejemplo. También lo fue la ocupación británica entre 1915 y 1918 de la región del Éufrates-Tigris, Persia, el Golfo Arábigo y el Hejaz de Arabia, que, junto con Bakú, monopolizaría la industria petrolera mundial en manos de los Rothschild. Para asegurar el monopolio, se enviaron tropas británicas durante el invierno de 1918 para apoderarse de los ferrocarriles y oleoductos que unían los mares Negro y Caspio en el sur de Rusia mientras la marina británica controlaba las costas.
Sin embargo, aparte de la ejecución de 38 comisarios, los británicos no utilizaron sus tropas para evitar que los comunistas mataran a los rusos.

Los británicos estaban en Bakú estrictamente para proteger los pozos de petróleo de Rothschild, no meras personas. El establishment británico, como de costumbre, había engatusado a los políticos franceses para que participaran en su plan de ocupación rusa. Clemenceau fue invitado a firmar, en el más absoluto secreto, una convención por la cual los británicos cortarían a los franceses en algunas de las propiedades inmobiliarias más selectas del sur de Rusia. El 23 de diciembre de 1917, 'dos meses después del golpe de Lenin, el secreto

El tratado fue firmado por Clemenceau y los británicos: se enviarían divisiones francesas para ocupar Ucrania, a cambio de lo cual Clemenceau recibiría concesiones en Besarabia y Crimea, así como en Ucrania, un área más grande que la propia Francia.
El establishment británico había concebido este generoso plan para desviar la atención de su propia monopolización del petróleo en el Cáucaso y el Golfo Pérsico. Los políticos franceses mordieron el anzuelo y soñaron con un imperio de las mil y una noches cayendo en su regazo por cortesía de su amistoso aliado británico. Las divisiones francesas fueron trasladadas rápidamente a Odessa al ritmo de la Marsellesa y pronto comenzaron su marcha hacia Ucrania. Los británicos también habían convencido al líder griego Venizelos para que se uniera a la expedición francesa con dos divisiones adicionales comparándolo halagadoramente con Alejandro Magno.

Desde el principio, la expedición organizada apresuradamente degeneró de lo extraño a lo grotesco. La población ucraniana miró con incredulidad a estos soldados desconocidos. Habían aceptado la presencia de alemanes porque los alemanes habían sido una parte integral de la historia de Rusia y Ucrania durante siglos. Millones de alemanes se habían asentado y prosperado entre ellos, pero nunca habían visto a un francés. Su asombro se convirtió rápidamente en ira cuando se dieron cuenta de que muchos de sus nuevos "salvadores" no sólo no los estaban salvando de los comunistas, sino que de hecho estaban forjando vínculos con los comisarios. La propaganda comunista, tan seductora para los herederos de la Revolución Francesa, había finalmente infectado al ejército francés. Tan pronto como llegó la expedición a Kiev, los simpatizantes y agitadores comunistas entre las tropas organizaron suficiente subversión y sabotaje para forzar una retirada apresurada. Kiev, la capital de Ucrania, fue abandonada a los soviéticos.
Luego llegó la impactante noticia de que la armada francesa en el Mar Negro se había amotinado. La fecha era abril de 1919. El gobierno francés estaba atónito. Los amotinados fueron encarcelados, incluido el líder del círculo, Marty, pero, gracias a una campaña de prensa de izquierda, pronto fueron liberados. Marty capitalizó su éxito de escándalo recién descubierto. Se convirtió en el favorito de los salones de París y fue elegido miembro de la Asamblea francesa.
La elección de Marty fue el único resultado de la expedición de Francia en Rusia, además de suscitar falsas esperanzas entre millones de aliados rusos y ucranianos. De hecho, los bolcheviques utilizaron la incursión francesa como pretexto para participar en masacres masivas de presuntos colaboracionistas.
En cuatro meses, el sur de Rusia había caído en manos de Lenin.
A los aliados todavía les quedaban dos "frentes" rusos: Murmansk, ocupado por los británicos, y el este de Siberia, ocupado por japoneses y estadounidenses. El pretexto británico para estar en Murmansk era "detener a los alemanes", aunque nunca aparecieron alemanes cerca de allí. El mismo pretexto se utilizó para la presencia japonesa y estadounidense.
Esta última ocupación aliada se complicó con la inesperada aparición en Siberia de 50.000 checos, llamados bohemios en aquellos días. Los checos eran ex prisioneros de guerra de Austria-Hungría que habían sido liberados después de la revolución bolchevique de 1917. Lenin los había adoctrinado y organizado en un ejército separatista destinado a tomar el poder en Bohemia. La política de Lenin era reclutar y entrenar tropas de choque comunistas y luego enviarlas de regreso a sus respectivos países para imponer el comunismo.
Los aliados y los comunistas llegaron a un acuerdo para repatriar a los checos rearmados de los campos siberianos y lanzarlos a la batalla contra los alemanes en el frente occidental. Fueron cargados en los ferrocarriles transiberianos con armas y suministros. Durante el largo viaje, los checos se volvieron rebeldes y comenzaron a luchar y saquear. En Irkutsk, los soviéticos intentaron desarmarlos, lo que provocó un motín a gran escala. Los checos ahora se habían vuelto contra sus mentores soviéticos y actuaban como algo parecido a botines libres. A estas alturas solo les interesaba llegar a la costa del Pacífico y abordar

barcos para abandonar la guerra, los alemanes, los aliados, los comunistas y los anticomunistas.
Sus sentimientos fueron compartidos por los soldados estadounidenses que habían sido enviados a las tierras baldías de Siberia en una nebulosa expedición para "salvar a los rusos y luchar contra los alemanes". Las dos divisiones supervivientes habían estado totalmente inactivas y no tenían idea de lo que estaban haciendo en su entorno helado. Los japoneses estaban ocupados cumpliendo sus objetivos, que nunca incluyeron rescatar a los rusos blancos de las garras del comunismo.
Los rusos anticomunistas contemplaron a sus "salvadores" con el corazón hundido. Fue en esta desesperada situación que surgió un fenómeno puramente ruso: el almirante Kolchak.

* * *

El almirante Kolchak era un oficial naval inteligente y valiente que se encontraba en Japón durante el golpe de Lenin de 1917. Kolchak no perdió el tiempo en organizar a los rusos anticomunistas esparcidos por el vasto territorio del este de Rusia. En unos pocos meses, Kolchak había logrado reclutar a más de 100.000 voluntarios rusos en Siberia. Su plan era recuperar todo el territorio entre él y Moscú y unirse a las 13.000 tropas británicas en Murmansk y Arcángel. También había unos 40.000 nacionalistas rusos que se habían reagrupado en el norte de Rusia y habían formado el "Gobierno del Norte de Rusia".
Si Kolchak lograba unirse a sus compatriotas y a los británicos, podría expulsar con relativa facilidad a los bolcheviques de Moscú y poner fin a la dictadura de Lenin de una vez por todas.
Churchill fue el único defensor entre los aliados de una intervención genuina para salvar a los rusos del comunismo. Aunque los aliados tenían más de 12 millones de soldados a su disposición, solo necesitarían enviar dos o tres divisiones más para asegurar la caída de Lenin. Churchill estimó: "Veinte o treinta mil hombres decididos podrían sin grandes dificultades o bajas avanzar rápidamente hacia Moscú, arrasando con toda la resistencia ante ellos". (Crisis mundial, p. 236)
Mientras tanto, Kolchak avanzaba desde el Este, su ejército anticomunista crecía en número cada día. Estaba seguro del respaldo de los Aliados, que le fue prometido por escrito.

Para obtener el apoyo de los aliados, Kolchak tuvo que aceptar condiciones estrictas, que eran casi ridículas en ese momento.
Mientras Rusia estaba siendo devastada -más de 8 millones de personas habían muerto durante los primeros dieciocho meses de la tiranía de Lenin- los Aliados habían exigido que Kolchak actuara desde el primer día de su campaña de liberación como un político al estilo occidental con todos los adornos democráticos: "Kolchak deberá convocar una asamblea constituyente, elegida democráticamente".
Lo que los aliados nunca habían esperado que hicieran los comunistas lo exigieron a los nacionalistas, que luchaban por sus vidas. Después de dos años de atrocidades comunistas, Rusia necesitaba la paz y el orden más que la politiquería liberal. Sin embargo, los artículos I y II del acuerdo requerían que Kolchak entregara papeletas a los bolcheviques. El artículo V obligaba a Kolchak a reconocer la independencia de los "territorios caucásicos y transcaucasianos", en los que habían penetrado los británicos tras el armisticio del 11 de noviembre de 1918 para adquirir petróleo ruso.
El artículo VIII es particularmente sórdido. Obligó a Kolchak a comprometerse a reembolsar decenas de miles de millones de dólares prestados por la Rusia imperial, que Lenin había cancelado en

1917. El artículo no tuvo en cuenta la desesperada situación económica de Rusia o el hecho de que los revolucionarios judíos habían vaciado el tesoro ruso cuando se hicieron cargo y habían llevado su contenido a los bancos judíos en Occidente, donde permanece hasta el día de hoy.
Los aliados querían petróleo y dinero como precio por ayudar a la gente desesperada. Kolchak aceptó estas condiciones mercenarias porque sabía que su reconquista de Rusia sería imposible de otra manera. Después de meses de dolorosas negociaciones, los aliados firmaron el acuerdo el 12 de junio de 1919, apenas dos semanas antes de la proclamación del Tratado de Versalles.

Churchill deploró la tardanza del acuerdo: "Si esta importante decisión pública fue sabia en junio, cuánto más habría sido en enero. La declaración [del acuerdo] llegó demasiado tarde". (Crisis mundial, p. 183)
En cualquier caso, la declaración aliada fue una traición. No tenían ninguna intención de utilizar sus propias tropas para luchar contra los bolcheviques. Si Kolchak parecía estar ganando, se le proporcionaría un excedente del ejército y armas de segunda mano, pero ese sería el límite. Sin embargo, al almirante ruso se le hizo creer en todo momento que los aliados se unirían a él en la batalla.
El doble trato de los Aliados se ilustró en un documento que describe su plan de acción, publicado por el Consejo Supremo Aliado el 26 de mayo de 1919: "Su único objetivo será ayudar a los elementos rusos que buscan continuar la lucha contra la autocracia alemana y la liberación de su propio país ".
"La lucha contra la autocracia alemana" era una auténtica tontería, considerando que la guerra con Alemania había terminado y que la región de Murmansk nunca había tenido, ni siquiera durante los años de guerra, que lidiar con tal "autocracia".
Desde 1917, solo las tropas soviéticas habían estado estacionadas en las costas del Océano Ártico. Y los británicos apelaron a Kolchak en junio de 1919 para atacarlos. Los británicos habían prometido luchar del lado de los nacionalistas rusos como principal incentivo para que Kolchak comenzara el combate.
Los aliados enviarían unos 300.000 rifles obsoletos, sobras de la guerra para los que no tenían más uso, pero estaban decididos a mantenerse al margen de los combates.
Churchill subestimó la posición cuando escribió: "La decisión de apoyar a Kolchak se tomó a medias".

La hipocresía y la vacilación aliadas fueron igualadas por la rabia de Lenin. Juró: "A partir de ahora ya no habrá guerra mundial; habrá guerra universal".

Lord Curzon en sus memorias deploró la respuesta cobarde de los aliados: nuestra política es incoherente. . . De hecho, es inexistente. Los aliados han oscilado entre la gratitud y la cortés indiferencia hacia los rusos [nacionalistas]. Esta política ha sido cambiante e incierta. Podemos esperar problemas graves o algo peor.
El 29 de julio de 1919, Churchill le recordó a la Cámara de los Comunes:
Estamos obligados por compromisos solemnes con los rusos, que han sido nuestros aliados, así como las poblaciones que hemos alentado [en la resistencia al comunismo]. La tradición de nuestro país siempre había sido prestar especial atención a este tipo de cosas.

Churchill, por supuesto, descartó la hipocresía institucionalizada del establishment británico con su política incorporada de aceptar acuerdos. Kolchak no era consciente de la astucia de los aliados y estaba luchando para encontrar a los británicos en Murmansk.
En medio de la campaña, Kolchak fue informado de que los británicos se estaban preparando para abandonar Murmansk antes del invierno. Gran Bretaña estaba teniendo elecciones y los políticos que habían

La histeria de guerra provocada durante cuatro años ahora se ejecutaba en una plataforma de paz: las víctimas habían llegado a casa y los votantes estaban hartos de la guerra.
La noticia hizo poco por la moral de los patriotas rusos, pero continuaron su lucha. Después de retirarse a Perm, Kolchak, sin embargo, tomó una vez más la ofensiva y rompió las líneas soviéticas a una profundidad de 150 millas. Quizás los aliados quedarían impresionados por la valentía rusa.

CAPITULO LXIV

Los aliados traicionan a Kolchak

El almirante Kolchak siguió su ofensiva penetrando cientos de millas más dentro del territorio controlado por los soviéticos. Fue en este mismo momento que el gobierno británico ordenó que todas sus tropas salieran de Murmansk y Archangel. El Consejo Supremo Aliado también renegó de su acuerdo de suministrar armas y alimentos: se cortaron todos los suministros.
Un evento horrible agravó la traición aliada: cuando Kolchak estaba a punto de liberar Ekaterinburg, la guardia judía de Trotsky masacró de la manera más salvaje al zar, su esposa y todos sus hijos, a quienes mantuvieron cautivos en un sótano. Fue un asesinato ritual de un horror sin igual. La noticia envió ondas de choque en toda Rusia, pero solo fortaleció la determinación de las fuerzas anticomunistas de luchar, aunque solo sea para evitar un destino similar. Significativamente, Ekaterinburg pasó a llamarse Sverdlovsk tarde después del secuaz judío de Trotsky en el asesinato, Sverdlovsk.
Churchill, quien era ministro de guerra en ese momento, de alguna manera decidió ignorar al consejo supremo aliado. Solo entre todos los aliados, ordenó a la marina británica que apareciera en el puerto de Petrogrado. Los británicos hundieron dos cruceros soviéticos y esperaban que Finlandia se trasladara a Petrogrado. Kenin sabía que todo estaba perdido: Finlandia estaba completamente movilizada, la marina británica controlaba el puerto y los nacionalistas rusos bajo el mando del general Yudenich estaban preparados para atacar. La destrucción del comunismo parecía inevitable.
Como en el pasado y tantas veces en el futuro, el comunismo se salvaría de una aniquilación segura por parte de las potencias capitalistas. Toda la presión que pudieron reunir los capitalistas fue ejercida sobre Finlandia para que abandonara su ataque; Los suministros de Yudenich fueron saboteados y Churchill controló.
La acumulación de traiciones finalmente pasó factura a las fuerzas nacionalistas. El impulso se perdió: un Lenin jubiloso, salvado por sus "enemigos" capitalistas, reanudó su guerra genocida contra el pueblo ruso.
En un contraataque desesperado, los patriotas rusos aniquilaron a seis batallones comunistas el 10 de agosto de 1919: habían muerto 2.000 rojos y se habían tomado 18 cañones de mortero. Pero nada de lo que Kolchak pudo hacer movió a los aliados a ayudar. En las doradas oficinas de los gobiernos capitalistas se corrió la voz de que era el momento de llegar a un acuerdo permanente con los comunistas.

Churchill señaló con un dedo acusador a sus colegas:

Desde el fondo de sus sillones parece fácil salir de Rusia y reducir sus pérdidas. Pero, ¿cómo se enfrenta a las familias que dieron hospitalidad a las tropas [británicas] ya los soldados rusos que lucharon de su lado y al gobierno independiente creado con su respaldo? Qué difícil y doloroso es cortar esos vínculos.

Como para apaciguar una mala conciencia, Churchill autorizó a los rusos que querían escapar del genocidio que se avecinaba a abordar los barcos británicos que partían de Murmansk y Archangel. Sin embargo, la mayoría de los miembros del Gobierno del norte de Rusia y el grueso de las tropas patriotas permanecieron en su suelo natal para enfrentarse al enemigo.

El 12 de octubre desapareció el último buque británico. Traicionados y sin suministros, los rusos resistieron heroicamente durante un mes. Finalmente, se vieron abrumados por la gran cantidad de tropas comunistas. Fue una masacre total: los oficiales rusos tomados prisioneros fueron fusilados a razón de 500 por día. Churchill recordó la tragedia:

Todavía puedo ver los rostros pálidos y los ojos quietos de una delegación de ciudadanos Arcángel ... Pidieron que se mantuviera la protección británica, pero solo podría haberles dado una respuesta miserable. Unas semanas después, todos estos pobres trabajadores y comerciantes se enfrentarían a un pelotón de fusilamiento. La responsabilidad de esto recae en las naciones poderosas e ilustradas que después de haber ganado la guerra no terminaron sus tareas.

Mientras el pueblo de Rusia era masacrado o esclavizado por una tiranía extranjera, el Tratado de Versalles pontificaba sobre el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos.

Después del colapso de los frentes ucraniano, finlandés y ártico, los únicos aliados restantes que tenían los rusos eran los 50.000 checos en el este de Siberia. Los japoneses, los estadounidenses y sus satélites se mantuvieron cautelosamente al margen de la región de Vladivostok. El almirante Kolchak estaba tratando de coordinar a los checos rebeldes y rebeldes con sus fuerzas anticomunistas, que estaban divididas entre socialistas descontentos y viejos leales a los zaristas. Los aliados que habían traicionado a Kolchak en el oeste todavía tenían el descaro de presionarlo para que organizara elecciones.

Kolchak recordó a estos "campeones de la democracia" que cuando se llevaron a cabo las elecciones después del golpe de Lenin en 1917, los comunistas solo habían recibido el 25% de los votos, y que al día siguiente Lenin había disuelto el congreso. La democracia había durado solo 12 horas. Desde entonces, la dictadura del proletariado había ahogado a los votantes en un mar de sangre. Para tener elecciones, explicó Kolchak, el país debería estar fuera del alcance de los pelotones de fusilamiento comunistas.

Para los políticos aliados, las elecciones no eran más que un pasaporte a la buena vida. Significaba unas largas vacaciones pagadas, alimentadas de mentiras, falsas promesas, corrupción, subastas políticas y palabrería vacía. No podían concebir a nadie que no quisiera beneficios tan ilimitados. Los aliados todavía mostraban la esperanza de ayuda a los ojos de Kolchak, si tan solo se ajustaba a los rituales democráticos.

Los británicos enviaron a un político socialista de izquierda llamado John Ward a la sede de Kolchak. Ward fue contundente: "¡Sin elecciones, sin armas!"

En medio de una guerra a muerte con los comunistas, aquí estaba Kolchak siendo chantajeado por los hipócritas que acababan de traicionarlo en Occidente.

Mientras tanto, el ejército checo estaba bajo el mando de los aliados. Un general francés, Janin, fue puesto a cargo. El comportamiento tanto de los checos como de Janin fue inquietante. Churchill comentó:

A principios de 1919, los checos ya no eran una ayuda sino un peligro. Tenían comités como los que habían socavado al ejército ruso después de la revolución. La disciplina y el valor militares estaban en decadencia. Se hizo necesario retirarlos del frente y ponerlos para custodiar los ferrocarriles.
Así, el último aliado de los rusos se había retirado del frente siberiano. Los regimientos británicos de Middlesex y Hampshire también se retirarían de Vladivostok el 8 de septiembre de 1919 y el 1 de noviembre, respectivamente. "Su partida", dijo Churchill, "selló la derrota de Kolchak".
Los checos que protegían los ferrocarriles transiberianos se habían enterado de que el propio tren de Kolchak transportaba 1.500.000 rublos de oro que habían sido rescatados de las manos de Trotsky. Inmediatamente vieron la oportunidad de usar tanto Kolchak como el oro para negociar su salida del infierno comunista que se avecinaba. En lugar de cumplir sus órdenes de garantizar el paso seguro de Kolchak hacia el este, enviaron una delegación encabezada por el general Janina, designado por el Consejo Supremo Aliado, para negociar los términos con los comunistas. Los checos ahora habían cambiado de bando cinco veces.
El 14 de enero de 1920, el general Janin ofreció cínicamente un sórdido trato: el tren de Kolchak sería abandonado si los rojos dejaban que los checos llegaran a Vladivostok sin ningún problema. El oficial ruso Malinovsky registró la vil operación:
El 14 de enero, a las seis de la tarde, dos oficiales checos declararon que acababan de recibir la orden del general Janin de entregar al almirante Kolchak y su estado mayor a las autoridades locales. El almirante, siempre muy tranquilo, no mostró ningún signo de temor a la muerte. Tenía los ojos brillantes y, mirando a los checos directamente a los ojos, dijo: "Así que este es el significado de la promesa que hizo Janin de garantizar nuestro paso seguro hacia el este. Este es un acto de traición internacional".

Las "autoridades locales" se refirieron al gobierno socialista de Irkutsk. Kolchak y su estado mayor fueron inmediatamente apresados y entregados a los socialistas. Fueron encarcelados y al día siguiente los socialistas se declararon ganados al comunismo y abrieron las puertas a los Guardias Rojos de Trotsky.
Corrieron a la cárcel y masacraron a Kolchak y su personal. Los aliados, "campeones de la democracia", que habían presionado tanto al valiente Kolchak para que observara los rituales democráticos, guardaron un notable silencio sobre esta flagrante falta de debido proceso.
Para quienes levantaron algunas críticas, Janin solo tuvo una respuesta: "Repito que para Su Majestad Nicolás II hubo mucha menos ceremonia".
En cuanto al oro, acabó siendo compartido de formas extrañas y bizantinas entre ciertos comunistas y ciertos checos. Varios meses después se hizo un depósito de un millón de rublos de oro en un banco de San Francisco.
Así, el cuarto frente patriótico ruso se derrumbó gracias a la traición aliada. El último y único frente aún se mantenía en el sur de Rusia, bajo el mando del general Denikin.

CAPITULO LXV

La muerte de rusia

Aunque los alemanes nunca llegaron a las regiones entre el Don y el Volga, los rusos habían luchado contra los comunistas con gran coraje y éxito ya en diciembre de 1917. Su primer líder, el general Kornilov, había muerto en acción y luego fue reemplazado por General Alexiev. En septiembre de 1918, el mando había recaído sobre los hombros del general Denikin.
Desde la primavera hasta el verano de 1919, Denikin había recuperado vastos territorios de los soviéticos. Había tomado 250.000 prisioneros y capturado 2.700 ametralladoras, 700 cañones y 35 trenes blindados. En ese otoño se estaba acercando a Moscú, la nueva capital soviética, desde el suroeste y estaba a unas pocas horas en tren de su centro. Durante ese tiempo había liberado a más de 30 millones de personas de la ocupación comunista.
El gabinete británico informó el 22 de septiembre de 1919: "Si a estos 30 millones de personas se les diera la oportunidad de votar, no hay duda de que una aplastante mayoría votaría contra el regreso de Lenin y Trotsky". Si el gobierno británico era consciente del sentimiento de la población rusa, uno siempre se preguntará por qué se presionó tanto al almirante Kolchak para que celebrara elecciones en medio del combate.
El éxito de Denikin había impresionado a los británicos, quienes pensaron por un tiempo que estaba en camino de liberar a toda Rusia. Los banqueros británicos pensaron que entrarían en la planta baja si Denikin ganaba. "Parece muy deseable desarrollar el comercio y el crédito en las vastas extensiones de las regiones liberadas", sugirió el informe. El deseo de los bancos se convirtió en una orden para que el gobierno británico proporcionara a Denikin cantidades sustanciales de armas y municiones.
Más importante, sin embargo, había sido el envío de varios cientos de oficiales británicos para ayudar a Denikin bajo la etiqueta de "asesores", una fórmula que se ha utilizado desde entonces.

La política de "asesores" siempre fue una medida a medias, enviando el mensaje equivocado a las personas a las que se suponía que debía ayudar. Los rusos habían pagado el precio más alto por creer que el cambio de tropas aliadas y las promesas se verificarían con ayuda real. Aprendieron, como todos los demás aliados de las "democracias" occidentales desde entonces, que eran totalmente manipulables y prescindibles. Las mediocridades de las democracias nunca tuvieron un plan claro para salvar a los rusos; su visión se limitaba a dar de comer a la basura del público oa hacer tratos sórdidos. El heroísmo, el valor, el honor y la visión (tan valientemente mostrados por el pueblo ruso contra el comunismo) fueron para los políticos aliados tantas palabras sin sentido para usar en la retórica política. Su Petty,

Los capitalistas sintieron una gran afinidad por los marxistas materialistas y siempre fueron hostiles a las personas que rechazaban la dictadura del marxismo. Siempre que las fuerzas anticomunistas parecían al borde de la victoria, los capitalistas ponían todo en juego para sabotearlas. Los polacos, los finlandeses y los rumanos también sufrieron traiciones similares a las que sufrió Kolchak.
Churchill señaló:
Con algo de coordinación la victoria se habría asegurado. En dos ocasiones este año [1919], Finlandia había estado dispuesta a ocupar Petrogrado en concierto con el general Yudenich (y también lo estaban los estonios), pero se desanimó de hacerlo. Polonia quería mantener una fuerte presión en el frente bolchevique, pero nuevamente la presionamos para que desistiera. En cuanto a los estados pequeños, les dijimos que hicieran las paces [con los comunistas] porque ciertamente no los ayudaríamos. (Churchill, Crisis mundial, p. 256)
Para los aliados, los anticomunistas que dependían de su apoyo eran como tantas cartas que debían mantenerse hasta que se lograra un compromiso con Lenin, momento en el que podían ser descartados sin piedad.

Aparte de la vacilación, la mediocridad y el doble trato de los aliados, había un factor muy importante que explicaba la preocupación aliada por frenar o sabotear las ofensivas anticomunistas.
Se refería a los reveses que estaban experimentando los judíos en las áreas recuperadas de los comunistas. La violencia que se cometió contra ellos fue lamentable pero no inesperada. Los rusos habían visto con sus propios ojos que el genocidio comunista contra ellos fue dirigido por judíos y que la revolución bolchevique fue principalmente creación de judíos. Los primeros consejos soviéticos eran judíos en más del 70%, el liderazgo comunista era esencialmente judío y el comisario supremo del Ejército Rojo era Leon Bronstein "Trotsky", un judío cuya crueldad hacía que Tamerlán y Atila parecieran ángeles de la misericordia.
El genocidio de rusos y ucranianos por los revolucionarios bolcheviques liderados por judíos había creado fuertes reacciones en el lado de las víctimas. Los rusos habían visto a millones y millones pasar hambre, torturar y masacrar a manos de comisarios judíos llenos de odio. Su reacción, una vez liberados, no siguió el debido proceso legal, sino que fue una rabia espontánea por la justicia: no habían iniciado el genocidio; fue visitado por extranjeros no rusos; se estaban defendiendo de la peor plaga y calamidad de su historia.

En 1918 y 1919, la participación judía en la revolución comunista que atacaba a Alemania también fue abrumadora y sus víctimas sintieron una rabia similar a la de los rusos.
La reacción popular de Rusia contra los judíos comunistas provocó fuertes sentimientos en la conferencia de Versalles, donde muchos delegados aliados eran judíos: Baruch para Estados Unidos, Klotz y Rothschild para Francia y Sonnino para Italia, entre otros. Atrapado en la densa atmósfera judía de la conferencia, Churchill se sintió obligado a criticar al general Denikin por permitir que los judíos fueran maltratados por la gente en las áreas liberadas. El 13 de septiembre de 1919, Churchill envió un telegrama urgente a sus agentes y "asesores" británicos en Rusia: "Es fundamental que el general Denikin no solo haga todo lo posible para evitar la masacre de judíos en las regiones liberadas, sino que también emita una proclama contra antisemitismo." Otro telegrama del 9 de octubre de 1919: "No escatimen esfuerzos para frenar los sentimientos antisemitas".

Al parecer, los agentes británicos no lograron manipular los sentimientos de las víctimas del comunismo, lo que provocó aún más la ira entre los delegados de la Conferencia de París. Entonces se tomó la decisión de cortar toda la ayuda a Denikin. Los delegados nunca habían mostrado la menor preocupación por los millones de personas asesinadas por los comunistas.

Churchill, sin embargo, se alarmó por el repentino corte de la ayuda:

La noticia de nuestra retirada y nuestro abandono de Denikin conducirá a su aniquilación. Los bolcheviques han triunfado en los otros frentes y la derrota de Denikin daría el control del Mar Caspio a los soviéticos. La presión resultante sobre Persia y Afganistán representará un peligro directo y permanente.

Sin embargo, la implacable presión judía y la cobardía aliada contribuyeron a la derrota de los anticomunistas rusos y ucranianos. Durante todo un año lucharían valientemente contra los comunistas por su cuenta, traicionados por los aliados y saboteados por los judíos.
Durante los dos años que se suponía oficialmente que los británicos estaban ayudando a Denikin, ¡toda su lista de bajas ascendía a un "asesor" herido! "Fue una ilusión", concluyó

Churchill, "creer que habíamos luchado por los rusos antibolcheviques. Ellos, por el contrario, lucharon por nosotros".

Como ministro de guerra, Churchill fue testigo del destino de aquellos rusos que habían luchado por los británicos contra los alemanes y contra los comunistas:

En julio, los refugiados que escapaban de la invasión roja de Crimea estaban en estampida en dirección a Constantinopla. Los barcos sólo podían transportar a la mitad de las multitudes aterrorizadas. Con salvaje júbilo, el enemigo masacró a los últimos defensores. La viruela y el tifus agravaron la guerra y el hambre. Estos miserables cargamentos de enfermos, moribundos o muertos seguían llegando a la capital turca, ya abarrotada y desamparada. Una nube se cernía sobre esta fase final. Después de todo [esto], la muerte es un alivio. Y así fue como los vencedores de la Gran Guerra habían logrado resolver los asuntos rusos. (Crisis mundial, vol. IV, p. 260-261)

Este fue realmente el final. Los intereses sórdidos, la politiquería electoral, la cobardía y la traición habían finalmente vencido a las personas más importantes de Europa. Lenin había ganado. En Rusia, los catorce puntos de Wilson siguieron siendo retóricos
como lo habían hecho en todas partes.

CAPITULO LXVI

Ucranianos y judíos

Los aliados, después de dejar impotente a Alemania, procedieron a desmembrar el antiguo imperio austrohúngaro; baluarte de la civilización occidental durante más de mil años. El desmembramiento comenzó en enero de 1919 en Polonia. Polonia, un país individualista, tenía una sólida historia de guerras, invasiones y rivalidades internas. Había perdido su independencia en varias ocasiones debido a una combinación de factores, que incluían la geografía, un temperamento volátil y la presencia de un gran número de extranjeros entre el pueblo polaco. Pero fue principalmente este último factor, la desunión, lo que provocó reacciones violentas entre los polacos.
Estos conflictos, que habían contribuido tanto a la desgracia de Polonia, deberían haber sido conocidos por aquellos que deseaban restaurar Polonia en 1919. La sabiduría dictaba que no deberían ser revividos, y mucho menos magnificados. No tendría sentido establecer un estado polaco en el que casi la mitad de la población no sea polaca.
Wilson había hecho todo lo posible para señalar que no debería haber anexiones o comercio de poblaciones, especialmente en el mosaico étnico de Europa del Este: "Los pueblos de Europa central - y eso había sido aprobado por escrito por los Aliados - decidirán ellos mismos sobre su destino después de la debida consideración ".

Wilson estaba a favor de restaurar Polonia, y estableció los límites geográficos y étnicos de este nuevo país: "Debe crearse un estado polaco independiente. Debe incluir territorios habitados por personas que son irrefutablemente polacas. Estos territorios deben estar garantizados de forma libre y acceso garantizado al mar ".

Los dos puntos básicos, "irrefutablemente polaco" y "acceso libre y garantizado al mar", eran muy precisos. Sin embargo, más de 10 millones de no polacos fueron anexados a la nueva Polonia sin que se les pidiera, y el "acceso al mar" se interpretaría como una autorización para apoderarse de la tierra de otro país.

La cuestión del acceso al mar podría haberse resuelto de muchas maneras, ya sea en forma de puerto libre, derechos de tránsito o, como había propuesto con gran sabiduría el mariscal Josef Pilsudski, una internacionalización de las rutas de acceso de una manera beneficiosa para Polonia y Alemania. Si se hubiera adoptado la fórmula de Pilsudski, es posible que el mundo se hubiera salvado de la Segunda Guerra Mundial.

El acceso al mar no significó apoderarse de un territorio extranjero o cortar un corredor a través del territorio de un país vecino, con lo que efectivamente partió a este país por la mitad y desnacionalizó las grandes ciudades en contra de la voluntad de sus ciudadanos. Hacerlo era crear la certeza de un conflicto futuro.

Muchos países, en cualquier caso, viven muy bien sin puertos marítimos ni costas. Suiza, una tierra de libertad y prosperidad, no posee puerto marítimo ni acceso a uno. Hungría, Austria, Checoslovaquia, unos 20 países asiáticos y africanos y países latinoamericanos como Paraguay y Bolivia no tienen acceso al mar. En el caso de Polonia, la solución dependía de una fórmula de equidad, objetividad y visión.

Desafortunadamente, el Tratado de Versalles no se trataba de sabiduría y reconciliación, sino que estaba motivado por el odio y el imperialismo. Los políticos franceses jugaban a la política, con un programa de venganza contra Alemania, expansión a la parte occidental de Alemania y una política centroeuropea de injerencia.

Esta política creó nuevos estados como Checoslovaquia, que absorbió a millones de personas reacias, y Yugoslavia, que fue una construcción que permitió a Serbia gobernar a los no serbios tres veces su propia población. Polonia y Rumania también se ampliarían considerablemente con no ciudadanos que no les pertenezcan y que no deseen pertenecer a ellos. Clemenceau vio estos nuevos estados como una especie de segundo frente: estados delegados por él para contener a Alemania. Por una vez, a pesar de sus catorce puntos, Wilson estuvo de acuerdo con Clemenceau.

Wilson y Clemenceau habían tenido amargos intercambios, pero el presidente estuvo de acuerdo con el plan de Clemenceau de crear una Polonia revivida y recientemente hinchada. Wilson buscó ganarse el favor de los votantes polaco-estadounidenses a quienes consideraba vitales para las futuras esperanzas electorales demócratas.

El plan polaco provocó reacciones violentas entre los propios polacos. Ya el 1 de enero de 1919, no menos de 30 delegados polacos diferentes, todos afirmando representar al gobierno polaco, irrumpieron furiosamente en la conferencia de paz en París: "Desde hace cuatro días", escribió el delegado estadounidense Major Bonsai el 5 de enero de 1919: "Hemos estado sufriendo una avalancha de polacos".

Como cada país solo podía estar representado por dos delegados, fue necesario encerrar a los 30 rivales en la sala de conferencias del hotel que ocupaban los estadounidenses. "Fue un escándalo terrible", informó Bonsai. "Gritaron durante dos horas ensordecedoras hasta que en la tercera hora todos perdieron la voz. Sólo entonces se eligieron dos delegados".

Los delegados fueron el pianista Ignace Paderewski y un político, Roman Dmowski. Wilson estaba ansioso por promover a Paderewski, que había vivido anteriormente en los Estados Unidos, para neutralizar a Pilsudski, que ya había asumido el poder en Varsovia. El dicho, "Junte a cuatro polacos y tendrá cinco disputas", resultó ser correcto en esta Polonia recién improvisada. Varsovia pronto se convertiría en un ring de boxeo para los políticos cautelosos. Habría golpes y contragolpes.

Los polacos, sin embargo, estarían unidos en el tema de ampliar su país al máximo. "La mayoría de ellos", escribió un asesor de Wilson, "solo apuntaban a la mayor expansión territorial posible sin la menor consideración por los países vecinos: Prusia oriental, Danzig, Galicia oriental (que estaba habitada principalmente por rutenos), todos serían absorbidos". (I. Bowman, El Nuevo Mundo, p. 278)

Después de haberse tragado a más de 10 millones de no polacos, que eran violentamente anti-polacos, la Polonia creada por el Tratado de Versalles resultaría un rompecabezas imposible, que finalmente desaparecería en cuatro semanas en 1939.

El delegado estadounidense, el profesor Howard Lord, había advertido a los signatarios aliados: "La defensa de tal estado probablemente constituiría una carga para los signatarios del tratado. En consecuencia, cuanto más territorios en disputa se entreguen a Polonia, más problemas habrá". (Lo que sucedió en París, p. 68)

Incluso más numerosos que los alemanes, enemigos hereditarios de Polonia, eran pueblos totalmente diferentes -los ucranianos, los gallegos, los rusos blancos, los lituanos y un gran número de judíos- que serían arrojados al popurrí polaco. Los políticos polacos fueron tan voraces que durante unos meses Polonia se extendió desde el Báltico hasta el Mar Negro, engullendo a unos 30 millones de no polacos en el proceso.

* * *

Antes de que se firmara el armisticio, Polonia, aún no renacida, había encontrado a su amo en la persona de Josef Pilsudski. Nacido en Vilna, Lituania, Pilsudski era un agitador socialista radical que había sido deportado a Siberia y luego regresó para unirse a Alemania contra el zar. Después de la caída de la Rusia imperial, se volvió contra los alemanes y dedicó su energía a la expansión de Polonia. Al convertirse en el virtual dictador de Polonia, no toleró con gusto la oposición. Adquirió el territorio vecino mediante una mezcla de fuerza y astucia. El embajador francés en Varsovia describió la toma de Vilna, la antigua capital de Lituania, con sus 200.000 ciudadanos:

Pilsudski llamó a uno de sus amigos militares, el general Zeligowski, y le dijo: "Con sus tropas, vaya y marche sobre Vilna y tómela. Quédese allí. Los aliados protestarán y lo culparé. Lo despediré pero seguiremos Vilna ". (Leon Noel, Agresión alemana contra Polonia, p. 51)

Sin más preámbulos, Pilsudski había puesto bajo su gobierno a cientos de miles de lituanos. No tenían el menor deseo de convertirse en súbditos polacos y protestaron con vehemencia. Pero fue en vano; de alguna manera, los aliados no escucharon estos gritos particulares de autodeterminación.

Pilsudski luego se apresuró a ir a Kiev, anexionando todo el noroeste de Ucrania, aunque estas regiones no tenían población polaca. La aventura se tornó amarga cuando los soviéticos atacaron a los invasores y los empujaron de regreso a Varsovia.

Si no hubiera sido por la lucha por el poder entre Stalin y los generales soviéticos que comandaban la ofensiva anti-polaca, y la ayuda que el general francés Weygand le brindó a Pilsudski, Polonia se habría sovietizado en ese mismo momento, 25 años antes que Potsdam.

* * *

Pilsudski se había salvado con la piel de los dientes, pero su apetito por el territorio no había disminuido.

El Tratado de París reconocía la ocupación de Pilsudski del este de Galicia, aunque el Comité Nacional de Gallegos había enviado una delegación protestando por la invasión de su país:

Los representantes del pueblo ucraniano protestan por la anexión de una parte de Ucrania por Polonia, incluidas las tierras ucranianas de Cholm, Podolia y Volhynia. Lo consideramos un ataque contra el pueblo ucraniano, una violación de sus derechos históricos y una burla del principio de libre determinación para todos los pueblos.

La Comisión polaca en Versalles dijo a los ucranianos que se darían garantías para la protección de "los derechos nacionales de 3 millones de ucranianos dentro de una provincia autónoma reconocida por Polonia". De hecho, había 5 millones de ucranianos en Galicia. Para suavizar el golpe, la Comisión les entregó a los ucranianos el viejo truco del "plebiscito diferido": ¡podían votar si querían formar parte de Polonia en 25 años!

A los ucranianos de Galicia nunca se les permitiría votar sobre su destino o unirse con los demás ucranianos. Ucrania, una nación tan grande como Francia, con 40 millones de habitantes, se redujo a la mitad en 1919. Las democracias optaron por ignorar sus derechos en ese entonces, y han continuado haciéndolo hasta el día de hoy.

Otro factor que selló el destino de los 5 millones de ucranianos de Galicia fueron los campos petrolíferos de los Cárpatos recientemente descubiertos. El establecimiento británico había invertido mucho en la explotación de este petróleo y se sentía más cómodo con el control polaco de la región. De repente, los gobiernos británico y francés competían por el privilegio de ser "el protector de Polonia".

Wilson había pedido al mayor Bonsal que viera a la delegación ucraniana. El 3 de mayo de 1919, un mes antes de la ratificación del Tratado de Versalles, Edward Mandell House ordenó a Bonsal que quemara los 10 volúmenes del expediente que le había presentado la delegación. Bonsal los arrojó al gran horno del hotel Crillon. De alguna manera, los voluminosos documentos no se quemaron.

"Sorprendentemente", recordó Bonsal, "se encogieron y se pusieron un poco marrones. Cuando se lo conté a House, dijo:" Espero que no sea un presagio ". Yo respondí: Yo también, pero tengo mis dudas. "

Así, las legítimas peticiones de los ucranianos de no ser ocupadas por una potencia extranjera acabaron en el horno del Hotel Crillon.

Los judíos eran otro grupo incluido en la nueva Polonia del Tratado de Versalles. Millones de ellos procedían de Rusia. El embajador francés en Varsovia, Leon Noel, informó: "El gobierno del zar favoreció la salida de los judíos del oeste de Rusia. Desembarcaron en la" tierra del Vístula ", como la burocracia rusa llamaba Polonia. Los judíos de origen ruso eran muy extranjeros. a los polacos ".

Noel describió el estado de la población judía en Polonia:

¿Quién no ha viajado por el campo polaco entre las dos guerras sin ver a los judíos arrastrándose por cada pueblo, cada pueblo, cada ciudad? Viviendo de la población cristiana. Estos innumerables judíos, sucios, peludos y cetrinos, podían verse corriendo para ganar dinero o parados frente a sus tiendas o chozas perdidas en algún plan mesiánico o monetario. Nadie que no haya visto esto bien jamás entenderá cuál era el problema judío en Europa.

En Polonia, los judíos habían monopolizado el comercio de pieles, cuero y ropa. En Varsovia estaban en finanzas, usura, anticuarios, grandes almacenes; eran banqueros, abogados y médicos. Controlaban la agricultura como intermediarios ... Los polacos fueron expulsados del negocio por las prácticas judías y el antisemitismo estaba creciendo rápidamente.

En muchos casos, los judíos fueron los responsables del conflicto. Eran arrogantes y mostraban abierto desprecio por los cristianos. Hicieron todo lo posible para provocar a los polacos. El problema judío parecía insoluble. Los judíos eran demasiado numerosos para ser asimilados. En cualquier caso, no querían asimilación; estaban atados a sus propias prácticas ya sus guetos.

En la ciudad de Gdynia no socializarían con los polacos; se apartaron de la vida polaca. Hablaban yiddish, que escribieron en caracteres hebreos. Era un mundo extraño en medio de Polonia.
Polonia podría haberse librado de tal problema si sus políticos no hubieran absorbido las tierras vecinas y con ellas millones de judíos inasimilables.
A principios de 1919, el presidente del Consejo Ministerial de Polonia, Roman Dmowski, también delegado a la conferencia de paz en París, haría declaraciones sorprendentes a la asamblea mundial: "Estos judíos orientales forman un grupo muy particular. Sus actividades están causando mucho angustia con quienes tienen que vivir cerca de ellos a diario ".
El delegado polaco agregó: "Si no imponemos ciertas restricciones muy rápidamente, todos nuestros abogados, médicos y empresarios serán judíos".
Los polacos no habían esperado a que las leyes de Nuremberg exigieran protección contra las prácticas judías; lo exigieron en la Conferencia de Paz de París en 1919.
El delegado estadounidense Isaiah Bowman ilustró las leyes polacas que rigen las relaciones entre judíos y polacos:
En Galicia, por ejemplo, la ley prohibía a los judíos comerciar con cereales, alcohol y sal. A los cristianos no se les permitió emplear judíos. También hay que decir que los judíos representaban el 14% de la población ruso-polaca, sin embargo, eran el 84% de los empresarios, el 20% de los escritores, el 51% de los profesores, el 24% de los médicos mientras que solo el 2% eran agricultores, trabajadores y mineros.

* * *

Pilsudski, al duplicar el número de judíos bajo su control, solo había duplicado los problemas de Polonia. Los judíos de Polonia nunca se habían asimilado y la afluencia de unos 2 millones adicionales hizo imposible cualquier solución.
Los delegados estadounidenses, encabezados por Mandell House, recibieron instrucciones de convencer a los polacos de los beneficios de la inmigración judía. Mencionaron que solo Nueva York tenía más judíos que toda la nueva Polonia y enumeraron a todos los gobernadores, alcaldes, congresistas, senadores, escritores, banqueros, etc. judíos judíos. Eso era precisamente lo que los polacos estaban decididos a evitar mediante la legislación.
House se sorprendió al escuchar las demandas y quejas del presidente Dmowski, en particular porque había trabajado tan duro para dar a luz al nuevo gobierno polaco. En enero de 1919, House declaró formalmente, en contra de los deseos polacos, que los 3 millones de judíos de Polonia deben ser protegidos de manera oficial y firme: "Antes de dar a los polacos su independencia, deben comprometerse muy seriamente a garantizar un trato justo e igual para las minorías religiosas y raciales. . "

A pesar de la presión de House, los polacos seguirían adelante y promulgarían las leyes que creyeran necesarias para protegerse. Los judíos de Polonia permanecerían al margen de la ley hasta 1939. El gobierno polaco estaba tan desesperado por deshacerse de su población judía que propuso, mucho antes que nadie, que Madagascar debería ser el destinatario de los judíos polacos.

Muchos judíos abandonaron Polonia y se establecieron en Francia. Sin embargo, la mayor parte de los judíos polacos permaneció en Polonia como un grupo hostil contra el gobierno.

Los problemas de Polonia se vieron agravados por los 7 millones de ucranianos y alemanes que habían sido anexados contra su voluntad.
Lloyd George había advertido a Clemenceau: "Debido a Danzig tendremos una nueva guerra".

CAPITULO LXVII

Danzig, el Corredor y Silesia

A pesar de las objeciones de Lloyd George, Prusia quedaría cortada a la mitad por un corredor que se dice es polaco; las regiones y la ciudad de Danzig se separarían de Alemania; y el este de la Alta Silesia, una de las regiones más ricas de Alemania (que produce el 20% de su carbón, el 57% de su plomo, el 72% de su zinc) se entregaría a Polonia. Los aliados también habían ordenado a Alemania que entregara Posen, otra rica provincia alemana y el lugar de nacimiento del mariscal von Hindenburg, a Polonia.
Leon Noel, que no era germanófilo, destacó que Danzig era alemán: "Todo el mundo sabía y nadie cuestionaba que esta gran ciudad era de hecho totalmente alemana". (Agresión alemana contra Polonia, p. 44)
El propio Churchill escribió: "La ciencia y el capital alemanes habían creado una industria vigorosa en este territorio. La cultura alemana, impuesta por el poder de un imperio enérgico, había dejado su huella en todas partes".
Durante muchos siglos, solo había un puñado de polacos en Danzig. Sin embargo, los aliados le dieron a Polonia el control de las aduanas, los impuestos, las instalaciones portuarias e incluso la representación diplomática de la ciudad. Esto significaba que cualquier Danziger alemán que viajaba al extranjero tenía que tratar con las embajadas y consulados polacos. Estaba a merced de burócratas alienígenas arrogantes y odiosos cada vez que necesitaba un pasaporte o una visa.
Churchill reveló más tarde que los danzigers apenas habían escapado a la absorción total: "La comisión primero propuso colocar a Danzig completamente bajo la soberanía polaca, lo que sometería a los danzigers a las leyes polacas y al servicio militar obligatorio en el ejército polaco". (Crisis mundial, vol. IV, p. 240)
"Es evidente", dijo Noel, "que Alemania nunca podría aceptar tal solución".
Noel tenía razón en todas sus observaciones sobre Danzig. Cuando los danzigers finalmente tuvieran la oportunidad de votar, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, elegirían Alemania por un margen del 99%.
Wilson había garantizado a Polonia "acceso libre y seguro al mar", no "acceso al mar", como han escrito cientos de historiadores y periodistas parciales. Esta deliberada mala interpretación de los textos diplomáticos inició la creación del corredor. Un tramo de tierra de 20 a 70 millas de ancho se cortó a través de Alemania. Era como si Alemania (después de ganar la guerra, teóricamente hablando) hubiera cortado un territorio de 50 millas de ancho a través de Brugundy, Lyon y Provenza en dirección a Marsella para asegurarse "un acceso libre y seguro al Mediterráneo. Mar." Tal cosa hubiera sido impensable para Francia, pero se impuso a Alemania.

Durante 20 años, los alemanes tendrían que cruzar de una Alemania a otra encerrados en trenes sellados, sometidos al control humillante de dos fronteras y aduanas polacas separadas, que entraban y salían del corredor.
El Embajador Noel reconoció el peligro que podría ocasionar una situación así:

La existencia de este corredor que separaba Prusia Oriental del resto de Alemania obligó [a los alemanes] a cruzar dos fronteras cuando querían ir de Berlín a Konigsberg. Parecía injustificable y peligroso. ¿Cómo no predecir que el Reich explotaría esta situación paradójica mientras durara? (Agresión alemana contra Polonia, p. 45)

Noel agregó: "La 'ciudad libre' de Danzig y el corredor 'fueron creados y el Tratado de Versalles se vería afectado por la más evidente de todas sus debilidades".

Sin embargo, la confiscación de Danzig y el corredor a Alemania no fue suficiente para satisfacer a los políticos expansionistas polacos. Incitados por Clemenceau y Tardieu, ahora exigían trozos de Prusia Oriental y querían declarar lo que quedaba de ella como una república similar a Baviera.
Las afirmaciones eran tan absurdas que incluso los británicos se resistieron, advirtiendo a Tardieu y a los polacos de los peligros inherentes que tendría tal conquista. Los británicos lograron someter el tema a votación en las regiones destinadas a la inmediata anexión polaca, para gran furia de los polacos y su campeón Tardieu.
El plebiscito se celebraría en los distritos de Allenstein y Marienwerder. A pesar de la propaganda masiva y la intimidación, a pesar de la promesa de que los prusianos que votarían por Polonia quedarían exentos del enorme proyecto de ley de reparación que los aliados estaban a punto de imponer a Alemania, los votantes prusianos emitieron su voto casi unánimemente a favor de seguir siendo alemanes:

Distrito de Allenstein: para Alemania, 360.000; en contra, 8.000. Distrito de Marienwerder: para Alemania, 896.000; en contra, 8.000.

Esto representó un total de 98,73% a favor de Alemania y 1,27% a favor de Polonia. Estas fueron figuras asombrosas que rara vez se ven en los libros de historia aliados. Tardieu calificó el plebiscito de "concesión inadmisible a Alemania". Había sido una derrota punzante, que los aliados y en particular Tardieu se cuidaría de no duplicar cuando presionarían por su próxima anexión: la Alta Silesia.

Clemenceau había decidido que la pérdida de Silesia, una provincia rica y altamente industrializada, reduciría permanentemente el poder de Alemania. Los políticos polacos no ocultaron su codicia por este obsequio de Clemenceau. De hecho, no habían esperado las formalidades y habían enviado bandas armadas ya en febrero de 1919 para establecer su reclamo.
Alemania, desarmada por el armisticio de noviembre de 1918, tuvo que hacer frente al ataque bolchevique, pero logró enviar algunas unidades para repeler a los invasores en Frankfurt en el Oder y en Breslau.
El 16 de febrero de 1919 Clemenceau intervino militarmente y obligó a las unidades alemanas a retroceder detrás de una línea de demarcación específica.
El historiador francés Benoist-Méchin escribió:

Esta línea serviría como frontera provisional entre Polonia y Alemania en espera de una decisión del Consejo Supremo Aliado. Este arreglo claramente favoreció a Varsovia. Todo lo que se necesitaba para que Polonia se anexara Silesia era una simple declaración que transformara la línea demarcación provisional en una frontera permanente. Esto es por lo que se esforzarían los ministros en la conferencia de paz. L'Armée Allemande, vol. II, pág. 165)

El 7 de mayo de 1919 Clemenceau presentó a la delegación alemana un proyecto de tratado que pedía la transferencia de Silesia a Polonia (Sección VIII, Artículos 87 y 88).
Así, debido a que una banda de irregulares sin el más mínimo mandato aliado había invadido el sureste de Alemania [Silesia], Alemania iba a perder 2 millones de personas, casi todas de etnia alemana, y su provincia más rica a manos de los invasores. Clemenceau había legalizado la agresión impidiendo que los alemanes se defendieran y obligándolos a retroceder detrás del río Oder.
Wilson, de quien cabría esperar que reaccionara con vehemencia ante una contradicción tan atroz y total de sus catorce puntos, no sólo guardó silencio sobre el tema, sino que apoyó a Clemenceau.
Churchill explicó la traición de Wilson a sus propios principios: "Los votantes polacos constituían un factor real en la política estadounidense. Independientemente de cualquier otra consideración, Wilson había decidido que la Alta Silesia se otorgaría a Polonia y que toda oposición en este punto sería considerada por él como una ofensa personal ". (World Crisis, vol. IV, p. 213) La indignación alemana fue alta, pero su protesta cayó en oídos sordos. Clemenceau y Wilson estaban firmemente del lado polaco.
El establishment británico se había preocupado mucho al ver que Francia y Estados Unidos se unían. Estaba totalmente en contra de su política centenaria de mantener a los estados potencialmente fuertes en una posición débil. Lloyd George vio la operación de Silesia como un impulso al poder francés y, por estos motivos, se pronunció rápidamente en contra de la anexión. Oficialmente, por supuesto, sus razones para oponerse a los franceses y los estadounidenses se basaban puramente en el altruismo, la moralidad y el sentido británico de "juego limpio". Entonaría un magnífico discurso en el Consejo Supremo:

No sé quién pretenda aquí imponer su hegemonía pero por mi parte no toleraré que saquemos de Alemania más alemanes de los estrictamente necesarios. La proposición polaca, que tiende a someter a 2.100.000 alemanes al gobierno de un pueblo con una religión diferente, un pueblo cuya historia nunca ha demostrado que sea capaz de gobernarse a sí mismo, esta proposición corre el riesgo de desencadenar una nueva guerra europea tarde o temprano. . (Benoist-Méchin, vol. II, pág. 167)

London usó todo su poder para presionar a Wilson para que cambiara de opinión. Dividido entre la presión de las necesidades políticas internas y la presión británica de varios niveles, Wilson se distanció de Clemenceau al plantear dudas sobre la motivación francesa: "Francia está interesada en darle a Polonia territorios que no le pertenecían". (Bullitt, presidente Wilson, p. 388)
Hipócritamente, se reclinó en la posición de dar igual consideración al agresor y a la víctima: "Dado que Alemania y Polonia reclaman a estas personas [los alemanes de Silesia], ¿no sería prudente dejarles decidir por sí mismos?"
Aunque Wilson pareció volver a sus catorce puntos, todavía estaba reconociendo el reclamo de Polonia en una situación en la que no tenían ninguno en primer lugar. Silesia era alemana y la palabra "reclamo" era un doble discurso legal para ocultar ese hecho.
El establecimiento británico también maniobró a los italianos contra los franceses. Ahora Clemenceau se encontraba solo con sus aliados polacos. Luchó con uñas y dientes para tener

a su manera, pero finalmente tuvo que dar marcha atrás cuando los británicos amenazaron con no firmar el tratado. Para Clemenceau, la amenaza era terrible. Sin el tratado, todos sus planes de venganza y reparación fracasarían. Para los británicos realmente no importaba, ya que ya se habían beneficiado del imperio colonial alemán, los activos alemanes y la marina alemana. Clemenceau se enfureció, pero se dio cuenta de que tenían la mano del látigo. Se vio obligado a ceder.
La nueva fórmula ya no reconocería la anexión de facto de Silesia por Polonia, sino que prescribirá un plebiscito:

Se instituirá un plebiscito en la Alta Silesia en el que se llamará a los habitantes para que indiquen en las urnas si desean reunirse con Alemania o Polonia. Alemania debe declarar ahora que renuncia, en favor de Polonia, a todas las reclamaciones sobre la Alta Silesia más allá de la línea fronteriza fijada como consecuencia de este plebiscito. (Artículo 88 del Tratado).

Clemenceau, sin embargo, estaba luchando y de alguna manera logró diluir la resolución con algunas adiciones propias:

1) Dentro de los 15 días siguientes a la implementación del presente tratado, todas las autoridades y tropas alemanas evacuarán la zona sujeta al plebiscito. Todos los grupos militares y paramilitares formados en esa zona por la población local serán inmediatamente disueltos. El personal militar que no sea residente será evacuado.
2) La zona de plebiscito quedará inmediatamente bajo la autoridad de una comisión interaliada de cuatro miembros designados por Estados Unidos, Francia, el Imperio Británico e Italia. La zona estará ocupada por las tropas de las potencias aliadas y sus asociados.

Clemenceau también logró agregar algunas palabras al final de su párrafo, lo que garantizaría, en caso de que el plebiscito saliera mal, muchas interpretaciones diferentes e incluso anexiones parciales: "El resultado del plebiscito lo determinarán las comunas". Por lo tanto, los votantes no pudieron obtener material e información de la campaña alemana excepto con la mayor dificultad. La presencia de tropas extranjeras y la autoridad que ejercían, en el contexto de la época, intimidaría y atemorizaría a muchos votantes; al menos esa era la intención de Clemenceau. Bajo tal presión, era posible que algunas comunas pudieran votar a favor de la anexión polaca. Silesia se convertiría entonces en un mosaico de lealtades en conflicto.

Los políticos polacos se habían apaciguado: el plebiscito no se perdió necesariamente; incluso podría resultarles ventajoso ahora que las autoridades alemanas habían sido expulsadas. Escribió Benoist-Méchin:

Los polacos se dieron cuenta de que el plebiscito se llevaría a cabo en condiciones favorables para ellos. Las autoridades y tropas alemanas se vieron obligadas a abandonar la zona del plebiscito, que sería administrada por una comisión interaliada presidida por un general francés y disponiendo de un fuerte contingente de tropas francesas. Dado que Francia estaba demasiado estrechamente vinculada a la posición de Polonia, razonaron los polacos, los franceses considerarían una victoria alemana como una derrota personal y, en consecuencia, harían lo imposible para asegurar el triunfo de la causa polaca. (L'Armée Allemande, vol. II, pág. 169)

El tratado estipulaba, ante la insistencia de Clemenceau, que la resolución de Silesia se implementaría "en 15 días". Sin embargo, pasarían seis meses antes de que las tropas del

Se presentó la comisión interaliada, cuya función oficial era asegurar la correcta y ordenada ejecución del plebiscito.

Fue durante este extraño retraso que hordas de agentes polacos deambulaban por la campiña de Silesia sembrando sabotaje y terror. Los alemanes, que habían sido desarmados, quedaron de repente a merced de bandas armadas que operaban con total inmunidad. El 10 de julio de 1919 volaron los tres puentes principales sobre el río Oder; ocuparon las estaciones de ferrocarril y por todas partes se veían caravanas de camiones llenos de armas y municiones. Parecía que los políticos polacos en Varsovia no estaban dispuestos a correr riesgos y habían decidido tomar el control de Silesia antes del plebiscito. La conveniente ausencia de tropas alemanas o aliadas les dio las manos libres para dar forma a Silesia como mejor les pareciera.

CAPITULO LXVIII

El plebiscito del Oder

La noticia de la invasión polaca y la violación de los términos del plebiscito provocaron una reacción imprevista en Alemania. Miles de veteranos y jóvenes patriotas improvisaron unidades militares y se apresuraron a rescatar a sus atribulados compatriotas de Silesia. Consiguieron hacer huir a los invasores. París y Varsovia quedaron atónitos por esta "audacia alemana".

Los políticos polacos decidieron esperar el momento oportuno hasta el 11 de febrero de 1920, cuando las tropas aliadas finalmente llegarían a Silesia. Teóricamente, las tropas estaban bajo la autoridad de una comisión internacional, pero en realidad tenía más la naturaleza de una expedición francesa. Wilson se había negado a enviar un solo soldado estadounidense porque no podía permitirse perder el voto polaco en su país. Los británicos enviaron cuatro batallones con instrucciones para evitar enfrentamientos, y los italianos enviaron una fuerza simbólica de 2.000 hombres. Clemenceau, sin embargo, envió 11.000 soldados. Además, las fuerzas aliadas estarían bajo el mando del general francés Le Bon, que sería para Silesia lo que Mangin había sido para Renania, salvo que en este caso Le Bon tendría el pleno respaldo de Clemenceau.

* * *

Le Bon había recibido instrucciones de cerrar los ojos ante las infracciones y provocaciones polacas. El tratado estipulaba que el plebiscito tendría lugar dentro de las semanas de junio de 1919, cuando fue promulgado. Sin embargo, pasaron meses y meses sin la menor acción. Los italianos estaban completamente aburridos; no entendían ni francés ni alemán y mucho menos sobre los temas involucrados; seguían preguntándose qué diablos estaban haciendo bajo un cielo gris a 800 millas de la soleada Italia.

Los agitadores polacos tenían un recorrido libre de la zona. Fueron pagados por políticos de Varsovia con dinero de los contribuyentes franceses.

Después de 23 meses de deliberada demora, el plebiscito finalmente se celebró el 21 de marzo de 1921. Si bien a los alemanes no se les había permitido hacer campaña por su causa, los polacos habían

Se le ha brindado toda la ayuda para cortejar o intimidar (según sea el caso) a los votantes locales. A los silesianos se les prometió escapar de las penurias de las reparaciones de guerra si optaban por unirse a Polonia. A pesar de todas las amenazas y súplicas, los silesianos votaron por un margen del 60% para seguir siendo alemanes.

La gente había hablado, pero los gobiernos de París y Varsovia no estaban dispuestos a rendirse. Gracias a la adición de Clemenceau al tratado, "los resultados de la votación serán determinados por las comunas". Le Bon ordenó que a los trabajadores polacos que trabajaban en las fábricas alemanas se les diera la zona industrial de Silesia. Se trataba de trabajadores invitados a los que se les había dado el voto para compensar los números alemanes.

Era poco probable que Le Bon hubiera actuado sin las instrucciones precisas de Clemenceau en este flagrante intento de negar el voto de la mayoría de los silesianos y de ignorar los términos del tratado.

Sin embargo, Le Bon pasó a planificar "compartir Silesia" como si no hubiera habido ningún referéndum. Por su parte, los polacos amenazaron ominosamente con respaldar el plan de partición con la fuerza de las armas si era necesario.

El 1 de mayo de 1920, la comisión interaliada declaró que la partición, "según los resultados de la votación", era inminente.

Por tercera vez, unidades polacas armadas invadieron Silesia para hacer cumplir el reclamo de Varsovia sobre la provincia alemana, independientemente de los resultados de la votación. Mientras la comisión balbuceaba con palabras, Le Bon permitió que los polacos invasores hicieran lo que quisieran: "Le repugnaba [Le Bon] tomar medidas coercitivas contra los aliados polacos de Francia, por quienes la mayoría de sus oficiales sentían una marcada simpatía ", dijo Benoist-Méchin.

Clemenceau iría aún más lejos: intervendría del lado de los invasores polacos. El 9 de mayo de 1920 dio instrucciones a su embajador en Berlín para que presentara una nota sorprendente al gobierno alemán: "Cualquier envío de tropas alemanas a la Alta Silesia se considerará una violación del Tratado de Versalles y Francia responderá ocupando el Ruhr. . " (Benoist-Méchin, L'Armée Allemande, vol. II, p. 185) El ultimátum de Clemenceau conmocionó a Alemania: si no se tomaban medidas para proteger una provincia alemana que acababa de votar a favor de seguir siendo alemana en un plebiscito supervisado por los aliados, Alemania ¡Vea cómo la última de sus regiones industriales cae en manos del ejército francés!

El gobierno polaco, fortalecido por la intervención de Clemenceau, organizó una invasión a gran escala de Silesia. Había abundancia de armas en Varsovia, acumuladas por el general Weygand durante la campaña del Vístula. Las tropas polacas tenían a su disposición grandes cantidades de artillería pesada, granadas de mano, lanzallamas, minas, cañones y un número ilimitado de rifles.

La invasión se convirtió en terror: "Los alemanes fueron torturados, mutilados y asesinados. Aldeas y castillos fueron saqueados e incendiados". (Frontera Oriental de Alemania, p. 79) Estas líneas no se imprimieron en Alemania sino en Inglaterra.

El líder de esta ola de terror fue un exminero convertido en periodista llamado Adalbert Korfanty. Oficialmente, el gobierno polaco afirmó no tener control sobre la "explosión espontánea de voluntad popular" en Silesia, pero el London Times presentó un informe de corresponsales en el lugar, con fecha del 10 de mayo de 1921, que contradecía la afirmación polaca:

La sede para la organización de suministros y asistencia de Polonia se mantiene en Sosnowice. Hay un hecho que es difícil de ignorar: la frontera entre Polonia y la Alta Silesia es tan abierta como el Puente de Londres.

Korfanty, que inicialmente había sido nombrado "comisario del plebiscito", se había convertido en vísperas de la invasión "líder insurgente". Con un respaldo logístico completo, las tropas polacas entraron en Silesia y tomaron la mayoría de los grandes centros industriales indefensos. Luego procedieron a ocupar ambos lados del río Oder.

El gobierno alemán apeló en vano a "todos los poderes de la civilización, de la razón y la conciencia universal" para defender su territorio invadido. La conciencia de los políticos y los gobiernos es muy selectiva y así lo demostró en esta ocasión: la fuerza internacional encabezada por Le Bon y la comisión interaliada no había escuchado ni visto ningún mal, como los proverbiales monos.

Lord Robert Cecil comentó: "Desde el inicio de la insurrección, la comisión interaliada ha perdido todo el control sobre la Alta Silesia". (La cuestión de la Alta Silesia, p. 6)

Sorprendentemente, solo los italianos estarían a la altura de sus obligaciones y con gran valentía lucharían contra aquellos que violaban el tratado y el plebiscito que se les había encomendado proteger. Solo ellos cumplirían el mandato que ignoraban sus colegas británicos y franceses. Escribió Benoist-Méchin:

La comisión interaliada comenzó a declarar el estado de sitio en las principales ciudades de Silesia, proclamando que no se detendría ante nada para restaurar el orden. Pero eso es todo. Mientras los italianos intentaban detener a los insurgentes por la fuerza de las armas a costa de 40 muertos y unos 200 heridos, las tropas francesas, que representaban el grueso de las fuerzas de ocupación, no levantaron un rifle. En cambio, dejaron pasar columnas de camiones y unidades de artillería.
(L'Armée Allemande, Benoist-Méchin, vol. II, pág. 180)

* * *

El Alto Mando alemán, ante una inminente invasión del Ruhr desde Francia, no reaccionó a la indignación de Silesia. Una vez más, la ayuda vino de voluntarios de toda Alemania. Sin el apoyo del gobierno, llegaron por miles con todas las armas que pudieron y una vez más lograron reconquistar dos tercios de Silesia.

En palabras de Ernst von Salomon, los alemanes habían respondido al llamado del patriotismo:

No nos importaban cifras, estadísticas, notas, ultimátums, reclamos hereditarios y resultados electorales. Su llamado [el de los silesianos] nos había golpeado en el corazón; había superado toda vacilación y reflexión. Esta tierra era alemana; estaba amenazado y fuimos allí dispuestos a derramar nuestra sangre para salvarlo.

Le Bon, un burócrata pequeño y gordo, no era rival para los voluntarios alemanes desinteresados y motivados. Hicieron retroceder a los invasores en tres frentes. Su hazaña más heroica sería la reconquista del Annaberg: los voluntarios bávaros lucharon durante 15 horas en un combate cuerpo a cuerpo después de levantar cañones de 4.000 pies de altura en un terreno montañoso accidentado. La hazaña fue denunciada por un soldado desconocido en un folleto llamado Oberland en Oberschlesien: "Los hombres más valientes sintieron angustia y alegría cuando vieron aparecer la bandera negra, blanca y roja en la cima. Fue la primera victoria desde los ignominiosos días de Noviembre de 1918. Las formaciones polacas habían sido desalojadas ". Los voluntarios recuperaron 28 pueblos alemanes.

Los aliados, que habían cerrado los ojos ante las atrocidades polacas, ahora estaban indignados de que los alemanes se estuvieran defendiendo. Exigieron que el gobierno alemán promulgue un decreto que disuelva las unidades voluntarias. Ebert firmó el decreto, temeroso y con el corazón roto.

Los polacos se habían salvado del desastre total, pero el sacrificio de los voluntarios alemanes no había sido en vano: nadie intentaría robar la Alta Silesia occidental, que Alemania podía conservar según el plebiscito.

El escándalo de la invasión polaca había tensado las relaciones entre los aliados. Los italianos, que habían perdido soldados luchando solos, se enfurecieron con los británicos, que no habían hecho nada, y con los franceses, que se habían puesto del lado de los polacos. Incluso un delegado inglés de la comisión interaliada declaró en Kreuzburg el 13 de mayo de 1921:

Como la mayoría de los oficiales ingleses en la Alta Silesia, me siento avergonzado y humillado porque soy consciente de que la comisión interaliada no ha cumplido con su obligación de garantizar el respeto de la ley y mantener el orden en esta provincia.

Lloyd George, responsable de este fracaso, dejó constancia de que deploraba la tragedia de Silesia con una copiosa cantidad de lágrimas de cocodrilo en lo que realmente fue un ataque contra sus rivales franceses:

O las fuerzas aliadas restablecen el orden o las tropas alemanas deben estar autorizadas para hacerlo. Evitar la participación alemana en el restablecimiento del orden no es justo. El juego limpio siempre ha sido el principio que ha inspirado a Gran Bretaña y propongo que lo respetemos hasta el final. Sea cual sea el resultado, no nos doblegaremos ante un hecho consumado. (Discurso de la Cámara de los Comunes pronunciado el 13 de mayo de 1921)

La tragedia de Silesia había cumplido al menos un propósito valioso: había traído al mundo una prueba de la venalidad e hipocresía de la Conferencia de Paz de París y el Tratado de Versalles. Detrás de la pomposa oratoria estaban las bajas intrigas de hombres codiciosos y mediocres. Detrás de los elevados principios de los Catorce Puntos había hombres involucrados en pequeñas manipulaciones electorales sórdidas y acuerdos políticos sin conciencia, materia de las democracias en todas las latitudes. Cuando Europa clamaba por magnanimidad, generosidad y visión, los mezquinos gnomos de Versalles respondían con estupidez, odio e hipocresía.

Por lo tanto, era apropiado que los aliados arrojaran el fiasco que habían creado en Silesia en el regazo de la Liga de las Naciones. Los miembros de la Liga no deseaban dedicar su tiempo a un tema tan poco glamoroso, por lo que el caso de Silesia pasó a una subcomisión compuesta por un español, un brasileño, un chino y un belga. Ninguno de estos hombres tenía mucho conocimiento de los asuntos de Silesia, pero de alguna manera llegaron a un compromiso que no agradó ni a los alemanes ni a los polacos: Alemania retendría dos tercios de la Alta Silesia mientras que a los polacos se les otorgaría un tercio.

Después de Silesia, los aliados decidieron que ya habían tenido suficiente con los plebiscitos. A pesar de las intrigas y manipulaciones, casi invariablemente se oponían a ellos. Además, el desorden de Silesia había traído un descrédito universal al proceso. El último plebiscito de la agenda fue en Schlewig-Holstein, en la frontera germano-danesa. Allí el referéndum se llevó a cabo sin incidentes porque los aliados se mantuvieron bien alejados.

Incluso los políticos polacos se habían vuelto lo suficientemente cautelosos con los plebiscitos impredecibles como para permitir que los checos tuvieran tres cuartas partes de los territorios en disputa, así como parte de la ciudad de

Teschen, que de ese modo se redujo a la mitad. Sólo en septiembre de 1938 Polonia recuperaría la otra mitad, aprovechando la confusión causada por los acontecimientos posteriores a Múnich.

Así se había creado una nueva Polonia. Se ha incluido a más de 10 millones de extranjeros por motivos de codicia, venganza y estupidez. Los gallegos, ucranianos, rusos, lituanos, checos y alemanes nunca serían asimilados; se habían visto obligados a entrar en una nación que odiaban, en contra de su voluntad.
En septiembre de 1939 mostraron lo que pensaban de su estatus polaco: se regocijaron por el colapso de Polonia.

Lo siguiente en la agenda aliada fue el pastoreo forzado de millones de alemanes, eslovacos, rutenos y húngaros de los Sudetes en otro brebaje aliado: Checoslovaquia.

CAPITULO LXIX

Rapacidad checa

Nunca ha existido un país llamado Checoslovaquia. Europa había conocido durante mil años una tierra llamada Bohemia, que estaba impregnada de cultura alemana y que había sido una provincia del Sacro Imperio Romano. Su arte gótico rivalizaba con las catedrales de Renania. Los Habsburgo eran reyes de Bohemia y en 1914 Bohemia (junto con sus vecinos Sudetenland, Eslovaquia y Rutenia) formaba parte del imperio austrohúngaro.

Aquellos que entonces soñaban con una Bohemia o Eslovaquia independientes podían contarse con una mano. Uno de ellos era un profesor mediocre que parecía muy respetuoso con el orden imperial. Su nombre era Thomas Masaryk. Pero era más que un simple profesor en la Universidad de Viena. Mucho antes del asesinato de Sarajevo era el jefe de una organización secreta pan-eslava controlada desde San Petersburgo. Era, en secreto, lo que era Pashich en Serbia. Le habían advertido a tiempo que la guerra se acercaba y se fue a la seguridad de París.

Masaryk vivió en Francia durante tres años con dinero pagado por la embajada rusa en París, mientras que su homólogo Edward Benes fue apoyado por los británicos. Después de la Revolución Bolchevique de 1917, Estados Unidos asumiría el costo de mantener a los dos agentes pan-eslavos.
Masaryk también era un francmasón de alto rango y estaba involucrado con la Gran Logia de Oriente, que había controlado Francia desde su Revolución de 1789. Asimismo, Benes estaba muy involucrado en los secretos de la masonería británica.
Como agente pan-eslavo que trabajaba para los expansionistas rusos, Masaryk estaba pensando en 1914 en establecer varios grandes ducados rusos, que suplantarían a los regímenes austriaco y alemán en Europa central. Presentaría este plan a las capitales de Europa occidental. El 15 de abril de 1915 lo hizo público en forma de memorando al Ministerio de Relaciones Exteriores británico: "Bohemia y Moravia formarán un reino puesto bajo la soberanía de un gran duque ruso".

El zar aparentemente estuvo de acuerdo con el plan, ya que ya había dado a conocer a los polacos su intención de establecer su unidad nacional, como señaló el presidente Poincaré en su libro Invasión.

Masaryk no se dio cuenta de que su admirador discípulo y gran maestro colega, Benes, estaba conspirando contra él en la mejor tradición masónica: en secreto.
Durante el verano de 1918, Benes diseñó el nombramiento de Masaryk como presidente de una república checoslovaca aún por crear. Se suponía que la medida honraría a un gran hombre, pero en realidad estaba destinada a neutralizar a Masaryk. A partir de ese momento, Benes tiró de los hilos, escondiéndose detrás del título ceremonial de Masaryk. El Gran Oriente de París, que tenía el control total del gobierno francés, respaldó a Benes como el mejor de los dos masones para implementar su política.
Masaryk recibió instrucciones de cultivar una relación cercana con el presidente Wilson. Usó su excelente memoria para aprender capítulos enteros de algunos libros mediocres que Wilson había escrito. Luego se los recitó a un asombrado Wilson, afirmando que nunca había leído algo tan profundo en toda su vida. Nadie había apreciado aún su genio hasta tal punto, y Wilson correspondió al considerar a Masaryk como un genio. Wilson se volvió todo oídos para los halagos desvergonzados de Masaryk y no pasó mucho tiempo antes de que estuviera a favor de la creación de una república checoslovaca.
Masaryk convenció fácilmente a Wilson de que era su deber llevar la libertad a los checos y eslovacos porque Estados Unidos era el portador de la antorcha de la libertad. También hizo una fuerte retórica sobre los valores calvinistas que unían a los checos y los estadounidenses. Wilson amaba todo lo que oía y decidió respaldar la noble cruzada de Masaryk por la libertad, aunque confundió a los eslovacos con los eslovenos.
Benes y Masaryk siguieron hablando de los eslovacos y se aceptó que eran el mismo pueblo que los checos. Nada podría haber estado más lejos de la verdad. Eslovaquia era un país orgulloso y distinto que no tenía nada en común con países como Masaryk y Benes. En ningún momento los eslovacos delegaron a los checos Masaryk o Benes para representarlos en ninguna capacidad. El llamado de Masaryk a Wilson para "liberar" a los eslovacos no fue más que el primer paso para colonizar 31/2 millones de eslovacos en contra de su voluntad.
Para engañar aún más al crédulo Wilson, Masaryk organizó el 27 de mayo de 1915 un "tratado de convivencia" entre checos y eslovacos. El "tratado" fue firmado en Cleveland por unos pocos hombres de origen eslovaco que ahora eran estadounidenses naturalizados. Tenía la intención de impresionar a Wilson con las aspiraciones de los eslovacos de unirse al movimiento por la libertad de los checos.
El propio Masaryk relató cómo se estableció esta operación en particular:

El "tratado" fue en realidad un acuerdo privado entre unos pocos emigrantes. De hecho, todos eran emigrantes, excepto dos, que se habían naturalizado durante algún tiempo. Este era solo un trozo de papel sin valor o mucha importancia práctica. Incluso se firmó en un día festivo, lo que, según la ley estadounidense, lo hizo nulo y sin valor. (Masaryk, La creación de un estado)

Sin embargo, este papel "nulo y sin valor" provocaría la absorción de 3,1 millones de eslovacos en un régimen del que nunca quisieron formar parte. Benes organizó falsos comités de checos y eslovacos a lo largo de las líneas de Cleveland en Londres, Amsterdam, Ginebra y París. Estos comités nombrarían en junio de 1918 a Masaryk como presidente de la "República de Checoslovaquia", que por supuesto no existía ni geográfica ni legalmente en ese momento. Todas estas actividades se basaron en el "tratado" de Cleveland.
Para el 30 de julio de 1918, Masaryk estaba usando nuevamente el "tratado" de Cleveland:

El 19 de julio (1918) ratifiqué el acuerdo de Cleveland del 27 de mayo de 1915 entre los delegados de las sociedades emigrantes eslovacas y checas de América. El acuerdo se había establecido para satisfacer las aspiraciones de un pequeño grupo de eslovacos que soñaban con Dios sabe qué infantilismo: una Eslovaquia autónoma con su propia administración, su propio parlamento, sus propios tribunales, sus propias escuelas. Sin dudarlo, aprobé en nombre de la nación checa los compromisos asumidos en nombre de los eslovacos. (Masaryk, La creación de un estado)

Así, Masaryk había aprobado sin dudarlo los arreglos que él mismo llamaba "infantiles".
Así, algunos soñadores eslovacos descarriados habían sido engañados para que firmaran un pedazo de papel sin valor, pensando que estaban dando un golpe por su libertad. Un ignorante e ingenuo Wilson había respaldado el absurdo tratado que reconocía oficialmente el estado de Checoslovaquia, elaborado en Cleveland y Pittsburgh.

Los hombres que habían asumido el derecho a dar forma al destino de los checos y los eslovacos habían abandonado sus países de origen hace mucho tiempo y habían perdido el contacto con las realidades a las que se enfrentaban sus antiguos compatriotas. Con una o dos excepciones, ya no eran checos o eslovacos, sino emigrantes naturalizados. Su extraño plan había sido vendido a Wilson y los Aliados con engaño y sin ninguna disposición para que las personas que decían representar expresaran su opinión.
Nadie le preguntaría a ninguno de los 3,5 millones de eslovacos de Eslovaquia qué pensaban, o menos aún, si querían ser subyugados a una entidad nebulosa llamada Checoslovaquia. Sin consultarlos, los arrojarían a la bolsa checa como si fueran kilos de patatas. Wilson había estado tan encantado con el astuto Masaryk que había olvidado por completo las cláusulas de autodeterminación de sus Catorce Puntos.

No solo a los eslovacos no se les pidió su opinión, sino que se les impidió sistemáticamente que dijeran una sola palabra en su propio nombre. El gobierno masónico de Francia los odiaba con pasión porque eran católicos tradicionales. Los políticos franceses de disciplina masónica tenían una vigorosa política anticatólica en casa y en el extranjero, y el imperio austrohúngaro ocupaba un lugar destacado en su lista de destrucción. En este esfuerzo contaron con el respaldo total del establishment británico.
Cuando los eslovacos intentaron dar a conocer sus opiniones en París, la policía francesa las reprimió sin piedad. El escandaloso trato infligido a estas personas desafortunadas fue registrado por el delegado estadounidense en la conferencia de paz, el coronel Bonsai, en su libro Pretendientes y suplicantes.
El héroe, o más bien la víctima, era el líder nacionalista eslovaco, monseñor Hlinka. Era tradicional que un sacerdote dirigiera este país profundamente católico. El último líder eslovaco sería monseñor Tiso, quien fue ahorcado sumariamente por los comunistas checos en 1945, mientras rezaba y sujetaba su rosario.
Monseñor Hlinka se dio cuenta a finales de 1918 de que su pueblo estaba siendo forzado a servidumbre. Decidió iluminar la conferencia de París sobre las aspiraciones reales de sus compatriotas eslovacos. En primer lugar, la policía checa le negó el visado de salida por orden de Benes. Partió clandestinamente hacia Varsovia, donde la Embajada de Francia hizo todo lo posible para evitar que llegara a París.
Finalmente, el nuncio papal en Polonia, el futuro Papa Pío XI, ayudó a Hlinka y sus compañeros a escapar del ambiente hostil creado por la poderosa Embajada de Francia. Tuvieron que abrirse camino como fugitivos a través de Croacia, Italia y Suiza en

pésimas condiciones antes de entrar en Francia, de nuevo clandestinamente. Llevaban días sin refugio, comida ni sueño. En París se refugiaron en un monasterio para que Hlinka pudiera por fin notificar a la delegación estadounidense de su presencia.
El coronel Bonsal fue a reunirse con Hlinka:
"Guardo", escribió Bonsal, "excelentes recuerdos de mis relaciones con este sacerdote eslovaco. A menudo pienso que fue el hombre más comprensivo entre los numerosos delegados con los que tuve que tratar. Tenía los ojos oscuros y luminosos de gran belleza, que en verdad eran las ventanas de su alma y una sinceridad evidente ".
El padre Hlinka recibió Bonsai en su pequeña celda. Sacó una carta del general Stefanik, que había luchado en el ejército francés antes de ser asesinado por los agentes de Benes cuando regresaba a Eslovaquia. Había confiado al padre Hlinka una carta a la delegación estadounidense: "Espero reunirme pronto con el padre Hlinka y sus amigos. Por favor, intente facilitar una entrevista con el presidente o el coronel House. Puedo garantizar la absoluta veracidad de lo que tendrán que hacer". decir."
El padre Hlinka y sus amigos tardaron casi tres meses en llegar a París y Bonsai dio a entender que habían llegado casi demasiado tarde. "Temía eso", respondió el sacerdote, "pero nuestro retraso se debe sólo a las extraordinarias medidas tomadas por los checos para impedirnos llegar a París".
El padre Hlinka explicó que los eslovacos tenían miedo de los comunistas.

Los checos les habían dicho que solo la unidad entre checos y eslovacos proporcionaría la salvación de los comunistas: "¿Por qué no intentar unir fuerzas? En cualquier caso, sería solo una medida temporal, como un matrimonio de prueba. Si la unión resultara inadecuada, ambos seguiría nuestro propio camino ".
Pero a las tres semanas la máscara cayó. "Sufrimos más en este corto período de tiempo a manos de los checos que en mil años de nuestra historia. Recuerda mis palabras. El tiempo demostrará que son ciertas".
Bonsai recordó al padre Hlinka que la "declaración de Pittsburgh" había garantizado la autonomía eslovaca, a lo que respondió que la misma declaración también había garantizado la representación eslovaca en la Conferencia de Paz. "Lo hemos soportado todo", continuó el sacerdote, "de los soldados checos y los políticos de Praga. Los checos consideran a Eslovaquia como una colonia y nos tratan como si fuéramos salvajes de África. A los extranjeros les dicen que pertenecemos a la misma raza". pero tan pronto como tienen la oportunidad, nos tratan como siervos.

Bonsal informó lo que aprendió a Wilson, quien se sorprendió al escuchar que había una diferencia de opinión entre checos y eslovacos. Al darse cuenta de que había sido engañado, interrumpió airadamente el discurso anexionista de Benes en la conferencia del 5 de mayo de 1919: "Bajo ninguna circunstancia, declaro esto formalmente, he declarado alguna vez que he considerado superflua una consulta popular en Eslovaquia". (Transcripción de la conferencia Folio IX, serie XXI, expediente G / L)
Benes sabía qué esperar si alguna vez se celebraba un referéndum en Eslovaquia y procedió a eliminar al creador de ideas tan peligrosas. Le pidió a Tardieu que actuara de inmediato. Tardieu se alegró de complacer a su cómplice. La noche siguiente, la policía francesa irrumpió en el monasterio y sacó a rastras al padre Hlinka y sus asociados. Fueron sacados de Francia esa misma noche.
Cuando Bonsai volvió a consultar con la delegación eslovaca, todo lo que encontró fueron celdas vacías. El abad del monasterio explicó entre lágrimas a Bonsal: "Benes y Tardieu, Tardieu y Benes, ellos son los culpables".

La delegación estadounidense protestó oficialmente ante Tardieu, quien respondió que los eslovacos eran "extraños rusos de los Cárpatos que eran difíciles de entender y asimilar. Sería absurdo convertir esta parte de Europa en un torbellino de gobiernos, un dolor de cabeza de pequeñas naciones ".
La delegación estadounidense quedó estupefacta ante tal insolencia y se advirtió a Tardieu que no estaba tomando "el camino correcto para el establecimiento de un estado checoslovaco sólido".

Después de su manipulación a manos de la policía francesa, el padre Hlinka regresó a Eslovaquia, donde continuó su lucha en defensa de su pueblo. Querían elegirlo para el parlamento que los checos les habían impuesto.
"Hlinka", escribió Bonsai ...

. . . decidió aceptar su elección para luchar por la libertad de su pueblo. Unas semanas antes de las elecciones, la policía checa irrumpió en la casa de Hlinka en medio de la noche y lo llevó a la cárcel lejos de los campesinos que lo honraban. Durante meses fue tratado con tanta crueldad que su salud se deterioró permanentemente. El pobre padre Hlinka merecía algo mejor que esta corona de espinas. (Pretendientes y suplicantes, p. 271)

De hecho, el padre Hlinka había sido brutal y repetidamente golpeado en la cárcel, donde estuvo recluido sin el más mínimo debido proceso legal. Así terminó el intento de Eslovaquia de ejercer su derecho a la libre determinación.
Los eslovacos no fueron los únicos que fueron objeto de la codicia checa. También había 691.923 húngaros y 640.000 rutenos que, como los eslovacos, habían sido amordazados inmediatamente. Sobre todo, había 3.231.688 alemanes que vivían en los Sudetes. En conjunto, estos pueblos diversos serían obligados a servidumbre a través de los buenos oficios del Tratado de Versalles.
Los checos representaban la mitad de la población "checoslovaca" según las estadísticas proporcionadas por Benes. Según otras estadísticas, estaban bien en minoría. La creación de este estado en forma de salchicha de 700 millas de largo se debió a los implacables planes de los masones europeos. Durante mucho tiempo habían intentado destruir el Imperio Austro-Húngaro, el último bastión católico de Europa. Los masones, poco más de un siglo antes, habían desatado una revolución sangrienta en Francia, que les había dado el control de ese país desde entonces. Ahora estaban listos para tomar el control de Austria-Hungría. Los alemanes de los Sudetes eran un elemento muy dinámico del imperio católico y era muy importante para los masones separarlos para siempre de Austria.
El público a menudo se deja engañar por los aspectos inocuos de la masonería, ya sea de vestuario o ceremonial. Que a los hombres de mediana edad les guste sentirse importantes recitando juramentos secretos y engalanándose el pecho con triángulos, brújulas, cuadrados o mini delantales no es muy inquietante; es solo su forma de jugar al vudú o de superar su falta de individualidad en una especie de terapia de grupo. Sin embargo, en 1914 los rituales de la masonería significaban algo más. Fue consumido por una codicia insaciable de poder. De 1914 a 1918, los masones ocuparon la mayoría de los puestos de poder en los distintos estados europeos, incluidas las fuerzas armadas. En Francia, desde el general Sarrail hasta Poincaré y Tardieu, casi todos los ministros eran masones fanáticos.
Los masones eran igualmente prominentes en Gran Bretaña y Estados Unidos en todos los niveles del gobierno, los negocios y los medios de comunicación. Contra este formidable despliegue de poder, la Austria católica se mantuvo sola. Los primeros austriacos pronto caerían bajo los golpes del ataque masónico concertado.
Con la destrucción del imperio austro-húngaro en noviembre de 1918, los alemanes de los Sudetes dieron a conocer su intención de declarar su independencia y crear su propia

estado, lo que hicieron casi de inmediato. Es difícil comprender cómo estas decisiones fueron de interés para los checos; los alemanes de los Sudetes eran de diferente origen étnico, diferente idioma, costumbres y religión. Se habían separado de Austria, pero nadie había ordenado a los checos que reemplazaran a Austria.
Sin embargo, los soldados checos entraron en tropel en los Sudetes para derrocar al gobierno de los Sudetes. Los ministros de los Sudetes fueron encarcelados y golpeados, al igual que los patriotas eslovacos, y muchos aldeanos fueron asesinados a tiros.

Nuevamente las protestas de los alemanes de los Sudetes perseguidos fueron silenciadas por la conspiración masónica de Benes, Tardieu, Poincaré y sus aliados. Ahora no había nada que impidiera que Benes extendiera el dominio masónico sobre más poblaciones católicas, incluidos 3,5 millones de eslovacos, 1,5 millones de húngaros y 75.000 polacos.
Benes tenía un plan para una mayor Checoslovaquia que se extendiera desde el Danubio hasta el río Spree, es decir, desde los suburbios exteriores de Berlín hasta el centro de Budapest. El plan había sido redactado en 1916 en el secreto de las logias masónicas del Gran Oriente. Enrojecido por el éxito de su agresión, Benes ahora lo estaba desvelando para que todos lo vieran. Bajo el título "Destruir Austria-Hungría", un cartógrafo llamado Kuuffner había dibujado un mapa detallado bajo la dirección de Benes: la nueva Checoslovaquia se tragaría al Imperio austríaco y más. Las fronteras se extendían desde Budapest hasta Dresde y el sureste de Berlín; Silesia también iba a ser anexada. El plano y el mapa fueron publicados más tarde por Delagrave Publishing Company en París.
Atrapados entre el comunismo y la masonería, la gente de Europa Central no tuvo ninguna posibilidad. El Gran Oriente compartía el mismo anticlericalismo que los comunistas; siempre habían trabajado juntos contra los cristianos y consideraban la destrucción del imperio austrohúngaro como un logro mutuo.
El poder de la masonería internacional era tal que Wilson no se atrevió a ir más allá de las protestas verbales leves ante la flagrante esclavización de 10 millones de personas por parte del establecimiento masónico checo. Nunca se planteó la posibilidad de invocar sus catorce puntos en su nombre. En aras de la apariencia, Benes había prometido en 1919 que los pueblos que habían sido entregados a su gobierno disfrutarían de un alto grado de autonomía. Esto fue pura hipocresía de un tirano que llevaba la máscara de un estadista liberal.
En los 20 años que siguieron, los masones de Praga despojaron a sus poblaciones conquistadas de toda libertad, dignidad y carácter nacional. El checo se impuso en todas partes; las escuelas, los tribunales, todo el ejército eran checos y estaban controlados por masones checos. Los que resistieron fueron torturados, encarcelados o asesinados. Durante 20 años, estos pueblos se verían obligados a soportar la opresión de sus amos masónicos. La liberación llegaría en 1938 y se rompería la pesadilla masónica sobre Europa central.
La derrota masónica en 1938 y 1939 precipitaría la Segunda Guerra Mundial. La Masonería Internacional declaró la guerra al país que había liberado a los oprimidos.
El secretario de Estado Lansing había predicho correctamente: "Los tratados de paz [de Versalles] serán la fuente de una nueva guerra; es tan seguro como el regreso del día tras la noche". La Segunda Guerra Mundial, por tanto, no sería un acontecimiento repentino y espontáneo, sino una consecuencia directa e inevitable de los tratados de Versalles mal inspirados. La guerra había sido declarada en el propio Versalles el 28 de junio de 1919.

Se puede argumentar que los comunistas se comportaron mucho peor en 1945 que los aliados en 1918. Pero los resultados en términos de sufrimiento no fueron muy diferentes. Además, los pacificadores de 1919, a diferencia de Stalin, se habían disfrazado de respetabilidad liberal y humanitaria. La barbarie comunista era indecible, pero correspondía a un patrón predecible establecido en 1917. Los comunistas habían matado y matado; tuvieron

no prometió nada excepto más terror. Los aliados, por otro lado, eran todos hombres respetables y civilizados, todos campeones del liberalismo y la democracia, que habían traicionado sistemáticamente todos los principios que proclamaban tan ruidosamente. Habían incumplido su palabra, habían traicionado a sus amigos, no una sino diez veces. Habían cometido un crimen contra el espíritu. Habían llevado la venalidad, la traición, la codicia, la estupidez y la hipocresía a nuevas alturas. Habían socavado fatalmente los cimientos de la civilización occidental.

En Praga, sin embargo, estábamos a medio camino del Gólgota: 10 países más aguardaban la crucifixión.

CAPITULO LXX

El desmembramiento de Austria-Hungría

La subyugación de más de 3 millones de alemanes de los Sudetes fue el primer paso en la subyugación de Austria. Después del armisticio de 1918, enormes mutilaciones desmembrarían por completo el vasto imperio que tanto había contribuido a la civilización occidental. A lo largo de los siglos, había traído a la mayor parte de Europa un orden político sin excesivo rigor, un estilo de vida mesurado, una amabilidad con un humor amable y una cultura notable. Las artes y la música florecieron, y la tranquilidad del orden austríaco había creado una paz y armonía genuinas en todo el imperio.

La guillotina masónica decapitaría a Austria. Sus miembros y su cuerpo serían arrojados a sus voraces vecinos. De casi medio millón de millas cuadradas, Austria se reduciría a 60.000 millas cuadradas. Solo quedó su cabeza; el imperio se había reducido a Viena, rodeado por un poco de tierra. De 50 millones de ciudadanos ahora eran 6 millones. Con su pérdida de territorio y gente, Austria se vio privada del 90% de su carbón, el 60% de su mineral de hierro, el 80% de su lúpulo, el 75% de su fruta, el 50% de sus fibras textiles, el 39% de su trigo, 32 % de sus papas, 26% de su ganado y 87% de su maíz.

Mientras el norte de Austria se repartía en Benes, los aliados entregaron su parte sur a Italia.

Una vez lograda la victoria, los aliados intentaron incumplir las promesas que habían hecho de atraer a Italia a la guerra, pero los italianos lograron hacerse con el Tirol del Sur y sus 250.000 habitantes alemanes. Italia no tenía la menor razón para reclamar esta tierra alemana y su gente, excepto en las palabras del gobierno de Roma: "Nuestra frontera estratégica se encuentra en el Brennero. Para asegurarla, estos 250.000 alemanes, les guste o no. , tendrá que estar bajo nuestro poder ".

Una vez más, la cláusula de autodeterminación de Wilson, que los aliados y los italianos acordaron respetar en el armisticio, no valía ni el papel en el que estaba escrita.

Si los políticos británicos y franceses sabían bien que 250.000 alemanes serían canjeados a Italia, Wilson permaneció felizmente ignorante de que había alemanes en el Tirol del Sur. Su biógrafo, el embajador Bullitt, escribió: "Le dio el Tirol del sur a

Italia porque no sabía que había austriacos de sangre alemana al sur del Brennero. "(Presidente Wilson, p. 242). En este asunto, sus aliados tuvieron mucho cuidado de no aclararlo.

La destrucción del imperio austrohúngaro se produjo en un momento en que su emperador, Carlos, ya había iniciado el proceso de concesión de autonomía a las distintas nacionalidades que lo integraban. El archiduque Fernando, asesinado en Sarajevo el 28 de junio de 1914, se preparaba para dar a los serbios una autonomía similar a la de Hungría. Charles había negociado con el político checo Tuscar, quien resultó ser socialista, la creación de una nación bohemia a cambio de la lealtad checa. Otras nacionalidades ya disfrutaban de su propia cultura y costumbres. El imperio era una federación laxa de pueblos muy diversos unidos por una civilización y una herencia occidentales comunes. El emperador gobernó con benevolencia e ilustración, sin la violencia y masacres empleadas por los imperios soviético, británico o francés.
La mayor falla del imperio austríaco a los ojos de la masonería mundial fue su catolicismo. Era un artículo de fe masónico que el poder católico tenía que ser destruido donde alguna vez existió, particularmente en manos de reyes o emperadores católicos: la Europa católica tenía que ser reemplazada por la Europa masónica.
Lenin estaba ansioso por obligar a los masones a ayudar en la destrucción de Austria. Dio la bienvenida a la creación de pequeños países gobernados por masones corruptos y despiadados. Ya no se enfrentaría al baluarte oriental que Austria había representado a lo largo de los siglos. La caída de Austria rompería ese muro y dejaría a Europa abierta a la conquista.

* * *

La recién creada Checoslovaquia de 1919 pronto se convertiría en un bastión avanzado de los comunistas. Los masones checos en el poder se habían animado inmediatamente a Lenin y enviaron una delegación de judíos de Praga para coordinar la política con el hombre del dictador soviético en Budapest, Berl Cohen, también conocido como Bela Kun. Cuando los soviéticos invadieron Polonia en 1920, los checos trabajaron con ellos. Lenin había ordenado el entrenamiento, en Rusia, de varias unidades checas, que se convertirían en el núcleo del ejército checo y la vanguardia del Ejército Rojo. El oficial de inteligencia británico Major Thompson predijo: "Los soviéticos se recuperarán [de su reciente derrota a manos de los alemanes] antes de lo que pensamos. Mientras tanto, es este pequeño y ocupado Benes quien los representará en el eslavismo".

Benes, un masón de alto rango, fue el coordinador principal de la masonería y el comunismo. Siguió siendo el hombre de Moscú hasta 1935, cuando cometió un grave error. La Gestapo había permitido que los espías de Benes "robaran" documentos altamente clasificados relacionados con un "complot del Ejército Rojo" para derrocar a Stalin. El dictador soviético tenía tanta fe en la confiabilidad de Benes que inmediatamente ordenó la ejecución del mariscal Tukachevsky y de decenas de miles de oficiales del Ejército Rojo.

El odio masónico contra Austria se había extendido entre todos los aliados. La opinión pública había sido condicionada por los medios controlados en gran parte por los masónicos a revolcarse en un odio ciego e irracional. Era omnipresente y se había convertido en parte de la vida política y cultural de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. El antigermanismo, una palabra en clave masónica para el anticatolicismo, estaba siendo azotado en cada ocasión, y particularmente en época de elecciones. Los políticos de izquierda o de derecha estaban atrapados en tocar el tambor anti-alemán, estuvieran dispuestos a hacerlo o no.

Churchill reconoció que los políticos estaban montando un tigre de la "opinión pública": "Los líderes, elevados en las vertiginosas cumbres del poder y la victoria, se balanceaban precariamente en la volátil plataforma de la opinión pública".

Se había levantado tanto odio contra Alemania que ni siquiera Clemenceau pudo satisfacer la sed de venganza de su electorado. Ningún político podría jamás ser suficientemente anti-alemán. Después de años de implacable propaganda, el público había sido condicionado a gritar pidiendo más sangre y más venganza.

Sin embargo, Clemenceau, Lloyd George y Wilson serían expulsados de sus cargos porque habían satisfecho a la "opinión pública".

Un político socialista belga llamado Spaak le dijo a su electorado: "Te seguiré a todas partes, incluso en tu locura". Spaak era políticamente realista, pero carecía totalmente de integridad y coraje. Era esta falta de visión lo que desmembraría a Europa.

Hungría, la parte más católica y conservadora del imperio milenario, sufrió la mutilación más salvaje. Viena tenía el 40% de los trabajadores de Austria y había sido infiltrada con éxito por agitadores marxistas. En 1918 los socialistas tomaron el poder. Hungría, por otra parte, no se había contagiado de la enfermedad comunista. Los húngaros eran agricultores y artesanos autosuficientes, intensamente patrióticos, cristianos y tradicionales. Más católico que Austria, estaría más mutilado. El Tratado de Versalles se apoderaría de las tres cuartas partes de su territorio: 232,578 kilómetros cuadrados de 325,411. Hungría se quedaría con 92.833 kilómetros cuadrados. Más de 13 millones de húngaros, 13.279.516 para ser exactos, fueron entregados como esclavos a los vecinos de Hungría. De una población de 20.886.437 personas, los húngaros se reducirían a 7.602.871. En un año,

El norte de Hungría fue alimentado a los voraces masones checos. En el sureste, otros 3 millones de húngaros habían caído en manos rumanas. Allí, Tardieu había emulado a Balfour: había prometido los húngaros de Transilvania al gobierno rumano a cambio de la participación de Rumania en la guerra del lado de los aliados.

Los políticos rumanos siempre consideraron la corrupción como una virtud y vieron en la guerra una tremenda oportunidad para la especulación bizantina. De 1914 a 1918 habían tendido la mano a todo el mundo. Recibieron dinero de los rusos, luego de los alemanes y nuevamente de Rusia. Habían sido severamente derrotados por los alemanes después de declararles la guerra. Pidieron la paz a cambio de dar a los alemanes un arrendamiento de 99 años sobre los campos petroleros rumanos. Cuando Alemania empezó a perder terreno, todo el contingente de políticos de Bucarest se apresuró a ir a París, acompañado de su habitual bandada de prostitutas. Aunque su corrupción e intrigas irritaron a Clemenceau en extremo, 3 millones de húngaros fueron trasladados a Rumanía.

Dado que los plebiscitos se habían vuelto sistemáticamente contra los aliados, los húngaros, como los austriacos, alemanes y eslovacos, no recibirían el beneficio de un referéndum. El conde Albert Apponyi, un destacado patriota húngaro, fue a París, a pesar de su avanzada edad, para defender el caso de su pueblo en la conferencia de paz:

No deseche a estas personas como si fueran un rebaño de ganado. Hoy se pondrá a prueba la sinceridad de quienes tantas veces han proclamado el gran principio de la justicia y la libertad internacionales. Estamos pidiendo un plebiscito en todas las regiones y aceptaremos sus resultados. Si nuestros adversarios se niegan a aceptar esta prueba, su causa será juzgada ante el tribunal de conciencia humana. Habrían resuelto someter a su yugo a millones de almas renuentes.

El venerable patriota húngaro fue tratado como un criminal. Benes, el hacha masónico, respondió al conde Apponyi: "En lo que respecta a las futuras fronteras de Hungría, se han fijado definitivamente en la conferencia de paz y no habrá la menor modificación". (Le Temps, 2 de diciembre de 1919)
Con rabia y odio, el co-intrigante masónico de Benes, Tardieu, añadió: "No habrá ninguna lástima por Hungría".
Este odio masónico fue compartido por todos los aliados. El delegado estadounidense Bowman dijo sobre el odio generalizado de los aliados: "En cada instante había que dar una prueba tangible de odio contra el enemigo".

Hungría fue así crucificada en el Tratado de Versalles no por sus pecados sino por su fe, víctima del rabioso odio masónico y la rapacidad.

CAPITULO LXXI

Nueve millones de nuevos serbios

Serbia, que había sido un centro de intrigas antes de la guerra y había precipitado la guerra con el asesinato de Sarajevo, ahora se presenta para reclamar lo que le corresponde. El Benes de Serbia era ese viejo intrigante, Nicholas Pashich. A lo largo de los años había sido condenado a muerte o encarcelado, pero siempre había sido indultado por funcionarios serbios comprensivos.

Pashich había duplicado las declaraciones fraudulentas de Cleveland y Pittsburgh de los checos en la isla griega de Corfú. Allí había reunido a un puñado de personas de los Balcanes con el fin de hacer valer las reclamaciones de Serbia sobre unos 9 millones de no serbios. La población de Serbia aumentaría entonces de 3 a 12 millones de personas.
Los principales objetivos de Pashich eran Eslovenia, Dalmacia y Croacia. Un político croata solitario llamado Trumbich, que sólo se representaba a sí mismo, fue presentado como prueba del deseo de Croacia de ser absorbida por Serbia.
La afirmación de Pashich era evidentemente absurda. La mayoría de los croatas se oponían totalmente a la dominación serbia. Durante los últimos 2.000 años habían formado parte del mundo occidental, primero Roma, luego Venecia y Austria-Hungría. Eran totalmente diferentes en cultura y religión de los serbios y siempre se negaron a tener nada que ver con ellos. Los expansionistas serbios habían codiciado durante mucho tiempo la costa adriática croata con el doble objetivo de dominar Eslovenia y Dalmacia e impedir que Austria tuviera acceso al mar.

Los aliados tenían intereses económicos considerables en los Balcanes, desde el cobre hasta el petróleo, y existía el consenso de que Pashich sería un señor confiable. El agente británico Seton-Watson trajo al único croata Trumbich y lo llevó a encontrarse con Pashich en Corfú. Pashich prometió derechos y privilegios especiales, autonomía, libertad religiosa y otros innumerables beneficios. Estas fueron exactamente las mismas promesas que Masaryk les había hecho a los eslovacos en 1915 y 1918, lo que resultó en la subyugación de la nación eslovaca. Pashich le había prometido a Trumbich un puesto en el gabinete y un millón de francos oro para él. El soborno provino de los vastos préstamos hechos por políticos franceses corruptos a la

políticos corruptos de Serbia. Pashich, que era un mentiroso experimentado, negó que el dinero hubiera cambiado de manos, pero Trumbich, quien sintió que sus compatriotas croatas lo considerarían un traidor, admitió que le habían ofrecido el dinero, pero afirmó que lo había rechazado. El episodio fue bizantino y lleno de intrigas secundarias, con el resultado final de que los aliados aceptaron la firma de Trumbich en el plan de la Gran Serbia de Pashich como prueba de que los croatas querían ser parte de Serbia. Pashich también contó con los servicios de un "negociador" italiano llamado Torre, un oscuro político de Roma. Torre acompañó a Trumbich a Londres, dando de alguna manera la impresión de que representaba a Italia. Torre y Trumbich no representaban de ninguna manera a sus países, pero los británicos estuvieron de acuerdo con el plan de Pashich, que se conoció como el "pacto de Londres".

El grupo se autodenominó "delegados yugoslavos" y emitió una declaración de unión con Serbia: "Los delegados de los pueblos eslavos que todavía están esclavizados proclaman su voluntad unánime de unirse con la futura Gran Serbia de todos los Yugo-Slays [Southern Slays]".

La declaración de esta reunión fraudulenta se conoció como la "declaración de Roma". Nadie había designado a los "delegados" excepto una camarilla de conspiradores políticos serbios. Además, los falsos "croatas" y "eslovenos" se habían unido a sus "hermanos" serbios para declarar como traidores a "todos aquellos que intentaban hacer de Croacia, Eslovenia y las provincias del Adriático estados independientes".

El jefe de prensa del gobierno serbio, un hombre llamado Magat, se reiría públicamente del evento dos meses después: "Fue una farsa, pero fue una farsa muy bien ensayada. Las naciones oprimidas estuvieron representadas en Roma por unas pocas docenas de emigrantes serbios. que habían sido bautizados 'croatas,' eslovenos 'o dalmatas' para la ocasión ".

Así, el espurio "Pacto de Corfú", el "Tratado de Londres" y la "Declaración de Roma" habían sido arreglados para los Aliados incluso antes del día del armisticio. Con tan abrumadora "evidencia" los aliados no estaban dispuestos a escuchar las protestas de los 9 millones de personas a punto de ser sometidas a la tiranía serbia.

El único croata que se había vendido por un millón de francos fue nombrado ministro del gabinete, pero solo por un corto tiempo. Pronto había sobrevivido a su utilidad y fue encarcelado y torturado. Antes de morir apeló tardíamente a sus compatriotas: "No aceptemos nunca ser serbianizados, 'ser golpeados en la cabeza como los macedonios o azotados en la espalda como nuestras propias mujeres".

A continuación, el líder croata Radich fue asesinado en el parlamento yugoslavo el 20 de julio de 1928. Un millón y medio de croatas se verían obligados a huir de su país para salvar sus vidas. 500.000 macedonios también tuvieron que huir. Pashich se convirtió en presidente de la Gran Serbia (la llamada Yugoslavia) y explicó con una lógica verdaderamente retorcida: "Si hubiera habido un plebiscito en Croacia y Eslovenia no hubiéramos tenido una cuarta parte de los votos".

La observación de Pashich se hizo realidad 15 años después, cuando los croatas finalmente pudieron emitir un voto a favor de su independencia: 7707o votaron por la independencia a pesar de la afluencia de serbios a Croacia. Los reporteros ingleses que presenciaron la vergonzosa elección del 15 de mayo de 1935 y lo informaron a fondo en la prensa británica fueron expulsados por la policía secreta yugoslava. El ejército y la policía yugoslavos se lanzaron entonces a un ataque de terror contra todos aquellos que habían votado de manera tan "insultante" contra "Yugoslavia". El terror provocaría reacciones violentas entre los refugiados en el exterior. En 1934, los luchadores por la libertad croatas asesinarían al rey de Yugoslavia, Alejandro, en Marsella, Francia. Sería el mismo terror serbio que en 1941 induciría a los croatas a formar tres divisiones enteras, todas ellas voluntarias,

en el frente oriental. Allí lucharían contra los amos soviéticos del imperialista "yugoslavo" comunista, Tito.

Como sus aliados masónicos checos, los masones serbios estaban bajo la protección constante del gran maestro masónico francés André Tardieu.
Los principios de Wilson habían sido eludidos en todo momento por la camarilla masónica del Gran Oriente. El presidente estadounidense se dio cuenta de que no podía hacer nada más que salvar las apariencias: "Estaba listo", comentó un observador en la conferencia de paz, "para tomar en serio los documentos más extravagantes siempre que estuvieran escritos con una terminología legal impecable".
Tardieu había logrado presidir la mayoría de las comisiones de paz y había colocado a compañeros masones en todas ellas. El delegado serbio, Dr. Ivan Zolger, admiró el sesgo pro-serbio de Tardieu:

"El señor Tardieu ha cambiado ocasionalmente el sentido de las decisiones del Consejo Supremo a nuestro favor. Lo haría de manera bastante arbitraria, lo que a menudo lo enredaba en conflictos muy amargos con los delegados de otras naciones". (Slovenski Narod, 2 de junio de 1921)

A menudo se ha preguntado cómo decenas de millones de personas renuentes podrían haber sido sometidas a la voluntad de sus enemigos tradicionales sin los plebiscitos que los aliados victoriosos se habían comprometido solemnemente a implementar y respetar como condición del armisticio. La respuesta se encontraba en los incansables esfuerzos masónicos para imponer regímenes masónicos en toda Europa por cualquier medio.
El delegado estadounidense Bowman registró algunos de estos medios:

Cada delegación de Europa central trajo un montón de estadísticas y mapas preparados. Si las estadísticas no lograban convencer, se producían mapas de colores. Un volumen grueso no sería suficiente para analizar todos los diferentes tipos de estos mapas inventados. Un mapa atractivo evitaría que muchos argumentos pobres se hundieran en el olvido. Es principalmente en los Balcanes donde esta práctica alcanzó su punto máximo. (Lo que sucedió en Versalles, p. 126)

Aunque Bowman era un destacado geógrafo, Wilson decidió ignorar su consejo. Lloyd George tardaría dos años más en dar a conocer públicamente su disgusto por haber sido engañado por una avalancha de mapas falsos: "Toda la documentación que nos proporcionaron algunos de nuestros aliados durante las negociaciones de paz eran mentiras y engaños. decidió [el tratado de paz] sobre un fraude ". (Lloyd George en Queen's Hall, 1921)
Sin embargo, la correcta y tardía realización de Lloyd George no liberó a los millones que habían sido sometidos contra su voluntad.

Entre los cientos de prácticas fraudulentas, el caso de la ciudad húngara de Kassa (Kosice) es bastante ilustrativo. Benes había reclamado el 5 de febrero de 1919 a Kassa como ciudad checa. Los británicos exigieron verificación, y dos investigadores, Edward Karmesin y Robert Kramer, fueron enviados para verificar la afirmación de Benes. Ambos eran ciudadanos estadounidenses de origen checo que se habían naturalizado poco antes. Fueron recibidos oficialmente por un Kassa Czech. Durante una semana, los dos checo-estadounidenses estuvieron a la mesa, cenaron y se entretuvieron en el Hotel Salk de Kassa. El trío nunca salió del hotel y, sin la más mínima investigación, redactó un informe concluyendo que Kassa era, como afirmaba Benes, una ciudad totalmente checa.

Como Lloyd George, el famoso estadista francés Aristide Briand deploró tardíamente la flagrante injusticia: "Basta echar un vistazo a un mapa para darse cuenta de que las fronteras de Hungría fueron trazadas injustamente". (Asamblea francesa, 7 de junio de 1921)
Incluso Clemenceau, que había ignorado la autodeterminación de tantos pueblos, sintió que el desmembramiento de Hungría era excesivo. El 25 de abril de 1920 declaró sobre el tema de Hungría: "Hemos hecho tantas estupideces que tal vez podamos corregir una de ellas".

Nada se arreglaría: todos los eslovacos, las tres cuartas partes de los croatas, los dálmatas, los eslovenos, las dos terceras partes de los húngaros, todos los alemanes de Posen, Danzig, Sudetenland y el Tirol habían perdido sus derechos, su nacionalidad y su libertad. Benes, que en 1916 había querido extender Checoslovaquia hasta las afueras de Berlín, exigió en 1919 que un corredor cortara a la mitad lo que quedaba de la pequeña Hungría para conectar con sus aliados serbios:

El estado checo debe comprender Bohemia, Moravia, Silesia y el norte de Hungría. Debe establecerse un vínculo directo entre los checos y los serbios para cumplir sus aspiraciones nacionales y afinidades fraternales. Un corredor que corta a Hungría por la mitad conectará a las dos personas. Estará constituido por los distritos húngaros de Poszony, Sopron, Moson y Vas, lo que facilitará el comercio entre la Bohemia industrial y la Serbia agrícola. Su importancia militar será considerable.
En caso de que Hungría se opusiera, Benes propuso a los serbios "una acción militar contra Hungría para crear el corredor por la fuerza". Pero Hungría ya había perdido a 11 millones de su población, de un total original de 18 millones, cuando el dictador comunista judío Bela Kun tomó el control y rápidamente encadenó lo que quedaba del país.
Austria-Hungría ya no existía. Viena era como una cabeza sin cuerpo. El Tratado de Versalles había sancionado el desmembramiento del imperio altamente civilizado en dos pequeños estados bajo control extranjero.

CAPITULO LXXII

Europa Central

En el desastre de la derrota, no fue sorprendente que los austriacos se identificaran con sus compatriotas alemanes. Austria y Alemania compartían un idioma, una cultura y una historia comunes, y ahora una agonía común. Los austriacos sintieron que en unión con Alemania, todavía podría ser posible un renacimiento.
El Anschluss nació en 1918 de la tragedia y la persecución mucho antes de que los Aliados hubieran escuchado el nombre de "Hitler". Ya el 12 de noviembre de 1918, el día después del armisticio, el parlamento austríaco, con mayoría socialista, votó por la unificación de Austria con Alemania. Era un tema poco común, en el que todos los partidos políticos estaban de acuerdo. El 9 de enero de 1919, el canciller austríaco Karl Renner repitió en beneficio de la conferencia de paz de París: "La República de Austria es parte del Gran Reich Alemán".
Anschluss se había convertido en la plataforma principal del Partido Socialista Austriaco, y solo en este tema fue barrido al poder en 1919. El canciller Renner nunca cambió esta política

incluso cuando su oponente político, Adolf Hitler, hizo su entrada en Viena en 1938. Seguía pidiendo a todos los austriacos que apoyaran la unificación independientemente de su afiliación política. Tanto socialistas como católicos votaron el 99% a favor de Anschluss en 1938, como lo hicieron en 1919. Todos eran alemanes, que querían vivir, o más bien sobrevivir, dentro de Alemania. El cuarenta por ciento de los trabajadores del imperio austríaco estaban en 1919 concentrados en Viena y sus alrededores, sin trabajo después de que Austria fuera despojada de sus industrias y minas. Esta situación explosiva conduciría a una guerra civil bajo Engelbert Dollfuss y a Anschluss en 1938.

El concepto de unidad austro-alemana fue visto con beneplácito por varios europeos sensatos. La unión no podía proporcionar ningún tipo de amenaza militar a los aliados: las fuerzas armadas combinadas permitidas para ambos países por el Tratado de Versalles ascendían a 135.000 hombres, menos de la mitad del ejército polaco. En 1919, el gobierno francés comandaba fuerzas armadas de 4 millones de soldados, 30 veces más que Austria y Alemania.

El imperio británico tenía el control absoluto de los mares, mientras que Alemania se veía privada de toda su armada, sin ni siquiera un submarino o un dragaminas. Austria se había truncado; Alemania estaba rodeada de vecinos hostiles.
El gobierno estadounidense no tenía objeciones a que los austriacos ejercieran su derecho a la autodeterminación. Después de todo, sería una aplicación poco común de los catorce puntos de Wilson. Sin embargo, aquí también los checos, serbios, rumanos, italianos y franceses estaban decididos a frustrar la voluntad popular de austriacos y alemanes por igual.
Tardieu temía que la adición de 6 millones de católicos austríacos a Alemania debilitaría las fuerzas masónicas en ese país, mientras que Benes y Pashich no estaban dispuestos a permitir que los austriacos influyeran en un renacimiento alemán. Todos tenían mucho que temer por sus ganancias mal habidas.

El artículo 80 del Tratado de Versalles y el artículo 88 del Tratado de St. Germain tres meses después negaron oficialmente el derecho de los austriacos a decidir su propio futuro y sus propios asuntos. Aunque Anschluss con Alemania era su deseo abrumador, los tratados invocaban la "independencia de Austria" para negar la independencia a los austriacos: "La independencia de Austria es inalienable sin el consentimiento de la Liga de Naciones; en consecuencia, Austria se compromete a abstenerse de cualquier acción que pueda afectar comprometer su independencia ".

Dado que Francia tenía poder de veto en la Sociedad de Naciones, tenía un veto para evitar la unificación germano-austríaca. El historiador francés Rain no pasó por alto la hipocresía de los artículos: "Se redujo a decir que Austria era independiente a pesar de sí misma". (La Europa de Versalles, p. 115)

Hubo una flagrante excepción en la destrucción rutinaria de países europeos perpetrada por los creadores del Tratado de Versalles: los judíos. Se beneficiaron de la protección de los delegados judíos, que estuvieron representados en la mayoría de las delegaciones nacionales que asistieron a la conferencia de paz. Manley Hudson, el delegado estadounidense, explicó: "Los judíos son tanto una raza como una secta religiosa. Sus problemas son diferentes a los de otras minorías". (What Happened in Paris, p. 175)
Mientras que los ucranianos, alemanes, austriacos, eslovacos, croatas, dálmatas y húngaros habían sido intercambiados con una cuerda alrededor del cuello con sus enemigos, los judíos se habían beneficiado de una multitud de medidas de protección. Cuando los creadores del Tratado de Versalles entregaron a millones de húngaros a Rumania, fue solo con la condición de que los judíos en Rumania recibieran un trato preferencial. Manley Hudson señaló: "Este

la disposición era esencial para evitar un retorno al abuso que habían sufrido los judíos en Rumania "(What Happened in Paris, p. 169-173).

Anteriormente, los judíos en Rumania habían sido excluidos de los cargos públicos y las profesiones, y se les restringía el comercio de tierras y la realización de ciertos negocios en las ciudades. Los rumanos tuvieron que prometer revertir toda "discriminación contra los judíos" a pesar de que insistieron en que estas medidas eran necesarias para protegerse contra las "prácticas judías depredadoras".

En el contexto de la época, la actitud rumana se compartió en toda Europa central. Las demandas de mano dura de las grandes potencias sobre sus aliados fueron aceptadas como una cuestión de conveniencia solo con el propósito de participar de la generosidad de Versalles. De hecho, solo agravarían los malos sentimientos entre los judíos y sus países anfitriones. Las promesas hechas a los aliados pronto serían olvidadas y la gente sería libre de descargar su ira después de junio de 1919.

Finalmente, los aliados ni siquiera lograron complacer a los judíos de Europa central, que se vieron atrapados como todos los demás en una Europa artificial basada en la iniquidad y la mentira. Solo sería cuestión de tiempo antes de que estallara en las caras de sus perpetradores.

Personas tan diferentes como Ramsay MacDonald y Trotsky predijeron la desaparición de la Europa de Versalles. El primer ministro británico declaró: "La nueva guerra no estallará en el Rin sino en el valle del Danubio, donde minorías exasperadas y violentas exigen en vano justicia". Trotsky escribiría en Izvestia: "Es en Europa central donde los vencedores de 1918 han iniciado con sus propias manos el fuego que destruirá el nuevo mundo que han pretendido construir".

CAPITULO LXXIII

Los Dardanelos y Venizelos

Después de destrozar los imperios alemán y austriaco, los aliados dirigieron su atención al imperio otomano. El imperio se extendió desde los Balcanes hasta Irak y el Sinaí; fue el tercer y último baluarte contra la expansión del comunismo. Pero los aliados pensaban poco en el comunismo en esos días, ya que estaban principalmente empeñados en adquirir el imperio otomano para sí mismos.

Alemania disfrutó de una posición de gran influencia en Turquía antes de la guerra. Sus exportaciones habían aumentado, en cinco años, 3500o y constituían el 21% de las importaciones totales de Turquía. Como resultado, las empresas británicas habían visto caer su participación en el mercado turco del 60% al 5%.

¿De quién fue la culpa? Los alemanes vendían productos y servicios superiores a un precio más barato que los británicos. No había magia, solo preferencia por lo mejor y más barato. Además, los alemanes habían llegado al mercado sin violencia armada, a diferencia de los aliados en otras partes del mundo: las cañoneras imperialistas siempre estaban detrás de los comerciantes de estos últimos.

El éxito comercial de Alemania en Turquía se estaba duplicando en más de 50 países de todo el mundo. La gente compraba cada vez más productos alemanes porque

su calidad era mejor. Incluso hoy en día, los productos alemanes son muy apreciados en el mercado mundial, a pesar de los golpes de dos devastadoras guerras perdidas. Allí, los alemanes siempre han reconocido que la fuerza de una nación depende de su fuerza de trabajo. En 1914 fueron víctimas de su propio éxito. El aclamado "juego limpio" británico, que podría haber resultado en la felicitación de un competidor, no fue un factor en 1914. En cambio, Alemania fue destinada a la destrucción por el pecado de producir mejores bienes que sus competidores. Los aliados no buscaron dentro de sus propias filas para evaluar si una ética o disciplina de trabajo fallida había contribuido a sus fracasos; culparon a las cualidades alemanas de trabajo duro y perfeccionismo.
Los financieros británicos estaban decididos a evitar que el comercio alemán se expandiera como si estuviera invadiendo algún monopolio de derecho divino del comercio mundial británico. La expansión de Alemania en Turquía fue el resultado de mil movimientos británicos para frustrar el comercio alemán por mar. Si Alemania no pudiera expandirse por mar, lo haría por tierra.

La relación entre Turquía y Alemania en 1914 fue excelente. El líder turco Enver Pasha había invitado al general Liman von Sanders a reorganizar el ejército turco, que había incurrido en graves derrotas contra las fuerzas pan-eslavas. La medida había enfurecido a los gobiernos británico y francés, aunque no veían nada malo en alistar a cientos de miles de personas conquistadas en sus propios ejércitos. En 1914, los indios, árabes, africanos, asiáticos y otros fueron lanzados a una guerra europea por los aliados contra Alemania.

El 28 de julio de 1914 Winston Churchill cometió un acto de rara insolencia, que sólo acercó a los alemanes a los turcos. Durante muchos años, Turquía se había sentido amenazada por los serbios, que eran los agentes balcánicos de Rusia. Últimamente les habían informado de que estaba a punto de lanzarse un ataque inminente contra Constantinopla. El 27 de julio de 1914 los turcos enviaron emisarios a Berlín pidiendo ayuda para defenderse del peligro. Churchill no sabía nada de las propuestas en esta etapa; él mismo lo admitió, pero procedió a estafar a Turquía con varios millones de libras esterlinas. En 1912, el gobierno turco había pedido a sus ciudadanos que suscribieran dinero suficiente para comprar dos buques de guerra de Gran Bretaña. El precio fue enorme para los turcos empobrecidos, pero se sintió imperativo contrarrestar a la armada rusa. Los marineros turcos estaban en Londres en julio,

Sin ninguna explicación, Churchill se apoderó de las vasijas. En sus propias palabras: "El 28 de julio de 1914 requisé los dos acorazados construidos para la Armada turca".
Sin más preámbulos, los piratas británicos se embolsaron el dinero ensangrentado de millones de turcos pobres. Turquía no ha cometido ningún acto que pueda interpretarse remotamente como hostil a Londres. Sin embargo, Churchill decidió que Gran Bretaña necesitaba barcos incluso si no pertenecían a los británicos, así como el dinero que se había destinado a pagar por ellos.
Churchill se jactó de este robo en alta mar con arrogancia:

Quinientos marineros otomanos habían llegado a Londres para tripular el primer barco. El capitán pidió la entrega del barco. Amenazó con enarbolar la bandera turca y abordar a sus hombres. En este terrible momento di bajo mi responsabilidad la orden de detener por la fuerza de las armas, si era necesario, cualquier intento de este tipo. Esta decisión solo estuvo motivada por los intereses de nuestra armada, a la que los dos acorazados aportarían un apoyo fundamental.

Las fechas deben anotarse cuidadosamente: el 28 de julio de 1914, Churchill requisó los dos buques de guerra; el 31 de julio estaba dispuesto a impedir que los marineros turcos recibieran la entrega de sus barcos totalmente pagados, alegando que la Royal Navy los necesitaba.

Sólo cinco días después el gobierno británico declaró la guerra a Alemania, el 4 de agosto de 1914. Así, así como piratas británicos respaldados oficialmente se habían apoderado de tantos barcos en alta mar, Churchill se había apoderado en tiempo de paz de dos barcos de un amigo extranjero. país.

Este flagrante acto de piratería provocó en los turcos una rabia violenta, que Churchill reconoció con ligereza: "Se ha dicho que la rabia así provocada en Turquía contribuyó a lanzar este imperio a la guerra contra nosotros" (Crisis mundial, p. 355). . ¿Cómo podría ser de otra manera? Los turcos habían experimentado, ante todo el mundo, la humillación de ser robado públicamente por altivos corsarios londinenses.

El 11 de agosto, Turquía compraría a Alemania dos cruceros que habían cruzado con éxito los Dardanelos, el Göben y el Breslau. Ubicados estratégicamente en el Mar Negro, a partir de ahora evitarían que los suministros llegaran a los aliados rusos de Gran Bretaña. Los turcos tenían buenas razones para proteger Constantinopla: en la primera semana de hostilidades, el rey británico le había dicho a su primo hermano, el zar Nicolás II de Rusia, "Constantinopla es tuya".

Aunque la antigua metrópoli había perdido parte de su importancia comercial para Salónica, Esmirna y el Canal de Suez, los turcos la consideraban el centro histórico y religioso del imperio otomano. Los rusos también consideraban a Constantinopla como parte de su herencia; la inspiración religiosa y cultural de Rusia. También estaban decididos a eliminar el dominio turco sobre su comercio. Los aliados habían animado al zar a insistir en sus reclamos y habían firmado en febrero de 1917 un acuerdo reconociendo la propiedad rusa del Bósforo, Armenia, Anatolia e incluso Jerusalén, que, como Constantinopla, era otro lugar sagrado para los rusos.

Turquía dudaba, a pesar de su orgullo nacional herido, de involucrarse en la guerra, pero cuando los gobiernos británico y ruso apretaron el lazo alrededor de sus fronteras, sus líderes sintieron que no tenía otra alternativa. El 29 de octubre de 1914, Turquía finalmente se unió a la guerra del lado de Alemania. Durante febrero de 1915 los turcos intentaron llegar al Canal de Suez, sin mucho éxito. Alemania envió al general von Falkenhayn en una segunda ofensiva y los británicos recibieron un duro golpe que llevó a los turcos casi a la orilla oriental del canal y casi partió el imperio británico en dos. Churchill luego contraatacó en los Dardanelos. El 18 de marzo de 1915 envió a la flota aliada a bloquear el Bósforo, aunque el almirante Sir "Jacky" Fisher y el general Lord Kitchener se habían opuesto a la idea. Los barcos franceses y británicos más poderosos explotaron uno tras otro en las aguas densamente minadas. Fue una derrota terrible, con un tercio de toda la flota aliada y miles de jóvenes marineros enviados al fondo del mar Egeo.

La empresa de Churchill provocó una indignación generalizada y se vio obligado a dimitir del gabinete. Sin embargo, no por mucho tiempo. Churchill se puso un uniforme y, acompañado por su perro, pasó a pavonearse en el frente flamenco jugando a ser soldado y posando dramáticamente. El comandante inglés rápidamente devolvió a Churchill a la Cámara de los Comunes, exigiendo que no volviera a usar el uniforme.

Londres, dolido por su desastre naval en los Dardanelos, decidió organizar una expedición para salvar la cara en suelo turco. Se reunieron tropas de todas partes del imperio junto con varios regimientos franceses para asaltar las costas de la región de Gallipoli. La campaña terminó en una espantosa masacre.

Entonces Londres decidió lanzar lo que quedaba del cuerpo de Gallipoli en una nueva campaña en la cercana Salónica. Esta provincia era parte de Grecia, un país neutral, y el rey Constantino de Grecia protestó con vehemencia por la invasión británica de su país.
El gobierno británico, que había aullado tanto cuando el káiser tomó el atajo belga hacia Francia, no vio nada de malo en violar la neutralidad griega. Justificaron su acción con la ayuda de uno de sus agentes locales, Eleutherios Venizelos, abogado y político de Creta. Venizelos se inspiró en el grandilocuente Churchill y creía que los británicos eran invencibles: "Gran Bretaña siempre ha ganado la última batalla de todas las guerras que ha librado", le gustaba decir.
Venizelos fue financiado por Londres para conspirar contra su rey y abrir las puertas para que las tropas aliadas desembarcaran en Atenas, donde dispararon contra la población y expulsaron al rey. El propio Churchill reconoció que: "Las tropas francesas ocuparon Atenas y expulsaron a Constantino con pleno respaldo británico". (Crisis mundial, vol. IV, p. 378)

Churchill vio a Grecia como un satélite británico, que aseguraría el enlace marítimo con India, Australia y el Lejano Oriente. Se instaló un nuevo rey, Alejandro, listo para hacer las ofertas británicas. Después de la guerra, Alejandro, rey de los helenos, fue mordido por uno de sus monos y murió tres semanas después. Los británicos empujaron a Venizelos a tomar el relevo. Para darse la legitimidad que le faltaba, Venizelos organizó un plebiscito que lo confirmaría como gobernante de Grecia. Los votantes griegos obviamente no compartieron su entusiasmo por sus patrocinadores británicos: fue derrotado y huyó al retiro en la Riviera francesa. En cambio, los griegos habían votado abrumadoramente por el rey Constantino I, que regresó triunfante a Atenas.
En 1916, sin embargo, los británicos habían ofrecido incentivos extraordinarios a Venizelos como recompensa por derrocar al rey Constantino: Tracia, el Mar Negro, Esmirna y Anatolia (la actual Turquía). Tal como habían prometido Palestina a los judíos y el Tirol a los italianos, los británicos habían reconocido durante mucho tiempo que las promesas eran la moneda más barata para pagar favores inmediatos. No habría duda de que si Venizelos hubiera expresado el deseo de reclamar el Tíbet o Hawai, los británicos habrían prometido rápidamente estas tierras.

Todos estos territorios tan generosamente dispensados en la oscuridad de los tratados secretos, sin embargo, habían sido prometidos dos o tres veces a otros países para llevarlos al bando aliado en la guerra.
Ningún país sabía en ese momento que había otros beneficiarios. La revelación del doble trato británico vendría en 1919, cuando todos los que habían sido atraídos a la guerra vendrían a reclamar lo que les correspondía en la Conferencia de Paz.
Los británicos habían prometido territorio e influencia a varios jefes árabes como una forma de contrarrestar el liderazgo turco. Un jeque que mordió el anzuelo fue el emir de Hejaz, un jefe tribal desesperadamente pobre cuyo territorio incluía La Meca, la ciudad santa para todos los musulmanes.

CAPITULO LXXIV

El Cercano Oriente con los ojos vendados

El establecimiento británico le había prometido a Hussein, el emir de Hejaz, independencia, tierras y riqueza si se volvía contra los otomanos. Londres envió a uno de sus agentes disfrazado de arqueólogo para infiltrarse en los árabes nómadas. Conocido como Lawrence, se había adaptado a las costumbres locales, se había vestido como un árabe y se había hecho conocido como un homosexual promiscuo. Durante tres años jugó incansablemente la carta británica en Arabia. Los turcos le harían pagar muy caro cuando finalmente lo capturaran: sería torturado y brutalmente sodomizado. Después de la guerra, los británicos no lo tratarían mucho mejor: murió en un misterioso "accidente" de motocicleta en Inglaterra.

Lawrence había logrado subordinar a los árabes a la política de Londres. A Hussein le dieron 20.000 libras esterlinas, un soborno enorme en aquellos días de arena, camellos, dátiles y agua clara de oasis. Al mismo tiempo, e igualmente en secreto, otras 20.000 libras se deslizaron en el bolsillo de Ibn Saud, el cacique wahabí y principal rival de Hussein. Esta política de divide y vencerás con la que los británicos habían enfrentado a todos los países europeos durante siglos se estaba aplicando ahora en Arabia. Después de usar a los árabes contra los turcos, los británicos pretendían cosechar los beneficios de la discordia que habían sembrado entre los árabes rivales: a saber, asumir el control de todos los campos petroleros de Oriente Medio.

Cada jeque y emir fue sobornado o manipulado en amargas disputas entre 1915 y 1918. Con los turcos fuera de escena en 1919, los puñales árabes se volverían unos contra otros mientras que los británicos serían libres de explotar el petróleo recién descubierto. Las guerras y conflictos que han asolado el Medio Oriente desde entonces, y que bien podrían provocar la Tercera Guerra Mundial, son un resultado directo de la política británica en esa región, incluida una de las pocas promesas cumplidas: la creación de Israel a partir de la antigua tierra de Palestina.
En 1915, los árabes tenían plena confianza en los británicos. Quedaron impresionados por los emisarios con sombreros emplumados que llevaban regalos y promesas, así como las excelentes relaciones públicas británicas que precedieron a cada encuentro. Las historias de victorias asombrosas se contaban a los jeques con los ojos muy abiertos, quienes luego las transmitían con aún más adornos.
Los británicos importaron regimientos indios para luchar junto a los árabes contra los turcos. Hussein estaba encantado de ver a las tropas anti-turcas avanzar hacia Mosul y Damasco. Poéticamente diría: "Soy un pez que nada en el mar; cuanto más grande es el mar, más grande es el pez".
Soñó con una Arabia unificada bajo su gobierno. Otros jeques árabes que habían participado en la campaña británica pensaban lo mismo. Los turcos fueron finalmente derrotados y capitulados en Mondros el 30 de octubre de 1918. Los británicos recibieron los términos de la rendición, pero no se molestaron en informar a sus aliados. Los franceses, los italianos, los griegos y los árabes se mantuvieron en la oscuridad hasta las primeras semanas de la conferencia de paz de París. Todos los que habían sido forzados a entrar en la guerra por Londres venían a reclamar su recompensa. Para los árabes fue la independencia; para los griegos, italianos, franceses y judíos era tierra.

Primero, Venizelos se apresuró a ir a París, acompañado por un turbio financiero petrolero llamado Basil Zaharoff, quien más tarde fue nombrado caballero por el monarca británico George V. El 6 de mayo de 1919, la conferencia autorizó a Venizelos a enviar una división a Esmirna. El 16 de mayo, los griegos desembarcaron y ocuparon Esmirna con un grupo de 20.000 hombres y procedieron a masacrar a la población turca. William Linn Westermann recordó: "La evaluación más moderada nos permite afirmar que más de 2.000 turcos, hombres, mujeres y niños, fueron ejecutados inútilmente". (What Happened in Paris, p. 159)
Después de este brillante comienzo para las democracias, las tropas griegas masacraron a más turcos en Adin mientras avanzaban hacia el corazón de Asia Menor. Churchill explicó el

campaña: "Los griegos desean destruir el ejército turco y ocupar Ankara". (Crisis mundial, vol. IV, p. 394)

Fue en este momento desesperado de la historia de Turquía cuando apareció un hombre desconocido. Los griegos habían tomado las líneas ferroviarias alrededor de Ankara y solo tenían 70 millas para recorrer antes de ingresar a la ciudad. El providencial salvador de Turquía se llamaba Mustafa Kemal. Un militar sin sentido que había luchado contra los británicos y los rusos con gran valor, se encargó de organizar la resistencia turca contra los extranjeros después del colapso del imperio otomano.

Como el mariscal Joffre en el Marne en 1914, Mustafa Kemal había decidido mantenerse firme a cualquier precio. El ejército griego continuó atacando posiciones turcas y logró avanzar unas 15 millas más a un costo tremendo en vidas. Treinta mil hombres cayeron en una semana de combate. Ambos bandos estaban exhaustos, pero Kemal logró reunir a sus tropas para un contraataque. Después de tres días de furiosos combates, los griegos se vieron obligados a retirarse. Se mantuvieron al este de Esmirna y Adin con suministros menguantes y pidieron ayuda a sus patrocinadores británicos.

El gabinete británico no estaba de humor para ayudar a los griegos, a quienes había metido en este espantoso lío ya quienes les había prometido territorio turco. Los griegos habían cumplido su propósito y se quedarían solos. Churchill dijo: "Los griegos se están acercando a la bancarrota. De hecho, no es asunto nuestro". Agregó que había escuchado que esa era la opinión de sus aliados: "Ya hemos tenido suficiente de esto. Por un lado se escuchan los gritos de alguien que se está ahogando y por el otro está el buen consejo de un espectador que no tiene el menor intención de mojarse ".

El "ahogamiento" griego fue horrible. Actuando sobre el impulso de su contraataque, los turcos reconquistaron Esmirna en una orgía de sangre, como las hordas mongolas de antaño. Pocas personas escaparon de las masacres. Las orejas y los pezones de los senos fueron cortados y exhibidos por cientos de trozos de alambre. En todas partes se cometieron atrocidades de espantosa barbarie.

Los griegos sufrieron una de las peores masacres y derrotas de su historia porque se habían propuesto conseguir lo que les habían prometido los "británicos invencibles". Churchill pronunció tardíamente lo que equivalía a un trágico mea culpa:

El regreso a Europa de los triunfantes turcos sedientos de sangre cristiana constituyó, después de todos los acontecimientos de la Gran Guerra, la peor humillación para los aliados. En ninguna parte la victoria había sido tan completa como en Turquía; en ninguna parte se había desafiado con tanta arrogancia el poder de los vencedores. Los logros, los laureles por los que tantos miles de hombres habían muerto en las rocas de Gallipoli, en las arenas de Mesopotamia y Palestina, en los pantanos de Salónica, en los barcos que abastecían estas vastas expediciones, todos los sacrificios hechos por los Aliados en hombres, armas y dinero, todo eso se vio empañado por la vergüenza. Las elevadas pretensiones de Europa y Estados Unidos, toda la elocuencia de sus estadistas, el tarareo de sus comités y comisiones habían llevado a los amos del mundo a este ignominioso final. (Crisis mundial, vol. IV, p. 183)

Jonia, la Grecia de Asia, ya no existía. 1.250.000 refugiados griegos huyeron a Grecia. Entre ellos se encontraba un joven de 11 años llamado Aristóteles Onassis, que más tarde le daría gran protagonismo a la navegación griega. Si esto podía considerarse un beneficio para Grecia, fue el único que salió de la desafortunada campaña.

Los italianos habían observado con interés la debacle griega. La lección no pasó desapercibida para ellos. En consecuencia, bajaron la vista, centrándose en lo que podían llevarse, no en lo que Londres les había prometido. No estaban dispuestos ni dispuestos a sacrificar medio millón de hombres por tierras lejanas en Asia Menor y sabiamente ocuparían sólo unas pocas islas del Dodecaneso.

Ahora que los griegos y los italianos habían perdido el apetito por la fiesta, la pregunta era: ¿Quién iba a cenar?
El artículo XII de los catorce puntos de Wilson preveía: "Los turcos del Imperio Otomano deberían constituir una nación soberana e independiente y los no turcos deberían gozar del derecho a la autonomía".
Los territorios no turcos habían sido prometidos al jeque árabe Hussein por los británicos en 1915. El general Allenby, el comandante británico en Asia Menor, hizo una declaración oficial confirmando este compromiso tan pronto como los turcos capitularon: "Los gobiernos francés y británico prometen ayudar y alentar el establecimiento de gobiernos indígenas en Siria y Mesopotamia. Estos gobiernos serían la expresión del libre albedrío y la iniciativa de las personas involucradas "(What Happened in Paris, p. 161). El delegado estadounidense William Westermann afirma: "Esta solemne promesa no fue cumplida".

Y por buenas razones. Mientras los británicos prometían un reino digno de Harun al-Rashid a los jeques árabes, en secreto firmaban un acuerdo con el gobierno francés para compartir todo el Medio Oriente. Conocido como los protocolos Sykes-Picot, el acuerdo daría Siria, un país no petrolero, a los franceses y toda Mesopotamia, una tierra rica en petróleo, a los británicos. Los árabes, que habían librado una costosa guerra santa de liberación durante tres años, se encontraron muy por detrás de la bola ocho.
Wilson pareció sorprendido de que los británicos pudieran involucrarse en un doble trato y dio a conocer su disgusto:

Los Estados Unidos de América no apoyan los reclamos de Gran Bretaña y Francia sobre personas que no desean su protección. Uno de los principios fundamentales seguidos sistemáticamente por Estados Unidos es el respeto de la voluntad popular. En consecuencia, Estados Unidos quiere saber si los sirios están de acuerdo [en estar bajo el dominio francés] y si los mesopotámicos están de acuerdo [en estar bajo el dominio británico]. Puede que esto no sea asunto de Estados Unidos, pero dado que este asunto se presenta a la conferencia de paz, la única forma de abordarlo es averiguar qué quiere la gente de estas regiones. (Crisis mundial, p. 359)

Wilson propuso que se creara una comisión para estudiar el tema. Los aliados aceptaron con gusto, sabiendo muy bien que no influiría en el resultado final.
Churchill, que llamó a dicha comisión "el remedio de una anciana", no le preocupaba que, después de una larga gira por Oriente Medio, la comisión informara que ninguno de los países interesados deseaba ver una presencia extranjera y que todos querían nada menos que independencia.

Los británicos interpretaron los hallazgos de la comisión en el sentido de que la gente del Medio Oriente quería valerse del dominio británico. Después de un enconado regateo con los franceses, que se sentían defraudados del petróleo, los británicos entregarían a los franceses el 25% de las acciones que los alemanes habían invertido en empresas que exploraban petróleo durante la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad antes de la guerra. Un oleoducto transportaría el 25% del petróleo obtenido por las perforaciones británicas desde Mosul a los franceses en Siria.

Los franceses todavía se sentían engañados, pero aceptaron la oferta británica como algo mejor que nada. El gobierno envió tropas para ocupar Siria y expulsar al rey y su familia. La oposición fue reprimida por la fuerza de las armas.
Los británicos obtuvieron la mayor parte del Medio Oriente y lograron mantener a los franceses tranquilos con acciones alemanas y tierras árabes. Los árabes ni siquiera fueron un factor en la partición británica del Cercano Oriente.

Si los italianos, griegos y árabes habían sido utilizados y defraudados, los armenios sufrieron cien veces más.
Antes de la guerra habían sufrido una terrible persecución a manos de los turcos, que no tolerarían a un pueblo no turco que viviera cerca de las fronteras del Cáucaso. Cientos de miles fueron masacrados por hordas turcas sedientas de sangre, mientras que cantidades iguales fueron expulsados de sus hogares y pueblos y conducidos a desiertos sin caminos, y dejados morir de sed y hambre.
Churchill señaló que: "Se estima que así se eliminaron 1,2 millones, más de la mitad de la población armenia. Fue un crimen organizado ejecutado por razones políticas. Fue una oportunidad para que los turcos libraran el territorio [turco] de una raza cristiana . " (Crisis mundial, vol. IV, p. 400)
En 1917, el Tratado de San Stefano había prometido a Armenia "el fin de su larga servidumbre". Wilson había exigido que el Tratado de Versalles incluyera la constitución de una Armenia independiente, mientras que el primer ministro británico declaró: "Gran Bretaña ha decidido liberar a los armenios del yugo turco, para devolverles la libertad religiosa y política [de la que] tienen estado privado durante tanto tiempo ". Todos en la conferencia de paz estuvieron de acuerdo en que Armenia debería ser restaurada.
Discurso tras discurso subrayó la necesidad de ayudar a Armenia. Pero todo era verborrea vacía:
"La independencia y protección de Armenia", dijo el delegado estadounidense Westermann, "fue uno de esos problemas de los que se habló sin la intención de resolverlo jamás". (What Happened in Paris, p. 147)
Era otro caso de los hipócritas aliados que se proyectaban como parangones de virtud y democracia pero siguiendo un rumbo mercantilista. Armenia fue simplemente un apoyo para hacerlos sentir bien en los pomposos pasillos del gobierno y la diplomacia; no ofrecía ningún otro interés, ni manganeso, como en Georgia, ni petróleo como en Mosul, ni lobby como los judíos.
Los británicos se apresuraron a eludir el problema al pedirle a Wilson que asumiera la responsabilidad de la protección y supervivencia de Armenia. Westermann dijo: "La opinión liberal británica y francesa insistió en que se mostrara a nuestra delegación la urgente necesidad de establecer un mandato estadounidense en Armenia". (What Happened in Paris, p. 153)
De repente, Estados Unidos se enfrentó a un problema que no fue creado por él mismo. el Tratado de Sèvres proclamó a Armenia "un estado libre e independiente". Al presidente de los Estados Unidos se le "encomendó la determinación de la frontera entre Turquía y Armenia". Wilson, sin embargo, no vio este dudoso honor por lo que era y, exaltado, corrió a su máquina de escribir para escribir su aceptación: "Consideramos que es un deber cristiano y un privilegio para nuestro gobierno asumir la tutela de Armenia". (Bonsai, pretendientes y suplicantes, p. 319)
La alegría de los armenios al encontrar por fin un campeón dispuesto duró poco. Tan pronto como Wilson regresó a Washington, quedó totalmente absorbido por la politiquería local y rápidamente olvidó sus nobles palabras. Simplemente no hubo ningún millaje político en la cuestión armenia. De hecho, en el contexto de la política aliada y estadounidense, era estrictamente un problema.

El genocidio de los armenios continuó sin cesar. Churchill reconoció la tragedia: "La raza armenia desapareció de Asia Menor tan completamente como es posible que una raza desaparezca de un territorio". (La crisis europea, vol. IV, p. 399)
El delegado estadounidense a cargo de "asuntos armenios" recordó:

Podemos decir ahora mismo que Estados Unidos es directamente responsable del trágico destino de Armenia. Fue una venta total. Podríamos haber salvado a los armenios si hubiéramos aceptado un mandato sobre todo el norte de Anatolia. Se nos había ofrecido el mandato de Armenia y eludimos sus obligaciones. Armenia ha sido traicionada por el mundo civilizado. (El Nuevo Mundo, págs.147-148, 159)

Churchill se lamentó: "La historia buscará en vano el nombre de Armenia". Pero su gobierno fue tan responsable como, si no más, que el bienintencionado pero débil Wilson. Los estadounidenses no habían revuelto la olla de Oriente Medio y no habían prometido ayuda a todos.
Los supervivientes armenios fueron absorbidos por la Unión Soviética en las áridas montañas del sur del Cáucaso. Muchos murieron de frío y hambre, mientras que los que sobrevivieron sobrevivieron a duras penas. El delegado estadounidense concluyó: "El mundo occidental ha traicionado a los armenios. ¿Quién de nosotros podrá volver a mirar a un armenio a los ojos?"

El genocidio armenio marcó el episodio final de la intrusión aliada en los asuntos de Oriente Medio. Todas las personas habían sido utilizadas, traicionadas y expuestas a masacres. De esta montaña de muerte y tragedia, solo el establishment británico y los judíos se beneficiarían: solo ellos consiguieron lo que querían.
En Europa Central, el otro centro de muerte e inequidad, Alemania estaba sola. Herido, amenazado, al agotamiento de sus recursos, aguardaba el veredicto final. Cuando el drama de Versalles llegaba a su fin, Alemania esperaba al pie de la horca.

CAPITULO LXXV

La Liberación de Baviera

Mientras su destino lo dictaban en París enemigos vengativos, Alemania tuvo que hacer frente a la insurrección masiva que Lenin había desatado en su suelo. A pesar de la adversidad de la derrota y el hambre, y quizás a causa de ella, había surgido un nuevo espíritu patriótico. Alemania había sido completamente desarmada; contemplando impotente el terror comunista esparciendo la destrucción por toda la tierra. Mientras la conferencia de paz imponía un "Diktat" de castigo y mutilación, voluntarios alemanes de todo el Reich se enfrentaron a los comunistas. Resistieron el terror marxista practicando un terror mayor, lo único que entienden los comunistas.
Desde Berlín hasta las ciudades del norte y el Ruhr, los alemanes tuvieron que luchar en un feroz combate contra los bolcheviques. Pulgada a pulgada recuperaron su país. El centro del terror comunista fue la Baviera ocupada por los soviéticos. Los comunistas desplegaron un ejército rojo, 60.000 hombres y armados hasta los dientes; habían ocupado Baviera durante seis meses y estaban respaldados, no sólo por Lenin, sino también por poderosos masones de Occidente. Todos

Los líderes comunistas en Baviera eran judíos, al igual que 753/4 de los jefes soviéticos en Moscú eran judíos.
El estudio objetivo de la evolución del nacionalsocialismo debe considerar en todo momento cuán constante fue la participación de los judíos en la creación, dirección e implementación de las revoluciones comunistas que hundieron a Alemania en un reino de terror sangriento en 1918 y 1919.

Ya en 1917, cuando Alemania estaba en condiciones de ganar la guerra, los agentes judíos habían saboteado el esfuerzo bélico. Fue el militante judío de izquierda, Cohen, quien organizó y dirigió la huelga masiva en todas las fábricas de municiones de Alemania en abril de 1917. Cohen sacó a ciento veinticinco mil trabajadores estratégicos de las fábricas de las que dependía la supervivencia del ejército alemán. .
El 6 de julio de 1917, el diputado judío David había exigido al gobierno alemán "una declaración precisa, análoga a la del Consejo de Trabajadores y Soldados Soviéticos sobre Rusia". El 27 de junio de 1917 rubricó demandas similares: "La Revolución Rusa nos ofrece una oportunidad que no debemos perder. Rusia seguirá en manos de la Entente mientras el gobierno alemán no cumpla con la fórmula de paz de Petrogrado". (Scheidemann, El colapso, p. 186)

Nadie en Alemania olvidaría jamás después de la guerra que los líderes y agentes judíos comunistas casi se habían apoderado de la nación alemana. Declarar estos hechos no es una declaración "antisemita", sino simplemente una explicación histórica de por qué casi todos los alemanes albergaba resentimiento antijudío.

En la primavera de 1919, la principal preocupación de Lenin era fortalecer su satélite bávaro, que consideraba el trampolín para la invasión de Europa. Una vez más, miles de ex prisioneros de guerra rusos fueron reclutados y enviados a engrosar las filas del ejército rojo bávaro. Los aliados y, en particular, el gobierno francés estaban dispuestos a eximir a la Baviera comunista de reparaciones punitivas si se separaba de Alemania.

Lenin había instalado a tres tiranos judíos comunistas (Axelrod, Levien y Leviné) para imponer el terror en Baviera. El ejército rojo estaba bien pagado y bien alimentado, mientras que la población en general pasaba hambre.
El ciclo del terror comunista finalmente se rompió cuando los voluntarios de Noske, después de días de heroica lucha, derrocaron a los tiranos. El número de víctimas de los comunistas fue alto, como en Berlín, donde más de diez mil comunistas cayeron bajo los golpes de Noske. Es relevante en esta coyuntura señalar que fue un gobierno socialista, socio de coalición de los comunistas, el que dio la orden de liquidar a los bolcheviques.
La llamada "izquierda moderada" no tardó en superar aterrorizada a los comunistas cuando se sintió amenazada por sus socios.
Los socialistas habían aprovechado los sentimientos patrióticos de los alemanes por su salvación, e indirectamente, la de Alemania.
Los delegados a la conferencia de paz observaron impasible la lucha a vida o muerte en Alemania. Alemania había emergido después de cuatro años de guerra y dos años de revolución agotada pero viva. Los aliados, que deseaban la destrucción de Alemania por encima de todo, todavía estaban decididos a derrocar a Alemania, si no mediante la revolución bolchevique, al menos mediante reparaciones masivas. Sin duda, era un dilema al que debieron enfrentarse muchos buscadores de venganza: ¿Cómo se podía esperar que una Alemania arruinada pagara las enormes reparaciones establecidas por el Tratado de Versalles?
Había llegado el momento de que Lloyd George y su grandilocuente colega Churchill exprimieran el proverbial limón blandido frente al electorado.

CAPITULO LXXVI

Gran dinero

A pesar de la proscripción formal de cualquier tipo de anexión por los Catorce Puntos de Wilson, los Aliados habían hecho todo lo posible para revertir esta política. Sobre el tema de las "reparaciones", el delegado estadounidense John Foster Dulles había declarado que la conferencia de paz sería. . .

. . . en presencia de un contrato que limita el derecho de los Aliados [el armisticio]. Esta no es una página en blanco, sino una página negra con texto, firmada por Wilson, Clemenceau, Orlando y Lloyd George. La propuesta de Estados Unidos es, en consecuencia, que se reclamen a Alemania las reparaciones, pero solo las estipuladas durante el contrato suscrito con Alemania sobre las condiciones de paz. (Tardieu, Paz, p. 317)

La demanda de Dulles de que se cumpliera el contrato encontró oposición inmediata. El delegado serbio Protich, que había clavado tan rápidamente sus garras en 9 millones de no serbios, insistió en que sólo Alemania estaba obligada a cumplir el contrato: "Los Catorce Puntos", declaró, "sólo eran válidos para Alemania y no para el Aliados ". (Tardieu, pág.18)

Por lo tanto, Alemania estaría obligada por el acuerdo, pero no los Aliados. El hecho de que una desigualdad tan flagrante pudiera promoverse seriamente en la conferencia de paz era indicativo del estado de ánimo de los aliados. El ministro de Finanzas judío Klotz, en representación de Francia, insistió por su parte en que el acuerdo entre Alemania y los Aliados solo era válido para el día en que se firmó.

Dulles recordó a la conferencia:

La correspondencia diplomática de octubre de 1918 tenía por objetivo no una base para el armisticio sino una base para la paz. Se había encomendado a la conferencia que se ocupara de la paz y nada podía cambiar lo que se había aceptado como base de la paz. (Tardieu, pág.319)

Los británicos, que ya se habían beneficiado de los activos, las colonias y los barcos alemanes, exigieron que "Alemania pagara reparaciones por todos los daños causados a la población civil".
Aquí nuevamente se dejó a los Aliados la interpretación del monto de las reparaciones. Clemenceau fue inequívoco: "Es importante afirmar que nuestro derecho a indemnización no está limitado".

Los aliados procedieron a redactar un enorme proyecto de ley de reparaciones. En un inusual estallido de franqueza, el economista británico John Maynard Keynes calculó que la factura de reparaciones francesa de 250 mil millones era casi tan grande como el producto nacional bruto de Francia. Preguntó retóricamente: "Si tuviera que gastar el dinero que desea para la reconstrucción de Francia

regiones del norte devastadas, puedo afirmar que no podrías usarlo "(Tardieu, p. 386).

Los políticos belgas exigían reparaciones superiores a la riqueza total del país antes de la guerra, a pesar de que Bruselas, Amberes y Ostende se habían librado de los estragos de la guerra. Keynes calculó: "El precio real de reemplazar las plantas y equipos industriales" no era "muy alto y unas pocas decenas de millones cubrirían bien el valor total de todas las máquinas que Bélgica podría haber tenido" (Keynes, The Economic Consequences of the Paz, pág.104). Los políticos incluso habían llegado a exigir "los beneficios y beneficios que los belgas podrían haber obtenido sin la guerra".
Durante la guerra, las clases mercantes belgas habían acumulado más de 6 mil millones de marcos alemanes mientras comerciaban con los supuestamente bárbaros "hunos". Los gobiernos y los bancos corruptos se embarcaron en un frenesí de tráfico de divisas, legalizado para los partidos con medios e influencia. A expensas de los contribuyentes, el gobierno belga compró moneda alemana de la posguerra a precios anteriores al armisticio, a pesar de la fuerte caída del valor del marco en el año 1919. Como de costumbre, la gente pagó el precio de esta estafa bancaria.

Otro reclamante vociferante fue el primer ministro de Australia, "Bill" Hughes. Los políticos australianos estaban compitiendo entre sí para hacer las órdenes de su amo británico. En teoría, una nación independiente, Australia había declarado la guerra a Alemania, aunque no tenía disputas con Alemania. Durante la guerra se apoderó de los territorios alemanes del Pacífico, persiguió a su propia gran población alemana (que había contribuido tanto al desarrollo del país), así como a su población irlandesa (que estaba a favor de permanecer neutrales). Como en guerras británicas anteriores, las tropas australianas habían sido transportadas a unas 14.000 millas de su tierra natal para luchar por la "madre patria".
Es asombroso que Hughes haya tenido la audacia de pedir reparaciones a Alemania. Si el gobierno australiano hubiera estado tan ansioso por librar las guerras de Gran Bretaña, debería haber sido Gran Bretaña quien pagó la cuenta. Sin embargo, aquí estaba el astuto galés de Australia exigiendo: "Si un criador de ovejas australiano tuviera que hipotecar su casa debido a la crisis causada por la guerra y si terminara perdiendo su casa, esta pérdida constituiría un gasto de guerra a ser reembolsado por Alemania. . " (What Happened in Paris, p. 210)

Una cosa que tenían en común estas escandalosas afirmaciones era la codicia material del tipo más vil. Todos clamaron por miles de millones contra la pérdida de propiedades, pero no se dijo nada sobre la pérdida de vidas humanas en los campos de batalla. Los gobiernos y los banqueros superricos se llenarían los bolsillos, pero ni un centavo iría a parar a los millones que habían perdido a sus parientes salvo por pensiones miserables. A los burócratas, sin embargo, les fue mucho mejor; Se hicieron fuertes reclamos en su nombre: se otorgaron pensiones de "guerra" a legiones de funcionarios que nunca habían visto un campo de batalla, y que habían pasado la guerra en la comodidad y el anonimato anónimo de las sinecuras del gobierno.

Mientras los aliados contaban miles de millones de indemnizaciones, no habían podido averiguar si Alemania estaba en condiciones de pagar. Alemania se había desangrado durante cuatro años de guerra en dos frentes. El armisticio acababa de privarla de 5.000 locomotoras, 150.000 vagones de ferrocarril y 5.000 camiones, que, en aquellos días, era un número considerable. En unos meses, Alemania había perdido el carbón, el mineral de hierro y otros minerales de Alsacia-Lorena y el Sarre, los productos agrícolas de Prusia Occidental y las minas de Silesia, todos los cuales habían sido requisados por los Aliados. Más de 2 millones de soldados habían muerto en el frente, mientras que otros 3 millones estaban demasiado discapacitados para trabajar en la industria. Durante el invierno de 1918-19, cientos de miles de niños murieron de frío.

o hambre porque los aliados mantuvieron a Alemania bloqueada, a pesar del armisticio, durante seis largos meses. Los comunistas enviados por Lenin habían socavado aún más la economía del país mediante huelgas y sabotajes organizados. Alemania estaba agotada; los aliados le habían quitado los medios para recuperarse.

Cegados por el odio y la estupidez, los aliados querían extraer miles de millones de Alemania y al mismo tiempo destruir la viabilidad del país. Los políticos eran prisioneros del odio ciego que habían promovido durante años.

El verdadero crimen de guerra, incluso más que matar, es envenenar a las masas con odio, haciendo imposible que generaciones vuelvan a la razón y la objetividad, sentando así las bases para la próxima guerra. Así como habían avivado el odio para que su gente luchara por los intereses económicos de unos pocos, los políticos ahora avivaban el odio por las ventajas electorales.

En 1919 Clemenceau había tenido el poder de llevar a la opinión pública a una política constructiva de realismo y reconciliación, pero optó por la venganza. Lloyd George, de la misma forma, tanto si creía en destruir Alemania como si no, se vio envuelto en el odio que había generado durante cuatro años y se unió al coro por las reparaciones. Wilson pudo haberlo desaprobado, pero parecía impotente para hacer algo al respecto.

En el lado aliado, algunos hombres dieron a conocer sus recelos sobre imponer tal carga a Alemania. El delegado inglés, Harold Nicolson, mostró una objetividad notable durante todo el proceso. Incluso Churchill y House, al final, pudieron ver que el tratado sería contraproducente.

Curiosamente, fue el economista John Maynard Keynes, entonces profesor universitario, quien pidió un mínimo de reflexión y moderación entre los delegados. Presentó hechos y cifras que demostraban de manera concluyente que si Alemania fuera aplastada, no estaría en condiciones de pagar ninguna reparación. Parecería que cualquiera podría entender una proposición tan elemental, pero los Aliados no entendieron.

Keynes señaló: "La única consideración ahora es establecer si Alemania está en condiciones de pagar qué a quién".

Estimó que Bélgica había incurrido en pérdidas de 500 millones de libras esterlinas; Las pérdidas de Francia ascendieron a 900 millones de libras y las de Gran Bretaña a 540 millones. Se calcularon otros 250 millones de libras para los estados clientes de los Aliados. El total ascendió a poco más de 2 mil millones de libras esterlinas, o 10 mil millones de dólares. Esta cifra fue, dicho sea de paso, 10 veces más de lo que Alemania había exigido a Francia después de su victoria de 1871. Keynes

concluyó:

Somos conscientes de que estas cifras son correctas. Podemos decir que de acuerdo con los compromisos asumidos por las potencias aliadas antes del armisticio, la responsabilidad de Alemania se sitúa entre 1,6 y 3 mil millones de libras esterlinas. Ésta es la cantidad que tenemos derecho a exigirle al enemigo. (Keynes, Consecuencias económicas de la paz, p. 114)

Más tarde, Keynes agregó:

Hubiera sido prudente pedirle al gobierno alemán durante las negociaciones de paz que aceptara pagar 2 mil millones de libras esterlinas como un acuerdo final sin ceñirse a más detalles. Esto habría proporcionado una solución firme e inmediata. Le hubiéramos pedido a Alemania que pagara una cantidad a su alcance a cambio de determinadas concesiones. Esta suma habría sido luego compartida por los Aliados de acuerdo con sus necesidades y de acuerdo con la equidad.

La delegación estadounidense exigió que Alemania pagara 5 mil millones de dólares antes del 1 de mayo de 1921, dos años después del Tratado de Versalles.

El informe estadounidense declaró:

Después de este día, no parecería descabellado recuperar otros 25 mil millones de dólares. Para obtener este resultado, era necesario que las demás cláusulas del tratado no agotaran los recursos económicos de Alemania. Además, el tratado no debería obstaculizar mediante aranceles o de otro modo el desarrollo de la industria alemana. Por último, debería permitirse a Alemania liquidar una parte razonable de su deuda en marcos alemanes. (What Happened in Paris, pág.215)

A pesar de esta propuesta, cláusulas drásticas, que otorgaron a los vencedores tarifas ventajosas e impidieron que Alemania pagara reparaciones.
en marcas, se impusieron.

Lloyd George había prometido a los votantes británicos "exprimir el limón alemán hasta que chirriaran las pepitas", un eslogan acuñado por Sir Eric Geddes, y Clemenceau mantuvo a la multitud en un frenesí de expectativa vengativa.
Se animó a la gente a presentar afirmaciones astronómicas: todas las mujeres habían perdido repentinamente su peso en oro y diamantes; todo hombre había perdido mansiones e imperios comerciales. En la lista oficial de reclamaciones se podía leer: reparación por maltrato, 1.870 millones de francos oro; pérdida de salario, 223 millones de francos oro; dificultades para los civiles, 1,27 mil millones de francos oro.
En total, el proyecto de ley de reparaciones alcanzó los billones. El propio Tardieu describió estas fantásticas figuras:

Llegamos a un total de mil billones, a pagar en 50 años. Con interés serían 3.000 billones, una suma enorme, casi irreal. Sin embargo, si cumpliéramos hasta el final, el principio de reparación integral, también reclamaríamos, de acuerdo con la justicia, daños indirectos, pérdidas comerciales, pérdidas de ganancias, etc. Llegaríamos a un fabuloso total de 7.000, 8.000, 10,000 billones. (Tardieu, Paz, p. 320)

Con tales cifras excediendo la cantidad calculada por los expertos más de 2000 veces, y defendidas con entusiasmo por millones de personas, había pocas posibilidades de que prevaleciera la razón.

Tardieu tomó nota de que los miembros del gabinete británico habían sido unánimes al pensar que a Alemania se le pidió que pagara más de lo que podía. Exigieron que "el carácter ilimitado e indefinido" de la deuda impuesta a Alemania "sea, en consecuencia, revisado fundamentalmente".
Lloyd George pudo haber estado de acuerdo, pero respondió: "Le tomo el pulso a la opinión pública y debo tenerlo en cuenta".
La "opinión pública" creada por la prensa y los políticos prevalecía sobre la cordura. Tardieu y Clemenceau no se movieron de su posición de que Francia "se negaría a renunciar a su derecho a recibir una compensación completa".
Por lo tanto, los aliados se embarcarían en una política de exprimir billones de dólares a Alemania: una receta para la agitación social y una eventual guerra.

CAPITULO LXXVII

Reparaciones ciegas

Fue una ironía de la historia que la intransigencia aliada de "exprimir el limón alemán hasta que chirriaran las pepitas" trajo algunos beneficios inesperados a Alemania. Cargados con reparaciones astronómicas, los alemanes se vieron obligados a trabajar día y noche. Eventualmente, el axioma de que la riqueza de una nación está en su fuerza laboral resultaría correcto: Alemania sobreviviría.

Por otro lado, los aliados, en particular los franceses, prácticamente se deshicieron de sus herramientas ante la perspectiva de miles de millones en su camino. Tanto se había clamado sobre las bonanzas de mil millones de dólares que la actitud general se volvió laxa; la industria y la productividad se hundieron a niveles peligrosamente bajos. ¿Por qué trabajar cuando incontables miles de millones les caerían como maná del cielo?

Es probable que si el Tratado de Versalles no hubiera concedido a Francia miles de millones de alemanes, hubiera sido cien veces más dinámica a principios de 1940, cuando fue abrumada por la Wehrmacht en cuestión de semanas. Los franceses tuvieron la desgracia de ser liderados por demagogos que perseguían mil millones en la década de 1920 y el judeo-marxista Leon Blum en la década de 1930, todos vendedores ambulantes de ilusión y derrota. El declive de Francia durante esos veinte años de mala gestión fue asombroso.

Aunque los alemanes tenían un gobierno mediocre en la década de 1920, eso no les impidió trabajar. Acosados por todos lados, los alemanes solo confiaban en sí mismos para escapar de una situación intolerable. Los aliados se basaron en ilusiones; los alemanes, en el trabajo.

Para hacer realidad sus ilusiones, los aliados descendieron sobre Alemania como buitres, luchando por minas, patentes y fábricas. El artículo 8, cláusula 3 del tratado dio a los aliados la marina mercante de Alemania (los británicos ya se habían embolsado todos los buques de guerra alemanes): "Alemania dio a los aliados todos los barcos de su marina mercante más de 1.600 toneladas y una cuarta parte de su flota pesquera . " La orden no solo incluía barcos que enarbolaban la bandera alemana, sino también cualquier embarcación perteneciente a ciudadanos alemanes, incluso si enarbolaba la bandera de otro país, ya sea en alta mar o en construcción. También se ordenó a Alemania que construyera 200.000 toneladas al año en sus astilleros para beneficio de los Aliados. Esto fue más de la mitad de la producción alemana de antes de la guerra.

Por tanto, Alemania no tendría suficientes barcos para transportar sus importaciones necesarias. Este fue un movimiento deliberado para obligar a Alemania a depender de barcos extranjeros para su comercio y suministros. Los operadores de flotas mercantes aprovecharon la oportunidad para cobrar tarifas exorbitantes, que los alemanes tuvieron que pagar en moneda fuerte. No había límite y, en palabras de Keynes, cobraban "tanto como podían extorsionar". (Las consecuencias económicas de la paz, p. 62)

Después de confiscar la marina mercante alemana, los aliados procedieron a confiscar la propiedad privada en todo el mundo. Durante las guerras pasadas, la propiedad extranjera había sido secuestrada hasta la ratificación de los tratados de paz, cuando volvería a ser propiedad de sus legítimos propietarios. Esta vez, sin embargo, la propiedad alemana estaba siendo confiscada permanentemente:

Las potencias aliadas se reservan el derecho de conservar o disponer de activos pertenecientes a ciudadanos alemanes, incluidas las empresas que controlan. (Artículo 267 B). Esta venta al por mayor

la expropiación se llevaría a cabo sin indemnización alguna a los propietarios. (Artículos 121 y 297 B)
Como si esto fuera poco, los alemanes seguían siendo responsables de los pasivos y préstamos sobre los activos que les quitaron. Las ganancias, sin embargo, permanecieron en manos de los aliados. Así, la propiedad y los activos privados alemanes se consolidaron en China (artículos 129 y 132), Tailandia (artículos 135-137), Egipto (artículo 148), Liberia (artículos 135-140) y en muchos otros países.
A Alemania también se le impidió invertir capital en cualquier país vecino, y tuvo que renunciar a todos los derechos "a cualquier título que pudiera poseer en estos países".
Los aliados tuvieron libre acceso al mercado alemán sin el menor arancel, mientras que los productos fabricados en Alemania enfrentaron altas barreras arancelarias extranjeras. Los artículos 264 a 267 establecieron que Alemania "se compromete a otorgar a los aliados y sus asociados el estatus de naciones más favorecidas durante cinco
años."
Alemania, por supuesto, no tenía tal estatus.
En total había 27 naciones, la mayor parte de las naciones comerciales del mundo, con derecho a exportar lo que quisieran a Alemania sin pagar un centavo. Los productos alemanes estaban sujetos a interminables barricadas aduaneras. Wilson no pudo evitar advertir a sus colegas: "Señores, mis expertos y yo consideramos que esta medida es incorrecta. Creemos que ustedes serán los primeros en sufrirla".
Los aliados no estaban preocupados. Pasaron a tomar el control de las aduanas alemanas en Renania, así como en los ríos de Alemania. El Rin, el Danubio, el Elba y el Oder quedarían bajo el control de comisiones aliadas. En todas estas comisiones los alemanes tendrían una participación minoritaria. Los extranjeros que no tuvieran la menor experiencia con la economía alemana presidirían con poderes dictatoriales.

Keynes elaboró sobre este gran robo en el río:

En cada caso, la representación se organizó para colocar a Alemania en una posición minoritaria. La comisión del Elba otorgó a Alemania cuatro votos sobre diez, el Oder tres votos sobre nueve, el Rin cuatro sobre 19. Por lo tanto, muchos de los asuntos locales e internos de Hamburgo, Magdeburgo, Dresde, Stettin, Frankfurt y Breslau serían sometidos a una jurisdicción extranjera. La situación sería la misma si las potencias de Europa continental estuvieran controlando la Comisión del Támesis o el Puerto de Londres.

El artículo 339 del tratado ordenaba que 20 70 de los cargueros fluviales serían elegidos entre "los más recientemente construidos" y confiscados por los aliados. Incluso los derechos de agua fueron monopolizados por los Aliados, bajo el Aritcle 358.

Igual de significativo fue el saqueo de las minas de hierro y carbón de Alemania, el pilar de su economía; la toma británica de la armada alemana incluso antes de la conferencia de paz; y la transferencia fraudulenta del este de la Alta Silesia a Polonia. Alemania se vio repentinamente privada de casi 61 millones de toneladas de su producción de carbón: 3,8 millones de Alsacia-Lorena, 13,2 millones de Sarre y 43,8 millones de Alta Silesia.
La producción de carbón de Alemania antes de la guerra era de 191,5 millones de toneladas: ahora quedaba con 118 millones después de la confiscación del resto. Además, el gobierno francés garantizó 80.000 toneladas de sulfato de amonio, 35.000 toneladas de benceno y 50.000 toneladas de alquitrán por el tratado.

El consumo de carbón de Alemania antes de la guerra había sido de 139 millones de toneladas. El artículo 8 del tratado requería que Alemania exportara 40 millones de toneladas de carbón a los aliados cada año. Esto era casi la mitad de lo que Alemania necesitaba para sus propias necesidades. Keynes dijo: "Alemania no puede y no concederá una contribución anual de 40 millones de toneladas de carbón. Los ministros aliados que dijeron que Alemania ciertamente podría haber mentido a su propia gente". Los aliados pretendían subordinar la industria alemana a su uso exclusivo. Era totalmente aberrante: Alemania no podía desprenderse del carbón necesario para su supervivencia industrial. Keynes fue bastante claro: "Alemania, si quiere subsistir como nación industrial, simplemente no puede exportar carbón en los próximos años ... Cada millón de toneladas que sale de Alemania lo hace al precio de cerrar una fábrica". (The Economic Consequences of the Peace, p. 81) Alemania estaba experimentando condiciones cercanas a la hambruna. Fue en este momento que los aliados decidieron confiscar una parte sustancial de lo que quedaba del ganado de Alemania. El representante estadounidense Thomas Lamont registró el hecho con cierta indignación:

Los alemanes fueron obligados a entregar ganado, caballos, ovejas, cabras, etc. Una fuerte protesta vino de Alemania cuando las vacas lecheras fueron llevadas a Francia y Bélgica, privando así a los niños alemanes de la leche. (Lo que sucedió en París, p. 220)

La escasez de alimentos fue tal que 60.000 mineros del Ruhr se negaron a trabajar horas extraordinarias a menos que se les pagara, incluso en forma de mantequilla.

Cuando se hizo evidente que Alemania no podría entregar el carbón ordenado por el tratado, los aliados redujeron la cantidad de 43 millones de toneladas a 20 millones de toneladas.

En 1918, Alemania extrajo 75070 de su mineral de hierro de Alsacia-Lorena: 21,1 millones de toneladas, de un total nacional de 28,6 millones. Para mantener sus fábricas en funcionamiento, se debería haber permitido a Alemania cambiar su coque de Westfalia premium por parte del mineral de hierro de su antigua provincia de Alsacia-Lorena. Sin ese intercambio, la metalurgia alemana se detendría. El gobierno francés se opuso rotundamente a cualquier acuerdo que representara una amenaza para sus acerías recién adquiridas. La cooperación que habría ayudado a ambos países dio paso a una competencia feroz con duplicaciones contraproducentes. A la larga, el gobierno francés salió perdedor, pero nuevamente el odio fue más importante que el sentido común. Keynes comentó filosóficamente: "La gente ha inventado métodos para empobrecerse y dañarse unos a otros.

Tardieu vio la pérdida de producción de acero de Alemania como una victoria de su política de venganza.

La toma aliada de la flota alemana se llevó a cabo con el mismo espíritu. Tardieu explicó: "No queríamos dinero como contraprestación por los barcos hundidos; queríamos barcos para ganar dinero". (Paz, p. 450)

Los británicos se apoderaron de un total de 2 millones de toneladas de capacidad de transporte, mientras que los franceses tuvieron que arreglárselas con 410.000 toneladas. Ahora bien, si los alemanes querían llevar comida a una población hambrienta, tenían que pagar el flete en marcos de oro por el uso de sus embarcaciones confiscadas. Por otro lado, cuando Alemania tuvo que exportar su carbón de conformidad con las disposiciones del tratado, solo se le acreditaba un tercio de su valor de mercado. Los dos tercios restantes se destinaron a reducir, aunque sea ligeramente, los miles de millones que se le ordenó a Alemania pagar por las reparaciones. Fue totalmente arbitrario y, a la luz del sufrimiento de la población alemana (los niños en realidad se estaban muriendo de frío por falta de combustible), era completamente inmoral.

Tardieu, el gran maestro masónico, dio poca importancia al amor fraternal y la caridad cuando leyó el libro de contabilidad de los aliados:

El capital alemán ha sufrido de otras formas, empezando por la confiscación de sus activos extranjeros. Aproximadamente 5 mil millones [marcos] se obtuvieron de sus bienes raíces. Los activos secuestrados por los Aliados y sus asociados representan de 11 a 13 mil millones y los préstamos externos llegan a 2 mil millones; en total un total de 20 mil millones. Los préstamos que Alemania había hecho a los aliados, por un valor de 12 mil millones, no pueden deducirse de esta pérdida, ya que el artículo 261 del tratado los había transferido a los aliados. Por tanto, la pérdida de capital alemana asciende a 20 000 millones a nivel extranjero. A estos 20 000 millones se pueden añadir otras pérdidas fácilmente calculables: destrucción de existencias, 20 000 millones; daños causados por la invasión rusa de Prusia Oriental, 2 mil millones. Según el artículo 235, Alemania debe entregar a los aliados antes del 1 de mayo de 1921, 20 mil millones de marcos en oro o su equivalente en barcos, ganado, manufacturas, etc. . . En total, esto significa una pérdida de capital de 62 mil millones para Alemania. (Paz, p. 358)

Si Tardieu y los aliados estaban satisfechos con la pérdida de 105 mil millones de marcos de Alemania, así como con la carga adicional de 151 mil millones de marcos en préstamos de guerra (era un castigo terrible y "apropiado"), también querían que Alemania cumpliera con todos los términos. del tratado. Era un absurdo que solo el odio ciego podía producir. Los aliados estaban en la posición de un amo de esclavos consumido por el odio y dividido entre querer a su esclavo muerto y ser altamente productivo al mismo tiempo. Se esperaba que Alemania, privada de sus activos, su carbón, su hierro, su ganado y sus barcos, produjera miles de millones para compensar a los vencedores.

Cuando lo obvio se hizo evidente incluso para los aliados, Tardieu ideó una fórmula para "reducir el consumo alemán". Según Tardieu, los alemanes casi hambrientos comían demasiado y consumían demasiado de todo. A Alemania se le ordenó apretarse el cinturón en un tercio, de 33 mil millones a 22,8 mil millones. Pero, ¿qué representarían estos insignificantes 10,2 mil millones de marcos en la deuda total de miles de miles de millones? Una gota en el océano, que, sin embargo, causaría crueles privaciones entre la población alemana en general.

Mientras tanto, los electorados francés y británico clamaban por los "miles de millones de los hunos". Sus políticos los habían azuzado en un frenesí de codiciosas expectativas, al canto de "los hunos pagarán". Si no lo hacían, los políticos prometieron: "Iremos a Alemania y nos ayudaremos a nosotros mismos".

* * *

Tardieu declaró a los votantes:

Nuestra producción de hierro ha aumentado de 21 millones de toneladas antes de la guerra a 43 millones, hierro fundido de 5 a 10,5 millones de toneladas, acero de 4,5 a 9 millones de toneladas. La lana aumentó en 25010 y el algodón en 3010. La recuperación de Alsacia-Lorena nos coloca a la par con Alemania en la producción de hierro fundido, del que produjo tres veces más que nosotros, y Gran Bretaña, que produjo el doble. Somos los primeros en mineral de hierro, los segundos en hierro fundido y acero. Podemos exportar hasta 20 millones de toneladas de mineral de hierro. Nuestras exportaciones de algodón se han duplicado de la noche a la mañana. La riqueza de hoy, pero sobre todo la de mañana, será consecuencia del Tratado de Versalles.

Gracias al botín de Versalles, el gobierno francés había reconstruido la mayoría de las zonas de Francia dañadas por la guerra, pero exigía cada vez más miles de millones.

Aunque la guerra no se libró de su lado, los políticos británicos no fueron menos exigentes que los franceses. Lloyd George había prometido al electorado británico exigir y obtener 120.000 millones de dólares de Alemania. Wilson había advertido tímidamente a Lloyd George que tal exigencia "contravendría lo que habíamos hecho esperar al enemigo y que ahora no podíamos cambiar de opinión simplemente porque teníamos la fuerza de nuestro lado". (What Happened in Paris, p. 211)
Afortunadamente, hablando relativamente, para Alemania, Lloyd George era un verdadero político, experto en torcer y romper promesas electorales. La realidad lo obligó a bajar sus demandas a 10 mil millones, que era la cantidad que John Maynard Keynes había calculado en primer lugar.

Los políticos franceses, por su parte, no tenían intención de transigir: el odio era su única realidad. Exigieron que Alemania pagara $ 350 mil millones. La prensa aún encontró la cantidad escandalosamente baja. Algunos delegados franceses expresaron sus dudas en privado: ¿cómo se puede producir una tonelada de carne a partir de un pollo? Pero se habrían hecho trizas si hubieran expresado sus opiniones públicamente.
La delegación estadounidense intentó moderar estas cantidades fantásticas, pero fue en vano. Wilson finalmente renunció: "El gobierno francés navega por un mar peligroso, siempre confiando en el sentimiento popular. Tiene que gobernar de acuerdo con el viento".

CAPITULO LXXVIII

Alemania sola es culpable

Los aliados no pudieron ponerse de acuerdo sobre una cifra que cubriera todas las reparaciones. La delegación estadounidense se había vuelto escéptica sobre las cantidades astronómicas reclamadas por Tardieu y sus asociados, pero no hizo nada para reducirlas. En cambio, decidió no especificar una cifra y dejó esta tarea a una comisión denominada "Conferencia Permanente de Reparación". Esta comisión fue un basurero para acuerdos y negociaciones fallidos. Su nombre oficial y sonoro estaba destinado a dar la impresión de que los problemas se estaban resolviendo. De hecho, fue una forma de que los políticos cobardes pusieran la implementación del Tratado de Versalles en manos de burócratas sin rostro.
La conferencia recibió un cheque en blanco en el que escribir la cifra que estimara apropiada. El tratado decía:

El tratado determina los daños que Alemania debe pagar sin decir cuánto o cómo pagará ...
La determinación del monto total adeudado por Alemania queda a discreción de la Conferencia Permanente de Reparaciones.
La Conferencia fijará la cantidad, cualquiera que sea su total, sin tener en cuenta la capacidad de pago de Alemania.

Por tanto, la decisión de la conferencia sería definitiva y vinculante.

¿Alemania estaría en condiciones de pagar? Esto nunca estuvo en la agenda de la conferencia. Sin embargo, se habían hecho provisiones en caso de que Alemania no pagara a tiempo: Alemania sería invadida.
Los "hunos", como llamaban a los alemanes la prensa británica y estadounidense, nunca habían sido consultados durante toda la conferencia de paz de París, a pesar del solemne compromiso de Wilson de que lo serían. El Alto Mando alemán nunca fue recibido por su contraparte aliada. Las decisiones de la conferencia de paz se comunicaron a Alemania solo después de que las hubieran acordado los Aliados, al igual que un juez que lee una sentencia de muerte, excepto que, en términos generales, se habría llegado a una decisión judicial mediante el debido proceso legal, con abogados representantes. el imputado y con la comparecencia de testigos. En el caso de la conferencia de paz, al acusado nunca se le permitió mostrar su rostro, ni a nadie se le permitió ofrecer ninguna forma de defensa. Todas las acusaciones realizadas fueron aceptadas como hechos.

Incluso en un juicio de la Inquisición, al presunto hereje, con una capucha sobre la cabeza, se le permitió estar presente durante todos los procedimientos públicos. En París no hubo ni campana ni debate: se entregó un texto condenatorio a los alemanes "culpables".
El conde Brockdorff, el representante alemán, se sorprendió cuando la comisión aliada no especificó la cantidad que Alemania tendría que pagar en concepto de reparaciones. Los aliados tenían un cheque en blanco, e incluso una oferta alemana de duplicar lo que había propuesto Keynes fue recibida negativamente. Esto representó 100 mil millones de marcos de oro, que era 25 veces más de lo que los alemanes habían impuesto a Francia después de la guerra franco-prusiana de 1870-71. En ese caso, Alemania había invadido Francia e inequívocamente ganó la guerra. En 1918, en el momento del armisticio, los aliados no habían logrado poner un pie en suelo alemán. Por el contrario, el mariscal von Hindenburg y las tropas alemanas controlaban suelo belga y francés.
Los alemanes habían depuesto las armas porque creían en los términos formulados por Wilson. Los aliados habían roto la palabra de Wilson. Ahora, después de numerosos fraudes y traiciones, Alemania se vio reducida a rogar a los Aliados que indicaran el precio de su castigo.
Los aliados no solo no habían decidido una cantidad, sino que tampoco sabían cómo se dividiría esta reparación multimillonaria.

Lloyd George propuso, después de mucho debate: "Sugiero que Francia reciba 50 70 de lo que pagará Alemania, Gran Bretaña 30 70 y los demás países 20 70. Esta proporción le dará a Francia una marcada preferencia. Pero yo no podría, antes de la opinión británica , vaya por debajo de la proporción que reservo para Gran Bretaña ".
Esta propuesta provocó un regateo furioso. Los británicos, que se habían ayudado tan generosamente antes del tratado, podían permitirse ser generosos con un porcentaje intangible de miles de millones quiméricos. Tardieu, cegado por el odio y la codicia, se resistió a la sugerencia de Lloyd George. Envió a su ministro de finanzas, Loucheur, al ataque:

Loucheur declaró inaceptable esta propuesta. Les recordó que Francia ya había aceptado un compromiso al no hablar más de prioridades. Su aceptación final sería del 56 / o para Francia y del 25 70 para Gran Bretaña. (Paz, p. 388)

Este tipo de regateo, más digno de un bazar oriental que de los líderes de las naciones occidentales civilizadas, continuaría durante meses.
Los aliados y sus clientes clamaban por aumentar su porcentaje de piel de Alemania.

El gobierno de Australia lamentaba haber perdido "más hombres que Estados Unidos" y, por lo tanto, tenía derecho a más dinero. Si Australia hubiera afirmado su supuesta soberanía y se hubiera negado a pelear la guerra de Gran Bretaña, la pregunta no habría surgido.
Nueva Zelanda también estaba exigiendo dinero por los hombres perdidos. Lloyd George les habló muy bien: "Les pido que piensen en estas pequeñas naciones valientes".
Finalmente, Tardieu se conformó con el 55% y Lloyd George con el 25%, después de cientos de horas de enconadas discusiones, ¡todo por unos pocos puntos porcentuales!
Tardieu se había comprometido poco, ya que el tratado ni siquiera incluía su reclamo por daños y perjuicios en los porcentajes: "Este porcentaje no incluye nuestra pérdida de ganado, equipo y propiedad".

Tardieu y Clemenceau rechazaron de plano la oferta de Alemania de $ 25 mil millones porque querían "reparaciones" que mantendrían a Alemania en un estado permanente de inferioridad, tal como habían hecho creer a su electorado. Allyn Abbott Young, delegada estadounidense en Versalles, explicó:

Las discusiones fueron esencialmente políticas y sus efectos bastante distantes. Lo que importaba en estas conversaciones sobre el estado económico de Alemania fue el efecto inmediato que tuvieron en la prensa, la Asamblea [francesa] y el electorado francés. (What Happened in Paris, p. 232)

Clemenceau tenía dos consideraciones: ser elegido presidente de Francia y mantener alejada a Alemania por cualquier medio. Su intransigencia llevó a la dimisión tanto del conde Brockdorff como de John Maynard Keynes.
Klotz, el miembro del gabinete judío, consideró la suma de $ 25 mil millones como simplemente un depósito, el primero de muchos: "Esta cifra es solo un depósito sobre la deuda total a pagar en cuotas anuales hasta 1988".
Aunque no se mencionó cuánto se pagaría anualmente, Klotz advirtió que no sería menos de $ 200 mil millones en oro. Por lo tanto, durante 70 años se esperaba que las generaciones sucesivas de alemanes se esclavizaran para satisfacer a Klotz y sus patrocinadores banqueros.
La Conferencia Permanente sobre Reparaciones estableció un plan de pago por el cual Alemania "emitiría bonos por valor de 100 mil millones de marcos de oro" como pago inicial. La conferencia tenía la facultad de cambiar la cantidad en cualquier momento que quisiera y sería libre de hacer cumplir la recaudación de la forma que eligiera:
La conferencia tomará decisiones sin estar sujeta a ningún reglamento, código, regla o legislación. Alemania reconoce su autoridad en virtud del tratado. Su obligación esencial será controlar la economía de Alemania, sus operaciones financieras, sus activos, su capacidad de producción, ahora y en el futuro. La decisión de la conferencia se ejecutará de inmediato, sin ningún otro trámite. Estará facultado para cambiar las leyes alemanas que considere oportunas e imponer cualquier sanción financiera, económica o militar en caso de incumplimiento por parte de Alemania de sus reglas. Alemania se compromete de antemano a no considerar tales sanciones, cualesquiera que sean, como actos de hostilidad. (Tardieu, Paz, p. 350-351)

Por lo tanto, la conferencia, respaldada por poderosos intereses bancarios, tuvo un poder absoluto de vida o muerte sobre Alemania, no muy diferente de la forma en que los mismos intereses bancarios ejercen poder sobre las naciones del mundo en la actualidad. Deciden cuándo se producirán austeridades, devaluaciones, recesiones, depresiones o cambios de política, así como sanciones para los recalcitrantes. Keynes resumió los poderes de la conferencia:

Es el árbitro de la vida económica de Alemania, decidiendo sus importaciones de alimentos y materias primas, sus impuestos, etc. Alemania ya no es un pueblo ni un estado. Se ha convertido en un establecimiento comercial puesto bajo el control de un agente de ingresos por sus acreedores. La conferencia, que tendrá su sede fuera de Alemania, tendrá mucho más poder del que jamás tuvo el Kaiser. Bajo tal régimen, el pueblo alemán será despojado durante años de todos los derechos y propiedad privada mucho más completamente que cualquier nación en los días del absolutismo. Serán despojados de la libertad de acción o de todo progreso individual, ya sea económico o incluso moral.

De este gobierno de facto de Alemania ubicado en París, Clemenceau dijo: "La situación provocada por el tratado se va a desarrollar y nos vamos a beneficiar".

Además de controlar la economía y la política de Alemania, Clemenceau quería controlar militarmente Alemania durante muchos años. Sus colegas aliados no estuvieron de acuerdo en este punto. No veían ningún sentido en ocupar Alemania mientras se hicieran reparaciones. Además, la gente en la mayoría de los países aliados se había cansado de la guerra, y se había vuelto políticamente imprudente que los políticos mantuvieran tropas fuera de casa una vez firmado el tratado de paz.

Clemenceau tenía más en mente que obtener reparaciones cuando rechazó la oferta de Alemania de $ 25 mil millones. Quería el eventual desprendimiento de Renania de Alemania, que preveía que ocurriría después de una prolongada ocupación militar.

Las intrigas del general Mangin con este fin casi destruyeron los planes a largo plazo de Clemenceau. Sin embargo, Clemenceau agotó a todos en la conferencia y se acordó a regañadientes dejar en pie la ocupación de Renania. Con astucia, pareció comprometerse al dejar que la comisión decidiera el destino de Alemania y el cobro de las reparaciones, pero a cambio había obtenido el nombramiento de uno de sus hombres como presidente de la conferencia. Dado que todas las decisiones debían ser unánimes, a Clemenceau se le otorgó indirectamente el poder de veto sobre las decisiones de la conferencia.

Los ingenuos pueden haber creído que los catorce puntos de Wilson, que los alemanes y los aliados habían acordado como base del tratado de paz, servirían de base para una nueva era, sin anexiones ni exacciones. Eso fue una ilusión. El acuerdo de los aliados no valía nada. Fue simplemente un subterfugio para desarmar a Alemania con el fin de seguir una política de lucro, codicia y venganza. Los aliados habían ganado una guerra mediante artimañas, que habían iniciado mediante una política institucionalizada de voracidad mercantil. No hubo el más mínimo hilo de principios o idealismo en ninguna de sus acciones. Banqueros, financistas, masones, comunistas y judíos fueron los benefactores de este masivo derramamiento de sangre. Millones y millones fueron a la muerte azuzados por un patriotismo fabricado cínicamente por el liderazgo financiero y sus secuaces.

CAPITULO LXXIX

"Todo fue horrible"

Una de las últimas acciones del Tratado de Versalles fue marcar a Alemania como "culpable" con un hierro candente. Alemania tenía que mostrarse al mundo como una amenaza tan bestial que ningún castigo sería suficiente para expiar sus crímenes.
Ésta era la única forma de justificar la mutilación y el saqueo de Alemania por los aliados, que no tenían precedentes en la historia europea. Sólo si Alemania cargaba con toda la culpa de la guerra, como la mancha del pecado original, sólo si era Alemania la que había cometido las peores atrocidades, los aliados podrían justificar su trato con el "monstruo". Así razonaron los vengadores.

Los maestros propagandistas británicos habían inventado una larga lista de "atrocidades alemanas", que habían sido utilizadas y recicladas durante la guerra, ya sea para mantener su desafortunada carne de cañón en un punto álgido de indignación o para ultrajar a terceros ingenuos para que se unieran a la guerra de su lado. .
No hay un historiador serio hoy que se atreva a atribuir la única culpa de la Primera Guerra Mundial a Alemania. No hay duda de que el Kaiser disfrutó del ruido de sables y habría sido mejor aconsejarle que observara los acontecimientos en Austria a principios de 1914 en lugar de vacacionar en su yate Hohenzollern en la lejana Noruega durante tres semanas enteras. Sin embargo, la codicia británica, la sed francesa de venganza y las intrigas y provocaciones pan-eslavas fueron mucho más responsables de la guerra que todas las bravuconadas de Kaiser Bill. Poincaré, un hombrecillo amargado y mediocre, hizo todo lo que estuvo en su poder como presidente de Francia para precipitar la guerra. Incluso De Gaulle admitió más tarde que la guerra cumplió la "esperanza secreta" de Poincaré. Aunque el peso de la evidencia histórica apunta con el dedo a los Aliados, todavía hay ambivalencia sobre el tema entre los sucesores de los Aliados de 1919. Están atrapados en las mentiras que llevaron a la Segunda Guerra Mundial, una vez más atrapados en justificar su responsabilidad en esa matanza masiva.

Si los historiadores de hoy reconocen la verdad sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, al menos en el santuario relativo de la academia, el estado de ánimo en 1919 era bastante diferente. La culpa y las atrocidades alemanas eran artículos de fe. Cuestionarlos era impensable si se deseaba evitar ser tildado de traidor, o algo peor. Los molinos de propaganda británicos habían ideado historias de terror para adaptarse a la población de cada país. Iban a ser carne de cañón y había que convencerlos. Durante cuatro años, los brebajes de los propagandistas de Londres llenarían incesantemente los oídos de millones de personas crédulas. En los grandes titulares, la prensa seguía vertiendo enormes mentiras acerca de que los pelotones de fusilamiento hunos disparaban contra enfermeras de la Cruz Roja Belga; representaba a niñas rezando a la Virgen María para que reemplazara las manos que habían sido cortadas salvajemente por los bárbaros teutones. Luego estaban los submarinos hunos que buscaban constantemente enviar mujeres y niños estadounidenses al fondo del mar. Si estas mentiras son ridículas hoy en día, ciertamente llevaron a la gente a una histeria anti-alemana permanente en 1919.

El cínico establecimiento británico había utilizado las historias para justificar el sacrificio de las vidas de ingleses y escoceses, y después de la guerra las mismas historias justificaron el sometimiento y el desmembramiento de Alemania. Una de las mayores mentiras surgió como el artículo 231 del tratado de paz:

Los gobiernos aliados y sus asociados declaran, y Alemania reconoce, que Alemania y sus aliados son responsables de haber causado todas las pérdidas y todos los daños sufridos por los gobiernos aliados, sus asociados y nacionales como consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados.

Así, Alemania era responsable de todo y se vio obligada a reconocer que reconocía que era responsable de todo.
Luego vino el artículo 232:

Los gobiernos aliados y sus asociados exigen, y Alemania se compromete a cumplir, que se otorgue una reparación a la población civil de cada potencia aliada y asociado que fue causado daños durante el período en que esta potencia estuvo en estado de beligerancia con Alemania por dicha agresión o bien en tierra, mar o aire.

Cuando la redacción y las implicaciones del tratado se dieron a conocer públicamente en Alemania, la conmoción se apoderó de la nación. El presidente del Reichstag se dirigió a ese organismo: "Ha sucedido lo increíble. Nuestros enemigos nos presentan un tratado que supera en dureza todo lo que los más pesimistas entre nosotros hubieran podido imaginar".
Estas palabras las pronunció un socialista que, junto con otros socialistas, había proclamado república a Alemania el 9 de noviembre de 1918. No eran amigos del régimen imperial al que habían reemplazado, pero estaban atónitos por la severidad del tratado. No podían entender cómo los autoproclamados campeones de la democracia podían cargar a sus compañeros demócratas con tanto odio y codicia. El káiser se había escapado de Alemania a la comodidad de su finca holandesa y se les dejó asumir su presunta culpa. ¿No habían tenido en cuenta sus compañeros demócratas en Gran Bretaña y Francia que habían derrocado al Kaiser hace apenas seis meses?
Los vencedores no lo tuvieron en cuenta en absoluto y, en buena medida, el tratado responsabilizó a todo el pueblo alemán de la guerra. Fue un duro golpe para los socialistas, que decían representar al pueblo. La doctrina de la culpa colectiva del tratado era un absurdo sin precedentes. El pueblo alemán no fue más responsable que el pueblo francés, inglés o ruso del comienzo, la conducción y la conclusión de la guerra. Ninguno de ellos tenía voz en los complots y contrapuntos de sus respectivas clases dominantes; ninguno de ellos tuvo conocimiento de las conversaciones y tratados secretos que precipitaron la guerra. La gente era carne de cañón en beneficio de los banqueros internacionales y sus gatos, los políticos. Llenos de propaganda mentirosa, se habían apresurado a morir por millones. La gente corriente de todos los lados era la que más había sufrido. Los gusanos de las altas finanzas habían engordado en estas montañas de cadáveres.
La gente corriente de Alemania, como si no hubiera sufrido lo suficiente, iba a soportar la peor parte del castigo aliado. Habían obedecido las leyes, por lo que debían pagar por ser ciudadanos leales. De los líderes de Alemania en 1914, ninguno permaneció en el gobierno en 1919. Ahora se ordenó a los socialistas que se habían opuesto a ellos que pagaran.
Ninguno de cada mil alemanes o franceses podría haber explicado por qué se peleaban entre sí. Podían haber repetido lemas que les habían inculcado, pero básicamente habían luchado por sus patrias sin analizar las razones. Si sus líderes eran sinvergüenzas deshonrosos, ellos, el pueblo, no tenían motivo para reprocharse a sí mismos. El Tratado de Versalles golpeó lo que era honorable en el pueblo alemán; fue injusto, escandaloso, humillante e intolerable.
Scheidemann preguntó el 6 de junio de 1919, el día después de que Alemania recibió el tratado: "¿Quién es el hombre honesto, no digo quién es el alemán, que, fielmente respetuoso de este contrato, podría aceptar tales condiciones? ¿Se marchitará después de haber aceptado para sí y para los demás tales cadenas? "
Scheidemann, en cualquier caso, no quiso firmar el tratado: "Nunca pondré mi nombre", declaró en el Reichstag "al pie de un tratado en el que acordaríamos que el

El enemigo puede hacer con nosotros lo que quiera. No pondré mi nombre en un tratado que avergüence al pueblo alemán "(Scheidemann, The Collapse, p. 274).
Scheidemann hizo una propuesta a sus ministros: "Debemos declarar abierta y lealmente a la Entente: 'Lo que ustedes piden es imposible que lo hagamos. Si no lo entienden, sólo tienen que venir y establecerse en Berlín. No nos pregunten". para hacer tu trabajo por ti; no nos pidas que seamos los verdugos de nuestro propio pueblo '. "(ibíd., pág. 275)
Los aliados rechazaron la propuesta de Scheidemann con desprecio.

En Berlín, continuó la crisis del gobierno. Nadie quería el "trabajo vergonzoso" de firmar el tratado. Finalmente, el presidente Ebert pidió a un político oscuro que formara un nuevo gobierno. Matthias Erzberger fue nombrado vicecanciller y emergió como el verdadero poder en este gobierno improvisado. Se decidió por una medida a medio camino: "Debemos firmar el tratado y al mismo tiempo protestar porque lo estamos haciendo bajo coacción". La Cámara fue casi unánime al responder que "sería deshonesto firmar compromisos que sabíamos que no podríamos cumplir". Erzberger sostuvo: "No veo qué tiene de deshonesto. Si te atan de pies y manos y te amenazan a punta de pistola con firmar un compromiso de que volarás a la luna en 48 horas, qué hombre, para salvar". su vida, se negaría a firmar? Esta situación es idéntica a la del Tratado de Paz "(Benoist-Méchin, vol. I, pág. 340).
Erzberger también llevó a la Cámara a creer que podría paliar los términos más duros del tratado: "Las demandas de los Aliados son puramente formales. Una vez que los apacigüemos, harán concesiones".
El vicerrector ciertamente lo sabía mejor después del trato que los Aliados le habían dado en Rethondes cuando tuvo que firmar el Armisticio.
El Reichstag alemán no estaba convencido y Erzberger difundió los rumores de que la invasión aliada era inminente. Muchos delegados entraron en pánico y huyeron. Y en estas condiciones de miedo y confusión Erzberger finalmente obtuvo los votos para su moción de vaga aceptación del tratado. Naumann, el líder de los nacionalistas, advirtió a Erzberger: "Te necesitamos hoy, pero mañana te echaremos". El 6 de agosto de 1921, un joven estudiante, Heinrich Tillensen, mataría a Erzberger en la Selva Negra.

Mientras los delegados alemanes se preparaban para partir hacia Versalles, el mariscal von Hindenburg, que no tenía la intención de someterse a órdenes extranjeras, envió su renuncia como jefe de las fuerzas armadas al presidente del Reich:
"Prefiero una muerte honorable a una paz vergonzosa". . . . "Cualquiera que sea el dolor", recomendó al pueblo alemán, "que puedan sentir, sus opiniones personales deben ser secundarias. Sólo al precio de un trabajo constante, llevado a cabo en un espíritu de unidad, lograremos salvar nuestra pobre Alemania de su miseria. ¡Te saludo! Nunca te olvidaré ". (Benoist-Méchin, vol. I, pág. 364)

Los dos delegados de Erzberger llegaron a Versalles. Su hotel fue inmediatamente rodeado por alambre de púas. El 28 de junio de 1919 fueron conducidos al Salón de los Espejos del Palacio Real de Versalles.
Cenicientos, con los ojos bajos, los delegados alemanes recibieron un bolígrafo y se les dijo dónde firmar. Con temor, pusieron sus nombres en el "Diktat" aliado, como se conocería el tratado en Alemania.

Así, el destino de Alemania fue sellado por una banda de hombrecillos mediocres y sin escrúpulos. Fue un tanto irónico que eligieran Versalles, símbolo de la grandeza francesa

sus mentores revolucionarios casi los ha destruido, para concluir su mezquina y miserable venganza.

CAPITULO LXXX

Versalles dio a luz a Hitler

Wilson se había vuelto amargado y enfermo al darse cuenta de que sus catorce puntos habían sido descartados permanentemente. No había podido cambiar nada en el resultado final del Tratado. Regresó a casa como un hombre destrozado.
Lloyd George, quien unos meses antes hablaba de exprimir a Alemania, ahora estaba incómodo con los resultados. Sintió que Francia estaba recibiendo demasiado y podría convertirse en una amenaza para el comercio británico. La política británica era mantener débiles a todos los países europeos y no fortalecer a ninguno de ellos.
El delegado inglés Harold Nicolson, que anteriormente había mostrado un grado de conciencia inusual, registró sus puntos de vista sobre el Tratado:

Leer este tratado me enferma cada vez más. Las cláusulas de reparación son el mayor crimen. Fueron escritos con el único propósito de complacer a la Cámara de los Comunes y son imposibles de implementar. Si fuera alemán no firmaría. Este tratado no les da esperanzas ni en el presente ni en el futuro. Es una auténtica locura y lo peor es que estos hunos hubieran aceptado cualquier cosa que fuera razonable. (Cuando hicimos las paces, p. 203/204)

Nicolson anotó en su diario:

Martes 17 de junio de 1919: El Consejo de los Diez permite que una delegación turca presente su caso. Es escandaloso que los turcos tengan derecho a defender su caso mientras los alemanes están custodiados en jaulas en Versalles. Miércoles 18 de junio. No se sabe si los alemanes firmarán. Los menos optimistas creen que se van a negar a firmar, que avanzaremos sobre el Rin y que firmarán bajo presión. Los pesimistas creen que entregarán el poder a los bolcheviques como ha hecho Karolyi y tendremos una Europa central roja. Si lo hacen será culpa nuestra. Martes 24 de junio. La gente aquí se siente aliviada de que la Asamblea de Weimar haya autorizado la firma del tratado (por sus emisarios), pero bastante avergonzada por el hundimiento de la marina alemana. Nos da la apariencia de ser peores de lo que somos y absurdos ... (When We Made Peace, p. 222-225)

Incluso enemigos de Alemania como el mariscal Smuts de Sudáfrica y Lenin estaban reconociendo por sus propias razones la inequidad del Tratado. Nicolson, después de ver a Smuts, dijo: "Cené con Smuts. Finalmente ha consentido en firmar el Tratado, pero solo después de protestar y en contra de su conciencia".

Lenin declaró: "Se ha impuesto una paz de usureros y verdugos en Alemania. Este país ha sido saqueado y desmembrado ... Todos sus medios de supervivencia fueron arrebatados. Esta es una paz increíble para los bandidos". Sin duda, Lenin debería saberlo.

El 28 de junio de 1919 fue el gran día de los Aliados. El Palacio Real de Versalles había sido reformado para la ocasión. Clemenceau estaba allí sentado bajo una vieja inscripción: "El Rey gobierna por sí mismo". "Él era", recordó Nicolson, "un individuo encogido de ternura cetrina". Clemenceau ordenó: "Traigan a los alemanes".
Los alemanes asignados a esta humillante tarea fueron el Dr. Bell y el Dr. Mueller, dos oscuras figuras políticas. Clemenceau dijo secamente: "Señores, la sesión está abierta. Estamos aquí para firmar el tratado de paz".
No se pronunció ninguna otra palabra. En un silencio sepulcral firmaron los enviados alemanes, luego los aliados. "La sesión está cerrada", dijo Clemenceau. Los guardias que habían traído a los germen los escoltaron. Nadie tuvo la cortesía de hablar con ellos o siquiera de estrecharles la mano. Contrariamente a todos los precedentes en los anales de la diplomacia, los emisarios alemanes fueron tratados como criminales o leprosos.
Nicolson recordó: "Todo fue horrible. Más tarde nos sirvieron champán por cortesía de los contribuyentes".
Unos años más tarde, Churchill absolvería a los alemanes y a sus líderes de irregularidades deliberadas:

Los líderes alemanes consideraron necesaria la ejecución de este vasto plan de guerra no solo para la victoria de Alemania, sino también para su seguridad y supervivencia. No sintieron otra opción cuando los rusos se movilizaron. Las condiciones de la alianza franco-rusa los colocaron en la posibilidad de una guerra en dos frentes contra fuerzas superiores. No se puede dudar de su sinceridad. (Crisis mundial, vol. IV, p. 434)

Las acciones de los políticos rara vez reflejan sus palabras. Churchill, como Lloyd George y Lansing, había declarado antes de la firma del tratado que su contenido aseguraría nuevos odios y conflictos, una nueva guerra más devastadora que la anterior. Sin embargo, con pleno conocimiento de las posibles consecuencias, todos firmaron.
El tratado de paz fue de hecho el tratado de venganza. Por tanto, era lógico que creara una fuerte reacción en Alemania. La cláusula de culpa colectiva tuvo el efecto de unir a todo el pueblo alemán, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha. El presidente socialista del Reichstag alemán, Herr Fehrenbach, había previsto sus resultados: "Los sufrimientos engendrados por este tratado crearán en Alemania una generación cuyo único objetivo desde el nacimiento será romper las cadenas de una esclavitud que les fue impuesta". (Benoist-Méchin, vol. I, pág. 334).
La pregunta ahora era: ¿Quién iba a romper las cadenas?
Alemania buscó un vengador para aplastar el Tratado de Venganza. El vengador podría pertenecer a las alas convencionales de derecha e izquierda de la política alemana o de cualquier otra entidad del establishment, ya sea financiera, militar o religiosa.
Los socialistas eran numerosos, pero se habían mostrado indecisos y cobardes. Sólo se habían salvado de la aniquilación comunista gracias a la voluntad y el puño de hierro de Noske. Ahora que el peligro había pasado, execraron y rechazaron a su salvador, y volvieron a caer en sus formas monótonas y mediocres. Durante 14 años tocaron las sillas musicales entre ellos con poca conveniencia. Siempre aburridos, fallarían en motivar y fallarían en liderar.

El miedo socialista a los ideales y la grandeza impidió que nadie emergiera a ninguna posición de liderazgo real. Todo el mundo estaba nivelado con un denominador común de mediocridad, la esencia misma del marxismo.

Las clases medias, los grupos burgueses e industriales eran tan cobardes como los socialistas. El miedo a perder todas las posesiones materiales que tenían era omnipresente y paralizaba la derecha. Tanto la izquierda como la derecha tenían en común el miedo y la mediocridad. No tenían fe en nada más que en las más viles consideraciones materiales. El pueblo alemán buscaba un liderazgo inspirado y, en cambio, encontró ovejas asustadas. Sobre todo hubo una ausencia total de alguien con agallas.

Junto con la política de la mediocridad vino la corrupción, la confusión y la desmoralización habituales, los pilares de los regímenes democráticos. Las mediocridades de Weimar gobernarían mal y manejarían mal su camino hasta 1933, cuando Alemania prácticamente se detuvo.

El pueblo alemán retiró su apoyo a los sucios marchantes democráticos, que ahora eran objeto de odio y desprecio. Se estaba forjando una unidad trascendente, a pesar de la oposición combinada de la izquierda y la derecha. Instintivamente, la gente sabía que la prensa y los partidos políticos convencionales no los representaban, sino que eran parte integral del cáncer que estaba destruyendo su país.

La derecha vistió el manto del patriotismo pero nunca fue más allá de las palabras para ejercer su patriotismo mientras que la izquierda fue cautiva de los nebulosos e incoherentes discursos marxistas.

El salvador de Alemania haría a un lado todos estos factores contradictorios y obsoletos. Uniría a los trabajadores en sociedad con los industriales sobre la premisa de que el trabajo es la verdadera riqueza y capital de una nación. La guerra de clases solo benefició a los sindicalistas profesionales que vivían de los monopolios obreros y capitalistas, ambos comprometidos con el statu quo, contra el progreso.

Las "mediocridades" de Weimar no habían logrado liberar a Alemania de las cadenas del tratado de paz, que era el único tema que unía a todos los alemanes.

No habían podido medir el estado de ánimo de Alemania. La gente estaba dispuesta a sacrificarse por el gran propósito de salvar a Alemania, pero nadie estaba dispuesto a luchar y morir por una chuleta de cerdo o un par de calcetines. Los políticos de Weimar estaban absortos en el materialismo y simplemente no podían concebir principios e ideales como factor motivador. De hecho temían la voluntad popular. La gran cantidad de no-temas que se presentaban en tiempos de elecciones o llenaban los periódicos estaban diseñados para difundir la determinación y la energía populares. Las aspiraciones de la gente se desviaron hacia caminos sin salida. Los intentos de la gente de elevarse por encima de las condiciones mediocres fueron frustrados por los apóstoles de la mediocridad.

En los asuntos humanos, la gente anhela un ideal en el que creer. Las figuras religiosas o políticas que no satisfacen las aspiraciones de las personas están destinadas al olvido.

Fue cuando Alemania se hundió a su nivel más bajo de mala gestión política, cuando la corrupción y la depravación fueron impuestas a la nación desde arriba, cuando todo parecía desesperado, que la gente experimentó su mayor necesidad de regeneración. Quien tuviera las cualidades para responder al llamado popular encontraría el poder para restaurar la libertad y el honor de Alemania. La impotencia colectiva sería barrida por el hombre que encarnara verdaderamente el dinamismo popular. Lucharía por el honor nacional, la justicia social y la cooperación de clases. Los trabajadores y los industriales pertenecían todos a la misma nación, a la misma entidad económica. La guerra de clases fue un error contra la naturaleza, una explotación cínica de los elementos productivos de la nación. Tenía que ser reemplazado por una colaboración genuina, con todas las partes compartiendo los beneficios sociales. Todo el trabajo y todos los trabajadores deberían ser respetados. El salvador de Alemania sería no solo un nacionalista sino también un socialista: un

patriota y defensor de la justicia social. No estaría atrapado en una red de dialéctica marxista que enfrenta a miembros de la misma nación entre sí. Reuniría toda la energía de todo el pueblo en beneficio de la unidad social y nacional y en beneficio de todo el pueblo.
Este hombre que sería a la vez un idealista nacionalista y socialista; ¿existió en la Alemania de 1919?
No estaba a la vista. Había políticos mediocres, engranajes de las maquinarias partidistas no representativas de nacionalistas sin liderazgo o revolucionarios controlados por extraterrestres y encadenados a levantamientos asesinos en beneficio de intereses extraterrestres.
Sin embargo, este hombre existía y había llegado su hora.

CAPITULO LXXXI

Hitler, nacido en Versalles

¿Quién en la Alemania de 1919 habría pensado en Hitler? De 60 millones de alemanes, no podía haber mil que supieran su nombre. Ni siquiera 20 franceses, ni 10 estadounidenses o ingleses.
Nacido en Austria, no era ciudadano alemán. Había luchado con valentía en el frente. Fue galardonado con la Cruz de Hierro, Primera y Segunda Clase, por su valentía. Pero, ¿quién de los oficiales militares que lo comandaban habría visto algo más que un soldado valiente?
En noviembre de 1918, los médicos del hospital de Pasewalk temieron que quedara permanentemente discapacitado: un mes antes lo había cegado gravemente el gas venenoso británico en Flandes.
Todo lo que tenía era un uniforme gastado y un par de zapatos viejos. Él era el soldado desconocido.
Nunca involucrado en política, había sido un joven extremadamente individualista. Huérfano en Viena, a menudo había tenido que buscar refugio en los refugios de la ciudad. Era un artista y sus dibujos eran bastante buenos. Después de la guerra, se decía que había sido pintor de casas o artista barato de postales y cajas de cerillas. Como artista literalmente hambriento, pudo haber emprendido ese trabajo para mantener el cuerpo y el alma juntos, pero desde entonces se han encontrado más de 700 dibujos y pinturas que datan de su vida temprana, lo que significa que debe haber creado miles de obras de arte. Gran parte de su trabajo es notable; las líneas dibujadas son firmes y elegantes. Algunas de sus pinturas más importantes son algo académicas, al estilo de los paisajistas del siglo XIX. Algunas de sus otras obras han sido concebidas con gran atrevimiento en la inspiración con el contraste y armonía combinada de los colores. Sus retratos a veces son sorprendentes, particularmente su Napoleón, que es tan firme e inspirado como un David. También hay un boceto alegre de sí mismo como un soldado con un bigote corto. Sus bocetos fueron rápidos y al grano; en segundos capturó la esencia de una situación. Sus planos arquitectónicos eran extraordinarios por su poder y claridad. Toda la historia de Hitler, el artista, tiene que ser reescrita aunque sólo sea por el arte. Lo mismo ocurre con el poeta Hitler. en segundos capturó la esencia de una situación. Sus planos arquitectónicos eran extraordinarios por su poder y claridad. Toda la historia de Hitler, el artista, tiene que ser reescrita aunque sólo sea por el arte. Lo mismo ocurre con el poeta Hitler. en segundos capturó la esencia de una situación. Sus planos arquitectónicos eran extraordinarios por su poder y claridad. Toda la historia de Hitler, el artista, tiene que ser reescrita aunque sólo sea por el arte. Lo mismo ocurre con el poeta Hitler.

Sus primeros poemas, sus cientos de dibujos y pinturas, no estaban relacionados con la política. En todas sus obras no hubo una sola caricatura política, ni siquiera de Franz.

Josef, a quien no le gustaba y podría haber dibujado fácilmente. Incluso después de la guerra, Hitler ignoró a candidatos tan obvios para la caricatura como Ebert y Scheidemann. Su trabajo estuvo lleno de retratos, bocetos y caricaturas humorísticas, pero eran de amigos, compañeros soldados en el frente o de él mismo.

En Viena había seguido con atención los debates parlamentarios en ocasiones, pero era mucho más probable que lo encontraran viendo representaciones de las óperas de Wagner. La música era, incluso más que el arte, su pasión. Vivía para la música y sacaba fuerzas de ella.

Aunque nunca dio ninguna indicación de querer involucrarse en la política mientras servía en el frente, se supo más tarde que la política estaba secretamente en su mente. La tragedia de la posguerra lo proyectaría a la arena política.

La inequidad del Tratado de Paz de Versalles creó las circunstancias excepcionales que allanaron el camino hacia el poder de Hitler. Todos los obstáculos que se habrían interpuesto en su camino fueron eliminados por el tratado. Hitler como hombre político nació en Versalles.

Descubrió la política por ensayo y error. Primero dio una conferencia, por orden de sus superiores militares, a grupos de militares retornados. Luego se dirigió a pequeñas reuniones políticas con un puñado de participantes. A los pocos meses se dio cuenta, al igual que otros, de que poseía un extraordinario don de persuasión. Su voz estridente conmovió a la gente a lo más profundo de su subconsciente. Emanaba el poder que distinguía a un líder de hombres de todos los demás.

A lo largo de la angustia de Alemania, se había puesto en contacto con los verdaderos sentimientos de la gente. Había concentrado en sí mismo las grandes cuestiones nacionales y sociales. Solo y contra todo pronóstico, la extraordinaria fuerza interior y la fuerza de voluntad de Hitler sacarían a Alemania de la esclavitud y la miseria.

A los pocos meses, su público estaba convencido de que el patriotismo no podía existir sin socialismo ni el socialismo sin patriotismo. Los políticos convencionales seguían articulando las mismas viejas frases y consignas partidistas, cansadas y sin sentido. Estaban atrapados en ellos. La gente también se sintió atrapada en los tristes y tristes lugares comunes. Las ideas y elocuencia de Hitler eran sorprendentes en comparación; tenían el efecto galvanizador de dar vida y esperanza a las víctimas, a los indefensos. Cada palabra llegó a casa. Atrás quedaron las mentiras políticas y la desinformación; habló de preocupaciones reales y cuestiones de fondo con palabras que todos entendieron y sentían profundamente. Habló con una lógica impecable y una ironía mordaz y liberó toda la ira legítima, toda la energía que los políticos de Weimar se habían propuesto reprimir.

El público respondió con generosidad a este orador desconocido que les habló tan personalmente. Ya sea burgués o proletario, su público sintió que Hitler se dirigía a ellos individualmente como personas plenas, no de la forma despreciable que los políticos tratan a la gente como un rebaño de ovejas sin sentido.

Hitler no usó accesorios ni trucos políticos para impresionar a la galería mientras se dirigía a las reuniones con el mismo impermeable de siempre. En un país que no es indiferente a la pompa y las circunstancias, Hitler cautivó a su público con el único poder de su palabra.

Muchos de sus enemigos han dicho que su oratoria influyó y conquistó a las masas como si hubiera dispensado una retórica grandilocuente, pero no se dieron cuenta de que la gente se encontraba en lo que Hitler estaba diciendo: el descubrimiento único de que importaba, de que alguien con poder carismático estaba hablando lo que decía. siempre sintieron y pensaron. Nunca había sucedido y fue una experiencia estimulante. La gente respondió a la fuerza interior de Hitler. No era el hombre de nadie; no le debía favores a nadie; los discursos que pronunció eran suyos, asumió la responsabilidad de sus palabras y sus acciones. En una era de políticos intercambiables y sin rostro, testaferros asustados y agentes alienígenas, la mera presencia de Hitler brillaba como un faro.

Para el año 1923, Hitler todavía estaba tanteando su camino, pero en reuniones cada vez más concurridas. Este fue el año del golpe. Desde Scheidemann hasta Kapp y Lüttwitz, la noción de forzar eventos fue ampliamente aceptada. Hitler, como otros, cometió el error político de arriesgarlo todo en un levantamiento prematuro. Aprendió su lección. Cuando salió de la prisión de Landsberg, ya no tenía prisa por iniciar otro enfrentamiento. Comprendió que no podía haber acción fructífera sin una organización impecable. También se dio cuenta de que el poder estable solo podía adquirirse a través de la legalidad, descansando fundamentalmente en la voluntad de la mayoría.

Sólo al cabo de diez años de trabajo casi sobrehumano y 25.000 encuentros y tertulias llegaría, como tenía previsto, a la cancillería, tras conquistar el Reichstag de la forma más democrática. Había sido objeto de toda oposición y obstrucción por parte de las fuerzas del establishment: la prensa, los burócratas, los políticos de intereses especiales, el gobierno, las iglesias, los conservadores, los monárquicos, los bancos, los financieros judíos y comunistas, masones, socialdemócratas. , liberales, reaccionarios y el cuerpo de oficiales del ejército. Él y los miembros de su partido estaban bajo constante ataque físico por parte del muy bien organizado Partido Comunista de Alemania. Al principio todas sus reuniones fueron violentamente interrumpidas y muchos de sus partidarios resultaron muertos o heridos.

A pesar de los implacables intentos de restringir su libertad de expresión, Hitler perseveró sin miedo contra todos los perpetradores de violencia. La orden estaba fuera: callar a Hitler a cualquier precio.

Sobrevivió y triunfó. Fue algo sin precedentes en la historia. Aquellos que aspiran al liderazgo lo hacen con el respaldo y la complicidad de los patrocinadores o alguna otra estructura de poder existente. Hitler se opuso a todos los intereses creados en la tierra; su único respaldo venía de la gente. Mientras que todos los ricos y poderosos fracasaron, Hitler tuvo éxito. La respuesta estaba en el asombroso don de organización de Hitler y en su inquebrantable creencia de que la voluntad popular debe prevalecer. Se necesitaba un hombre extraordinario para soportar con ecuanimidad el odio y la violencia que le arrojaban todos los sectores del establecimiento. Mantuvo la mirada fija en la meta que se había propuesto alcanzar, siguió adelante y dejó atrás a sus detractores y atormentadores echando humo de rabia y frustración: la gran cantidad de gente destructiva e improductiva. Cuando se celebraron las elecciones, Hitler había reunido el partido popular más poderoso que había conocido Europa. El 30 de enero de 1933 llegaría a la Cancillería del Reich de forma estrictamente leal. En junio de 1933, Hitler recibió democráticamente el pleno poder ejecutivo. En 1935, el Sarre, que estaba bajo el control de los aliados y donde a Hitler se le había impedido hacer campaña a pesar de que había sido canciller durante dos años, votó abrumadoramente y democráticamente por Hitler. En Austria, los viejos enemigos políticos de Hitler se dieron cuenta de que el público había hablado. El ex canciller socialista Renner y el cardenal Innitzer de Viena habían instado a los votantes a respaldar Anschluss, la reunión con Alemania, tal como Hitler había pedido. El cardenal Innitzer incluso había firmado su apelación con un gran "Heil Hitler". s Cancillería de una manera estrictamente leal. En junio de 1933, Hitler recibió democráticamente el pleno poder ejecutivo. En 1935, el Sarre, que estaba bajo el control de los aliados y donde a Hitler se le había impedido hacer campaña a pesar de que había sido canciller durante dos años, votó abrumadoramente y democráticamente por Hitler. En Austria, los viejos enemigos políticos de Hitler se dieron cuenta de que el público había hablado. El ex canciller socialista Renner y el cardenal Innitzer de Viena habían instado a los votantes a respaldar Anschluss, la reunión con Alemania, tal como Hitler había pedido. El cardenal Innitzer incluso había firmado su apelación con un gran "Heil Hitler". s Cancillería de una manera estrictamente leal. En junio de 1933, Hitler recibió democráticamente el pleno poder ejecutivo. En 1935, el Sarre, que estaba bajo el control de los aliados y donde a Hitler se le había impedido hacer campaña a pesar de que había sido canciller durante dos años, votó abrumadoramente y democráticamente por Hitler. En Austria, los viejos enemigos políticos de Hitler se dieron cuenta de que el público había hablado. El ex canciller socialista Renner y el cardenal Innitzer de Viena habían instado a los votantes a respaldar Anschluss, la reunión con Alemania, tal como Hitler había pedido. El cardenal Innitzer incluso había firmado su apelación con un gran "Heil Hitler". que estaba bajo el control de los aliados donde a Hitler se le había impedido hacer campaña a pesar de que había sido canciller durante dos años, votó abrumadoramente y democráticamente por Hitler. En Austria, los viejos enemigos políticos de Hitler se dieron cuenta de que el público había hablado. El ex canciller socia

En el secreto de la cabina de votación, la gente se sentía segura para darle sus votos a Hitler. Nunca había visto tanto fervor y entusiasmo generados con tanta espontaneidad. Miles de personas depositaron innumerables flores alrededor de los bustos de Hitler, que solo querían mostrar su agradecimiento. Ha sido una verdad duradera y dolorosa para los detractores de Hitler: Alemania se había vuelto hitleriana por deseo del pueblo, como se expresó en las urnas.

En 1919 Scheidemann había predicho correctamente: "Tengo la firme convicción de que el futuro político sólo puede pertenecer a aquellos que se habrán opuesto a tales demandas (del Tratado de Versalles) mediante una negativa categórica".

El destino de Hitler era rechazar y aplastar el inicuo tratado. Veintiún años después del aplastamiento de Alemania, Hitler llegaría victorioso a París: había destrozado las cadenas de la servidumbre.

La primera mañana fue a meditar a la tumba del emperador Napoleón, a quien había pintado sobre lienzo en su juventud. Napoleón había dicho: "La política es el destino". Como Hitler había barrido el Tratado de Versalles, Bonaparte había barrido el 18 de Brumario con la sangrienta Revolución Francesa.

En ese momento estaba en París y compartía una comida con mi amigo Otto Abetz, el nuevo embajador de Alemania en Francia. Ambos teníamos poco más de 30 años y reflexionamos sobre el destino final del tratado. Había sido encontrado abandonado en un tren durante la huida del pánico de los políticos franceses. Las grandes firmas de los vencedores de 1919, realzadas con cera escarlata, que se suponía que destruirían Alemania para siempre, ahora carecían de significado. Este famoso tratado, que representaba tanta venganza, codicia y humillación, había quedado atrás en medio de una vergonzosa debacle. Estaba ahí, en mi mesa, una curiosidad histórica. El tratado estaba realmente muerto. Se había pasado una página de la historia de la humanidad. Pase lo que pase en el futuro, este volumen ahora sería obsoleto y nunca volvería a ser revivido.

Léon Degrelle

Anexo Fotos



Archiduque Francisco Fernando - Arrogante, sin humor, el heredero del trono de los Habsburgo era todo menos una figura carismática. Su fuerza de voluntad y su ampliamente reconocido Sin embargo, la perspicacia política le ganó el respeto en las capitales extranjeras.



Dutchess Sophie de Habsburg - Un cierto favoritismo hacia los pueblos eslavos del El imperio austrohúngaro se atribuyó al archiduque Franz Ferdinand. Los orígenes checos de su esposa morganática Sophie, nacida como la condesa Chotek de Chotkowa y Wognin, sin duda fueron un factor.



Vista de Sarajevo a principios de siglo - Liberado de los turcos en 1878
y confiada a Austria-Hungría por el Tratado de Berlín, Bosnia-Herzegovina fue
anexado por el imperio en 1908 para crear un amortiguador del sur. Fue en este territorio
recientemente adquirido, cuya importancia estratégica fue subrayada por las Guerras Balcánicas.
de 1912-13, que el heredero al trono viajaba sin más protección que un
juez de paz en una feria del condado.



Franz Josef I, Emperador de Austria, Rey de Hungría - Debilitado por la edad, aferrándose a
En memoria de su esposa asesinada Sissi, Franz Josef se dedicó sobre todo a mantener
la sacrosanta etiqueta de la corte vienesa. Su reinado de sesenta y ocho años (uno de los
más largos registrados) estuvo mal protagonizado, una larga sucesión de duelos y
derrotas. Murió poco antes del colapso final de su imperio.



Leopold, Conde Berchtold von y zu Ungarisch, Ministro de Relaciones Exteriores de Austria-Hungría de 1912 a 1916. Un dandy con poco gusto por la diplomacia y menos aptitudes.



General Conrad von Hoetzendorff, Jefe del Estado Mayor Austro-Húngaro.



José Caillaux - Uno de los políticos europeos más talentosos de su generación, bueno Además, antes de su propio tiempo, era bastante consciente de su propio valor. Su frágil orgullo le hizo muchos enemigos, mientras que su oposición al partido de guerra lo hizo aún más. A finales de 1913, derrocó al gobierno de Louis Barthou (abajo), el señor (o vasallo) de Poincaré. Eso ocasionó la campaña de prensa emprendida contra Caillaux de Le Figaro.



Louis Barthou - Sus simpatías pan-eslavistas le trajeron cualquier cosa menos suerte: murió en Marsella en 1934, junto con el rey Alejandro de Yugoslavia, a manos de Autonomistas croatas.



Henriette Caillaux - Las balas de revólver que disparó, después de ser empujada al límite, a su traductor Calmette sin duda le costó a su esposo la presidencia francesa, y por la misma muestra le dio a Poincarê mano libre para planear su guerra con los traficantes de guerra en St. San Petersburgo.



Gaston Calmette, editor en jefe de Le Figaro. El primer cadáver camino de la guerra.



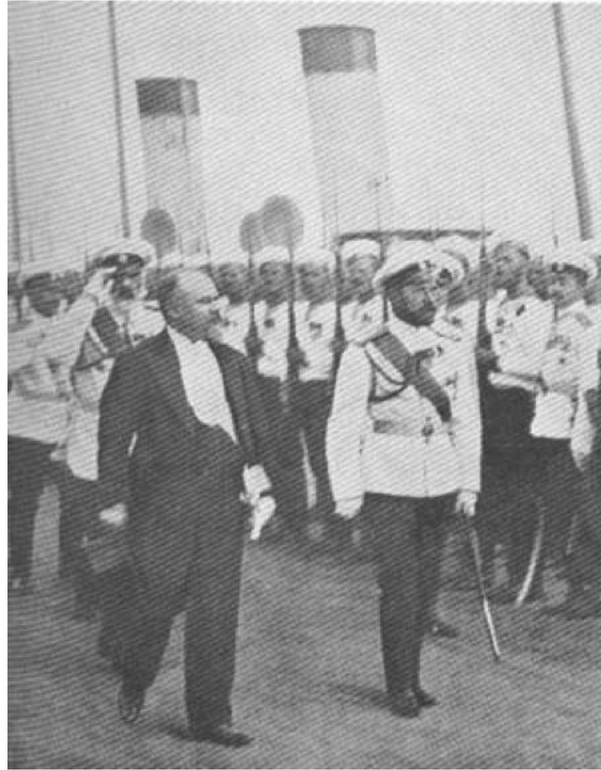
Helmuth von Moltke - Conde, general, jefe del Estado Mayor alemán, pero también un poeta, músico y filósofo, que perdió la guerra cuando perdió los nervios.



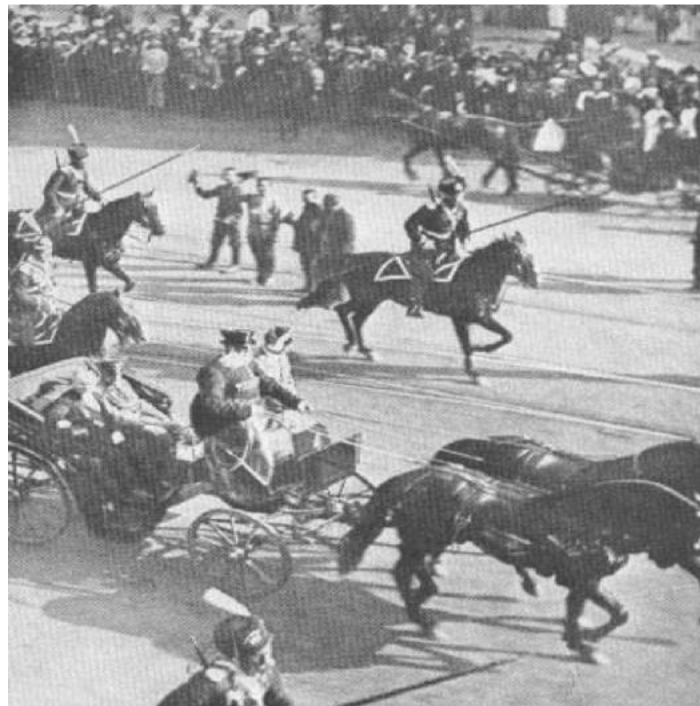
Carnaval de familias principescas, el príncipe heredero con el uniforme de coronel de húsares en el ejército británico. En aquellos días anteriores a 1914, la gente todavía creía en el encaje, la caballería en la guerra y los lazos supranacionales entre cabezas coronadas.



Wilhelm II y su familia vistiendo el uniforme de los Húsares de la Cabeza de la Muerte. Las damas son ahí también. La princesa Viktoria-Luise se pavonea con su shako, mientras que la princesa heredera muestra un impresionante Pickelhatthe



20 de julio: Poincaré es recibido por el zar en el muelle de Peterhof. El presidente francés - el único presidente que ha jugado un papel, uno maligno de hecho, durante la Tercera República - había venido a "calentar" al zar, como él lo expresó.



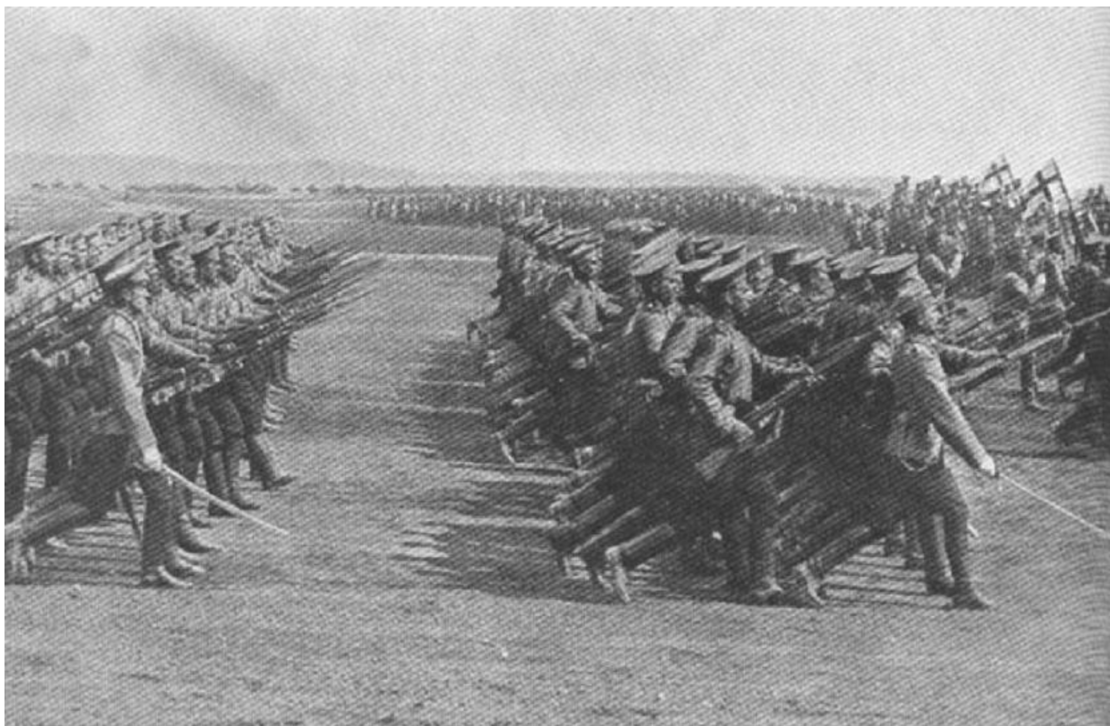
21 de julio: Los dos jefes de estado son llevados en autocar a San Petersburgo. Pero lo importante Los asuntos se resuelven en ausencia del zar, en reuniones secretas entre Poincaré y el Partido de guerra ruso.



22 de julio: Recepción de Poincaré en Krasnoye Selo, donde tuvo lugar una gran revisión militar. El presidente francés regresó deslumbrado por la perspectiva de la próxima victoria.



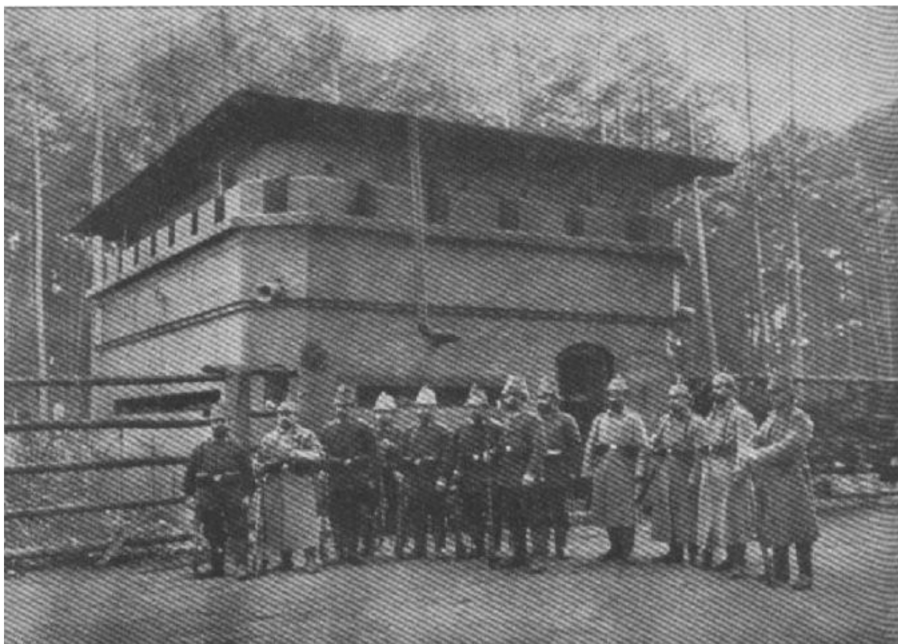
23 de julio: Franz Josef de vacaciones en Bad Ischl, sobre la arcilla del ultimátum de Viena para Serbia. La trampa se había cerrado contra el emperador.



En Krasnoye, Selo Poincard imaginó que podía ver al espléndido ejército ruso marchando en Berlín.



En Prusia Oriental, la amenaza de una invasión rusa se hace más clara cada hora: el alemán
La población ya ha comenzado a evacuar los distritos fronterizos.



Punto fuerte alemán en la frontera que divide Prusia Oriental y Polonia gobernada por Rusia. Sobre
al otro lado de la frontera, los preparativos para la guerra están en pleno apogeo.



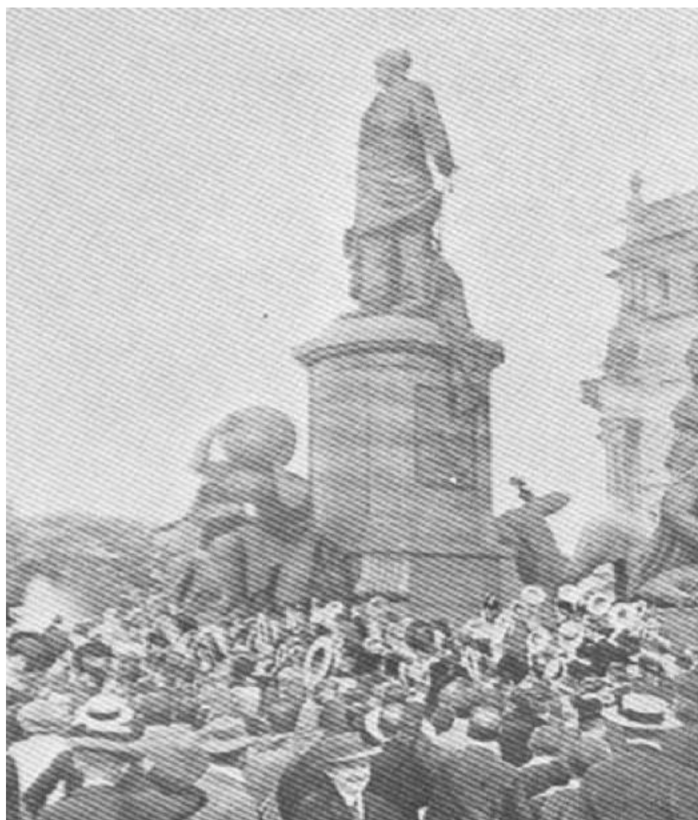
29 de julio: Poincaré, después de salir de Dunkerque temprano esa mañana, llega a la Gare du Nord en París,



donde es recibido por multitudes que vitorean la inminente guerra. El presidente finge inocencia, pero los manifestantes no exhiben tal modestia; ellos saben que la hora de la venganza ha golpeado por fin.



Ningún artilugio, por variopinto que fuera, era demasiado extravagante para servir en el tumultuosa movilización rusa.



Los estudiantes demuestran su apoyo al abigarrado, era demasiado extravagante para hacer Patria
frente al servicio de Bismarck en el tumultuoso monumento ruso en Berlín. los
emociones de la movilización. Los alemanes también han estallado en llamas.



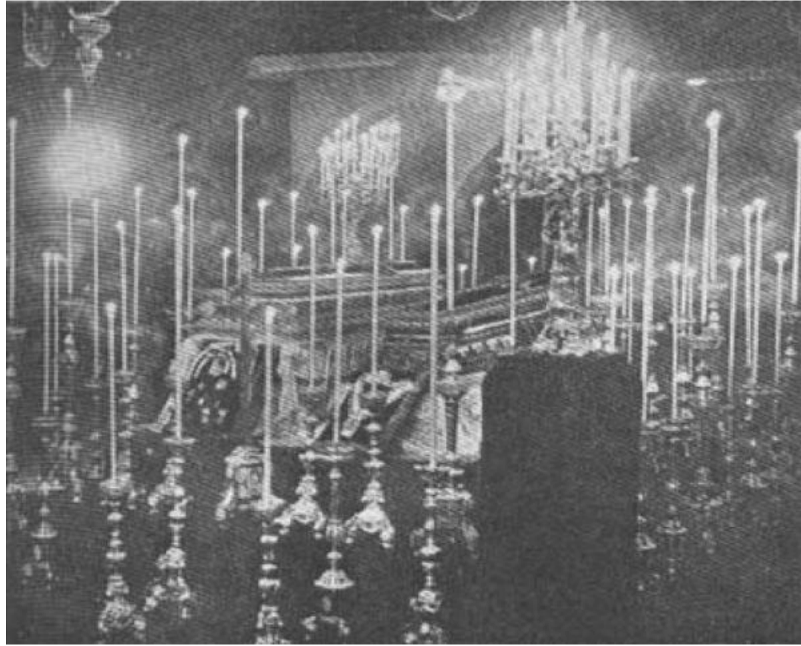
El Archiduque y Dutchess abandonan el ayuntamiento de Sarajevo para dirigirse al hospital en el que
U. Merizzi, herido por la bomba lanzada por Chabrinovich, está en tratamiento. Franz
Ferdinand y Sophie solo tienen unos minutos de vida



El arresto de Princip - Apenas salvado de un linchamiento, el asesino es secuestrado por la policía. Menor de edad, no fue ejecutado, pero murió en prisión de tuberculosis en breve. antes del final de la guerra había hecho mucho por desatar.



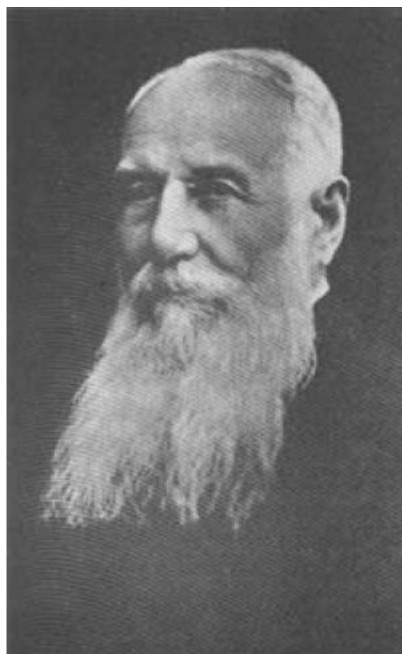
Disturbios contra los serbios - La noticia del doble asesinato desató una ola de violencia que enfrentó Leales croatas y bosnios contra los serbios sospechosos de simpatizar con el gobierno de Belgrado (página opuesta: el saqueo de una casa serbia en Sarajevo, tarde del asesinato).



La capilla adornada con velas en Viena donde yacía la pareja asesinada.



Chaqueta de uniforme usada por Franz Ferdinand.



Nikola Pashieh, primer ministro serbio - Notable por su falta de escrúpulos, esta notable figura dedicó su vida a un objetivo, por el que se esforzó con todas sus fuerzas. de hábiles y tortuosas artimañas: para asegurar su perenne liderazgo de los serbios Gobierno.



Príncipe heredero Alejandro de Serbia - Hijo de Peter I Karageorgevich (el aventurero que se convirtió en rey de Serbia a través de una sangrienta revolución palaciega), Alejandro se

su padre. Príncipe regente en el momento del asesinato en Sarajevo, debido a la enfermedad de su padre, estaba implicado en el crimen por gran parte de las pruebas. Después de convertirse en rey de Yugoslavia en 1921, fue abatido por balas disparadas por autonomistas croatas en Marsella en 1934, un final apropiadamente irónico.



Alemania, rey de Prusia - El Guillermo II de Hohenzollern, emperador de Kaiser, no era más que, en realidad, una especie de coronel imperial Blimp: las mismas poses teatrales, la misma invectiva fundamental y la extravagancia en la falta de verdadera malicia. Es hora de que se haga justicia a este monarca, tan a menudo vilipendiado, que sin embargo fue un de los pocos jefes de estado que intentaron preservar la paz en julio de 1914.

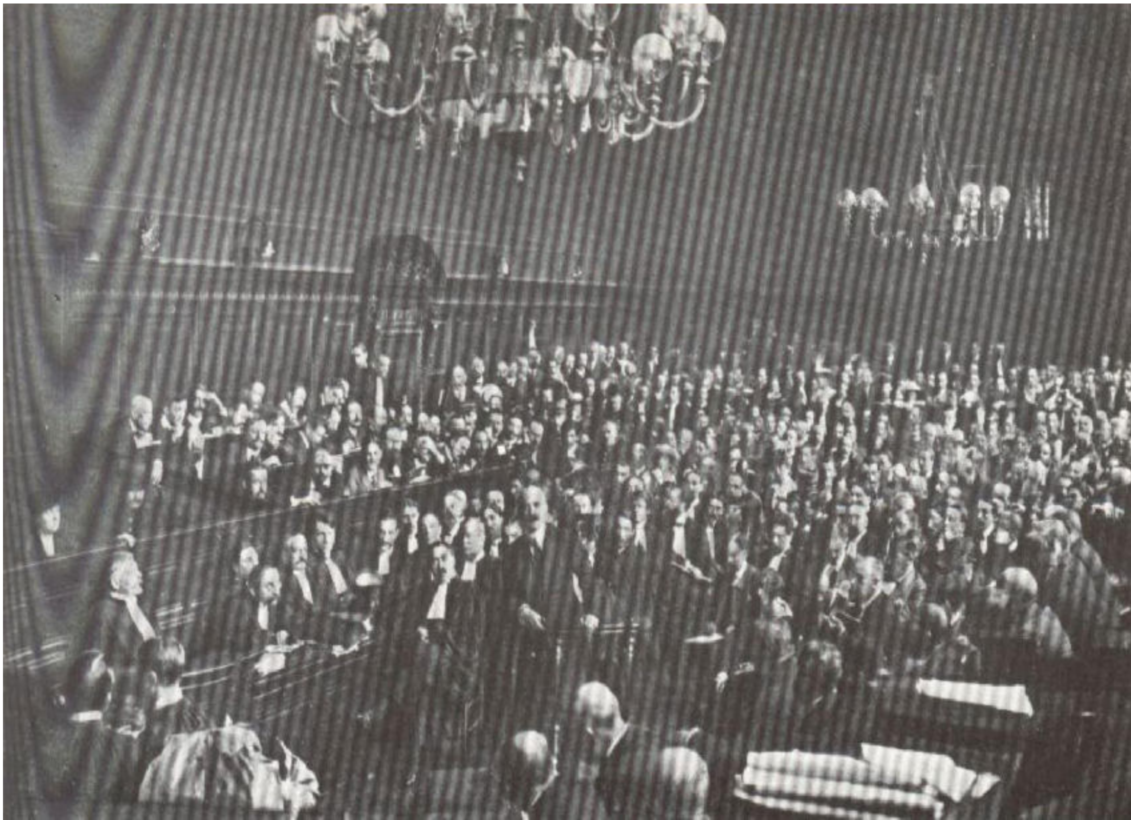


Theobald von Bethmann-Hollweg - Canciller de 1909 a 1917, se ganó su lugar en la historia por haber reconciliado con éxito a los socialdemócratas alemanes con el Reich, y por haber impulsado el sistema de prestaciones sociales más avanzado de la época.

Sin embargo, estos éxitos se vieron ensombrecidos por sus reveses en política exterior. Torpe, superado por los acontecimientos, se vio envuelto en una guerra franco-germano-rusa en a pesar de sí mismo. A la pregunta: "¿Cómo llegamos a este punto?", Solo pudo Responde con tristeza: "Si tan sólo supiera ...".



Dos ex presidentes de Francia se encuentran cara a cara como opositores en el juicio: Barthou y Caillaux.



Una gran prueba, únicamente parisina. En el estrado de los testigos (centro), Joseph Caillaux. En el muelle (extremo izquierdo), su esposa.



Los miembros del jurado simpatizaron con la angustia de los acusados causada por la campaña de Figaro. ¡Pagado! Hcnrictte Caillaux se derrumba en los brazos de su abogado.



Gran Duque Nikolas Nikolayevich, tío del zar y líder de la facción paneslavista en el ejército, que manipuló a los serbios con el fin de apoderarse de los Balcanes y Constantinopla.

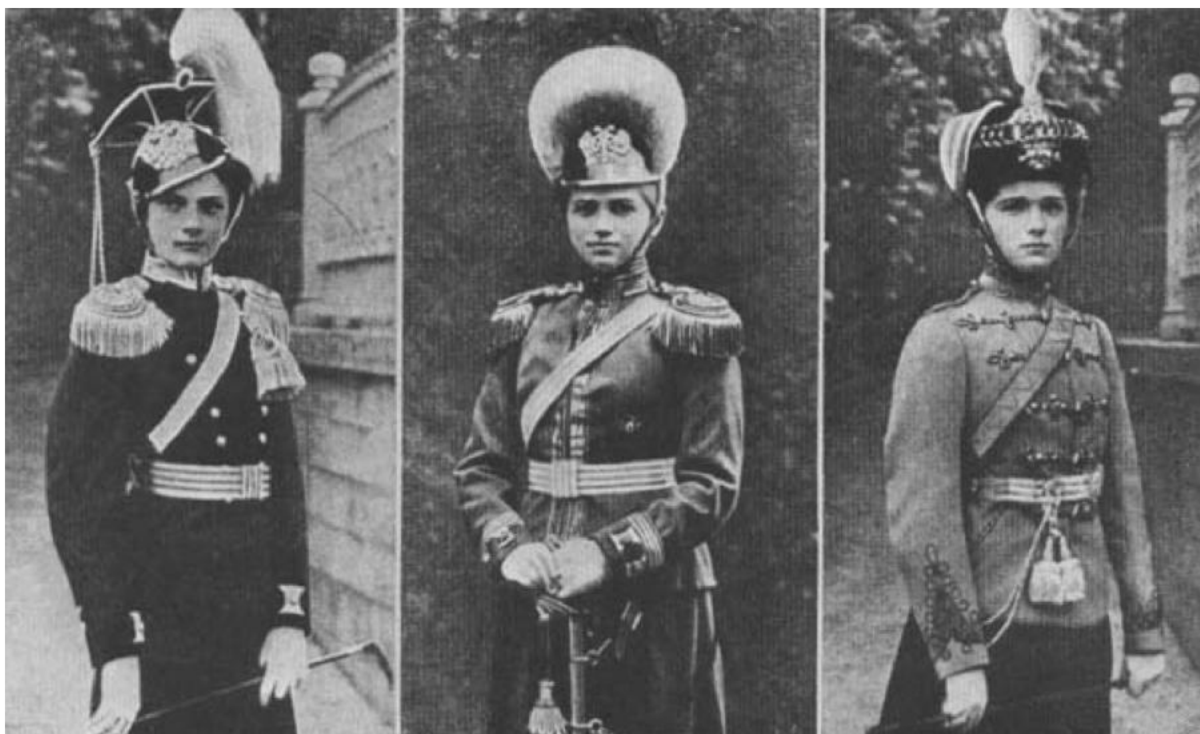


Sazonov, el engañoso ministro de Relaciones Exteriores de Rusia, un astuto operador que atrajo a Austria Hungría en una trampa.



El zar ruso y el káiser alemán estaban unidos por una cálida simpatía mutua. Wilhelm II intentó desesperadamente, en el último minuto, ganarse a su primo Nicolás II,

tipo valiente cuya fuerza de voluntad le falló.



Grandes duquesas Olga, María y Tatiana de Rusia

Las tres hijas mayores del zar participaron con entusiasmo en las fiestas celebradas en Poincares honra durante su visita a Rusia. Estas lindas chicas no tenían ni idea de que el

la alegría sería seguida por la guerra, la derrota y la revolución. Para ellos habría
será encarcelamiento y luego masacre.



El zar Nicolás II con su hijo, el zarevich Alexis

Autócrata solitario e ineficaz, el zar de todas las Rusia era la dulzura personificada. No pudo resistir la presión de los imperialistas, pan-eslavistas. camarilla, que le arrancó el orden de movilización que desató la guerra.



Winston Churchill - Con el rostro prematuramente marcado por el alcoholismo, este hombre terriblemente ambicioso fue en 1914 uno de los más activos partidarios de una guerra contra Alemania.



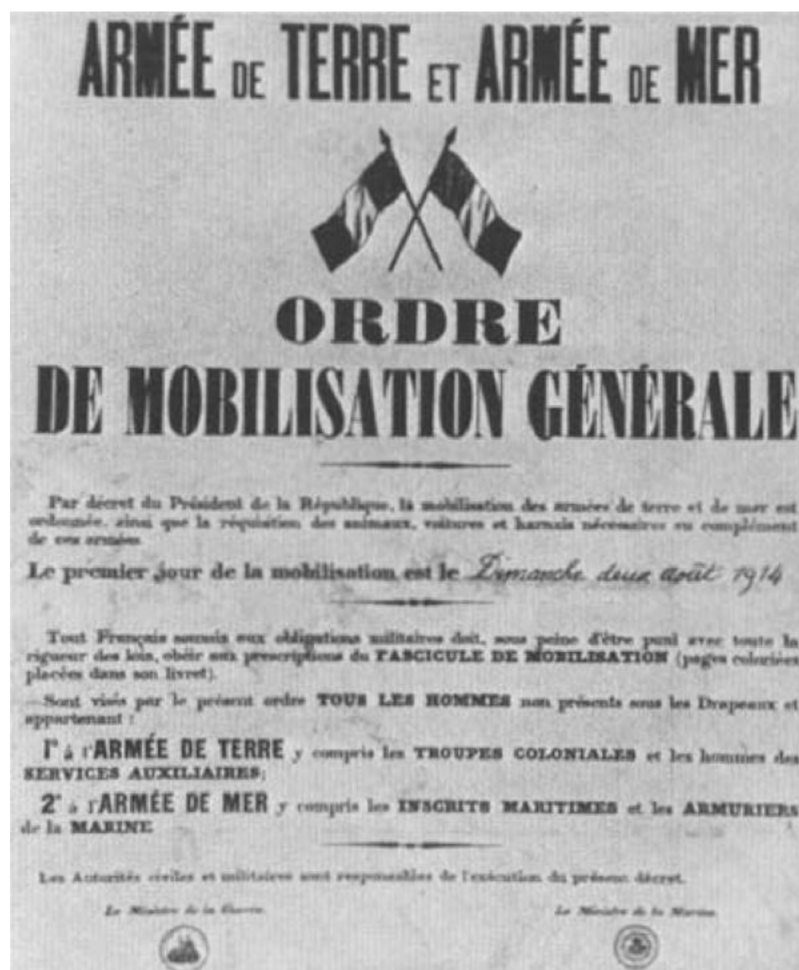
El príncipe Lichnowsky, embajador de Alemania en Londres, fotografiado mientras dejaba una de sus últimos encuentros con Sir Edward Gray. Su evidente abatimiento no deja lugar a dudas de que la guerra ahora es segura.



Jean Jaurès - La gran tribuna socialista del pueblo, último obstáculo francés a la guerra, fue asesinado el 31 de julio, en vísperas de la orden de movilización del gobierno francés.



Los espectadores en Londres aplauden a los Guardias Irlandeses mientras marchan con el acompañamiento de su banda.



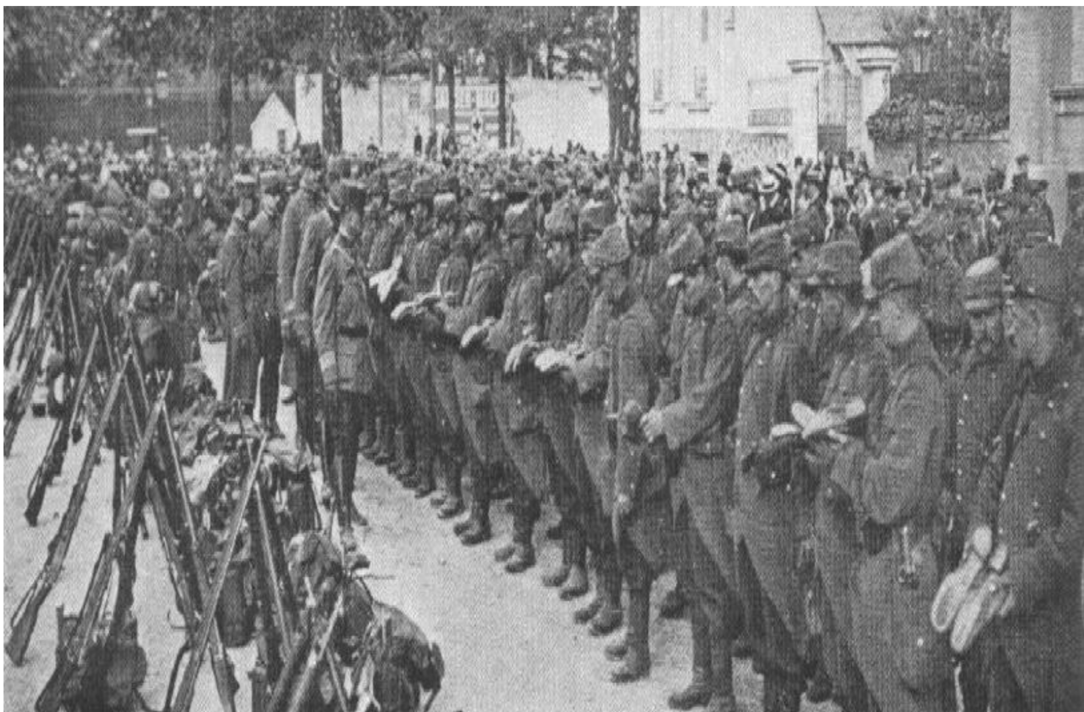


Los fatídicos avisos aparecen en todos los pueblos y ciudades de Francia, y los reservistas pululan para
Estación Este de París. Se levanta el telón de la gran matanza.



La Guardia Civil belga ultramoderna.





París, Plaza San Francisco Javier - última inspección antes de la gran despedida. Puede ser informó que ni siquiera un botón de polaina está fuera de lugar para la guerra.



Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Comabtir La Ignorancia.

Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.

Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.

Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios
Por Thryer-Anntharez
Visita Nuestro Foro:
www.WeltanschauungNS.foro.st

